UNA VENGANZA DE FELIPE II

UNA VENGANZA

DE

FELIPE II

(MEMORIAS DEL DIABLO DE PALACIO)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMÓN ORTEGA Y FRIAS

R-53546

TOMO SEGUNDO

MADRID
BIBLIOTECA ILUSTRADA DE JOSÉ SALVADOR
Claudio Coello, 5, bajo (barrio de Salamanca)
1880

DERECHOS RESERVADOS

MADRID: 1880.—Imprenta de M. Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.

CAPÍTULO LXXXI.

De la gravísima conversacion que tuvieron el rey y Olivares.

El doctor Olivares comprendió que algo muy grave sucedia cuando con tanta urgencia se le llamaba; pero se presentó sin que su semblante expresase nada de particular.

Ya hemos dicho que Felipe II y su médico se entendian perfectamente con muy pocas palabras, y á veces con ningunas, pues se conocian demasiado bien y cada cual adivinaba los pensamientos del otro.

—Acercaos,—dijo el rey.

Olivares dió algunos pasos más y volvió á detenerse.

El monarca añadió:

—Hace pocos minutos que salió de aquí el duque de Féria.

—Debo suponer que ha traido alguna noticia muy interesante.

—Y es posible que la adivineis.

El doctor Olivares arrugó el entrecejo, hizo un gesto de disgusto y despues de algunos momentos dijo:

—Señor, temo que don Juan de Mañrique se haya burlado de los que lo guardaban.

—Sí.

—Lo siento.

—Vale demasiado ese hombre. Yo quisiera que fuese mio; pero se ha empeñado en sostener cierta clase de intrigas y tendrá que sufrir las consecuencias.

—Le he dado buenos consejos.

—Trabajo perdido.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

Con más sencillez no podian aquellos dos hombres tratar de asunto tan grave.

Volvió á quedar silencioso el monarca.

El célebre médico permaneció inmóvil y en actitud respetuosa.

Así trascurrieron más de diez minutos.

Lo que pasaba en el interior del rey no hubiera sido posible adivinarlo.

Varias veces cambió la expresion de su semblante.

Su frente se contraia ó sus lábios se entreabrian para sonreir muy brevemente.

El médico lo observaba con tanto disimulo como atencion.

¿Qué debia resultar de aquella conferencia?

Por fin el gran tirano rompió el silencio para decir:

—Aseguraos de que nadie nos escucha.

Olivares fué hasta la puerta, levantó el tapíz que la cubria, miró al inmediato aposento, y luego dijo:

—Por este lado nada debe temerse.

—Por los demás tampoco.

—Entonces...

—Acercaos más.

Obedeció el médico.

Por un instante brilló como una chispa de siniestra luz en el fondo de las pupilas del rey.

—Doctor,—dijo,—ya no podemos dudar de que hay secretos que conoce don Juan de Manrique, secretos que me afectan gravemente, porque se relacionan con mi dignidad y mi honor.

—Señor, si me lo permitiéseis...

—Decid.

—Me parece que don Juan de Manrique se ocupa más de su amor que de ningun otro asunto.

—No es eso lo que sentís,—replicó el monarca en tanto que una mirada penetrante y dura fijaba en su médico.

—Señor...

—¿Para qué os he llamado?

—Por su desgracia conoce don Juan algun secreto que nadie debiera conocer.

—Sí.

—Pero si lo guarda...

—No se concreta á eso, sino que trabajará, luchará para desconcertar mis planes, y no sabemos si muy pronto se reproducirán en palacio sucesos parecidos á los que no hace mucho tiempo me colocaron en situacion muy crítica. A vos puedo deciros lo que apenas me atrevo á decir cuando á solas estoy.

—Tanto me honra vuestra majestad...

—Es que vos apreciais como nadie mi situacion.

—Tal vez, señor.

—Desapareció el niño audaz que tantas veces se burló de mí... ¡Oh!... Desapareció tambien doña Blanca, y el velo impenetrable de un misterio que me asusta encubre ciertos sucesos que algun dia han de producir su resultado.

—Si nos han dejado en paz...

—Sí; pero si la mision de don Juan de Manrique es sustituir al paje, la lucha principiará otra vez y con circunstancias mucho más graves quizás. Algo pesa sobre mi alma, ya lo sabeis, algo que no me permite un instante de sosiego, algo que me agobia como una montaña de plomo.

El médico palideció y tembló.

Felipe II, como si una vez en su vida quisiera presentarse tal cual era, despojándose de la máscara de hielo impenetrable con que engañaba al mundo, dijo arrebatadamente:

—Se trata de mi honra.

—Señor...

—Sí, doctor, de mi honra.

—Perdone vuestra majestad; pero...

—Será inútil que con noble deseo intenteis tranquilizarme. Una criatura lleva en sus entrañas mi esposa,—añadió el monarca con voz sombría y en tanto que sus ojos relumbraban otra vez,—una criatura que concebida fué cuando vivía mi hijo, cuando el mundo veia con asombro que el hijo era el rival de su padre, y esa criatura...

—Señor, señor...

—¡Oh!—exclamó el rey con voz reconcentrada y fijando en Olivares una mirada profunda y ardiente.—No, á esa criatura no le he dado yo la vida, y la prueba la teneis en los recuerdos que la reina guarda del infeliz don Cárlos, á quien Dios habrá juzgado ya.

Las palabras de Felipe II no podian ser más terribles.

Sin ninguna consideracion ni miramiento acusaba á su virtuosísima esposa, y la acusacion era de tal naturaleza que espantaba.

No es menester que lo digamos, pues él decia demasiado claramente; pero lo repetimos: Felipe II creia que no era su hijo el que la reina llevaba en sus entrañas.

El rival habia desaparecido del mundo; pero quedaba el testimonio de la liviandad, quedaba el testimonio de la ofensa.

Se equivocaba el célebre tirano; pero así lo creia y por consiguiente sufria lo que apenas se concibe, pues es preciso tener en cuenta su soberbia sin límites, sus ideas, su manera de ser.

¿Era posible que perdonase á la esposa?

No.

¿Cómo habia de consentir que su trono heredase el hijo de una pasion impura, el hijo del adulterio?

Y esto sin contar su amor propio, sin contar lo que debia sentir como hombre, como esposo ofendido.

¿Y qué remedio habia para la supuesta falta?

¿Cómo evitaria sus consecuencias?

No habia más que un remedio; pero de tal naturaleza que espantaba.

Si una sentencia de muerte habia firmado Felipe II contra su hijo don Cárlos, el hijo de cuya legitimidad no dudaba, ¿por qué habia de detenerse para quitar tambien la vida al que no creia que fuese su hijo?

Y si la rivalidad de su propio hijo habia castigado con la muerte, ¿por qué no habia de castigar lo mismo la liviandad de la esposa?

A todo esto debe añadirse la fria razon de Estado, que fué el móvil de todas las acciones de Felipe II. La razon de Estado puede decirse que mató al príncipe don Cárlos, al baron de Montigny y al marqués de Bergens; la razon de Estado mató al conde de Monmorency y al baron de Hoorne; mató á Escobedo entre las tinieblas y en las calles de Madrid; mató al marqués de Poza junto á la iglesia de Santa María, y por último, llevó el veneno á las entrañas del noble y valeroso don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto y de las Alpujarras y el pacificador de los Estados alemanes.

Seria largo enumerar el número de víctimas que hizo la razon de Estado á la que incondicionalmente se sometió Felipe II: el motin del Escorial con sus espantosas consecuencias; la persecucion contra Antonio Perez; la muerte de Lanuza y la violacion de los fueros aragoneses, dicen bastante para que se comprenda cómo aquel gran tirano cuya mano de hierro abarcó y ahogó dos mundos pudo encerrarse entre los muros sombríos de San Lorenzo del Escorial y morir agobiado por su conciencia y sufriendo lo que quizás no ha sufrido ninguna criatura.

Lo repetimos: no era posible que Felipe II se detu-

viese para hacer con su esposa lo que habia hecho con su hijo.

Todo esto lo comprendia demasiado bien Olivares, y porque lo comprendia, temblaba, pues sabia muy bien que á él le tocaria la parte principal en la ejecucion de aquellas sentencias espantosas.

No ignoramos cómo discurria el célebre médico y que tranquilizaba su conciencia con aquello de que la responsabilidad no era suya, sino del rey que mandaba.

Habia este empezado á decir lo que sentía y era preciso que concluyese.

—¡Oh!—exclamó despues de algunos minutos de silencio.—Preciso es que mueran los que me han ofendido y los que conocen el secreto de la ofensa.

—Quizás sería posible encontrar un medio de evitar nuevas desgracias,—dijo el doctor.

—No es posible.

—Si á don Juan facilitamos los medios para que triunfe en lo que se relaciona con su amor...

—¿Qué conseguiríamos?

—No se ocuparía de las demás intrigas.

—Pero siempre quedaría la ofensa.

—Señor, no hay pruebas bastantes...

—Sobradas.

—Me permitiré decirlo con franqueza.

—¿Creeis que la reina es inocente?

—Lo creo,—dijo sin vacilar Olivares.

—Y seríais capaz de jurarlo solo para tranquilizarme.

—Lo juraría, poqrue así lo siento.

—Os agradezco mucho vuestro buen deseo, doctor.

—Os juro que...

—Basta, Olivares.

—Señor...

—No retrocederé,—dijo enérgicamente Felipe II.

El médico inclinó la cabeza.

No podia replicar.

Puede decirse que en aquellos momentos jugaba la vida.

¿Qué hubiera sido de él si se empeñase en defender á la reina?

Y el sacrificio de Olivares hubiera sido estéril.

Tenia que callar.

No conocemos su opinion con respecto á doña Isabel de Valois.

—Escuchad,—dijo el monarca.

—Con el respeto debido, señor.

—La salud de la reina está muy quebrantada.

—Bastante; pero no hay hasta hoy un verdadero peligro.

—Puede haberlo.

—Dios lo sabe.

—De su salud cuidareis con más atencion que nunca.

—Es mi deber.

—Y si la enfermedad se agrava, apelareis á cuantos recursos os presente la ciencia.

—Así lo haré.

—Puede suceder, segun he dicho, que se agrave la enfermedad de mi esposa y que sea imposible la salvacion.

—La criatura es mortal.

—La desgracia seria doble, porque al morir ella moriria tambien el hijo que lleva en sus entrañas.

—Indudablemente.

—Me quedaria sin esposa y sin heredero para mi trono, lo cual seria desdicha muy grande; pero abrigo la esperanza de que Dios me enviará el remedio. Todo esto depende del acierto que tengais en la curacion de la enfermedad, y si no triunfais, vuestra conciencia estará tranquila, porque no podeis ser responsable de lo que no habeis hecho por vuestra voluntad.

—Entiendo.

—Quiero llevar la justicia hasta el último punto y que no sea posible la duda.

—Si vuestra majestad busca pruebas...

—Las encontraré, porque me las dará ese hidalgo miserable que ha sabido tambien encontrar las pruebas del amor de don Juan y de la hija de Lainez.

—Ese hombre...

—Me servirá como me ha servido otras veces, y lo demás no me importa.

—De todo resulta que no he de ocuparme más que de la salud de la reina.

—Nada más.

—Me alegro, señor.

Felipe II iba recobrando gradualmente su fria calma.

Bien pronto concluyó por desplegar una sonrisa.

—Vais á saber,—dijo,—como don Juan ha conseguido quedar libre.

—No habrá sido con la fuerza.

—Con su ingenio, que es más temible.

El monarca repitió cuanto le habia dicho el duque, y luego preguntó:

—¿Qué opinais?

—Señor, era imposible que encontrasen á don Juan mientras lo buscasen en las cercanías de la posada.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razon de que en la posada debió quedarse, y segun veo nadie pensó en buscarlo allí.

—Mucho vale don Juan de Manrique; pero vos valeis más.

—Tal vez me equivoco.

—No, doctor.

—Por la ventana saldria don Juan; pero es probable que por otra ventana se entrase inmediatamente, ó por las tapias del corral, que debe tenerlo la posada, ó quizás por la misma puerta, pues es imposible que desapareciese instantáneamente en un terreno llano.

—Así debió suceder; pero al capitan que lo guardaba no se le ocurrió semejante cosa.

—Torpe fué.

—No debe pedirse á los hombres más de lo que pueden dar de sí.

—Quizás á estas horas se encuentra don Juan camino de Madrid.

—Y si hoy no viene, vendrá mañana.

—Así debe creerse.

—Vos habeis de averiguarlo.

—Señor...

—Necesito absolutamente saber si don Juan vuelve á la córte y dónde se oculta.

—Haré cuanto pueda; pero...

—Lo averiguareis, doctor.

Iba el médico á replicar, aunque la órden era demasiado terminante; pero no lo permitió el monarca, porque le dijo:

—Que Dios os guarde, doctor.

—Y que acierto me dé.

No pudo ser más extraña la manera de poner término á la conversacion.

El médico salió de la cámara.

A su aposento se fué.

Se sentó, apoyando los codos en la mesa y la frente en las manos.

Tenia que meditar muy detenidamente, porque su situacion era demasiado comprometida.

Más de una hora pasó sin que se moviese.

Cuando la cabeza levantó pudo verse que su rostro estaba densamente pálido.

—¡Oh!—murmuró.—¿No será posible que yo salve á don Juan? Y en cuanto á la reina... ¡Pobre mujer!

Esforzóse el célebre médico, no para recobrar la calma, sino para que pareciese que la tenia.

De su aposento salió.

Fué á las habitaciones de la reina, diciendo:

—Deseo ver cómo sigue su majestad.

Doña Sol se encontraba con otras damas y doncellas y respondió:

—Esperad, que á mí me toca darle aviso á su majestad.

Desapareció la doncella.

A los pocos minutos volvió, diciéndole á Olivares:

—Venid, que la reina os aguarda.

Siguió el médico á la hechicera jóven y cuando atravesaban un aposento solitario, dijo en voz baja:

—Toda la noche os esperaré en mi habitacion. Yo no puedo venir á buscaros.

Tembló la noble doncella.

No se atrevió á responder.

Aún no sabia lo que la noche anterior habia sucedido con su amante.

Se detuvo junto á una puerta y levantó una cortina mientras anunciaba al médico.

Entró éste en la cámara de la reina.

Por algunos minutos quedó inmóvil doña Sol.

Luego se oprimió el pecho.

Hizo un gesto doloroso.

—¡Dios mio!—exclamó con tono de mortal angustia. —¿Qué sucede? ¿Qué nuevo peligro nos amenaza?... No lo adivino... El peligro debe ser grande cuando el doctor se arriesga á dar este paso... Me esperará toda la noche en su aposento... ¡Ah!... Que Dios me dé valor y fuerzas para sostener esta lucha.

Tambien la desgraciada jóven hizo lo posible para disimular.

Entretanto el doctor veia á la reina como otras muchas veces, es decir, como el médico ve al enfermo, y la reina le hablaba sencillamente de sus dolores físicos.

CAPÍTULO LXXXII.

De cómo por una vez en su vida habló con alguna claridad el doctor Olivares.

Nada más sucedió aquella tarde.

La noche llegó sin que hubiese otra novedad que la de haber ido tres ó cuatro veces don Leandro á la hostería en busca de su hermano.

Maese Mancioni le respondió siempre lo mismo.

—No ha vuelto el señor don Juan.

—Parece imposible.

—A mí tambien empieza á ponerme en cuidado.

—Acabaré por instalarme en vuestra casa para convencerme de que decís la verdad.

—Mucho me honraríais, caballero, y mucho me alegraría tambien, porque veríais que no he nacido para mentir.

Y efectivamente el hostelero no mentía, pues caviloso estaba al ver que no volvía don Juan de Manrique.

Desesperábase don Leandro.

Creia que su hermano se ocultaba porque tenia miedo.

Conferenciaba con don Pedro de Lainez, y la situacion quedaba para ellos siempre lo mismo.

Andrés habia espiado, segun su costumbre; pero tambien creyó que don Juan se ocultaba, y ni remotamente sospechó que habia sido preso para encerrarlo en un calabozo del alcázar de Segovia.

Con la noche reinó el silencio.

Las calles de Madrid empezaron á quedar desiertas.

El doctor Olivares estaba en su aposento.

No disimulaba entonces, sino que en su rostro dejaba ver lo que sentía.

No era aquella noche el hombre frio, impasible.

Con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, y sombría la mirada, paseaba á lo largo de la habitacion.

El acompasado ruido de sus pasos era el único que se percibía.

Y así trascurrieron dos y tres horas.

Dieron las diez.

El médico se acercó á la puerta, se inclinó y escuchó.

Ni el rumor más leve llegó á sus oidos.

Volvió á pasearse.

No se impacientaba.

Otra hora trascurrió.

Muy pocas personas transitaban ya por los pasillos, galerías y habitaciones de la morada real.

Por fin Olivares se detuvo.

Percibióse entonces un leve rumor en el pasillo por donde á su aposento se llegaba.

Se acercó el médico á la puerta.

La entreabrió silenciosamente.

Un momento despues distinguió un bulto informe.

Acabó de abrir.

Entró la persona que habia llegado.

Era una mujer envuelta en negro albornoz.

Respiraba con dificultad.

Y como luces fosfórica brillaban en la oscuridad sus negros y magníficos ojos.

Olivares le preguntó en voz baja:

—¿Teneis la seguridad de que nadie os ha seguido?

—Seguridad completa,—respondió con voz agitada la hija de don Pedro.

—Venid.

Fueron á la habitacion inmediata donde estaba la luz.

La bellísima jóven se sentó.

Pudo entonces verse su rostro pálido y contraido hasta el punto de estar desfigurado.

La miró el astuto Olivares y le dijo:

—Teneis fiebre.

—No lo sé.

—Dios os ha dado la voluntad para que os domineis, y os advierto que por el camino de la fiebre no puede irse más que á la sepultura, así como con los arrebatos, con las indiscreciones y con las imprudencias no es posible triunfar.

—¡Ah!...

—Es muy desagradable lo que voy á deciros.

—Valor me sobra.

—Nadie más que Dios nos escucha y haré por vos lo que por nadie haría.

—Si creeis que no aprecio en lo que vale vuestro noble proceder...

—No os pido gratitud, doña Sol, sino reserva, prudencia.

—Descuidad.

—Pruebas habeis dado de lo mucho que valeis, y en esta ocasion...

—Nada valgo; pero no he de ser débil aunque la muerte se levante frente á mí.

—Os conozco bien, y por eso hago con vos lo que con nadie haria.

—Yo empiezo á conoceros.

—Es posible,—dijo el doctor mientras se entreabrian sus lábios para desplegar una sonrisa impregnada de amargura.

—No lo dudeis. Ya sé que el mundo os juzga...

—¿Qué me importa?... Para el mundo no tengo corazon ni conciencia.

—Doctor...

—Perdonad; pero estos minutos valen demasiado y no debemos emplearlos en hablar de mí, sino de vuestra situacion, de don Juan. Haré el último esfuerzo, y si nada consigo, tendré paciencia. Arriesgo mucho al hablar con vos esta noche, y más no puedo hacer para cumplir lo que prometí á vuestra virtuosa madre en los momentos solemnes de su agonía.

—¡Madre de mi alma!—exclamó la doncella.

Y su semblante expresó sentimientos distintos.

Se humedecieron sus ojos.

Dos lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

—Si mi madre viviese,—dijo con voz ahogada,—me protegería, no permitiría que sacrificasen mi corazon á las conveniencias, á las ambiciones, á las vanidades...

—Desde el cielo os protejerá.

—Tambien debió sufrir mucho.

—Doña Sol, no puedo daros á conocer sucesos que algun dia podreis apreciar para que juzgueis á cada cual como merece. El hombre es esclavo de las circunstancias, y yo tengo que someterme á ellas lo mismo que todos.

—Ciertamente.

—Permitidme callar lo que ahora no puedo decir.

—Vuestro proceder, el de mi criado y otras muchas cosas que no me explico, me han hecho entrever un misterio que en vano intento penetrar.

—Ocupaos de lo presente, de vuestra situacion.

—Sois mi mejor amigo.

—Creo que sí; pero no fieis en las apariencias.

—Os escucho, doctor.

—Conoceis un secreto de Estado.

—Tal vez.

—Doña Sol, no olvideis que esta noche nos vemos para hablar claramente, y si sois reservada conmigo...

—No, no, porque la reserva seria una ingratitud.

—Ignoro si habeis apreciado con exactitud la situacion de la reina.

—Sí.

—Pues entonces...

—Está amenazada por la muerte,—repuso la doncella con voz sombría.

—¿Y sabeis lo que falta para que Felipe II pronuncie la sentencia?

—Busca pruebas, hasta donde las pruebas son posibles.

—Y esas pruebas las ha encontrado ya.

—¡Dios misericordiso!...

—El señor Antonio de Mena os ha espiado y sabe que la reina guarda el medallon...

—Callad, callad.

—Mis palabras os infunden miedo.

—Sí,—dijo la jóven temblando convulsivamente.

—¿Y qué importan mis palabras cuando nadie las escucha más que Dios y vos?

—Pero...

—Vuestros amores no son más que un pretexto, pues al rey le importa lo mismo que os caseis con don Leandro que con don Juan.

—¿Y por qué persiguen al hombre á quien amo?

—Porque tambien conoce la supuesta liviandad de la reina.

—La reina es inocente,—replicó la doncella con energía y fijando una mirada profunda en el médico.

—Eso he creido siempre.

—Puedo jurarlo.

—Pero su inocencia para nada sirve mientras su esposo abrigue las mismas sospechas.

—¿Y por qué persiguen al hombre á quien amo?

—Es una injusticia.

—Es una de tantas como se cometen en este mundo; pero nosotros tenemos que aceptar la situacion tal cual es, porque no podemos cambiarla, y colocados en esa misma situacion hemos de ver como nos defendemos. Sabed que tengo un deber sagrado que cumplir, y ese deber consiste en defenderos y defender á don Juan, en protejeros hasta donde me sea posible, porque así lo prometí cuando érais una niña y cuando vuestro amante apenas tenia uso de razon.

—¿Y qué teniais entonces que ver con la familia Manrique?

—En eso consiste mi secreto, que algun dia quizás conocereis.

—Doctor...

—Ahora vereis cómo mi deber he cumplido.

Doña Sol se oprimió el pecho.

Echó sobre el respaldo de la silla el pesado albornoz, porque se sentia sofocada.

Su agitacion crecia por instantes y para dominarla eran vanos sus esfuerzos.

Con ansiedad angustiosa miró á Olivares.

Este añadió:

—No sabeis lo que sucedió anoche, y voy á decíroslo.

—Tiemblo.

—No tembleis, pues por de pronto se ha remediado el mal.

—Decid.

—Junto á la puerta de Guadalajara fué don Juan sorprendido por seis soldados.

—¡Ah!...

—Se le presentó tambien el duque de Féria.

—¿Qué se intentaba?

—Lo llevaron preso.

No pudo la jóven contener un grito.

—Y antes de que amaneciese salia don Juan de Madrid en un coche y con una escolta. Debia ser encerrado en uno de los calabozos del alcázar de Segovia, en una de aquellas sepulturas de los vivos para consumirse y morir allí con su secreto.

Lo que sintió la noble doncella no es posible hacerlo comprender.

Bien sabia lo que era una prision de Estado.

Quiso hablar y no pudo.

Olivares añadió:

—Antes de que esa desgracia sucediese y cuando por las calles vagaba don Juan y era espiado, me presenté á él y le dije que me siguiese si queria salvarse. Yo lo habia preparado todo para ocultarlo por de pronto y determinar despues; pero mi consejo no quiso escuchar. Arrosró el peligro y bien pronto debió arrepentirse. ¿Pude hacer algo más? Si se hubieran apercibido que yo queria favorecer á vuestro amante, á estas horas me encontraria yo tambien en un calabozo, donde acabaria mi existencia sin que el mundo supiese lo que habia sido de mí.

—Es verdad.

—Don Juan de Manrique es un hombre extraordinario y bien podeis estar orgullosa con su amor.

—¡Encerrado en un calabozo!...

—Libre, porque en el camino ha conseguido burlarse de sus guardianes y ha desaparecido.

—¡Gracias, Dios mio!...

—Sí; libre está.

La doncella, en el trasporte de su alegría, cojió las manos de Olivares las estrechó fuertemente y las besó.

—¡Pobre niña!—murmuró el médico.—Con tanto corazon como su madre, y tambien igualmente desgraciada. Dios os proteja, porque los hombres poco pueden hacer por vos.

—¡Ah!...

—Seguid escuchando, porque aún he de deciros lo más desagradable y lo que tiene mayor importancia.

—Si libre está el hombre á quien amo...

—No irá á un calabozo; pero es muy probable que vaya á la sepultura.

—¡Doctor!...

—Si se empeña, lo conseguirá.

—Pero...

—El rey se ha convencido de que el medio más eficaz para poner término á esta lucha es...

—No lo digais.

—¿Y qué importa que yo lo calle si vos lo comprendeis?

—Quieren asesinar al hombre á quien amo,—dijo con voz opaca la doncella.

—Si recordais al noble marqués de Poza...

—Basta, basta.

—Don Juan de Manrique debe huir, salir de España, y si así no lo hace, morirá, porque asesinos sobran que claven un puñal en un noble corazon.

Lívido se tornó el rostro de la jóven.

Temblaba convulsivamente.

Apenas podia respirar.

Con desigual violencia latia su corazon.

—Quizás de vos depende todo,—dijo el médico.

—¡De mí!...

—Emplead toda vuestra influencia.

—Conozco al hombre á quien amo y...

—A Madrid volverá, ya lo sé, volverá para sostener la lucha, una lucha temeraria, una lucha con Felipe II.

—A pesar de todo eso...

—No escuchará mis consejos; pero yo habré cumplido mi deber, y además la reina...

—¡Infeliz!...

—Ya se ha pronunciado la terrible sentencia.

—¡Cuánta injusticia, cuanto horror!

—Las injusticias, el engaño, las maldades gobiernan el mundo, y esto lo comprendereis cuando la experiencia os haya enseñado lo que ignorais, quizás por vuestra dicha. No puedo hacer más de lo que hago. A Madrid volverá don Juan de Manrique, y el rey sabrá dónde se oculta; á palacio vendrá para veros, y lo espiarán, y cuando más descuidado se encuentre...

—¡Asesinos!...

—Os daré la última prueba de franqueza: yo soy el encargado de averiguar cuando á la córte vuelve y dónde se oculta vuestro amante.

—¡Vos!...

—Y lo haré.

—¡Que lo hareis!...

—Sí, porque no quiero sacrificar estérilmente mi vida, no quiero morir en una prision de Estado sin que mi sacrificio mejore vuestra situacion.

—Comprendo.

—No lo olvideis, doña Sol: desde hoy tengo que hacer lo que haria vuestro mayor enemigo, y si no teneis inteligencia bastante para apreciar la situacion...

—Sí, sí.

—Hay más todavía.

—¡Más aún!...

—Soy el médico de la reina.

—Lo sé.

—Puedo equivocarme al apreciar su enfermedad, y si me equivoco recetaré lo contrario de lo que necesita, y un medicamento contrario es como un veneno.

—¡Horror!...

—¿Quién hubiera creido que yo hablase así?

—¡Dios justiciero!...

—Ya lo sabeis todo... No olvideis que me habeis prometido guardar el secreto, y si no lo guardais, peor para vos. Don Juan debe huir y salir de España, dejando que las circunstancias cambien, y la reina debe hacer que desaparezca hasta el último recuerdo del príncipe don Cárlos. Así será posible que os salveis; pero de otro modo, don Juan y la reina morirán. Yo deploraré tan inmensas desgracias; sufriré mucho; pero mi conciencia no me acusará. Mis deberes acabo de cumplir... Que Dios os ilumine y os proteja.

—Despues de la justicia de este mundo...

—Está la de Dios, ya lo sé; pero en este mundo debemos defendernos.

—Mi buen amigo...

—Nada más, doña Sol... Volved á vuestro aposento; meditad y haced lo que bien os parezca.

—Si don Juan no me escucha...

—Quizás os escuche la reina.

—Lo dudo.

—Pues entonces poned vuestra esperanza solamente en Dios.

—Y en vos tambien.

—Nada más puedo hacer.

—Sin embargo...

—Idos, doña Sol, porque descanso necesitais y porque arriesgais mucho al permanecer aquí.

Nada conseguian al continuar aquella conversacion.

Por primera vez en su vida habia hablado el doctor Olivares con verdadera claridad.

No lo haria segunda vez.

Doña Sol sentiase anonadada y estaba horrorizada.

Lo que debia sufrir apenas se concibe.

Peligraba la vida del hombre á quien amaba tanto.

¿Cómo lo salvaría?

Era impotente.

En aquellos momentos la fiebre devoraba á la noble doncella.

Sus ideas eran confusas.

En pié se puso.

—Que Dios os bendiga,—dijo.

—Falta me hace su proteccion.

No hablaron más.

La hija de don Pedro se envolvió en su abrigo, recatando el semblante cuanto punto.

Con pasos vacilantes salió del aposento.

Atravesó pasillos y galerías.

Su agitacion era cada vez más violenta.

Cuando estuvo en su habitacion dejóse caer en una silla, exclamando con desgarrador acento:

—¡Dios misericordioso!

Inmóvil quedó por algunos minutos.

Grandes esfuerzos hizo para recobrar la calma en cuanto era posible en aquellos momentos.

Dejó el abrigo.

Por el estrecho pasillo que conocemos ya, fué á la cámara de la reina.

Aun no se habia acostado esta, á pesar de lo avanzado de la hora.

—¡Ah!—exclamó al ver á su doncella.

—Señora...

—Tu agitacion, tu semblante...

—¡Estamos perdidas!...

—¿Qué sucede?

—Anoche prendieron á don Juan de Manrique para llevarlo al alcázar de Segovia.

—¡Otra injusticia!...

—Ha conseguido recobrar la libertad; pero cometerá la locura de volver á la córte.

—Si tal hace...

—Morirá como murió el marqués de Pozas.

Al pronunciar doña Sol estas palabras se agitó la

cortina tras la que en otra ocasion vimos que escuchaba Felipe II.

De esta circunstancia no se apercibieron las dos infelices mujeres.

Nada temian, porque antes de que doña Sol fuese á ver al médico les habian dicho que el rey se habia acostado.

—Sí,—dijo la reina,—todo lo temo.

—Y vos, si quereis salvaros, quemareis esos recuerdos...

—Jamás,—interrumpió doña Isabel.

—Señora...

—Preferiré morir antes que ofender la memoria del desdichado que tanto me amó y que víctima fué de la saña más criminal.

—Pero...

—No y mil veces no,—interrumpió la reina con exaltacion febril.

—Que os perdereis.

—Moriré.

—Que nos perderemos todos.

—Justicia encontraremos en el mundo de la eternidad. Te equivocas si crees que la muerte me espanta. La paz del sepulcro es para mí la única esperanza risueña. ¿Qué goces me ofrece esta vida?

—Pero sois madre.

—Dios velará por la suerte de mi hijo.

—Escuchad mis súplicas.

—Basta ya.

—Preciso es que sepais...

—Nada quiero saber.

—Aún teneis que cumplir una gran mision.

—Dios dispondrá y yo me resignaré.

Quiso la doncella replicar; pero la interrumpió doña Isabel, diciéndole:

—No pronuncies ningun nombre, ni una palabra más digas. Quizás los miserables que me espian á todas horas...

—¡Dios mios!—exclamó la doncella.

Miró á todos lados.

Se acercó á una puerta.

Luego á la otra de que hemos hecho mencion.

Levantó la cortina.

Su mirada se perdió en la densa oscuridad de un pasillo.

—Nadie nos ha escuchado,—murmuró.

—Déjame.

—Por última vez...

—Necesito descanso... Hablaremos mañana.

La hija de don Pedro, siempre muy agitada, se volvió á su aposento.

Y entre tanto en el suyo se encontraba el rey.

No hubiera sido posible mirarlo con tranquilidad.

Su mirada era profundamente sombría.

Se arrugaba su entrecejo.

Se contraian violentamente sus lábios.

Sus manos temblaban convulsivamente.

Entonces no lo miraba el mundo y no tenia para qué disimular.

Borrasca espantosa agitaba su espíritu.

Para que se comprenda lo que sentia, basta decir que habia escuchado lo que acababan de hablar su infeliz esposa y la doncella.

Por casualidad no habia pronunciado doña Sol el nombre del célebre médico, y así este pudo salvarse aquella noche.

Una imprudencia habia cometido la hija de don Pedro al pronunciar tan graves palabras sin convencerse antes de que nadie más que la reina habia de oirlas; pero es preciso tener en cuenta su trastorno.

Ya hemos dicho que la fiebre la devoraba y que loca estaba por el dolor.

Al aconsejar prudentemente á la reina habia hecho mucho más de lo que debia esperarse de la infeliz que se encuentra como ella se encontraba.

De todas maneras, resultaba que Felipe II habia escuchado, y que ya no le pudo quedar duda de que su esposa conservaba recuerdos del príncipe, y que los estimaba tanto y con tal respeto los miraba, que antes que destruirlos preferia morir.

Esto fué para el monarca una prueba incontestable de que su esposa habia olvidado sus deberes.

¿Qué debió sentir el gran tirano al considerarse tan gravemente ofendido?

Hay que tener en cuenta su soberbia.

No necesitaba más para hacer que se cumpliese el fallo terrible.

¿Qué importaba que él hubiese faltado á sus deberes de esposo, dejándose dominar por la pasion que encendió en su pecho la célebre doña Ana de Mendoza?

Felipe II debió considerarse autorizado para todo.

Su esposa habia cometido la más grave de las faltas que cometer puede una mujer, y otra cosa no podia mirar el ofendido esposo.

—Seré tan justo como severo,—murmuró.—Ahora puedo fallar con la conciencia tranquila. No, no se sentará en el trono, no empuñará el cetro de dos mundos el hijo de la liviandad, el hijo incestuoso, el fruto del crímen... Morirá, y al mismo tiempo su madre dará cuenta de sus faltas á Dios... ¡Oh!... ¿Cómo me juzgará el mundo?... Si estos secretos los conociese, si pudiese apreciar mi situacion horrible, no me negaría el nombre de justiciero, y más compasion que ódio tendria para mí. Triste mision es la que el Omnipotente me ha impuesto; pero debo cumplirla y resignarme sin exhalar una queja. Cuando brille el nuevo dia me verá sonreir el mundo y nadie sospechará que el dolor destroza mi alma, nadie sospechará que de mi alma en el fondo rujen borrascas tan espantosas que apenas se conciben.

En pié se puso el monarca.

Con lentos pasos recorrió una y otra vez el aposento.

Inclinábase sobre el pecho su cabeza.

Siempre era terrible y sombría su mirada.

Y de vez en cuando sus lábios se entreabrian para sonreir con una expresion que espanto hubiera infundido al más valeroso.

Ya no habia salvacion posible para la reina.

Tampoco era posible que don Juan se salvase.

Y en cuanto á doña Sol, si librarse podia del mismo peligro que á su amante amenazaba, tendria que acep-

tar la mano de don Leandro para que así cambiasen sus circunstancias, hasta el punto de que no fuese posible que temores infundiese al receloso monarca.

No es concebible situacion más crítica.

Preparábanse sucesos los más horrorosos.

Aquella noche debia ser inolvidable para los dos enamorados, para el doctor y para Felipe II.

Este se acostó al fin.

Ignoramos si pudo conciliar el sueño.

Las horas pasaron con aparente calma.

Y cuando las estrellas palidecian y la aurora queria desplegar sus sonrisas primeras, de su aposento y del alcázar salió el doctor Olivares y envuelto en su negra capa encaminóse hácia la cuesta de la Vega.

CAPITULO LXXXIII

Cómo llegó don Juan á Madrid.

La gente trabajadora empezaba á ponerse en movimiento y la poblacion recobraba la vida; pero aún eran muy pocas las personas que transitaban por las calles.

Resonaron las campanas de las iglesias y conventos de la tres veces coronada villa, y entretanto en Oriente hacíase más viva la luz crepuscular y empezaba á dejarse ver el disco del astro que todo lo vivifica.

Acababan de abrirse las puertas de Madrid.

Aún no habia salido nadie, cuando el célebre doctor, envuelto en su negra capa bajó por el sendero que culebreaba desde el cubo de la Almudena hasta el Campo del Moro.

Una vez allí, se detuvo.

Miró á todos lados sin descubrir alma viviente.

A las orillas del Manzanares extendíanse las praderas y los bosques que ya no existen, así como tambien desapareció el parque del alcázar real.

Hacia poco tiempo que se habia construido el puen-

te de Segovia, obra de Juan de Herrera, que aún podemos contemplar.

Olivares dudaba.

Avanzó hasta llegar al puente.

—Por aquí debe pasar,—dijo;—pero ¿y si se le antoja atravesar el rio por otro lado? Bien puede hacerlo con mucha facilidad, y tambien es posible que en Madrid entre por otra puerta, en cuyo caso habré perdido el tiempo y me encontraré en el mayor apuro, porque no podré dejar satisfecho al rey. El que manda no mira nunca los inconvenientes que se le presentan al que ha de obedecer. Si yo tuviese el don de la obicuidad todo seria muy fácil.

Volvió á mirar el doctor á uno y otro lado.

Decidió al fin ocultarse entre los árboles que habia á la orilla izquierda del rio y desde donde podria ver lo mismo el puente, que una gran parte del camino que rodeaba á Madrid.

Sentóse sobre una piedra.

Se entregó á reflexiones que nada de agradables tenian.

Hubiera sido muy curioso penetrar en sus pensamientos.

Y entretanto don Juan de Manrique llegaba á la otra orilla del Manzanares, se detenia, miraba á su alrededor, y se preguntaba:

—¿Por dónde?

Pálido y contraido estaba el rostro del caballero; pero no parecia que hubiese perdido la calma que tanto le habia servido en los momentos de apuro del dia anterior.

Levantó la cabeza.

Contempló el alcázar real, cuyos torreones empezaban á coronarse por los primeros rayos del sol.

Allí, entre aquellos sombríos muros, encontrábase la mujer adorada, allí sufria, allí pensaba en el objeto de su amor, allí sonreia y allí debia llorar tambien.

Con desigual violencia latía el corazon de don Juan.

Aunque la muerte le hubiese amenazado no retrocederia en aquellos momentos.

Y el doctor opinaba que el enamorado caballero debia huir, ocultarse, salir de España, pues este era el único medio que tenia para salvarse.

¡Huir y dejar á doña Sol á merced de su padre brutal!

¡Huir y dejar á la reina sin defensa y sin amigos y amenazada constantemente por la arbitrariedad y la saña de Felipe II!

Esto era imposible que lo hiciese don Juan.

—Juego la vida,—murmuró;—pero si sucumbo todo habrá concluido.

Despues de reflexionar se convenció de que el mismo peligro corria entrando en Madrid por un lado que por otro.

—¡Basta de vacilaciones!—exclamó.

Clavó las espuelas en los ijares de su caballo, que al trote partió.

Pocos minutos despues atravesaba el puente.

—¡Ah!—exclamó el médico.—No puedo quejarme de la fortuna.

Desplegó una sonrisa amarga.

—En verdad,—dijo,—que dignas son de estudio las cosas de esta vida. Soy el mejor amigo de don Juan; deseo que se salve, y sin embargo aquí estoy para espiarlo, para hacerle el mayor de los males, puesto que lo delataré como puede delatar el último espía.

Mientras don Juan avanzaba miraba á uno y otro lado.

No vió más que campesinos que se ocupaban en sus faenas ó que atravesaban los senderos de la vega.

Ni remotamente pudo sospechar que lo espiaban.

Acabó de pasar el puente.

Llegó á las huertas que ya han desaparecido y entró en la calle de Segovia, que entonces empezaba á formarse.

No le convenía atravesar la poblacion.

Tampoco era prudente que se presentase en la hostería, puesto que allí debian buscarlo sus perseguidores lo mismo que su hermano.

Este peligro lo podia evitar fácilmente, y así lo hizo deteniéndose á la puerta de una posada de las que en la misma calle habia.

El posadero acudió, haciendo profundas reverencias y teniendo el estribo.

Descabalgó don Juan.

—Llevad,—dijo,—mi caballo á la cuadra, acomodadlo bien y dadme aposento independiente y de buenas condiciones.

—Todo eso tengo á vuestra disposicion, y tambien las mejores provisiones... Supongo que necesitareis almorzar...

—Os daré órdenes despues.

El posadero entregó el caballo á un mozo.

—Venid,—le dijo á don Juan.

El zaguan atravesaron.

Subieron una empinada escalera.

Dejaron atrás un corredor.

Entraron en un aposento bastante espacioso, con dos ventanas que daban á la calle.

Aquella era la mejor habitacion de la posada.

Habia cama, regularmente limpia, una mesa, un arca con cantoneras de hierro y algunas sillas.

El viajero más exigente no podia desear ni aun tanto.

Dejó don Juan la capa, el sombrero y la espada.

Se sentó.

El posadero quedó inmóvil y esperando las órdenes para preparar el almuerzo.

—¿Teneis mucha gente en vuestra casa?—le preguntó el caballero.

—Ahora no hay nadie más que vos, y á nadie más necesito, porque con personas de vuestra clase me considero muy honrado.

El amante de doña Sol, como si no tuviese otra cosa que hacer, fijó una mirada penetrante en el posadero y le preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—Anacleto,—respondió el huésped.

—¿Y sois curioso?

—¡Jesús!... Nunca me he ocupado de ajenos negocios, porque me ha faltado el tiempo para pensar en los mios.

—Así hareis fortuna.

—En cuanto á eso...

—Yo sé recompensar con largueza á los que me sirven bien y son discretos; pero en cambio soy cruel para los que se meten en lo que no les importa. Vos elegireis y así no tendreis derecho para quejaros.

—Descuidad.

—No sé si me habeis entendido bien.

El posadero desplegó una sonrisa maliciosa y dijo:

—No os conviene que nadie sepa que estais en mi casa.

—Eso es.

—Ni es menester que nadie conozca vuestro nombre, pues ni yo mismo os lo preguntaré, porque para serviros como mereceis no necesito saber cómo os llamais. Mandad, que vuestras órdenes serán cumplidas con exactitud y prontamente. Salid ó entrad cuando se os antoje y sin temor de que nadie se ocupe de lo que haceis. En este aposento nadie pondrá los piés más que yo, y atento me tendreis á todas horas para lo que dispongais. No tengo mujer, porque la perdí hace dos años y juré no casarme con otra. Me ayuda un mozo del que nada debeis temer, pues no es malicioso ni piensa más que en dos cosas, en comer mucho y en dormir siempre que tiene ocasion. Nadie os molestará; nadie se ocupará de vos, y podeis estar á todas horas con el mayor descuido.

—Bien me parece lo que decís.

—Ahora...

—Me dareis de almorzar.

—Al momento.

—Tomad por de pronto,—dijo don Juan.

Y dos monedas de oro sacó, poniéndolas sobre la mesa.

—No necesito que me pagueis adelantado.

—Como no me conoceis...

—Tengo sobrada experiencia y me basta mirar á las personas.

—De todas maneras, tomad este dinero.

—Si lo mandais...

—Sí.

—Obedezco.

El huésped, para dar prueba de su discrecion, salió del aposento sin pronunciar una palabra más.

Antes de que trascurriesen diez minutos presentaba á don Juan un almuerzo regularmente condimentado.

Poco apetito tenia el caballero; pero comió y bebió.

¿Qué haria despues?

Aún no lo sabia.

Su más vivo deseo era ver á la mujer á quien amaba; pero tenia que esperar á que llegase la noche, porque en medio del dia no le era posible atravesar las calles.

¿Y el doctor?

Aunque á larga distancia, habia reconocido desde el puente de Segovia al caballero.

Lo vió entrar en la posada.

—Por de pronto lo tenemos aquí,—murmuró Olivares.—Supongo que adoptará otras precauciones; pero en-

tretanto yo puedo dar por terminada la desagradable comision.

Lentamente acabó de subir la calle el médico.

Volvió á la izquierda.

Diez minutos despues se encontraba en palacio.

En vez de dirigirse á su aposento fué á la cámara real.

Felipe II era madrugador.

Ya se habia levantado, dando las órdenes oportunas para que permitiesen la entrada á Olivares apenas se presentase.

En el rostro del monarca se veian algunas ligeras señales del insomnio.

No debemos olvidar que habia pasado una noche verdaderamente horrible.

Sin embargo, revelaba la tranquilidad más completa y hubiera sido imposible adivinar que una borrasca espantosa agitaba su espíritu.

El doctor, que lo conocia demasiado bien, lo miró y dijo para sí:

—Algo muy grave sucede. Ha dormido poco y ha sufrido mucho.

—¿Qué noticias me traeis?—preguntó el monarca.

—He cumplido las órdenes de vuestra majestad.

—¡Tan pronto!...

—Soy muy afortunado.

—Indudablemente, aunque no es todo fortuna, sino voluntad.

—Aún no hace una hora que entró en Madrid don Juan de Manrique.

Felipe II desplegó una leve sonrisa.

Olivares añadió:

—Don Juan se encuentra en una posada que hay en la calle de Segovia. Supongo que no ha dicho su nombre; pero esto es lo que ménos importa.

—Se empeña y lo conseguirá,—murmuró el monarca como si hablase para sí.

—Señor, nada más puedo decir, porque nada más sé.

—No es poco.

—Creo que ahora debo desentenderme de este asunto.

—Sí, porque no es cosa vuestra lo que hay que hacer.

—Entonces...

—Ya se han disipado todas mis dudas.

—No comprendo....

—Anoche pude escuchar una conversacion de la reina con su doncella favorita, y no necesito más pruebas.

—Señor...

—Escuchad.

Inclinó la cabeza Olivares.

Quedó inmóvil como una estátua.

Se contrajo la frente de Felipe II.

Su mirada se tornó sombría.

—La reina,—dijo con reconcentrada voz,—no niega su falta.

—¡Señor!...

—La ofensa se hizo.

—Imposible.

—¡Imposible decís!... Yo lo aseguro, porque tengo las pruebas, yo lo aseguro y basta.

—Perdone vuestra majestad.

—Criminal ha sido la madre, y de su crímen será testimonio el fruto de su liviandad. Con su mirada me ofende mi esposa, y con su propia existencia ha de ofenderme la criatura que lleva en sus entrañas. Decid ahora si puedo tolerar la ofensa, y decid tambien si debo permitir que la diadema real se coloque sobre la cabeza del hijo del adulterio, del hijo incestuoso.

Tembló el médico.

No se atrevió á responder.

Inclinó más la cabeza.

—Os espanta lo que digo,—añadió el rey con voz oscurecida.

—Sí, me espanta.

—No he querido pronunciar con ligereza el fallo.

—Pero...

—Haré justicia, justicia no más, y sin vacilaciones cumpliré los deberes que me impone mi elevada posicion. El mundo me juzgará como siempre juzga, por las apariencias; pero antes que la opinion del mundo es mi conciencia. Si al bien del Estado sacrifiqué mi único hijo, al heredero de mi trono, ¿por qué he de detenerme para sacrificar al hijo de un doble crímen?

—Si claramente ha confesado la reina...

—Con la claridad que se necesita para que duda no me quede.

—En ese caso...

—Doctor, si estais dispuesto á cumplir mis órdenes...

—Lo mismo que siempre.

—La responsabilidad es mia, toda la acepto, toda la quiero para mí.

—Así debe ser.

—Pues si no habeis de vacilar...

—No vacilé cuando en su lecho gemia el príncipe don Cárlos y cuando me quedaban recursos para luchar con la muerte.

—Pues aguardad mis órdenes.

—Las esperaré.

Casi repentinamente volvió Felipe II á recobrar la calma.

Otra vez se entreabrieron sus lábios para sonreir.

Ya lo hemos dicho, su sonrisa era señal espantosa.

No queria Olivares, ni le convenia prolongar aquella conversacion, porque habia de comprometerlo más y más cada palabra que pronunciase.

—Señor,—dijo,—si nada tiene que mandarme ahora vuestra majestad...

—Ocupaos de vuestros enfermos.

—Que Dios nos proteja.

—Falta nos hace.

El médico salió de la cámara.

Nunca se le habia visto tan pálido.

Profundamente sombría era su mirada.

Arrugaba el entrecejo.

Le era imposible disimular segun le convenia.

Rápidamente atravesó por entre los cortesanos que habia en las antecámaras, contestando apenas á los saludos que le dirigian.

Muchos miraban con envidia al doctor, porque nadie sabia lo que le costaba sostener su posicion y su influencia.

A su aposento fué Olivares.

Se sentó.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

¡Qué negras, qué horribles eran sus ideas!

Aquella situacion debia tener un desenlace el más espantoso.

Una hora despues se ocupaba Felipe II de los graves negocios de Estado con la calma, con la frialdad que siempre lo hacia.

Y Olivares, con aparente calma tambien, salia de palacio para ir á visitar á sus enfermos.

De don Juan no podia ocuparse entonces.

¿Qué más habia de hacer que lo que hizo la noche anterior?

Ya se habia comprometido demasiado, y un paso más en aquel camino hubiera sido su completa perdicion.

De los demás personajes nada de particular tenemos que decir. Doña Sol esperaba ansiosamente recibir noticias de su amante; don Leandro iba una y otra vez á la hostería y por todas partes buscaba á don Juan, y don Pedro de Lainez se quejaba amargamente de su desdicha, porque no le dejaban un instante de sosiego.

CAPITULO LXXXIV.

Locuras.

Sabia muy bien don Juan que habian de buscarlo, que lo perseguirian incesantemente y que lo asesinarian ó acabarian por llevarlo al alcázar de Segovia.

Debia vivir, pues, muy sobre aviso.

¿Qué precauciones adoptaría?

¿Quién le ayudaria?

En la posada no podia estar oculto mucho tiempo, y por consiguiente habia de buscar otro asilo.

Para que nada faltase á lo crítico de su situacion, sucedia tambien que no tenia más dinero que el que llevaba en su bolsa, y aunque la cantidad no bajaba de trescientos ducados, era escasísima para quien tiene que andar huyendo y pagando á fuerza de oro el silencio y la fidelidad de los que le prestan auxilio.

Aquel dinero se acabaría muy pronto, y ni podia reclamar la pension que su hermano tenia la obligacion de darle, ni acudir á la generosidad de ningun amigo.

¿Se habia intentado encerrarlo en un calabozo de acuerdo con don Leandro y con el señor de Lainez?

Esto lo ignoraba en absoluto don Juan.

¿Conocia su suerte doña Sol?

Lo ignoraba tambien, aunque suponia que quizás el doctor le habria dado algun aviso.

¿Cómo salir de dudas?

No era posible que por mucho tiempo permaneciese en la incertidumbre don Juan, pues no se lo permitia su creciente impaciencia.

Andrés hubiera podido hacer mucho en su favor; pero si habia de verlo tendria que ir á buscarlo á la vivienda de don Pedro de Lainez.

Vivir encerrado y sin ver á la mujer á quien amaba, era lo mismo que alejarse de Madrid, y aun era peor, pues en la córte no tendria ni siquiera la libertad para moverse.

El caballero se paseó en su habitacion.

Se acercó á una de las ventanas y miró á la calle, viendo á los transeuntes, cuyo aspecto nada tenia de particular.

—¡Vive el cielo!—exclamó.—¿Qué haré?

Los minutos le parecian siglos.

Así pasó una y otra hora.

A las once no pudo dominarse, y dijo:

—Me libro de una prision y yo mismo me meto en otra. Si esto no es una estupidez, se le parece mucho. Quieren verse libres de mí; quieren que yo desaparezca, y así lo consiguen sin molestarse en hacer nada. ¡Por Dios vivo!... Estoy complaciendo á los que me

odian, y queriendo luchar me declaro vencido y los dejo dueños absolutos del campo... Eso no, porque antes es preferible morir.

Volvió á sentarse el caballero.

Inclinó la cabeza y meditó.

Pocos minutos despues brillaban intensamente sus negros ojos.

¿Habia encontrado algun medio para hacer siquiera soportable su situacion horrible?

No; pero sí habia adoptado una resolucion que en realidad era una locura.

Por casualidad habia sobre la mesa lo necesario para escribir, y no tuvo que pedirlo.

Tomó la pluma, dejándola que corriese sobre el papel.

Hé aquí lo que escribió:

«Andrés: quizás ignoras que me persiguen y tengo que ocultarme. Te esperaré á todas horas en una posada que hay á la derecha bajando la calle de Segovia. Al posadero le dirás que eres el amigo del caballero á quien le disgustan los curiosos.»

No podia don Juan confiar á nadie aquel papel.

Lo guardó en un bolsillo.

Tomó su espada, su capa y su sombrero.

Se embozó, recatando cuanto pudo el semblante.

¿Qué intentaba?

Nada debia sorprender del que habia dado pruebas de una audacia que apenas se concibe.

Salió del aposento.

Bajó.

En el zaguan encontró al posadero, que lo miró sorprendido y exclamó:

—¡Vais á salir!...

—¿Y qué tiene de particular?

—Nada; pero creí que ahora descansaríais, porque si habeis viajado durante la noche anterior...

—Eso no os importa.

—Espero vuestras órdenes.

—Podrá venir á buscarme un hombre que dirá que es el amigo del caballero á quien le disguntan los curiosos.

—¿Y qué he de responderle?

—Lo llevareis á mi aposento, donde podrá entrar aunque yo me encuentre en la calle, y si algo os manda, lo servireis como á mí mismo.

—Descuidad.

—Y no os metereis en más averiguaciones.

—En cuanto á eso...

—Me esperareis á todas horas y á ninguna.

Don Juan salió de la posada.

Con paso firme atravesó la calle y tomó hácia San Andrés.

Era inconcebible su atrevimiento.

Cinco minutos despues se encontraba á la puerta de la morada de don Pedro.

Tampoco entonces se detuvo.

Descubrió el semblante para que pudiera conocerlo el portero y no le pusiera ningun inconveniente.

Subió y llamó.

Presentóse Andrés.

Grande fué la sorpresa de este, pues no esperaba semejante visita.

—¡Ah!—exclamó.

El caballero sacó el papel, lo puso en la diestra del criado, y le dijo:

—Debeis leer eso.

—Pero...

—¿Y tu señor?

—De un momento á otro principiará á comer.

—¿Qué noticias puedès darme?

—Ningunas.

—Pues dí á tu señor que deseo verlo.

—Pero...

—Obedece y escucha nuestra conversacion.

Se alejó el criado.

A la cámara de don Pedro fué, diciéndole:

—Mi noble señor, desea veros...

—A nadie quiero ver,—interrumpió ásperamente el señor de Lainez.

—Como es persona á la que siempre...

—¿Don Leandro?

—Don Juan de Manrique.

—¡Don Juan!...

—Lo conozco bien.

—¡Don Juan en mi casa!...

—Si no quereis recibirlo...

—Eres un estúpido.

—Señor...

—Yá debias haber hecho entrar á don Juan de Manrique.

Salió el criado.

Don Pedro se pasó las manos por la frente.

—¡Ah!—exclamó.—Otra desgracia... ¡Dios mio!... ¿Cuándo me dejarán vivir tranquilamente? Se oculta don Juan y no conseguimos encontrarlo, y ahora que no lo busco, se me presenta. ¿Qué quiere? No estoy tranquilo.

Presentóse el amante de doña Sol.

Parecia que su calma era perfecta.

—Aquí me teneis,—dijo.

—Que Dios os guarde.

—Me buscábais y...

—Vuestro hermano,—interrumpió don Pedro.

—Es igual.

—No; pero en fin, ya que os habeis presentado... ¿Qué quereis de mí? ¿Qué fin os proponeis? Yo comprenderia que hubiéseis ido á ver á vuestro hermano.

—Y lo veré.

—Don Juan, os lo diré con franqueza, pues supongo que habeis venido para que hablemos así.

—No os equivocais.

—Me habeis engañado, habeis abusado de mi buena fé, y á vuestro hermano, que ocupa el lugar de vuestro padre...

—Ya no es mi hermano, sino mi rival, y vos no sois el amigo, sino el hombre que pone estorbos á la realizacion de mi dicha. He apurado todos los medios de la prudencia, y el resultado ha sido el peor, pues á medios criminales habeis acudido para sostener esta lucha, cuyo desenlace ha de ser el peor para todos. La situa-

cion está ya puesta en claro, y por consiguiente podemos decidir. Os daré á conocer mis intenciones y vos me dareis á conocer las vuestras.

—Y con mucha claridad; pero ante todo debiérais decirme en qué consisten los medios criminales á que he acudido para sostener esta lucha, puesto que me he concretado á cumplir mi promesa, y si al rey acudí, fué para que apoyase mi autoridad. De nada me ha servido pedir justicia al monarca, pues ha concluido por mirarme con indiferencia, y hace dos dias que ni siquiera consigo verlo. ¿Dónde está el crímen? ¿De qué podeis quejaros? No me conviene que seais esposo de mi hija, y su mano prometí á vuestro hermano. Una vez que hice la promesa la cumplo porque esta es mi obligacion.

No era menester que dijese más don Pedro para comprender que ni conocimiento tenia de lo sucedido la noche anterior.

—Quizás no he acertado á expresarme con exactitud; pero sí puedo asegurar que abusais de las ventajas de vuestra situacion, de la autoridad que considerais sin límites, á pesar de que los tiene como todo en este mundo. ¿Con qué derecho sacrificareis el corazon de vuestra hija?

—Don Juan, si habeis venido para discutir sobre mis derechos de padre...

—No.

—Pues entonces...

—He venido para daros á conocer mi firme resolucion de luchar hasta vencer ó morir. No os empeñeis en conseguir lo que es imposible, porque fuerza huma-

na no hay para obligar á vuestra hija á que sea esposa de mi hermano.

—No lo será, si valor tiene para resistir, si su audacia lleva hasta el delirio; pero sí os juro, que tampoco ha de ser vuestra esposa, y que por consiguiente vos tambien aspirais á la realizacion de otro imposible.

—Responsable sereis ante el mundo y ante Dios de las desgracias que puedan sobrevenir.

—Tranquilo estoy en cuanto á esa responsabilidad.

—Mi hermano es mi rival, me ódia y Dios sabe cómo terminará esta situacion.

—La culpa no es mia.

—Sí, porque os obstinais en obligar á vuestra hija, sin pensar que...

—Caballero,—interrumpió el señor de Lainez, que empezaba á sentirse arrebatado por la ira,—no os molesteis, porque en vano será. No estais dispuesto á retroceder, ni yo tampoco. Con vuestro hermano os entendereis como mejor os parezca. Y si alguna desgracia sobreviene, se entenderá cada cual con su conciencia. Si á medios violentos quereis apelar; si olvidais que soy el padre de la mujer á quien amais, me defenderé, y en ese caso me estará permitido todo para poner á salvo mi vida. Amigo de vuestro padre fuí, y vuestro lo he sido tambien; pero los lazos de nuestra amistad los habeis roto. Figuraos que no nos conocemos. Vos sois el amante de la hija rebelde, y yo soy el padre que hago uso de mi autoridad. Si teneis rivales no es cuenta mia, porque en semejante cosa no tengo para qué entender.

—Vuestras declaraciones no pueden ser más terminantes,—dijo don Juan con perfecta calma.

—Pues nada más tengo que añadir.

—Que Dios proteja al inocente, al que tenga de su parte la justicia. Acabo de cumplir mi deber y tranquila estará mi conciencia. En cuanto á vuestra vida nada teneis que temer, pues no he de olvidar que sois el padre de la mujer á quien amo con delirio, así como tampoco olvidaré que mi rival es mi hermano.

—Está bien, don Juan.

—Que Dios os guarde, don Pedro.

Ni una palabra más pronunciaron.

Siempre con tranquilidad perfecta salió de la cámara don Juan.

Al llegar á la escalera se encontró con Andrés, que en voz baja le dijo:

—Esperadme, que iré á veros.

Cuando en la calle estuvo el amante de doña Sol, dijo para sí:

—Preciso es arrostrar de frente todos los peligros. Mientras que mi hermano me busque y no me encuentre, la situacion será la misma. Si más ó ménos tarde hemos de vernos, ¿por qué no ha de ser ahora? Acabo de tener la prueba de que mi hermano y don Pedro son ajenos á lo que anoche sucedió. Adelante pues, que el tiempo vale mucho y mi impaciencia es muy grande.

No vaciló el caballero para cometer una nueva locura.

Avanzó rápidamente.

Quiso la casualidad que no encontrase á ningun conocido.

Llegó á la calle de Santiago y en la morada de su hermano entró.

Sólo se encontraba don Leandro.

Ya habia conseguido dominar los arrebatos primeros de la ira. No habia recobrado la calma; pero tampoco debia temerse que la cólera lo cegase hasta el punto de olvidar que su rival era su hermano.

Grave y con tranquilidad aparente se presentó don Juan.

Una exclamacion de sorpresa dejó escapar don Leandro y en pié se puso como impulsado por un resorte.

Contempláronse.

Seria inútil que intentásemos pintar el aspecto de aquellos dos hombres.

¿Qué expresaban sus semblantes?

No lo sabemos.

Estaban lívidos.

Fulgor extraño se escapaba del fondo de las pupilas de don Leandro.

Entreabríanse al contraerse violentamente sus lábios secos y blanquecinos.

Era abrasador el aliento que de su boca se escapaba.

Don Juan, segun hemos dicho, tenia más calma ó parecia tenerla; pero tambien sus ojos brillaron intensamente.

Era dueño de su razon, aunque sufria mucho, y aunque tenia más motivos para estar desesperado.

Largo rato pasó sin que articulasen una sílaba.

Don Juan rompió al fin el silencio para decir:

—Aquí me teneis, hermano mio.

—¡Mi hermano! —murmuró irónicamente don Leandro.

—Sí, aunque os pese, la misma es la sangre que por nuestras venas corre, y aunque os pese, no soy yo quien ha roto ni he de ser quien romperá los lazos con que nos unió la naturaleza. Me habeis buscado y sin duda creísteis que me ocultaba temeroso de los arrebatos de vuestra cólera ó de una indignacion que no podeis fundar en la justicia; pero os habeis equivocado, porque ni huí, ni me oculté, que no se oculta ni huye quien tiene la conciencia tranquila.

—Sin embargo, desaparecísteis de vuestra posada,— replicó don Leandro con voz alterada por la ira y mientras se sentaba otra vez.

—No he desaparecido.

—Si vuestro huésped negaba, porque así se lo habíais mandado...

—No.

—Entonces...

—Yo no era dueño de mis acciones, que si dueño fuese, antes que vos me buscáseis yo os hubiera buscado. Un sentimiento de prudencia y el deseo de la conciliacion me hizo ocultar el amor que en mi pecho ha encendido la mujer cuya mano pretendeis; pero desde el momento en que un miserable cometió el abuso de apoderarse de mis papeles para presentaros una prueba, desde el momento en que las negativas eran inútiles, estuvo resuelta á arrostrar frente á frente todos los peligros. Manrique os llamais y Manrique me llamo, y cobarde no puede ser quien lleva nuestro nombre. Aquí

me teneis, hermano mio, y perdonad que este nombre os dé; aquí me teneis para que de una vez quede en claro nuestra situacion, para que nos expliquemos y así sepa cada cual á qué atenerse. Mientras vos me buscábais me prendian secretamente.

—¡Que os prendian!...

—Y me llevaban por órden del rey á un calabozo del alcázar de Segovia, de donde no me hubiera sido posible salir. Bien os sirve Felipe II; pero no le agradezcais el favor, pues si mandó encerrarme no fué para que libre quedáseis de vuestro rival, sino porque se me considera hombre peligroso, muy peligroso, y en una prision de Estado conviene que se consuma mi existencia. Conozco el secreto de algun crímen que se ha cometido y de otro mayor que se intenta cometer. No necesitais sobre este punto más explicaciones para comprender mi situacion, y por consiguiente nos ocuparemos de lo que tanto nos interesa; pero bueno es que esteis advertido para que sepais que si me oculto no es porque huyo de vos, sino para librarme de la persecucion del rey. No han conseguido encerrarme en un calabozo, y es posible que ahora intenten asesinarme. Si muero como murió nuestro amigo el marqués de Pozas, libre quedareis, nadie os disputará la ternura de doña Sol; pero tened entendido que vuestra esposa no ha de ser, porque antes preferirá el retiro de una celda ó morir para que su alma se una en el cielo con la mia.

Más de lo que estaba se sintió aturdido don Leandro, porque ni remotamente sospechaba que su hermano

fuese objeto de persecuciones por conocer un secreto de Estado.

No acertó á responder.

Su aturdimiento fué una gran fortuna, porque evitó que más y más encendiese su cólera.

Don Juan añadió:

—Si me escucháseis con alguna calma, os diria con brevedad todo lo que tengo que decir.

—Hablad, que daré la última prueba de que sé dominarme y esclavo soy de la razon y la justicia.

—Quiera Dios que vos mismo no os engañeis.

—Todo es posible; pero lo dudo.

—A doña Sol amé cuando ni siquiera pensábais en ella, y por consiguiente, no os ofendí.

—Ella os correspondió sin la licencia de su padre.

—Hermano mio, dejad que de sus derechos se cuide don Pedro de Lainez, y á los vuestros atended. Si la licencia de su padre necesita doña Sol para amar, no es cuenta vuestra sino de don Pedro. El hecho es que á mi ternura correspondió y que honrados eran nuestros fines. Reserva guardamos sobre nuestro amor, porque así lo exigia mi situacion.

—Debísteis pensar que doña Sol es rica, muy rica.

—Y no he olvidado que pobre soy yo.

—Para ser esposo de la que tiene que heredar tantas riquezas...

—No era imposible que me protejiese la fortuna: si mi situacion cambiaba, como ha cambiado la de otros muchos...

—No es probable.

—Y en último caso, mi pobreza no me hace indigno del amor de ninguna mujer.

—Sin embargo...

—Eso tampoco seria cuenta vuestra, don Leandro, porque no os ofendo con aspirar á ser esposo de una mujer rica. Fijaos solamente en lo que á vos toca, que yo tampoco he de meterme en lo que no tenga que ver conmigo.

—Yo ignoraba que amáseis á doña Sol.

—Y no me quejo porque solicitáseis su mano.

—Tampoco os ofendí.

—Y como hermano os miré y os advertí que no os convenía empeñaros en ser esposo de semejante mujer.

—Insistí, porque mi dicha buscaba.

—Os rechazó la hija de don Pedro, y os rechazó de la manera más terminante.

—Pero...

—Desde aquel momento tuvísteis el deber de respetar su resolucion, porque era un abuso el violentarla, y porque noblemente no podíais realizar vuestra dicha á costa de la de otra criatura que ningun mal os ha hecho.

—Eso ya es cuenta mia, don Juan.

—No ignorábais que un rival teníais.

—Y yo no habia de renunciar á lo que tanto anhelo para complacer á mi rival.

—Habeis sabido que ese rival es vuestro hermano.

—Y ahora...

—Sufrís como yo sufro; pero...

—Opinais que debo dejar en libertad completa á doña Sol.

—Yo la amé antes que vos, y ella correspondió á mi ternura antes de que su padre os concediese su mano. La razon y la justicia están de nuestra parte, y como además soy vuestro hermano, es imposible que vos os empeñeis en exijir, no solamente el sacrificio del corazon de la hija de don Pedro, sino el del mio tambien.

Don Leandro, que ya se habia desaturdido, sintióse otra vez dominado por su pasion y por su soberbia.

No habia en realidad ninguna razon que lo favoreciese; pero debia apelar á las en que don Pedro se apoyaba para querer obligar á su hija, la razon de su autoridad.

—Una circunstancia olvidais,—dijo mientras levantaba la cabeza y fijaba en su hermano una mirada penetrante.

—Si algo olvido, vos me lo direis.

—Dos hijos dejó al morir nuestro padre, y el mayor...

—Vos lo sois.

—Si eso teneis en cuenta, decidme quién de los dos debe ceder.

—Vos, don Leandro, porque antes amaba yo á doña Sol.

—Vos, porque yo heredé la autoridad de nuestro padre.

—Nuestra edad nada tiene que ver con nuestro amor.

—Sí, porque mi autoridad...

—Es ilusoria.

—¡Don Juan!—exclamó don Leandro con el tono de la soberbia y de la ira.

—Si os dejais arrebatar, no nos entenderemos.

—¿Habeis creido que entre nosotros y al tratarse de este asunto era posible una transaccion?...

—Sí, lo he creido.

—Os habeis equivocado.

—Lo siento, hermano mio.

—Yo tambien.

—Y lo siento más por vos que por mí.

—No llevais á mal si os digo que es loca vuestra arrogancia.

—Ninguna tengo, don Leandro.

—Vuestras palabras son casi un reto.

—Líbreme Dios de retar al que la vida recibió en las mismas entrañas donde el Omnipotente me dió el soplo de vida.

—Don Juan, no os hagais ilusiones.

—Se han desvanecido todas las que abrigué.

—Vos, lo mismo que yo, no teneis más que dos caminos, no podeis hacer más que una de dos cosas: ceder ó no ceder, porque el término medio es imposible.

—¿Qué hareis vos?

—No cederé.

—Doña Sol no ha de ser vuestra esposa.

—A pesar de todo insistiré.

—Pues entonces...

—¿Qué hareis vos, don Juan? Si no cedeis...

—Jamás.

—Pensadlo bien.

—Si vos lo habeis pensado...

—Sí.

—Pues es inútil que nos mortifiquemos.

—He concluido, y desde hoy...

—Siempre seré vuestro hermano.

—Respetaré vuestra vida; pero sereis mi rival.

—Desde el cielo nos contempla nuestro padre.

—Ya lo sé.

—Por última vez, hermano mio, por última vez y en nombre del santo amor de nuestra madre, en nombre de...

—¡Vive el cielo!—exclamó don Leandro, poniéndose en pié y mientras que dos corrientes de fuego se escapaban de sus ojos.—¿No comprendeis que la ira me trastorna? ¿No veis el peligro espantoso de estar frente á frente y sin más testigos que Dios?

—Si vuestra conciencia...

—Basta, don Juan, que las fuerzas me faltan para dominarme... Mi rival sois, no mi hermano, y si vuestra vida respeto, es porque no quiero que con mi propia sangre se tiñan mis manos.

Ya no era posible continuar aquella conversacion sin provocar un conflicto que podia llegar al último punto de lo más horroroso.

Don Leandro se dejaba arrebatar por la ira, y su trastorno acrecentaba.

Nosotros sabemos que aquellos dos hombres no eran hermanos; pero ellos creian ciegamente que el mismo padre les habia dado el ser.

Era imposible que cediese la soberbia del mayorazgo, y tambien era imposible que el pobre segundon hiciese el sacrificio de su amor sin igual.

Convulsivamente temblaban las manos de don Leandro.

El extravío de su razon empezó á pintarse en sus ojos.

Con poco más que se escitase seria capaz de cometer todos los abusos y todas las locuras.

Don Juan debia dar una prueba más de que era un hombre extraordinario.

Su voluntad hizo los últimos esfuerzos.

Consiguió dominarse.

Despues de algunos momentos, dijo con grave y reposado tono:

—Hice el propósito de no perder la calma, cualquiera que fuese la situacion, y ya veis que estoy tranquilo.

—¡Oh!...

—Dios sabe que he venido animado por los sentimientos más nobles.

—Yo tambien lo sé, porque lo veo,—replicó don Leandro con amargura irónica,—yo tambien lo sé, porque lo veo.

—¿Lo dudais?

—No lo dudo, puesto que bien claramente lo habeis dicho. Vuestra resolucion era firme, no estábais dispuesto á ceder, y esperábais que yo cediese.

—Don Leandro...

—Hemos concluido.

—Ya sabeis que perseguido estoy.

—¿Y qué me importa?

—En estos momentos me buscan para encerrarme en un calabozo.

—Eso no es cuenta mia. ¿Por qué os habeis metido en negocios de esa clase?

—El rey considerará que se le presta un gran servicio si se le dice dónde me encuentro. Dad una voz y que se apoderen de mí...

—No soy delator.

—Don Juan se encojió de hombros.

—Que Dios os guarde, hermano mio,—dijo,—y desde este momento cada cual se entenderá con su conciencia y con el Omnipotente.

—Yo acepto la responsabilidad de mis acciones.

—Y yo la mia.

—Pues el que derrotado quede tendrá paciencia.

—Si á mí no me favorece la fortuna, me resignaré y el mundo verá que sé morir sin exhalar una queja.

No hablaron más.

Con paso firme salió de la cámara don Juan.

Don Leandro quedó inmóvil.

Pronunció algunas palabras que no pudieron entenderse.

Corrientes de fuego se escapaban de sus ojos.

Dejóse caer en un sillon.

Inclinó sobre el pecho la cabeza.

Cerró los ojos.

Quedó inmóvil.

¡Qué negros, qué horribles eran los pensamientos que cruzaban por su mente!

Cerca de una hora permaneció en aquel estado.

Cuando levantó la cabeza se pasó las manos por la frente y dijo:

—Preciso es adoptar una resolucion que ponga fin á estas dudas, á esta incertidumbre. Quiero de una vez la muerte ó la vida.

En pié se puso.

—Ahora,—murmuró,—veremos hasta dónde don Pedro de Lainez está dispuesto á cumplir sus promesas.

Pocos minutos despues salia de su casa para ir á la del padre de doña Sol.

CAPITULO LXXXV.

Donde se verá cómo el rey curaba las locuras.

Mientras tenian lugar las escenas que acabamos de referir, el doctor Olivares se presentaba á Felipe II que en aquellos momentos parecia muy preocupado con el exámen de unos papeles que sobre la mesa tenia.

La cabeza levantó el monarca, miró al médico y le dijo:

—Acercaos y esperad.

Volvió á leer.

Guardó los papeles en un cajon.

Cambió de postura.

Con la fria tranquilidad que lo caracterizaba, le dijo al médico:

—Supongo que habeis cumplido mis órdenes y que me traeis las noticias que necesito.

—Sí, señor.

—Hablad.

—Muy temprano llegó don Juan á Madrid.

—¿Por dónde?

—Por el puente de Segovia.

—¿Os encontrábais por allí?

—Entre la arboleda de aquellas cercanías.

—Tuvisteis acierto.

—El deseo de cumplir mis deberes.

—No esperaba otra cosa de vos.

—Don Juan de Manrique fué á parar á una posada que hay á la derecha bajando la calle de Segovia.

—¿Qué más?

—Allí se aposentó y allí lo dejé. Me pareció inútil hacer otras averiguaciones, porque es de suponer que su nombre haya ocultado ó cambiado.

—Ese detalle no tiene importancia.

—No se apercibió de que lo espiaban.

—Y en la posada debe estar descansando tranquilamente.

—De eso no respondo, señor.

—¿Qué otra cosa puede hacer en estos momentos?

—No lo adivino; pero debe tenerse en cuenta que don Juan no se parece á los demás hombres.

—Es verdad.

—Tal vez cometa la locura de salir de su posada en medio del dia y recorrer las principales calles de Madrid.

—Eso hubiera hecho el paje,—repuso el monarca, cuyo entrecejo se arrugó.

—Y si al paje ha de sustituir, segun opina vuestra majestad...

—No lo dudeis.

—No lo dudo, sino que lo temo, si bien hay mucha diferencia entre los propósitos de ambos, pues don Juan

de Manrique ha de quedar satisfecho si triunfa en lo que se relaciona con su amor, mientras que aquel niño audaz...

—Os equivocais,—interrumpió Felipe II.

—No seria la primera vez que me equivoco.

—Aunque don Juan consiguiese ser mañana el esposo de doña Sol de Lainez, lo veriais luchar...

Se interrumpió el monarca.

Otra vez se contrajo su frente.

—¡Oh!...

Estremecióse el médico.

Ambos quedaron silenciosos.

Despues de algunos minutos el rey entreabrió los lábios para desplegar una leve sonrisa.

—Sí,—dijo,—se empeñan en estorbar que la justicia se cumpla, y harán cuanto es imaginable. En paz quedarian si no aspirasen más que al triunfo de su amor; pero se han empeñado en otra cosa de mayor importancia, se han levantado frente á mí con una arrogancia que no puede ser más que hija del delirio, y me veré obligado á devolverles la razon que han dejado perder. Bien sabeis, doctor, que para los locos no hay más que una curacion posible.

—Aún desconozco el remedio.

—Cuando una cabeza se extravía, se corta y así queda curada.

—Señor...

—¿Qué haceis cuando se gangrena un miembro? Lo estirpais.

—Para salvar otro, para salvar la vida; pero no para quitarla.

—La criatura es un miembro de la sociedad, y para que las demás se salven, si una se ha corrompido, se estirpa y así se cura el mal en cuanto es posible. Cuesta un dolor, pero se evitan muchos; cuesta una desgracia, pero se evitan más.

—Esa teoría...

—¿No estais conforme con ella?

—Señor, no tengo opiniones sobre ese punto. Manda vuestra majestad, y yo obedezco.

—La responsabilidad es mia.

—Y por eso tranquila está mi conciencia.

—Doctor, acabais de dar una prueba de lo mucho que valeis.

—Si he cumplido mi deber...

—Estoy satisfecho de vuestra lealtad.

—Soy muy afortunado.

—Dejadme ahora.

El médico se inclinó y salió de la cámara mientras decia para sí:

—Perdido está don Juan; perdida está la reina, y Dios sabe lo que hará de doña Sol. Tampoco deben regocijarse don Leandro ni don Pedro de Lainez, porque no les aguarda la mejor suerte. Y entretanto mi secreto... ¡Oh!... ¿Qué haré, qué haré?... Podria en cierto sentido cambiar la situacion; pero no se salvaria la reina, ni se salvaria don Juan. Están ciegos; se empeñan en una lucha temeraria y no escuchan mis consejos... Más de lo que hago no puedo hacer, porque seria estúpido sacrificarme estérilmente.

Olivares volvió á su aposento.

Meditó.

Una hora despues llamó á su fiel criado y le dijo:

—Siéntate, José.

El sirviente obedeció.

—Para algo te enseñé á escribir.

—Y me hicisteis un gran beneficio.

—Del que ahora me aprovecho.

—Espero vuestras órdenes.

—Toma la pluma y pon en ese papel lo que yo te diga, sin cuidarte de la perfeccion de la letra, pues mejor estará cuanto la hagas peor.

Tomó la pluma el criado sin hacer ninguna observacion y sin mostrar sorpresa, ni contento, ni disgusto.

Olivares dictó lo siguiente:

«Os han espiado.

»Cambiad de posada antes de que llegue la noche.

»Jugais la vida y teneis la obligacion de conservarla para hacer algo muy noble, para cumplir una gran mision.»

Ni una palabra más añadió Olivares, pero demasiado elocuentes eran las que habia dictado.

Como si fuese una carta dobló y cerró el papel.

—Escucha con toda tu atencion,—le dijo al criado.

Este se puso en pié.

—Irás á la calle de Segovia y entrarás en una posada que hay bajando á la derecha.

—La conozco.

—¿Desde cuando?

—Desde aquella época en que tanto nos dieron que hacer las intrigas de don Juan de Guevara.

—Verdad es que allí estuvo oculto, y allí se aposentaba tambien el señor Antolin.

—El posadero no es el mismo.

—Ya sé que murió.

—¿Qué he de hacer?

—Ese papel le entregarás, diciéndole que es para el caballero que á su casa llegó esta mañana temprano, y aunque quizás responda que no existe semejante caballero, tú te encojerás de hombros, le dejarás el papel y te irás sin darle más explicaciones.

—Comprendo.

—Nadie ha de saber que yo te envío.

—Descuidad.

—Pues que Dios te dé acierto.

José, cuya lealtad rayaba en el fanatismo, se encaminó inmediatamente á la calle de Segovia.

Recataba el semblante con el embozo.

A la posada llegó.

Entró, encontrando en el zaguan al posadero, que sentado estaba en un banco.

—¿Sois el dueño de esta casa?—preguntó el sirviente.

—Para serviros.

—Pues os agradeceré que reservadamente y con la prudencia de que tantas pruebas habeis dado, entregueis este papel al caballero que esta mañana temprano llegó á vuestra casa.

El huésped arrugó el entrecejo.

Miró con desconfianza á José que el papel le presentaba, y respondió:

—No os entiendo.

—De todas maneras tomad.

—Como no sé de quién hablais...

—Reflexionad y se disiparán vuestras dudas,—dijo el criado.

Y el papel dejó sobre el banco y dió media vuelta para alejarse.

—Esperad,—le dijo el posadero, poniéndose en pié y deteniéndolo.

—¿Qué quereis?

—Explicaciones.

—No puedo daros ninguna.

—Entonces...

—Que Dios os guarde.

—Llevaos ese papel.

—Nada perdereis por dejarlo ahí.

—Es que...

—Tengo prisa y no puedo detenerme.

Y al decir esto el criado salió rápidamente de la posada y calle arriba tomó.

Inmóvil quedó el huésped por algunos minutos.

—¿Qué debo hacer?—murmuró.—No he dicho que semejante caballero se encuentre en mi casa, y me parece que nada se perderá por entregarle el papel. Si no quiere recibirlo, ahí se quedará y siempre tendremos la ventaja de que sepa lo que ha sucedido.

Bien discurria el posadero.

El papel misterioso guardó.

Empezó á pasearse por el zaguan.

Con impaciencia esperaba que volviese el caballero misterioso.

Y así pasaban las horas.

¿Qué hacia don Juan?

No se presentaba, á pesar de que el sol habia llegado á su ocaso y muy pronto debia cerrar la noche.

Cuando de su hermano se separó, volvió hácia el alcázar, cuyos muros contempló mientras suspiraba lánguidamente y pronunciaba el nombre de la mujer á quien amaba con delirio.

Luego tomó por la cuesta de la Vega y fué á parar á la pradera del Manzanares, en cuyas arboledas se internó vagando, mientras se entregaba á sus tristes pensamientos.

No tenia conciencia del tiempo que pasaba.

Trazó muchos planes, y sobre todo pensó en lo que hacer deberia para ver á doña Sol.

Cuando faltaba muy poco para que desapareciesen los últimos rayos del sol, dijo:

—Ya es tarde y ni siquiera he comido.

Entonces se dirigió á la calle de Segovia para volver á su posada.

CAPITULO LXXXVI.

Cómo don Juan recibió el aviso y una visita muy desagradable.

Acababa de ocultarse el sol.

No quedaba más luz que la dudosa del crepúsculo.

Don Juan, envuelto en su capa y recatando el semblante, llegó á la posada.

Apenas entró se le puso delante el posadero, diciéndole:

—Os esperaba.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó el caballero.

—En vuestro aposento me explicaré.

Las pocas palabras del huésped eran bastante para que don Juan se pusiése en gran cuidado.

Subió.

—Explicaos,—dijo cuando en su habitacion estuvo.

—Ha venido un hombre de cierta edad; no es verdaderamente viejo, pero tampoco es jóven, y por su ropaje y aspecto parece un criado.

—¿Qué queria?

—Me presentó un papel, diciéndome que se lo entre-

gase al caballero que á mi casa llegó esta mañana. Yo le respondí que no lo entendia, que no habia tal caballero y que se habia equivocado; pero el papel dejó sobre un banco y se fué corriendo sin darme más explicaciones.

—No adivino quién pueda ser.

—Me parece que nada se ha perdido, porque si os conviene podré siempre decir que aquí quedó el papel y aquí está, y así no es posible que os veais comprometido. No he olvidado vuestras advertençias y he prometido ser discreto y prudente.

—Estoy satisfecho de vuestro proceder.

—El papel he guardado... Mirad.

El caballero tomó el pliego misterioso, que sobre escrito no tenia.

Lo miró por todos lados.

No era posible que adivinase su prodencia.

Perplejo quedó.

Si abria la carta no podria negar que la habia recibido.

Por otra parte le convenia saber quién le enviaba aquel papel, cuyo contenido podia ser muy interesante.

¿Era Andrés quien le escribia?

No parecia probable, puesto que no habia preguntado por el caballero con las palabras convenidas.

—¿Quereis luz?—preguntó el posadero.

—Es igual,—respondió maquinalmente el noble Manrique.

Del aposento salió el huésped.

Acercóse don Juan á una de las ventanas.

Examinó otra vez la carta misteriosa.

—¡Vive el cielo!—exclamó,—¿Por qué vacilo?... Si algo hay peligroso en situaciones como la mia, son las vacilaciones.

Sus negros ojos brillaron más interesantes.

La carta abrió.

Acercóse más á la ventana, buscando luz.

Empezó á leer.

—¡Por el infierno!—exclamó.

Su frente se contrajo.

El aviso que le daban no podia ser más interesante.

¿Y quién lo hacía?

Desconocia la letra.

Leyó una y otra vez.

—¿Me tienden un lazo?—murmuró.

Pero luego pensó que el lazo no podia tener ningun objeto.

El aviso no debia proceder del criado del señor de Lainez.

Don Juan pensó en Olivares.

Lo que sucedía estaba en armonía perfecta con esa anterior conducta del célebre médico.

Cuanto más reflexionaba más creia que el misterioso aviso se lo daba el doctor.

De la ventana se separó don Juan.

Se sentó junto á la mesa.

Entró el posadero con un velon y diciendo mientras se santiguaba:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar...

Que Dios nos dé buenas noches... Jesús, María y José... Amen.

Dejó el velon sobre la mesa.

Luego preguntó:

—¿Quereis cenar?

—Sí.

—¿Ya habeis leido la carta?... Y perdonad que os lo pregunte; pero como no estoy tranquilo...

—Habeis hecho bien en dármela.

—Pues ahora, por lo que pueda suceder, debiérais instruirme, pues si vuelve ese hombre...

—Le direis que el papel pusísteis en mis manos.

—Que es lo mismo que decir que honrais mi casa.

—Eso es.

—Y si quiere veros...

—Lo dejareis entrar.

—Pero si otra persona viene...

—Siendo la que os dije, podrá verme tambien.

—Entendido.

—Y nada temais, pues aquí estoy yo para pagaros como merezca vuestra lealtad y para indemnizaros si algun perjuicio sufriéseis por mí. Desde luego os juro por mi honor que soy un hombre honrado y que si me oculto no es porque tranquila no esté mi conciencia.

—De vuestra honradez responde vuestro semblante.

—Traedme la cena, que no he tomado alimento desde que almorcé.

—¿Y cómo habeis podido pasar así todo el dia?... Voy corriendo y os traeré lo mejor que hay en mi casa, y un vino añejo que podria resucitar á un difunto.

Se fué el posadero.

Don Juan volvió á leer el misterioso manuscrito.

Luego lo acercó á la luz y bien pronto lo convirtió en ceniza.

Así cumplia un deber, evitando que pudiera comprometerse la persona que con el más noble fin el aviso le daba.

Si escuchase los consejos de la prudencia, inmediatamente se hubiera alejado de la posada el caballero; pero dijo:

—Antes cenaré, porque con el estómago vacío no tendré fuerzas, ni serviré para nada. De todas maneras me han de amenazar los mismos peligros.

Habia recobrado la calma que tanto le sirvió en los apuros anteriores.

Pensó en la mujer á quien amaba.

Los enamorados hacen siempre lo mismo y lo subordinan todo á su pasion.

Deleitábase don Juan mientras pensaba en la hija de Lainez, y así sus temores no le quitaban el sosiego.

Pocos minutos despues el posadero le presentó la cena.

Si lo cortés no quita lo valiente, los apuros tampoco quitan el apetito á hombres del temple de don Juan.

Comió con avidez.

Sus ideas cambiaban á medida que se sentia regenerado.

Bebió del vino añejo, que en realidad era muy superior.

Sintióse con valor para todo.

—¿Y Andrés?—murmuró.—No ha venido... ¿Debo temer otra desgracia?

Acabó de cenar.

Llenó el vaso y lo vació con tanta avidez como si no hubiera bebido.

—Ahora,—dijo,—es cuando debo adoptar una determinacion. ¿Qué haré? ¿A dónde iré?... Y me parece una locura cambiar de domicilio sin haberme puesto de acuerdo con Andrés.

Cruzó don Juan los brazos.

Inclinó sobre el pecho la cabeza.

Meditó.

Diez minutos despues se levantó, ciñó la espada y el sombrero se puso.

¿Qué habia decidido?

No lo sabemos.

Mientras se preparaba para salir, un hombre llegaba á la puerta de la posada.

Era Andrés.

Se detuvo mirando al zaguan.

No se encontraba por allí el posadero.

A entrar iba cuando se apercibió de que otros cinco hombres acercábanse á la posada y que uno iba delante con una linterna, detrás otro y luego los tres restantes.

Por debajo de las capas, ménos el segundo, dejaban ver las puntas de las espadas que llevaban desnudas.

Todos iban vestidos de negro.

El primer golpe de vista fué bastante para que Andrés conociese qué clase de gente era aquella, y retro-

cediendo algunos pasos hasta quedar en el centro de la calle, murmuró:

—¡La justicia!

Ya sabemos que Andrés no tenia nada de torpe.

Comprendió que debia observar y estar atento por lo que pudiera suceder.

No olvidaba lo que le habia dicho don Juan y sospechó que en busca de éste iba la justicia á la posada.

Acabó el sirviente de atravesar la calle.

Se ocultó en el hueco de la puerta de una casa frontera.

Allí quedó inmóvil.

No se habia equivocado, pues aquellos cinco hombres eran un alcalde y cuatro corchetes.

El que llevaba la linterna se detuvo á la puerta de la posada.

El alcalde entró golpeando el suelo con la vara de la justicia, irguiendo la cabeza y presentando el rostro de expresion severa hasta el punto de que podia calificarse de avinagrado.

Quiso la casualidad que al mismo tiempo saliera el huésped de la cocina.

Tampoco necesitó explicaciones para comprender que en su casa estaba la justicia.

Tembló.

Abrió desmesuradamente los ojos.

Miró al alcalde y el gorro se quitó, haciendo una profunda reverencia.

Pensaba en el caballero que se ocultaba tan cuida-

dosamente y que segun habia indicado, debia estar perseguido.

Siempre ha sido y es temible la justicia en España; pero en aquellos tiempos lo era mucho más.

Con sobrada razon temblaba el posadero.

De piés á cabeza lo miró el severo alcalde y le dijo con grave tono:

—Guiad al aposento donde se encuentra un caballero que á vuestra casa llegó esta mañana temprano.

—Señor...

—En nombre del rey,—dijo el alcalde, presentando la vara para que no quedase duda de su autoridad.

—Vuestra señoría...

—Acabad.

—Es que...

—¿Quereis dormir en un calabozo?

—Lo que quiero es que no quede duda de mi inocencia.

—Aún no os han acusado, y si sois cómplice...

—Señor, mi casa está abierta para todo el mundo, y...

—Por eso en ella entró don Juan de Manrique, que es el caballero á quien buscamos.

—¡Don Juan de Manrique!...

—Ya sé que os ha ocultado su nombre.

—¡Que lo sabe vuestra señoría!...

—Sí, porque la justicia lo sabe todo.

—¡Ah!...

—Llevadnos á su aposento.

No se atrevió el desdichado huésped á replicar.

¿Cómo habia de hacer resistencia á todo un alcalde de casa y córte?

—Venga vuestra señoría,—dijo.

Atravesaron el patio, empezando á subir la estrecha y empinada escalerilla.

Entonces Andrés salió de su escondite y entró en la posada.

Nadie lo vió, porque el mozo se encontraba cenando junto al hogar y no se habia apercibido de lo que pasaba.

Era sombría la mirada del sirviente.

La agitacion de su espíritu se revelaba en su semblante.

En aquella situacion tan crítica nada le seria posible hacer por don Juan, si no arriesgaba mucho, si no llevaba la audacia hasta el último grado.

A uno y otro lado miró.

—¡Por Satanás!—murmuró sordamente.—Mucho me equivoco ó es preciso jugar esta noche la vida; pero no he de detenerme ante ningun peligro ni consideracion.

Tambien atravesó el patio rápidamente y sin producir ni el más leve ruido.

Se deslizó escalera arriba.

Así la situacion se complicaba más y más.

Entretanto el posadero guiaba, y uno de los corchetes alumbraba con la linterna.

Llegaron á la puerta del aposento de don Juan.

Se detuvieron.

—Idos,—le dijo el alcalde al huésped.

Este obedeció con tanta más prontitud, cuanto que cada momento acrecentaban sus temores de que el suceso tomase un carácter gravísimo.

Alejóse y bajó sin apercibirse de que un bulto habia en uno de los rincones del corredor.

Iba el alcalde á golpear la puerta cuando ésta se abrió, presentándose don Juan.

La escena que tuvo lugar entonces apenas es descriptible.

—¡Ah!—exclamó el caballero con tono de profunda sorpresa.

Y un paso retrocedió.

—Que Dios os guarde, don Juan,—le dijo el alcalde.

—Entrad... No esperé tan honrosa visita.

—Y os juro que esta visita os hago contra mi voluntad; pero tengo que cumplir mis estrechos deberes.

Y al decir esto entró el alcalde.

Los corchetes se quedaron en la puerta y atentos para lo que fuese menester.

Tranquilos estaban, aunque la naturaleza no los habia dotado de mucho valor; pero veian que se trataba de un hombre no más, y ellos eran cuatro.

Sobradamente se conocian don Juan y el alcalde, y áun podian decir que eran amigos.

—Si llegáseis un momento despues no me hubiéseis encontrado,—dijo el señor de Manrique con una tranquilidad que parecia imposible en aquella situacion.

—No me atrevo á felicitarme por haber llegado á tiempo.

—Sentaos.

—Don Juan, me perdonareis; pero ahora no puedo ser

el amigo, sino el alcalde que se presenta en nombre del rey.

—¿Y para qué me buscais? Nada tengo que ver con la justicia, porque ningun crímen he cometido.

—Sobre ese punto hablaremos despues y en otro lugar, porque ahora no me está permitido daros explicaciones.

—¿Habeis de llevarme preso?

—Sí.

Don Juan quedó silencioso.

Miró al alcalde.

Luego á los alguaciles.

Arrugó el entrecejo.

—¿Me habeis entendido?—le preguntó el severo juez.

El señor de Manrique entreabrió los lábios, desplegó una sonrisa que algo de burlona tenia, y respondió:

—Sí, he entendido bien.

—Entonces...

—¡Yo preso!...

—Con harta pena mia.

—Supongo que no os negareis á escucharme.

—Segun.

—Es bien poco lo que tengo que deciros para que á cubierto quede mi responsabilidad, para que no tengais derecho á quejaros de mí, y para que mi conciencia esté tranquila.

—Despues me direis cuanto bien os parezca.

—Debe ser ahora.

—Hablad; pero tened cuidado con las palabras que

pronunciais, pues viendo estais que nos escuchan, y si cometeis una imprudencia será doblemente crítica vuestra situacion.

—Descuidad.

—Os escucho, caballero.

CAPITULO LXXXVII.

Cómo terminó la escena.

Los corchetes miraron á don Juan y se dispusieron á escuchar muy atentamente, porque comprendian que de gran interés debia ser cuanto entonces se dijese. No habian visto hacer una prision de aquella manera, y por lo mismo que el caso era extraordinario, picábase más su curiosidad.

El severo alcalde, que esclavo era de sus deberes, no podia ocultar del todo que estaba violento, y esto se comprenderia mejor si se conociesen las órdenes extrañas que habia recibido.

Considerábase muy desgraciado por tener que cumplir aquellas órdenes, y no sabia cómo le seria posible armonizar el deber de la obediencia al monarca y lo que le decia su conciencia.

De todas maneras estaba dispuesto á cumplir con la más escrupulosa exactitud aquella durísima obligacion.

El que, por lo ménos en apariencia, estaba más tranquilo era don Juan.

Su mirada, que por algunos momentos habia sido sombría, recobró la serenidad.

Sus lábios se entreabrian para sonreia, aunque muy levemente.

Su voz era dulce y reposado su acento.

Nunca su continente habia sido más noble, y nunca su hermosura varonil fué más interesante.

—Soy esclavo de la justicia y de la razon,—dijo.

—Así lo he supuesto, porque así lo dicen vuestros antecedentes. Ya sabeis que os conozco de antiguo.

—Si de algo me acusase mi conciencia, me someteria para sufrir el castigo á que mis faltas me hiciesen acreedor; pero no sucede así, sino que, por el contrario, soy víctima de un abuso incalificable, y se me persigue como al último criminal.

—Caballero...

—Antes de anoche se apoderaron de mí.

—Nada de eso sé.

—Pues conviene que lo sepais, porque así no os quedará duda del derecho que tengo para defenderme.

—Don Juan, lo que estais diciendo...

—Es grave, ya lo sé.

—Convendria que esta conversacion la dejásemos para cuando solos estuviésemos.

—¿Y cómo justificaria yo la resistencia que pienso hacer?

—¡Resistencia!—exclamó el alcalde.

—Sí,—repuso sencillamente don Juan.

—Pero...

—Aún no habeis puesto sobre mí las manos, y no las

pondreis sino despues que mi cuerpo sea un cadáver.

Los alguaciles cruzaron una mirada.

Empezaron á comprender que la escena iba á cambiar y que las espadas representarian el principal papel.

Aun sin contar con el alcalde, eran cuatro contra uno; pero aquel uno parecia adversario muy temible.

El corchete que la linterna tenia era flaco y de elevada estatura.

Se extremeció y sus huesos resonaron.

Frente á él se encontraba otro de estatura escasa, obeso y abultado vientre, cuyo rostro, colorado como una cereza, púsose amoratado como una remolacha.

Los otros dos miraron atrás como si ante todo quisieran convencerse de que expedito tenian el camino para huir, y sus gestos indicaron claramente el terror de que estaban poseidos.

Empero al fin eran cuatro, y esto los tranquilizaba hasta cierto punto.

El alcalde dijo:

—Caballero, abrigo la esperanza de que no cometereis una locura.

—Me parece que la locura seria dejarme prender y encerrar en un calabozo, cuando ningun crímen he cometido. Antes de anoche me sacaron de Madrid para llevarme al alcázar de Segovia, y conseguí burlarme de los soldados que me guardaban. Si ahora he de dejar que vos me lleveis, ¿para qué me tomé la molestia de recobrar mi libertad? Si en una prision de Estado he de consumir la existencia sufriendo lo que apenas se concibe, prefiero morir luchando.

—Debeis pensar que ante todo...

—¡Vive el cielo!—exclamó don Juan, cuyos negros ojos dejaron escapar de repente dos centellas.—Mengua seria para mí dejar que me encerrasen cuatro míseros corchetes á los que de cuatro cintarazos puedo quitar de enmedio.

Temblaron los alguaciles.

Cuatro difuntos parecian por la palidez de sus rostros.

Volvieron á mirarse.

Y como el alcalde debia conocerlos, á ellos se volvió y en tanto que golpeaba el suelo con la vara de la justicia, les dijo ásperamente:

—Doscientos azotes al que vacile para cumplir mis órdenes, y pena de la vida al que retroceda en caso de que haya que luchar. Ya me conoceis, bergantes, y sabeis que cumplo lo que prometo.

Los corchetes quedaron inmóviles como estátuas.

El juez le dijo á don Juan:

—No puedo escucharos, porque mis deberes me lo prohiben.

—Entonces...

—Habeis dicho cosas demasiado graves.

—Y otras más graves he de decir.

—No os lo permitiré.

—¿Quién puede estorbarme mover la lengua?

—Mi autoridad.

—Y no solamente la lengua, sino la espada.

—Que os perdeis, caballero.

—No puedo estar más perdido de lo que estoy.

—En nombre del rey.

—En nombre de mi inocencia.

—La justificareis despues.

—En nombre de mi honor.

—Nadie lo ha puesto en duda.

—Me ultrajais.

—Cumplo mi deber.

—Yo cumplo el mio y tranquila está mi conciencia.

—Vuelvo á recordaros que represento al rey.

Don Juan puso la diestra en la empuñadura de su espada.

El alcalde retrocedió un paso, no porque cobarde fuese, sino porque se convenció de que la vara de la justicia no seria bastante para librarse de los golpes asestados por don Juan.

De la firme resolucion de este no podia dudarse.

Ya eran inútiles las palabras.

¿Cómo habia de entregarse el caballero despues de haber dicho que resistiria?

La cuestion era ya de honra y la vida no tenia ninguna importancia.

Silenciosos quedaron por algunos minutos.

El aspecto de don Juan no tenia nada de tranquilizador.

Por fin el juez rompió el silencio para decir con grave tono:

—Caballero, en nombre del rey daos á prision.

—No,—respondió con breve acento don Juan.

—Os intimo por segunda vez.

—He dicho que no.

—Por tercera...

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor de Manrique.

Y la espada desenvainó.

En la acerada hoja reflejaron los rayos de la luz del velon.

—¡Apoderaos de ese hombre!—dijo el alcalde á los alguaciles.

—¡Paso!—gritó don Juan mientras la espada blandia.

Los corchetes vacilaron.

Quisieron avanzar y retroceder.

Agitaron tambien los aceros.

Y el buen alcalde se retiraba hácia un estremo de la habitacion para resguardarse con la mesa.

—¿Me dejareis pasar?—dijo el señor de Manrique mientras se disponia á caer sobre los corchetes.

Estos, recordando las terribles amenazas del alcalde, y pensando tambien que eran cuatro y que con facilidad podrian envolver al caballero, alentáronse en cuanto era posible y uno de ellos exclamó:

—Todos á él...

—Sí,—añadió otro corchete,—lo rodearemos.

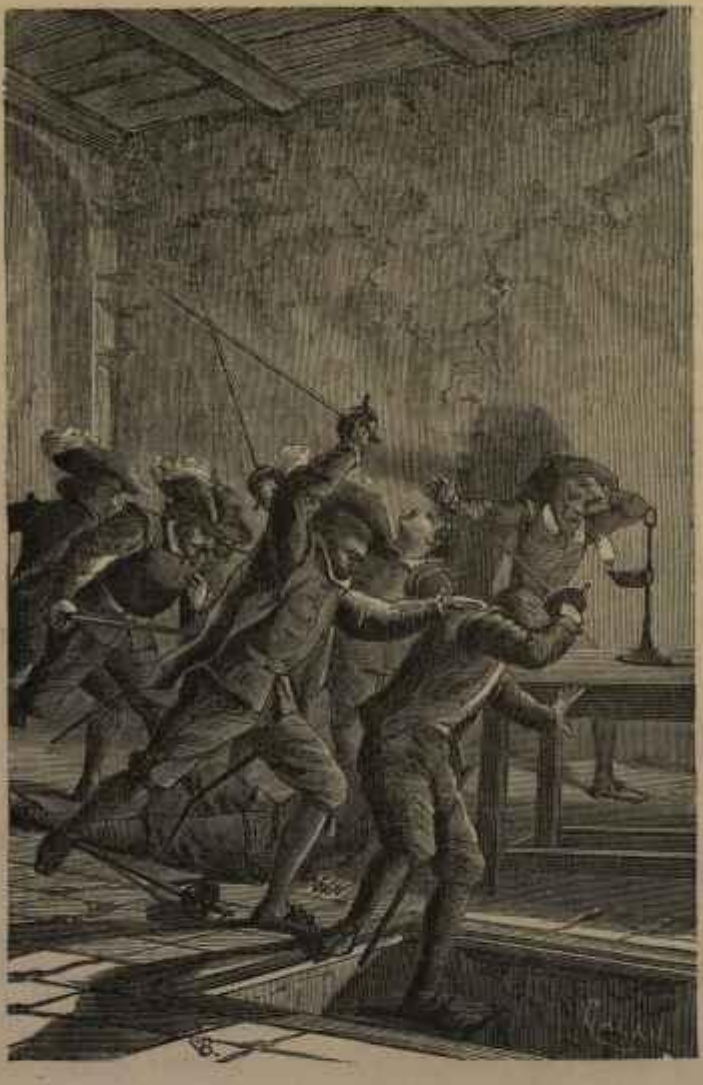
—Y sucumbirá.

Gran trecho hay del dicho al hecho.

Sobre estar dotado de gran valor don Juan de Manrique, manejaba admirablemente la espada.

No esperó á que le acometiesen, sino que sobre los alguaciles se lanzó con ímpetu incontrastable.

El primer golpe que asestó fué á dar en la linterna que rota en mil pedazos voló; y como quisiese avanzar el corchete panzudo, lo desarmó el caballero en un



Y el chis-chás de los aceros seguía resonando.

abrir y cerrar de ojos y luego descargó sobre el infeliz tan fuerte cintarazo, que le hizo caer sin sentido y medio muerto.

En un instante se produjo la confusion más horrible.

Resonaron gritos, que debieron oirse á gran distancia.

Los alguaciles tuvieron que retroceder, siquiera para moverse con más libertad en el corredor, y el caballero avanzó muy resueltamente, dando tajos y estocadas, y mientras juraba y maldecia como un condenado y corrientes de fuego se escapaban de sus ojos.

El alcalde amenazaba tambien para que se mantuviesen firmes los corchetes, y daba grandes voces, llamando al posadero para que acudiese con una luz, y llamaba en su auxilio y en nombre del rey á todos los vecinos honrados.

Aunque de muy mala gana y poseido de pavor, obedeció el posadero, acudiendo con un candil; pero apenas acabó de subir la escalera y dió el primer paso en el corredor, presentósele Andrés, dió á la luz un soplo y le dijo al huésped:

—Bajad, si no quereis morir.

—¡Dios misericordioso!

—¡Por el infierno!

—Sin darse cuenta de lo que hacia y con cuanta prisa pudo, bajó el posadero.

Y el chis-chás de las espadas seguia resonando.

Y resonaron tambien los lamentos de uno de los alguaciles, que herido cayó.

Una vez que la sangre habia corrido, no era posible que otra cosa sucediese más que vencer ó morir.

Creyó el alcalde que habia llegado el caso de tomar parte en la sangrienta pelea.

Esto era lo peor que podia suceder para don Juan, pues ya habia salido del aposento, donde aún estaba el severo juez, y podia éste acometerle por la espalda, poniéndolo en grandísimo apuro.

La espada del alcalde relumbró; pero á la vez otra espada se agitó detrás de los alguaciles, resonando una voz que decia:

—¡Aquí me teneis, don Juan!

Y aquel acero se levantó, cayó, chocó con los otros, golpeó, hirió, y...

Ayes desgarradores exhalaron los corchetes.

Otro cayó en tierra.

Para hacer frente al nuevo enemigo volviéronse los dos que útiles quedaban.

Y el señor de Manrique pudo avanzar descargando nuevos y terribles golpes y antes de que el alcalde pudiese herirlo.

La confusion era cada vez más horrible, y los gritos más atronadores.

No pudo el caballero reconocer al sirviente; pero sí apercibirse de que tenia un auxiliar.

¿Qué importaba que fuese Andrés ó cualquiera otro?

Por de pronto lo que le interesaba era ganar la escalera.

El posadero, sin darse cuenta de lo que hacia, gritaba tambien.

Y en la calle se detenian los transeuntes y se agrupaban á la puerta de la posada.

—¡Por aquí!—gritó Andrés, descargando una cuchillada sobre el infeliz corchete que se le quiso poner delante.

Y don Juan pasó, y ambos bajaron la escalerilla con pasmosa velocidad.

El criado empujó violentamente al posadero, haciéndole caer.

Los dos fugitivos llegaron á la puerta de la posada.

No hubieran podido salir si miramientos tuviesen; pero bastó que las espadas blandiesen para que los curiosos retrocedieran y dejaran el paso libre.

Los instantes eran tesoros.

Don Juan y Andrés salieron.

Corrieron.

Desaparecieron al meterse en la plazuela del Alamillo.

Y entre tanto al alcalde bajaba y gritaba:

—¡Favor al rey!... Pena de la vida al que los deje escapar.

La presencia de la justicia fué más eficaz que las espadas, y los curiosos huyeron y desaparecieron en un instante.

Miró á todos lados el juez.

¿Y los criminales?

¡No estaban!

—¡Vírgen Santísima!—exclamaba el posadero, haciendo gestos y contorsiones.—Me han magullado, me han roto...

—Callad,—le dijo el alcalde.

—Señor...

—Corred en busca de los delincuentes, porque eran dos: lo he visto bien; otro habia en el corredor. ¿Quién era?

Nadie podia dar explicaciones sobre este punto.

Los corchetes heridos pedian socorro y no era justo dejarlos morir.

Convencido el alcalde de que ya era imposible apoderarse de don Juan, dispuso que á los heridos se socorriese, cerró la puerta del aposento de don Juan, guardó la llave y de la posada salió con el corchete que útil quedaba.

Siempre corriendo don Juan y Andrés se habian internado en el laberinto de estrechas y tortuosas calles de la Morería, yendo al fin á parar á San Andrés.

Detuviéronse allí.

Estaban muy fatigados.

—¿Aún no me conoceis?—preguntó el sirviente.

—¡Andrés!...

—Dios ha querido que no me sea posible ir antes, pues así he podido ayudaros, aunque de todas maneras vos sólo hubiéseis arrollado á esa canalla.

Don Juan estrechó la diestra de Andrés, diciéndole:

—Eres mi mejor amigo.

—Cumplo mi deber y nada más.

—No acabo de explicarme tu proceder misterioso, pues por mucho que sea el cariño que tengas á tu desgraciada señora...

—Os parece que en mi conducta hay un misterio, ¿no es verdad?

—Sí.

—Caballero, no es esta la ocasion de hablar, sino de hacer algo para que os salveis. Hay cosas que no puedo decir á mi señora, porque seria imprudente y amargaria más y más sus dolores; pero á vos...

—Si no te inspiro bastante confianza...

—Ciega.

—Entonces...

—Veremos.

Don Juan inclinó sobre el pecho la cabeza.

Inmóvil quedó.

—Luego, como si hablase para sí, dijo:

—Misterios por todas partes... Un misterio el doctor... ¡Oh!... ¿Cuándo acabaré de penetrar en el alma de los unos y de los otros? Algo hay que se oculta y que debe ser de muchísima importancia, algo que quizás puede decidir de mi suerte... ¡Vive el cielo!... ¿Estoy condenado á caminar siempre entre las tinieblas? ¿Para qué me sirve luchar, para qué mi firme resolucion de sacrificar hasta la existencia?

—Señor don Juan,—dijo Andrés,—tened por seguro que nos persiguen, y no seria difícil que nos encontrasen. Una vez hemos podido librarnos de la justicia; pero no siempre nos favorecerá lo mismo la fortuna.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Ante todo es preciso que os oculteis.

—No sé dónde.

—Buscaremos y encontraremos.

—Otra cosa he de hacer que más interesa á mi corazon.

—Una locura que á todos nos perderá.

—Tu señora...

—¿Quereis verla esta noche?

—Y la veré.

—Don Juan...

—Dispon de mí para cuando haya visto á la mujer á quien adoro; pero antes...

—Cúmplase vuestra voluntad,—dijo Andrés encojiéndose de hombros.

El amante de doña Sol perdia la calma, á pesar de su propósito firme de dominarse.

Dispuesto estaba á cometer todas las locuras.

Andrés miró á todos lados.

Escuchó.

Ni se descubria alma viviente, ni se percibia el más leve ruido.

Meditó.

Lo que pensaba no lo sabemos.

—Señor,—dijo despues de algunos minutos,—lo peor què puede sucedernos es morir.

—No me importa.

—Hace bastantes años que la muerte hubiera sido para mí la mayor de las felicidades.

—Andrés, tú no eres lo que pareces.

—Conocereis el secreto de mi vida, porque es preciso; pero no os lo confiaré sin que hayais jurado que lo guardareis como el confesor guarda el secreto de las conciencias que se deposita en la santidad de su carácter sagrado.

—Sí, Andrés, te juro...

—Ahora no.

—Puesto que otra cosa no tenemos que hacer...

—¿Nó queriais ver á mi noble y desgraciada señora?

—Sí.

—Pues á palacio iremos, pues nadie ha de creer que allí os encontreis en los momentos en que huís de la justicia.

—Es verdad.

—Vuestra vida depende de una circunstancia cualquiera.

—Andrés, nada puede ganar el que nada juega.

—Arriesgaremos mucho...

—Y muchísimo será lo que yo gane si consigo ver á doña Sol.

—Vamos, pues.

Del fuego de su pasion escapáronse dos llamaradas de los negros ojos de don Juan.

Ni una palabra más pronunciaron.

Metiéronse por las estrechas calles de la Morería.

En la diestra llevaban desnudos los aceros.

Avanzaban resueltamente.

Su audacia apenas se concibe.

Con el oido atento y escudriñadora la mirada, llegaron á la calle de Segovia.

Detuviéronse allí algunos instantes para contemplar la posada que teatro habia sido de la sangrienta y ruidosa escena.

Tomaron por la calle de Tentetieso.

Dejaron atrás la iglesia de San Justo.

Por la plaza de San Salvador fueron á parar á Santa María.

Bien pronto atravesaron por las caballerizas reales y llegaron al alcázar real.

No vacilaban.

Apenas se cuidaban de recatar el semblante.

Entraron en la morada del gran tirano como quien en su casa entra.

Nadie tenia para qué cuidarse de aquellos dos hombres, que bien podian ser de la real servidumbre.

Siempre silenciosos y con firmes pasos atravesaron el patio principal.

Subieron por la escalerilla que ya conocemos.

Atravesaron pasillos, galerías y aposentos.

Detuviéronse al fin.

—Aquí esperaré,—dijo el criado.

Y se sentó en un banco.

Otras dos habi taciones atravesó don Juan.

Latia con desigual violencia su corazon.

Iba á ver á la mujer á quien amaba con delirio.

Habíase olvi dado de todos los peligros que en aquellos momentos le amenazaban, habíase olvidado de todo, porque doña Sol era su pensamiento único.

Llegó al aposento de la doncella.

Allí nadie habia.

A su alrededor miró don Juan.

Contempló uno por uno todos los muebles.

Por casualidad habia luz sobre una mesa.

Escuchó con atencion profunda.

Dió algunos pasos.

Se acercó á la puerta que comunicaba con el pasillo.
La abrió.
Su mirada se perdió en las tinieblas.
Quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.
Y nada más entonces.

CAPITULO LXXXVIII.

A donde fué á parar el caballero.

Pasaron cinco minutos, que cinco siglos debieron parecer á don Juan.

Por fin á sus oidos llegó un rumor sordo.

Era el producido por el roce de un ropaje con las paredes ó el suelo.

Volvieron á brillar los ojos del enamorado caballero.

Su rostro enrojeció como si sangre fuese á brotar.

Se enderezó.

Miró ansiosamente.

A los pocos momentos presentóse la doncella.

Su belleza era más interesante que nunca con la palidez mortal que su rostro cubria, con el semicírculo amoratado que sombreaba la parte inferior de sus magníficos ojos, y con las señales inequívocas del llanto y del insomnio.

Levantábase su pecho á impulsos de su respiracion violenta.

Se entreabrian sus lábios con expresion indefinible que algo tenia de amarga y dolorosa.

Como si el alma se escapase por sus ojos, el alma envió á don Juan con una mirada tan ardiente como profunda.

—¡Ah!...—exclamó.

No era posible que ninguno de los dos se diese entonces clara cuenta de lo que hacia.

Dejábanse llevar de los impulsos de su corazon.

Sin que doña Sol supiese cómo, y probablemente sin que se apercibiese de ello, cayó en los brazos que don Juan le abria y la cabeza reclinó lánguidamente sobre uno de los hombros del caballero.

Y él tambien volvió é inclinó la cabeza, y no ya las miradas solamente, sino lánguidos, muy lánguidos suspiros se cruzaron.

Y alguna queja, de amor y de amargura, se escapó de sus pechos palpitantes.

Pero ni una palabra pronunciaron.

¿Qué habian de decir?

¿En qué idioma hubieran encontrado palabras para expresar lo que sentian?

El idioma que hablamos no es el del alma, porque al alma le ha dado Dios los ojos para que con los ojos exprese lo que los lábios no saben decir.

Y poco despues se empañaron los negros ojos de doña Sol.

Luego se humedecieron y dos lágrimas brotaron, lágrimas cristalinas y ardientes, que silenciosas corrieron por las pálidas mejillas.

—¡Sol de mi alma!—exclamó por fin don Juan.

—¡Ah!...

—¡Lloras!...

—De ternura,—murmuró lánguidamente la doncella.

—De felicidad, de alegría debiera ser tu llanto, puesto que á tu lado estoy, en mis brazos estás y...

—Y cuando de mí te separes...

—¿Qué temes?

—Todo lo más horrible.

—Sol de mi vida...

—Preciso es que dominemos los impulsos de nuestro corazon, porque al borde de un abismo insondable nos encontramos.

—Ves peligros que no existen.

—Escúchame, porque estos momentos son preciosos. Tú no conoces la situacion, no sabes...

—Tú tambien ignoras lo que ha sucedido.

—No.

—Aún es un secreto...

—Lo sé todo: quisieron encerrarte en el alcázar de Segovia y milagrosamente has recobrado la libertad; cometes la locura de volver á Madrid...

—¡Locura llamas á mi amor!...

—Desde hoy se levanta á todas horas sobre tu pecho el puñal de un asesino, y si te haces la ilusion de que no han de encontrarte...

—Ya me han encontrado esta misma noche y la justicia fué á prenderme como al último criminal.

—¡Dios mio!...

—Para morir en un calabozo, prefiero morir luchan-

do. Resistí y cuando más comprometido me encontraba, Dios quiso enviarme un socorro que nunca esperé, y así por seguuda vez me he salvado. Quizás la justicia no se ocupe más de mí; pero en cambio sobran en Madrid asesinos y de seguro intentarán hacer conmigo lo que hicieron con el desdichado marqués de Poza. Ya vés que á ilusiones no me entrego, que conozco el peligro, que comprendo mi situacion; pero estoy resuelto á luchar hasta vencer ó morir, resuelto á cumplir mis deberes sin que nada me detenga. Ni de Madrid saldré, ni dejaré de verte aunque en las entrañas de la tierra te oculten, ni olvidaré tampoco el peligro que amenaza á la reina.

—La sentencia se ha pronunciado ya.

—¡Oh!...

—Si Dios no la proteje, morirá,—repuso sombríamente doña Sol.—Morirá como murió el noble marqués de Bergens.

—¿Y hemos de abandonarla en situacion tan horrible?

—No me separaré de ella, no; pero tú...

—Tampoco.

—La lucha que hemos entablado...

—Es desigual, es temeraria.

—Una lucha con el hombre más poderoso del mundo.

—Quizás sucumbiremos; pero habremos cumplido nuestro deber.

—Hasta hoy hemos podido contar con el auxilio de un hombre que vale mucho.

—Olivares.

—Sí.

—Su situacion es de tal naturaleza...

—A pesar de su deseo de salvarnos, tiene que trabajar contra nosotros.

—No me quejo.

—Debe haberte espiado.

—Así lo creo; pero en cambio me envió un aviso para que me ocultase, y aunque no me ha servido para nada, tengo que agradecer mucho á ese hombre.

—Conviene que sepas cuanto ha sucedido, pues si de acuerdo no estamos en todo...

—Sí, sí.

Don Juan y doña Sol se esforzaron cuanto les fué posible para dominarse.

Con algun sosiego continuaron la conversacion.

Sin olvidar ningun detalle dió cuenta la jóven de su entrevista con el célebre médico, y don Juan refirió cuanto le habia sucedido desde que el duque de Féria lo prendió en la calle de la Almudena.

Hicieron los comentarios que eran consiguientes.

Comprendian que desde el momento en que don Juan hizo resistencia á la justicia, podian perseguirlo descubiertamente, pues aquella resistencia constituia un delito muy grave, y por consiguiente no era menester que buscasen las tinieblas de la noche para descargar el golpe contra el caballero.

Todo el mundo tendria derecho á cualquiera hora y en todas partes para poner la mano sobre don Juan.

Forzoso era que se ocultase, pues no podia entablar una lucha con la justicia y con la sociedad.

¿Y cómo favoreceria y defenderia á la mujer á quien amaba?

En otra cosa debian pensar tambien, en lo que don Pedro y el rey determinarian con respecto á la desgraciada jóven.

¿La dejarian en palacio?

¿Se la llevaria el señor de Lainez?

¿La tendria á su lado ó la encerraria en un convento?

Y alguna otra determinacion más grave podia poner en práctica.

Todo cálculo sobre este punto era muy aventurado.

Tenian que esperar los sucesos.

Las horas pasaron con rapidez para los dos amantes, y como el peligro era mayor á medida que la noche avanzaba, Andrés decidió interrumpirlos y sin más miramiento se les presentó, diciéndoles:

—Perdonad; pero si no teneis en cuenta que abusar de la fortuna es lo mismo que buscar la desgracia...

—¡Andrés!...

—Vamos, señor, que aún hemos de tratar de un asunto de mucho interés. Necesitais aposento y no lo teneis, y esto sin contar con que muy tarde no podríais salir de palacio.

—Es verdad.

Con las palabras más tiernas se despidieron los dos enamorados.

Separáronse.

Doña Sol fué á la cámara de la reina.

Don Juan y Andrés salieron del alcázar real.

Se alejaron sin detenerse hasta llegar á Platerías.

—Ahora,—dijo el sirviente,—escuchadme.

—Adivino lo que has de decirme.

—No lo dudo, porque os sobra entendimiento.

—Es preciso que me ocupe de la realidad de la vida, de muchos detalles enojosos, de muchas miserias.

—Sí.

—¿A dónde iré? ¿Cómo me libraré de la persecucion de mis implacables enemigos? No se me oculta que cada uno de esos detalles ha de ser un obstáculo casi insuperable. La vida es así, y como ya conozco demasiado bien el mundo, he contado con todas esas contrariedades. Dios nos ha favorecido esta noche; nos hemos salvado milagrosamente, y he satisfecho los deseos de mi corazon. ¿Qué más puedo pedir á la fortuna? Otro se consideraria muy desgraciado en mi situacion, y sin embargo yo me considero felíz. Ya ves que soy razonable, que no me hago ilusiones y que por consiguiente no he de cometer cierta clase de locuras.

—Me felicito, señor.

—Estás fuera de tu casa y no sé cómo podrás justificar tu ausencia.

—Licencia le pedí á don Pedro y me la concedió sin dificultad, de modo que no puedo ser sospechoso.

—Del mal el menos.

—Afortunadamente no me han conocido en la posada, y así podré seguir representando mi papel de indiferente en esta intriga.

—Es decir, que no tenemos que ocuparnos de tu persona.

—De la vuestra solamente.

—Puedo pasar la noche en las calles, lo cual no seria más que una molestia de poca importancia; pero ello es que tengo necesidad de un rincon donde ocultarme.

—Sí.

—Y á estas horas...

—Una idea me ha ocurrido.

—Sepamos.

—Entraré en mi vivienda y vos me esperareis en la calle.

—¿Y luego?

—Esperaré á que se acuesten todos, y cuando duerman abriré la puertecilla falsa.

—¡Andrés!...

—Entrareis y os llevaré á los camaranchones. Allí pasareis esta noche y el dia de mañana, y entre tanto os proporcionaré aposento, no digno de vos, pero seguro.

El plan de Andrés no podia ser más atrevido.

Pasar la noche don Juan precisamente en la morada de uno de sus perseguidores, del más temible, era lo mismo que llevar la burla hasta un punto inconcebible.

¿Podia hacer otra cosa el caballero?

Habia pensado ir á la hostería, pues no era probable que lo buscasen allí; pero arriesgaba demasiado, pues una casualidad cualquiera podia ser su perdicion.

A la morada de don Pedro no habian de ir á buscarlo.

Andrés acababa de probar que estaba dotado de ingenio fecundo y que valia mucho para aquella clase de intrigas.

No quiso el caballero tomarse la molestia de reflexionar.

—Haré lo que quieras,—dijo.

—Si mi plan no os parece bueno...

—El mejor.

—Pues entonces...

—Vamos, Andrés.

Aquellos dos hombres, que la vida jugaban, pusiéronse otra vez en movimiento sin que los atormentase ningun temor.

Tomaron por la cava de San Miguel.

No encontraron alma viviente.

Llegaron á Puerta de Moros.

—Colocaos cerca del postigo, que lo encontrareis más allá,—dijo Andrés.

—Entiendo.

—Y no os impacienteis, porque he de esperar á que todos duerman.

—Paciencia me sobra.

El criado, que provisto iba de la llave, abrió la puerta de la casa y entró.

Ya dormía el portero.

A tientas subió Andrés.

En una antecámara encontró á uno de sus compañeros, que dormitaba, y que restregándose los ojos y estirando los brazos, se puso en pié y dijo:

—Buena hora de venir.

—¿Y qué te importa?

—Que he tenido que esperar.

—Nuestro señor me dió licencia, me llevé la llave, y

no era menester que te hubieras privado del sueño.

—Nuestro señor sabe mandar, porque no tiene que molestarse. Cenó, dijo que no se sentía bien, se acostó y dispuso que yo me quedase.

—Pues ya puedes descansar, y ten entendido que no es tarde.

—Andrés, eres muy afortunado, porque te toleran lo que no sufrirían á ninguno de nosotros.

—Soy el criado más antiguo de la casa.

—Es verdad; pero...

—Juan, tienes mucho sueño y debes dormir. Yo haré lo mismo, porque estoy bastante fatigado.

Otra luz encendió Andrés.

Fué á su aposento.

Se quitó el sombrero y la capa.

La espada dejó.

Sentóse.

No tenía que hacer más que esperar.

Dejó que trascurriese un cuarto de hora.

—Segun parece,—dijo,—no hay nadie levantado, y Juan debe ya dormir.

En pié se puso.

—Dios nos proteja,—murmuró.

Tomó la luz.

Sin producir ni el más leve ruido salió del aposento.

Fué al de su señor, deteniéndose junto á la puerta.

El señor de Lainez dormia y roncaba.

Para que despertase hubiera sido menester producir gran ruido ó moverlo violentamente.

—Me tranquilizo,—dijo Andrés.

Fué á los dormitorios de los demás criados.

Todos dormian profundamente.

El silencio era absoluto.

Pasillos y habitaciones atravesó el criado.

Bajó escaleras.

Llegó á una puertecilla y la abrió, despues de dejar en el suelo la luz.

Dió un paso.

Se encontró en la calle.

A poca distancia habia un bulto.

Era don Juan que esperaba y que á la puerta se acercó, preguntando:

—¿Qué debo hacer?

—Venid.

—Todo puede suponerlo tu señora ménos que paso la noche en su casa.

—Siempre sucede lo que ménos imaginamos.

Entró el caballero.

Cerró Andrés.

Muy silenciosamente avanzaron.

Cinco minutos despues decia el criado:

—Bajad la cabeza.

Y penetraron en los camaranchones del edificio.

Allí nadie debia entrar, porque no habia para qué.

—Mal aposento teneis; pero seguro. Os traeré una manta y os dejaré luz que apagareis si algun ruido percibís.

—Y si me descubren...

—Entonces hareis lo que mejor os parezca, pues en casos tales es preciso salir del apuro segun nos permi-

ten las circunstancias. Yo no me acostaré, porque debo estar al cuidado de lo que pasa, y oportunamente os traeré algun alimento.

Andrés fué en busca de una manta, que hecha dobleces sirvió de asiento á don Juan.

Tampoco podia entregarse con descuido al reposo; pero sí le pareció que sentado y recostado en la pared debia dormir.

Cuando sólo quedó, apagó la luz que no podia servir sino para llamar la atencion.

Y á su aposento volvió Andrés.

Tambien quedó á oscuras.

Dormitó sentado.

Y don Juan cerró tambien los ojos y al sueño se entregó mientras pensaba en la mujer á quien amaba tanto.

Con aquella tranquilidad aparente debian pasar las horas.

Y nosotros debemos retroceder para volver á palacio y averiguar cómo Felipe II recibió la noticia del suceso.

CAPÍTULO LXXXIX.

Lo que determinó el rey.

Cuando el alcalde dió las órdenes convenientes para que se cuidase á los heridos, encaminóse al alcázar real.

Sentíase aturdido y sofocado, y claramente decia su rostro lo que sufria.

Temblaba, porque sabia muy bien que Felipe II no aceptaba escusas cuando se trataba del cumplimiento de las órdenes que habia dado.

No comprendia el por qué se le habia mandado prender á don Juan; pero sí que éste debia haberse metido en alguna intriga muy grave, pues así lo probaba el que se hubiese dispuesto encerrarlo en el alcázar de Segovia.

Caviló el buen alcalde más de lo que á su cerebro convenia; pero no pudo adivinar de qué clase de asunto se trataba.

Apenas llegó á la cámara real, le dijo un gentil hombre:

—Entrad, porque su majestad ha dispuesto que así lo hagais sin darle aviso.

Y el alcalde, con pasos inseguros, penetró en el aposento donde se encontraba el gran tirano.

Tambien estaba allí el célebre médico, en pié en un rincon, inmóvil como una estátua.

Las rodillas se le doblaban al alcalde, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para sostenerse.

Pálido estaba como un difunto, y su boca se habia secado hasta el punto de que habia de costarle gran trabajo hablar.

Algunos pasos dió, haciendo profundas reverencias.

Se detuvo.

El monarca fijó en él una mirada escudriñadora y le dijo:

—Acercaos más.

Obedeció el alcalde.

Felipe II añadió:

—Estais pálido y agitado.

—Mucho, señor.

—Me traeis malas noticias.

—Por mi desgracia.

Por un momento se arrugó el entrecejo del gran tirano; pero recobró su expresion tranquila y preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Lo que no debia esperarse y lo que apenas comprendo. ¡Ah!... La escena ha sido horrorosa y probablemente costará la vida á alguno de los infelices que cumplian mis órdenes.

—Es decir, que don Juan ha resistido, á pesar de que representábais al rey.

—Sí, señor.

—Referidme el suceso con todos sus detalles y sin hacer ningun comentario, pues así lo apreciaré mejor.

—A la posada llegué con cuatro corchetes y allí encontré á don Juan, que á salir iba. Me recibió muy cortesmente y quiso hablarme de la injusticia que cometiamos y de otro abuso de que dice ha sido objeto hace dos noches, porque lo prendieron para llevarlo al alcázar de Segovia.

—Don Juan de Manrique es un reo de Estado, ya os lo dije.

—Nunca lo he dudado, señor.

—Continuad.

—No le permití que de semejante asunto hablase, porque me pareció peligroso en presencia de los corchetes, y le mandé que su espada me entregase.

—¡Entregaros la espada!... La sacaria para resistir.

—Para acuchillarnos furiosamente.

Otra sonrisa desplegó el monarca.

El alcalde, que parecia cada vez más sofocado, añadió:

—Los cuatro hombres que me acompañaban cumplieron con su deber, como lo prueba que tres de ellos están heridos de más ó ménos gravedad. En el corredor de la posada se entabló la lucha y cuando acometieron por lados distintos y ya iba á quedar el delincuente en nuestro poder, como si del suelo brotase, apareció otro hombre y sobre los corchetes cayó acuchillándolos por la espalda, lo cual produjo la confusion, dando lugar á que la situacion cambiase.

—Comprendo.

—Lo que sucedió desde aquel instante, no puedo explicarlo: los criminales aprovecharon la ocasion para huir y desaparecieron.

—¿Y luégo?

—Nada más, señor, porque inútilmente quise perseguirlos.

—Supongo que ahora no me preguntareis qué crímen ha cometido don Juan de Manrique.

—Ya ha hecho resistencia á la justicia.

—Aunque sin razon ni motivo se intentara prenderlo, bastaba que en nombre del rey os presentáseis.

—Debió someterse, sin perjuicio de reclamar despues.

—No lo ha hecho y su resistencia es por sí sola un delito muy grave.

—Pues no es menester que yo os diga lo que habeis de hacer para cumplir vuestros deberes.

—Señor...

—Medios os sobran.

—Buscaremos á don Juan.

—Pero no olvideis que es un hombre extraordinario, y que por consiguiente extraordinarios deben ser los medios de que hagais uso para que la justicia quede en el lugar que le corresponde.

—La dificultad mayor es averiguar dónde se oculta.

—Os ayudaré en cuanto me sea posible.

—Gracias, señor.

El alcalde empezaba á tranquilizarse.

Felipe II no habia perdido la serenidad.

Volvió la cabeza, miró á Olivares que inmóvil permanecia, y le dijo:

—Acercaos, doctor.

El célebre médico dió algunos pasos.

—¿Qué os parece de todo esto?—le preguntó el monarca.

—Que vuestra majestad no se habia equivocado.

—Sí, ese hombre ha de darnos mucho que hacer.

—Lo más acertado seria dejarlo en paz, porque así confiaría y cometería alguna imprudencia.

—Tal vez.

—Estoy dispuesto á cumplir como siempre las órdenes de vuestra majestad.

—Meditaremos.

Silenciosos quedaron.

Despues de algunos minutos, el rey le dijo al alcalde:

—Retiraos á descansar.

—Mis deberes no me permiten reposo.

—Esta noche no habeis de conseguir nada.

—Sin embargo...

—De vuestra lealtad estoy satisfecho.

—Mucho me honra vuestra majestad.

—Dios os guarde.

Mentira le pareció al buen alcalde que libre se veia de toda responsabilidad.

Respiró libremente.

Haciendo profundas reverencias, salió de la cámara.

Entonces Felipe II y el doctor se contemplaron.

—Viéndolo estais,—dijo el primero.

—Sí, señor.

—Don Juan se empeña y lo conseguirá.

—Entre morir ó vivir encerrado en un calabozo, le parece mejor lo primero, y quizás yo haria lo mismo.

—El escándalo de esta noche dá á la situacion un carácter que hasta hoy no ha tenido, pues mañana todo el mundo sabrá lo que ha sucedido en la posada.

—Eso es inevitable.

—Preciso es que de una vez concluyamos.

—Pero ya no sabemos dónde se oculta don Juan.

—Tened por seguro que no ha de resignarse á dejar de ver á doña Sol.

—Segun.

—Está enamorado y cometerá muchas imprudencias.

—Todo es posible.

—En palacio está la hija de don Pedro, y en palacio hemos de encontrar á su amante.

El médico hizo un gesto de significacion dudosa.

El monarca añadió:

—Vos hareis lo que os sea posible.

—Señor...

—Os entendereis con ese hidalgo que se apoderó de las cartas, y él os ayudará muy eficazmente.

—Me desagrada ese hombre, pero si vuestra majestad lo manda...

—Sí.

—Obedeceré.

—Lo demás queda á mi cuidado.

¿Qué era lo demás?

Olivares lo comprendia perfectamente.

Se extremeció.

Quedó silencioso.

Felipe II lo miró y le dijo:

—Hasta mañana, doctor.

De la cámara salió el médico.

—Está perdido don Juan,—decia para sí,—y más de lo que hice no puedo hacer. Mi aviso recibió oportunamente y lo despreció. El rey no se equivoca: para encontrar á ese hombre es preciso buscarlo en palacio.

Olivares necesitaba reflexionar y á su aposento se retiró.

Entretanto hablaban, segun ya sabemos, doña Sol y don Juan.

Si aquella misma noche no se apoderaron del caballero, fué por casualidad, pues bien cerca lo tenian.

Tambien en la morada real la calma fué completa.

Y la noche pasó sin que tuviese lugar otro suceso digno de mencionarse.

Llegó el nuevo dia.

Don Leandro se levantó más tarde que de costumbre, porque habia dormido poco y agitadamente.

Tomó algun alimento.

Volvió á meditar.

¿Qué haria?

Creyó que por de pronto doña Sol debia volver á su casa para que don Pedro la vigilase, pues en palacio contaba con la proteccion de la reina.

El caballero fué á buscar al señor de Lainez y le dijo:

—Es menester que adoptemos una resolucion enérgica.

—Aunque sean mil, con tal que me dejen en paz.

—¿Sabeis que á mi hermano le prendieron para llevarlo al alcázar de Segovia?

Don Pedro abrió los ojos y fijó en don Leandro una mirada de estupor.

—En el camino logró escaparse,—añadió Manrique.

—¡Ah!...

—Y ayer tuvo atrevimiento bastante para venir á veros.

—Eso apenas se concibe.

—Todo debe esperarse de un hombre como él.

—Y entretanto vos...

—Tambien fué á visitarme.

El señor de Lainez se extremeció.

—Dios quiso darme fuerza suficiente para dominar los arrebatos de mi indignacion. Mi hermano desconoció mi autoridad, lo mismo que vuestra hija desconoce la vuestra, y nos separamos como se separan dos enemigos irreconciliables.

—Don Leandro, os lo diré con franqueza, porque así es preciso que hablemos.

—Para eso he venido.

—Empiezo á creer que nada hemos de conseguir.

—¡Nada!...

—¿Qué he de hacer contra la resistencia de mi hija?

—Por lo ménos podiais evitar que á mi hermano vea y que se fomente su loca pasion.

—¿Y luégo?

—Cuando se convenza de que nada ha de conseguir,

cuando se desvanezca su última esperanza, cederá. Y entretanto, convencido tambien mi hermano de que su audacia para nada le sirve...

—Perdonad, caballero.

—Decid.

—Hay una cosa que no acabo de entender.

—¿Qué?

—¿Por qué á don Juan querian llevarlo al alcázar de Segovia? Me parece que tan grave determinacion no la tomaria su majestad para favorecernos, y que en algo se fundaria, pues eso no se hace sino por gravísimas razones.

—Ello es que ha sucedido así, y que por consiguiente mi hermeno tiene que ocultarse.

—¡Cosa extraña!

—Don Pedro, lo que piensa y lo que se propone Felipe II no es posible adivinarlo.

Iba el señor de Lainez á contestar; pero no lo hizo, porque se presentó Andrés.

—¿Qué quieres?—Le preguntó muy ásperamente don Pedro.

—Señor, me perdonareis; pero he creido que...

—Acaba.

—Me han dado la noticia de un suceso que puede interesaros mucho, y particularmente al señor don Leandro, y por si ignorábais...

—¡Vive el cielo!... ¿No te explicarás?... Para que me interrumpas es menester que de mucha gravedad sea el asunto.

—¡Desdichado de tí si te equivocas!

—Y me alegraria equivocarme, porque prefiero sufrir las consecuencias de vuestro enojo.

—Ya lo veis, don Leandro: ni mis criados me respetan; porque cuando se les antoja entran en mi cámara sin miramiento alguno para decirme necedades.

—Dejadlo que se explique.

—Te escucho.

—Aseguran que anoche fué la justicia á una posada de la calle de Segovia.

—¿Y qué me importa?

—Mucho puede importaros, porque dicen que allí se encontraba el muy noble don Juan de Manrique.

—¡Andrés!...

—Quisieron llevarlo preso; resistió, emprendió á cuchilladas con los corchetes, y de los cuatro hirió gravemente á tres, burlándose del alcalde y de todo el mundo. Se armó gran escándalo y en conmocion se puso la vecindad, y hoy se hacen muchos comentarios, porque nadie comprende el por qué á don Juan prendian, siendo caballero tan honrado y merecedor de tantas consideraciones.

Miráronse don Leandro y don Pedro.

Por algunos minutos permanecieron silenciosos.

La noticia era de mucha importancia.

Don Juan, con la resistencia hecha á la justicia habíase colocado en una situacion doblemente difícil.

Aunque no lo manifestasen, interiormente se regocijaban don Pedro y don Leandro.

¿Qué más podian desear entonces?

Inutilizado estaba ya el enemigo temible, puesto

que ni de dia ni de noche podria salir del lugar donde se ocultase, pues todo el mundo tendria derecho para ponerle la mano encima como á cualquier delincuente.

—¿Qué más se dice?—preguntó don Pedro.

—Nada más, y no es poco, mi noble señor.

—Pero si no han conseguido encontrar á don Juan...

—Me tranquilizo,—dijo don Leandro.—Supongo que la justicia ha partido de un error, puesto que ningun crímen ha cometido mi hermano.

—Lo que llama la atencion es que se encontrase en la posada en vez de estar en la hostería, donde tiene su aposento.

—Vete,—le dijo el señor de Lainez á su criado.

Este salió.

—¡Por el infierno!—exclamó el señor de Manrique.

—¡Oh!...

—¿Quién entiende á Felipe II?

—Cualquiera que sea su propósito, ello es que nos favorece.

—Sí; pero...

—¿Os pesa que á vuestro hermano persigan?

Sombría se tornó la mirada de don Leandro.

Se hizo más densa la palidez de su rostro.

—Don Juan de Manrique,—dijo con voz reconcentrada,—no es ya mi hermano, porque es mi rival.

—Pero al fin...

—Don Pedro, los comentarios no han de servirnos para nada.

—Ciertamente.

—Preciso es adoptar una resolucion.

—¿Cuál?

—Mi hermano tiene que ocultarse.

—Y mi hija...

—Puede favorecerlo mientras esté al lado de la reina.

—¿Qué debo hacer?

—A doña Sol traereis á vuestra casa; la vigilareis á todas horas, y si es preciso...

—¡Desdichado de mí!

—Como padre teneis la obligacion de cuidar de vuestra hija.

—Pero mi sosiego, mi tranquilidad, mi vida.

—Don Pedro, el deber antes es que todo.

El señor de Lainez suspiró penosamente.

—Si es firme vuestra resolucion...

—Sí; pero mis fuerzas...

—Caballero, es preciso que concluyamos de una vez.

—Falta saber lo que el rey determina.

—Viendo estais que abiertamente se declara en vuestro favor y que hace por nosotros mucho más de lo que pedimos.

—Veré á su majestad.

—Y debiais hacerlo inmediatamente.

—Lo haré.

—Os acompañaré á Palacio y esperaré hasta que hayais concluido de hablar con el rey. Estas luchas son penosas y el triunfo no se alcanza de una vez; pero cuando se tiene constancia y firmeza, todo se consigue.

—Falta me hace concluir para poder vivir en paz, pues si esta situacion se prolonga, sucumbiré.

—Un esfuerzo más y triunfaremos.

El señor de Lainez llamó á su criado.

Se vistió como debia para presentarse al monarca.

—Dispuesto me teneis,—dijo.

—Vamos.

No hablaron entonces más.

Salieron de la casa.

Fueron al alcázar real.

En uno de los salones le dijo don Leandro á don Pedro:

—Aquí os esperaré.

—Dios me proteja.

Aquel dia no encontró el señor de Lainez ningun inconveniente para ver á Felipe II y recibido fué por este apenas lo anunciaron.

El señor de Lainez habia estudiado cuanto tenia que decir; pero lo olvidó al entrar en la régia cámara.

Su mirada penetrante y dominadora fijó el rey en el caballero.

Luego le dijo:

—Bien venido seais, don Pedrdo.

—Señor...

—Vuestra visita me sorprende, porque á estas horas no os esperaba.

—Pero las circunstancias, los sucesos, la... En fin, señor, la agitacion en que vivo, el sobresalto incesante...

—¿Qué os ha sucedido?

—Nada; pero...

—Estais muy agitado.

—Motivos sobran para mi agitacion.

—Y sin embargo decís que nada os ha sucedido.

—Es que...

—Don Pedro, explicaos con calma.

El señor de Lainez hizo grandes esfuerzos para dominarse.

—Señor,—dijo con voz alternada,—las circunstancias me obligan á adoptar una resolucion.

—¿En qué consiste?

—En tener á mi hija cerca de mí, porque conviene que yo mismo la vigile. El hombre que la ha trastornado es capaz de todo, segun lo prueba lo que anoche sucedió en la posada de la calle de Segovia.

—Anoche cumplió la justicia su deber.

—Esa es mi opinion.

—Si don Juan ha delinquido, se le castigará como se le encuentre.

—Así lo creo.

—Pero vos nada teneis que ver en ese asunto.

—Me parece...

—Ocupaos de lo que os importa,—interrumpió el monarca.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la frente del señor de Lainez.

Lo que sintió no puede explicarse, ni aún explicándolo se comprenderia, porque seria menester haber conocido al gran tirano, cuya diestra de hierro abarcaba y ahogaba dos mundos.

¿Qué tenia en su mirada y en su acento aquel hombre?

No se sabe; pero sí es verdad que dominaba, que fascinaba, que producia un efecto inexplicable y que ano-

nadaba á los más serenos, á los que impasibles arrostraban todos los peligros.

Ejemplos de esta verdad hubo varios, pues una ligera observacion hecha con dulzura, costó la vida á su secretario Santoyo, hombre honrado y que no habia dado pruebas de turbarse con facilidad. Aunque de éste suceso hemos hecho mencion en otras de nuestras obras, lo recordaremos ahora, siquiera porque es muy curioso: el noble Santoyo despachaba con el rey; éste firmaba y aquél iba echando arenilla en el escrito. Distraidamente cojió el tintero, y la tinta echó en vez de los polvos. Felipe II miró al buen Santoyo mientras sonreia y le dijo con la mayor sencillez y tranquilidad: «Santoyo, éste es el tintero, y ésta es la salvadera.»

No dijo más.

¿Qué habia en su acento?

¿Qué habia en su mirada?

El mismo Santoyo no hubiera podido explicarlo; pero sí es verdad que tan turbado se sintió, trastornado hasta tal punto, que salió de la cámara, cayó sin conocimiento y murió á las pocas horas.

Felipe II lo habia reconvenido con la frialdad que lo hacia todo; pero produciendo un efecto terrible.

Esto no significaba respeto profundo á los reyes, puesto que los que con otros habian hablado sin turbarse, los que habian mirado frente á frente á Cárlos V, no pudieron sostener la mirada de Felipe II.

En aquel gran tirano, asombro del mundo y misterio impenetrable, habia algo extraordinario. El mismo

duque de Alba se sintió turbado muchas veces en presencia de Felipe II.

¿Qué habia de sucederle á don Pedro de Lainez?

Así se comprende que frio sudor inundase su rostro, que temblase, que se le doblasen las rodillas y que sintiese algun escalofrio.

Acababa de ser objeto de una reconvencion y hubiera querido que la tierra se lo tragase.

¿Qué habia de decir?

Quedó inmóvil.

Inclinaba la cabeza.

Antes se hubiera dejado matar que levantar los ojos para mirar al rey.

Algunos minutos pasaron.

—Continuad,—dijo el monarca friamente.

—Señor,—balbuceó el caballero,—señor... yo...

Se interrumpió.

—Para algo habeis venido.

—Mi situacion...

—Es desagradable, ya lo sé; pero os equivocais si creeis que vos sois la única criatura que sufre en el mundo. Hemos nacido para sufrir y nuestro primer deber es la resignacion. Haced de modo que tranquila esté vuestra conciencia, porque despues de esta vida hay otra, y allí es donde á todos se nos juzgará.

Un penoso suspiro exhaló el caballero.

—Para algo habeis venido,—volvió á decir el rey.

—Es verdad.

—Pues decid lo que deseais, y yo resolveré lo que me parezca justo.

—Acudo á vuestra majestad...

—¿Necesitais justicia?

—Sí, señor.

—Justicia haré.

—Mi hija desconoce mi autoridad.

—A vuestra autoridad he dado fuerza, ya lo sabeis.

—Y sin embargo...

—¿Qué ha hecho doña Sol?

—En cuanto á ella...

—Las noticias que tengo son de que sus deberes cumple cerca de la reina mi amada esposa.

—Pero sus delirios...

—Ama á don Juan de Manrique, ya lo sé; pero si sufre y calla, si no comete ningun abuso, nada puedo hacer. En cuanto á don Juan, su proceder es cuenta mia.

—Tengo el deber de guardar la honra de mi hija.

—Indudablemente.

—Y á tal punto han llegado las cosas, que me veo en la triste necesidad de adoptar medidas extraordinarias.

—¿Qué temeis?

—Que mi hija continúe en comunicacion con ese hombre.

—No sucede así.

—Puede suceder.

—¿Y cómo lo evitareis?

—He pensado que estando mi hija vigilada por mí, seria más difícil cualquier abuso, y así tambien evitaria cuidados á vuestra majestad.

—Don Pedro, teneis mala memoria, y esto es una gran desgracia en vuestra situacion.

—Señor...

—Quedamos en que á vuestra hija os llevariais si otra vez cometía el abuso de ver á su amante en palacio.

—Y no lo olvido.

—Don Juan no ha vuelto, y si lo ha intentado, ha sido inútilmente.

—Pero...

—Si estando aquí doña Sol no vé á don Juan, si no ha sucedido lo que se previó, ¿por qué intentais lo contrario de lo que se convino? Padre sois y reconozco vuestra autoridad y todos vuestros derechos, y si os empeñais en llevaros á vuestra hija, no me opondré; pero meditadlo, porque no parece bien que un hombre como vos haga todo lo contrario de lo que prometió hacer. Para que vuestra hija permanezca en palacio, no tengo más interés que el del bienestar que así proporciono á la reina; pero si á pesar de todo quereis llevárosla, declaradlo terminantemente y luego no os quejeis de las consecuencias. Enferma está mi esposa y cada dia se quebranta más su salud: un nuevo dolor hemos de darle al privarla del amor y de la lealtad de su doncella más querida, y este mal no ha de compensarse con ninguna ventaja ni para vos ni para nadie.

¿Qué habia de responder don Pedro?

Las palabras de Felipe II eran demasiado terminantes.

—Decidid,—dijo el rey despues de algunos minutos.

—Señor...

—¿Quereis llevaros á vuestra hija?

—Se quedará.

—Pues si otra cosa no teniais que pedirme...

—Nada, señor, nada.

—Que Dios os guarde, don Pedro, —dijo el monarca.

El señor de Lainez balbuceó algunas palabras que no pudieron entenderse.

Y haciendo profundas reverencias y andando hácia atrás llegó á la puerta de la cámara.

Salió.

Sus pasos eran inseguros.

Maquinalmente respondió al saludo de los cortesanos que por allí se encontraban.

Don Leandro lo esperaba con ansiedad, y á preguntarle iba; pero no pudo hacerlo, porque don Pedro le dijo:

—Caballero, al hombre no es justo pedirle más de lo que buenamente puede dar.

—Ya lo sé.

—Yo estoy dispuesto á cumplir mis promesas; pero no tengo obligacion de sacrificar la vida estérilmente. Lo que acabo de sufrir, lo que estoy sufriendo lo sabe Dios.

—Pero...

—¡Ah!... No puedo más... Entre unos y otros me quitarán la vida, y despues que haya muerto, se reirán los que vivos queden... Mi hija no será esposa de vuestro hermano ni de nadie, pero si se empeña en no casarse con vos, se saldrá con la suya. ¿Lo entendeis?

—Eso nada tiene que ver con lo que habiamos tratado.

—No puedo llevarla á mi casa.

—¿Acaso se opone el rey?

—No se opone, y sin embargo... En fin, estoy aturdido, mi cabeza vá á estallar y necesito reposo. Dejadme y haced lo que mejor os parezca.

—Don Pedro...

—No puedo más, don Leandro, no puedo más.

—¡Vive el cielo!...

—Vamos, vamos.

—¿No hemos de ver á doña Sol?

—¿Y para qué?

—Si la abandonais...

—La veré y así quedareis satisfecho... Venid.

No quiso don Pedro continuar la conversacion.

Atravesaron muchas habitaciones.

Llegaron á la de la reina.

Allí pidió el padre ver á su hija.

No encontró ningun inconveniente.

Pocos minutos despues se presentaba la jóven.

Saludó ceremoniosamente á don Leandro, y á su padre le dijo:

—Os agradezco la visita.

—Si deseábais verme...

—Sí; porque siempre os amé.

—Pues tened entendido que vengo con propósitos que han de pareceros muy desagradables.

—Tal vez.

—La situacion ha cambiado.

—Mucho.

—Don Juan de Manrique es ya un delincuente, un reo de Estado.

—Lo sé.

—La justicia lo persigue, y por consiguiente su porvenir...

—¿Quién sabe lo que ha de suceder?

—De todas maneras resulta que ese hombre se ha inutilizado, porque más ó ménos tarde caerá en manos de la justicia para ir á parar á un calabozo donde consumirá su existencia.

—Todo es posible,—dijo tristemente doña Sol.—Y entretanto yo pasaré el resto de mi vida en la soledad de una celda. No os empeñeis, padre y señor, porque en vano luchareis: esposa de don Juan seré, ó de ningun hombre. La cuestion está resuelta y no debemos mortificarnos. No me oireis exhalar una queja, siempre os amaré y os respetaré; pero no cederé en lo que toca á mi corazon.

—He determinado que volvais á vuestra casa.

—Volveré,—respondió sencillamente la doncella.

—Así no podreis ver al hombre que vuestra razon ha trastornado.

—Así tendré más facilidad para verlo.

—¡Señora!...

—Padre mio, habreis de entenderos con su majestad, pues á mí me toca obedecer. Si quereis le daré aviso á la reina.

—No.

La doncella se encojió de hombros.

Su calma aparente irritaba más y más á don Pedro.

Don Leandro permanecia silencioso y la contemplaba ansiosamente.

Pasaron algunos minutos.

El señor de Lainez, que se movia sin cesar, preguntó:

—¿Nada teneis que decirme?

—Nada, padre mio.

—Ya conoceis mi resolucion.

—La respeto.

—Adoptaré todas las medidas extraordinarias para que no volvais á ver á ese hombre.

—Así hareis uso de vuestro derecho.

—Está bien, señora.

La jóven inclinó la cabeza.

Otra vez quedaron silenciosos.

La escena tenia algo de grotesco.

Comprendió don Leandro que representaba un triste papel y dijo:

—Don Pedro, si bien os parece, nos iremos.

—Sí.

El señor de Manrique dirijió á doña Sol palabras de pura fórmula.

Ella respondió gravemente.

Y nada más, porque otra cosa no podia suceder.

Salieron don Leandro y el señor de Lainez.

Mucho hubieran querido decir; pero ni una palabra pronunciaron.

Tenian que convencerse de que todos sus esfuerzos serian inútiles, pues era preciso esperar á que los sucesos diesen nuevo giro á la situacion.

¿Por qué Felipe II se oponia á que á su casa volviese doña Sol?

Fácil es adivinarlo: mientras en palacio estuviese era probable que allí fuese don Juan para verla, y así seria mucho más fácil cualquier abuso.

Las sentencias se habian pronunciado y tenian que cumplirse.

Si don Juan habia conseguido librarse del encierro, moriria bajo el puñal de un asesino, como habia muerto el marqués de Poza, como murió Escobedo y otros, pues á semejante recurso se apelaba en aquella época con mucha facilidad.

La reina tambien debia morir en un breve plazo, pues no era posible que Felipe II perdonase la debilidad que suponia cometida por la infeliz.

Por de pronto debia haber un período de aparente calma, pues nada podian hacer los unos ni los otros.

Aquel dia y mientras don Pedro fué á palacio, Andrés salió, volviendo dos horas despues.

Su semblante parecia revelar todo el contento posible en aquella situacion.

A su casa volvió el señor de Lainez sin sospechar que allí tenia al amante de su hija.

Permaneció éste en el desvan, contando los minutos y aburriéndose hasta la desesperacion.

Apenas se atrevia á moverse, porque temia que el ruido llamase la atencion de los criados de don Pedro.

Todo pasa y aquel dia pasó tambien.

Cerró la noche.

Aunque suspirando tristemente, el señor de Lainez cenó con muy buen apetito.

Despues se entregó á reflexiones sobre su situacion.

Pensó que su mayor fortuna consistia en averiguar dónde se ocultaba don Juan de Manriquè, pues así lo entregaria á la justicia y ya nada tendria que temer; pero no contaba con medios para conseguir semejante cosa.

A don Pedro lo conocemos ya, y sabemos que su conciencia transigia con todo, porque siempre encontraba razones para justificar sus abusos.

Arrepentíase de no haber hecho desde luego con don Juan lo que hizo con el desdichado padre de Marta, pues así se hubiera quitado de una vez el estorbo.

Peligroso era que idea semejante brotara en su mente, pues podia suceder que se le presentase ocasion para cometer un nuevo crímen.

A la hora de costumbre se acostó.

Lo mismo hicieron todos sus criados.

Una hora despues reinaba en la casa un silencio absoluto.

Entonces dijo Andrés:

—Acabemos.

Encendió luz.

De su dormitorio salió.

Sin producir ni el más leve ruido recorrió algunas habitaciones.

Convencido de que todos dormian, subió á los camaranchones.

—¡Ah!—exclamó don Juan al verlo.

—Os impacientábais, ¿no es verdad?

—Estoy aburrido.

—Pues ahora os moveréis y respiraréis el aire libre.

—Sí, de aquí saldré á pesar de todos los peligros.

—Antes me escucharéis.

CAPITULO XC.

Lo que hablaron don Juan y Andrés.

Andrés dejó en el suelo la luz que llevaba, se sentó y dijo:

—Aún habreis de tener alguna paciencia, porque hemos de hablar, y la conversacion será muy interesante.

—Te escucharé con la atencion que mereces,—respondió don Juan,—y no haré así más que cumplir una obligacion, porque te debo más que la vida.

—No direis eso cuando conozcais el secreto de mi vida, pues os convencereis de que no hago nada por vos ni por nadie, sino por mí, y que por consiguiente nada teneis que agradecerme.

—De lo que estoy ya convencido es de que no eres lo que pareces, y de que sin que nadie se aperciba, lo mismo que en estos sucesos, en otros representas un gran papel.

El sirviente desplegó una sonrisa de amargura y repuso:

—Yo mismo no sé lo que represento en el mundo, ni acierto á decir lo que debiera representar; pero sí estoy seguro de que no valgo más que ninguna criatura, de que á mí me sucede lo mismo que á todas, pues así me ló ha enseñado la experiencia. Si pudiéramos conocer la historia de todos, nos asombrariamos, pues los que parecen que viven con más sencillez y tranquilidad, son los que más se agitan entre borrascas espantosas. El mundo no vé todos los dolores ni todas las alegrías; los sufrimientos más horribles, son precisamente los que pasan desapercibidos, así como cuando el alma se regocija con goces tan inmensos como puros, nadie vé más que una felicidad de poquísima importancia.

Con verdadero asombro miró don Juan al criado y le preguntó:

—¿Quién te ha enseñado á pensar y hablar así?

—El dolor ha sido mi maestro.

—Andrés...

—Señor, el tiempo es precioso y debiéramos aprovecharlo, que ocasiones tendremos para entregarnos á estas reflexiones. Puesto que dispuesto estais á escucharme...

—Eres mi mejor amigo.

—Creo que sí.

—Explícate, Andrés.

—Principiaré por deciros lo que ha sucedido desde esta mañana, pues cuando os traje la comida no me atreví á detenerme.

—Otra desgracia.

—Ni desgracia ni fortuna.

—Te escucho, Andrés.

—Vino vuestro hermano, diciéndole á don Pedro lo que ignoraba, que se os perseguia, que os habian preso para encerraros en el alcázar de Segovia y que habiais logrado escapar, y cuando estaban haciendo comentarios sobre tales sucesos y se empeñaban en adivinar el móvil de la extraña conducta de Felipe II, me presenté á ellos y les dí la noticia de cuanto habia sucedido en la posada.

—¿Qué te proponias?

—Que conociendo bien la situacion determinasen inmediatamente, y como yo espiaba...

—Comprendo.

—No prolongaron mucho la conferencia y convinieron en la necesidad de que doña Sol volviese al lado de su padre, sin perjuicio de las demás determinaciones que adoptarian

—¡Oh!...

—Esto seria una gran fortuna para nosotros, porque estando yo al lado de mi señora, me seria posible hacer mucho en vuestro favor.

—Ciertamente.

—Salieron para ir á palacio, pues don Pedro queria que inmediatamente volviese á su casa su hija. Algo grave debe haber sucedido con el rey, pues mi señor ha vuelto muy preocupado y no habla de doña Sol, ni hace más que quejarse de su desdicha. Esto es incomprensible, pues parece que el rey no debe oponerse á que doña Sol salga de palacio.

—Yo tampoco lo entiendo.

—De todas maneras resulta que la situacion es muy grave.

—Sí.

—Que la justicia tiene un pretexto para perseguiros, pues lo que anoche sucedió en la posada, constituye en realidad un gran delito.

—Y además de la justicia, están los asesinos que obedecen á quien les paga.

—La conciencia de vuestros enemigos la conoceis ya.

—No me hago ilusiones.

—Prescindiendo del rey, es preciso que no nos olvidemos de mi señor, pues si supiese dónde os encontrais, os asesinaria.

—No tanto, Andrés.

—No conoceis á don Pedro de Lainez.

—Me parece que...

—Señor don Juan, voy á referir una historia en la que representamos un papel de bastante importancia el doctor Olivares y yo, historia de la que ya se ha olvidado el mundo; pero que escrita tengo en el alma. Despues de haberme oido no direis que mi señor es incapaz de llevar los abusos hasta el extremo de cometer cierta clase de crímenes. Sois para él un estorbo.

—Sí.

—Pues el estorbo se quitará en cuanto se le presente la ocasion.

—Pero...

—Escuchadme.

—Te escucho.

Casi de repente cambió la expresion del semblante de Andrés.

Se contrajo su frente.

Palidez nerviosa cubrió su rostro.

Su mirada se tornó sombría.

Borrasca espantosa agitó su espíritu en aquellos momentos.

Agolpáronse á su mente los recuerdos de la época inolvidable en que la infeliz Marta hizo el sacrificio de su honra para salvar á su padre.

No era posible que Andrés hubiese olvidado ni el detalle más leve de aquellos sucesos horrorosos.

Lo que sentia no tiene explicacion.

Un gran esfuerzo hizo para dominarse.

Luego, con grave tono, dió principio al relato de la historia negra que nuestros lectores conocen ya.

Sabemos que Andrés ignoraba una parte de muchísima importancia, y que por consiguiente no sabia que don Leandro era el hijo de don Pedro.

Los crímenes de éste resultaban claros de todas maneras.

Con ansiedad creciente y horrorizado escuchaba don Juan.

Difícilmente contenia los arrebatos de su indignacion.

Tambien habia palidecido.

Su mirada no era ménos sombría que la de Andrés.

Callaba; pero su semblante era demasiado elocuente.

Con los más vivos colores pintó Andrés las escenas que habian tenido lugar en aquel tiempo, y particular-

mente los dolores silenciosos, el martirio inconcebible de la infeliz esposa de don Pedro.

Como si hiciese un ejercicio violento, viósele fatigado al terminar el relato tristísimo.

Tanto sentia don Juan que no acertó á pronunciar una palabra.

Ya conocia al padre de doña Sol, y sabia lo que de semejante hombre debia esperarse.

Si habia asesinado al señor Mateo, ¿por qué no habia de hacer lo mismo con el amante de su hija?

Por algunos minutos permanecieron silenciosos don Juan y Andrés.

El primero rompió el silencio para exclamar:

—¡Miserable!

—¡Cuánto ódio hay en mi alma para ese hombre!

—Bien justificado está tu rencor.

—Ahora debeis comprender que cuanto hago por vos no tiene ningun mérito, puesto que me dejo llevar de los impulsos de la ira, del anhelo de la venganza, del deseo de ver á ese hombre sufrir y pagar los grandes crímenes que ha cometido.

—No, Andrés, no es eso lo que te impulsa.

—Sí.

—Tú mismo te engañas.

—Mi ódio...

—Es tu deseo de hacer dichosa á la infeliz que tanto sufre, á la hija de la mujer á quien amaste con tanto respeto como delirio. Si otro sentimiento hay en tí es el del amor á la justicia, y no el de un anhelo ruin de venganza. La prueba la tienes en que has podido ven-

garte y no lo has hecho. ¿Por qué no delataste á tu señor? ¿Quién te estorbaba haber revelado el secreto de su crímen, entregándolo á la justicia?

—Hubiera caido sobre él una mancha, su nombre se hubiera envilecido, y su hija inocente...

—Has podido matarlo.

—No soy asesino.

—Andrés, tienes un alma demasiado noble, y no es la ruina de don Pedro lo que anhelas, sino la felicidad de su hija.

—No lo sé.

—Me has confiado un secreto de gradísima importancia.

—Sí.

—No abusaré.

—Estoy tranquilo.

—Ahora comprendo la conducta del doctor Olivares.

—Tambien es enemigo de don Pedro.

—Pues de esa historia horrible debe saber el doctor mucho más que tú.

—Creo que sí.

—Probablemente conoce la suerte del hijo de Marta.

—¿Y por qué lo oculta?

—Es imposible penetrar en el alma del doctor.

—Para hacer lo que hace, debe tener graves motivos.

—Esperemos, Andrés, que el tiempo todo lo aclarará.

—Si el doctor amenazase enérgicamente á don Pedro, si le exigiese un cambio de conducta...

—Tendria que ceder.

—¿Y por qué no lo hace? Si se interesa por vuestra suerte, debiera descargar el golpe decisivo, puesto que medios le sobran.

—Tendria que comprometerse demasiado y le conviene aparecer ajeno á toda clase de intrigas.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco; pero de todas maneras estoy obligado á agradecerle lo que hace en mi favor.

—Y yo tambien.

—Forzoso será que los sucesos nos den luz para apreciar con exactitud la situacion.

—Siempre resulta que necesitamos mucha prudencia, y si vos no quereis dominaros, nos perderemos todos.

—Hace veinticuatro horas que aquí me encuentro, y ya ves que no he intentado ninguna locura.

—Pero de esta casa vais á salir, y aunque tengais albergue seguro, si no os dominais...

—Andrés, á tí no debo engañarte.

—Ya sé que no habeis de hacerlo.

—Te lo diré con franqueza: por nada del mundo renunciaré á ver á doña Sol.

—Si en palacio entrais, pronto os descubrirán, pues allí está el señor Antonio.

—Ese hombre...

—No ha de llevar á cabo muchas hazañas, os lo juro.

—¿Qué intentas?

—Me entenderé con él.

—Eso seria la mayor de las imprudencias, y sobre todo yo le prometí al doctor respetar la vida del traidor hidalgo.

—Pero yo no le he prometido nada.

—Sin embargo...

—No lo mataré; pero sí lo inutilizaré, y sobre este punto es inútil que me deis consejos, pues estoy convencido de que no solamente vuestra vida, sino tambien la de la reina peligra mientras ese hombre esté en palacio, ó siquiera en Madrid.

—Desprécialo y acertarás.

—No.

—Además, no conviene que te comprometas, porque inútil quedarias para favorecernos.

—Descuidad.

—Si he de ser prudente, tú has de darme el ejemplo.

—Don Juan, ocupémonos ahora de lo más urgente.

—¿Qué debo hacer?

—Vamos á salir, pues ahora nadie ha de echarme de ménos.

—Como dispongas.

—Os dejaré en el albergue que os he buscado.

—¿Y no puedo ir solo?

—Sí; pero...

—Déjame y así evitaremos el peligro de que se aperciban de que tú has salido mientras que los demás reposan.

—Iré con vos.

—Creo que...

—Perdonad.

—¡Oh!...

—Parece que mi compañía os desagrada.

—Ven, pero ten entendido que antes de ocultarme he de ir á ver á doña Sol.

—¡Caballero!...

—No intentes disuadirme.

—¡Vive Dios!... Si continuais así...

—Dios me protejerá.

—Pensad que si morís será doña Sol la más desdichada de las criaturas.

—No moriré.

—Si os olvidais del noble marqués de Poza...

—De nada me olvido.

—En nombre de...

—Basta,—interrumpió don Juan.

Y en pié se puso.

Su resolucion era irrevocable.

Así lo comprendió Andrés.

Hizo un gesto de disgusto.

Tomó la luz.

Salieron del camaranchon.

Bajaron sin producir ni el más leve ruido.

Seguian durmiendo todos los habitantes de la casa.

Pronto llegaron á la escalerilla por donde los vimos entrar.

Andrés abrió.

Salieron.

Volvió á cerrar y guardó la llave.

Miraron á todos lados.

No transitaba por allí alma viviente.

Tampoco se percibia ningun ruido.

—En nombre de Dios,—dijo Andrés.

Se alejaron.

A buen paso se dirigieron hácia el alcázar real.

Cuando se encontraban junto á las caballerizas, dijo don Juan;

—Creo que será prudente que me aguardes por aquí.

—Como dispongais, pues de todos modos cometeis una locura.

—Hasta luego, Andrés.

—Que Dios os acompañe.

El caballero, con la serenidad y audacia que lo distinguia, llegó á la morada real y entró resueltamente sin adoptar más precauciones que la de recatar el semblante con el embozo.

CAPITULO XCI.

De cómo el señor Antonio vió, corrió y escuchó con asombro á Olivares.

Don Juan tenia, segun hemos dicho, toda la serenidad propia de su valor; pero estaba muy preocupado, porque su situacion era demasiado grave, y no menos crítica la de doña Sol.

En esta pensaba más que en los peligros que le amenazaban en aquellos momentos, y por consiguiente no se cuidaba de lo que á su alrededor sucedía.

El patio atravesó.

Subió la escalerilla donde tantas veces habia puesto los piés mientras su corazon latia violentamente.

Llegó á la galería que conocemos ya y que á medio esclarecer estaba por la rojiza luz de un farol.

Sitios habia donde era dificil distinguir el bulto de una persona.

A un ángulo de la galería llegó.

Al mismo tiempo otra persona, un embozado, avanaba en sentido opuesto, y no debia estar tan preocupa-

do como don Juan, porque se detuvo, á un lado se hizo y se metió en el hueco de una puerta, quedando allí tan inmóvil como el muro donde se apoyaba.

De esta circunstancia no se apercibió al amante de doña Sol.

Siguió tan resueltamente como antes.

Pasó á muy poca distancia del que se habia ocultado.

Lo que este debió sentir ó pensar no lo sabemos; pero sí que sus ojos brillaron repentinamente como dos luces fosfóricas.

Inmóvil continuó.

Desapareció el caballero en las habitaciones inmediatas.

Y siempre descuidado, llegó á la de la hija de don Pedro, encontrándose allí entre las tinieblas.

Tuvo que retroceder.

¿Por qué doña Sol no habia dejado luz en su aposento?

Tal vez así quiso indicar que no le era posible ver á su amante aquella noche.

En la habitacion inmediata, adonde llegaba alguna claridad de otra, se situó el caballero.

Sentóse.

Fijó la mirada en la puerta por donde esperaba ver un rayo de luz.

Empero el tiempo pasó sin que ni siquiera se percibiese el más leve ruido.

Impacientábase don Juan.

En pié se puso.

Fué de un lado para otro.

Ya no se cuidaba ni aun de andar silenciosamente.

De vez en cuando se detenia para escuchar.

Perdia el tiempo.

—¿Qué ha sucedido?—murmuraba.—¿Por qué no viene? Debe tener la seguridad de que me encuentro aquí, y sin embargo no acude para verme. ¿Está peor la reina? ¿Nos espian más que antes? ¿Ha encontrado algun estorbo?

No podia el caballero esperar tanto tiempo como hubiera deseado, porque Andrés se comprometia más cuanto más tardaba en volver á su casa.

Dudaba el noble Manrique y sufria lo que no es posible comprender.

Su impaciencia se manifestaba claramente en sus movimientos.

Así pasó una hora, que debió parecerle un siglo.

Muchas veces entró en el aposento de doña Sol; pero siempre encontraba las tinieblas, el silencio y la soledad.

—¡Vive el cielo!—exclamó al fin con el acento de la desesperacion.

Tenia que renunciar á ver aquella noche á la mujer á quien tanto amaba.

Volvió á la galería.

Andaba lentamente, porque se alejaba contra su voluntad.

Iba entonces mucho más preocupado.

Pasó por la puerta en cuyo hueco se encontraba todavía el embozado.

Dejó atrás la galería.

Bajó y al fin salió del alcázar.

Pocos minutos despues se encontraba con el criado y exclamaba:

—¡Oh!... Soy el más desdichado de los hombres.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada, Andrés, nada.

—Pero...

—En eso consiste mi desgracia, en que nada ha sucedido.

—Pues no lo entiendo.

—No he visto á doña Sol.

—Entonces...

—¿Por qué no me esperaba?

—Porque no podia suponer que os atreviéseis á venir. Habeis cometido una imprudencia, y nada habeis conseguido.

—¡Noche desdichada!

—Quiera Dios que todas las desgracias sean la de no haber visto á mi noble señora.

—¿Te parece poco?

—Segun.

—Vamos, Andrés, vamos, porque nada tenemos que hacer en este sitio.

—Por aquí.

Y tomaron, no hácia Santa María de la Almudena, sino en opuesta direccion, llegando muy pronto á los Caños del Peral por la calle del Tesoro.

Ni una sola persona transitaba por allí.

Empero del alcázar habia salido el embozado á quien hemos visto en la galería, y con el silencio de

una sombra, favorecido por la oscuridad, y sin separarse de las paredes de los edificios, siguió á regular distancia á don Juan y á Andrés.

No se apercibieron estos del espía, ni era posible que lo viesen aunque atrás mirasen, y creidos de que nadie los observaba, siguieron su camino y tomaron por el arrabal del Arenal.

Llegaron al histórico monasterio de San Martin, que se levantaba informe entre las densas tinieblas, desapareciendo sus torreones feudales en el ennegrecido horizonte.

A la izquierda volvieron.

Subieron por la cuesta que hoy se llama calle de San Martin y llegaron á la irregular plazuela donde aún existe el convento de las Descalzas Reales.

A la izquierda tenian la iglesia de San Martin y los grupos de casas, muy pobres en su mayor parte, que formaban aquel barrio, y que podian considerarse como parte del arrabal conocido con el nombre de Monasterio.

Más allá está el postigo que aún dá nombre á una calle.

Allí tampoco brillaba ninguna luz.

Avanzaron hácia la izquierda.

Detuviéronse poco despues á la puerta de una casa de apariencia bastante pobre y que no tenia más que un solo cuerpo.

Andrés dió algunos golpes.

No tuvieron que esperar, porque inmediatamente se abrió la puertecilla, distinguiéndose luz en el interior de la casa.

—Entrad,—dijo el sirviente.

Así lo hizo el caballero y luego Andrés.

La puerta volvió á cerrarse.

Y el espía, que oculto habia quedado trás una esquina, dijo:

—Es indudable que ahí tiene el nido donde se oculta; pero me falta averiguar quién es el hombre que lo acompaña. Lo esperaba cerca de las caballerizas y no he podido verle el rostro. Por su ropaje no parece un caballero. ¿Es el habitante de esta casa? Pronto saldré de dudas, porque esperaré.

El espía, que no era otro que el señor Antonio de Mena, se acercó á la puerta de la casa.

Se inclinó.

Miró por el ojo de la cerradura.

Nada vió.

Escuchó, y aunque muy confuso y leve, percibió ruido de voces.

Los que habian entrado hablaban probablemente con otra persona.

Se separó el hidalgo de la puerta.

Se colocó junto á una de las ventanas y volvió á escuchar.

Percibió más claramente el ruido de las voces; pero no pudo entender lo que decian.

Siguió rodeando el edificio.

Vió la tapia de un corral, examinándola en cuanto la oscuridad se lo permitia.

Retrocedió.

Fué de un lado para otro.

Otra vez se acercó á la ventana.

Continuaba resonando el ruido de las voces, y por consiguiente creyó que nadie habia de salir en aquellos momentos.

Estaba, pues, descuidado.

Alguna vez habia de equivocarse en sus cálculos y deducciones, y entonces sucedió así.

De repente se abrió la puerta de la casa.

Un hombre salió.

Era Andrés.

El hidalgo se extremeció violentamente.

Separóse de la ventana.

Aunque esto lo hizo con mucha ligereza, fué visto por Andrés.

No podia éste reflexionar entonces; pero instintivamente comprendió que aquel hombre espiaba, ya fuese por mera curiosidad ó con algun otro fin.

Necesitaba el fiel criado salir de dudas, y para conseguirlo no le era posible hacer más que una cosa.

Todo esto sucedia en ménos tiempo del que se necesita para referirlo.

Andrés, que la espada desnuda tenia en la diestra, lanzóse rápidamente hácia el espía; pero éste, que instintivamente comprendió el peligro y que era cobarde como la misma cobardía, huyó con esa agilidad que comunica el miedo.

Lo siguió el criado.

El resultado de aquella peripecia dependia de la ligereza de los piés.

Así debió considerarlo el señor Antonio, porque

principió por arrojar lejos de sí la espada, que era un estorbo.

—¡Detente ó te mataré!—gritó el criado.

Y grandes esfuerzos hizo para redoblar la velocidad de su carrera.

¡Detenerse!

Era imposible que tal cosa hiciese el hidalgo, pues bien sabia que le esperaba la muerte ó por lo ménos una paliza tremenda.

Como para convencer á su perseguidor, tiró al suelo la capa, quedando así mucho más desembarazado.

Hubiérase dicho que alas le habian nacido en los piés, pues corria sin tocar apenas en el suelo.

Apenas se concibe velocidad como la de su carrera.

Agil era Andrés y mucho más vigoroso que el criminal, y sin embargo por instantes perdia terreno.

Desesperábase y se esforzaba.

Gritaba, amenazando terriblemente.

Pero sus amenazas infundian más pavor al hidalgo, y el pavor le daba mayores fuerzas.

Sabido es que siempre corre más el que huye, porque el miedo hace prodigios que no puede hacer el valor.

Llegaron al arroyo del Arenal.

En un abrir y cerrar de ojos atravesó el hidalgo el espacio que ocupaba el Monasterio.

Volvió á la derecha.

Subió.

Luego tomó hácia la izquierda para perderse en el laberinto de estrechas calles que rodeaban el convento de Santa Catalina.

Por algunos momentos lo perdió de vista Andrés.

Consiguió distinguirlo nuevamente; pero como sin cesar volvia el hidalgo á derecha y á izquierda, y como ganaba siempre terreno, debia suceder lo que sucedió, que al fin se perdió de vista y ni siquiera se oyó el ruido de sus pasos.

Mal que le pesase, tuvo Andrés que darse por vencido.

—¡Que el infierno me trague!—exclamó desesperadamente.

Se detuvo jadeante.

¿Quién era aquel hombre?

¿Espiaba ó se habia detenido casualmente junto á la casa donde quedó don Juan?

Lo mismo podia ser lo uno que lo otro.

Largo rato pasó antes de que el sirviente pudiera recobrar la calma.

Retrocedió.

Encontró la capa y la espada del hidalgo.

Creyó conveniente llevarse ambas prendas.

Volvió á la casita.

Llamó.

Entonces no abrieron inmediatamente, sino que preguntaron:

—¿Quién es?

—Abrid, que soy yo.

Al abrirse la puerta resonó una exclamacion de sorpresa.

Media hora permaneció el sirviente en la casa.

Al salir miró á todos lados.

No habia por allí alma viviente.

Se alejó muy despacio.

Entretanto el señor Antonio volvia al alcázar real, donde entró para ir á su aposento y entregarse á las reflexiones á que daba lugar la situacion.

Al atravesar un pasillo tuvo que detenerse, porque el doctor se le puso delante.

La luz dió entonces de lleno en el rostro del hidalgo, y pudo verse que estaba lívido.

Tampoco pudo ocultar su agitacion.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el médico.

—¡Ah!...

—Debeis haber corrido mucho, y vuestro aspecto...

—Han querido asesinarme.

—¿Quién?

—Un hombre que acompañaba á don Juan de Manrique.

—Lo cual prueba que á don Juan seguiais.

—Me parece que así cumplia mi deber, pues si la justicia lo persigue, todos debemos hacer lo posible para averiguar dónde se oculta.

—¿Y lo habeis conseguido?

—Creo que sí; pero...

—Callad, que no quiero conocer secretos de esa clase.

—Sin embargo, el rey...

—Tampoco quiere saber su majestad dónde se oculta don Juan de Manrique.

—¡Que no quiere saberlo!—exclamó sorprendido el hidalgo.

—No, y os lo advierto porque así os evitareis el disgusto que habia de costaros la torpeza de decírselo.

—Entonces...

—Sabedlo de una vez, señor Antonio: su majestad ha decidido desentenderse absolutamente de ese asunto.

—Pero como se trata de la justicia...

—Eso es cuenta del alcalde que á don Juan quiso prender, y cuenta de los corchetes heridos.

—No lo entiendo.

—Si delatais á don Juan...

—No haré tal cosa.

—En cuanto á lo que se relaciona con sus amores, el interesado es don Pedro de Lainez.

—Os agradezco la advertencia.

—Pero mirad bien lo que haceis, señor Antonio, porque don Juan de Manrique no está dotado de mucha paciencia, y si se apercibe de que seguís espiándolo, recordará lo de la carta que le robásteis, y puede suceder...

—No, no.

—Guárdeos el cielo,—dijo Olivares.

Y se alejó tranquilamente.

El hidalgo desplegó una sonrisa irónica.

—Bien,—murmuró,—está conocido el juego: el rey quiere que lo sirva sin quedar obligado á pagarme, ni siquiera tener que agradecérmelo; pero yo he de sacar algun provecho del susto de esta noche, pues no he de arriesgar inútilmente la vida.

A su aposento se fué el señor Antonio.

Olivares, en vez de irse al suyo, fué á la cámara del rey.

Y nada más sucedió aquella noche, porque Andrés

llegó sin novedad á su vivienda y entró sin que nadie se hubiese apercibido de lo que habia hecho.

Estaba muy preocupado.

No conseguia recobrar por completo la calma.

Pensaba que de albergue debia cambiar don Juan de Manrique; pero esto presentaba muchas dificultades, y sobre todo no era posible hacerlo inmediatamente.

Trabajo le costó á Andrés conciliar el sueño; pero la noche anterior apenas habia dormido, y al fin se cerraron sus ojos para reposar.

La suerte del amante de doña Sol dependia de lo que hiciese el miserable hidalgo. Habia sorprendido un secreto y pensaria explotarlo, pues este era su sistema para hacer fortuna.

CAPITULO XCII.

El señor Alonso Castillejo.

No debemos continuar sin dar á conocer al dueño y habitante de la pobre casa donde habia quedado don Juan de Manrique, pues sus circunstancias eran de tal naturaleza que debian influir en el desenlace de los gravísimos y extraños sucesos que nos ocupan.

Si se hubiera preguntado á los vecinos del arrabal, la contestacion hubiera sido la siguiente:

—En esa casa habita su dueño, que es el señor Alonso Castillejo, hombre muy extravagante, muy reservado y sombrío, que vive sólo, que no tiene amistades, ni parientes, ni relaciones de ninguna clase y que se concreta á responder con una palabra no más al saludo de sus vecinos. Dicen que si no es rico es porque no quiere, y no falta quien asegura que es el hombre más desgraciado del mundo, á pesar de su exterior tranquilo y de que parece que cuenta con recursos suficientes para atender á sus primeras necesidades. Tambien se dice que un dia dado de cada mes vá á palacio, y que el rey

lo recibe como si se tratara de un personaje; aunque no tiene amigos todos lo respetan, porque á nadie hace mal, sino que, por el contrario, más de una vez ha socorrido expontáneamente á los pobres del arrabal. Es buen cristiano, pues todas las mañanas vá á la iglesia de San Martin y oye la primera misa, quedándose en el templo largo rato y en el más oscuro rincon para rezar muy devotamente.

Esto era, repetimos, cuanto hubiera podido decir la vecindad, y era mucho sin ser nada, ó más bien era lo bastante para que como personaje misterioso fuese considerado el ex-alférez Alonso Castillejo.

¿Qué significaba todo lo que de él se decia?

No podemos referir minuciosamente su historia, que mucho tenia de interesante, pues ocupariamos un crecido número de páginas de que no podemos disponer; pero sí daremos la clave del misterio, porque es de absoluta necesidad que lo conozcan nuestros lectores.

El señor Alonso Castillejo habia nacido en el mismo pueblo que Andrés, y desde la infancia fueron tan amigos que podia considerárseles como hermanos.

Pocas veces dos hombres se quieren con tanta sinceridad, y si las circunstancias lo hubieran exigido, sin vacilar hubiera cada uno de ellos sacrificado la vida por el otro.

La situacion de ambos era muy parecida, y sus desgracias tambien, y esto debió contribuir á su intimidad, porque se entendian perfectamente.

Con diferencia de pocos meses quedaron los dos huérfanos y desamparados, y despues de conferenciar

determinaron trasladarse á la córte en busca de fortuna, ó más bien en busca de medios para vivir.

Así lo hicieron.

En Madrid entraron con muchas esperanzas y con las ilusiones propias de la juventud.

Consumieron rápidamente los recursos con que contaban para vivir, y antes de cuatro meses sus esperanzas se habian debilitado mucho y todas sus ilusiones se habian desvanecido.

Empezaban á conocer la espantosa realidad de la vida.

No se apuraban fácilmente, pues valor les sobraba para sufrirlo todo; pero las exigencias del estómago son demasiado apremiantes y llegó un dia en que vieron cercana la hora terrible del hambre.

No se dejaron abatir.

Continuaron la lucha.

En los momentos críticos un camino se abrió y Andrés pudo entrar como criado en la casa del opulento señor don Pedro de Lainez.

No tuvo la misma fortuna su amigo; pero sus intereses eran comunes y Andrés dedicó cuanto ganaba para cubrir las más perentorias necesidades de Castillejo.

Así pudo éste vivir algunos meses más.

Convencióse al fin de que no habia de encontrar acomodo, y determinó sentar plaza de soldado.

Este ha sido siempre el último recurso de los que se ven solos y llegan al período de la desesperacion.

Bien pronto los dos amigos tuvieron que separarse,

porque el soldado marchó á Flandes y debia recorrer una buena parte de Europa; pero aquella separacion no menguaba ni lo más leve su cariño.

Alonso Castillejo considerábase deudor de grandes beneficios al noble Andrés, y con la vida los hubiera pagado.

En aquellos tiempos las comunicaciones eran muy difíciles, y por consiguiente los dos amigos no pudieron sostener una correspondencia frecuente, ni siquiera escribirse una carta; pero pensaban el uno en el otro.

Poco tiempo despues, el criado de don Pedro tuvo la desgracia de enamorarse locamente de su señora, y lo que le sucedió y lo que hizo lo sabemos ya.

Alonso Castillejo cumplió sus deberes, fué leal y honrado, hizo prodigios de valor y la fortuna empezó á sonreirle.

En Gravelinas ganó el empleo de alférez.

Ya debia considerarse poco ménos que personaje.

No era ambicioso, y sin embargo hacia lo mismo que el que se empeña en buscar la fortuna arriesgando la vida.

En San Quintin, y por circunstancias que no tenemos para qué referir, le tocó llevar á Felipe II la noticia de la derrota de los franceses, pues es sabido que el monarca encontrábase á más de dos leguas de distancia de su ejército, y que en aquella gran batalla no tomó más parte que la de recorrer el campo despues de la victoria.

El haber llevado la noticia, fué un motivo para que el rey mirase bien á Castillejo, dando ocasion para que

hablase con él y comprendiese que no era un hombre vulgar.

Felipe II tenia la buena cualidad de conocer á los hombres y protejerlos cuando verdaderamente valian, y así lo probó sacando de la nada á Antonio Perez y á otros que debieron pasar y morir desconocidos.

Por esta razon pudo Castillejo hacer su fortuna; pero lo estorbó su carácter excepcional, aquella extravagancia de que dió tantas pruebas.

No solamente nada quiso, sino que evitó las ocasiones de que le diesen lo que merecia.

Bastante fué esto para que el gran tirano fijase la atencion en el alférez.

Siguió éste dando pruebas de valor y de lealtad; pero siempre que habia un motivo para que le concediesen un ascenso, se arreglaba de modo que reñia con sus jefes, resultando que bastante hacian estos y sobradamente lo recompensaban con perdonarle las faltas de respeto.

No hay que decir que las ideas del señor Alonso eran muy raras.

¿A qué aspiraba?

Nadie lo sabia y quizás él mismo no se daba cuenta de sus aspiraciones.

Los años pasaron.

Volvió á Madrid.

Estuvo en el Escorial cuando el célebre motin de los infelices trabajadores y las no ménos célebres y espantosas justicias de Felipe II.

En aquellos sucesos tuvo ocasion de prestar un

gran servicio al monarca, pues casi puede decirse que le salvó la vida.

En vano se empeñó el rey en recompensar al señor Alonso Castillejo, pues este nada quiso aceptar, sino que pidió volver á Flandes para pelear con los herejes y sobre todo ir á donde pudiera batirse con los franceses, á los que odiaba con todo su corazon.

El señor Alonso habia cumplido su deber en el Escorial; pero opinaba que el rey habia sido injusto y creia que si aceptaba recompensa se hacia cómplice de aquellas injusticias.

En Madrid estuvo, segun hemos dicho, y á su amigo Andrés vió.

Desahogaron sus corazores y se entendieron perfectamente.

Separáronse otra vez.

A Flandes volvió el alférez.

Sus deberes cumplió, y cuando se estableció por el duque de Alba el tristemente célebre Tribunal de la sangre, dijo el señor Alonso:

—Esto me disgusta.

Murió el baron de Montigny.

Sucumbió tambien envenenado el marqués de Bergens.

Habia dejado de existir bajo el puñal de un asesino el marqués de Poza.

Las noticias de estos sucesos llegaron á Flandes.

—Esto me disgusta,—volvió á decir el señor Alonso.

Principiaron las intrigas contra el conde de Montmorency, el hóroe de Gravelinas, y el señor Alonso dijo por tercera vez:

—Esto me disgusta.

No habia de decirlo la cuarta vez.

Pidió volver á España.

Se lo concedieron.

Se presentó al rey.

Tuvo audacia bastante para decirle, no todo, sino algo de lo que sintió, y por toda recompensa le pidió al fin su retiro.

El gran tirano quiso ser justiciero, respetó al desdichado alférez: le señaló una pension y lo dejó en libertad, imponiéndole la condicion de que todos los meses fuese á verlo.

Mientras esto sucedia cayó sobre Castillejo la última y mayor desdicha, pues se enamoró ciegamente.

La mujer objeto de su pasion era virtuosa y muy desgraciada.

No tenia padres y vivia bajo el amparo de un pariente ruin como lo mismo ruindad.

Habíase empeñado el pariente, que era viejo, en casarse con la jóven, y con este motivo la atormentó hasta el punto de que la infeliz enfermó.

La ira de los celos encendióse en el alma del pariente y atormentó más y más á su pobre sobrina.

Luchó esta; pero sus fuerzas se agotaron y sucumbió al fin.

Entonces pudo el señor Alonso comprender bien la situacion.

Desesperóse y en el arrebato de su justa cólera hizo lo menos que pudo hacer, desahogándose con dar una tremenda paliza al viejo señor, paliza que fué suficien-

te para que dejase este mundo y se encaminase á la eternidad, donde debia dar cuenta de sus acciones á Dios.

Desde entonces el señor Alonso fué el más infeliz de los hombres.

No pudo olvidar á la mujer á quien tanto amó.

Su dolor era más intenso cuanto más tiempo pasaba.

Deseaba morir y la vida se hubiera quitado si no fuese tan valeroso; pero aceptó su desgracia y sufrió sin exhalar una queja.

Así se explica que á todas horas estuviese preocupado y sombrío.

Buscó en Dios el consuelo y á la iglesia iba todas las mañanas, no solamente para orar, sino para llorar silenciosamente.

¿Quién hubiera creido que llorar podia un hombre como él?

Lo que aquellas lágrimas debian costarle nadie podia comprenderlo más que Dios.

Hay dolores que no se conciben, y son precisamente los que menos se manifiestan.

Andrés era el único que podia comprender el tormento de su amigo, porque tambien él habia amado y habia visto morir á la mujer adorada, siendo víctima de la maldad del más miserable de los hombres.

Siempre que Andrés podia iba á ver á su desgraciado amigo, y entonces desahogaban sus corazones y se sentian más aliviados.

No era posible que el antiguo alférez negase nada al criado.

Llegó el dia en que este necesitó á su amigo, y claro es que lo encontró.

No tuvo Andrés que darle muchas explicaciones, puesto que ya la situacion la conocia el señor Alonso.

Apenas este supo lo que pasaba, dijo con el laconismo que caracterizaba su lenguaje:

—Eso tambien me disgusta.

Y luego añadió:

—Venga don Juan, que es un corazon noble y nos entenderemos perfectamente.

—Lo que más importa es el sigilo,—le respondió Andrés.

—Descuida; pero si por desgracia se supiese que en mi casa se encuentra el noble Manrique, yo lo defenderé y lo salvaré. Ya sabes que sacrificar la vida no es para mí hacer ningun sacrificio, puesto que deseo morir para descansar, y por consiguiente ningun peligro será bastante para que yo deje de cumplir mi deber.

Tal era el personaje que á don Juan protejía.

No se equivocó al creer que habia de entenderse muy bien con el amante de doña Sol, y pocas horas despues de encontrarse este en el arrabal, eran ya verdaderos y aun íntimos amigos.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el antiguo alférez.—Por fin he encontrado quien me comprenda sin necesidad de explicarle mucho lo que siento.

—Eso consiste en que hay en vuestra alma un fondo de justicia que no sienten todos.

—Tal vez.

Ya era la una de la madrugada cuando el caballero

se acostó en la limpia, aunque modesta cama que le habia preparado el señor Alonso.

Entonces dijo éste:

—Debo vigilar.

Y sin producir ni el más leve ruido, tomó su espada, se puso el sombrero, se envolvió en su capa y de la casa salió.

Fué de un lado para otro.

Examinó los huecos de las puertas.

Escuchó.

Nada vió ni oyó que pudiera infundirle sospechas.

Empezó á creer que por casualidad habíase encontrado allí el hombre á quien Andrés persiguió.

Una hora despues retiróse el buen Castillo á su vivienda.

Se acostó.

El tiempo que faltaba hasta que amaneciese debia dormir muy sobre aviso.

Acabó de pasar la noche sin novedad.

Al sonreir la aurora dejó el lecho el señor Alonso.

Se vistió con la ligereza que siempre lo hacía.

Resonaron las campanas del monasterio de San Martin.

Don Juan dormia profundamente.

Necesitaba descanso despues de las borrascosas noches que habia pasado.

Salió de su casa el alférez.

Fué al templo.

Tomó agua bendita y se arrodilló en el rincon más oscuro.

Inclinó la cabeza.

Quedó inmóvil.

Muy pocos eran los fieles que al templo acudian tan temprano, y ménos en dia que no era festivo.

La misa terminó.

El señor Alonso permaneció como una estátua.

Lo que pensaba y lo que sentia no lo sabemos.

Cuando en pié se puso estaba su rostro muy pálido.

Hizo un esfuerzo.

Suspiró penosamente.

Volvió á tomar agua bendita.

Santiguóse y salió del templo.

Volvió á su morada.

Aún dormia don Juan.

Pocos minutos despues llegó el sirviente.

—¿Hay novedad?—preguntó.

—Ninguna.

—No estoy tranquilo.

—Esperemos.

—Confio en la proteccion divina.

—Don Juan duerme aún; si quieres despertarlo...

—No.

—¿Esperarás á que se levante?

—Imposible.

—Pues no te detengas, porque si llegasen á desconfiar de tí, nos perderiamos.

—Volveré en cuanto pueda.

Se fué el sirviente.

¿Y el señor Antonio?

Ahora debemos ir á buscarlo.

CAPÍTULO XCIII.

Cómo trabajó el hidalgo.

El señor Antonio de Mena habia dormido, aunque no con mucho sosiego, y su cabeza se habia despejado bastante.

Con la luz del nuevo dia se disiparon sus temores, y pudo discurrir con mucha claridad.

Ante todo le convenia saber quién habitaba en la casita del arrabal de San Martin, y hacer además todas las averiguaciones convenientes para su objeto.

Seguro estaba de que la noche anterior no lo habia conocido el hombre que lo persiguió y que lo amenazaba tan terriblemente, y por consiguiente podia volver al arrabal sin temor ninguno.

Suspiró dolorosamente al pensar en la pérdida de su capa: afortunadamente era de poquísimo valor y otra nueva tenia.

En cuanto á su espada, como no le servia sino para adorno, la sustituiria fácilmente con otra cualquiera,

pues el temple de la hoja no tenia para él ninguna importancia.

Sin tomar ningun alimento salió de palacio.

Encaminóse á San Martin en tanto que recordaba todos los detalles de los sucesos de la noche anterior.

La fortuna quiso protejerlo aquella mañana, pues casi frente á la casita del señor Alonso Castillejo habia una taberna, única en el arrabal, miserable hasta el último grado de la miseria y donde los concurrentes eran escasísimos.

¿Qué más podia desear el señor Antonio?

Detúvose.

Miró á uno y otro lado.

Examinó muy detenidamente el exterior de la morada de Castillejo.

Este se encontraba entonces en el templo de San Martin.

Eran muy pocas las personas que por allí transitaban.

El hidalgo, recatándose el semblante con el embozo, entró en la taberna.

El tabernero acudió, sonriendo, haciendo reverencias profundas y diciendo con cuanta dulzura pudo:

—Que Dios os guarde, señor hidalgo.

—Y á vos tambien.

—Me teneis á vuestra disposicion y muy honrado me consideraré al serviros.

—Gracias, buen hombre.

—Sentaos... Aquí, porque en ese lado recibireis el aire que entra por la puerta.

—Me agrada la luz, y me colocaré junto á esta ventana.

—No es el sitio más cómodo.

—Pero sí el más alegre.

—Es verdad.

—Así podré mirar á la calle y me distraerán los transeuntes.

—Pocos son.

—No importa, con tal que sean algunos.

El tabernero creia que hacia un gran negocio con el nuevo parroquiano, y se esforzaba para sonreir y mostrarse atento.

—No he almorzado,—le dijo el señor Antonio.

—Pues si en mi casa lo hiciéseis, nó os pesaria.

—Si teneis lo que pueda agradarme...

—Huevos, que podeis tomar cocidos, fritos ó en tortilla; medio cabrito asado; sardinas saladas; magras exquisitas; pan de flor; vino añejo y puro; aceitunas, bacalao, ajos, cebollas y otras cosas por el estilo. Mi casa está bien surtida, y sobre todo se sirve con conciencia, pues el medio cabrito que os ofrezco, es cabrito y no es gato como en otras partes dan, y si me envanezco con mi vino, es porque igual no tiene en toda la villa. Prefiero ganar poco y ser honrado, porque el dinero no ha de servirme para que se me abran las puertas del cielo. Además, no soy ambicioso, porque no tengo familia: no me casé, ni he de casarme, pues no hay nada que me infunda tanto miedo como una mujer. Me pasa lo mismo que al señor Alonso Castillejo, que vive como un hongo y creo que debe ser el más

feliz de los hombres. En aquella casa habita enteramente solo... Mirad... Es un hombre que vale mucho... Ahora debe estar en San Martin, porque tiene la costumbre de oir la primera misa.

Mientras así hablaba el tabernero, señalaba hácia la vivienda del alférez.

Sin preguntar sabia ya el señor Antonio una parte de lo que le convenia.

El tabernero era hablador.

A pesar de su decantada honradez podia ser un bribon consumado.

Pidió el criminal más de lo que necesitaba para alimentarse; pero le convenia gastar mucho para tener de su parte al dueño de la taberna.

Servido fué con prontitud.

Empezó á comer.

Probó el vino.

—¿Qué os parece?—le preguntó el tabernero.

—No ha visto el agua.

—Mi conciencia antes que todo.

—Debeis ser un hombre feliz, á pesar de la pobreza y de otras penalidades de la vida.

—No os equivocais.

—Y ese vecino de quien me hablásteis...

—Lo mismo que yo.

—Decís que vive sólo.

—Sí.

—Pero si tiene amigos...

—Pocos deben ser.

—Si esos pocos le hacen compañía...

—Muy rara vez llaman á la puerta de esa casa.

—Tales cosas decís de ese hombre, que picais mi curiosidad.

—Pues es muy fácil satisfacerla.

—¡Bueno es este jamon!

—Como que apenas tiene sal.

—Vuestro vecino, que segun decís se llama...

—Alonso Castillejo.

—Nunca oí ese nombre.

—Ha sido alférez y aseguran que dió pruebas de gran valor, y que tiene el cuerpo cubierto de cicatrices.

—Sin embargo, no debió hacer fortuna.

—En el juego de este pícaro mundo, el que más pone más pierde.

—Si le ha quedado con qué vivir...

—No lo sé con seguridad; pero todos creen que tiene una pension, y esa casa es suya. No tiene vicios, ni ambiciones, y así pasa la vida con tranquilidad.

—Un hombre feliz.

—Sale al amanecer para ir á misa y despues de comer se vá al campo á pasear. Cuando el sol se pone vuelve á su casa, cena y se acuesta.

—¿Y quién le arregla la comida?

—La compra él, y tambien se la guisa y se arregla su casa. Como ha sido soldado sabe hacer de todo y no necesita á las mujeres.

—Hablásteis de algun amigo que lo visita.

—Sólo uno viene de tarde en tarde.

—¿Quién es?

—Nadie lo conoce en este barrio: parece un hombre de humilde condicion.

—¿Y nada más sabeis del señor Alonso?

—Nada más.

—Pues es muy poco, no es nada.

—Lo único que puedo decir es que á pesar de su dicha parece que siempre está preocupado y triste.

—Sus conversaciones deben dar idea de sus pensamientos.

—No habla con ningun vecino.

—Cosa extraña.

—Si lo saludan, contesta con muy pocas palabras y se vá. Siempre está cerrada la puerta de su casa, y aunque no se ocupa de nadie, si ha sabido que algun pobre sufria, que estaba enfermo y sin recursos, lo ha socorrido silenciosamente y se ha enfadado si le mostraban gratitud.

—Un hombre como pocos.

—Extravagante.

—Mucho.

—Pero muy honrado.

—Así parece.

—Todos lo queremos sin saber por qué.

—Quizás no vive tan aislado como habeis creido.

—Yo puedo asegurarlo, pues desde aquí tengo ocasion de observar á todas horas.

El hidalgo dudó algunos momentos; pero al fin se atrevió á decir:

—Sí, á todas horas observareis durante el dia; pero cuando cierre la noche...

—No siempre.

—Ni nunca, porque os entregareis al sueño.

—Segun.

—No os entiendo.

—Cuando aquí pasan una parte de la noche algunos de mis parroquianos antiguos, no tengo que hacer más que ocuparme de lo que en la calle sucede.

—Hasta cierta hora, puesto que temprano tendreis que cerrar.

—Sí, cierro la puerta; pero aquí se quedan los parroquianos antiguos, y mientras no se escandalice, nada tienen que decir las gentes de la vecindad. La justicia no se cuida de este sitio, y en realidad no tiene para qué cuidarse, porque aquí la autoridad suprema es la del superior de San Martin.

—Autoridad que ya nadie reconoce.

—Sin embargo, lo es.

—Pues las rondas andan tambien por estos alrededores.

—Pocas veces, ya os lo he dicho, muy pocas.

—¿Y nada de particular habeis observado durante la noche?

—No.

—Me parece que los que por aquí no vivimos sabemos más que vos.

—¿Conoceis al señor Alonso?

—Ni de vista.

—Entonces...

—Anoche tuve que pasar por estos sitios y me apercibí de que un hombre corria, y otro lo perseguia espa-

da en mano y le amenazaba, y como gritaban los dos, debisteis oirlos.

—Precisamente anoche me acosté temprano.

—No puedo asegurarlo; pero me pareció que el que perseguia salió de esa casa.

—Todo es posible, aunque me sorprende, pues tengo la seguridad que durante la noche se encuentra sólo el honrado Castillejo.

—Bien pudo salir para algun asunto reservado y urgente.

—Averiguaré la verdad.

—Lo que de ese hombre me habeis dicho, ha llamado mi atencion.

—Pues no tiene nada de particular.

—Es que soy muy curioso, lo confieso.

—Yo tambien.

—Así nos entenderemos fácilmente.

Comia y bebia el hidalgo mientras hablaba.

El tabernero se habia sentado y estaba muy complacido con la conversacion.

Poco despues y al mirar á la calle dijo:

—Ahí lo teneis.

Volvió la cabeza el señor Antonio.

El antiguo alférez se encaminaba á su vivienda.

Parecia más preocupado que de costumbre.

Inclinaba la cabeza sobre el pecho.

Llegó, abrió y entró, volviendo á cerrar.

—Ya lo conoceis.

—Y no es menester más que mirarlo para comprender que sufre.

—Pues no tiene motivos más que para ser dichoso.

El señor Antonio de Mena dió muy hábilmente nuevo giro á la conversacion.

Cuando acabó de almorzar, dijo:

—Me habeis servido muy bien, y no será esta la última vez que venga á vuestra casa.

—Os agradeceré mucho que me hónreis.

—Alguna noche cuando tenga que andar por este barrio...

—Podeis venir, y si he cerrado...

—Llamaré.

—Eso es.

No tenia el criminal para qué permanecer más tiempo en la taberna.

Pagó largamente, porque así le convenia.

Se despidió, salió y se alejó con rapidez.

Si así no lo hiciera hubiese podido ver al sirviente cuando fué á preguntar á su amigo si alguna novedad habia.

El tabernero sí se apercibió de la visita del sirviente y dijo para sí:

—Es el mismo que ha venido otras veces.

A palacio volvió el criminal.

No queria por aquella vez dar un golpe en falso.

—Si me impaciento,—decia,—todo se perderá.

No se equivocaba.

Dejó que el dia pasase.

Nada de particular habia sucedido.

Don Pedro de Lainez y don Leandro cavilaban buscando una solucion que les conviniese.

Doña Sol estaba atormentada por grandes temores.

Y Felipe II, impasible como siempre, ocupábase de los graves negocios de Estado.

Del doctor Olivares nada decimos, porque no hizo nada de particular.

La noche llegó.

Una hora despues el señor Antonio de Mena se envolvió en su capa y salió de palacio.

No llevaba espada.

¿Para qué la queria?

En caso de apuro las armas no le servian más que para estorbo.

Encaminóse al arrabal.

No estaba completamente tranquilo.

Entró en la taberna.

Vió que allí, en el rincon más apartado, habia dos hombres, cuyo aspecto no tenia nada de dudoso, pues al primer golpe de vista conocíase que eran dos desalmados de los que en aquella época vivian con el crímen.

El tabernero se acercó al hidalgo, diciéndole:

—Con todo descuido podeis estar, pues esos que veis son amigos de mucha confianza.

—Pues dadme de cenar lo que mejor os parezca.

Sentóse el señor Antonio junto á la ventana.

Muy difícilmente podia distinguir el bulto de los que pasaban por la calle, pues no eran del todo trasparentes los vidrios verdosos que la ventana tenia.

—Le habeis tomado aficion á este sitio,—le dijo el tabernero.

—Aquí me distraigo.

—Hoy ha tenido visita el señor Alonso.

—¿De quién?

—Ha venido la misma persona que otras muchas veces.

—¿Nadie más?

—Ha salido él para comprar su comida; pero esta tarde no ha paseado, y ahora debe estar durmiendo.

—Lo dudo.

—¿Y por qué lo dudais?

—No lo sé.

Cenó el hidalgo.

Pagó para no tener que detenerse cuando quisiera salir.

Fijó la mirada en la casita.

Media hora despues oyó el ruido de la llave al girar en la cerradura.

La puerta se abrió.

Salió un hombre, que lentamente se alejó.

Y como la puerta volvió á cerrarse y á rechinar la cerradura, comprendió el señor Antonio que otra persona habia quedado en la casa, ó lo que es igual, que el señor Alonso Castillejo no habia estado sólo aquel dia.

Esto no debia sorprenderle.

En pié se puso.

El tabernero acudió.

—¿Ya os vais?—le preguntó.

—Os confiaré un secreto, y guardadlo, porque os conviene.

—No adivino...

—De esa casa ha salido un hombre.

—Debe ser el señor Alonso.

—Tal vez; pero otra persona ha quedado dentro, puesto que no ha faltado quien cierre la puerta y eche la llave mientras se alejaba el que salió.

—Quizás ese amigo...

—Veremos,—interrumpió el hidalgo.

Y salió de la taberna sin decir ni escuchar más.

Muy pronto distinguió el bulto del que habia salido de la casa del alférez.

—¿Quién es?—se preguntó el criminal.

Siguió al otro, que se dirigió hácia los Caños del Peral.

Diez minutos despues llegaba á palacio y entraba.

—¡Ah!—exclamó el hidalgo.—Ya no es posible la duda; pero me convenceré más y más.

Tambien entró en el alcázar.

Se colocó en sitio conveniente.

Muy cerca de una hora pasó.

Don Juan habia cometido una de tantas imprudencias, yendo á ver á doña Sol de Lainez.

Aquella noche tuvo la fortuna de encontrarla y el gran disgusto de saber que la reina se sentia mucho peor y que habia sido preciso que la viese el doctor Olivares.

No tenemos para qué repetir la conversacion de los dos enamorados.

Separáronre contra su voluntad.

Don Juan, sin sospechar que lo espiaba su enemigo más temible, salió de palacio, y se encaminó otra vez al arrabal.

No sufria aquella noche como la anterior, pues habia visto á la mujer á quien amaba tanto, y esto era para él una dicha inmensa.

Ni siquiera se cuidó de volver la cabeza atrás.

Andaba maquinalmente, pues su preocupacion no le permitia fijar la atencion en lo que le rodeaba.

El señor Antonio lo seguia con el disimulo y la cautela que siempre hacia aquellas cosas: era el miserable uno de esos hombres que han nacido para espías y representaba admirablemente su papel.

Llegaron al arrabal.

El caballero se detuvo á la puerta de la casa del alférez.

El hidalgo quedó oculto tras una esquina.

Llamó don Juan, dando algunos golpecitos.

Se abrió la puerta y entró, encontrándose con el señor Alonso, que le preguntó ansiosamente:

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna.

—Doy á Dios gracias.

—Vuestros temores son exajerados, lo mismo que los de Andrés.

—Es posible,—replicó Castillejo mientras dejaba la luz sobre una mesa,—pero debeis tener en cuenta que mi amigo Andrés vale muchísimo y sus consejos deben escucharse.

—No los he despreciado.

—Ha hecho lo que yo no sería capaz de hacer.

—Yo tampoco.

—Tiene mucha experiencia, conoce á las personas á

quienes trata y conviene escucharlo. Nada os ha sucedido; pero ha podido sucederos, y en tal caso mi compañía os hubiera sido útil.

—Pero dos hombres llaman la atencion más que uno. Aquí lo mismo que en palacio he pasado desapercibido, y si vos me hubiéseis acompañado...

—Complacido estais.

—Me parece que lo que ante todo exige la situacion, es paciencia, y si tengo bastante triunfaré.

—Y prudencia tambien, no lo dudeis.

—Todo lo espero de Dios.

La conversacion no podian prolongarla, porque el señor Alonso no era hablador.

Preguntó á don Juan si algo necesitaba, y lo dejó para entregarse al reposo.

Poco despues estaban ambos en el lecho.

No solamente en la casa, sino en sus alrededores, reinó un silencio profundo.

Inmóvil permaneció el señor Antonio por espacio de media hora.

Luego se atrevió á acercarse á la casa.

Se colocó junto á una de las rejas.

Se inclinó, miró y escuchó.

Ni vió luz, ni percibió el más leve ruido.

—Ya duermen,—murmuró,—y por consiguiente nada tengo que hacer aquí. Si don Juan continúa cometiendo las mismas imprudencias, será muy fácil dar el golpe y acabar de una vez esta intriga. Serviré al rey sin querer; pero no es esto lo que debo mirar, sino mi conveniencia. Creo que mis proposiciones las aceptará don

Pedro, pues ya he visto que no es la conciencia lo que puede detenerlo, y en cuanto á don Leandro, me parece que no ha de disgustarle mucho que su hermano sea víctima de algun abuso, porque al fin es su rival.

Algun plan horrible debia ya tener trazado el señor Antonio.

Se acercó á la taberna.

Escuchó y le pareció que oia rumor de voces.

Quizás permanecian allí los dos desalmados á quienes antes habia visto.

Al alcázar real se volvió el hidalgo.

Sin otra novedad pasó la noche.

Cualquier sacrificio hubiera hecho el criminal por saber quién era el amigo del señor Alonso, ó lo que es igual, quién era la persona que habia acompañado á don Juan de Manrique y que no parecia ningun personaje.

Al dia siguiente dedicó el señor Antonio cuanto tiempo le fué posible para estar en la taberna; pero no consiguió ver más que al antiguo alférez, que salió poco despues del medio dia y volvió antes de que el sol acabara de ocultarse.

El tabernero ayudaba inconscientemente al hidalgo, pues era muy curioso y se habia empeñado en buscar la explicacion de que la noche anterior saliese una persona de la casa, quedando otra dentro, y que aquella misma persona, segun las apariencias, volviese bastante tarde para quedarse allí.

Era evidente que el señor Alonso daba albergue á un amigo.

¿No tenia esto algo de misterioso?

Tenia mucho y era bastante para que el tabernero hiciese observaciones como las hubiera hecho cualquier otro vecino.

Desde luego pudo el hidalgo descubrir el paradero de don Juan para que la justicia se apoderase de él; pero no era esto lo que le convenia, sino entenderse con don Pedro de Lainez para explotar así el importante secreto.

Don Pedro y don Leandro conferenciaban sin conseguir encontrar medios de resolver aquella situacion.

Felipe II aparentaba no ocuparse de semejante negocio, y el doctor se cuidaba únicamente de sus enfermos.

Entretanto doña Sol sufria como nunca, pues además de sus temores tenia el disgusto muy doloroso de ver que rápidamente se agravaba la enfermedad de la reina, á la que amaba como á su mejor, á su única amiga, á su bienhechora.

No era menester más que mirar á la esposa de Felipe II para comprender que un roedor incesante mermaba su triste existencia.

¿Qué enfermedad tenia?

Estaba en el alma más que en el cuerpo, y por consiguiente la ciencia no tenia medios para combatirla.

Mientras no hablaba con doña Sol, única persona á quien podia confiar sus penas, pasaba doña Isabel una y otra hora en la soledad de su dorada cámara, entregada á sus pensamientos desconsoladores y apurando la amargura venenosa de las injusticias de que era objeto.

Pocas criaturas han sufrido tanto y tan silenciosamente.

Y lo peor era que todas sus esperanzas se habian desvanecido y que á sus ojos se presentaba negro y horrible el horizonte de su porvenir.

Para su corazon noble y sensible no quedaba más que una dulzura, la de su amor maternal, que era tambien un tormento, porque las circunstancias le hacian temer grandes peligros.

¿Qué seria de su hijo si ella llegaba á morir?

Esta era la idea fija de aquella mujer tan sublime como desgraciada.

Si Felipe II habia firmado la sentencia de muerte de su hijo don Cárlos, ¿de qué seria capaz cuando se tratase del que dudaba que fuese su hijo?

Como esposa y como madre sufria, pues, doña Isabel de Valois.

La noche llegó.

A la taberna fué á cenar el hidalgo.

Don Juan salió tambien para ir al alcázar real.

El señor Antonio lo siguió al ir y al volver, y luego dijo:

—Ya no debo esperar, pues está visto que todas las noches hará lo mismo.

Una sonrisa de satisfaccion satánica desplegó el hidalgo.

Aquella noche durmió mejor que nunca.

Se levantó al sonreir la aurora.

—Concluyamos,—dijo.

Y despues de tomar algun alimento salió de su habitacion.

CAPITULO XCIV.

Proposiciones y convenios.

De una casualidad, de una coincidencia depende muchas veces el negocio más grave, la suerte ó la vida de una criatura, y por eso los hombres de mucha experiencia y que fijan la atencion en todos los detalles y son aficionados á buscar las causas de todo, le tienen más miedo á lo que se llama casualidades ó á las coincidencias que á los enemigos más temibles.

Decimos esto porque aquella mañana Andrés, que el dia anterior no se habia atrevido á dar ningun paso, quiso ver á don Juan y luego buscar al hidalgo para entenderse con él, segun tenia proyectado, aunque no sabemos en qué sentido ni de qué manera.

Lo mismo que otras veces habia hecho, pidió licencia á su señor, y éste se la concedió maquinalmente porque estaba muy preocupado.

La paciencia le faltaba ya á don Pedro, porque aquella situacion tenia para él un doble carácter que le desagradaba mucho y que en gran cuidado lo ponia.

Sufria porque estaba herida su soberbia y tenia que considerarse impotente para someter á su hija, y además abrigaba grandes temores infundidos por la extraña conducta del doctor, que tan hábil como audazmente representaba un doble papel.

No era posible que don Pedro olvidase las terribles amenazas del célebre médico, y cada vez que en esto pensaba, que era con mucha frecuencia, se le veia temblar y palidecer.

Sabemos ya que su inteligencia era escasa y que se aturdia fácilmente, y cuando esto sucedia no encontraba soluciones más que como la que que puso término á la situacion en que se habia colocado con el señor Mateo.

No perdonaba el soberbio caballero á quien habia sido causa de que su hija se le rebelase, y era forzoso que odiase á don Juan como á nadie en el mundo habia odiado.

Creia firmemente que el dia en que don Juan de Manrique desapareciese del mundo, doña Sol se someteria, si no inmediatamente, cuando pasasen los primeros arrebatos del dolor, y si no se sometia ni se casaba con don Leandro, no seria por lo ménos la esposa del que la habia trastornado tan profundamente, infundiéndole valor para desconocer la autoridad de su padre.

Empero el señor de Lainez tenia entonces muchas dificultades para hacer con don Juan lo que habia hecho con el padre de Marta, y entre aquellas dificultades estaba la de no contar con la ayuda del miserable Blas, que desapareció y que ya no debia vivir.

¿Dónde encontraria don Pedro otro auxiliar que valiese lo mismo que su antiguo criado?

Pensó en el señor Antonio de Mena; pero como habia maltratado á éste, no creyó que lo encontraria dispuesto.

Le faltaba tambien averiguar dónde se ocultaba don Juan de Manrique.

¿Habia salido de Madrid?

Era lo más probable, pues sólo así podria librarse de la tenaz persecucion de que era objeto.

No conocia el señor de Lainez bastante bien al amante de su hija.

Despues de dar á su criado licencia para salir, don Pedro empezó á pasearse en su cámara.

—No puedo vivir así,—decia,—no puedo, porque acabaria por volverme loco.

Interrumpido fué por un criado que se presentó.

—¿Qué quieres?—le preguntó el señor de Lainez con la aspereza que siempre hablaba á los que lo servian.

—Desea veros un hidalgo que asegura tiene que tratar con vos asuntos de gran interés.

—¡Un hidalgo!...

—Dice que ya lo conoceis y que otras veces ha venido á esta casa; pero calla su nombre.

—¿Es flaco, amarillento y de aspecto ruin?

—Sí, señor.

No necesitaba más don Pedro para comprender que el hidalgo era el señor Antonio.

Regocijóse mucho y dispuso que entrase.

Andrés habia salido, y por consiguiente no podia escuchar la conversacion.

Esta coincidencia era la que tal vez decidiria la suerte de don Juan.

En la cámara entró el señor Antonio, haciendo profundas reverencias y sonriendo segun su costumbre.

—Mi visita debe sorprenderos,—dijo,—porque despues de lo que sucedió no habeis podido creer que yo ponga los piés en vuestra casa.

—Segun,—respondió don Pedro por decir algo.

—Todo consiste en que aún no me habeis conocido, y mucho sentiré que no acabeis de conocerme. La culpa no es mia, pues no he ocultado lo que soy, y sobre este punto os he hablado con una franqueza que apenas se concibe.

—Señor Antonio, debeis tener en cuenta mi situacion: no me dejan un instante de reposo; parece que todo el mundo se ha conjurado contra mí, y no sé lo que hago cuando me trastorna la desesperacion. Mi hija se rebela contra mi autoridad; don Leandro me exije lo que es imposible hacer; el rey me promete para no cumplir, y don Juan se burla de mí, del rey, de vos y de todo el mundo, y ni siquiera la justicia puede con él.

—A una persona olvidais.

—¿Quién?

—El doctor.

Extremecióse don Pedro.

Para que se sintiese poseido de pavor no era menester más sino que nombrasen á Olivares.

—Ese hombre es incomprensible,—murmuró.

—Pues todo podeis remediarlo fácilmente y de una vez.

—¡Que puedo remedirlo!—replicó don Pedro con tono de amarga ironía.

—Sí.

—Por desgracia os equivocais.

—Caballero, conozco perfectamente vuestra situacion...

—Tal vez.

—Yo miro este asunto como deben mirarse todos, en el fondo, en la raiz, mientras que vos no fijais la atencion más que en la superficie. Acudís al rey sin pensar que no ha de hacer más que lo que le convenga y que lo mismo le importan vuestros sufrimientos que el prestigio de vuestra autoridad de padre. Conferenciais con don Leandro; perdeis el tiempo en amenazar á vuestra hija; vais, venís, os agitais sin cesar, y en resúmen no haceis nada.

—¡Oh!...

—Si esto no es verdad, vos lo direis.

—Quizás teneis razon.

—¿Cuál es la causa de todo?

—Mi hija, su amor desdichado, esa pasion que ha trastornado su juicio.

—No es vuestra hija, ni aunque lo fuese podríais adoptar con ella cierta clase de determinaciones.

—Pues entonces...

—Toda la culpa es del hombre que á vuestra hija ha trastornado.

—Pero ese hombre...

—Mientras esté en el mundo no tendreis sosiego.

El señor de Lainez fijó una mirada penetrante en el hidalgo.

Era muy grave lo que este acababa de decir con tono de la mayor sencillez.

Una sonrisa desplegó, añadiendo luego:

—Si os sentáseis y me permitiéseis hacer lo mismo, hablaríamos más tranquilamente.

—Sí, sentaos.

—Antes conviene que tengais la seguridad de que nadie nos escucha.

—Sois muy cauto.

—Toda precaucion es poca en nuestra situacion.

—Es verdad.

—Tened en cuenta que juego la vida, pues don Juan de Manrique no puede haberme perdonado, y si sabe que aún trabajo contra él, me matará.

Don Pedro fué hasta la puerta.

Levantó la cortina.

Miró á la habitacion inmediata.

Luego se sentó frente al hidalgo.

Este sonreia siempre con una dulzura sin igual.

¿Quién hubiera creido que intentaba cometer el más horrendo crímen?

Su serenidad era repugnante.

—Me parece,—dijo,—que debemos hablar poco y con mucha claridad.

—Esa es mi opinion.

—Y el uno para el otro debemos tambien ser muy leales, no porque tengamos conciencia, sino porque así

nos conviene. Y no lleveis á mal que mi lenguaje, en fuerza de ser claro, llegue á ser rudo, pues en nuestra situacion es preciso que olvidemos ciertas conveniencias.

—Podeis hablar como se os antoje.

—Gracias, caballero.

—¿Para qué habeis venido? ¿Qué podeis ofrecerme?

—Mucho, cuanto necesitais.

—Lo dudo.

—Os convencereis muy pronto.

—Pues os escucho.

El señor Antonio fijó su mirada penetrante en don Diego y dijo:

—Supongo que sabeis que sigilosamente prendieron á don Juan de Manrique para llevarlo al alcázar de Segovia.

—No lo ignoro.

—Debeis comprender que tan grave determinacion no pudo tomarla el rey para favoreceros, pues en último caso le importa muy poco que vuestra hija se case con don Leandro ó con don Juan.

—Sobre ese punto me hice ilusiones; pero la experiencia me ha desengañado. No se me oculta que en la vida de don Juan hay un misterio, pues de otro modo el rey no hubiera mandado que á Segovia lo llevasen.

—Consiguió burlar la vigilancia de sus guardianes, y su audacia llegó hasta el punto de volver á Madrid.

—Y entonces la justicia, con un derecho incontestable, lo buscó.

—Lo encontró y quisieron prenderlo; pero hizo resistencia y por segunda vez logró salvarse.

—Esa resistencia constituye un crímen.

—Ya no es menester que lo acusen para imponerle el más severo castigo, pues acuchillar á todo un alcalde de casa y córte que se presenta en nombre del rey, es lo mismo que rebelarse contra el monarca.

—Indudablemente.

—Esto lo sabe ya todo el mundo, porque el escándalo fué grande.

—Lo cual no me consuela.

—La justicia busca al que ya podemos sin miramiento alguno y en alta voz llamar delincuente.

—Sí, la justicia lo buscá; pero no lo encontrará.

—Caballero,—dijo el señor Antonio mientras sonreia con una satisfaccion sin igual,—yo he conseguido averiguar dónde se oculta don Juan de Manrique.

No es posible comprender el efecto que produjeron estas palabras.

En su asiento brincó el señor de Lainez.

Abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Que lo habeis averiguado!—exclamó.

—Sí.

—¡Ah!...

—Y sé á qué hora sale de su escondite.

—¡Oh!...

—Y á dónde vá, y lo que hace, y cuándo vuelve, y por qué camino, y...

—Callad, callad... Me aturdís... ¡Que sabeis dónde se oculta ese hombre!... Si eso fuese verdad... No, no es posible tanta dicha para mí.

Tan sofocado se sintió el señor de Lainez que algunas gotas de sudor corrieron por su rostro.

Sacó el pañuelo y se limpió la frente segun costumbre que ya sabemos tenia.

Cambió de postura.

—No puedo creerlo,—murmuró.

—Veo que la noticia os trastorna; pero me consuela que el trastorno no es de disgusto, sino de alegría.

—Señor Antonio, si mentís, si me engañais para explotar mi buena fé...

—No me conviene hacer semejante cosa, y seria una torpeza.

—Ni yo os perdonaria... ¡Oh!... Continuad.

—Os he dicho lo más interesante.

—¿Cómo habeis conseguido averiguar eso?

—Perdonad; pero no os importa.

—Es que...

—Lo que os interesa es el resultado: conozco ese gran secreto, y os lo revelaré si me conviene, así como tambien estoy dispuesto á ayudaros para lo que os conviene hacer.

—Y yo os recompensaré con largueza.

—Si haceis lo mismo que la otra vez...

—No, no.

—Tengo necesidad de cambiar de vida, y por consiguiente...

—Entiendo.

—Si pensais rebajar la importancia de mis servicios...

—Descuidad.

—Y tened entendido que no me inspirais confianza y que por consiguiente no me contentaré con promesas.

—Señor hidalgo...

—Hemos convenido en decir cada cual lo que siente sin rodeos, miramientos, ni consideraciones de ninguna clase.

—Es verdad.

—Pues bien, tened paciencia, porque aún habeis de escuchar cosas desagradables.

—Decid cuanto se os antoje, que satisfecho quedaré si consigo lo que deseo.

—De vos depende.

—Si todo consiste en pagaros con largueza...

—Y en algo más.

—No adivino...

—Señor de Lainez, vuestra conciencia debe ser enteramente igual á la mia, ó para hablar con más exactitud, vos tampoco sabeis lo que es la conciencia.

—Os equivocais; pero en ciertas situaciones, cuando tengo que defenderme...

—No reparais en los medios.

—Creo que todos los hombres hacen lo mismo.

—Supongamos que una noche asesinan á don Juan de Manrique.

—¡Oh!...

—La justicia recojerá el cadáver, le dará sepultura, pedirá declaraciones á tal ó cual vecino de la calle donde se cometa el crímen, y como no ha de encontrar inmediatamente al asesino, abandonará el asunto, porque al fin se trata de un delincuente que debia morir á manos del verdugo.

—Soy de vuestra opinion.

—En cuanto al rey...

—Se alegrará.

—Dejará que la justicia obre, y á nadie ha de sorprender que el crímen quede impune como ha sucedido muchas veces. Casi á las puertas de palacio asesinaron al marqués de Poza: la justicia buscó á los criminales, no los encontró y el asunto quedó terminado.

—Discurrís bien.

—Os lo diré de otro modo: se os presenta la ocasion de prestar un gran servicio á Felipe II, pues no dudeis que os agradecerá que hagais desaparecer del mundo á don Juan de Manrique.

—Señor Antonio, debo reconocer que teneis un talento admirable para examinar las cuestiones bajo todos sus puntos de vista.

—Eso consiste en que busco la raíz, las causas, en que fijo la atencion en el fondo, mientras que los demás la fijan solamente en la superficie.

—Entiendo lo que quereis decir.

—Os ofrezco dos cosas: daros á conocer el lugar donde se oculta el amante de vuestra hija, y además, si es que os faltan medios...

Se interrumpió el hidalgo.

Se puso en pié.

Fué hasta la puerta.

Levantó la cortina.

Miró á la habitacion inmediata.

Volvió al lado de don Pedro y dijo con una frialdad espantosa:

—Hasta cierto punto os ayudaré para que asesineis á don Juan de Manrique.

Por algunos momentos se cubrió de nerviosa palidez el rostro del señor de Lainez.

El señor Antonio guardó silencio.

¿Qué más habia de decir?

Habia hablado poco, pero no podia ser más grave, más horrible.

Algunos minutos pasaron.

La agitacion de don Pedro era bastante violenta.

¿Qué debia responder?

No lo sabia.

El hidalgo rompió el silencio para decir:

—Falta que estipulemos lo que habeis de darme por la revelacion del secreto, y repito que no me contentaré con promesas, sino con monedas de oro.

—Os pagaré ahora mismo, y si me engañais, me vengaré, os lo juro. Decís que no tengo conciencia, y es verdad: quizás no tengo alma tampoco, y cuando alguien me ofende, es tal mi rencor que con nada se satisface.

—No me sorprende lo que decís.

—¿Quereis más franqueza, más claridad?

—Ahora nos entenderemos perfectamente.

—Guardaos de engañarme, señor Antonio, guardaos bien.

—Tranquilo estoy.

—Decid cuánto quereis por el secreto.

—Y no me ofrezcais ni un maravedí menos de lo que os pida, porque será inútil.

—Acabad.

—Por el secreto, no más que por el secreto, me dareis mil ducados.

—¡Mil ducados!—murmuró don Pedro.

—Si os parece mucho... que Dios os guarde, señor de Lainez, porque me voy seguro de que don Juan de Manrique ha de darme por callar tanto como vos por hablar.

—No, ese hombre no puede daros nada, porque es pobre.

—Tiene buenos amigos.

—Me parece inútil discutir sobre los recursos de don Juan.

—Completamente inútil, porque eso es cuenta mia.

—Esperad,—dijo el caballero.

Se levantó.

Salió.

Pocos minutos despues volvió y puso sobre la mesa un puñado de monedas de oro.

Con el fuego de la codicia relumbraron los ojos del señor Antonio.

A la mesa se acercó.

Una por una contó y revisó las monedas.

Las contempló con delicia sin igual.

En aquellos momentos era el más feliz de los hombres.

—Estoy satisfecho,—dijo.

—Ahora el secreto.

Don Juan de Manrique ha encontrado albergue en una miserable casa del arrabal de San Martin.

—¡Ah!...

—En aquella casa no habita más que una persona, el señor Alonso Castillejo, alférez que fué y que vive con una pension que el rey quiso señalarle para recompensar sus buenos servicios.

—Continuad.

—Todas las noches, poco despues de las nueve, sale don Juan, baja por San Martin, toma por el arroyo, atraviesa los Caños del Peral, sigue por la calle del Tesoro y vá á parar á palacio, donde entra para ver á vuestra hija.

—¡Para ver á mi hija!...

—Sí.

—Si yo tuviese una prueba...

—Seria fácil, si acecháseis como yo.

—Lo haré, y así el rey no podrá negarse á que á mi lado vuelva mi hija.

—¿Y qué os importa que esté en Palacio?

—Allí no puedo vigilarla.

—Si don Juan ha de morir, no tendreis para qué tomaros esa molestia.

—Teneis razon.

—Despues de las diez vuelve don Juan á su pobre vivienda, y bien comprendeis que es posible que una noche le suceda una desgracia, pues Madrid está lleno de asesinos, y el caballero, muy preocupado con su situacion, no se cuida de lo que á su alrededor pasa.

—Entendido.

—Como quiero ganar bien el dinero que me habeis dado, os ruego que vengais conmigo.

—¿Adónde?

—Al arrabal...

—¿Y qué hemos de hacer allí?

—Vereis la casa donde se oculta don Juan, y así será imposible una equivocacion.

—Pero...

—Nada perdereis, señor de Lainez.

—Si me ven en vuestra compañía...

—¿Qué os importa?

—Antes hemos de ocuparnos de la ayuda que me ofrecísteis.

—Hasta cierto punto, recordadlo bien, pues por todo el oro del mundo no arriesgaré la vida. Generalmente se envanecen los hombres con su valor; pero yo digo á boca llena que soy cobarde, ó lo que es igual, que estimo mucho mi existencia, pues quiero vivir para gozar.

—Habreis de explicaros más claramente.

—Os ayudaré; pero no me comprometeré en ningun sentido.

—¿Pues qué clase de ayuda me ofreceis?

—Don Pedro, vos no podeis matar con vuestras propias manos á don Juan de Manrique.

—No.

—Quizás no conoceis tampoco á ningun asesino que se comprometa á dar el golpe.

—A ninguno conozco.

—¿Dónde lo buscareis?

—No lo sé.

—¿Lo encontrareis si lo buscais?

—Es dudoso.

—Pues bien, el auxilio que os ofrezco consiste en poneros en relaciones con gente de esa clase, y vos os entendereis con ellos y arreglareis el negocio como mejor os parezca.

—¿Y respondereis de la fidelidad de esos hombres?

—Ni de mí respondo, don Pedro, pero sí os advertiré que no hay nadie que cumpla con tanta exactitud sus compromisos. Todo el que tiene que satisfacer una venganza, á ellos acude, y vos tendreis que hacer lo mismo. No los conoceis; no sabeis dónde buscarlos, y os ofrezco hacer esto por vos.

—Más quisiera.

—A más no me comprometo.

—Como tambien he de pagaros...

—Poco exigiré.

—Si esos hombres vienen á mi casa...

—Vendrán, si así lo disponeis; pero no os conviene, caballero.

—Entonces...

—Vos tendreis que ir á buscarlos y pasareis por el disgusto de entrar en lugares repugnantes y de hablar con esa gente soez, que ha de trataros sin ninguna consideracion, aunque sepan que sois un potentado.

Reflexionó el señor de Lainez.

Su idea fija era matar á don Juan.

Todo lo demás tenia para él poquísima ó ninguna importancia.

—Estoy decidido,—dijo al fin.

—Me contentaré con que me deis cincuenta escudos para compensar mis molestias.

—Los tendreis.

—Pues daré principio á la obra, y si bien os parece, nos veremos en palacio y en mi habitacion, evitando así que vuestros criados fijen la atencion en mí y sean indiscretos.

—Bien me parece.

—Nada se pierde por ser previsores.

—Pues ahora mismo iremos al arrabal.

—Dispuesto me teneis.

—¡Ah!—exclamó don Pedro.—Cuando ese hombre desaparezca del mundo y yo recobre la tranquilidad...

—Sereis dichoso y os convencereis de que no os ha costado muy cara la dicha.

El señor de Lainez entregó los cincuenta escudos al hidalgo.

Cinco minutos despues salian de la casa.

Sin hablar dejaron atrás calles y calles.

Llegaron á San Martin, y luego frente á la pobre vivienda del señor Alonso.

—Esa es la casa,—dijo el señor Antonio.

—No puede confundirse con otra.

—Y allí teneis una taberna.

—¿Y qué me importa?

—Que es posible que la visiteis alguna vez.

—Mucho sentiré que la necesidad me obligue.

—Todo puede hacerse para conseguir la dicha.

—Sí; pero...

—Vamos, que no conviene que en nosotros fijen la atencion.

Abandonaron el arrabal.

Entonces le dijo el señor Antonio á don Pedro:

—Os esperaré mañana en palacio, hasta las once.

—No dejaré de ir.

—Y probablemente habré yo cumplido mi promesa.

—Pues hasta mañana.

—Que Dios os guarde, caballero.

Por la calle de las Fuentes tomó el señor de Lainez.

Por los Caños del Peral volvió el señor Antonio á palacio.

Cuando atravesaba un pasillo para ir á su aposento se le puso delante Andrés, diciéndole:

—Señor Antonio de Mena, no sé si recordais haberme visto; pero no me importa.

—Me parece que...

—Tengo que hablaros, y vos me escucharéis, y si no quereis escucharme, perdereis mucho, mientras que yo no puedo perder más que lo que vale muy poco.

CAPITULO XCV

Cómo arreglaba los negocios Andrés.

Al primer golpe de vista habia conocido el hidalgo al sirviente, y con tanta sorpresa como asombro escuchó lo que éste le decia.

Andrés aconsejaba la prudencia á don Juan, y quizás él estaba cometiendo la mayor de las locuras.

Comprendió el señor Antonio que el criado no iba de parte de su señor, sino por su propia cuenta, y era natural que esta circunstancia le llamase la atencion.

No quiso el criminal comprometerse con palabras pronunciadas con ligereza, ni siquiera con gestos ó ademanes que indicaran lo que sentia, y respondió sencillamente:

—Sí, me parece que os he visto otra vez; pero no recuerdo bien dónde ha sido.

—Os lo diré.

—¡Ah!... No es menester que os molesteis... Sois criado de don Pedro de Lainez.

—Sí.

—Siempre me ha sido fiel mi memoria.

—No vengo de parte de mi señor.

—Eso nada tiene que ver para que yo os escuche, pues al hacerlo así cumplo una obligacion de que nadie puede desentenderse.

—Hemos de hablar sin testigos y sin temor de que nadie nos interrumpa.

—Pues venid á mi aposento, que allí nadie ha de molestarnos.

—Vamos, pues.

El semblante del criado expresaba la tranquilidad más perfecta, y sin embargo en sus ojos habia algo inexplicable que miedo infundió al hidalgo.

A la habitacion de éste fueron.

—Sentaos.

Así lo hizo Andrés.

El señor Antonio dejó su sombrero y su capa nueva, sin que le fuese posible sospechar que la otra estaba en poder del sirviente.

Muy pronto debia comprender y apreciar la situacion de Andrés.

Tambien se sentó el hidalgo y dijo:

—Aquí me teneis dispuesto á escucharos con toda la atencion posible.

—Sois un miserable; pero teneis mucha inteligencia, —dijo Andrés.

Estas palabras eran bastante para que no hubiese continuado la conversacion, porque el hidalgo debió mostrarse ofendido y negarse á escuchar á quien lo ultrajaba sin justificar el ultraje con ninguna razon; pero

no sucedió así, sino que por el contrario, el criminal desplegó una sonrisa y dijo:

—No hay nada tan libre como la opinion, y es absurdo querer que una persona piense de tal ó cual manera. Digo esto para haceros comprender el por qué no me enfado al oiros. Si teneis de mí una opinion desfavorable, nada conseguiré con enfadarme ó discutir, sino que debo dejar que el tiempo os convenza de que estais equivocado. Además, prefiero que me digais con claridad lo que sentís, porque así sabré á qué atenerme, mientras que de otro modo me encontraria como el ciego en lugar desconocido.

—Os complaceré.

—Mucho os lo agradezco.

—He recordado que os sobra inteligencia, porque así comprendereis que estoy convencido de que no necesitais más que mirar mi rostro para conocer mis intenciones.

—Sí, salvo error, creo que sois de esos hombres que no hablan por hablar.

—Y cuando hago un propósito...

—Lo cumplís.

—No os equivocais, porque efectivamente, lo cumplo aunque tenga que sacrificar la vida.

—A mí me sucede lo mismo.

—Yo no doy nunca el primer paso si no he de dar el último.

—Lo cual prueba que cuando el primer paso dais habeis reflexionado muy detenidamente.

—Sí.

—Y habeis previsto todas las consecuencias.

—Y las he aceptado.

—Bien, muy bien.

—Continuaré.

—Vuelvo á escucharos.

—Por razones que no os importan y que seria difícil haceros comprender sin revelaros secretos que no debeis conocer, tengo la obligacion de protejer á mi noble señora y tambien á don Juan de Manrique, y además de este deber están los impulsos de mi corazon y mi amor á la justicia.

—Entendido.

—Callo y disimulo, y en apariencia no soy más que un pobre criado que ningun papel representa, que en nada influye, que nada puede hacer, y así los unos me miran con indiferencia y con desden los otros.

—Y nadie desconfía de vos, y por consiguiente podeis hacer más que nadie.

—Sí.

—Ahora empiezo á comprender ciertas cosas que han sucedido, y antes me las hubiera explicado si sospechase que en esa intriga vos representábais un papel de muchísima importancia. Con franqueza me hablais, y con franqueza os responderé: lo que no sabia lo adivino: vos sois el que ayudó á don Juan en la posada, y vos quien le ha buscado nuevo albergue. Tenia un protector desconocido, y que ha dado pruebas de valer mucho.

—Por lo ménos ha dado pruebas de una voluntad firme y de que los peligros no le espantan.

—Hemos convenido en que vos...

—He hecho cuanto me ha sido posible; pero como no es bastante, doy el último paso, porque es preciso que esta situacion termine, y sobre todo porque quiero evitar que se cometan nuevos abusos, que producirian resultados espantosos.

—Está bien.

—La experiencia me ha enseñado mucho.

—Y quereis aprovechar sus lecciones.

—Sí, porque es loco el que no las aprovecha.

—Discurrís con admirable claridad.

—Lo mismo que vos.

—Perdonad si os interrumpo para preguntaros vuestro nombre, pues me parece que no pensareis ocultarlo.

—Me llamo Andrés, y sirvo á don Pedro de Lainez desde antes de que naciese doña Sol.

—Es decir, que sois quizás el criado más antiguo de la casa.

—Sí.

—Debeis conocer muy bien á don Pedro.

—He tenido ocasion de penetrar hasta lo más recóndito de su alma ruin.

—Seria un gran hombre si tuviese más inteligencia.

—Sí, un hombre como vos; pero muy pronto os convencereis de que con la inteligencia, con la astucia más refinada no se evitan todos los peligros.

—Eso me lo ha enseñado tambien la experiencia.

—Señor Antonio, os metisteis en una intriga muy peligrosa, mucho más peligrosa que la que dió por resultado la muerte del príncipe.

—Un enemigo muy temible tuve entonces.

—Sí, el niño audaz á quien se daba el nombre de diablo de palacio.

—Sin embargo, conseguí salvar la vida.

—Yo no valgo tanto como el paje, ni mucho ménos; pero mi sistema es distinto.

—Y quizás mejor.

—Cometísteis el abuso de apoderaros de los papeles de don Juan.

—En cuanto á eso...

—Señor Antonio, es inútil que os molesteis en negar, porque vuestras negativas no tienen para mí ningun valor.

—¿Acaso no es posible que os equivoqueis?

—Tengo las pruebas.

—Me parece.

—No habeis hablado una sola vez con don Pedro sin que yo escuche vuestra conversacion, y con decir esto no es menester más.

El hidalgo guardó silencio por algunos minutos.

Convencióse de que el fingimiento era inútil.

—Pues bien,—dijo,—cometí ese abuso, porque me convenia, y como ya no tiene remedio...

—Pero dispuesto estais á cometer otros.

—Segun.

—Eso es lo que quiero evitar.

—Si fuéseis rico y pudirérais darme más dinero que vuestro señor ó don Leandro, á vos os serviria con preferencia, puesto que lo que á mí me importa no es que triunfen estos ó aquellos, sino hacer mi fortuna.

Andrés quedó silencioso.

Su mirada penetrante se fijó en el hidalgo.

Algo siniestro brilló en el fondo de sus pupilas.

Ligera palidez cubrió su rostro.

Despues de algunos momentos, dijo con pausado tono y acento breve:

—No puedo daros dinero; pero sí una puñalada que atraviese vuestro corazon.

Extremecióse el señor Antonio.

—¿Me habeis entendido?—preguntó el criado.

—Creo que sí; pero...

—Por la salvacion de mi alma os juro que cumpliré mi propósito sin que nada me detenga. Miradme bien para que no os quede duda de que soy un hombre honrado.

—No lo he puesto en duda.

—Pues pensad que los hombres honrados prefieren morir antes que dejar de cumplir sus juramentos.

—Tampoco lo dudo,—dijo el hidalgo con voz insegura.

—Pues si no lo dudais, determinad; en la inteligencia de que no tendreis derecho para quejaros.

—Me amenazais.

—Sí.

—No me sorprende, ni á mal lo llevo, porque cada cual hace lo que puede en beneficio de su causa.

—Entonces...

—Pero aún no habeis dicho qué es lo que quereis. Cuando se amenaza...

—Es porque algo se exige, ¿no es verdad?

—Eso es.

—Vais á conocer mi exigencia.

—Decid.

—Señor Antonio, con el dinero que os han producido vuestras maldades, teneis para vivir sin necesidad de vuestro empleo.

—Tal vez; pero no es eso bastante para que yo sea feliz.

—Tendreis paciencia.

—Parece que deseais que deje mi empleo, que salga de palacio, y...

—No es eso bastante.

—¿Más todavía?

—Habeis de salir inmediatamente de la córte.

—¡Salir de la córte!...

—Y alejaros lo bastante para que yo esté tranquilo.

—Esa exigencia...

—¡Por el infierno!—exclamó Andrés de cuyos ojos se escaparon dos llamaradas.

—Pensad que...

—¡Vive Dios!...

—Si os dejais arrebatar por la ira...

—De Madrid saldreis, porque yo lo exijo, y si así no lo haceis, os mataré.

—¡Oh!...

—Juro que os mataré, lo juro por la salvacion de mi alma.

Densa palidez cubrió el rostro del hidalgo.

Nunca se habia sentido tan poseido de pavor.

El semblante de Andrés revelaba la firmeza de su resolucion.

—Escuchad con calma,—dijo el criminal despues de algunos momentos.

—No he venido para escucharos, sino para que me escucheis.

—Es que quizás no habeis comprendido...

—Todo.

—Sin embargo...

—No se me oculta lo que arriesgo; pero es bien poco. Decidle á don Pedro que su criado Andrés es un traidor y presentadle las pruebas. ¿Qué sucederia? Que saldria de su casa; pero nada más, y despues, enteramente libre y con mayor ira que nunca...

—Callad.

—Nada perderé, mientras que vos, más ó ménos tarde, moririais.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la frente del hidalgo.

Andrés, siempre con la misma calma terrible, prosiguió diciendo:

—Reflexionad, y decidid.

—El abuso que cometeis...

—No es tan grande como los que habeis cometido.

—Yo no he apelado á violencias...

—Pero sí á traiciones, que es peor.

—Si teneis en cuenta las circunstancias...

—Y en fin,—replicó Andrés con tono de impaciencia,—suponed que vos sois el hombre más honrado del mundo y yo el más criminal.

—No imagino semejante cosa.

—Con razon ó sin ella, os mataré, así como el ladron

mata al que le niega su bolsa. Mi proceder será muy ruin; pero el resultado será siempre el mismo, y es lo que os importa.

—No necesito más explicaciones.

—Si quereis vivir, saldreis de Madrid inmediatamente.

—Y si me quedo...

—Saldreis del mundo, porque os mataré.

Al decir esto el sirviente se puso en pié.

Embozóse como si se dispusiese á salir.

—¿Os vais?

—Sí.

—Como aún no hemos concluido de hablar...

—Ya no tengo más que decir.

—Pero yo...

—Quereis decir mucho, ya lo sé; pero no quiero escucharos.

—Si habeis de conocer mi resolucion...

—Los hechos me la dirán mejor que las palabras.

—Para que yo salga de Madrid hay un inconveniente en que no habeis pensado.

—Lo salvareis, porque os vá la vida.

—No soy dueño de mi libertad, no puedo dejar mi empleo sin prévia autorizacion del rey.

—Si desapareceis no ha de molestarse su majestad en buscaros.

—Os equivocais, porque...

—Pues entre dos peligros elegireis el que os parezca menor.

—El enojo de Felipe II...

—El mio os costará la vida.

—Esperad...

—No.

—Una observacion no más...

—Ninguna,—dijo Andrés.

Y atravesó el aposento.

El señor Antonio se levantó y quiso detenerlo.

El sirviente se volvió.

Fijó una mirada terriblemente amenazadora en el hidalgo y exclamó:

—¡Por Satanás!... ¿Me dejareis?

—¡Ah!...

—Aun es posible que ahora y en este mismo lugar os mate.

Como una estátua quedó el criminal.

No se atrevió á pronunciar una palabra.

Estaba dominado por terror profundo.

El criado salió.

Pasaron algunos minutos.

—¡Ah!—murmuró el hidalgo.

Volvió á sentarse.

—Sí,—dijo,—este hombre me matará. Su resolucion es firme, no debo dudarlo, porque me lo han dicho sus ojos.

Las manos se pasó por la frente el criminal.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó.

Esforzóse para recobrar la calma.

Empezó á discurrir como mejor pudo.

Pensó que cuando muriese don Juan habria terminado la intriga, y que por consiguiente no habia de sacar más provecho del que habia sacado.

¿Qué le importaba alejarse de Madrid?

Cuando pasase algun tiempo y cambiasen las circunstancias podria volver.

Ya tenia en el bolsillo los mil ducados y además los cincuenta escudos y no habia motivo para que don Pedro le diese más.

Podia cumplir lo que habia prometido al señor de Lainez, sin perjuicio de salir de la corte muy pronto.

Así evitaria el peligro del enojo de Andrés y tendria la satisfaccion de hacerle sufrir con la muerte de don Juan.

Para todo encontraba recursos aquel miserable.

En vez de dejar su empleo pediria una licencia que no debian negarle, y así tendria derecho á volver á palacio cuando le conviniese.

No hay que decir que comprendia ya que Andrés era el amigo del señor Alonso y el que lo habia perseguido pocas noches antes con la intencion de matarlo ó de darle por lo menos una paliza.

Entre don Juan y Andrés habia una gran diferencia, pues el primero, por esceso de generosidad y de grandeza, podia perdonar y despreciar á sus enemigos, mientras que el segundo no estaba en condiciones de ser tan generoso.

—Me someteré á las circunstancias,—dijo el hidalgo despues de haber reflexionado muy detenidamente.

La tranquilidad recobró desde el momento en que desapareció el peligro.

—Aún puedo hacer algo,—murmuró mientras sonreia,—aún puedo tener la satisfaccion de ver sufrir á mis enemigos.

La ruindad del señor Antonio ya la conocemos, y por consiguiente no haremos sobre este punto ningun comentario.

Ocupóse durante aquel dia en cumplir los deberes de su empleo.

Nadie hubiera conocido en su rostro lo que pasaba en su alma.

La noche llegó.

El hidalgo dijo:

—Ahora veremos si para algo sirve mi astucia.

Para mucho servia, pero todo malo.

A las nueve salió del alcázar real.

Encaminóse al arrabal de San Martin.

Cuando llegaba al monasterio, encontróse con un hombre que iba en direccion contraria.

Aunque no habia más claridad que la de las estrellas, el hidalgo miró al transeunte y dijo para sí:

—Es don Juan... No me tomaré la molestia de seguirlo, puesto que yo sé á dónde vá.

Siguió el señor Antonio.

Cinco minutos despues entraba en la taberna.

CAPITULO XCVI.

Cómo el hidalgo cumplió lo prometido.

En la taberna se encontraban el tabernero y uno de los dos hombres á quienes vimos la noche anterior.

Estaba este sentado junto á una mesa, en la que apoyaba los brazos y tenia fija la mirada.

No bebia, ni comia, y parecia bastante preocupado.

De su aspecto nada tenemos que decir, pues ya advertimos que era el de todos los desalmados que vivian del crímen como de cualquiera otra profesion.

El tabernero se acercó sonriendo al señor Antonio, lo saludó muy respetuosamente y le dijo:

—Sentaos donde mejor os parezca y disponed, porque en esta casa teneis derecho para que se os sirva con preferencia á todos.

Se sentó el hidalgo.

—Traedme,—dijo,—lo que se os antoje.

—Si quereis cenar...

—Sí, y además os haré algunas preguntas, pues ya sabeis que soy muy curioso.

—Lo mismo que yo.

—Entonces no debeis sorprenderos.

Bien pronto puso el tabernero sobre la mesa algunas viandas y vino abundante.

El señor Antonio hizo beber al tabernero, tomó algunos bocados y luego le dijo:

—Acercaos más.

—Con mucho gusto.

—¿Quién es aquel hombre?

—Anoche lo visteis.

—Sí, estaba con otro.

—Teneis buena memoria.

—¿Por qué está solo y triste?

—Porque su compañero ha tenido que hacer y no vendrá esta noche, y en cuanto á su tristeza os la explicaré sin deciros más sino que no tiene un maravedí y me debe tres ducados, lo cual me obliga á no poderle fiar. Es honrado como la misma honradez y paga cuando tiene; pero no sabemos si antes de tener y de pagar ha de sucederle alguna desgracia, en cuyo caso yo lo perderia todo. Soy pobre y no puedo hacer un favor más que hasta cierto límite. Lástima me da, porque dice que no ha cenado, y la comida no fué de lo mejor; pero entre su desgracia y la mia...

—Entendido.

—No es afortunado.

—¿Cómo gana para vivir?

El tabernero sonrió maliciosamente.

—Los tiempos están malos,—dijo.

Esta contestacion era bien extraña; pero la comprendió perfectamente el hidalgo.

—Ese hombre,—dijo,—busca un buen negocio, y hay quien tenga el negocio y no encuentre al hombre que necesita.

—Así son las cosas del mundo.

—Si vos os interesais verdaderamente por ese desdichado...

—Con toda mi alma.

—Y si no teneis muchos escrúpulos...

—Tantos como dinero, que no es ninguno.

Sobre la conciencia del tabernero no era posible la duda.

El señor Antonio se convenció de que podia hablar claramente.

Bebió.

Luego dijo:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Pues aunque os parezca mentira, no lo sé, y quizás él mismo tampoco lo sabe.

—Con algun nombre ha de ser conocido.

—Todos le llaman Gusarapo.

—¿Es valeroso?

—En cuanto á eso no hay ninguno que se le ponga delante.

—¿Es callado?

—Como un muerto.

—¿Y leal?

—Como un perro.

—Tiene buenas cualidades.

—Cuando promete, cumple, aunque haya de costarle la vida.

—Eso me place.

—Quien fia en él puede estar tranquilo.

—Si no mueve demasiado la lengua...

—Le sucedió una vez, que se metió en un mal negocio y tuvo la desgracia de que le echase mano la justicia. Quisieron averiguar á quién servia, y como no lo dijo, le aplicaron el tormento.

—Entonces cantaria con mucha claridad.

—Pasmaos: resistió hasta tres cuñas sin decir una palabra.

—Resistencia inconcebible.

—Y tuvieron que dejarlo y nadie pudo saber quién le habia mandado dar el golpe.

—Aquellas tres cuñas son timbres de gloria para ese hombre.

—Si vos lo necesitais...

—Tal vez.

—Yo lo fio.

—Entonces...

—Si quereis, lo llamaré; pero tendreis que darle de cenar, porque con el estómago vacío no sirve para nada.

—Si se atreviera á lo que necesito...

—A todo, porque le sobra valor y porque tiene hambre.

—Sólo no puede hacer lo que deseo.

—Sus amigos le ayudarian.

—Y vos tambien, ¿no es verdad?

—No desprecio la ocasion de ganar algunos ducados.

—Pues os explicaré el negocio, y si os conviene os entendereis con la persona interesada, pues yo nada tengo que ver en este asunto.

—Decid.

—Supongo que ya no dudais de que con el señor Alonso vive otra persona.

—Estoy convencido, porque esta misma noche he visto que de la casa salia un hombre y otra persona se quedó y cerró.

—A ese hombre lo encontré junto al Monasterio.

—¿Y sabeis quién es?

—Sí.

—Yo no he podido averiguarlo.

—Es un caballero.

—¡Oh!...

—La justicia lo busca, y aunque hace pocas noches lo encontró en una posada de la calle de Segovia...

—Basta, basta.

—¿No quereis saber más?

—¿Para qué habeis de molestaros en decirme lo que no ignoro?

—El escándalo fué grande.

—De esos sucesos estamos al corriente, porque nos sirven de guia para lo que debemos hacer.

—Es decir que...

—¡Jesús me ampare!

—Sabeis...

—Sí, señor hidalgo, sé que la justicia busca al muy

noble caballero don Juan de Manrique, y que si lo encuentra...

—De lo que se alegrará mucho la justicia, será de encontrarlo muerto, porque así se evitará muchas molestias.

—No lo dudo.

—Pues bien, don Juan tiene más de un enemigo, porque ha cometido algun abuso muy grave.

—Nadie sabe por qué lo persigue la justicia.

—Su delito es un secreto.

—Y si ha ofendido á otra persona...

—Hay un padre que considera manchado su honor.

—¡Oh!...

—Y ese padre quiere castigar al que lo ha ofendido tan gravemente.

—De esas historias se ven todos los dias.

—El padre es muy rico y tiene además mucha influencia.

—Mejor.

—Busca hombres resueltos que le proporcionen satisfaccion á su sed de venganza.

—Pues no encontrará ninguno como Gusarapo.

—Pagará con mucha largueza.

—Y yo tambien estoy dispuesto á tomar parte en el negocio. Con mis observaciones puedo ser muy útil, y tengo además mi casa á disposicion de ese caballero. Aquí puede tratarse del asunto con toda reserva.

—Bien me parece.

—Si mi ayuda ofrezco, es porque se trata de una cosa justa, un castigo.

—Sí.

—Pero os advierto que no haremos nada sin saber con quién tratamos.

—En cuanto á eso...

—Si no inspiramos completa confianza...

—Vos, sí.

—Pues no es menester que Gusarapo sepa el nombre de la persona á quien sirve; pero yo no haré nada sin saberlo. Aunque esta casa es pobre, se ha visto honrada por muchos y muy principales caballeros, y ninguno ha desconfiado de mí.

¿Qué le importaba al hidalgo que el tabernero supiese de quién se trataba?

Esto podia perjudicar á don Pedro de Lainez; pero no olvidaba el señor Antonio que habia sido maltratado por el caballero, y aún guardaba algun rencor.

De todas maneras ya nada tenia que esperar del padre de la infeliz doncella.

El hidalgo, segun hemos visto, gozaba haciendo mal.

Debia salir de la córte al dia siguiente y nada tenia que temer de los que se quedaban.

—Pues bien,—dijo,—si me prometeis guardar el secreto...

—Os lo juro por mi honor,—respondió gravemente el tabernero.

—Ya estoy tranquilo.

—Ahora, decid.

—Se trata nada ménos que del muy noble señor don Pedro de Lainez.

—¡Ah!...

—Padre de la bellísima doña Sol, doncella de lareina.

—¡Oh!...

—Y como don Juan ha sido amante de doña Sol, y ha tenido bastante habilidad para trastornarla, para enloquecerla...

—Ya comprendo.

—Pues lo demás...

—Falta convenir en lo que ha de dar ese caballero, teniendo en cuenta que Gusarapo ha de pagar á los que le ayuden.

—No lo olvido.

—El golpe podria darlo un hombre sólo; pero no seria completamente seguro.

—Ante todo debe pensarse en esa seguridad, pues si don Juan de Manrique quedase vivo, don Pedro de Lainez emplearia toda su influencia para aniquilar á los que lo habian servido torpemente.

—Tampoco á nosotros nos conviene que se dé el golpe en falso.

—Quedariamos comprometidos.

—Hombre muerto no habla.

—Se trata de un personaje...

—Teneis la ventaja de que ese personaje está perseguido por la justicia, y no habrá nadie que reclame por él.

—Tiene un hermano.

El señor Antonio desplegó una sonrisa maliciosa.

—Bebed,—dijo,—y sabreis una cosa estupenda.

—Tantas he visto...

—Esta es muy extraña.

—Por vuestra salud.

—El hermano de don Juan, ó sea don Leandro de Manrique...

—Sí, el mayorazgo, que cerca de Santiago vive.

—¿Lo conoceis?

—Y conocí á su padre.

—Pues como os decia, don Leandro aspiraba á casarse con doña Sol de Lainez.

—¡Rayos!...

—De esto resulta que los dos hermanos...

—Deben odiarse.

—Con toda su alma.

—Don Leandro no matará á don Juan.

—Pero tampoco se ocupará en averiguar quién lo ha matado, y como para la justicia se trata de un delincuente, ha de resultar que la persona que dé el golpe podrá vivir con gran descuido.

El tabernero reflexionó.

El razonamiento del hidalgo era convincente.

—Meditad y decidid.

—Dudo.

—Si quereis consultar con Gusarapo...

—Hará lo que yo disponga.

—Pues sólo depende de vuestra voluntad.

—Sí.

—En el caso de que os falte el valor...

—¿Y cuánto nos daria don Pedro?

—Vos habeis de pedir.

—Es muy rico y tiene la obligacion de pagar con largueza.

—Sus riquezas no os importan.

—Se entenderá primeramente conmigo.

—Es igual.

—Nos dará trescientos ducados.

—¿Habeis perdido la razon?

—Si os parece mucho...

—Muchísimo.

—Pues que busque otros.

—Y los encontrará.

—Buen provecho,—dijo el tabernero, encogiéndose de hombros.

—Rebajad siquiera cincuenta ducados.

—No.

—Quedareis complacido.

—El dinero lo depositará en mis manos antes de dar el golpe.

—¿Y si no muere don Juan?

—Le devolveré á don Pedro las mismas monedas que me entregue.

—Si no le ofreceis más garantía que la de vuestra palabra...

—Otra no tengo.

—Os entendereis con el señor de Lainez.

—¿Vendrá?

—Mañana ó cuando bien le parezca, porque yo me desentiendo desde ahora de este asunto.

—Esperaré.

—Así tendreis tiempo para hablar con Gusarapo. Ya sabeis que don Juan sale todas las noches á la misma hora.

—Si tambien supiésemos adónde va...

—A palacio para ver á doña Sol.

—No necesitamos más noticias.

El señor Antonio acabó de cenar.

Dijo al tabernero cuanto le pareció conveniente.

Le pagó con demasía, se despidió y salió.

El tabernero se frotó las manos.

Sonreia con satisfaccion inmensa.

Vino, sardinas saladas, algunas magras y pan llevó á la mesa donde se apoyaba Gusarapo.

—¿Qué es esto?—preguntó el bandido.

—Viéndolo estás.

—¿Pero qué significa?

—Ahora te lo explicaré... Come si tienes apetito.

—¡Fuego de Satanás!...

—Hablaremos cuando recuperes las fuerzas.

CAPITULO XCVII.

Lo que prometió el hidalgo á don Pedro.

Aquella noche durmió muy tranquila y descuidadamente el hidalgo; pero no le sucedió lo mismo al señor de Lainez, pues contra su costumbre despertó agitado varias veces, y cuando el sueño conciliaba, era presa de horribles pesadillas.

Nunca le habia sucedido semejante cosa.

—¡Dios misericordioso!—exclamó más de una vez,—si pierdo hasta el reposo del sueño, que era lo único que me quedaba, ¿qué será de mí?

Y cambiaba de postura.

Y se revolvia en el lecho.

Y se limpiaba el copioso sudor que empapaba su rostro.

Aunque parezca inverosímil, rezó.

Debemos advertir que don Pedro era muy buen cristiano, si bien á la manera que muchos lo son.

Habia asesinado al señor Mateo; habia cometido el más horrendo de los abusos con la infeliz Marta; habia

sido causa directa de la muerte de su virtuosísima esposa, y estaba en aquellos momentos ocupándose de cometer otro crímen, otro asesinato; pero nada de esto tenia que ver con sus sentimientos religiosos, por aquello de que lo cortés no quita lo valiente.

Se levantó algo más tarde que de costumbre.

Andrés le ayudó á vestir.

Observó que don Pedro estaba ojeroso y más preocupado que otros dias.

Pálido y ojeroso estaba tambien el sirviente.

—He de almorzar más temprano,—dijo el caballero.

—Cuando dispongais, señor, porque preparado está el almuerzo.

—Y saldré inmediatamente.

—Nada os faltará.

—Mi salud no es buena.

—Sin embargo, el semblante...

—¿Qué indica?

—Poco habeis dormido, señor.

—No te equivocas.

—Estais triste.

—Tambien es verdad; pero no puede suceder otra cosa, porque mi situacion es la más horrible.

Andrés guardó silencio.

El señor de Lainez exhaló un suspiro penoso.

Luego le dijo á su criado:

—Me parece que debes haber comprendido lo que pasa.

—Creo que sí.

—¿Y qué opinas que pueda suceder?

—Señor...

—Andrés, eres leal.

—Procuro serlo.

—Hace ya muchos años que me sirves.

—Pasan de veinte.

—Sí, eras casi un niño cuando viniste á mi casa.

—Y aquí acabaré mi existencia.

—Tienes buenas cualidades.

—No lo sé.

—Dios te ha dado bastante entendimiento, y por eso precisamente he querido conocer tu opinion.

—Señor, no me he tomado la libertad de hacer cálculos.

—No me ofenderias.

—Calcular sobre lo que puede suceder seria lo mismo que apreciar el proceder de los unos y los otros. Sufrís, y sufre mi muy noble señora, y claro es que yo tambien sufro, y para daros una prueba de que os hablo con sinceridad, os diré que sufro más por mi señora que por vos.

—¡Andrés!....

—La he visto nacer; no se separaba de mí cuando era una niña; yo participaba de sus infantiles distracciones, y yo he recibido muchas veces sus inocentes caricias.

—Es verdad.

—Ha pasado el tiempo; la niña es mujer; pero mi corazon...

—Entiendo, entiendo.

—Pues bien, no llevareis á mal que á mi noble señora...

—La quieres más que á mí.

—No digo eso; pero...

—En fin, quiero conocer tu opinion.

—¿Y si os desagrada?

—No te detengas por eso, que lo que yo miro es tu lealtad.

—Entonces...

—Quiero que me digas lo que sientes, sin rodeos, sin ninguna clase de consideraciones.

—Os obedeceré.

—Te escucho.

—Señor, os habeis metido en un mal negocio, habeis entablado una lucha muy peligrosa en todos sentidos.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razon de que no podeis triunfar mientras mi noble señora se empeñe en resistir, y yo que la conozco desde que nació, aseguro que resistirá hasta el punto de que preferirá morir antes que ceder.

—El dia que pierda la última esperanza...

—Puede suceder que tampoco ella triunfe; pero no se casará con don Leandro de Manrique, sino que se encerrará en una celda y allí pasará su vida.

—Exageras.

—Además, debeis tener en cuenta que la última esperanza no la pierde la criatura sino cuando la muerte nos pone el estorbo de su fria mano.

Don Pedro se extremeció.

—¿Qué quieres decir?—preguntó mientras miraba recelosamente á su criado.

—Que la esperanza de ser esposa de don Juan no ha

de perderla mi señora sino cuando deje don Juan de existir, y como es jóven, y robusto, y...

—La muerte no respeta edades.

—Ciertamente.

—Debes recordar que mi amada esposa murió en lo que pudiera llamarse la flor de la juventud.

—Si partimos de la suposicion de que muera don Juan de Manrique...

—Es una suposicion como otra cualquiera.

—Pues bien, si así sucediese, mi señora se encerraria en un convento.

—¿Y si yo lo prohibia?

—Permaneceria á vuestro lado hasta que fuese dueña de sus acciones.

—Eso pensaria en el primer arrebato de su dolor.

—Y despues.

—A mí tambien me pareció imposible vivir sin mi esposa, y el tiempo me ha convencido de que me equivocaba. No hay dolor que no se calme, y con la calma cambian las ideas.

—Perdonad; pero no me convenceré.

—Lo siento.

—Y sobre todo, como no teneis la seguridad de que don Juan ha de morir, y como puede suceder todo lo contrario...

—Lo sentiré,—interrumpió el caballero sin pensar lo que decia.

Andrés fijó en su señor una mirada escudriñadora.

Guardó silencio.

Acabó de vestirse don Pedro.

—El almuerzo,—dijo.

A pesar del insomnio, de las cavilaciones, de los temores, de la intranquilidad y de todos los sufrimientos, sentia muy buen apetito.

Comió como siempre lo hacia.

Habló muy poco.

Suspiró mucho.

No se permitió aquella mañana recostarse en el sillon para dormir.

Apresuróse á salir de su casa.

Andrés dijo para sí:

—Algo extraordinario sucede, y no puede ser cosa buena. ¿A dónde irá á estas horas? ¿Por qué se ha privado del goce del sueño? No estoy tranquilo.

Recordó el criado que don Juan cometia muchas imprudencias.

Encaminóse el caballero al alcázar real.

Al hidalgo encontró en una galería.

—Me alegro veros aquí,—dijo don Pedro,—porque ignoro dónde está vuestro aposento y me hubiera sido preciso averiguarlo.

—Aquí me he situado para evitaros esa molestia.

—Sois previsor.

—No conviene que nadie sepa que habeis venido á buscarme.

—Teneis razon.

—Seguidme, si os place.

Fueron á la habitacion del señor Antonio.

Se sentaron.

—He cumplido mi palabra, ó lo que es igual, he ga-

nado bien el dinero que me dísteis, y por consiguiente mi conciencia está tranquila.

—¿Qué habeis hecho?

—Teneis á vuestra disposicion hombres resueltos que sin vacilaciones ni escrúpulos, asesinarán á don Juan de Manrique.

—¡Oh!...

—Ahora todo depende de vos.

—Pero...

—Exigen trescientos ducados, que habreis de depositar en manos de uno de ellos.

—Trescientos ducados...

—Bien los vale la vida de un hombre como don Juan.

—Los daré.

—Quieren entenderse directamente con vos.

—Eso me desagrada.

—Ya sabeis que era preciso.

—¿Irán á verme?

—Seria peligroso, porque vuestros criados pueden observar lo que no es menester; pero si os empeñais...

—No, no.

—Os diré lo que teneis que hacer.

—Escucho,—dijo don Pedro, cambiando de postura como si no se encontrase bien.

—Debeis recordar que frente á la casa del señor Alonso hay una taberna.

—Sí.

—Allí habeis de ir.

—¿Cuándo?

—Lo hareis cuando bien os parezca, aunque me pa-

rece que seria peligroso que allí entráseis durante el dia.

—Es verdad.

—Debeis ir de noche.

—Así lo haré.

—Al tabernero le direis quién sois, y con él os entendereis, porque él á su vez se entenderá con su amigo, á quien llaman Gusarapo, y arreglará el asunto sin que tengais que sufrir muchas molestias.

—Por supuesto, que vos me acompañareis.

—No.

—Señor Antonio...

—No haré más que lo que os ofrecí: os pongo en relaciones con los asesinos y vos determinareis lo que mejor os pareca.

—Reconozco que no teneis obligacion de acompañarme; pero os lo pido como un favor.

—Que no puedo hacer.

—Favor que os pagaria...

—Aunque me diéseis todo el oro del mundo.

Don Pedro fijó una mirada de extrañeza en el hidalgo.

Este desplegó una sonrisa y dijo:

—No os alarmeis, porque el motivo de mi negativa no tiene nada de particular, ni os perjudica.

—Lo que os he pedido...

—Es bien poco.

—Y como me lo negais...

—Porque hoy mismo saldré de la córte.

—¡Os vais!...

—Sí, y por despedida y para que conserveis de mí

grato recuerdo, os haré un beneficio quizás mayor que el de haberos revelado el secreto del lugar donde se encontraba don Juan oculto.

—No adivino...

—Don Pedro, muy cerca de vos teneis un traidor, un enemigo que es doblemente temible por lo mismo que no lo conoceis.

—¿Quién es?—preguntó vivamente el caballero.

—Os lo diré á las dos de la tarde en el puente de Segovia, es decir, en los momentos de marchar, y ós advierto que si antes os dais por entendido, de nada servirá que os revele este secreto.

El señor de Lainez quedó inmóvil y mudo.

—No cavileis,—le dijo el hidalgo.

—¡Oh!...

—Seguid mis consejos, que no os arrepentireis.

—Los pondré en práctica, porque creo firmemente que no me engañais.

—Os juro que no.

—Pero eso de ir sólo de noche por esas calles, que llenas están de asesinos...

—Tendreis paciencia, porque algo ha de arriesgar el que algo quiere conseguir.

—Sí, me resignaré.

—Pues nada más tengo que deciros ahora.

—Me encontrareis á las dos en el puente de Segovia.

—Os conviene.

—Vuestro repentino viaje...

—Lo hago contra mi voluntad.

—Grave debe ser el motivo.

—Entre irme y quedarme para morir, la eleccion no es dudosa.

—Ciertamente.

—Don Pedro, aún no conoceis bien vuestra propia situacion.

—Tal vez.

—Dios os libre de cometer una torpeza.

—¡Desdichado de mí!

—Mucho disimulo, mucha prudencia y desconfiad hasta de los que os parezcan más leales.

Don Pedro exhaló un penoso suspiro.

Poco más hablaron.

Despidióse el caballero.

No quiso ver á su hija.

De palacio salió para volver á su casa.

Iba muy pensativo.

Sus temores lo atormentaban más cada momento.

—¿Quién es el traidor?—se preguntaba una y otra vez.

No pudo adivinarlo.

A la hora de costumbre comió.

Tampoco entonces se permitió dormir.

Salió y se encaminó hácia el puente de Segovia.

CAPÍTULO XCVIII.

Cómo se vengó el hidalgo.

El señor de Laiñez llegó al puente, lo pasó y miró á todos lados.

Las personas que por allí andaban eran pobres labriegos de los que no debia temerse ninguna observacion peligrosa; sin embargo, el caballero creyó prudente ocultarse entre la arboleda, y así lo hizo, sentándose en una piedra y fijando la mirada en el sitio por donde debia llegar el hidalgo.

Muy preocupado estaba don Pedro, y la verdad es que le sobraban motivos para cavilar, pues no solamente tenia que meterse en una empresa muy peligrosa, sino que lo ponia en gran cuidado lo que le habia dicho el señor Antonio.

¿Quién era el traidor que tan cerca tenia?

Como era natural, pensó por de pronto en sus criados, pero como no fuese Andrés, ninguno de los demás parecia que tuviese interés en lo referente á los amores de doña Sol y don Juan.

¿Y era posible la traicion en Andrés?

Podia desear la dicha de su señora; pero no por esto habia de tomar parte en la intriga.

Recordó el señor de Lainez el sangriento suceso que tuvo lugar en la posada de la calle de Segovia, y que allí se presentó un desconocido que con su eficaz ayuda salvó á don Juan, lo cual probaba que este tenia un amigo á quien nadie conocia y que por lo mismo era doblemente temible.

—¡Ah!—exclamaba don Pedro con la entonacion dolorosa que disfrazaba los arrebatos de su ira y su desesperacion.—Esto faltaba para que mi desdicha no tuviese igual. ¡Un traidor que está siempre á mi lado, que quizás se oculta en mi propia casa! Ó yo he perdido la razon, ó es cosa clara que tengo el derecho de defenderme. Acudo á medios que en apariencia son criminales; pero ¿qué he de hacer para librarme de las asechanzas de los que me hacen una guerra de alevosías? Si me hieren por la espalda, me dan el derecho de hacer lo mismo. ¿Por qué no me ha matado don Juan? Porque no ha podido hacerlo; pero si me odia, si está dispuesto á quitarme la vida cuando se le presente la ocasion, yo seria el más estúpido de los hombres si me mostrase generoso.

Este razonamiento no debe sorprender, pues ya sabemos que lo mismo discurrió el señor de Lainez cuando determinó asesinar al señor Mateo.

Si habia de cometer un crímen de esta clase, ¿por qué detenerse para cometer el segundo?

Lo mismo habia de quedar su conciencia, y por

consiguiente no era posible que sintiese escrúpulos.

Dieron las dos.

Pocos minutos despues bajó por la cuesta de la Vega un ginete sobre un caballejo colorado sucio, del que hubiera podido decirse que por equivocacion no era jumento, ó que era un jumento con pretensiones de caballo. Parecia muy débil y andaba con pasos menudos; pero con ligereza y avanzaba con bastante rapidez.

La cabalgadura estaba en armonía con el ginete por su apariencia ruin y humilde, y de seguro aquellos dos seres llamarian la atencion donde quiera que se presentasen.

Atravesaron el puente, obra del inmortal Juan de Herrera, y que afortunadamente se conserva todavía.

Llegaron á la arboleda.

Entonces se presentó don Pedro.

El hidalgo desplegó una sonrisa.

Tiró de la rienda.

El caballo quedó inmóvil.

—Aquí me teneis,—dijo don Pedro.

—Sois tan puntual como yo.

—Nadie se descuidaria en asunto de tanto interés.

Pié á tierra echó el hidalgo.

A uno de los árboles ató la brida.

—Nos acomodaremos por aquí,—dijo,—y así evitaremos que nos observen.

—Donde bien os parézca, con tal que pronto me saqueis de dudas.

—Calma, don Pedro, calma, porque si no la teneis, vuestra perdicion será cierta.

—¡Oh!...

—Seré breve, porque no me conviene permanecer mucho tiempo en este sitio.

—Os escucho.

—El traidor que está á vuestro lado, que á todas horas acecha, que os espía, y que ha escuchado vuestras conversaciones, es uno de vuestros criados.

—Su nombre, su nombre.

—Andrés.

—¡El miserable Andrés!—exclamó don Pedro con voz destemplada.

Su rostro enrojeció como si la sangre fuese á brotar.

El fuego de su ira se escapó en corrientes por sus ojos.

En aquellos momentos no hubiera vacilado para matar á Andrés.

El hidalgo lo miró y tembló, porque comprendió entonces hasta qué punto era terrible la cólera del caballero.

Silenciosos quedaron por algunos minutos.

Bien se vengaba el hidalgo por lo que le habia hecho sufrir Andrés la noche que lo sorprendió junto á la casa del alférez, y por haberlo obligado á salir de la córte.

Si el abuso que estaba cometiendo no aumentaba su caudal, hacia mucho daño, y así gozaba el miserable.

—Dominaos,—dijo,—porque si os ofuscais no vereis con claridad.

—¡Oh!...

—¿Sabeis por qué me voy de Madrid?

—Eso no me importa.

—Os equivocais.

—Hablemos del traidor, y luego nos ocuparemos de lo demás.

—Pues bien, si abandono la córte en estos momentos críticos y cuando se me presenta la ocasion de hacer mi fortuna, es porque me obliga vuestro criado Andrés.

—¡Porque os obliga mi criado!—exclamó don Pedro con tono de profunda extrañeza.

—Sí.

—Eso es incomprensible.

—Y sin embargo es verdad.

—No lo entiendo, no lo entiendo.

—¿Y sabeis por qué me encuentro en este mundo? Pues lo debo á la ligereza de mis piernas, que son más ágiles que las de vuestro criado. La otra noche, cuando seguí á don Juan para averiguar su albergue, lo acompañaba un hombre que con él entró en la casa del señor Alonso Castillejo, y mientras yo escuchaba colocado junto á una de las ventanas, se abrió de repente la puerta, el hombre salió, me acometió espada en mano y tuve que huir, arrojando mi espada y mi capa para correr más desembarazadamente.

—¿Y ese hombre?...

—Era Andrés.

—¿Cómo pudísteis conocerlo?

—Es amigo del alférez, lo visita, segun pueden decir todos los vecinos, y como él me ha dicho descaradamente que favorecerá á vuestra hija y á don Juan, aunque tenga que morir, no se necesitan más pruebas.

—Señor Antonio, aún no comprendo bien.

—Porque estais aturdido.

—¡Vive Dios!... La ira me trastorna, y os juro que todo castigo ha de parecerme poco para el traidor.

—Ayer fué á buscarme vuestro criado y me habló con mucha claridad, echándome en cara mi proceder y mandándome salir de la córte.

—Apenas se concibe tanta audacia.

—Si solamente audacia tuviere vuestro criado, no seria tan temible; pero está dotado de mucha inteligencia, y es quizás tan astuto como yo.

—No os equivocais.

—Juró que me mataria si me negaba á obedecerlo.

—Y vos debísteis reiros de su amenaza.

—¡Reirme!... No, caballero, porque tengo la seguridad de que lo haria como lo dice. Vos no conoceis á vuestro criado; pero yo sí. La firmeza de su resolucion se pintaba en sus ojos, y no lo dudeis, ningun obstáculo, ningun peligro hubiera sido bastante para detenerlo. Las amenazas de don Juan de Manrique no me harian temblar, porque es uno de esos hombres que se desdeñan de vengarse, creyendo que así se engrandecen.

—Exagerais.

—Si eso creeis, peor para vos, porque os perderá vuestra confianza.

—Continuad.

—No os doy á conocer el traidor para favoreceros, sino para vengarme, para dar á mi ódio alguna satisfaccion y gozar con la idea de que ese hombre ha de sufrir

—Entiendo.

—Por eso no os he pedido recompensa.

—Y bien la mereceis por este nuevo servicio.

—Os advierto, pues lo he visto claramente, que si vuestro criado sirve á don Juan, no lo hace por el interés, sino de todo corazon, y por consiguiente es un enemigo doblemente temible.

—¡Que lo hace de corazon!...

—En la vida de Andrés debe haber un misterio que no es fácil adivinar.

—¡Un misterio!... No, no... Andrés entró en mi casa cuando era casi un niño, y su conducta no ha tenido nada de particular. Ha sido honrado siempre, ha cumplido su deber con la más escrupulosa exactitud, y nos ha dado tantas pruebas de amor como de fidelidad.

—¡Pruebas de amor!... No dudo que quiera á vuestra hija; pero á vos...

—Sí, á mi hija la ama, y no lo oculta: la ha visto nacer, y hace pocas horas me hablaba de ella con el interés más vivo y manifestaba su opinion de que seria imposible que yo realizase mi deseo de casarla con don Leandro.

—Todo eso prueba más y más lo que acabo de decir, que de todo corazon favorece á don Juan.

—Discurrís bien.

—Como Andrés no trabaja por su conveniencia, no os queda el recurso de ofrecerle recompensa mayor que la que espere de don Juan, y por consiguiente será preciso que á distintos medios apeleis para libraros de enemigo tan temible.

—¿Y qué puedo hacer? Por de pronto saldrá de mi casa.

—No es eso bastante, pues seguirá favoreciendo á vuestra hija.

—¿Qué ha de hacer por ella despues que muera don Juan?

—Segun las circunstancias.

—Aconsejadme, señor Antonio, porque mis ideas son confusas.

—¿Acaso no deseais castigar al traidor?

—¡Que si lo deseo!...

—Pues haced con él lo que con el amante de vuestra hija.

—Bien lo merece.

—Ayer, en el trascurso de la conversacion, dejó vuestro criado escapar algunas palabras que me hicieron comprender que algun secreto vuestro conoce, uno de esos secretos con los que puede hacerse mucho mal.

Don Pedro miró recelosamente al hidalgo.

—Pensad,—añadió este,—que Andrés os espía y que escucha lo que hablais con cuantas personas os visitan, y bien puede haber sorprendido algun secreto.

Recordó el señor de Lainez la conversacion que habia tenido con el doctor Olivares, conversacion que bien pudo ser escuchada por Andrés.

Otra vez se extremeció el caballero.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Una maliciosa sonrisa desplegó el hidalgo, mientras decia para sí:

—No me equivoqué: este hombre ha cometido algun

crímen, cuyo secreto conoce Andrés. Yo lo averiguaría si pudiera quedarme en Madrid, y una mina de oro sería el secreto.

—No,—dijo el señor de Lainez despues de algunos minutos,—no puede el traidor haber sorprendido secretos que no hay.

—Os hago la advertencia y...

—Gracias.

—He concluido, caballero.

—¡Y os vais cuando más puedo necesitaros!

—Andrés me obliga.

—Por eso morirá,—dijo con voz reconcentrada el señor de Lainez.

—Entonces volveré á Madrid.

—Decidme á dónde vais y os enviaré un aviso cuando muera el traidor.

—No es menester que os molesteis, porque lo sabré.

—Si en Madrid dejais amigos fieles...

—¡Amigos!... ¿Los tiene alguien? La palabra amistad es una de tantas que nada significan, es una mentira como otras muchas.

—En ese caso...

—Si Andrés muere, lo sabré, y aun sin morir, si termina la lucha que teneis entablada, volveré, porque vuestro criado no se ocupará de mí.

—Pero no se me alcanza cómo podreis saberlo.

—Eso es cuenta mia.

—Una idea me ocurre,—dijo don Pedro despues de reflexionar.

—Sepamos.

—Quedaos en Madrid, ocultaos y...

—No.

—Aunque otra cosa no hagais por mí, vuestros consejos me serán muy útiles.

—Habreis de contentaros con los que os doy ahora.

—Si os quedais, os ofrezco...

—Aunque me diéseis todo el oro del mundo.

—Mucho miedo teneis.

—Y tengo tambien la seguridad de que Andrés averiguaría mi paradero.

—Si no cometeis ninguna imprudencia...

—Señor de Lainez, vuestro criado vale mucho.

—Por desgracia.

—He dicho que me iré, y me voy.

Don Pedro exhaló un suspiro penoso.

El hidalgo dijo:

—Si otra cosa no teneis que mandarme...

—Nada.

—Pues os dejo.

El señor Antonio volvió á cabalgar.

El caballejo se alejó rápidamente.

Desapareció con el ginete en pocos instantes.

—¡Oh!—exclamó el señor de Lainez con reconcentrada voz.

Volvió á sentarse.

Necesitaba reflexionar.

Aún no se habia desaturdido.

Comprendió que le convenia dominarse y disimular.

No era posible que perdonase á su criado, y por con-

siguiente éste se encontraba desde aquel momento amenazado por igual peligro que don Juan.

Una hora despues el padre de doña Sol salió de entre los árboles y se encaminó á su morada.

Al entrar encontróse con Andrés, lo cual nada de particular tenia, pero se extremeció y tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominar el arrebato de su terrible cólera.

En su cámara permaneció hasta que llegó la noche.

Cenó.

Por primera vez en su vida tuvo poco apetito.

Esto consistia en que no habia podido desahogar su enojo.

A las nueve mandó que sus criados se acostasen, diciéndole á Andrés:

—Yo he de trabajar bastante y me desnudaré sin tu ayuda.

—Señor, no tengo sueño y esperaré.

—No, no.

—Si lo mandais...

—Acuéstate.

A su aposento se retiró el sirviente, mientras decia para sí:

—Algo extraordinario sucede. ¿Qué tiene que hacer á estas horas?

No se acostó.

Dejó que pasase largo rato.

—Veamos,—dijo.

De su dormitorio salió sin llevar luz ni producir el ruido más leve.

Se dirigió á la cámara de don Pedro.

Al entrar en un pasillo se detuvo.

Habia percibido ruido de pasos.

Andrés quedó inmóvil.

Pocos momentos despues vió al señor de Lainez envuelto en su capa y con una linterna.

—¿A dónde vá?—se preguntó el criado.

El caballero desapareció.

Atrevióse Andrés á ponerse otra vez en movimiento.

Se guiaba por la luz de la linterna.

Pronto se convenció de que su señor iba á salir.

Esto era sorprendente, casi inverosímil.

¡Salir de noche y sólo!

¿Quién lo hubiera creido?

¿A dónde iba?

Grandísima importancia debia tener el asunto de que se ocupaba.

Andrés llegó á la escalera cuando don Pedro se encontraba ya en el portal.

Oyó el criado cómo sonaba la llave al girar en la cerradura, y la puerta al abrirse y cerrarse.

—¡Por el infierno!—exclamó Andrés.

Inmóvil quedó por algunos minutos.

Aunque no se aturdia fácilmente, la sorpresa lo dejó perplejo.

Pensó al fin que debia averiguar á dónde iba su señor.

A tientas volvió el criado á su aposento.

Ciñó su espada, se puso la capa y el sombrero, tomó la luz y corrió en busca de la llave de la puerta falsa.

La habian colocado en sitio distinto de donde estaba siempre.

Esta circunstancia le hizo perder un tiempo precioso.

Al fin la encontró.

Bajó.

Dejó la luz en el pasillo.

Salió.

No habia en la calle alma viviente.

Tampoco distinguió la luz de la linterna que llevaba su señor.

¿Por qué lado se habia ido éste?

Andrés corrió hácia la Cava.

Como á nadie vió, retrocedió para ir por el lado de San Andrés.

Tampoco por allí transitaba ni una sola persona.

El criado juraba y maldecia.

Estaba desesperado.

A la Cava volvió.

Pocos minutos despues llegaba corriendo á las cercanías de la iglesia de San Miguel.

Recorrió las Platerías y toda la calle de la Almudena.

Trabajo perdido.

Tuvo que resignarse.

Por primera vez en su vida habia sido torpe, aunque en realidad no fué su torpeza, sino la circunstancia de no haber encontrado inmediatamente la llave, pues así tuvo don Pedro tiempo suficiente para alejarse mucho y tomar por la calle de Tintoreros para salir á

la de Toledo y seguir hácia la plaza del Arrabal.

Convencido el sirviente de que nada conseguiria, retrocedió.

Cuando llegó á puerta de Moros se detuvo y dijo:

—Veré por dónde vuelve y tal vez así me sea posible adivinar algo.

Le esperaba otra sorpresa.

Envuelto en su capa fué de un lado para otro.

Su cerebro trabajaba en aquellos momentos como nunca habia trabajado.

Inútilmente cavilaba, pues era imposible que adivinase la verdad.

Todo lo malo lo esperaba del señor de Lainez; pero no sospechó que en aquellos momentos el criminal se entendiese con los asesinos que habian de poner fin á la vida del noble don Juan.

Mientras espera el honrado Andrés, buscaremos al padre de doña Sol, para ver cómo arreglaba el asunto en la taberna.

CAPITULO XCIX.

Se arregla el negocio y Andrés hace algo.

Las solitarias, oscuras y silenciosas calles atravesaba don Pedro y á él mismo le parecia inverosímil que tal cosa hiciese.

La ira nada tiene que ver con el valor, y ya sabemos que el caballero era muy cobarde, á pesar de sus terribles arrebatos.

Avanzaba con mucha rapidez, pues así duraba ménos tiempo el peligro; miraba á todos lados recelosamente y tenia el oido atento por si algun ruido percibia.

No tuvo motivo para quejarse de la fortuna.

Ni una sola persona encontró.

Sin embargo, extremecióse más de una vez, porque le pareció ver bultos informes en algunos sitios.

Llegó al arroyo del Arenal.

Subió la cuesta y al fin se encontró frente á la taberna y á la vivienda del alférez.

Estaba muy fatigado.

Sudor copioso corria por su frente.

Se detuvo para recobrar el aliento.

Cerró la linterna, evitando así que en él fijasen la atencion.

Aún debia dudar, no porque su conciencia le remordiese, sino porque temia comprometerse demasiado.

Empero retroceder hubiera sido lo mismo que renunciar á lo que tanto deseaba.

—Tengo que jugar el todo por el todo,—murmuró, —y he de hacerlo con circunstancias agravantes, puesto que me veré obligado á tratar con esa gente soez y cuyo sólo aspecto me repugna.

Empujó la puerta de la taberna, que giró sobre sus goznes.

Entró.

El tabernero hablaba con Gusarapo.

Al ruido de la puerta se volvió.

—¡Ah!—exclamó alegremente.

Relumbraron sus ojos.

—No te vayas,—le dijo al asesino.

Y corrió al encuentro del señor de Lainez, diciéndole:

—Una persona de vuestra clase no debe permanecer aquí, siquiera porque deben evitarse las observaciones de los curiosos. Entrareis en mi aposento y allí podremos hablar con todo descuido.

—¿Me conoceis?

—Sí, mi noble señor.

—¿Y ese hombre?...

—Nada temais, porque es precisamente el que ha de servirnos.

—Tiene tan mala catadura...

—Y no engaña su aspecto; pero precisamente lo que necesitamos es un desalmado, un asesino, porque un hombre honrado no nos serviria.

—Es verdad.

—Por aquí, mi noble señor... Esperad un momento, porque necesitamos luz.

—Tengo mi linterna.

—A pesar de eso he de cumplir mi obligacion.

El tabernero encendió un candil.

Atravesaron la habitacion.

Entraron en otra donde todo revelaba miseria y estaba sucio hasta lo repugnante.

El señor de Lainez dejó la linterna.

Se desembozó, porque aún se sentia sofocado.

Sentóse en un taburete.

—¡Ah!—exclamó.—¿Quién habia de decirme que me veria en la necesidad de hacer lo que hago? Pero así lo exige la conservacion de mi existencia, y hasta mi honor, y mal que me pese habré de consumar el sacrificio.

—La defensa es justa, y lo mismo que vos hacen muchos caballeros no ménos nobles.

—Sin embargo...

—Señor don Pedro, conozco bien el mundo, he visto muchas cosas y no me sorprende nada. Os advertiré que nos conviene hablar con franqueza.

—Esa es mi opinion.

—Así acabaremos más pronto y os molestareis ménos.

—Deseo volver cuanto antes á mi casa.

—Nadie nos escucha, y como no soy ningun santo,

no tengo derecho para echar en cara ninguma maldad. Yo busco mi conveniencia y me parece justo que los demás hagan lo mismo. En este pícaro mundo viven los unos á costa de los otros, y los que tienen escrúpulos son siempre las víctimas. De todas maneras hemos de morir y por consiguiente debemos mirar ante todo lo que haya de favorecernos.

—Discurrís muy juiciosamente.

—La experiencia, mi noble señor, la experiencia,— dijo el tabernero mientras desplegaba una sonrisa de satisfaccion.

—Lo que ahora intento contra don Juan de Manrique...

—Perdonad; pero no me importa el motivo de vuestro proceder.

—Sin embargo...

—Necesitais un servicio, os lo presto, me pagais y en paz.

—Ciertamente.

—Cualquiera que sea el motivo que os obligue á tomar esta determinacion, el resultado ha de ser igual para mí.

—Sois un hombre muy razonable.

—Ni siquiera os preguntariamos vuestro nombre, si no tuviésemos necesidad de hacerlo así como garantía, pues nadie sabe lo que puede suceder.

—¿Y para qué os sirve saber quién soy?

—Suponed que tenemos la desgracia de caer en manos de la justicia.

—No es probable.

—Pero es posible.

—Tendriais paciencia.

—Pero vos habeis de obligaros á emplear en nuestro favor toda vuestra influencia, que es mucha, y además habriais de socorrernos generosamente.

—Si esa ha de ser una de tantas condiciones...

—Y si no la aceptáseis, no nos meteriamos en este negocio.

—Y si prometo hacerlo así y no lo cumplo, ¿cómo me obligariais? ¿En qué consiste la garantía?

—Pues es cosa muy fácil: os delatariamos.

—¿Y las pruebas?

—No se necesitan para que la justicia os moleste, y como sois rico...

—Entiendo.

—Ya os lo he dicho, mi noble señor, la experiencia nos ha enseñado mucho.

—Estamos de acuerdo.

—Ignoro si el hidalgo que de este asunto me habló os ha dicho la cantidad que exigiamos para dar el golpe.

—Sí.

—¿Y tambien estais conforme?

—Completamente.

—Pues si traeis el dinero...

—Aquí está,—dijo el señor de Lainez.

Y sacó una bolsa, vaciándola sobre la mesa.

Las monedas de oro sonaron y relumbraron.

—¡Ah!—exclamó el tabernero.

Contó y examinó una por una las monedas.

—Son de buena ley,—dijo.

—¿Qué más necesitais?

—Nada.

—Pues sepamos cuándo y cómo cumplireis lo prometido.

—Inmediatamente.

—Cuanto más pronto mejor.

—Todas las noches sale don Juan.

—Y segun entiendo va solo.

—Es temerario como pocos hombres.

—Peor para él.

—Y mejor para nosotros.

—Desde la casa del alférez va á palacio.

—Ya lo sé.

—En todo el camino...

—Probablemente daremos el golpe en el arroyo del Arenal ó en la calle del Tesoro.

—Con tal que muera...

—Descuidad, que Gusarapo no hace nunca las cosas á medias. Es un gran hombre y cuantos golpes dá van siempre derechos al corazon.

—Eso es lo que necesito, porque si don Juan quedase con vida, mi perdicion seria cierta.

—Tranquilizaos.

—De buena fé os entrego la cantidad que me habeis pedido.

—Tambien los criminales tenemos conciencia.

—Todas las garantías son para vosotros.

—Nos conviene cumplir nuestras promesas, porque si perdiésemos nuestro crédito nos moriríamos de hambre. Yo no he de tomar en el asunto más parte que la

de entenderme con Gusarapo y vigilar para que cumpla su deber.

—¿Y se atreverá solo á dar el golpe?

—No; pero cuenta suya ha de ser buscar quien le ayude.

—Entonces...

—No os cuideis más de este asunto.

—Es decir, que mañana...

—Sí, mañana á estas horas ó poco despues habrá dejado de existir don Juan de Manrique.

—¡Oh!...

—Tenedlo por seguro, salvo el caso de que encuentre algun estorbo para salir de su escondite.

—¿Quién ha de ponérselo?

—Pues morirá.

—Me parece que debemos dar por terminada esta conferencia.

—Yo nada tengo que añadir.

—Yo tampoco.

—Pues voy á decir cuatro palabras á mi amigo Gusarapo y en seguida podreis volver á vuestra casa.

—¿Y para qué he de esperar?

—Para que Gusarapo os acompañe.

—¡Que me acompañe!

—¿Habeis de ir solo por esas calles, que llenas están de ladrones?

—Así he venido, y...

—Pero es peligroso.

—Y la compañía de ese hombre...

—Es la mejor.

—La acepto.

—Os tratará con el respeto que mereceis y no habrá nadie que se atreva á molestaros.

—Mucho os interesais por mi vida.

—Así nos conviene, pues si tenemos la desgracia de ir á la cárcel, vos nos protegereis.

—Es verdad.

—Pronto volveré.

El tabernero fué á la habitacion inmediata.

Se sentó junto á Gusarapo.

—Mira,—le dijo.

Y le enseñó las monedas.

—¡Rayos!...

—Debes dar gracias á la fortuna.

—Falta me hacia el dinero.

—Me parece que he arreglado el negocio tan pronto como bien.

—Eres un amigo leal.

—No te pregunto si has cambiado de resolucion, porque...

—¡Fuego de Satanás!... Ya sabes que no retrocedo.

—He prometido á don Pedro que lo acompañarás hasta su casa, porque nos interesa la conservacion de su persona.

—Lo haré.

—Cuando vuelvas hablaremos despacio y veremos si el negocio puede concluirse mañana mismo.

—Me parece que sí.

—Pues bebe ese vino que te queda y en marcha.

—Ya estoy dispuesto.

Volvió el tabernero donde se encontraba el padre de doña Sol.

—Cuando bien os parezca,—le dijo.

—Ahora.

Pocos momentos despues se encontraba en la calle.

—Dadme la linterna,—le dijo el criminal,—y yo iré delante.

Así lo hicieron.

Calles y calles dejaron atrás sin pronunciar una palabra.

Don Pedro iba entonces completamente tranquilo.

Llegaron á Puerta de Moros.

Andrés esperaba oculto en el hueco de una puerta.

Vió una luz y dos bultos.

No creyó que uno de aquellos hombres fuese su señor; pero bien pronto exclamó sorprendido:

—¡Vive el cielo!

Don Pedro tomaba la linterna, introducia la llave en la cerradura y abria la puerta de su casa.

—Buenas noches,—le dijo á Gusarapo.

—Que Dios os guarde, mi noble señor.

Entró y cerró el caballero.

El asesino se alejó, dirigiéndose hácia la Cava.

—¿Quién es ese hombre?—dijo Andrés.—Necesito averiguarlo á toda costa.

Y sin hacer el más leve ruido y á distancia conveniente siguió á Gusarapo.

Muy pronto pudo convencerse de que aquel hombre no era un caballero.

El bandido avanzaba descuidadamente.

Llegaron al arrabal.

—¿Qué tiene que hacer aquí este hombre?—se preguntó Andrés.

No era posible que lo adivinase.

Sin detenerse entró en la taberna Gusarapo.

El sirviente quedó inmóvil.

—¿Y por qué no he de entrar?—murmuró.

Nada arriesgaba por hacerlo así.

Dió algunos pasos.

Empujó la puertecilla de la taberna.

Entró.

Miró á todos lados.

Atravesó la habitacion y fué á sentarse á muy poca distancia del sitio donde se encontraba Gusarapo.

El tabernero acudió para preguntarle lo que queria.

Pocas veces habia tenido Andrés tanta necesidad de hacer uso de todo su ingenio.

CAPITULO C.

Lo que pudo averiguar Andrés.

Andrés, aunque con disimulo, miró á Gusarapo y dijo para sí:

—Es un asesino.

Luego se preguntó el por qué semejante hombre estaba en relaciones con don Pedro.

No necesitaba el sirviente discurrir mucho para comprender que se preparaba un crímen como el que puso fin á la vida del señor Mateo.

Recordó el adagio que dice que el que hace un cesto hace ciento, y de esto debia deducir que lo mismo que don Pedro pagó asesinos para que quitasen la vida al padre de Marta, podia pagarlos para que matasen á don Juan.

¿Con qué otro fin habia de ponerse en relaciones con aquella gente?

Lo que no podia Andrés adivinar era que su señor hubiese estado en la taberna; pero este detalle no tenia

en realidad ninguna importancia. De su casa habia salido, volviendo en compañía de aquel desalmado, lo cual probaba que habia ido á buscarlo para tratar de un asunto que criminal habia de ser.

—¿Qué mandais?—le preguntó el tabernero al sirviente.

—Unas magras, si las teneis, y buen vino.

Servido fué inmediatamente.

A Gusarapo le llevó vino tambien para que se entretuviese mientras podian hablar.

Andrés era un estorbo, pues ya hemos dicho que se habia sentado muy cerca del bandido.

Empezó á comer y á beber.

Tenia la mirada fija en la mesa como si no le importase lo que pasaba á su alrededor.

Como distraidamente menudeaba los tragos.

Pronto dió fin del vino.

Llamó al tabernero y le pidió más.

—Debeis tener la cabeza muy firme.

—Y si no la tengo, todo se remediará con dormir, olvidando penas y dando descanso al espíritu.

—Es verdad.

Andrés arrugaba el entrecejo.

Hubiérase dicho que sufria y que con el vino queria aturdirse.

Siguió bebiendo.

Poco despues se quitó el sombrero y se pasó las manos por la frente.

Llenó el vaso; pero con tanta torpeza que esparció una buena parte del vino.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó.—Tabernero... más vino, porque este se me escapa.

Sus ojos se cerraron mientras el tabernero acudia.

—Aquí teneis el vino.

Levantó la cabeza Andrés.

—¡Mil rayos!—murmuró.

—¿Os sentís mal?

—Tengo sed, y... ¡Que el infierno me trague!

Bebió.

Volvió á cerrar los ojos.

Movió la cabeza como si le pesase y no pudiese guardar el equilibrio.

A pesar de esto bebió más.

Se restregó los ojos.

Luego, como si hablase para sí, dijo:

—Beber, emborracharse, dormir y morirse sin que uno sepa lo que le pasa... Esa es la dicha, la gran fortuna... ¡Dios de Dios!... Bebamos.

Así lo hizo.

Apoyó los brazos en la mesa y la frente en las manos.

Quedó inmóvil.

Debia dormir con el pesado sueño de la embriaguez.

Gusarapo lo observaba.

Hizo una seña al tabernero para que se acercase.

Luego le preguntó en voz muy baja:

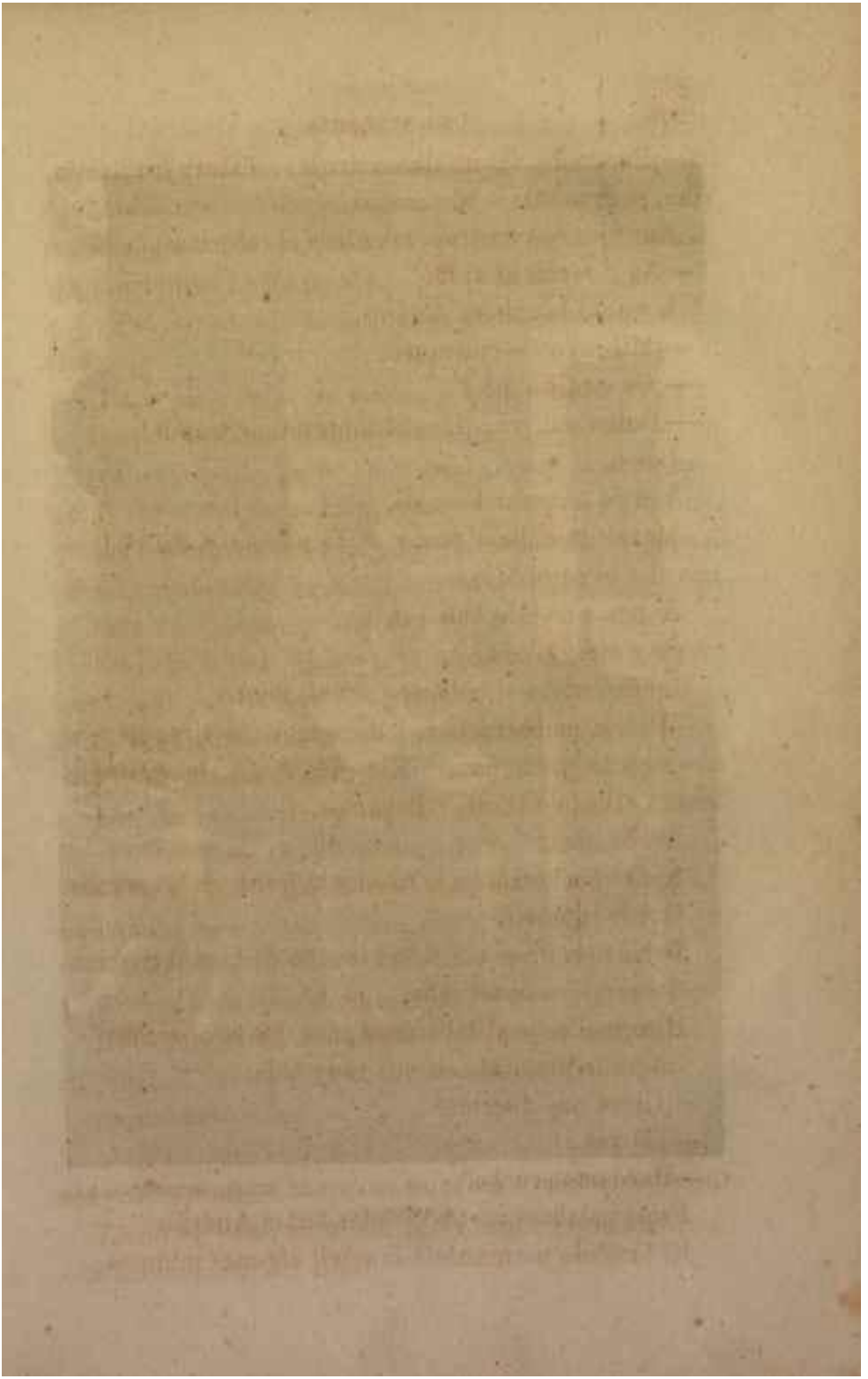
—¿Crees que duerme?

—Tal vez.

—Haré una prueba.

Estas palabras no pudo entenderlas Andrés.

El bandido permaneció inmóvil algunos minutos.



Luego llevó la diestra á uno de los bolsillos del criado, introduciéndola suavemente.

Luego llevó la diestra á uno de los bolsillos del criado, introduciéndola suavemente.

Palpó monedas.

Cojió algunas y las sacó.

—Ya no hay duda,—dijo.

Le parecia imposible que aquel hombre se dejase robar para representar bien la farsa.

¿Y qué fin podia proponerse?

Los temores de los dos criminales se disiparon bien pronto.

Creyeron que ya podian hablar con todo descuido.

No se tomaron la molestia de ir á otro lado, lo cual debieron hacer si escuchasen los consejos de la prudencia.

Verdad es que no pensaban decir nada con claridad ni que pudiera comprometerlos.

Gusarapo dió principio á la conversacion.

—Vamos á cuentas,—dijo.

—Poco tienen que ajustar.

—Ciertamente; pero falta lo más interesante, que el dinero venga á mis manos.

—¿Desconfias?

—No, porque no te conviene engañarme.

—Entonces...

—Marcelo, á tí te sucede lo mismo que á mí, y ya sabes que el dinero dá valor para todo. Además, para comprometer á cualquiera de nuestros amigos...

—Entiendo.

—Son trescientos ducados.

—Ni un maravedí más ni ménos.

—Ciento son para tí, pues aunque no has hecho nada...

—He buscado el negocio, he puesto mi ingenio para terminarlo bien y...

—¡Fuego de Lucifer!... Yo arriesgo la vida.

—Por eso tomarás doscientos ducados.

—Tendré que dar la mitad al amigo que me ayude, y si nos sucede una desgracia...

—Tendreis proteccion, porque así se ha convenido.

Gusarapo se encojió de hombros.

—Sí,—dijo irónicamente,—los grandes señores prometen mucho; pero cuando llega el caso de que den... ¡Dios de Dios!... Los conozco y sé que cuando se trata con ellos no ha de sacarse más que el dinero que dan de mala gana para que los sirvan; pero despues que han conseguido lo que desean, nos vuelven la espalda, y si se ocupan de nosotros es para pedirle á Dios que nos ahorquen. Tuve un buen maestro que me enseñó mucho, tú lo conociste.

—Sí, Patazas... ¡Qué hombre!... Pronto hará seis años que lo ví reirse del verdugo cuando le ponia la cuerda.

—Pues ahora voy á decirte una cosa para que veas lo que son las casualidades. Tenia yo trece años y estaba de aprendiz con Patazas.

—Es decir, hace unos veintiocho años...

—Eso es.

—¿Y qué te sucedió?

—A mí nada; pero buscó á mi maestro un bribon que se llamaba Blas y habia sido compañero suyo,

cambiando despues de vida y poniéndose á servir al mismo caballero con quien ahora tratamos. Era menester quitar del mundo á un pobre hidalgo que tambien vivia por el Humilladero, y que tenia una hija que era más hermosa que la misma hermosura.

—Ya entiendo.

—Blas acometió al hidalgo, y mientras peleaban, Patazas, que estaba oculto, dió el golpe con el acierto que siempre lo hacia. Como el hidalgo era pobre, la justicia no se incomodó en buscar á los criminales, y el suceso se olvidó pronto.

—Supongo que ese Blas no era el que tenia interés en que muriese el hidalgo.

—Era su señor.

—Y ahora...

—Necesita hacer lo mismo con otro, y el diablo arregla las cosas de manera que viene á parar precisamente al discípulo de Patazas, á mí, que algo tuve que entender en el otro asunto.

—¡Rara casualidad!

—Ya ves que tengo motivos para conocer á don Pedro.

—Es más criminal que tú, pues si comete esos abusos, no lo hace impulsado por la necesidad.

Andrés se extremeció.

No perdia una sola palabra de la conversacion que tan descuidadamente sostenian el tabernero y Gusarapo.

Este añadió:

—Si tengo la desgracia de caer en manos de la justicia, don Pedro me abandonará, no lo dudes, y por

consiguiente sobre este punto no puedo engañarme.

—Por de pronto tengo en mi poder los trescientos ducados.

—A eso me atengo.

—Te entregaré tu parte y quedaremos de acuerdo en todo lo demás.

—Así me gusta.

El tabernero sacó las monedas que le habia entregado el señor de Lainez y puso en la mesa los doscientos ducados que correspondian á su amigo.

—Poco es,—dijo este;—pero algo es algo.

—Esta noche no puedes quejarte de la fortuna, pues has tenido ocasion de sacar del bolsillo á este hombre...

—No llega á cuatro ducados.

—Más debe tener.

—S

—¿Y se lo dejarás?

—Marcelo, ya sabes que la avaricia rompe el saco, y puede suceder que por quererlo todo me quede sin nada.

—Sin embargo...

—Además, si cuando despierte se encuentra con el bolsillo vacío, armará un escándalo, y aunque no tiene pruebas para acusar á nadie, dirá que lo han robado en tu casa, y tu crédito...

—Eres buen amigo, Gusarapo.

—Atrevimiento me sobra; pero Dios sabe lo que te costaría.

—Tienes razon, debemos dejarlo en paz.

—Ahora, nuestro negocio.

—Don Pedro tiene prisa, y á nosotros tambien nos conviene concluir cuanto antes.

—Puesto que ese hombre sale todas las noches á la misma hora...

—Me parece que mañana podria darse el golpe.

—Se dará.

—¿Dónde y cómo?

—Pienso acudir á Raimundo para que me ayude, porque nada tiene que hacer.

—Es valeroso y leal.

—Hablaremos y determinaremos, y luego sabrás lo que ha de hacerse. Sitio no ha de faltar, pues desde aquí á palacio y desde allí aquí hay terreno de sobra.

—En el arroyo...

—Tal vez.

—O en la calle del Tesoro.

—Un poco antes de llegar, en el barranco tambien favorece el terreno; pero de todas maneras esto debe tratarse despacio y ha de hacerse á gusto de todos.

—Tiempo hay para que me digas lo que determineis.

—¿Lo has visto salir esta noche?

—Sí.

—Ya debe haber vuelto.

—Probablemente.

En la calle sonó ruido de pasos, y luego el de los golpes dados en una puerta.

—Quizás sea él,—dijo el tabernero.

Y se acercó á la ventana desde donde habia observado otras veces el señor Antonio, y la entreabrió.

No se habia equivocado, pues don Juan entró en la casa del señor Alonso.

—¿Viene solo?—preguntó Gusarapo.

—Lo mismo que siempre.

—¿Por qué no lo acompañará el alférez?

—Don Juan es muy valeroso y le parecería una mengua.

—Su valor le costará la vida.

—Tendrá paciencia como nosotros la tendremos cuando nos suceda una desgracia.

—Tengo sueño.

—Yo tambien.

—Pues hasta mañana, Marcelo.

—Cuando te vayas despertaré á este hombre para que me deje dormir, pues esta noche ya no vendrá ningun amigo.

Gusarapo guardó el dinero y se puso en pié.

Andrés roncaba.

—¡Buen sueño!

—Su dinero le cuesta.

Muy poco más hablaron.

Salió el asesino.

El tabernero se frotó las manos alegremente.

—No puedo quejarme de la fortuna,—dijo:—cien ducados sin ninguna responsabilidad. Con muchos negocios como este, pronto me seria posible cambiar de vida.

Acercóse al criado.

Lo movió rudamente.

—Ya es muy tarde,—le dijo.

Andrés levantó la cabeza y se restregó los ojos.

—¿Qué quereis?—preguntó con voz soñolienta.

—Yo tambien necesito descansar y...

—Debo irme ¿no es verdad?

—Sí.

Estiró los brazos, se puso el sombrero, preguntó cuánto debia, pagó y salió.

No se detuvo entonces en la calle.

Se alejó, dobló la esquina y exclamó:

—¡Por el infierno!

Como luciérnagas relumbraron sus ojos.

Debia sufrir mucho.

Quedó inmóvil por algunos minutos.

Luego retrocedió.

Llegó á la casa del alférez.

Llamó.

Se abrió la puerta y entró el criado.

¿Se salvaria don Juan?

Era muy dudoso.

CAPÍTULO CI.

De la interesante conferencia que tuvieron don Juan, Andrés y el alférez.

Es imposible explicar el estado de ánino de Andrés, y para comprenderlo hay que tener en cuenta todos los antecedentes y su situacion especial.

¿Qué hubiera sucedido si no fuese tan grande la fuerza de su voluntad y dominase los arrebatos de su ira en los momentos en que oia lo que hablaban Gusarapo y el tabernero?

Valor le sobraba al honrado Andrés para acabar con aquellos dos miserables; pero se hubiera producido un escándalo, cuyo resultado debia ser el quedar comprometido el desdichado amante de doña Sol, sin conseguir que se librase de la muerte, porque en Madrid sobraban asesinos, y don Pedro podia hacer cien veces lo que habia intentado una.

Si Andrés fuese bastante ruin para colocarse en el mismo terreno que su señor, para defenderse con las mismas armas que se le heria, la cuestion hubiera ter-

minado bien pronto con la muerte del criminal; pero no era el sirviente un asesino, y la nobleza de sus sentimientos lo colocaba en la situacion más desventajosa.

En la casa entró, encontrándose frente á su leal amigo el señor Alonso y preguntándole:

—¿Y don Juan?

—Poco hace que ha venido, y en ese aposento lo tienes.

Entró Andrés en la habitacion donde se encontraba el caballero.

El alférez lo siguió.

Debió comprender que algo extraordinario sucedia, y cuando en la mesa dejó la luz, fué á sentarse en el más apartado rincon, cruzando los brazos y fijando la mirada en su amigo.

—¡Andrés!—exclamó sorprendido don Juan.

—Señor...

—Esta visita...

—Algo muy grave debe significar.

—Así lo supongo.

—No os equivocais.

—¡Oh!—murmuró el caballero.—Esta es noche de sucesos extraordinarios... ¡Quiera Dios que sean todos buenos!... Yo tambien tengo que darte noticias de mucho interés, no precisamente por lo que ciertos sucesos pueden influir en mi situacion, sino por lo que se relacionan con la suerte de otras criaturas tan desgraciadas como virtuosas.

—Perdonadme que os lo diga con franqueza: os ocu-

pais demasiado de los demás, mientras que vos estais al borde de un abismo.

—Andrés, tu agitacion, tu semblante...

—No puede decir nada bueno.

—El tono con que hablas de las personas cuya suerte no puede ser indiferente para mí...

—Antes que nada es para mí la suerte de mi desgraciada señora, y por consiguiente la vuestra.

—Mis deberes...

—Tienen un límite, y vos lo traspasais.

—Siéntate, Andrés, recobra la calma, explícate y...

—¡Vive Dios!...

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Lo que debia suceder; ya os lo dije y os lo dijo tambien el doctor Olivares.

—Pero...

—Vuestras imprudencias nos perderán. Sucumbireis sin que vuestro sacrificio haya sido provechoso para vos ni para nadie. ¿Y qué nos quedará despues? La desesperacion y la muerte, porque el mal será irremediable.

—Quizás tienes razon; pero si con más claridad no te explicas, no te comprenderé. Dí lo que sucede y despues harás comentarios.

—Don Pedro sabe ya dónde os ocultais.

—¡Por el infierno!—exclamó don Juan.

El alférez no pronunció una palabra; pero arrugó el entrecejo.

Andrés añadió:

—Ahora comprendo lo que sucedió la primera noche que vinisteis á esta casa.

—Aquel hombre que estaba en la calle y que parecia escuchar colocado junto á una de las ventanas...

—Indudablemente era el hidalgo.

—¡Miserable!...

—¿Por qué os sorprendeis?

—Es verdad, todo he debido esperarlo de ese hombre ruin. Cometió un abuso y lo perdoné, y mi generosidad...

—La generosidad es una estupidez cuando se concede á quien no ha de comprenderla.

—¡Andrés!...

—Perdonad que así os hable.

—Eres mi mejor amigo.

—Ya no está en Madrid el señor Antonio, porque lo busqué, le mandé que se alejara de la córte y le amenacé. Seguro estaba de que yo no habia de ser tan generoso como vos y me ha obedecido.

—Un enemigo ménos.

—Pero antes de partir ha podido hacernos mucho mal, y como conocia el lugar donde os ocultais, ha revelado el secreto á mi señor, y quizás le ha dicho tambien que yo soy un traidor y que os favorezco.

—Todo es posible.

—En los alrededores del alcázar me coloqué esta tarde y he podido ver que el hidalgo partia; pero don Pedro habia salido tambien contra su costumbre apenas comió, y esta mañana hizo lo mismo despues de almorzar. ¿No debo creer que se han visto?

—Sí, el ruin hidalgo ha dado el último golpe, se ha consolado con hacernos mal, y de seguro á estas horas

sabe don Pedro que tú me favoreces. Guárdate, Andrés, guárdate, porque quizás toda tu prevision, toda tu astucia sea poca para evitar una nueva desgracia.

—Nada temo por mí.

—Si has de seguir mi consejo saldrás inmediatamente de la casa de tu señor, ó más bien no volverás.

—Determinaré lo que convenga.

—En cuanto á mí...

—Ya sabe don Pedro que aquí os encontrais.

—Y me habrá delatado, y la justicia...

—No.

—¿Esperas que sea generoso?

—Es que tengo la seguridad de que mi señor no ha de quedar satisfecho con que la justicia os prenda.

—¿Qué más puede desear?

—Vuestra muerte,—dijo Andrés con voz reconcentrada.

—No te equivocas,—murmuró á media voz el señor Alonso.

Pero no dijo más, ni se movió, ni siquiera hizo un gesto.

—Eso me pareceria imposible si tú no lo afirmases, —respondió don Juan.

—Los antecedentes de mi señor...

—No olvido la historia que me referiste.

—Y sobre todo tengo las pruebas.

—¡Las pruebas!...

—Esta noche y cuando don Pedro creia que todos dormiamos ha salido.

—Cosa extraña.

—A pesar de toda su cobardía, se arriesgó á ir sólo por las calles.

—¿Y sabes con qué fin?

—Yo salí tambien; pero no pude alcanzarlo. Esperé en Puerta de Moros y al fin volvió en compañía de un hombre soez, de un asesino.

—¿Y tú?...

—El asesino se fué y lo seguí. Vino á la taberna que hay frente á esta casa; yo tambien entré, me senté á su lado, bebí, fingí que me emborrachaba y me dormia, y así he podido escuchar la conversacion del bandido con el tabernero.

—¡Andrés!...

—Todo está preparado para asesinaros mañana.

—¡Por el infierno!...

—Saben que todas las noches salís para ir á palacio, y darán el golpe en el camino, bien sea cuando vayais ó cuando volvais.

—Comprendo.

—Ya lo veis: vuestras imprudencias os han perdido.

—¿Habia de renunciar á ver á doña Sol?

—Sí, porque era preciso.

—Además, la reina...

—Y si morís, ¿qué podreis hacer en su favor?

—Si cumplo mi deber...

—Pero si exagerais...

—Andrés, ya sabes que no me espanta la amenaza de la muerte.

—Sí, me habeis escuchado tranquilamente y no esperaba yo otra cosa.

—Preciso es que sepas lo que sucede.

—No lo adivino.

—No tengo secretos para tí y te hablé de lo que interesaria averiguar el paradero del comendador Maldonado.

—No lo olvido.

—Pues bien, tan de repente como desapareció, ha vuelto el comendador á Madrid y mañana debe conferenciar con la reina, lo cual quiere hacer muy secretamente, pues dice que ha de darle noticias de personas cuya suerte interesa mucho á doña Isabel.

—¿Y qué deducís de eso?

—El comendador debe saber dónde se encuentra doña Blanca.

—Llorando su desdicha en alguna celda, esto es lo probable.

—Y algo más y de mayor interés debe saber el comendador.

—Pero...

—Yo no miro con desden el instinto de las mujeres, y sus presentimientos deben tenerse en cuenta para todo.

—No comprendo lo que quereis decir.

—Doña Sol presiente que el comendador ha de ocuparse del infeliz marqués de Poza.

—Es posible; pero como el marqués murió...

—Andrés, no te rias de lo que yo no he querido reirme.

—Señor...

—¿Sabes lo que á tu señora le dice el instinto?

—No puedo adivinarlo.

—Pues bien, se empeña en creer lo que es absurdo y no hay quien la convenza de que el marqués de Poza ha muerto. A pesar de que todos hemos visto su cadáver que sepultado fué.

—¡Que no ha muerto el de Poza!

—Doña Sol recuerda muchas circunstancias que no han llamado la atencion de nadie, y tanto me ha dicho y tales razonamientos ha empleado, que al fin ha conseguido hacerme dudar.

—Delirios.

—Tal vez; pero debo tomar en consideracion el asunto.

—Antes que todo es la salvacion de vuestra vida.

—Mañana recibirán los criminales el castigo que merecen.

—¿Acaso intentareis la locura de salir para ver á doña Sol?

—¿Y he de detenerme porque un miserable acecha para quitarme la vida?

—Una cosa es el valor y otra la temeridad.

—Andrés; mañana iré á palacio, porque es preciso que yo salga de dudas en cuanto á lo que el comendador ha de decir á la reina.

—Pero...

—Mi deber me lo manda así, y cuando de mis deberes se trata, ni ante la muerte retrocedo. ¡Ocultarme cuando me buscan!... Eso seria deshonrarme y antes que la deshonra lo prefiero todo.

—Perdonad; pero vuestra razon...

—Quizás se ha trastornado.

—Sí.

—Pues ya sabes que es imposible convencer á un loco.

—No sois dueño de vuestra vida, porque pertenece á la mujer á quien amais.

—Esa mujer no quiere que yo sea un cobarde.

—Tampoco quiere que seais temerario y loco.

—Ella está dispuesta á sacrificarlo todo para cumplir su deber y no he de ser yo ménos que una mujer. Si á palacio no voy en los momentos en que la reina puede necesitarme ó cuando quizás de mí depende la salvacion y la dicha de doña Blanca ó del marqués de Poza...

—Lo que suceda podreis saberlo sin ir á palacio.

—¿Y cómo?

—Iré yo.

—¿Y quién responde de que dentro de algunas horas no hayas tú sido víctima del furor de don Pedro de Lainez?

Iba á replicar Andrés; pero no pudo, porque el alférez se levantó, se le acercó y le dijo:

—Calla, Andrés.

Luego, dirigiéndose á don Juan, añadió:

—Caballero, vos teneis deberes que cumplir.

—Sagrados.

—En cambio yo tengo algunos derechos que reclamar y derechos muy respetables.

—No os comprendo.

—Estais en mi casa y os he favorecido echando sobre mí una responsabilidad muy grande.

—Vuestra generosidad reconozco.

—Y me parece que derecho me dá para hacer lo que bien me parezca, no precisamente para evitar peligros que me amenacen, sino tambien para realizar mi deseo de salvaros.

—Indudablemente.

—Y si sois agradecido no me negareis ningun favor.

—Si mi vida necesitais...

—Otro sacrificio quiero.

—¿Cuál?

—El de vuestro amor propio, el de los impulsos de vuestras locuras.

—¡Señor Alonso!...

—¡Vive Dios!... Si me negais lo que os pida...

—¡Oh!...

—Aquí os quedareis mañana, y á palacio iré yo.

—Imposible.

—¿Y por qué?

—Ya os lo he dicho, mis deberes...

—Los cumplireis y yo os ayudaré.

—Lo que pedís...

—¿Me lo negareis?

—Pensad que...

—Pues bien,—interrumpió el alférez con la energía que lo caracterizaba.—Ningun estorbo os pondré y á palacio ireis; pero no podreis estorbarme que yo vaya tras de vos y tan cerca que á nadie le quedará duda de que os acompaño, y así todos verán que no os habeis atrevido á ir sólo y de noche por las calles.

—Eso no, eso no.

—¿Y cómo lo evitareis?

—No es posible que vos hagais lo que puede ponerme en ridículo y menguar mi honor.

—Don Juan, por la memoria de la infeliz mujer á quien amé y que en el cielo está, por la salvacion de mi alma os juro que haré lo que digo. Ahora determinad.

Demasiado bien conocia ya don Juan al señor Alonso, y sabia que éste consentiria morir antes que dejar de cumplir su juramento.

Hizo el noble Manrique un gesto de desesperacion.

Ya nadie le ponia estorbos para que á la noche siguiente fuese al alcázar real; pero el señor Alonso lo seguiría, y tan de cerca que á nadie pudiese quedar duda de que se acompañaban mútuamente.

Esto era para don Juan una mortificacion, pues creia que se deshonraba. Sus ideas las conocemos ya, y sabemos tambien que se complacia en arrostrar los peligros y hasta en buscarlos sin absoluta necesidad y sin otro fin que el de vencerlos.

¿Cómo evitaría que el antiguo alférez le acompañase?

De ningun modo, á menos que rompiese abiertamente con él, lo cual hubiera sido una ingratitud.

En vano caviló el caballero, pues no encontraba medio para hacer lo que deseaba.

En pié se puso y una y otra vez recorrió el aposento con pasos desiguales.

El señor Alonso, sin que cambiase su aspecto, esperaba la resolucion, que debia ser definitiva.

Andrés permaneció inmóvil y silencioso.

Mal que le pesase tuvo que convencerse don Juan de que le era preciso ceder.

Volvió á sentarse.

—Está bien,—dijo:—ireis mañana á palacio y yo me quedaré; pero repito que así me obligais á faltar á mis deberes, y las consecuencias...

—Serán las que deseamos,—interrumpió el señor Alonso,—porque se evitará una nueva desgracia. Doña Sol puede escribiros y yo traeré la carta, y una vuestra llevaré si bien os parece. Yo no he de ser sospechoso para nadie, y en caso de apuro tengo la seguridad de que el rey me guardaria algunas consideraciones.

—Pero si se descubre que en vuestra casa dais abrigo á quien perseguido está por la justicia...

—Sobre ese punto yo sé muy bien lo que he de decirle á su majestad.

—Si conociéseis á Felipe II...

—Más que vos.

—Lo dudo.

—El tiempo os convencerá.

—En una cosa no habeis pensado.

—Vos lo direis.

—¿Qué hará don Pedro cuando vea que no puede asesinarme?

—Por de pronto se desesperará, y despues...

—Buscará otros medios, hará nuevas tentativas.

—Y con la ayuda de Dios desbarataremos todos sus planes. Ahora le falta un elemento, un auxiliar.

—El hidalgo.

—Sí.

—Y cuando se convenza de que no puede realizar su deseo, acudirá á la justicia y dirá que en esta casa me oculto. Entonces...

—Eso no,—interrumpió Andrés,—porque antes, mucho antes, adoptaremos las precauciones convenientes, y sobre este punto ya tengo trazado un plan.

—¿En qué consiste?

—Es imposible que yo permanezca en la casa de don Pedro, y tendré que buscar vivienda, donde conmigo os albergareis.

—Si don Pedro no te despide...

—Será porque disimula para hacer conmigo algo parecido á lo que intenta con vos, y como yo no soy temerario, como no creo que la prudencia es una cobardía, no esperaré el golpe y probablemente mañana mismo estará libre. Yo deberia ir á palacio para ver á mi desgraciada señora; pero no sé si alguna circunstancia me pondrá estorbos, y por eso estoy conforme en que vaya mi amigo, lo cual no es un estorbo para que yo á la hora que me sea posible intente ver á doña Sol.

—Si mañana mismo te despides, sospechará don Pedro que conoces sus planes.

—Esperaré á pasado mañana.

—Si consigues ver á doña Sol...

—Ya sé lo que he de decirle.

—Ante todo le harás comprender que aquí me quedo contra mi voluntad y como si me hubiesen encerrado.

—Descuidad.

—Ahora, mis buenos amigos, disponed lo que bien os parezca.

—Esperemos fiados en Dios y en la justicia de nuestra causa.

Muy poco más hablaron.

Despidióse Andrés y salió.

Acercóse á la puertecilla de la taberna.

Miró por el ojo de la cerradura.

Ni vió luz, ni percibió ningun ruido.

Se alejó.

En ninguna calle encontró alma viviente.

Veinte minutos despues entraba en su casa.

Fué á su dormitorio.

Dejó el sombrero, la capa y la espada.

Luego, sin producir ni el más leve ruido, fué á la cámara de su señor y pudo convencerse de que este dormia con el mayor descuido.

Su conciencia no le turbaba el sueño.

A su aposento volvió Andrés.

Entregóse á las reflexiones á que daba lugar aquella crítica situacion que se complicaba con el suceso de que habia hablado don Juan de Manrique.

Cerca del amanecer pudo el criado conciliar el sueño.

Durmió muy poco.

Se levantó á la hora de costumbre.

Don Pedro parecia preocupado; pero esto no debia llamar la atencion de nadie.

Almorzó con el apetito que siempre lo hacia.

Despues durmió por espacio de una hora.

No salió aquella mañana, lo cual contrarió mucho al sirviente, porque no tuvo ocasion de ir á palacio.

Comió el caballero tambien con buen apetito.

Una hora despues fué á visitarlo don Leandro; pero no hablaron nada de particular, pues su conversacion no fué más que una série de lamentaciones por parte de don Pedro, y desahogos de su desesperacion por parte de don Leandro.

Así pasaron las horas de aquel dia, acercándose el momento de cometer el horrendo crímen.

Y la noche llegó y tambien la hora de cenar sin que don Pedro hubiese salido de su casa.

CAPITULO CII.

Cómo salió Andrés de su casa y el alférez de la suya.

Andrés estaba aquella noche contrariado como nunca por no haber podido ver á su señora, y no ménos contrariado estaba el señor de Lainez, porque habia tenido que hacer grandes esfuerzos para disimular.

El uno y el otro esperaban la noche con tanta necesidad como temor, pues de lo que sucediese dependia la suerte de todos.

No era posible que Andrés permaneciese en la inaccion en aquellos momentos verdaderamente terribles, y habia pensado salir sigilosamente apenas se retirase don Pedro á su cámara para entregarse al reposo.

Por su parte el señor de Lainez, receloso hasta la exageracion, estaba decidido á vigilar y observar á su criado, evitando así nuevas traiciones.

Segun hemos dicho, á la hora de costumbre y con muy buen apetito cenó el caballero, y pocos minutos despues y en presencia de todos sus criados dijo que el sueño lo dominaba.

Esto no era extraño.

Dispuso que todos se acostasen y él se fué á su dormitorio.

Andrés lo siguió, como siempre hacia.

El caballero se dejó desnudar, aunque no pensaba dormir.

—Descansaremos,—dijo,—que falta nos hace recuperar las fuerzas para poder sufrir las penalidades que Dios nos envía.

Suspiró tristemente.

Se acomodó en el lecho.

—No te lleves la luz,—le dijo á su criado,—porque aún rezaré antes de dormir y no quiero estar á oscuras. Las tinieblas entristecen más mi ánimo.

El sirviente dejó la bujía al alcance de su señor.

Dió las buenas noches.

Salió de la cámara.

Se retiró á su aposento.

Entonces dejó ver en su semblante lo que sentia.

Ya era hora de que saliese para ir á la morada de su amigo Castillejo y convencerse de que don Juan no habia cometido ninguna imprudencia; pero debia esperar siquiera algunos minutos.

Se sentó.

Cruzó los brazos.

La cabeza inclinó sobre el pecho.

Quedó inmóvil.

No podia en aquellos momentos trazar ningun plan.

Antes de que trascurriese un cuarto de hora se puso en pié.

Quizás era un tesoro cada instante que se perdia.

Se acercó á la puerta.

Miró al pasillo y escuchó.

No percibió ningun ruido.

Todos debian dormir.

Debia creerse que á don Pedro tambien lo habia vencido el sueño.

Ciñó Andrés su espada.

Se puso la capa y el sombrero.

—¡En nombre de Dios!—exclamó.

Y tomó la luz y salió del dormitorio.

Siguió por el pasillo con silenciosos pasos.

Abrió una puerta y entró en un aposento.

Se detuvo.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Su mirada se tornó profundamenie sombría.

Acababa de encontrarse con don Pedro, que se habia vestido y recorria la casa para vigilar.

La escena que tuvo lugar entonces apenas puede describirse.

Temblaba el caballero á impulsos de la ira, cuyo arrebato era en aquellos momentos terrible.

Su rostro habia enrojecido como si la sangre fuese á brotar.

Corrientes de fuego se escapaban de sus ojos.

—¡Oh!—exclamó con voz reconcentrada.

Comprendió Andrés que hubieran sido inútiles las negativas y el disimulo.

Habia llegado el momento de que cada cual se presentase tal como era.

Como Andrés tenia valor sobrado, recobró bien pronto la serenidad y dijo:

—Caballero, no me asustan los arrebatos de vuestra cólera, aunque sé que han costado muy caros á algunos infelices. Nos conocemos perfectamente, y ahora...

—¡Traidor!—interrumpió con voz destemplada el señor de Lainez.

—Acusadme, que no me molestaré en defenderme, porque ya he dado sobradas pruebas de mi honradez.

—¡Villano!...

—Don Pedro...

—¡Miserable!...

—Basta, señor de Lainez, que vuestro esclavo no soy.

—No te espantan los arrebatos de mi cólera, pero cuando hayas sufrido sus consecuencias...

—¡Vive el cielo!—exclamó Andrés con tono de impaciencia.—Si he cometido algun crímen, presentad las pruebas á la justicia; pero entretanto no toleraré que me ultrajeis, ni tampoco perderé el tiempo en escucharos. Aplacad vuestro enojo, caballero, aplacadlo porque os conviene. Os han dicho que soy un traidor, porque cumplo el deber sagrado de favorecer á vuestra desgraciada hija; pero no me conoceis. Acudid á la justicia, ya os lo he dicho; acusadme de haber ayudado á don Juan cuando quisieron prenderlo en la posada, y acusadme tambien de haberle buscado albergue.

—Y presentaré las pruebas, y te entregarán al verdugo...

—Pero tambien sabrá la justicia en qué os ocupásteis anoche, y averiguará muy fácilmente quién es el mise-

rable á quien llaman Gusarapo, y qué clase de relaciones teneis con un tabernero del arrabal de San Martin, y además saldrán á relucir negocios antiguos, intrigas como las que fueron causa de la muerte del señor Mateo. Y cuando todo esto se ponga en claro, cuando el mundo os conozca como yo os conozco, veremos quién tiene motivos para temer más al verdugo.

Lo que sintió el señor de Lainez no puede explicarse.

Lívido se tornó su rostro.

Desapareció instantáneamente el arrebato de su ira.

De su espíritu apoderóse el pavor.

Una mirada de espanto fijó en el sirviente.

Este, que habia recobrado por completo la calma, prosiguió diciendo:

—Lucharemos, nos defenderemos noblemente; pero si os empeñais en dar otro carácter á la lucha...

—¡Ah!...

—Callad y callaré.

Don Pedro se pasó las manos por la frente que inundada tenia en frio sudor.

—Haced cuanto os sea posible para aniquilarme; pero silenciosamente, y yo silenciosamente me defenderé. Por consideraciones á vuestra hija he callado y á esta circunstancia debeis que el mundo no conozca vuestros crímenes; pero si vais demasiado lejos en el camino de los abusos, no me detendré ante ninguna consideracion, y me parece que tampoco se detendrá el doctor Olivares.

—¡Olivares!—murmuró don Pedro con tono de terror profundo.

—Quizás pueda haceros más daño que yo, porque su posicion se lo permite.

—Andrés...

—Dejadme.

—Escucha, porque...

—De esta casa voy á salir para siempre.

—No, no.

—Y si intentais detenerme...

—Es preciso que hablemos.

—No esperaré ni un instante más.

—Pero...

—Está amenazada la vida del noble don Juan de Manrique y tengo que cumplir el deber de salvarlo.

Al pronunciar estas palabras Andrés, se dirigió hácia otra puerta.

El señor de Lainez quiso detenerlo; pero no pudo.

Se dejó caer en una silla.

Las sienes se oprimió.

—¡Conoce mis secretos!—murmuró sordamente.—¡Me amenaza lo mismo que el doctor Olivares!... ¡Oh!...

Cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y quedó inmóvil.

No se percibió entonces más ruido que el de su respiracion violenta y desigual.

Mientras esto sucedia, don Juan hacia los últimos esfuerzos para conseguir que el señor Alonso le permitiese salir solo. El alférez, que era tenaz, resistió y puso fin á la discusion, diciendo:

—No hablemos más de este asunto. Si habeis de darme una carta, escribidla: ahí teneis papel y tinta.

—Paciencia,—murmuró don Juan.

Y tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Sol de mi vida: Esta carta te la entregará mi amigo y protector el señor Alonso Castillejo, á quien ya consideras tambien tu amigo por el bien que me hace, y él te explicará el por qué esta noche hago el sacrificio inmenso de renunciar á verte. Yo saldria, á pesar de todos los peligros, pues siempre tengo fé en Dios, cuya proteccion me ha concedido en los momentos de mayor apuro; pero me ponen un obstáculo invencible y tengo que resignarme.

»Como para el señor Alonso no tengo secretos, conoce las novedades de ayer, y por consiguiente puedes hablarle con franqueza y decirle sin temor lo que al fin ha sucedido, pues supongo que el noble Maldonado habrá visto hoy á la reina. ¿Tendré ocasion de favorecer á los que han sufrido más que nosotros y tanto como nosotros se aman? Quiera Dios que tus presentimientos no te engañen.

»Espero con ansiedad tu respuesta, y no es menester que pierdas el tiempo en escribirme, pues tus palabras me las repetirá fielmente nuestro amigo Castillo.

»Esta noche ha de quedar probado el temple de tu alma, pues tu filial corazon sufrirá mucho al convencerte de que es verdad lo que imposible te parecia. Un esfuerzo más, Sol de mi alma, y esperemos mejores dias sin quejarnos porque Dios ponga á prueba nuestra paciencia.

»Siempre te adora y piensa en tí tu amante

JUAN DE MANRIQUE.»

Los sufrimientos de don Juan los conocemos y no debe extrañarse que en su trastorno cometiese alguna torpeza. Sin necesidad estampó en la carta el nombre de la reina y el del comendador Maldonado, y esto fué una imprudencia que podia costar muy cara á todos; pero no lo comprendió así en aquellos momentos, ni sobre este punto habia de hacerle ninguna observacion el alférez.

Tomó este la carta, la guardó en un bolsillo y preguntó:

—¿Nada más?

—Que Dios os proteja.

—Ningun temor abrigo mientras mi conciencia esté tranquila.

El señor Alonso se puso el sombrero y la capa.

La espada desenvainó.

Hasta la puerta de la casa lo acompañó don Juan, cerrando cuando aquel salió.

Dió el alférez algunos pasos.

Se detuvo para mirar á todos lados y escuchar.

Nada vió que le infundiese sospechas.

Se puso otra vez en movimiento.

¿Y los asesinos?

La taberna estaba cerrada y no era probable que se encontrasen allí.

Esperaban y debemos ver cómo se prepararon para dar el golpe.

CAPÍTULO CIII.

Cómo se dió al fin el golpe.

Gusarapo, despues de meditar y conferenciar muy detenidamente con Marcelo y con el amigo que ayudarle debia, creyó que el plan más acertado para descargar el golpe seria el que en otro tiempo puso en práctica su maestro para asesinar al padre de Marta.

El criminal, fiado en lo que habia sucedido una y otra noche, creia que de la casa del alférez no podia salir nadie más que don Juan, haciendo esto á la hora de costumbre, y por consiguiente no temió equivocarse y hacer á otro víctima del abuso.

En el arroyo del Arenal y en el hueco de una puerta no lejana al monasterio, habia quedado oculto el asesino que de acuerdo estaba con Gusarapo.

Allí debia esperar el momento y la señal convenida.

Gusarapo fué á situarse tras una esquina cercana á la vivienda del alférez.

Inmóvil permaneció.

Oyó el ruido de la puerta al abrirse.

Luego vió que un hombre salia.

Creyó que era don Juan, pues la oscuridad no le permitia distinguir más que el bulto.

—Esto va á concluir muy pronto,—murmuró el criminal.

Dos centellas se escaparon de sus ojos.

Se alejó hácia el monasterio.

Ni el más leve ruido producian sus pasos.

No se separaba de la pared.

Hubiera sido imposible distinguirlo.

Llegó al arroyo ó barranco.

Dobló la esquina.

Se detuvo.

Volvióse, inclinóse y miró hácia el arrabal.

Vió el bulto de una persona que bajaba.

Ya no dudó de que era don Juan que se encaminaba á palacio como las noches anteriores.

Volvió á ponerse en movimiento Gusarapo.

Llegó donde estaba su compañero.

—Prepárate,—le dijo.

—¿Ya viene?

—Detrás de mí.

—¡Oh!...

—No olvides ninguna de mis advertencias.

—No me conviene olvidarlas.

—Si no das el golpe con seguridad, nos perderemos todos.

—Descuida.

—Luego nos iremos por distintos lados.

—Y nos reuniremos en la taberna.

—Mira...

—¡Rayos!...

—Silencio.

El alférez estaba ya en el arroyo, por cuyo centro caminaba, hundiéndose sus piés en la movediza arena ó tropezando con los guijarros que abundaban por allí.

En aquel tiempo era doblemente peligroso andar de noche por las calles arrimándose á las paredes.

Con el oido atento avanzaba el señor Alonso.

Su mirada se perdia entre las densas tinieblas, pues no habia más luz que la claridad muy dudosa de las estrellas.

Gusarapo se separó de su compañero.

Fué á ocultarse tras una de las esquinas de la calle de las Hileras.

Allí esperó con el acero desnudo.

Pero despues y con paso firme llegó el alférez.

De repente se le presentó Gusarapo, dejando ver su espada.

Castillejo retrocedió un paso.

Levantó y extendió el brazo derecho.

—¡Alto!—gritó el criminal.

—¡Vive Dios!—exclamó el alférez.—Atrás, cobarde villano, si no quieres pagar con la vida tu ruin intento.

—Dejad la espada.

—¡Por Satanás!...

Ya las palabras eran inútiles.

Chocaron los aceros.

Parecia que el señor Alonso habia quedado clavado en la tierra.

Su espada se movia con rapidez.

Muy pronto comprendió su adversario que tenia que habérselas con un hombre muy temible; pero no perdió la serenidad, porque sabia que á pocos pasos de distancia estaba su compañero y que acudiria oportunamente para descargar el golpe que debia poner término á la lucha.

No contaba el criminal con las casualidades y las coincidencias.

El señor Alonso, comprendiendo que aquel hombre era el asesino pagado por el señor de Lainez, quiso castigarlo como merecia y terminar cuanto antes aquella situacion.

Arremetió más impetuosamente.

Gusarapo tuvo que retroceder.

Resonó más fuerte que antes el chis-chás de los aceros.

El asesino que estaba oculto creyó que habia llegado el momento de obrar.

Con el puñal en la diestra salió de su escondite.

Y al mismo tiempo un hombre que bajaba por la calle de las Hileras, se apercibió de lo que sucedia, y desenvainando la espada corrió para tomar parte en la pelea.

Y al mismo tiempo tambien y como si fuese admirable combinacion del diablo, por el lado de los Caños del Peral dejáronse ver ocho ó diez hombres y las luces de dos linternas.

Lo que vamos á referir sucedió en pocos momentos.

El asesino que habia estado oculto, llegó hasta el

alférez y levantó el brazo para herirlo en la espalda.

Al descargar el golpe, llegó el hombre que habia bajado por la calle de las Hileras, y dejándose llevar del instinto, porque la oscuridad no le permitia ver quién era la víctima, arremetió furiosamente contra Gusarapo, mientras gritaba:

—¡Cobarde, asesino!

Quiso el criminal volverse para evitar los golpes del nuevo enemigo.

El señor Alonso Castillejo lanzó un grito de ira y de dolor.

La espada se escapó de su mano.

Y la del que en su socorro habia acudido, se clavó en un costado del criminal, que tambien lanzó un grito de angustia y de desesperacion.

Casi al mismo tiempo resonó una voz grave que decia:

—¡Teneos á la justicia!

Y corrieron los que asomaban por los Caños del Peral.

Huyó hácia San Ginés el que habia herido al alférez.

Este cayó.

Tambien dió con su cuerpo en tierra Gusarapo.

Y el desconocido, jurando, maldiciendo, amenazando terriblemente y blandiendo la espada, corrió tras el otro criminal antes de que llegase la ronda.

Desaparecieron en un instante.

En tierra quedaron los dos heridos.

—¡En nombre del rey!—exclamaba el alcalde.

Y los dos cuerpos que exánimes estaban, fueron en

breve rodeados por ocho alguaciles, que inmóviles quedaron, porque estaban medio aturdidos.

Inmóvil tambien permaneció el severo alcalde sin comprender que era un tesoro cada minuto que perdia.

Vida tenian el alférez y Gusarapo; pero habian perdido el conocimiento y parecian cadáveres, pues sus rostros estaban lívidos y desfigurados.

—¡Muertos!—dijo al fin uno de los alguaciles.

—¿Y qué sabes tú, bergante?—replicó el alcalde.

—Dos aquí, y otros dos que se han ido...

—Corred y buscadlos.

—Ya deben haberse alejado mucho.

—Obedeced.

Dos de los corchetes corrieron hácia la puerta del Sol, aunque estaban convencidos de que ya no habian de encontrar á nadie.

El alcalde se inclinó.

Examinó en cuanto le fué posible á los dos heridos.

—Vida tienen,—murmuró.

—Y lo que ha sucedido es para mí cosa muy clara, —dijo uno de los alguaciles, que parecia ser listo:

—Veamos lo que dá de sí vuestro ingenio, maese Culebrina,—le dijo el alcalde.

—No ignora vuestra señoría que tengo buen golpe de vista y que soy observador.

—Eso es verdad y me complazco en hacer justicia á todos.

—Estos dos hombres reñian, y digo que estos dos, porque aquí están sus espadas.

—Así debió ser.

—Otro se presentó, hiriendo á éste por la espalda, y así hemos de verlo cuando se le reconozca.

—Quizás no os equivocais.

—Y tengo la seguridad de que otro bajó por esa calle y fué el que hirió á éste otro, y el que ha perseguido al que dió el primer golpe alevosamente.

—Bien discurres.

—Ahora fije vuestra señoría la atencion en la diferencia que hay entre estos dos hombres.

—El uno parece un hidalgo.

—Y el otro, á quien conozco muy bien y que ha estado más de una vez en la cárcel, es un asesino de oficio á quien llaman Gusarapo.

—¡Gusarapo!... Me parece que conozco ese nombre.

—Ahora vuestra señoría dispondrá.

—Uno de vosotros irá en busca de un médico: otro correrá para dar aviso al escribano, y otro irá en busca de camillas para trasladar á los heridos á donde deban quedar y tomarles declaracion apenas recobren el conocimiento.

Designó el alcalde á los que debian obedecer aquellas órdenes.

—Noche desgraciada,—dijo.

Y luego, dirigiéndose al corchete á quien habia dado el extraño nombre de Culebrina, le preguntó:

—¿Qué te parece que debo hacer en este apuro?

—Señor, yo principiaria por registrar las bolsillos de estos hombres, por si en ellos se encuentra algo que nos interese.

—Bien pensado, y te autorizo para hacerlo.

El alguacil principió por registrar á Gusarapo, y lo hizo tan hábilmente que sin que se apercibiese el alcalde, quedó en sus manos una bolsa que encontró y que contenia una parte del dinero dado por el señor de Lainez.

Luego registró los bolsillos del alférez.

Sacó algunas monedas y un papel.

—Es una carta,—dijo.

—Pues venga,—respondió el alcalde,—porque quizás su contenido aclare lo que no entendemos.

Tomó y desdobló el papel.

Leyó con el auxilio de la luz de una de las linternas.

—¡Divina misericordia!—exclamó.

Palideció y quedó inmóvil y con la mirada fija en el papel.

Despues de algunos minutos se restregó los ojos.

Volvió á leer, porque temia haberse equivocado.

Aquella carta, donde se estampaba el nombre de la augusta esposa del rey, tenia grandísima importancia.

No ignoraba el alcalde quién era la doña Sol á quien la carta se dirigia, y en cuanto á don Juan de Manrique, lo conocia demasiado bien, pues era él quien habia ido á prenderlo á la posada de la calle de Segovia.

Lo que parecia un asunto sencillo, un crímen como cualquiera de los que frecuentemente se cometian en las calles de Madrid, convertíase en un gravísimo asunto de Estado.

No era posible que el buen alcalde determinase nada sin consultar con el rey, pues seria muy grande su responsabilidad.

—Dios me dé acierto,—murmuró.

Guardó la carta como se guarda un tesoro.

Luego le dijo á Culebrina:

—Tú te quedarás aquí para representarme y hacer que se cumplan mis órdenes con toda exactitud, y ten entendido que este asunto es mucho más grave de lo que parece.

—Pero si se vá vuestra señoría...

—Vendrá el médico y le dirás que con el mayor cuidado examine y cure á los heridos, porque interesa mucho la vida de los dos.

—¿Y luego?

—A Gusarapo lo llevareis á la cárcel, donde debe quedar incomunicado; pero bien asistido.

—Comprendo.

—El otro se llama Alonso Castillejo, y si podeis averiguar dónde habita, lo llevareis á su casa, quedando allí por lo ménos uno de vosotros para observar cuanto sucede, y de su casa no dejareis salir á las personas que en ella encontreis, si bien á todas las tratareis con respeto, cualquiera que sea su clase.

—Entendido.

—Cuando estas órdenes queden cumplidas, irás á mi casa, y si aún no he vuelto, me esperarás.

—Algo de misterioso empieza á tener este asunto.

—Algo de peligroso debieras decir.

Volvieron sin haber encontrado á nadie los dos alguaciles que corrieron en busca del criminal y de su perseguidor.

—Acompañadme,—les dijo el alcalde.

Y se alejó hácia los Caños del Peral para ir á Palacio.

¿Quién era el desconocido que á Gusarapo hirió?

Era Andrés, que habia llegado tarde para salvar á su amigo el alférez.

¿Habia conseguido dar alcance al compañero de Gusarapo?

Lo averiguaremos antes de ir al alcázar real para ver cómo Felipe II recibió la noticia del triste suceso.

CAPITULO CIV

Lo que hizo Andrés.

Se dice que el que huye es el que siempre corre más, aunque sea más débil y menos ágil, y esto es verdad, pues el miedo, como todo sentimiento que escita demasiado vivamente, dá fuerzas prodigiosas ó las anula. Al que huye para poner á salvo su vida no es posible darle alcance si es que tiene alguna serenidad ó la costumbre de hacerlo y burlar á sus perseguidores.

Andrés hizo uso de todas sus fuerzas y de toda su agilidad como la noche que persiguió al hidalgo; pero le sucedió lo mismo, pues el criminal, despues de seguir por la Puerta del Sol y la calle de Carretas, tomó por la Concepcion Gerónima, y unas veces volviendo hácia la derecha, y otras hácia la izquierda, desapareció al fin.

El sirviente se sintió muy fatigado, y esto quizás contribuyó para que recobrase la calma, en cuanto era posible en aquella situacion.

Cuando se detuvo estaba cerca de San Isidro.

—¡Que Dios me confunda!—exclamó desesperadamente.

Y despues de algunos minutos añadió:

—Si ahora me dejo arrebatar por la cólera, nos perderemos todos, porque cometeré torpeza tras torpeza. Hemos debido prever lo que ha sucedido, y sin embargo á nadie le ocurrió pensar que era posible que con la oscuridad de la noche se equivocasen los asesinos y creyesen que era don Juan el hombre que salia de la casa del alférez. La desgracia ha sucedido, y lo que ahora debo hacer es evitar otras. ¿Ha muerto mi amigo? Esto es lo que ante todo me conviene averiguar. Tambien hay el peligro de que la justicia lo lleve á su casa, en cuyo caso se encontrarian allí con don Juan y... ¡Vive el cielo!... Me parece que estoy perdiendo un tiempo precioso.

No se detuvo más el sirviente.

Retrocedió.

Llegó al arroyo del Arenal.

Entonces avanzó silenciosamente.

Vió á los de la ronda.

Acercarse para preguntar hubiera sido una imprudencia.

¿Cómo salir de dudas?

No habia medio para conseguirlo.

Avanzó más.

Al monasterio llegó.

No desistia fácilmente de sus propósitos, y además le interesaba mucho la suerte del amigo de su infancia.

Era prudente Andrés; pero tambien muy atrevido.

Subió hácia el arrabal.

Luego volvió á la izquierda, y rodeando el monasterio y sin separarse de los muros de este, bajó por la calle que se llamó de la Bodega y que hoy se considera prolongacion de la de las Hileras.

Al llegar al arroyo ó barranco encontróse muy cerca de la ronda, y se detuvo, quedando oculto tras una de las esquinas.

En aquel momento Culebrina sacaba la carta del bolsillo del señor Alonso y la entregaba al alcalde.

Andrés empezó á recobrar la tranquilidad en cuanto á la vida de su amigo.

—Empiezo á comprender,—dijo para sí.—Ese papel es indudablemente la carta que don Juan le ha escrito á mi señora. No tenia necesidad de decirle más sino que la persona que se le presentase era Castillejo; pero Dios sabe si le hablará de lo que no es menester, en cuyo caso el negocio se complicará.

Pudo ver que el alcalde quedaba como perplejo, que meditaba y que otra vez leia, lo cual era señal muy cierta de que en la carta habia encontrado algo que por su gravedad le llamase la atencion.

—¡Rayos!—murmuró Andrés.—Alguna imprudencia ha cometido don Juan.

Escuchó ansiosamente.

Sus dudas se disiparon, porque oyó cuanto el alcalde decia.

Como nadie dijo que conociese á Castillejo, desapareció por de pronto el peligro de que á su casa lo llevasen.

Ya no se contentaba Andrés con saber que el alférez vivia, sino que deseaba averiguar si la herida era grave.

Esto era imposible, porque el médico no podria inmediatamente dar su opinion.

Sin embargo, esperó el sirviente.

El alcalde se fué.

Pasó un cuarto de hora.

Se presentó el médico.

Culebrina le dijo:

—Os advertiré que su señoría me ha honrado disponiendo que yo lo represente en todo.

—Bien hecho está lo que hace su señoría,—respondió el médico,—y por consiguiente me pongo á vuestras órdenes.

—Pues principiad por reconocer á esos hombres que heridos están, decid lo que debe esperarse, y haced lo que convenga.

—¿Por cuál de ellos principio?

—Por ese que tiene aspecto de hidalgo, y que debe ser la víctima de las asechanzas del otro y de otro bribon que se nos ha escapado.

—Aquí no puedo reconocer las heridas, porque he de desnudar á estos hombres, lo cual seria peligroso, y además tendré que hacer otras operaciones. Habremos de contentarnos con restañar la sangre para que no se nos queden entre las manos al conducirlos á donde hayan de quedar, y luego, daré mi opinion y cumpliré mi deber, intentando salvarles la vida.

—Bien me parece lo que decís.

—Pues acercad una luz y ayudadme con mucho cuidado, porque los movimientos bruscos serian peligrosos.

Andrés, que continuaba observando, dijo para sí:

—Los momentos son preciosos.

Y dió media vuelta, retrocedió, corrió y llegó en pocos momentos á la casita del alférez.

Llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta.

Entró el criado encontrándose con don Juan.

—¡Tú aquí!—exclamó éste.

—Y con Satanás en el alma.

—¡Andrés!...

—¡Por el infierno!...

—¿Qué sucede?

—Ahora no puedo daros explicaciones.

—Pero...

—Vamos, señor, vamos.

—¿A dónde?

—Corred, porque si os deteneis un solo minuto, Dios sabe lo que sucederá.

El aspecto del sirviente no tenia nada de tranquilizador.

—¡Otra desgracia!...

—Y otras mil.

—¡Oh!...

—Estoy desesperado y...

—Si no te explicas...

—Herido mortalmente está el señor Alonso.

—¡Por Satanás!...

—Vamos, vamos.

Ya no se detuvo ni un solo instante el caballero.

Se puso el sombrero y la capa.

La espada se ciñó.

Salieron de la casa.

Andrés cerró la puerta sin echar la llave, pues así convenia que lo hiciese para su plan.

—¿Por dónde?

—Ahora por aquí, y luego os ocultareis y me esperareis.

—Si hemos de separarnos...

—No me repliqueis, os lo suplico en nombre de la salvacion de mi amigo Castillejo.

—Dispon lo que quieras; pero la incertidumbre...

—Muy pronto se disiparán vuestras dudas y todo lo comprendereis.

Corrieron.

Cuando cerca del monasterio estaban, don Juan se ocultó tras una esquina.

Inmóvil quedó.

Cavilaba para adivinar lo que habia sucedido.

Andrés siguió hasta el barranco.

Acababan de llegar el escribano y los corchetes que habian ido en busca de lo necesario para trasportar á los heridos.

El médico habia hecho ya cuanto hacer podia en aquel sitio.

Esforzábase el sirviente para aparecer tranquilo.

Acercóse á los corchetes como hubiera podido hacer un transeunte curioso.

—¿Qué quereis?—le preguntó ásperamente Culebrina.

—Perdonad, pero...

—Seguid vuestro camino si no quereis acabar de pasar la noche en un calabozo.

—Prefiero dormir en mi casa... Que Dios os guarde.

—Esperad,—le dijo Culebrina.

—¿Qué quereis?

—Mirad á esos dos hombres.

—Supongo que están muertos.

—Eso no os importa.

—Es verdad.

—Miradlos bien.

Andrés se inclinó, diciendo:

—Ya los miro.

—¿Los conoceis?

—Nunca he visto á este, que tiene cara de ser un desalmado.

—Y vos teneis buen golpe de vista.

—Este otro... ¡Ah!... Sí, es el mismo...

—¿Lo conoceis?

—No es mi amigo; pero por casualidad sé quién es.

—¿Cómo se llama?

—Alonso Castillejo, si mi memoria no me es infiel.

—¿Y dónde habita?

—En el arrabal de San Martin; pero no podré deciros en qué casa, porque lo ignoro.

—¿Y cómo sabeis todo eso?

—Porque un dia hablaba yo con un amigo mio, que por cierto ya murió, y pasó este hombre, que era ami-

go suyo, y cruzaron algunas palabras, y como le pregunté quién era, me lo dijo, y añadió que tenia que ir á verlo para no sé qué negocio, y que vivia en el arrabal. Si mal no recuerdo, añadió que habia sido alférez.

—No mentís en cuanto al nombre.

—Y si en lo demás me engañaron, la culpa no es mia.

—Está bien.

—Pues con vuestra licencia seguiré mi camino, que no puedo detenerme, porque me aguarda mi noble señor.

—¿A quién servís?

—Al ilustre don Pedro de Lainez.

—Caballero muy principal y muy respetable.

—Con Dios quedad.

—Y que á vos os acompañe.

Andrés siguió presurosamente hácia los Caños del Peral.

Culebrina dispuso que tres de sus compañeros corriesen en distintas direcciones por el arrabal, y averiguasen cuál era la casa del alférez.

Entre tanto el asesino debia ser llevado á la cárcel.

En algunas puertas golpearon los alguaciles, despertando á los que dormian para preguntarles cuál era la vivienda de Castillejo.

Bien pronto salieron de dudas.

Como mejor les fué posible llevaron el herido á su casa.

Al golpear la puerta, esta cedió y giró sòbre sus goznes.

—¡Está abierto!—exclamó Culebrina.

Vieron que en el interior de la casa habia luz porque don Juan no se habia cuidado de apagarla.

A las voces de Culebrina nadie contestó.

—¿Qué significa esto?—dijo el corchete.

Entraron.

Recorrieron todas las habitaciones.

Habia dos camas; pero ninguna persona.

No comprendian lo que estaban viendo.

Culebrina hubiera preguntado á los vecinos; pero no se atrevió á usar demasiado de las facultades que el alcalde le habia concedido.

En una de las camas colocaron al herido.

Entonces lo desnudaron y el médico pudo proceder á un reconocimiento escrupuloso y exacto.

Hizo un gesto de disgusto.

—Esto es grave,—dijo.

—Mucho lo sentirá su señoría, pues parece que mucho se interesa por la vida del señor Alonso.

—Pues no me atrevo á responder de lo que sucederá.

—Que Dios nos ayude.

El corchete cumplió las demás órdenes que habia recibido.

Dos de sus compañeros debian quedar en la casa para vigilar y hacer lo que el médico mandase.

Luego se fué Culebrina á la morada del alcalde para esperar allí.

Entretanto Andrés habia vuelto á reunirse con don Juan.

Este le preguntó:

—¿Y ahora me darás explicaciones?

—Sí; pero debemos alejarnos de este sitio.

—Iremos á donde quieras.

—Hácia palacio.

—Vamos, pues.

Y se encaminaron hácia el alcázar real.

Allí debemos ir nosotros tambien para ver cómo Felipe II recibia la noticia del suceso.

CAPITULO CV.

Cómo discurrió el alcalde y lo que dispuso el rey.

El buen alcalde, que se llamaba don Gaspar Cabeza de Vaca, era uno de los miembros de la familia del ilustre magistrado que pocos años antes habia representado tan gran papel en el Perú, dando pruebas de ser tan valeroso guerrero como político hábil y prudente.

Felipe II guardaba á don Gaspar muchas consideraciones, porque sabia que era el hombre más recto y más leal del mundo, y por esta razon le habia confiado la mision delicadísima de proceder contra don Juan de Manrique, mision que ofrecia muchas dificultades en más de un sentido, y que sobre el buen alcalde echaba grandísima responsabilidad.

Muy preocupado entró en la morada real el severo juez, y motivos tenia su preocupacion, pues sin saber cómo se le iba á las manos lo que estaba claro era un negocio de Estado con todos sus inconvenientes, peligros y consecuencias.

Si no del todo, porque esto era imposible, don Gaspar conocia bastante al monarca y sabia muy bien que una torpeza podia costarle bastante cara, sin que le valieran todos sus buenos servicios y sus antecedentes honrosos.

Poco ménos que temblando llegó el alcalde á la habitacion donde se encontraban los gentiles hombres de servicio, los ugieres y otros empleados, y despues de saludarlos muy cortesmente, les dijo:

—Tengo necesidad absoluta de ver inmediatamente á su majestad para asuntos muy graves, y si no es posible, quiero que conste que he venido, porque así no será mia la responsabilidad de lo que suceda.

No era posible que con indiferencia se escuchasen estas palabras.

No era la hora la más á propósito para ver al rey; pero los gentiles hombres comprendieron que debian darle aviso de la llegada de don Gaspar, pues así tampoco ellos serian los responsables de lo que sucediese.

—Esperad,—le dijeron.

—Aunque sea toda la noche.

Pocos minutos pasaron, porque Felipe II mandó que se le presentase inmediatamente el juez.

El semblante de éste revelaba la intranquilidad.

Una mirada le bastó al rey para comprender que algo extraordinario sucedia, y preguntó:

—¿Qué os trae á estas horas?

—Señor...

—De seguro que habeis venido para hablarme de don Juan de Manrique.

—No se equivoca vuestra majestad; pero la situacion de don Juan no es precisamente lo principal del asunto, sino otro suceso, y sobre todo otras cosas que no entiendo, ni quiero entender.

—Estais muy agitado.

—Y lo mismo le sucederia á quien se encontrase en mi lugar.

—Explicaos, pues en cuidado empezais á ponerme.

—Señor, si vuestra majestad me lo permite, me concretaré por de pronto á referir los sucesos sin hacer comentarios de ninguna clase, pues así estaré libre de cometer errores.

—Hacedlo como bien os parezca, que ya os escucho.

—Rondaba por Santo Domingo y los Caños del Peral, y me dirigí hácia San Ginés, viendo que dos hombres se acuchillaban, que otro salia no sé de dónde y acometia por la espalda á uno de los combatientes, al mismo tiempo que otro salia por la calle de las Hileras y tomaba tambien parte en la lucha, y en favor del que alevosamente era acometido.

—Corrísteis.

—Pero desgraciadamente no llegué á tiempo para evitar que la sangre corriese, pues los que peleaban encontrábanse ya en tierra y moribundos, el uno á consecuencia del golpe que recibió en la espalda, y el otro porque herido fué en un costado por el hombre que de la calle de las Hileras salió.

—¿Y luego?

—El asesino huyó, y el otro lo persiguió, y ambos desaparecieron sin que fuese posible encontrarlos.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Examiné á los que estaban en tierra y ví que no habian muerto. El uno tenia trazas de bandido y reconocido fué por un corchete.

—¿Y el otro?

—Parecia un hidalgo.

—¿Lo interrogásteis?

—Ambos estaban sin conocimiento, y tuve que contentarme con registrar sus bolsillos.

—¿Qué encontrásteis?

—El que hidalgo parecia llevaba este papel,—dijo el alcalde.

Y casi temblando presentó la carta á Felipe II.

—Aquí debe estar lo interesante,—murmuró el rey.

—Señor, mi deber era enterarme de su contenido.

—Indudablemente.

—No pude sospechar...

—Tranquilizaos, porque si este papel encierra algun secreto, no importa que lo conozca quien ha de saber guardarlo.

—En cuanto á eso...

—Vuestra honradez conozco y me habeis dado algunas pruebas de lealtad.

—Señor...

—Digo que os tranquiliceis.

Felipe II, con la frialdad que lo caracterizaba, tomó el papel y lo desdobló.

Principió por mirar la firma.

Desplegó una sonrisa muy leve.

Empezó á leer.

A los pocos momentos se contrajo su frente.

—¡Castillejo!—exclamó.

—Eso es, Alonso Castillejo.

—¡Lo han asesinado!...

—Aún vive; pero...

—Sabed, don Gaspar, que yo tengo particular estimacion por el señor Alonso.

—Si lo conoce vuestra majestad...

—Me ha prestado grandes servicios con un desinterés que apenas se concibe.

—Pues siendo la víctima tan digna de estimacion, merece mayor castigo el criminal. Uno de los asesinos está en nuestro poder, y al otro se le buscará y se le encontrará; pero...

—Esperad,—interrumpió Felipe II.

Volvió á leer.

Más y más se contrajo su frente.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Su mirada se tornó sombría.

Era natural que esto sucediese al ver las indicaciones que se hacian con respecto á la reina.

¿De qué clase de intrigas se trataba?

No era fácil adivinarlo; pero tampoco era posible dudar de que el asunto era gravísimo.

Otras dos veces leyó el sombrío monarca.

Pocos momentos despues habia recobrado su calma inalterable.

Volvió á sonreir.

Aquella sonrisa era mucho más temible que los arrebatos de la cólera.

Guardó silencio.

El alcalde permaneció inmóvil.

No recobraba la tranquilidad, á pesar de las palabras benévolas del rey.

Debia ser muy violenta la agitacion del espíritu del monarca.

Lo que le habia sucedido al alférez se comprendia muy bien despues de leer la carta.

—Ya lo veis,—dijo al fin Felipe II.

—Sí, un crímen que...

—Explicadlo como os parezca, porque deseo conocer vuestra opinion.

—Señor, cuando se hacen suposiciones es muy fácil equivocarse.

—Ciertamente.

—Y no me atrevo...

—Pero cuando lo que supongais no ha de saberlo nadie más que yo, nada perdereis.

—Es que...

—He dicho que lo deseo, y ahora os digo que quiero.

—Pues bien, parece que el tal Castillejo está en relaciones íntimas con don Juan de Manrique, y creo que no seria un desatino suponer que en la vivienda del señor Alonso se oculta don Juan.

—Eso es indudable para mí.

—Me tranquiliza ser de la misma opinion que vuestra majestad.

—Continuad.

—He dispuesto que ante todo se averigüe dónde habita el tal Castillejo, porque ni remotamente sospeché

que lo conociese vuestra majestad; pero tambien he mandado que si en la casa de ese hombre hay otras personas, las respeten, cualquiera que sea su clase y condicion, aunqne sin permitirles que se vayan.

—Bien, muy bien.

—Me tranquilizo, señor.

—Sigo escuchando.

—En cuanto á lo demás, nada supongo, ni quisiera que vuestra majestad me mandase suponer: la carta está dirigida á doña Sol de Lainez y...

—Ocupémonos ahora del alférez Castillejo. ¿Se ha cometido ese crímen por casualidad, como se cometen otros, con el solo fin de robar?

—Lo dudo.

—¿Creeis que los asesinos esperaban para dar el golpe?

—Así lo creo.

—Os advertiré que el antiguo alférez habita en una pobre casa del arrabal de San Martin.

—Explicado está el por qué se ha cometido el crímen en el arroyo del Arenal.

—No hay noticias de que Castillejo tuviese enemigos, á nadie ha hecho mal, sino bien, y lo quieren cuantos lo conocen.

—Me atreveré á suponer otra cosa.

—Decid.

—Es posible que los asesinos esperasen, no á Castillejo, sino á don Juan.

—Discurrís bien.

—Por lo que dice la carta se vé que el noble Manrique salia todas las noches para venir en busca de doña

Sol, lo cual no es sorprendente que haga quien ha dado tantas pruebas de temerario valor y de audacia inconcebible.

—Estais en lo cierto.

—En vez de don Juan, salió el señor Alonso y la oscuridad no les permitió á los asesinos distinguir bien, resultando que el golpe dieron creyendo firmemente que á Manrique herian.

—Eso es.

—Don Juan es un criminal perseguido por la justicia y...

—Pero la justicia no ha intentado asesinarlo.

—Por mi parte...

—Se ha querido satisfacer un ódio.

—Todo es posible.

—Alguien ha pagado á esos miserables para que asesinen á don Juan.

—Señor...

—Don Gaspar, preciso es que averigüeis quién es el autor del crímen, pues no debemos contentarnos con castigar á los que no son más que instrumentos.

—Vuestra majestad no ignora que en casos tales, para encontrar al criminal, debe averiguarse ante todo á quién pueda ser provechoso el crímen.

—Siempre es eso verdad, y ahora más que nunca.

—Pues entonces...

—Discurrid, señor alcalde, y tened cuidado de que no se tuerza la vara de la justicia.

—Eso no, eso no,—replicó vivamente don Gaspar,—porque antes consentiria morir.

—Lo sé.

—No me atrevo á suponer más y espero la luz que con sus declaraciones han de proporcionarme los heridos. Quizás el autor del crímen... ¡Oh!... Que Dios me perdone los malos pensamientos.

—Tengo por cosa cierta que no habeis de equivocaros.

—Sentiré acertar, porque...

—Hay más de lo que sabeis, mucho más de lo que sospechais.

—En ese caso...

—Sería imposible hacer justicia si no procediésemos con mucha prudencia y muy reservadamente. Este caso no se parece á ninguno, y por consiguiente no debeis hacer lo que siempre se hace.

—Señor, si vuestra majestad se dignase darme instrucciones...

—Algunas, porque no seria justo que toda la responsabilidad pesase sobre vos.

—Gracias, señor.

—La vida de los dos heridos interesa mucho: la de Castillejo, porque quiero que á toda costa se salve, porque es un hombre honrado, y la del asesino, porque sus declaraciones han de sernos muy útiles.

—A estas horas debe haberlos visto un médico.

—Y el doctor Olivares los verá tambien.

—No estaría de más.

—Cuando os sea posible los interrogareis; pero no en presencia del escribano, ni se escribirá por ahora ninguna declaracion sin que antes me la hayais dado á conocer.

—Comprendo.

—Conviene tambien que en apariencia no seais muy diligente y que deis motivo para creer que sois torpe y al crímen no le habeis dado más importancia que el que á otro cualquiera se dá.

—Es decir, que debo evitar...

—Sí, debeis evitar ante todo que recele el verdadero criminal.

—Admiro la prevision de vuestra majestad.

—Todo se necesita para que la justicia quede satisfecha.

—Me falta saber lo que debo hacer en el caso de que en la vivienda de Castillejo se encuentre á don Juan.

—Es un delincuente.

—Sí.

—Cumplireis vuestro deber.

—Preso quedará.

—La vara de la justicia no ha de torcerse.

—Pero bien puedo proceder con toda rectitud sin perjuicio de consultar á vuestra majestad.

—Sí.

—En cuanto á esa carta...

—No la habeis visto.

—Señor, vuelvo al arroyo del Arenal para ver lo que han hecho con los heridos.

—A Castillejo se le llevará á su casa, á menos que ya lo hayan acomodado en otra parte y ofrezca peligro una nueva traslacion.

—Que Dios me dé acierto.

—Siempre lo habeis tenido.

—Pero ahora...

—Que el cielo os guarde, don Gaspar.

El buen alcalde salió de la cámara.

Aún estaba medio aturdido.

—No acabo de tranquilizarme,—decia.

Encaminóse hácia San Martin; pero ya no debia encontrar allí á los heridos.

Entre tanto Felipe II llamaba y le decia á un gentil hombre:

—El doctor Olivares.

Y antes de que cinco minutos hubiesen trascurrido, el célebre médico entraba en la cámara real.

—Escuchad,—le dijo el rey.

Olivares se inclinó respetuosamente, y quedó inmóvil como una estátua.

CAPÍTULO CVI.

La opinion de Olivares y lo que hizo don Gaspar.

El alcalde no encontró á nadie en el arroyo del Arenal, y por consiguiente no pudo saber á dónde habian llevado al alférez.

Ante todo necesitaba noticias sobre lo que pudiera haber sucedido mientras estuvo en palacio, y por consiguiente decidió ir á su vivienda donde debia esperarlo Culebrina.

Mucho cavilaba, y estaba muy preocupado, porque en realidad el negocio era demasiado grave y la menor torpeza podia costarle muy cara.

Sin saber cómo, encontrábase en el laberinto de un secreto de Estado, y lo peor del caso era la dificultad de penetrar en el alma de Felipe II.

A su morada, pues, se encaminó, encontrando allí al astuto corchete, cuya frente contraida parecia indicar tambien que cavilaba mucho.

—¡Noche horrible!—exclamó don Gaspar mientras se acomodaba en un sillon.

Y se pasó las manos por la frente como si así quisiera disipar las nubes que envolvian su inteligencia.

Luego miró al corchete y le dijo:

—Tú eres el único que puede inspirarme confianza, porque tus compañeros son unos estúpidos, y para nada sirven, ni siquiera para cumplir las órdenes que les doy.

—Si vuestra señoría no lo llevase á mal,—respondió el alguacil,—me permitiria decir algo que es desagradable por lo mismo que es verdad.

—Pues verdades quiero, verdades necesito.

—No puede pedirse mucho á quien se le paga con poco. Si mis compañeros valiesen más, no serian lo que son, y si yo lo soy es porque he sufrido mucho y ya todo me es indiferente.

—Tendrás la recompensa, Culebrina, ó tal vez te quedarás peor de lo que estás, porque Dios sabe lo que puede suceder en este pícaro asunto.

—Temo que se enrede demasiado.

—Cuento con tu ayuda.

—Y dispuesto me teneis para todo.

—Dime lo que ha sucedido desde que te dejé representando mi autoridad.

—El médico fué; pero en aquellos momentos no pudo hacer más que poner á los heridos en disposicion de ser trasladados á donde habian de quedar.

—¿Y qué has hecho con el señor Alonso?

—Antes de adoptar una determinacion se nos acercó un hombre, un curioso; le pregunté y dijo que conocia al que parecia un hidalgo, si bien no era su amigo.

—Eso tiene alguna importancia.

—Respondió con sencillez á todas mis preguntas, y así supe que el herido vivia en el arrabal, que habia sido alférez y que efectivamente se llamaba Alonso Castillejo. Yo hubiera detenido al transeunte; pero dijo que iba de prisa para cumplir órdenes de su señor.

—¿Y quién es su señor?

—Don Pedro de Lainez.

Brincó en su asiento el alcalde.

Miró ansiosamente al alguacil.

Este prosiguió diciendo:

—Poco trabajo nos costó averiguar cuál era la casa del señor Alonso, y allí lo llevamos.

—¿A quién encontrásteis?

—La puerta se abrió al primer empuje, porque no habian echado la llave, que puesta estaba en la cerradura, y en su aposento habia luz.

—Pero...

—Ni una sola persona; pero sí dos camas, y en órden todos los muebles.

—Cosa extraña.

—Registramos hasta el último rincon y recorrimos los alrededores; pero nada más quise hacer, porque me pareció que era traspasar los límites de la autorizacion con que me habia honrado vuestra señoría.

—¿Y no has hecho más observaciones?

—No he querido hacerlas, por la misma razon que tampoco pregunté á los vecinos.

—Continúa.

—Allí quedó el médico despues de examinar la herida, y dijo que nada se atrevia á pronosticar, si bien

desde luego consideraba muy grave el caso. Tambien quedaron allí dos de mis compañeros con órden de dejar que entrasen cuantas personas quisiesen, pero sin permitir que saliese ninguna.

—Bien hecho.

—Y nada más, señor, pues no quiero permitirme ni siquiera un comentario.

—Te autorizo para que digas cuanto te se antoje.

—En ese crímen veo algo misterioso que no acierto á comprender.

—Si el alférez tenia amigos...

—Debia tenerlos, pues para mí es cosa clara que no se encontró por casualidad con los asesinos, sino que esperaban para dar el golpe.

—Soy de tu opinion.

—Gusarapo puede dar mucha luz con sus declaraciones.

—Y si no quiere hacerlo, peor será para él, porque con algunas cuñas se le obligará á mover la lengua.

—Mientras Gusarapo no hable, será imposible entender lo que pasa.

—Buen Culebrina, tengo el sentimiento de decirte que has cometido una torpeza.

—¿Y en qué consiste?

—En haber dejado libre al hombre que declaró conocer al señor Alonso Castillejo.

—Tenga en cuenta vuestra señoría que es un criado del señor de Lainez.

—¿Y qué importa?...

—Que el amo se hubiera considerado ofendido, y al

quejarse y buscar quién habia cometido el abuso de detener á un transeunte pacífico, toda la responsabilidad hubiera caido sobre mí.

—Tú me representabas.

—Pero no para tanto, y vuestra señoría no ignora que aunque la razon y la justicia estén de parte del pobre ó del débil, la cuerda se rompe siempre por lo más delgado.

—Eso es verdad; pero tú no tienes ninguna prueba de que ese hombre es efectivamente criado de don Pedro de Lainez.

—De todas maneras, como era un transeunte pacífico...

—El tiempo te convencerá de que has cometido una torpeza.

—Señor...

—Basta, Culebrina.

—Callo.

—Si más no tienes que decirme...

—Nada más.

—He de salir y tú me acompañarás.

—Esperaré.

—Sí.

El corchete se fué al aposento donde estaban otros alguaciles.

Para él la noche no habia sido mala, puesto que se habia apoderado de la bolsa del asesino.

Cuando el alcalde quedó sólo, exclamó:

—¡Un criado de don Pedro!... Esta circunstancia no es una casualidad. ¿Y con qué objeto andaba ese hom-

bre por allí? ¿Queria saber si habian asesinado á don Juan?

Si don Gaspar hubiera procedido sin guardar consideraciones á nadie, bien pronto el misterio quedaria en claro; pero no se atrevia á adoptar cierta clase de resoluciones porque temia trastornar los planes incomprensibles de Felipe II.

Volvió á meditar.

Nada conseguia con sus cavilaciones.

Al fin dijo:

—Me parece que estoy perdiendo un tiempo precioso. Que Dios me ayude, porque bien lo necesito.

Tambien necesitaba entregarse al reposo para recuperar las fuerzas y que se despejase su cerebro; pero no podia permitirse ni unos minutos de descanso.

Suspiró penosamente.

En pié se puso y tomó su sombrero.

Salió de su casa con Culebrina y otros tres corchetes.

Encaminóse al arrabal.

Llegó á la modesta casa del alférez.

Ni una sola persona habia encontrado en el camino.

Llamó.

Abrió uno de los alguaciles que allí habian quedado.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó el alcalde.

—Ninguna, como no sea que el médico se ha ido para curar al otro herido que está en la cárcel.

—¿Y el escribano?

—Espera, para lo que disponga vuestra señoría.

—¿Ha recobrado el conocimiento el herido?

—Sí; pero tiene bastante calentura y su razon está trastornada.

—¿Nadie más ha venido?

—Nadie.

Iba don Gaspar á ver al señor Alonso, pero se detuvo porque volvieron á llamar.

El doctor Olivares se presentó.

Nada de particular expresaba su semblante.

Saludó muy cortesmente al alcalde y le preguntó:

—¿Cómo están los enfermos?

—No lo sé, porque acabo de llegar. Dicen que el señor Alonso ha recobrado el conocimiento; pero que su razon está trastornada.

—La fiebre, que puede ser una buena señal.

—Deseo conocer vuestra opinion.

—Y yo deseo acertar, pues la suerte del señor Alonso Castillejo interesa mucho á su majestad.

—Venid, doctor, y saldremos de dudas.

—En cuanto á la gravedad de las heridas, tal vez.

Entraron en el aposento donde el alférez se encontraba.

Estaba éste bajo la influencia del sopor febril.

El médico lo contempló.

Se inclinó luego para apreciar el pulso y escuchar, colocando el oido junto al pecho.

El alcalde permaneció inmóvil y esperando con ansiedad.

—Acercad esa luz,—dijo Olivares.

Examinó la herida en cuanto le era posible.

Hizo un gesto de disgusto.

—¿Qué opinais?—le preguntó don Gaspar.

—Lo mismo que mi compañero: que la herida es grave por el sitio donde está; pero nada puede pronosticarse, porque no sabemos qué partes ha interesado interiormente.

—Sin embargo...

—No pierdo la esperanza.

—¿Y cuándo podrá declarar este infeliz?

—Hay medios para conseguir que dentro de algunas horas recobre por completo la razon.

—Entonces...

—Pero quizás perjudicariamos su salud, y me parece que sus declaraciones no son las que más interesan.

—Segun.

—Su majestad me ha dicho todo lo que es necesario para que yo comprenda el vivo deseo que tiene de que se salve el señor Alonso y de que se haga justicia.

—Pues si comprendeis bien la situacion...

—Por eso precisamente y para cumplir con exactitud las órdenes de su majestad, quiero ver inmediatamente al otro herido.

—En la cárcel está.

—A la cárcel iremos, si no os oponeis.

—¡Oponerme!...

—Sois el juez, y por consiguiente el responsable, y nadie debe poneros estorbos para hacer justicia por los medios que os parezcan más acertados.

No quiso el alcalde continuar la conversacion en presencia de los corchetes.

Repitió las órdenes que habia dado Culebrina, y luego dijo:

—Para poner en claro ciertas circunstancias, pediré declaracion á los vecinos; pero esto lo haré despues, porque antes hemos de ver cómo se encuentra el otro herido.

Salieron de la casa.

—¿Y qué opinais de todo esto?—le preguntó don Gaspar á Olivares.

—Que se ha cometido un crímen y nada más.

—Me encuentro en grandísimo apuro.

—¿Y por qué?

—Porque Dios sabe qué clase de personas resultarán complicadas.

—Don Gaspar, la justicia es ciega.

—A pesar de eso habré de hacer algo que no es perfectamente legal.

—Pero si es acertado...

—Tiemblo, doctor.

—No fieis en apariencias.

—Sabed que cuando trajeron al señor Alonso á su casa encontraron la puerta abierta.

—Un descuido.

—En esa casa habia indudablemente otra persona.

—Todo es posible.

—Y esa persona...

Se interrumpió el alcalde.

—Acabad,—le dijo el médico.

—No me atrevo.

—Pues yo os lo diré.

—Así me dareis una prueba de vuestra amistad.

—En esa casa habia encontrado albergue don Juan de Manrique, á quien inútilmente buscábais desde que os acuchilló en la calle de Segovia.

—Sí, en esa casa debia estar.

—Habeis llegado tarde. ¿Quereis encontrarlo?—preguntó el médico con una sencillez que para el alcalde fué espantosa.

—Unas preguntas haceis...

—Nada tienen de particular.

—El juez quiere siempre encontrar al delincuente.

—Pero el juez puede ser torpe.

—Cómo yo.

—Y además no siempre es una fortuna lo que fortuna parece.

—Doctor...

—Buscad, y al fin encontrareis; pero no olvideis que don Juan de Manrique es tan ingenioso como audaz.

—Hay otra circunstancia.

—¿Cuál?

—Cuando el médico examinaba á los heridos, un hombre se acercó, diciendo que de vista conocia al señor Alonso.

—¿Y ese hombre?...

—Aseguró que era criado de don Pedro de Lainez.

—¿Y qué deducís de eso?

—Es una coincidencia.

—No la veo.

—¿Olvidais que don Juan ama á la hija de don Pedro?

—¿Y qué tiene que ver ese amor con la desgracia del

señor Alonso? Me parece que de lo que se trata es de descubrir al verdadero autor de este crímen, y por consiguiente...

—Perdonad; pero á pesar de todo eso yo hubiera querido que detuviesen al criado de don Pedro de Lainez.

—Aun podeis hacerlo.

—Cometieron la torpeza de no preguntarle cómo se llamaba.

—Pero lo reconocerán fácilmente los alguaciles que lo vieron.

—Eso sí.

—Y para evitaros molestias,—repuso Olivares siempre con la misma frialdad,—os aconsejo que desde luego fijeis la atencion en el criado que se llama Andrés.

—¡Doctor!...

—Nada más me pregunteis, porque nada más puedo deciros.

—Andrés,—murmuró el alcalde como si hablase para sí.

—Que Dios os dé acierto.

Don Gaspar hubiera querido continuar aquella conversacion; pero temió decir más de lo que le convenia y permitia la prudencia.

Sabia muy bien que era trabajo perdido hacer cierta clase de preguntas al doctor, pues este era demasiado astuto y reservado.

Ambos continuaron silenciosos.

Para Olivares, lo mismo que para el rey, no habia nada incomprensible en aquel asunto.

Llegaron á la cárcel.

Allí se encontraba el otro médico.

Olivares examinó detenidamente al herido.

—¿Qué habeis opinado?—le preguntó á su compañero.

—Casi me atrevería á responder de la curacion de este hombre.

—Yo respondo con toda seguridad.

—Sois atrevido.

—Pero á condicion de que no se le moleste por ahora para exijirle declaraciones.

—Indudablemente eso le haria mucho mal.

—Ya he cumplido mi deber y os dejo. Mañana veré otra vez á los dos heridos, porque así lo ha dispuesto su majestad; pero de la curacion de este vos quedareis encargado.

—¿Y el otro?...

—No os cuideis de él.

—Os lo dejo de muy buena gana, porque es posible que se muera, y por consiguiente no será mia la responsabilidad.

—Yo tampoco la quisiera para mí; pero tengo que aceptarla, porque el rey lo dispone.

—¿Y qué importancia tiene ese hombre para que su majestad se digne fijar en él la atencion?

—La importancia que le dan los grandes servicios que prestó siendo soldado, y su lealtad, que es mucha.

—¿Nada más que eso?

—¿Y os parece poco?

—Segun.

—Mucho es para un rey justiciero.

—Ciertamente.

—Y sobre todo la vida de una criatura es siempre interesante, y mucho más cuando se trata de un hombre honrado.

—Ciertamente.

—Pensemos en cumplir nuestro deber, lo cual es difícil, y dejemos lo demás.

Así puso Olivares término á la conversacion.

Recetó su compañero, recomendando nuevamente la tranquilidad para el herido.

Este debia estar muy vigilado; pero tambien cuidado con esmero, porque sus declaraciones eran de interés grandísimo.

Salieron de la cárcel.

Olivares se despidió para volver á palacio y decir al rey lo que opinaba en cuanto á los heridos.

El otro médico se fué á su vivienda.

A la suya tambien se encaminó el buen alcalde.

Sentíase muy fatigado, y estaba aturdido.

A solas quedó con el astuto Culebrina, y le dijo:

—Menester es remediar tu torpeza.

—Señor...

—Ya te he perdonado; pero en cambio me ayudarás lealmente.

—Disponga vuestra señoría hasta de mi vida.

—Lo que necesito es tu inteligencia, tu lealtad y tu discrecion.

—Pues si con eso es bastante, todo se arreglará perfectamente.

—¿Recuerdas bien al hombre que dijo dónde habitaba el alférez Castillejo?

—Como si lo estuviese viendo.

—¿Lo reconocerias?

—Hasta por la voz.

—Me tranquilizo.

—Pudo mentir cuando aseguró que era criado de don Pedro de Lainez, y mi torpeza consistió en creerlo con una buena fé que no debe tenerse en tales casos.

—Opino que no mintió.

—Entonces seria muy fácil encontrarlo, pues debe estar en la vivienda de su señor.

—Lo buscaremos.

—Dispuesto me teneis.

—Ahora no, porque necesito descansar y meditar. Retírate, duerme y mañana haremos lo que sea menester.

—Pues que Dios le dé á vuestra señoría una noche feliz.

—Hasta este momento no ha podido ser peor, y sin embargo no puedo quejarme de la fortuna.

Culebrina salió.

Poco despues se acostaba don Gaspar.

Tuvo la fortuna de quedarse dormido inmediatamente.

Lo dejaremos para averiguar lo que hacía el amante de doña Sol y lo que Andrés habia determinado.

CAPITULO CVII.

Cómo dió la noticia el caballero.

Por fin Andrés dió explicaciones las más minuciosas á don Juan.

Con atencion profunda escuchó el caballero y al fin exclamó con voz reconcentrada:

—¡Oh!... Viéndolo estás: me habeis librado de un gran peligro; pero en cambio habeis echado sobre mi conciencia una responsabilidad que me espanta.

—¿Y de qué sois responsable?—replicó el criado.

—De la muerte del noble Castillejo, pues no lo hubieran herido si yo no le permitiese ir á ver á doña Sol.

—Nadie pudo prever el error de los asesinos.

—Pero si el error era posible...

—Señor, exagerais, y sobre todo aún vive mi amigo y espero que se salvará.

—Dios lo quiera, porque si llegase á morir seria imposible la dicha, ni siquiera la tranquilidad para mí.

—No nos atormentemos desde ahora sin motivo bastante. Nadie más que yo deplora la desgracia de mi

amigo; pero yo me domino, porque nunca como en esta ocasion hemos necesitado la calma.

—Yo tambien me dominaré; pero...

—Ocupémonos en buscar el remedio posible para la otra torpeza, cuyos resultados sabe Dios los que pueden ser.

—Mi carta...

—Compromete demasiado á doña Sol.

—Y tambien á la reina, y áun el noble comendador Maldonado puede quedar en la situacion más crítica.

—Y ya la carta debe estar en manos del rey, puesto que á palacio se fué el alcalde.

—¡Vive Dios!...

—Me parece que no nos queda más que un recurso.

—¿Cuál?

—Prevenir á mi noble señora para que esté sobre aviso y prevenga tambien á la reina.

—Eso no es bastante.

—¿Podemos hacer otra cosa?

—Desgraciadamente no.

—Pues entonces...

—Me parece que ahora no me pondrás estorbos para ir á palacio.

—Viendo estais que no.

—En la situacion en que nos encontramos la prudencia seria un crímen, una cobardía ó por lo ménos significaria el egoismo.

—Repito que no os detendré. Hácia el alcázar vamos: entrareis y yo esperaré, y si Dios quiere protejernos continuaremos la lucha hasta triunfar ó morir. La

situacion es mala, lo reconozco; pero la ventaja tiene de que para todos está más clara que nunca, y ya cada cuál sabe á qué atenerse.

—No me hago ilusiones, Andrés.

—Yo tampoco.

—La verdad es que perdemos terreno.

—Sí.

—A pesar de todo no retrocederé, ni me detendré.

—Ni yo seré tan prudente como he sido, porque el disimulo es ya inútil; pero tampoco debemos cometer locuras que nos pongan fuera de combate.

Hablando así llegaron al alcázar real.

—Dios os proteja,—dijo Andrés.

El caballero entró en la régia morada por el único postigo que á aquella hora estaba abierto para los indivíduos de la servidumbre.

Al verlo adelantar con paso firme y la cabeza erguida, nadie hubiera creido que era un delincuente perseguido por la justicia.

Atravesó el patio principal.

Subió.

Miraba á todos lados y escuchaba.

Tuvo la fortuna de no encontrarse con nadie.

En aquellos momentos conferenciaba don Gaspar con el rey.

Llegó don Juan al aposento de la noble doncella.

Entró y tuvo que detenerse, porque allí no habia luz.

Ya no debia esperarlo doña Sol.

¿Qué conseguiria el caballero con permanecer allí?

Nada, porque la noble doncella no volveria á su habitacion hasta muy tarde, ó quizás en toda la noche.

No se trataba como otras veces de esos desahogos que tienen tanta importancia para los enamorados, sino de cosa más grave, más trascendental, de la salvacion de las víctimas inocentes del gran tirano, y por consiguiente no era posible que don Juan renunciase á ver á doña Sol.

¿Y cómo habia de conseguirlo?

No podia presentarse en las habitaciones de la reina para dar aviso á la hija de don Pedro, sino que por el contrario tenia que ocultarse de todo el mundo.

Inmóvil quedó el caballero.

Sufria lo que no puede concebirse, más que nunca, porque entonces su conciencia no estaba tranquila.

Acusábase de ser causa de los males que pudieran sobrevenir, por haber escrito con tanta ligereza y tan imprudentemente, aquella carta que ya debia estar en poder de Felipe II.

Tenia un deber ineludible de remediar en cuanto posible fuese aquellos males, aunque hubiera de sacrificar mil veces la vida.

Caviló.

¿Para qué le servia su fecundo ingenio?

Quizás lo que entonces necesitaba más era una audacia sin límites.

—¡Oh!—murmuró sordamente.—Debo jugar el todo por el todo con muchas probabilidades de perder, y muy pocas de ganar.

Era indudable que intentaba alguna locura.

Estendió los brazos y avanzó poco á poco.

Consiguió llegar á la puertecilla de que otras veces hemos hecho mencion.

Entró en el pasillo.

Ya sabemos que por allí se iba á las habitaciones de doña Isabel de Valois.

Paso entre paso, sin producir ni el más leve ruido, avanzó el audaz caballero.

Conocia muy bien la distribucion de aquellas habitaciones; pero esto no era bastante.

Cinco minutos despues encontrábase en un aposento donde nadie habia.

Allí pudo verse su rostro pálido y contraido.

Su mirada era sombría.

Borrasca espantosa debia agitar su espíritu en aquellos momentos.

Sin embargo, no habia perdido la calma.

Acercóse á una puerta.

Escuchó sin percibir ni el más leve ruido.

Entró en otro aposento.

No podia quejarse de la fortuna.

Metióse por otro pasillo.

Al fin llegó á una puerta cubierta por una cortina.

Entonces oyó ruido de voces.

Miró por una estrecha abertura.

Vió la cámara donde á tales horas tenia costumbre de estar la reina.

Allí se encontraba doña Isabel, que hablaba con su doncella favorita.

La tristeza y la inquietud se pintaban en el semblante de las dos.

Temian nuevas desgracias, fundándose en que no se nabia presentado aquella noche don Juan de Manrique.

—Esperemos aún,—decia la reina.

—A estas horas no ha de venir,—respondió doña Sol.

—Un incidente cualquiera puede haberlo detenido.

—Un suceso desgraciado, debiérais decir.

¿Para qué habia de seguir escuchando don Juan?

Cuanto más tiempo permaneciese allí, mayor seria el peligro.

Levantó la cortina y se presentó.

Un grito de sorpresa dejaron escapar las dos mujeres.

—Perdonad,—dijo el caballero mientras entraba.

—¡Dios mio!...

—Señora, vuestra majestad debe comprender que cuando me atrevo á introducirme en este lugar respetable...

—¿Qué sucede?—preguntó ansiosamente la reina.—Perdonado estais, pues muy crítica debe ser la situacion cuando esto haceis.

—Sí, es crítica, pero...

—Explicaos.

—¿Puedo hacerlo sin temor de que me escuchen?

—Sí.

La doncella fué á mirar á las habitaciones inmediatas por si algun curioso andaba por allí.

Nadie habia.

En vano hubiera querido don Juan ocultar lo que pasaba, pues lo decia su semblante.

Las dos mujeres lo miraron con ansiedad.

—Seré breve,—dijo el caballero,—porque mi presencia os compromete.

—A mí no puede hacerme ningun mal,—replicó la reina,—porque mi muerte está decidida, y á pesar de todos vuestros esfuerzos, sucumbiré para que satisfecha quede la sed de venganza del que me ofende con sus dudas.

—Señora, soy responsable de cuanto suceda, porque una imprudencia he cometido y por consiguiente mi vida os pertenece.

—De mis desgracias nadie es responsable más que yo.

—Vuestra nobleza, debiérais decir, la grandeza de vuestra alma y...

—Explicaos, caballero.

—Don Pedro de Lainez, con el auxilio del señor Antonio de Mena, consiguió averiguar dónde me ocultaba.

—Y habrá dado parte á la justicia...

—No podia satisfacerse con que me llevasen preso, pues necesitaba más, mucho más, y en vez de acudir á la justicia y delatarme, buscó y pagó asesinos que me diesen muerte.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de doña Sol.

Inclinó la cabeza.

Se trataba de su padre y no podia tomar desde luego parte en la conversacion.

—Eso es imposible,—dijo la reina.

—Señora, el honrado Andrés espió á don Pedro y así pudo averiguarlo todo hasta con detalles. Esta noche debian haber dado el golpe, y fieles á su promesa, me esperaron los asesinos en el arroyo del Arenal.

—Pero si vos sabíais lo que se preparaba...

—Ni Andrés, ni el generoso Castillejo me permitieron salir; y como yo necesitaba á toda costa saber lo que habia sucedido al fin con el comendador, el señor Alonso se empeñó en venir con una carta mia.

—No se ha presentado.

—La carta escribí en desdichados momentos de ofus cacion, y cometí la torpeza de estampar el nombre de vuestra majestad y el de Maldonado.

Se estremeció la reina.

Levantó la cabeza doña Sol.

Empezaba á comprender hasta qué punto era crítica la situacion.

—Continuad,—dijo doña Isabel.

—Salió Castillejo y los asesinos creyeron que era yo. Le acometieron, y mientras de un enemigo se defendia, otro lo hirió por la espalda.

—¡Dios misericordioso!...

—Al mismo tiempo Andrés apareció, consiguiendo herir á uno de los asesinos; pero ya el mal no tenia remedio. Persiguió al otro y entretanto llegó una ronda; registraron á los heridos, que estaban sin conocimiento, y en los bolsillos del alférez encontraron mi carta.

Como estátuas quedaron las dos mujeres.

No acertaron ni á pronunciar una palabra.

El caballero, que difícilmente contenia los arrebatos de su desesperacion, prosiguió diciendo:

—Cuando el alcalde leyó la carta, determinó venir inmediatamente á palacio y ahora debe conferenciar con el rey.

Doña Sol, como si un resorte la impulsase, se puso en pié.

Don Juan añadió:

—El señor Antonio de Mena ha hecho más; le dijo á don Pedro que su criado Andrés era un traidor, y Andrés ya no ha podido disimular, y rompiendo abiertamente ha salido esta noche de la casa de su señor. Comprendiendo que á su amigo el señor Alonso lo llevarian á su casa, fué á buscarme y pude salir antes de que se presentase la justicia. Ya conoceis la desgracia en toda su extension.

No necesitaban las dos mujeres más explicaciones.

Doña Sol se acercó á don Juan y le dijo con voz agitada:

—Vete y mañana me enviarás noticias como te sea posible. Saldrás por donde has entrado. Yo no puedo acompañarte, porque tengo que observar y los momentos son preciosos.

No dijo más la noble doncella.

De la cámara salió por la puerta de que hicimos mencion al dar cuenta de las observaciones de Felipe II la noche en que á su esposa espió.

—Idos,—dijo la reina,—idos y que Dios tenga misericordia de nosotros.

—Señora...

—Nada temo, porque mi conciencia está tranquila.

—Pero...

—No os detengais, don Juan, porque ahora vuestra vida corre más peligro que en los momentos en que os esperaban los asesinos pagados por don Pedro de Lainez.

No debia permanecer allí el caballero.

Habia dado el aviso, que era cuanto por de pronto tenia que hacer.

De la cámara salió.

Atravesó pasillos y habitaciones con la misma fortuna que antes.

Pocos minutos despues se encontraba fuera de palacio y al lado de Andrés.

Entre tanto la reina se arrodillaba ante el reclinatorio y elevaba al Omnipotente súplicas fervorosas.

CAPÍTULO CVIII.

De como doña Sol se empeñó en conseguir dos cosas contrarias

¿A dónde habia ido doña Sol?

Tan atrevida por lo ménos como su amante, y tan viva para poner en práctica sus resoluciones, fué por pasillos escusados y puertas secretas hasta la cámara de Felipe II.

Ya no se trataba solamente de su dicha y de la suerte de la reina, no se trataba solamente de la defensa del hombre á quien amaba tanto, sino tambien de su padre, que debia encontrarse gravemente comprometido por la circunstancia de estar en poder de la justicia uno de los asesinos á quienes habia pagado para que quitasen la vida á don Juan.

Doña Sol tenia un alma tan noble, tan grande, tan generosa como la de su madre, y lo mismo que ésta sentíase siempre impulsada á llevar la abnegacion hasta lo inconcebible.

Su padre destrozaba cruelmente el corazon de la in-

feliz, y sin embargo, ella amaba á su padre y estaba dispuesta á sacrificarse por él.

Esto nada tenia que ver con la lucha que sostenia tan tenazmente.

Su amor de mujer y su amor filial entablaron tambien ruda lucha en un instante.

¿Cuál de estos dos sentimientos triunfaria?

Aspiraba doña Sol á salvar á su padre, á don Juan y á la reina, es decir, que aspiraba á la realizacion de un imposible; pero por más que así se lo dijese su razon, no podia retroceder, ni siquiera detenerse.

Lo que sufrió cuando escuchaba á don Juan no es concebible.

Su imaginacion ardiente hizo en un momento infinitas suposiciones.

Comprendió que los sucesos de aquella noche podian tener para todos las más horribles consecuencias.

Dejándose llevar de los nobles impulsos de su corazon, salió de la cámara de la reina.

¿Qué hubiera sucedido si el terrible monarca se apercibiese de aquel espionaje?

Por fortuna no sucedió así.

La jóven escuchó con ansiedad creciente.

Oyó lo más interesante de la conversacion de Felipe II con don Gaspar, y comprendiendo que inmediatamente habria otra conferencia de mayor interés, permaneció en el sitio que se habia colocado y pudo escuchar tambien la conversacion de Felipe II y de Olivares.

Pocas veces la criatura necesita la fuerza de volun-

tad de que tuvo que hacer uso la noble doncella para dominarse.

Temblaba convulsivamente.

Apenas podia respirar.

Su trastorno era más profundo cada vez.

Ya no pudo quedarle duda de que se habia pronunciado la sentencia de muerte de doña Isabel de Valois.

Tambien se convenció de que el rey deseaba más vivamente castigar á don Pedro de Lainez, que á don Juan.

¿Y qué le era posible á la jóven hacer en favor de su padre?

Si éste habia intentado un crímen cometiendo mil torpezas, si las pruebas se le presentaban á la justicia, ¿cómo salvarlo?

Amenazada la vida de su amante, y además la vida y la honra de su padre, ¡cuánto debió sufrir doña Sol!

Y era impotente para salvarlos.

Cuando el médico se fué, doña Sol volvió á la cámara de la reina, que aún oraba fervorosamente.

El rostro de la noble doncella estaba lívido y desfigurado.

Sus negros y magníficos ojos brillaban con el fuego de la fiebre.

Doña Isabel la miró.

Se puso en pié.

Enjugó el llanto que por su semblante corria y preguntó ansiosamente:

—¿Otra desgracia?

—Otra no,—respondió la jóven,—sino el convenci-

miento de que es horrible la que ha caido sobre mí.

—Don Juan se ha salvado...

—¿Y mi padre, señora, y mi padre?

—Su proceder...

—No quiero juzgarlo, no debo, porque soy su hija.

—Entonces...

—Pero quedará probado su criminal intento, y la justicia...

—Tranquilízate, recobra la calma que...

—¡Calma cuando el delirio ha trastornado mi razon!... ¡Tranquilidad cuando la mano implacable de la fatalidad me destroza el alma!...

—¡Pobre niña!...

—La carta que don Juan me escribió se encuentra ya en poder del rey.

La reina elevó al cielo una mirada dolorosa.

—Y el rey,—añadió la noble doncella con febril exaltacion,—ha comprendido demasiado bien la verdad.

—Pero...

—Señora, perdonadme... Olvidais que en poder de la justicia se encuentra uno de los asesinos, que no ha muerto y que sus declaraciones comprometerán á mi padre, y como además hay otras muchas circunstancias...

—Nada olvido.

—Yo tengo el deber de salvar á mi padre.

—Sí; pero al favorecerlo has de perjudicar á un inocente, al hombre á quien amas.

—¡Oh!...

—Cumple tus deberes filiales: pero será preciso que olvides los demás.

—¿Y puedo dejar abandonado á mi padre para que vaya á un calabozo como el último criminal, para que le impongan el más terrible castigo y para que su nombre quede infamado?

—No debes abandonarlo, no.

—Pues entonces...

—Sálvalo; pero ¿cómo lo harás?

La jóven hizo un gesto de desesperacion.

La reina desplegó una sonrisa amarga.

—Aconsejadme, señora, aconsejadme.

—No te queda más que un camino, no más que uno.

—¡Un camino!... ¿Cuál?

—El de la resignacion.

—¡Resignarme!.... Imposible.

—Si nada puedes hacer...

—Lo intentaré.

—No puedes evitar que declare el miserable que se encuentra en poder de la justicia.

—Pero mi padre ignora lo que sucede, y si le doy un aviso...

—Nada conseguirás.

—Estará prevenido, adoptará las precaucianes que le parezcan convenientes...

—Te escuchará con desdén, te amenazará diciendo que tú lo has impulsado con tu rebeldía, y así sufrirás una nueva amargura.

—Pero si he cumplido mi deber, por lo ménos estará tranquila mi conciencia.

—No he de ponerte estorbos.

—Necesito tambien la ayuda de vuestra majestad.

—¿Qué puedo negarte?

—Yo enviaria ahora mismo un aviso á mi padre; pero si vos no dais las órdenes para que se lo lleven...

—En una carta no puedes explicarte con claridad, y seria peligroso escribir lo que nadie debe leer.

—Mi padre vendrá.

—A estas horas no puede venir sin llamar la atencion.

—Entonces...

—Puesto que valor te sobra y deseo tambien...

—Sí, para todo.

—Pues bien, atrévete á ir á tu casa, que bien guardada irás con los que yo disponga que te acompañen. Tú podrás salir de palacio sigilosamente y volver lo mismo, y así se cumplirá tu deseo.

—Gracias, señora, gracias.

No le faltaban á la reina fieles y discretos servidores.

La misma doña Sol fué á llamar á los que debian acompañarla, que eran dos hombres valerosos y leales.

Antes de que diez minutos trascurriesen y envuelta en un ancho abrigo, salia del alcázar real la noble doncella.

Acrecentaba por momentos su agitacion.

Su sufrimiento era siempre el mismo.

Empero no le faltaban las fuerzas ni el valor, porque iba á cumplir un deber.

Oscuras y desiertas estaban las calles.

Una linterna llevaba uno de los acompañantes de doña Sol, y delante iba, mientras que el otro caminaba al lado de la jóven.

Una y otra calle dejaron atrás.

Llegaron á Puerta de Moros.

Acercáronse á la vivienda del caballero.

Detuviéronse.

Doña Sol apenas podia respirar.

Despues de algunos minutos dijo:—

—Llamad.

Uno de los dos hombres cojió el aldabon, dando algunos golpes, que resonaron á larga distancia.

Nadie respondió.

Todos los criados dormian.

El señor de Lainez aún no habia podido conciliar el sueño, porque pensaba en lo que debia haber sucedido y temia que Andrés hubiese frustrado el golpe.

No podia recobrar la tranquilidad mientras no supiese que don Juan habia muerto y que los asesinos habian conseguido ponerse en salvo.

Cuando resonaron los golpes se extremeció violentamente don Pedro.

—¡Llaman!—exclamó.

Incorporóse en el lecho.

Quedó inmóvil.

Poco despues nuevos y más recios golpes resonaron.

El señor de Lainez empezó á sentirse poseido de pavor.

Temblando tomó el pedernal, la yesca y el eslabon.

Esparciéronse racimos de chispas.

Brilló luego la azulada luz de una mecha de azufre.

Y al fin pudo el caballero encender una bujía.

Volvió á escuchar.

Llamaron por tercera vez.

Entonces algunas gotas de frio sudor corrieron por la frente del criminal.

Uno de los criados despertó.

Dejó el lecho.

Entreabrió una ventana.

Miró á la calle.

Gracias á la linterna pudo ver que eran tres personas las que junto á la puerta habia.

—¿Quién es?—preguntó.

—Abrid,—le respondieron.

—¿Quiénes sois y qué quereis?

—Venimos á traer á vuestro señor órdenes de su majestad.

—¡Ordenes del rey!—exclamó el criado.

Y sin acabar de vestirse y á tientas fué al dormitorio de don Pedro, exclamando:

—Señor, señor... Ordenes de su majestad... Supongo que debo abrir...

—¡Ordenes del rey!...

—Así dicen los que llaman, que son tres.

—No lo entiendo...

—Si quereis que vuelva á preguntar...

—No, no.

Y por cuarta vez resonaron los golpes.

—Les falta la paciencia,—dijo el criado,—lo cual prueba que traen órdenes de su majestad.

—Abre y... Entretanto me vestiré... Que esperen en mi cámara, en cualquiera parte... Corre, pues seria un delito hacer esperar á los que de parte del rey vienen.

El criado no se detuvo más que para encender una luz.

Bajó presurosamente.

Abrió.

Dejó escapar una exclamacion de sorpresa al ver que era una dama una de las tres personas que habian llamado.

No pudo reconocer á su señora, porque ésta ocultaba con el abrigo casi todo su semblante.

—Mi señor está vistiéndose y...

—No importa,—interrumpió doña Sol.

Entraron en el portal.

La jóven les dijo á sus dos acompañantes:

—Aquí me esperareis.

Y empezó á subir la escalera.

El sirviente, más aturdido cada vez, la siguió, le dió alcance, y le dijo:

—Perdonad, señora, pero...

—Aparta.

—He abierto porque dijísteis que traiais órdenes de su majestad, y me parece que vos...

—¿Me dejarás?

—Antes...

—Basta,—replicó ásperamente la doncella.

Y el rostro descubrió.

—¡Dios bendito!—exclamó el criado al reconocer á su señora.

—¿Y mi padre?

—En su dormitorio... Está vistiéndose...

—Te advierto que nadie puede saber que he venido, y si no eres reservado...

—Descuidad, pero...

—Se trata de un secreto del rey.

—Ya sabeis que soy fiel y callado.

—Cuando yo entre en el dormitorio de mi padre, tú te alejarás y esperarás en la escalera.

—Así lo haré.

—¿Y tus compañeros?

—Todos deben dormir, y me sorprende que Andrés no haya despertado, porque tiene el sueño muy ligero.

—Con ellos has de ser tan reservado como con todo el mundo.

—Juraré que no os he visto.

La jóven llegó á la puerta del dormitorio de don Pedro.

Hizo al criado una seña y éste se alejó.

CAPITULO CIX.

Lo que consiguió doña Sol.

Mientras se vestía don Pedro de Lainez con la prisa que el caso requeria, cavilaba y hacia suposiciones, empeñándose en adivinar por qué á tales horas se molestaba el rey en enviarle órdenes.

El asunto debia ser de grandísima importancia, muy grave y muy urgente, y quizás muy desagradable.

—¡Desdichado de mí!—exclamaba el caballero.—Ni siquiera me dejan dormir, no me conceden un instante de reposo, y acabarán con mi existencia en pocos dias.

Por fin se puso la bata.

Se santiguó como si así hubiera de ahuyentar al diablo, que en el alma tenia.

A tomar iba la luz para salir del dormitorio cuando se levantó la cortina de la puerta y se presentó la jóven.

¿Qué debió sentir don Pedro?

No es posible explicarlo.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Se hizo más densa la palidez de su rostro.

Inmóvil quedó como si se hubiese petrificado.

¡Su hija á tales horas!

Esto era inconcebible.

Don Pedro debió creer que soñaba.

Doña Sol, que no tenia motivo para sorprenderse ni para vacilar, y que necesitaba aprovechar el tiempo, dió algunos pasos, se detuvo frente á su padre y le dijo:

—Vengo á cumplir mis deberes, y si no consigo evitar las desgracias que nos amenazan á todos, por lo menos mi conciencia quedará tranquila.

—¡Doña Sol!...

—Os sorprendeis, porque no haceis justicia á mis sentimientos.

—¡Ah!—murmuró don Pedro mientras se pasaba las manos por la frente.

—Padre mio, escuchadme, que es un tesoro cada minuto que se pierde.

—¿Por qué vienes á estas horas? ¿Quién te acompaña? ¿Qué sucede?

—Escuchad y...

—¡Que Dios me dé fuerzas!

El señor de Lainez se sentó.

Sintióse muy fatigado, aunque apenas se habia movido.

Respiraba trabajosamente.

La causa de su agitacion no era otra que la intranquilidad de su conciencia.

El criminal teme á todas horas ser descubierto, y cree que hasta en su rostro han de encontrar pruebas de su crímen.

Con espanto miraba don Pedro á su hija.

Tambien esta se sentó.

Aun brillaban en sus ojos los destellos de su febril arrebato.

—Esta noche,—dijo,—dos asesinos esperaban en el arroyo del Arenal á don Juan de Manrique.

—¿No has venido más que para hablarme de ese hombre, causa de todas mis desdichas?

—Es preciso.

—Quien mal vive mal acaba, y ese hombre no puede tener buen fin.

—Por nuestra desgracia eso es demasiado verdad.

—Don Juan de Manrique es delincuente y ha llevado su audacia hasta el punto de provocar la cólera del rey.

—Padre y señor, no he venido para defender al hombre á quien amo.

—Yo tampoco lo acuso, porque esta no es la ocasion; pero quiero que consten los antecedentes. Nadie ignora que es muy peligroso ponerse en lucha con nuestro severo monarca, así como nadie mejor que tú sabes cómo resuelve estas situaciones. Recuerda al marqués de Pozas, al marqués de Bergens, á...

—Ahora acusais á su majestad.

—No, no,—replicó vivamente don Pedro.

—Nadie nos escucha, padre mio, y podemos decir las cosas con claridad. De vuestras palabras se deduce que el rey ha determinado hacer con don Juan lo que con el de Poza, es decir...

—Repito que no.

—Felipe II no es responsable del crímen que se ha cometido esta noche.

—Pues bien, sea quien quiera el responsable, no me importa. Si don Juan ha muerto...

—Ni siquiera está herido, porque Dios ha querido que se salve.

El señor de Lainez tembló.

¡No habia muerto don Juan!

Esto era lo más horrible que podian decirle á don Pedro.

Esforzóse cuanto pudo para dominarse y disimular lo que sentia.

Despues de algunos momentos replicó:

—Como decias que dos asesinos lo esperaban...

—Pero don Juan sabia que se pensaba asesinarlo, conocia el plan con todos sus detalles, y en vez de ir á verme como todas las noches, se quedó en su nueva vivienda, que es la casa de un hombre muy honrado, el señor Alonso Castillejo, alférez que fué en los ejércitos de su majestad.

—No lo conozco.

—El señor Alonso determinó ir á Palacio para decirme lo que pasaba, y don Juan le dió una carta para mí.

—¿Y qué me importa todo eso?

—Mucho, y ya lo vereis.

—Te equivocas.

—Los asesinos creyeron que el señor Alonso era don Juan, le acometieron y lo hirieron muy gravemente.

—Así pagó la culpa que cometia favoreciendo á un delincuente.

—Tambien quedó herido uno de los asesinos, y en poder de la justicia se encuentra.

Volvió á temblar don Pedro.

Ya tenia un nuevo motivo de temor.

Miró ansiosamente á su hija.

Esta prosiguió diciendo:

—La justicia registró á los heridos y encontró la carta de don Juan.

—La carta dirigida á tí, donde estaba tu nombre...

—Sí.

—¡Desdichada!... ¿Qué será de tu reputacion? ¿Qué será de tu honra? Mañana se desatarán las lenguas de los murmuradores; de boca en boca, mal traido y peor llevado, andará tu nombre, y la malicia de los unos, la envidia de los otros...

—No pueden decir más sino que don Juan me ama y yo lo amo, y esto ya lo sabe todo el mundo.

—Pero...

—El peligro no está en eso, sino en las declaraciones del asesino y en las del señor Alonso, que el plan conocia, pues así se sabrá quién habia pagado para que á don Juan matasen. Y espanto me infunde tambien lo que pueda declarar nuestro antiguo criado Andrés, que sabe demasiado.

Lívido se tornó el rostro de don Pedro.

Otra vez corrió frio sudor por su frente.

La jóven prosiguió diciendo:

—El alcalde es el mismo que intentó prender á don Juan en la posada de la calle de Segovia.

—Sí, don Gaspar Cabeza de Vaca.

—Y algo de mucho interés debió encontrar en la carta, porque inmediatamente fué á ver á su majestad.

—Todavía no comprendo qué es lo que puede haber de interesante para mí en tan desagradable asunto.

—Ya os lo he dicho, las declaraciones de los heridos y la de Andrés.

—En cuanto á ese criado traidor, aunque algo tuviera que decir, no lo diria, porque tambien tiene mucho por qué callar, y no hablará para que yo no hable, pues sabe muy bien que me costaría poquísimo trabajo probar que él fué quien á don Juan favoreció en la posada y acuchilló á don Gaspar y á los alguaciles.

—No callaria por eso, sino porque sois mi padre, y al haceros mal me lo harian.

—¡Vanas ilusiones!...

—El tiempo dirá si me equivoco.

—Y sobre todo, ¿qué puede decir ese hombre? De nada puede acusarme, pues por el contrario yo soy quien tiene sobrados motivos para quejarse de todos.

—Vuelvo á recordaros que nadie más que Dios nos escucha.

—No lo olvido.

—El disimulo es inútil. He venido para cumplir mi deber, para salvar á mi padre, y si mi padre me escucha con desden, si tan ciego está que no vé el peligro que le amenaza...

—Basta, doña Sol,—interrumpió severamente el señor de Lainez.

—Aún he de decir algo de mucha importancia.

—Tendré paciencia y escucharé, ya que ni el reposo se me permite.

—Escuché la conversacion del rey con don Gaspar.

—El rey habrá dicho que se haga justicia, como lo dijo cuando asesinaron al marqués de Poza.

—Sabed que su majestad se interesa de veras, de corazon por el alférez Castillejo, porque este le ha prestado no sé qué clase de servicios, y no perdonará á quien mal le ha hecho.

—Si uno de los asesinos está en poder de la justicia...

—Falta saber quién le pagaba para que cometiese el crímen.

—Si declara y presenta pruebas...

—Y si las pruebas justifican las sospechas del rey...

—¿Y de quién sospecha?—preguntó don Pedro sin que le fuese posible disimular su ansiedad y su terror.

—No ha pronunciado el nombre de nadie; pero lo que pensaba lo adivinó fácilmente don Gaspar.

—¿Y tú tambien lo has adivinado?

—Me horroricé al hacer suposiciones; pero al fin tuve que convencerme.

—Me aturdes.

—Cuando se fué don Gaspar, llamó el rey al doctor Olivares.

—Siempre ese hombre...

—Sí, es demasiado temible.

—¿Y qué le dijo?

—Que hiciera imposibles, que hiciera milagros para salvar á Castillejo, y que no olvidara que el golpe se habia dirigido contra don Juan, y que á don Juan lo

habia espiado el miserable señor Antonio de Mena, que debia estar en muy buenas relaciones con vos.

—¡Ah!...

—Cuando su majestad pronunció vuestro nombre...

—Calla, calla.

—Padre mio,—repuso enérgicamente doña Sol,—vos habeis pagado á los asesinos...

—¡Señora!—exclamó don Pedro poniéndose en pié.

Y su rostro enrojeció hasta ponerse amoratado.

Fulgor siniestro brilló en el fondo de sus pupilas.

Empezaba á trastornarse por uno de sus terribles arrebatos de ira.

Aquella escena podia terminar espantosamente, porque el señor de Lainez no respetaba nada en los momentos de sus iracundos arrebatos.

Lo que habia hecho con su esposa lo haría tambien con su hija.

Empero el valor de esta no menguaba.

Cumplia un deber y se sentia con fuerzas para todo.

En pié se puso.

—Ya lo sabeis,—dijo,—y ahora podeis adoptar las precauciones que más convenientes os parezcan. Estais al borde de un abismo, os lo advierto y...

—¡Hija desnaturalizada!...

—Padre y señor...

—¡Me llamais asesino!...

—Quiero que os salveis, porque sois mi padre.

—Las pruebas de mi crímen, las pruebas.

—Quiera Dios que no se encuentren.

—Adivino tu plan; pero lo has trazado muy torpemente.

—¡Mi plan!... ¿Y en qué consiste?

—Me amenazas para que yo transija, para que ceda y te permita ser esposa de don Juan de Manrique; pero no lo conseguirás, porque antes prefiero verte muerta y morir yo. No, tus amenazas no me infunden miedo. Acúsame, deshonra á tu padre, manchando así tu honra; pero antes piensa cómo podrás defender al verdadero criminal, al hombre odioso que ha trastornado tu razon, que se ha rebelado contra su rey y que se ha convertido en rival de su hermano.

—Padre mio, por última vez...

—Basta, doña Sol.

—En nombre de...

—Basta he dicho.

La jóven elevó al cielo una mirada de dolor mortal y exclamó:

—¡Dios mio, vos que penetrais en mi alma y podeis apreciar mis sentimientos, hareis justicia!

Aún tuvo valor la jóven para acercarse más á su padre y decirle:

—He venido para salvaros y no me escuchais, me rechazais con dureza y me ofendeis suponiendo que me impulsa el egoismo.

—Señora, habeis desconocido la autoridad de vuestro padre, que en este mundo representa á Dios, os habeis rebelado, y hasta la limpieza de vuestro honor poneis en duda con vuestro proceder.

La jóven se sintió vivamente herida.

Ya no era posible que continuase la conversacion.

¿Qué más habia de hacer la infeliz?

Si su padre estaba ciego, si estaba loco, era preciso dejarlo.

A impulsos de la ira temblaba el caballero.

Su rostro se contraia y desfiguraba más y más.

Doña Sol volvió á cubrir su cabeza con el manto.

Dió media vuelta.

Quiso salir del dormitorio.

Su padre la detuvo, preguntándole:

—¿A dónde vais?

—A Palacio.

—Para entrar en esta casa habeis tomado el nombre del rey.

—He querido evitar el escándalo, porque si algun vecino curioso escuchaba...

—¿Quién os ha autorizado para venir?

—La reina.

—¿Quién os ha acompañado?

—Dos de sus más fieles y honrados servidores.

—Pues bien, les direis que á Palacio se vuelvan, y yo os llevaré mañana, pues vos no debeis andar por las calles á estas horas.

—La reina me aguarda.

—No importa.

—Si os atreveis á detenerme, vos respondereis mañana á su majestad.

—Idos, pues, y olvidaos de que soy vuestro padre.

—Hace mucho tiempo que vos no me tratais como se trata á una hija.

—Salid, doña Sol.

—Que Dios os proteja.

La jóven salió del dormitorio.

Atravesó presurosamente varias habitaciones, bajó la escalera y le dijo á los dos hombres que la acompañaban:

—Vamos.

El criado abrió la puerta.

Salieron y se alejaron rápidamente.

Entre tanto don Pedro de Lainez se dejaba caer en un sillon y murmuraba:

—¿Es posible que tales peligros me amenacen?... ¡Y no ha muerto don Juan!

No acababa de creer que podian descubrirse y probarse sus crímenes, y sobre todo no tenia ninguna precaucion que adoptar, pues huir y desaparecer hubiera sido lo mismo que confesar que habia delinquido.

Lo que más le espantaba era que el doctor Olivares hubiera tomado parte tambien en aquel suceso.

CAPÍTULO CX

Dónde se refugió don Juan.

¿Y qué habian hecho don Juan y Andrés?

Se alejaron de la morada real sin pronunciar una palabra.

Siguieron por la calle de la Almudena.

Llegaron á las Platerías.

Allí se detuvieron.

¿A dónde irian?

En esto consistia la dificultad en aquellos momentos críticos.

Podian buscar por de pronto albergue en una posada cualquiera; pero esto les ofrecia muchos peligros, ó por lo ménos debian creerlo así, puesto que ignoraban lo que habia hecho la justicia.

—¿Y ahora?—dijo Andrés.

—No lo sé,—respondió don Juan.

—Algo hemos de hacer.

—Sí.

—Podriamos pasar la noche vagando por las calles; pero cuando llegue el dia tendreis que ocultaros, y no habremos conseguido más que gastar las fuerzas de que quizás necesitaremos muy pronto.

—Quiero descansar.

—Yo tambien.

—Tú puedes presentarte en todas partes sin ningun temor; pero á mí me persigue la justicia, y probablemente ahora me buscará con más afan que nunca.

—Así debemos suponerlo.

—Espera.

—No hago otra cosa.

El caballero inclinó la cabeza y cruzó los brazos.

Quedó inmóvil.

Algunos minutos despues dijo:

—Vamos.

Andrés se encojió de hombros.

¿Para qué habia de pedir explicaciones?

A todo estaba dispuesto y para todo tenia valor.

Entraron en la plaza del Arrabal.

La atravesaron.

Don Juan se detuvo á la puerta de la hostería del honrado Mancioni.

—Deben buscarme,—dijo.

—Por lo ménos es prudente suponerlo así.

—¿Crees que vendrán aquí?

—No es probable que se les ocurra suponer que os habeis atrevido á volver á vuestra antigua posada.

—Me tranquiliza que seas de mi opinion.

—De todas maneras no teneis un lugar bastante se-

guro donde ocultaros, y en cualquiera parte habeis de estar en peligro.

—Probemos fortuna.

El caballero llamó.

Aún no dormia el hostelero, y abrió, presentándose con un candil de garabato.

No pudo conocer á don Juan, porque éste ocultaba con el embozo gran parte del semblante; pero sí vió que era un caballero, y se apartó para dejarle el paso libre mientras decia:

—Entrad, mi noble señor.

Así lo hizo don Juan.

Cuando volvió á cerrar maese Mancioni, se descubrió el caballero y dijo:

—¿No me conoceis?

—¡Santa Madona!—exclamó el hostelero.

Y los ojos abrió desmesuradamente y muy poco faltó para que el candil se escapara de sus manos.

—¿Quién hay en vuestra casa?

—Nadie, por mi desdicha.

—¿Y vuestro criado?

—Duerme, segun costumbre, pues ya sabeis que en llegando la noche no hay que contar con él, y de dia poco ménos, porque su torpeza lo hace inútil para todo, y por eso veis que yo mismo sirvo á todas horas á los que honran mi casa; pero esto nada tiene que ver con la sorpresa que me habeis dado, pues...

—Traed la llave de mi aposento y luz.

—¿Ya no os persigue la justicia?... ¡Loado sea Dios!...

—Hablaremos de eso despues.

—Esperad un instante.

Colgó maese Mancioni el candil.

Fué por la llave.

Encendió un velon.

Su semblante revelaba la intranquilidad; pero no se atrevió á manifestar lo que sentia.

Subieron.

Entraron en la habitacion que antes ocupaba don Juan.

Miró éste á todos lados.

—¡Ah!—exclamó.

Le tenia cariño á aquel aposento, porque allí habia sufrido y habia gozado, porque allí habia sentido mucho.

Se reanimó más.

Se sentó.

Despues de algunos momentos, dijo:

—Maese Mancioni, creo que ya me conoceis.

—Sí, sois el más cumplido caballero, y...

—Muy cumplido, porque cumplo lo que prometo, porque soy agradecido, y porque no olvido tampoco el mal que me hacen.

—De mi lealtad...

—No tengo queja.

—Sois justo, y os lo agradezco.

—Quiero tambien vuestra franqueza.

—Siempre os he dicho lo que sentia y nunca he mentido.

—Reconozco vuestra honradez.

—Soy torpe, me fio de todo el mundo, eso sí; pero la

culpa no es mia, sino de mi condicion. Aún recuerdo la traicion de aquel hidalgo...

—Os perdoné, porque no quisísteis hacerme mal; pero aquello debe serviros de leccion para lo porvenir, pues una segunda torpeza seria imperdonable.

El hostelero suspiró.

Don Juan prosiguió diciendo:

—Antes habeis hablado de la justicia.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Os diré la verdad.

—Para eso os pregunto.

—La justicia vino á mi casa.

—Para ver si aquí me encontraba ó si sabíais dónde me ocultaba.

—En persona y con cuatro corchetes se me presentó el señor alcalde y me amenazó terriblemente para que le dijese la verdad, y como no pudo saber lo que deseaba, registró hasta el último rincon, dejando aquí á uno de los alguaciles por si acaso volviais.

—Nada más sucedió.

—Como no puedo mirar con indiferencia vuestra suerte, traté muy bien al alguacil, obsequiándolo con vino añejo y todo lo mejor que en mi casa habia, y así conseguí que me dijese lo que pasaba, y con asombro supe que habiais estado en una posada de la calle de Segovia, que habian ido á prenderos sin que nadie supiese el por qué, y que resistísteis, acuchillando al alcalde y los corchetes, dejando mal heridos á algunos de ellos. Me dijo tambien que un desconocido os auxilió

y que era hombre temible, pues repartia cintarazos y cuchilladas con tanta furia como acierto. Desde entonces nada más he sabido, ni os esperé, porque creí que andábais por esos mundos de Dios burlando la persecucion de la justicia.

—Pues no he salido de Madrid.

—Y ahora...

—Es la misma mi situacion.

—¡La misma!...

—¿Por qué os admirais?

—Al veros en mi casa...

—Me parece que aquí estoy más seguro que en ninguna parte.

El hostelero se extremeció.

—Todo depende de vuestra discrecion y vuestra reserva.

—Pero...

—Me buscarán en todas partes, menos aquí.

—Segun.

—Y aquí me quedaré,—dijo resueltamente don Juan.

—Si á la justicia se le antoja...

—Repito que aquí me quedaré, y si algun perjuicio sufrís, os indemnizaré largamente.

—Caballero...

—Decidíos.

—Yo quisiera serviros...

—Si os falta el valor ó el deseo de favorecerme...

—Eso no,—dijo vivamente el hostelero.

—Pues entonces...

—Quedaos y que Dios nos proteja.

—A este hombre que me acompaña lo conoceis por haberlo visto algunas veces que vino á buscarme.

—Recuerdo perfectamente.

—Es mi mejor amigo.

—Soy su criado,—dijo Andrés.

—Una cama le pondreis en este mismo aposento.

—Perdonad,—dijo el sirviente,—pero seria más acertado que yo me instalase en la habitacion que ocupó el hidalgo, y que me parece que está pared por medio de esta.

—Como quieras; pero ten entendido que como á mi amigo y compañero he de tratarte, pues de otro modo no quiero vivir contigo.

—Hareis lo que bien os parezca, y me consideraré muy favorecido.

—Maese Mancioni, mucha prudencia.

—Descuidad.

—Mucha cautela, y no os dejeis sorprender.

—A todas horas estaré sobre aviso.

—Si vuestro criado no os inspira confianza, despedidlo y buscad otro.

—No es menester.

—Pues ahora podeis descansar.

—Nosotros tambien lo haremos,—dijo Andrés;—pero antes convendria que recuperásemos las fuerzas con algun alimento, pues á pesar de todos nuestros apuros, necesitamos comer. Despues dormiremos y yo saldré muy temprano para averiguar cómo se encuentra mi leal y desgraciado amigo.

—Y en cuanto á tu señora...

—Tambien haré lo posible por verla.

—Estamos de acuerdo.

Aunque poco, algun alimento tomaron.

Hablaron muy detenidamente de la situacion en que se encontraban.

Al fin se acostaron.

La fatiga les hizo dormir profundamente.

Y con tranquilidad absoluta pasaron las horas que quedaban de aquella terrible noche.

Apenas sonrió la aurora despertó Andrés.

Se levantó.

Pocos minutos despues hacia lo mismo don Juan.

El sirviente se dispuso á salir.

—Te miro con envidia,—le dijo el caballero.

—Tened paciencia, que pronto sabreis lo que pasa,—respondió Andrés.

Y se santiguó y salió de la hostería, diciendo:

—Que Dios me ayude.

CAPITULO CXI.

Sustos y confusion.

A pesar de la fatiga y disgustos de la noche anterior, tambien madrugó el buen alcalde.

Ya lo esperaba el astuto Culebrina, de quien aseguraban sus compañeros que no necesitaba dormir.

—Me felicitaré,—le dijo al alcalde,—de que vuestra señoría haya conseguido descansar.

—A medias.

—La noche fué mala.

—Horrible; pero algo despejada tengo la cabeza, y aunque no fuese así, tendria que seguir ocupándome del enojoso asunto que tanto nos dará que hacer.

—Tendremos paciencia, señor.

—Si con paciencia se remediaran todos los males, bien pronto me quedaria libre de cuidados.

—Vuestras órdenes espero.

—Eres ligero, Culebrina.

—Dios me ha dado agilidad.

—Si no has almorzado...

—Sí.

—Pues entonces, mientras yo tomo algun alimento, podrias ir al arrabal para saber cómo se encuentra el alférez, y despues haremos lo que más convenga.

El corchete salió y corrió.

Volvió cuando el alcalde acababa de almorzar.

Pocos minutos despues salian, yendo tambien otro de los alguaciles.

Nunca fué tan severo el continente de don Gaspar.

¿A dónde iba?

No habia dado explicaciones.

Los dos corchetes lo seguian sin pronunciar una palabra.

Un cuarto de hora despues llegaron á Puerta de Moros.

Entraron en la morada de don Pedro de Lainez.

El portero les salió al encuentro.

—Paso á la justicia,—le dijo el alcalde.

Subieron.

Un criado se presentó.

—¿Y vuestro señor?—le preguntó don Gaspar.

—En este momento acaba de lèvantarse.

—¿Me conoceis?

—Me parece que vuestra señoría debe ser...

—El alcalde de casa y córte don Gaspar Cabeza de Vaca. Decídselo á vuestro amo, porque he de verlo inmediatamente.

—Venga vuestra señoría y esperará en el salon.

—Aquí os quedareis,—le dijo el alcalde á los corchetes,—y á nadie dejareis salir.

—¿Y entrar?

—A cuantos quieran.

En el salon principal quedó el alcalde.

El criado fué á la cámara de su señor, diciéndole:

—En casa tenemos la justicia.

—¡La justicia!—exclamó don Pedro.

Y en pié se puso.

Su rostro palideció.

Una mirada de espanto fijó en el sirviente.

Quedó inmóvil como una estátua.

El criado repuso:

—En la antecámara quedan dos corchetes, y en el salon he dejado al señor alcalde.

Los criminales temen siempre lo peor.

Creyó el señor de Lainez que su crímen se habia descubierto.

Si no habia sucedido así, ¿para qué lo buscaba la justicia?

Recordó lo que su hija le habia dicho.

Si uno de los criminales estaba vivo y preso, podia haber declarado diciendo quién les pagaba para asesinar á don Juan de Manrique.

No podian presentar ninguna prueba; pero por de pronto habria motivo bastante para proceder contra don Pedro, y además, como el mundo se inclina á creer siempre lo peor, muchos quedarian convencidos de que el autor del crímen era el caballero y que para castigarlo no faltaban más que pruebas.

Por de pronto padeceria mucho la reputacion de don Pedro de Lainez, y solo Dios sabia las consecuencias que esto podia tener.

El caballero no acertaba á moverse ni á pronunciar una palabra.

—¿Qué he de decir al señor alcalde?—le preguntó el criado despues de algunos momentos.

—Nada, nada,—murmuró el señor de Lainez.

Hizo un gran esfuerzo.

Se pasó las manos por la frente.

—Déjame,—le dijo á su criado.

Luego, con pasos vacilantes, fué al salon.

Al entrar fijó en él don Gaspar una mirada escudriñadora, y dijo para sí:

—Tiene miedo, porque su conciencia no está tranquila. Si en libertad completa me dejase el rey, yo pondria bien pronto en claro este asunto.

—Que Dios os guarde, mi amigo don Gaspar,—dijo el padre de doña Sol.

—Y á vos tambien, caballero,—respondió el alcalde.

—Y perdonad que ahora el nombre de amigo no os dé, no porque haya dejado de serlo de quien con su amistad me honra, sino porque como alcalde vengo y ante todo he de cumplir mi deber con la severidad que mi conciencia exige.

—Pues no se me alcanza el motivo porque la justicia viene á buscarme.

—Porque algo tiene que hacer en vuestra casa.

—Sentaos, don Gaspar, y explicaos, si á bien lo teneis, porque vuestras palabras me dejan perplejo y aturdido.

—Pronto saldreis de dudas.

—¡La justicia en mi casa!... Viéndolo estoy y áun me parece imposible.

—Tranquilizaos, pues contra vos no vengo.

Estas palabras fueron bastante para que don Pedro empezase á reponerse.

¡Que no iban contra él!

En tal caso lo demás no tenia para él ninguna importancia.

—Pues no adivino...

—Escuchad.

—Con la atencion que mereceis.

Con más libertad respiró el señor de Lainez.

Cambió de postura, acomodándose bien en el sillon.

El alcalde le preguntó:

—¿Sabeis si alguno de vuestros criados ha tenido que salir y no está en vuestra casa?

—Creo que no; pero tampoco puedo asegurarlo.

—Pues llamadlos á todos.

—Vendrán inmediatamente.

Muy extraña le pareció la órden á don Pedro; pero la cumplió con exactitud.

A los pocos minutos encontrábanse en el salon todos los sirvientes.

Don Gaspar se acercó á la puerta y gritó:

—Culebrina, ven.

Presentóse el corchete.

—Ahí tienes á todos los criados de don Pedro de Lainez. Míralos bien.

Una ojeada le bastó á Culebrina para decir:

—No es ninguno de estos.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—Puedo jurarlo.

—¿No teneis más criados?—le preguntó don Gaspar al caballero.

—Hoy no.

—¿Qué quereis decir?

—Que uno más tuve ayer; pero cometió graves faltas, y aunque era el más antiguo, lo despedí anoche, se fué, y no puedo decir dónde se encontrará.

—¿Cómo se llamaba?

—Culebrina, tú darás las señas del que buscamos.

—De regular estatura y más bien flaco que gordo; moreno y aguileña la nariz, y los ojos pardos, relucientes y de mirada muy viva.

—Esas son las señas de Andrés,—dijo don Pedro.

—¿A qué hora salió de vuestra casa?

—Lo único que puedo decir con seguridad es que no era muy temprano, pues todos los demás dormian.

—¿Y qué falta cometió para que á tales horas le hiciéseis salir de vuestra casa?

—Que tuve motivos para creer que su conducta era desarreglada.

—¿En qué consistia ese desarreglo?

—Yo tuve que trabajar y permanecí levantado hasta más tarde que de costumbre. Antes de acostarme me pareció oir un leve ruido por otras habitaciones y salí de mi cámara para ver lo que sucedia. Al atravesar un aposento me encontré frente á frente con el desleal Andrés, que puesta la capa y el sombrero y ceñida la espada, disponíase para salir sigilosamente y aprovechando el sueño de los demás. No puede ser bueno lo que se intenta cuando nos ocultamos para hacerlo, y como no

quiero responsabilidades, me pareció que era peligroso tener en mi casa un criado que á ciertas horas de la noche se vá para hacer lo que quizás no es bueno.

—Continuad.

—Lo reconvine con la severidad que el caso requeria; me respondió ásperamente y olvidando el respeto debido á su señor, y siquiera para que á salvo quedase mi decoro, le dije que despedido quedaba, que á su aposento volviese y que hoy le entregaria su salario para que saliese de mi casa.

—Es decir, que esta mañana se ha ido.

—No quiso esperar, sino que inmediatamente se fué, y no pude detenerlo, porque no debí rebajarme hasta el punto de entablar una lucha con mi criado.

El alcalde preguntó entonces á los demás sirvientes qué sabian del llamado Andrés.

Todos respondieron que siempre lo habian visto cumplir sus deberes y que ignoraban que se atreviese á salir á media noche.

—Pueden retirarse vuestros criados, — dijo don Gaspar.

Así lo hicieron.

Don Pedro preguntó:

—¿Es un secreto el motivo porque la justicia se ocupa de mi antiguo criado?

—Sí, un secreto es.

—Pues nada más digo sobre este asunto.

—Si sabeis dónde pueda encontrarse ese hombre...

—Lo ignoro.

—¿Tiene en Madrid parientes?

—Ninguno.

—¿Y amigos?

—Quizás los tenga, pero no los conozco.

—Y en cuanto á sus antecedentes...

—Los mejores, ya os lo he dicho: siempre fiel, siempre exacto para cumplir sus deberes.

—¿Y qué me decís de las condiciones de su carácter y de su inteligencia?

El señor de Lainez hubiera dicho lo peor; pero temia que Andrés tomase la revancha, y respondió:

—Su carácter es bueno, pues con todos se ha mostrado siempre tolerante; y en cuanto á lo demás, es astuto, ingenioso y se expresa como no lo haria ninguno de su clase. Sin que nadie le enseñase, aprendió á leer y escribir, y es observador y discurre con mucho acierto y claridad.

—Un hombre así no puede ser malo.

—Y no he dicho que lo sea.

—Pero lo que anoche hizo...

—Quizás lo ha trastornado alguna mujer y salió para ir á verla, lo cual no es un crímen; pero puede producir disgustos de alguna consideracion, y yo soy amante de la tranquilidad.

—Comprendo.

—Me parece que más no puedo deciros.

—Ni más os pregunto por ahora.

—Entonces...

—Nada tengo que hacer en esta casa.

—Si ya dejais de ser el alcalde...

—Ahora soy vuestro amigo.

—Gracias, don Gaspar.

—Y antes de irme os daré noticias de lo que anoche sucedió, pues aún no es posible que lo sepais.

—Nada sé, porque hace pocos minutos que el lecho dejé.

—Intentaron asesinar á don Juan de Manrique.

—¡A don Juan!—exclamó el señor de Lainez.

Y tembló, y otra vez se tornó lívido su rostro.

—Pero los asesinos,—añadió el alcalde,—se equivocaron y á otra persona hirieron.

—Siento la desgracia; pero me alegro de que la víctima no haya sido el noble Manrique.

—Lo fué un antiguo alférez llamado Alonso Castillejo, á quien el rey profesa gran estimacion, tanta que con el mayor empeño ha tomado el asunto y sin pensar que milagros no puedo hacer, me ha dicho terminantemente que á los asesinos he de descubrir y castigar sin ninguna excusa.

—Para cumplir vuestro deber no necesitais excitaciones.

—Y la voluntad no basta siempre, como lo prueba el que más de una vez he tenido que dejar impune algun crímen, porque inútiles han sido todos mis esfuerzos para descubrir al criminal. En grandísimo apuro estoy, os lo confieso.

—Si tanto empeño tiene su majestad...

—Tanto, que á pesar de su rectitud, no escucha razones.

—No quisiera yo encontrarme en vuestro lugar.

—Yo envidio la tranquilidad de que gozais.

—¿Y no habeis conseguido encontrar algun indicio, alguna huella?...

—Algo.

—Las declaraciones del herido...

—Nada pueden decir, porque á los asesinos no conoce.

—Entonces...

—Pero uno de los criminales cayó herido y está en poder de la justicia, y más ó ménos tarde declarará, porque en el tormento lo obligaré á que diga la verdad.

Se extremeció don Pedro.

Se movió como si no se encontrase bien.

El alcalde añadió:

—El buen alférez habia dado en su casa albergue á don Juan de Manrique.

—En ese caso es delincuente, porque don Juan estaba perseguido por la justicia, segun he podido entender.

—Y aún hizo más el alférez, pues si salió de su casa fué para servir á su protector, como lo prueba la carta que llevaba en un bolsillo y que debia entregar á una dama ilustre.

El señor de Lainez no acertó á responder.

—La carta estaba escrita por don Juan,—dijo el alcalde.

—Pero esa dama...

—¿No adivinais quién es?

—Don Gaspar...

—Ahora os habla el amigo y no el alcalde de Casa y Córte.

—¡Oh!...

—Me parece que...

—Mi desgracia no debeis ignorar.

—La conoce todo el mundo.

—Mi tranquilidad habeis envidiado...

—Y no era verdad.

—Mi situacion...

—La mia tambien es muy crítica, pues viendo estais que este endiablado negocio se complica demasiado.

—¿Y la carta de don Juan?...

—La tiene el rey.

—¡Divina misericordia!...

—He cumplido mi deber.

—Creo que al rey no le dais parte de cada crímen que se comete.

—Pero en la carta decia don Juan cosas que era preciso que su majestad supiese.

—De manera que mi hija...

—Hasta este momento no figura su nombre en la causa; pero Dios sabe lo que con el tiempo sucederá, pues las declaraciones del alférez, y las de ese asesino á quien llaman Gusarapo, y lo que tambien declare vuestro antiguo criado Andrés...

—¿Y qué tiene que ver Andrés en ese asunto?

—Que se presentó anoche cuando nadie sabia quién era el herido, y él dijo que lo conocia y sabia que habitaba en el arrabal de San Martin.

—Pero eso...

—Puede saber algo más.

—Ahora comprendo el por qué habeis venido á buscarlo.

—Por eso precisamente.

—Y lo que antes me ocultábais como secreto...

—Os lo ocultaba el alcalde; pero ahora os lo dice el amigo.

—Don Gaspar, salvad la reputacion de mi desdichada hija, cuya razon debe haberse trastornado, salvadla, porque...

—Para conseguir eso habreis de acudir á su majestad.

—¡Dios mio!...

—El alférez Castillejo se salvará, porque su curacion está á cargo del doctor Olivares y de Olivares debe esperarse mucho.

—Pero si muere el asesino.

—Dicen los médicos que su herida no es mortal.

—Tened en cuenta que ese miserable, para librarse del tormento puede acusar á un inocente cualquiera.

—Lo que necesito es que diga quién le mandó cometer el crímen, pues en cuanto á las pruebas, yo las encontraré.

—La declaracion de ese hombre...

—No es prueba bastante, ya lo sé.

Al decir esto don Gaspar se puso en pié, cortando así de repente la conversacion.

—¿Ya os vais?—le preguntó sorprendido don Pedro.

—Tengo que cumplir obligaciones urgentes.

—Pero...

—Nada más sucede, y nada más puedo deciros. Si algo teneis que pedir, acudid á su majestad, y si quereis saber cómo se encuentra la víctima, preguntádselo al

doctor Olivares, porque él os lo explicará mejor que yo... Que Dios os guarde, don Pedro, y que á mí me dé acierto para cumplir mi deber.

El severo alcalde dió media vuelta y del aposento salió.

Hasta la escalera lo acompañó don Pedro.

Cuando este volvió á su cámara, dejóse caer en un sillon, ocultó el rostro entre las manos y quedó inmóvil.

CAPÍTULO CXII.

Una escena interesante.

Debemos ahora dejar á la justicia y volver á palacio para averiguar lo que allí sucedia en el grave asunto que tanto parecia preocupar á don Juan de Manrique y que en realidad tenia grandísima importancia.

Preciso es que sobre este punto demos algunas explicaciones para que lo comprendan los que no hayan leido nuestra obra titulada *El Diablo en Palacio*.

Más de una vez hemos hecho indicaciones sobre la muerte del jóven marqués de Poza, y ahora diremos que este fué asesinado una noche al salir del alcázar real y muy cerca de la antiquísima iglesia de Santa María.

Los asesinos fueron pagados por Ruy Gomez de Silva, esposo de la célebre doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

¿Porqué el intrigante favorito cometió aquel crímen?

No era enemigo del marqués, ni tenia ningun motivo para odiarlo.

De una conversacion que sigilosamente sostuvo con el comendador Maldonado en uno de los pasillos del alcázar, se deducia que Ruy Gomez no hacia más que cumplir las órdenes que le habian dado, y por consiguiente la mayor parte de la responsabilidad de aquel abuso era de Felipe II.

El marqués de Poza estaba en relaciones íntimas con los rebeldes flamencos y con el príncipe don Cárlos, y no se necesitaba más para que el terrible monarca lo considerase como peligroso y creyese que era un acto de justicia imponerle el mayor de los castigos.

Recordando la muerte del baron de Montigny y en particular la del marqués de Bergens y la de Escobedo, el primero envenenado y el segundo asesinado en la calle, no sorprende que el jóven marqués fuese una de tantas víctimas de aquel rigor espantoso é injustificado.

La conversacion de don Ruy con el comendador fué escuchada por una doncella de la reina, precisamente la que amaba al marqués y debia ser su esposa.

Quiso doña Blanca, que así se llamaba la doncella, salvar á su amante, y corrió para buscarlo y advertirle que los asesinos lo esperaban; pero no lo encontró, porque el marqués habia salido de las habitaciones del príncipe por una puerta secreta, y la infeliz no llegó á tiempo para evitar que se consumase el crímen.

La noble doncella quiso vengar á su amante y desde aquel dia hizo cuanto pudo contra el rey y en favor de don Cárlos, ayudándole en esta empresa y burlándose de todo el mundo, un paje á quien se conoció con el nombre del diablo de palacio.

Con la muerte del príncipe terminó aquella lucha.

El paje desapareció al mismo tiempo que doña Blanca.

Bien pronto se supo que el atrevido mancebo habia conseguido llegar á Flandes; pero en cuanto á la noble doncella no se pudo averiguar nada.

Se habia separado del mundo encerrándose en el histórico monasterio de las huelgas de Burgos; pero este secreto nadie lo conocia más que la reina.

Otro secreto de no menos importancia conocia el comendador, pues el marqués de Poza, á quien se creyó muerto, vivia, y el que debió ser su cadáver fué sustituido por el de su criado, que sucumbió al lado de su señor.

Era imposible que nadie sospechase que el marqués vivia.

El comendador Maldonado desapareció tambien.

No tenia por qué ocultarse, pues siempre fué leal al rey, y no tomó parte en ninguna de aquellas intrigas, si bien deploraba tanta desgracia y tan horrendas injusticias.

La existencia del marqués se habia salvado; pero á consecuencia de las graves heridas que recibió, habia quedado su razon trastornada, y el médico que lo curó opinaba que la nueva enfermedad podria desaparecer con remedios morales, con una impresion viva y una conmocion violenta.

Si doña Blanca se presentara á su amante, este hubiera recobrado el juicio, ó por lo menos así lo esperaba el médico.

Empero el comendador habia trabajado inútilmente para averiguar el paradero de doña Blanca, y al fin decidió acudir á la reina por si esta conocia el secreto y queria descubrírselo á cambio de la revelacion que hacerle podia el noble caballero.

Cuando nadie lo esperaba se presentó en Madrid y fué á palacio.

Hizo á la reina algunas indicaciones que fueron bastante para que ella sospechase que el marqués vivia, y con el fin de poner en claro las dudas determinaron tener secretamente una entrevista.

De lo que hablaron dependia la suerte de los dos enamorados que ahora ocupan nuestra atencion.

Don Juan de Manrique fué siempre uno de los mejores amigos del marqués de Poza, y doña Sol amaba tambien muy de veras á doña Blanca, y así se explica que tan vivamente se interesasen en aquel asunto.

La reina adoptó cuantas precauciones creyó convenientes para hablar con la debida reserva con el comendador, y de aquella entrevista es de la que vamos á dar cuenta en este capítulo, pues su resultado produjo una nueva desgracia.

El rey no habia mostrado extrañeza por la desaparicion y aparicion repentina del comendador Maldonado, y por consiguiente éste no pudo abrigar un gran temor.

El mismo dia en que el alcalde visitó á don Pedro de Lainez, y á las diez de la mañana, el noble comendador fué á palacio.

En un aposento poco frecuentado encontróse con doña Sol.

Allí esperaba ésta para conducir al caballero á la cámara de doña Isabel, sin que se apercibiesen los demás individuos de la servidumbre.

Densa palidez cubria el rostro de la noble doncella.

Aún estaban sus ojos algo enrojecidos por el llanto.

Ya sabemos lo que habia sufrido la noche anterior.

Pero su valor no habia menguado, ni sus sufrimientos le hicieron olvidar la muerte de sus desgraciados amigos.

Saludó el noble Maldonado á la hija de don Pedro y luego le preguntó:

—¿Llego á buena hora?

—Sí, y á Dios le pido que vuestra visita produzca la felicidad de las dos nobles criaturas que tanto han sufrido.

—Así lo espero.

—Venid.

No hablaron más.

Atravesaron algunas habitaciones y pasillos.

La doncella se detuvo junto á una puerta y dijo:

—Entrad.

Dió algunos pasos el comendador.

Encontróse frente á la reina, en cuyo rostro se veian tambien las señales del insomnio y del llanto.

Tambien estaba pálido su rostro, con esa palidez que revela claramente la falta de salud.

Sin duda por efecto de las conmociones de la noche anterior, aquel dia se encontraba bastante peor de sus dolencias la ilustre y noble víctima.

—Bien venido seais,—dijo con la dulzura que siempre hablaba.

—Y dichoso, señora, porque vuestra majestad me honra con una confianza que no merezco.

—No hago más que justicia á vuestros sentimientos nobles.

—Señora...

—Comendador, con gran impaciencia os he aguardado.

—No era menor la mia mientras llegaba este momento.

—Me parece que no necesitamos recordar los sucesos tristísimos que tanto nos han hecho sufrir.

—Bien presentes están en mi memoria.

—A nadie habeis hecho mal.

—Tranquila está mi conciencia.

—Y muy grande debe ser vuestra satisfaccion, porque habeis hecho mucho bien.

—He querido hacerlo; pero no lo he conseguido.

—Esta conversacion no debemos prolongarla, porque seria peligroso para vos y para mí.

—Dispuesto he venido á hablar sin ninguna reserva y con la esperanza de que vuestra majestad haga lo mismo, porque quizás de nosotros depende la suerte de dos criaturas tan nobles como desgraciadas.

—Si de nosotros depende, dichosas serán.

—Inútilmente he querido averiguar dónde se oculta la infeliz doña Blanca.

—No lo conseguireis.

—No me mueve un sentimiento de curiosidad, sino que obedezco á impulsos más nobles y cumplo un deber sagrado.

—Inútil es esa advertencia.

—Desapareció doña Blanca al mismo tiempo que el paje.

—Y al fin ha podido saberse que el noble mancebo está en Flandes.

—¿Y su señora?

—En España.

—¿Dónde?... Eso necesito saber para intentar un beneficio mayor que el de salvar la vida á una criatura.

Doña Isabel fijó una mirada profunda en el comendador.

Era este uno de esos hombres que en el semblante llevan el reflejo de una honradez á toda prueba.

Por algunos minutos guardó silencio la esposa de Felipe II.

Luego dijo:

—Comendador, yo sé dónde se oculta la desgraciada á quien considero mi mejor amiga.

—Pues si ese secreto conoceis...

—Al revelarlo puedo producir grandes males.

—Si no inspiro á vuestra majestad confianza...

—Ciega.

—Entonces...

—El secreto conocereis, caballero; pero tened presente que al conocerlo echareis sobre vos una responsabilidad tremenda. Es imposible que cometais un abuso; pero si con la mejor buena fé cometeis una torpeza, Dios sabe lo que sucederá.

—Tengo fé en la proteccion divina.

—Aunque me engañáseis no me seria posible casti-

garos, ni aun pudiendo lo haria, porque todo lo fio á la justicia del Omnipotente.

—Señora, un ángel sois, y aunque yo fuese la más depravada de las criaturas...

—Os engaña la nobleza de vuestro corazon,—interrumpió la reina.

Y desplegó una sonrisa desgarradoramente amarga.

—Veo que vuestra majestad está dispuesta á revelarme ese secreto que tanta importancia tiene; pero no aceptaré la confianza sin dar explicaciones. Ya he dicho que quiero hablar con franqueza, que nada ocultaré, y como otro secreto guardo aún más trascendental que el del paradero de doña Blanca...

—No, caballero: no depositaré á medias mi confianza en vos. Si otro secreto conoceis, guardadlo.

—He venido á Madrid para darlo á conocer á vuestra majestad.

—Lo hareis despues de haberme escuchado.

—Señora...

—Es mi voluntad.

El comendador inclinó la cabeza.

La reina dijo:

—Acercaos más, que no quiero levantar la voz, aunque tengo la seguridad de que nadie nos escucha.

Obedeció el caballero.

Doña Isabel añadió:

—Doña Blanca se encuentra en el monasterio de las Huelgas.

—¡Ah!...

—Y ya sabeis que allí está tambien doña Ana de

Mendoza, la mujer impúdica que me ha ofendido, la que para satisfacer su anhelo de venganza y trastornada por el despecho, tiene sobre su conciencia el crímen de la muerte del príncipe don Cárlos.

Al hablar así, cambiaba la expresion del semblante de la reina.

Su noble frente se contraia.

—Por algo,—añadió despues de algunos momentos, —por algo ha dispuesto Dios que el rey designe para encierro de doña Ana el mismo lugar donde se ha refugiado una de sus víctimas.

—Tiemblo...

—Esa mujer criminal ignora que allí está tambien mi noble y desgraciada amiga.

—Pero...

—Debemos respetar lo que dispone el Omnipotente.

El comendador empezaba á sentirse aturdido.

—Doña Blanca en las Huelgas,—murmuró.

—Ya conoceis el secreto.

—¡Ah!...

—Haced ahora lo que vuestra conciencia os mande, que á todos ha de juzgarnos Dios.

—Gracias, señora, gracias por la confianza que os inspiro y por el beneficio que acabais de hacer.

—¿Y en qué consiste?

—En que al darme á conocer ese secreto me facilitais cuanto necesitaba para salvar á otra criatura de una desgracia mucho mayor que la muerte.

—No comprendo...

—Dice vuestra majestad que nadie puede escucharnos.

—Acercaos á esas puertas y mirad á las otras habitaciones. Por esa no más podria entrar el rey.

—¡Oh!...

—En cuanto á las personas que me sirven he adoptado las precauciones convenientes.

El comendador se acercó á las puertas, levantando las cortinas.

Convencióse de que nadie escuchaba.

Volvió al lado de la reina.

Se inclinó y concentrando la voz, dijo:

—El marqués de Poza vive.

—¡Que vive!—exclamó doña Isabel con tono de profunda sorpresa.

Y se extremeció y miró ansiosamente al caballero.

—En lugar del marqués enterraron á su criado.

—¡Dios mio!...

—Mi hermano lo salvó; pero...

—Acabad, acabad,—dijo la reina, cuya agitacion acrecentaba por instantes.

—Pero el desdichado está loco.

—¡Loco!...

—Y el médico opina que recobrará la razon si se le presenta la mujer á quien ama.

No es posible explicar lo que sintió la reina.

Tal fué su trastorno que en algunos minutos no acertó á pronunciar una palabra.

El comendador estaba tambien profundamente conmovido.

Cuando empezaban á dominar su trastorno y la con-

versacion iban á continuar, levantóse una cortina y entró anhelante la hija de don Pedro.

El terror se pintaba en su rostro.

—Venid,—le dijo al comendador.

—¿Qué sucede?—preguntó doña Isabel.

—Venid... es el rey...

—¡Ah!...

—¡Dios misericordioso!...

—Por aquí.

Volvióse el comendador para seguir á la doncella.

¡Ya era tarde!

Apareció la sombría figura de Felipe II, que dió algunos pasos en el interior de la cámara.

Doña Sol, lentamente y andando hácia atrás, llegó á una de las puertas y desapareció.

La reina levantó la cabeza y fijó una mirada tranquila en su esposo.

Nada temía la infeliz.

El comendador quedó inmóvil como una estátua.

Su rostro enrojeció hasta ponerse amoratado.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

CAPÍTULO CXIII.

El triste resultado de aquella escena.

El comendador Maldonado tenia gran corazon y era honrado hasta el último punto de la honradez; pero nada más, pues le faltaban condiciones para ser un verdadero cortesano.

Otro cualquiera no se hubiese turbado, puesto que nada hacia que mereciese censura: estaba en la cámara de la reina como pudiera estar cualquier otro caballero de los que por su clase y circunstancias tenian entrada en la morada real.

Hablaba con la reina, lo cual nada de particular tenia.

Empero su conciencia era exajeradamente escrupulosa, y aunque cumpliendo estaba un sagrado deber y haciendo además un gran beneficio, sentia lo que se siente al cometer un abuso, pues allí estaba ocultamente y para tratar de lo que al rey le era desagradable.

La audacia era enteramente desconocida para el

comendador, y además nunca pudo hacerse superior al sentimiento de respeto profundo y casi supersticioso que le inspiraba el monarca.

Hay que tener tambien en cuenta la influencia incontrastable que ejercia Felipe II, la facultad de dominar con su mirada, con su solo aspecto, cualidad de que la naturaleza lo habia dotado como á muy pocas criaturas.

Lo que sintió el caballero no puede explicarse.

Hubiera querido que en aquellos momentos terribles se abriese la tierra y se lo tragase.

Felipe II fijó su mirada penetrante y dominadora en el comendador, y despues de algunos momentos le dijo con voz tranquila y grave tono:

—Comendador, los vasallos saludan á su rey.

Extremecióse Maldonado.

Sudor copioso y frio inundó su frente.

Sus ojos empezaron á enrojecer como si se inyectaran en sangre.

Dilatáronse sus pupilas.

—Señor,—balbuceó con voz oscurecida,—señor... Perdone vuestra majestad...

Interrumpióse, porque todos sus esfuerzos eran vanos para articular una sílaba.

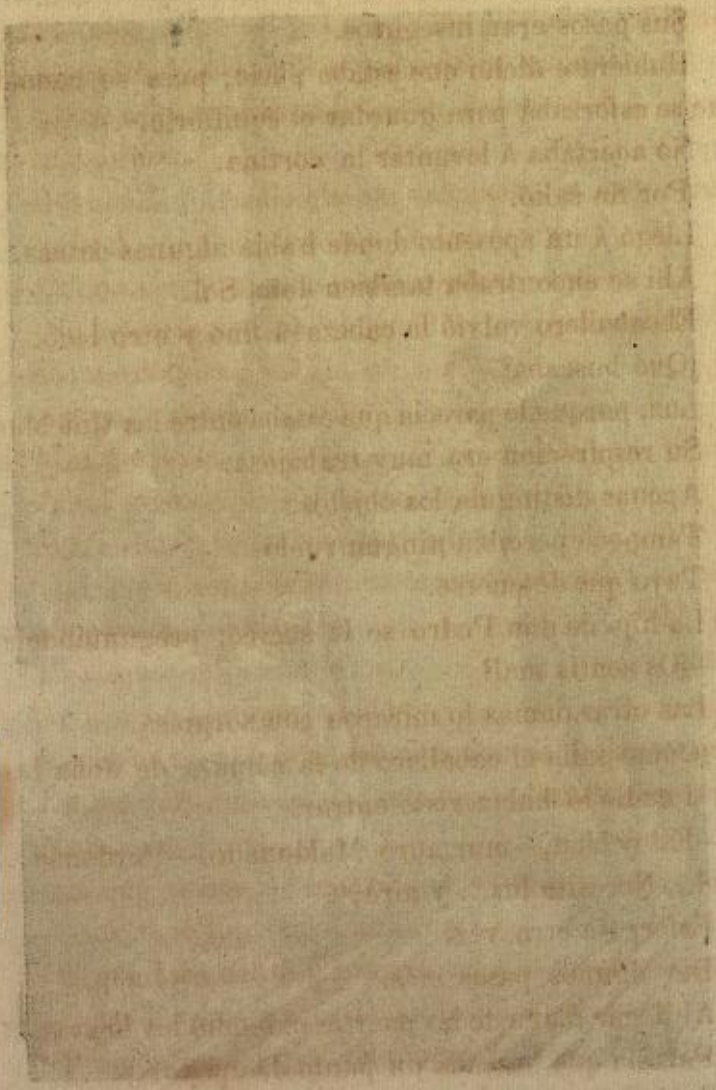
El monarca desplegó una de sus sonrisas espantosas y dijo dulcemente:

—Perdonado estais... Que os guarde el cielo.

Ya no era posible que ni un solo instante permaneciese allí el comendador.

Maquinalmente se dirigió á una de las puertas

—Comendador, los vasallos saludan á su rey.



mientras balbuceó palabras que no pudieron entenderse.

Sus pasos eran inseguros.

Hubiérase dicho que estaba ébrio, pues se conocia que se esforzaba para guardar el equilibrio.

No acertaba á levantar la cortina.

Por fin salió.

Llegó á un aposento donde habia algunas damas.

Allí se encontraba tambien doña Sol.

El caballero volvió la cabeza á uno y otro lado.

¿Qué buscaba?

Luz, porque le parecia que estaba entre las tinieblas.

Su respiracion era muy trabajosa.

Apenas distinguia los objetos..

Tampoco percibia ningun ruido.

Tuvo que detenerse.

La hija de don Pedro se le acercó, preguntándole:

—¿Os sentís mal?

Las otras damas lo miraron con sorpresa.

¿Cómo salia el caballero de la cámara de doña Isabel si nadie lo habia visto entrar?

—Estoy bien,—murmuró Maldonado.—Perdonad... ¡Ah!... Necesito luz... y aire...

Esforzóse otra vez.

Dió algunos pasos más.

Al llegar á una de las puertas extendió los brazos.

Parecia que buscaba un punto de apoyo.

Su cuerpo vaciló.

Ya no pudo sostenerse y cayó pesadamente.

Resonó un grito de espanto y de sorpresa.

Acudieron las damas.

El caballero estaba inmóvil.

Sus ojos abiertos y las pupilas dilatadas sin brillo ni expresion, le daban el aspecto de un cadáver.

—¡Dios misericordioso!—exclamó doña Sol.

Arrodillóse.

Movió á Maldonado que no daba señales de vida.

—¡Un desmayo!—dijo una de las damas.

—Algo más debe ser,—replicó otra.

—Se ha desfigurado.

—Y no respira.

—Agua, agua.

—Un médico.

—Está grave.

Moviéronse de un lado para otro.

Todas estaban poseidas de terror y ninguna acertaba á socorrer al caballero.

Produjose gran confusion.

Acudieron algunos criados.

Rociaron con agua fresca el rostro del comendador.

Le acercaron vinagre y esencias á la nariz.

Nada conseguian.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Ante todo llevadlo á una cama.

—Y que busquen á Olivares.

—Debemos dar cuenta del suceso á su majestad.

—Despues que el médico venga.

—Ahora.

—Sí, porque es nuestro deber.

Una de las damas entró en la cámara de la reina.

Aún estaba allí Felipe II sentado junto á su esposa y hablando al parecer muy tranquila y dulcemente con ella.

—¿Por qué entrais?—le preguntó severamente á la dama, que era la duquesa de Féria.

—Señor, cumplo un deber, porque sucede una gran desgracia y no quiero responsabilidades.

—¡Una desgracia!...

—El comendador Maldonado, al llegar á la puerta de nuestra habitacion, ha caido sin conocimiento.

—¡Dios mio!—exclamó la reina, poniéndose en pié.

—Y su aspecto es tal,—añadió la dama,—que tememos más que un desmayo. Lo hemos socorrido; pero el sentido no recobra, y ya han ido en busca del doctor Olivares.

Doña Isabel dió un paso hácia la puerta.

Felipe II se puso tambien en pié y la detuvo, preguntándole:

—¿Qué haceis?

—Quiero ver al comendador...

—Sois la reina.

—Señor...

—Lo socorrerán como merece y esperaremos el resultado.

Inmóvil quedó la reina por algunos minutos.

Su agitacion era muy violenta.

Tuvo que volver á sentarse.

La duquesa salió de la cámara.

Entretanto quiso la casualidad que se presentara el doctor Olivares.

—¡El cielo os envía!—le dijo doña Sol.

—¿Qué sucede?

—Mirad.

El célebre médico se acercó á Maldonado.

Se arrodilló y lo contempló.

Arrugó el entrecejo.

Todos esperaron con creciente ansiedad.

Buscó el pulso del caballero.

Le miró muy atentamente los ojos.

Por fin levantó la cabeza y dijo con grave tono:

—Dios tenga piedad de su alma.

Resonó un grito de terror.

Las damas retrocedieron.

—¡Muerto!—exclamó la hija de Lainez.

—Sí,—dijo Olivares.

—¡Ah!...

—Tengo la seguridad de no equivocarme; pero haré la última prueba.

Y con la frialdad que lo caracterizaba, el médico sacó una bolsa de cuero negro, tomó una lanceta y la clavó en el cuello del cadáver, rompiendo la arteria.

Ni una gota de sangre salió de la herida.

—Rezad,—dijo,—porque es lo único que podeis hacer por el hombre que ha sido ejemplo de virtudes.

Reinó un silencio profundo y que algo tenia de pavoroso.

Doña Sol estaba inmóvil y con la mirada fija en el cadáver.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Temblaba convulsivamente.

Se contraian y entreabrian sus lábios.

¿Quién hubiera podido adivinar lo que pasaba en su alma?

Olivares preguntó:

—¿Entraba, ó salia el noble Maldonado?

—Salia,—respondió una de las damas,—y por cierto que su salida de la cámara de la reina nos sorprendió, pues nadie lo ha visto entrar. Tal vez doña Sol pueda dar más explicaciones.

—Debeis pedírselas á la reina,—replicó la jóven con voz reconcentrada.

—Yo entré para dar parte del triste suceso y ví que con la reina estaba el rey.

—Detalles son esos de poquísima importancia, pues siempre resulta que el noble comendador ha dejado de existir.

—Pero tan repentinamente...

—Cuando salió de la cámara de su majestad llevaba ya la muerte en el cerebro. Ahora disponed lo conveniente para que de este sitio desaparezca el cadáver.

—Será preciso dar parte á su majestad...

—Yo lo haré.

Olivares entró en la cámara de la reina.

Aún estaba allí Felipe II.

—A tiempo llegais,—dijo.

—Tarde, señor, muy tarde.

—¿Y Maldonado?—preguntó ansiosamente doña Isabel.

—Grave, muy grave.

—Pero...

—No hay salvacion posible.

—Inútil es que ocultcis la verdad con el noble fin de evitarnos un disgusto,—replicó el monarca.—Decid de una vez que el comendador ha muerto.

Olivares inclinó la cabeza.

Su silencio era demasiado elocuente.

La reina exhaló un grito de dolor.

El llanto brotó de sus magníficos ojos.

—Debemos respetar los fallos del Omnipotente,—dijo Felipe II.—Hemos perdido uno de nuestros mejores caballeros y más leales vasallos... Que Dios acoja su alma con misericordia y recompense sus virtudes con la bienaventuranza eterna.

Al decir esto el rey se dirigió hácia la puerta por donde habia entrado; pero antes de salir, volvió la cabeza y le dijo á Olivares:

—Doctor, cuidad bien de la reina... Ya veis que está muy agitada, porque la impresion, sobre ser violenta y desagradable, ha sido muy repentina.

De la cámara salió el gran tirano.

Olivares se acercó á la reina.

La pulsó y la contempló.

—Señora,—dijo,—si vuestra majestad me dá licencia, recetaré.

—Me parece inútil.

—Conviene contrarestar los efectos de la conmocion que ha experimentado vuestra majestad.

—Doctor, para morir no se necesitan medicamentos.

—Señora...

—Hasta hoy he podido tener alguna esperanza; pero acaba de desvanecerse.

—Siempre el enfermo...

—No intenteis consolarme,—interrumpió la reina. —Siento lo que nunca he sentido, la mano de la muerte que me oprime y me hiela el corazon. Quizás la conmocion que he sufrido haya determinado una crísis mortal; pero esto habia de suceder con un motivo ó con otro. Ya sabeis que la muerte no me espanta, pues aunque débil y pecadora criatura, mi conciencia está tranquila.

—Esas tristes ideas...

—Recetad, doctor, que haré cuanto dispongais, no porque crea que ha de servirme para nada, sino porque así cumplo un deber. Pero antes decidme cómo se explica la repentina muerte de Maldonado.

—Señora, desconozco las causas, porque no me han dado bastantes noticias. Dicen que el comendador salia de esta cámara, y añaden que no lo habian visto entrar. Cuando salió llevaba ya la muerte en el cerebro, y probablemente la causa ha sido una gran sorpresa que ha producido violentísima conmocion. Esto es cuanto puedo decir.

—Más que vos sabe doña Sol de Lainez.

—Si aquí se encontraba...

—Entró para darme aviso de que se acercaba mi esposo, y antes de que el comendador pudiera salir...

—Entró su majestad...

—Ya lo sabeis todo.

—El resultado es que el comendador ha muerto, y

vuestra majestad debe ahora pensar en su salud, pues tiene un gran deber que cumplir, el deber de la madre, sin que importe que á la mujer le sea indiferente la vida.

—Al morir yo, morirá la inocente criatura que llevo en las entrañas.

—Señora...

—Recetad, doctor, recetad.

El médico se acercó á una mesa.

Tomó la pluma y escribió el récipe.

Luego dijo:

—Una cucharada cada tres horas, y mucho sosiego, y distraccion, que vuestra majestad puede tener en la misma conversacion con las damas de la servidumbre.

—Gracias, doctor.

—Si vuestra licencia me dais...

—Que os guarde el cielo.

El médico salió.

Ya habian quitado el cadáver del comendador.

En una galería encontróse con la hija de don Pedro, que se le acercó y con voz reconcentrada le dijo:

—Doctor, el rey ha matado al comendador.

—Ya lo sé,—dijo sencillamente Olivares.

—¡Oh!...

—Y la reina morirá muy pronto sin necesidad de que nadie la mate, y os lo advierto para evitaros la molestia de hacer suposiciones erróneas: morirá pronto, os lo aseguro, y su muerte la ha determinado la repentina del comendador.

—¡Salvadla!...

—La ciencia es impotente, y así voy á decírselo ahora á su majestad.

—Pero...

—No olvideis mis consejos y decidle á don Juan que no los olvide.

Quiso continuar la conversacion la hija de don Pedro; pero se oyó ruido de pasos.

Olivares la saludó y se alejó, dirigiéndose á la cámara de Felipe II.

A la de la reina fué doña Sol.

Abrazáronse aquellas dos infelices mujeres como si fueran iguales.

El llanto empezó á correr por sus mejillas.

No pronunciaron una palabra.

Se entendian perfectamente sin hablar.

Pocos minutos despues doña Sol se separó de la reina, diciendo:

—Aún tengo que hacer.

—¿A dónde vas?

—Despues lo sabreis.

Y de la cámara salió.

CAPITULO CXIV.

Andrés busca luz y encuentra tinieblas.

La muerte del noble comendador debia producir las más tristes consecuencias.

Era de grandísima importancia el secreto que habia revelado á doña Isabel de Valois; pero nada se habia conseguido con esto, porque nada le era posible hacer á la infeliz reina. El marqués de Poza vivia y habia sido amparado por el hermano del comendador; pero, ¿dónde se encontraba? Además, si habia perdido la razon era mucho más difícil favorecerlo en ningun sentido.

Desde luego hubiera podido doña Isabel enviar un aviso á su antigua doncella doña Blanca; pero esto hubiera sido una imprudencia mientras no se tuviese la seguridad de que el marqués habia recobrado ó podia recobrar la razon.

Preciso era dejar que el tiempo pasase y esperar nuevas circunstancias.

De todas maneras, la esposa de Felipe II habia sufrido un golpe terrible y no se equivocaba el doctor

Olivares al decir que ya no habia en lo humano remedio para la augusta enferma.

Así se lo dijo tambien al monarca.

Este escuchó á su médico y replicó friamente:

—Habeis cambiado de opinion en pocas horas, puesto que ayer no desesperábais.

—Señor,—repuso Olivares,—las circunstancias han cambiado tambien. Para determinar el grave estado que hoy principia, no se necesitaba más que una conmocion repentina y muy violenta. La muerte del comendador ha impresionado muy vivamente á la reina, y ahora...

—Deploro el suceso; pero mi conciencia está tranquila, porque no es mia la culpa.

—Ya lo sé.

—No acabo de comprender el motivo porque Maldonado se turbó al verme, pues ningun delito ha cometido, ni tenia nada que temer. Ni siquiera me saludó, y no hice más que dirigirle una suave advertencia. Ya debia estar predispuesto al ataque que lo ha llevado al otro mundo.

—Probablemente.

—Debo creer que se habia metido en alguna intriga, pues de otro modo no es posible explicar la visita hecha á mi esposa. Allí se encontraba tambien doña Sol que no se turba fácilmente y salió del apuro desapareciendo como desaparece un fantasma.

—No adivino lo que todo eso pueda significar.

—Cumpliremos nuestro deber.

—Por mi parte...

—Hareis lo posible para que mi esposa recobre la sa-

lud; pero no olvideis al alférez Castillejo, pues ya sabeis que su vida me interesa y que sus declaraciones pueden ser muy útiles para hacer justicia.

—Aún no me atrevo á responder de la salvacion del alférez.

—Dios dispondrá,—dijo el monarca.

Así pusieron término á la conversacion.

La muerte del comendador fué objeto de muchos comentarios.

Mientras todo esto sucedia cavilaban y conferenciaban don Juan y Andrés.

La situacion era para ellos cada vez más crítica, á pesar de que se habian salvado de los grandes peligros que les amenazaron.

¿Qué ventajas habia conseguido el amante de doña Sol?

Ninguna.

Siempre tenia el mismo estorbo, que consistia en la tenacidad y el ódio de don Pedro de Lainez.

Fácilmente podia don Juan inutilizar al padre de doña Sol, acusándolo, presentando las pruebas de los crímenes que habia cometido; pero al inutilizarlo lo deshonraria tambien, porque apareceria tal como era, como un asesino, y esto seria para doña Sol la desgracia más horrenda.

Herir al padre era lo mismo que herir á la hija, y no podia don Juan querer la dicha á costa precisamente de la mujer á quien amaba tanto.

Por el contrario, don Juan tenia que protejer á su mayor enemigo.

Situacion igual no puede imaginarse.

Además de todo esto sufria con la desgracia del hombre que lo habia protejido tan generosamente y que se encontraba á los bordes del sepulcro.

—¿Qué haremos?—le preguntó don Juan al sirviente.

—No lo sé.

—Tengo aún grandes deberes que cumplir.

—Y los cumplireis hasta donde os sea posible.

—No puedo abandonar á nuestro noble amigo Castillejo, porque seria un crímen.

—Vos teneis mucho que agradecerle y yo tambien, y además somos amigos desde hace muchos años; pero desgraciadamente nada podemos hacer en su favor.

—Tampoco hemos de permanecer quietos é indiferentes.

—Eso no.

—Pues entonces...

—Necesitamos averiguar cómo se encuentra y todo lo demás que haya sucedido, pues la verdad es que estamos á oscuras y así no podemos adoptar ninguna determinacion.

—Iremos al arrabal.

—Vos no ireis,—replicó Andrés.

—Sí.

—Os perderiais y nos perderiamos todos sin beneficio para nadie. A mí no me conocen, porque soy un pobre diablo, y puedo presentarme en todas partes sin temor. Además, de nada pueden acusarme, y por consiguiente ningun peligro me amenaza. Vos permanecereis aquí...

—Quieto, encerrado...

—Es preciso.

—¡Oh!...

—Saldreis durante la noche.

—Y entretanto...

—Me dejareis en completa libertad.

—Andrés...

—Os lo suplico en nombre de doña Sol.

—Te debo mucho y no puedo contrariarte, pero...

—Bien sabe Dios que no he de estar tranquilo sino á vuestro lado; pero es forzoso que nos separemos por algunas horas. Nuestro huésped parece reservado y se interesa por vos, y por consiguiente no hay que temer que ninguna traicion cometa.

—No.

—Pues bien, dejadme, porque ante todo es preciso hacer averiguaciones.

—Dios te proteja.

Andrés salió de la hostería.

No era posible que cometiese la torpeza de presentarse en la casita del arrabal; pero determinó ir á la taberna donde se habia tramado el crímen, suponiendo que allí le darian las noticias que necesitaba.

Así lo hizo.

El tabernero no lo reconoció, puesto que no lo habia visto más que la noche que fingió que dormia.

Pidió vino y sardinas Andrés, sentándose junto á la ventana, es decir, en el mismo sitio desde donde observaba el traidor hidalgo.

Fácil era entablar conversacion con el tabernero, y así lo hizo, diciéndole:

—Aseguran que por aquí se ha cometido un crímen del que ha sido víctima uno de vuestros vecinos.

El tabernero se extremeció porque su conciencia no estaba tranquila y los criminales temen á todas horas ser descubiertos.

No queria rehuir la conversacion, porque hubiera infundido sospechas, y respondió sencillamente:

—Sí, uno de mis vecinos, el señor Alonso Castillejo, que habita en esa casa frontera.

—Entonces vos debeis saber la verdad de lo sucedido.

—Nada tiene de particular, pues Madrid está lleno de criminales y estas desgracias son muy frecuentes.

—Es verdad.

—El señor Alonso salió de su casa para ir no sé dónde, y en el arroyo se vió acometido por un hombre que salió de no sé qué calle.

—Dicen que se defendió.

—Sí; pero mientras lo hacia se presentó otro individuo y lo hirió en la espalda, y al mismo tiempo un desconocido arremetió contra los criminales, mal hiriendo á uno y persiguiendo al otro, y acudió una ronda, y... Nada más.

—¿Y es grave la herida?

—Parece que sí.

—Me han dicho que el rey se interesa mucho por la vida del tal Castillejo.

—Así debe ser, pues ha venido para curarlo el doctor Olivares.

—¿Y el criminal herido?

—Está en la cárcel.

—¿Ha declarado?

—No lo sé,—respondió el tabernero, extremeciéndose otra vez.

—¿Y quién cuida al señor Alonso?

—Algunos corchetes que se han instalado en la casa, y el alcalde que viene muy á menudo. Nadie pudo creer que un pobre como el señor Alonso Castillejo fuese tan atendido.

Era inútil que más preguntase Andrés, puesto que más no podia decirle el tabernero.

Por espacio de una hora permaneció allí.

Vió llegar al alcalde y penetrar en la casita del señor Alonso.

Andrés arrugó el entrecejo.

Quedó inmóvil por algunos minutos.

Luego brillaron sus ojos.

—¡Oh!—murmuró.—Preciso es convencerse de que en situaciones como esta hay que cometer alguna locura, porque sin arriesgar mucho no es posible conseguir algo.

¿Qué intentaba?

No lo sabemos.

Salió de la taberna despues de haber pagado más de lo que debia.

Se alejó algunos pasos.

Se detuvo y dijo:

—Espero que Dios me protegerá.

Volvió á ponerse en movimiento.

Pocos minutos despues entraba en el alcázar real.

Parecia perfectamente tranquilo, aunque en realidad no lo estaba.

Subió, y atravesó galerías y pasillos, llegando al aposento de Olivares.

Llamó y se le presentó el criado de éste.

—Necesito ver á vuestro amo,—le dijo Andrés.

—Acaba de llegar, y si me decís vuestro nombre...

—No puedo.

José se encogió de hombros.

—Esperad,—dijo.

Se alejó, volviendo poco despues para introducir á nuestro amigo en la habitacion donde se encontraba Olivares.

Miró éste al antiguo criado de don Pedro y le dijo con el tono de sencillez con que siempre hablaba:

—Dios os guarde.

—Quizás mi visita...

—No me sorprende.

—Doctor, me conoceis demasiado bien, y...

—Debeis sufrir mucho.

—Es horrible la situacion de mi noble señora y de don Juan.

—Sí, es más crítica de lo que habeis creido.

—Y como si nada faltase para nuestra desesperacion, nuestro amigo Castillejo se encuentra á los bordes del sepulcro.

—Es verdad.

—Caminamos entre tinieblas, necesitamos luz, y...

—Venís á buscarla, ¿no es verdad?

—Sí, porque conozco la nobleza de vuestro corazon, aunque el mundo diga que corazon no teneis.

Una leve sonrisa desplegó Olivares.

Andrés añadió:

—A mí podeis decirme lo que á nadie diriais, y yo puedo hacer lo mismo con vos. Ahora nadie más que Dios nos escucha, y por consiguiente...

—Es verdad, pero desgraciadamente no puedo deciros nada agradable, ni lo que os diga ha de seros útil, porque don Juan de Manrique está dispuesto á cometer más locuras y al fin se perderá.

—Sus deberes, su conciencia, hasta su honor...

—Su impaciencia, debiérais decir, impaciencia que es hija de su pasion. Busca don Juan de Manrique lo que no ha de encontrar, quiere hacer lo que es imposible, puesto que aspira á dos cosas enteramente contrarias. Así se lo direis, advirtiéndole que por última vez le doy consejos.

—Si nos abandonais...

—No, pues ya sabeis que tengo que cumplir un gran deber; pero no puedo hacer todo lo que necesita don Juan ni lo que yo quisiera hacer. Una nueva desgracia ha venido á complicar la situacion.

—Sí, la carta que tan imprudentemente escribió don Juan, y que encontraron en los bolsillos del señor Alonso Castillejo.

—Quiero hablar de otra cosa.

—¿Más todavía?...

—Y más grave.

—¡Ah!...

—Andrés, pocos hombres están acostumbrados á sufrir como vos.

—Hace muchos años que me conoceis.

—Pocos tienen tanta fuerza de voluntad para dominarse, y si os hubiérais dejado arrebatar en dias terribles, ¿qué hubiera sucedido?

—Teneis razon.

—Si no os imita don Juan, os perdereis todos.

—Haré cuanto me sea posible.

—El comendador Maldonado ha muerto de repente al salir de la cámara de la reina.

—¡Dios mio!...

—Esta desgracia debe tener para doña Sol y don Juan una importancia grandísima.

—Sí, sí.

—Con algunas palabras suaves ha matado Felipe II al comendador.

—¡Oh!...

—Ahora es más difícil la situacion de vuestra señora, y Dios sabe lo que á don Juan puede sucederle.

—Pero...

—Decidle que salga inmediatamente de Madrid, que se oculte y que aguarde hasta que se resuelva la situacion de don Pedro de Lainez, porque cuando esto haya sucedido, todo lo demás será fácil.

—No se irá don Juan de Manrique, no.

—Pues que Dios lo proteja.

—Precisamente porque los peligros son mayores permanecerá en Madrid.

—¿Y qué hará?

—Ni él mismo lo sabe, ni yo tampoco.

—Ya os he dicho que aspira á dos cosas enteramente contrarias, puesto que quiere inutilizar á don Pedro de Lainez, quiere obligarlo á ceder y al mismo tiempo desea que se salve, porque así le conviene á doña Sol. Semejante lucha es insostenible. Don Juan se defiende, y como no ataca, más ó ménos tarde ha de ser herido. Entonces se arrepentirá, pero será tarde.

Andrés inclinó tristemente la cabeza.

Olivares añadió:

—Don Pedro de Lainez asesinó al padre de la infeliz Marta, y ha pagado asesinos para que quiten la vida á don Juan.

—Pero si lo acusamos, si presentamos las pruebas...

—Sufrirá don Pedro el castigo que merece.

—Se deshonraria, su nombre quedaria envilecido, y aunque quedara muy honrado, su hija, cuyo corazon es tan noble...

—Se negaria á ser la esposa del hombre que habia acusado á su padre.

—Sí.

—Pues dejadlo en paz y protegedlo, y siempre será un obstáculo y hasta un peligro, pues viendo estais que no se detiene para cometer todos los crímenes.

—¿Y qué podemos hacer en situacion semejante?

—Ya os lo he dicho, esperar.

—Siempre quedará otro obstáculo.

—¿Cuál?

—Don Leandro, que no ha de desistir.

—Ese obstáculo desaparecerá con el tiempo.

—Si á don Leandro conoceis bien...

—Mejor que vos.

—Entonces...

—Si don Juan se domina, se oculta y espera, algun dia se inutilizará don Pedro de Lainez, porque han de inutilizarlo las circunstancias, y don Leandro de Manrique cederá, os lo aseguro.

Andrés hizo un gesto de duda.

—No me pidais explicaciones porque no puedo darlas.

—Doctor, vos conoceis algun secreto del que quizás depende la dicha de mi desgraciada señora y del noble don Juan.

—Todo es posible.

—Nadie más que vos hace temblar á don Pedro de Lainez.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para explicaros eso me seria preciso decir lo que tengo la obligacion de callar.

—Doctor, en nombre de...

—No me supliqueis.

—He venido en busca de la luz...

—Y encontrais las tinieblas.

—Si no conocemos bien la situacion, cometeremos torpeza tras torpeza.

—Pero no las cometereis si seguís mis consejos. He dicho más de lo que debiera decir, y tranquila está mi conciencia. Que se vaya don Juan, y vos debeis quedaros, porque nada teneis que temer, aunque la justicia os busca.

—¡A mí!...

—Sí, porque á don Gaspar Cabeza de Vaca le ha parecido conveniente interrogar al que dijo que conocia al señor Alonso Castillejo. Ha ido á buscaros á la casa de vuestro señor.

—¿Y qué ha dicho don Pedro?

—Que os despidió precisamente la noche en que se cometió el crímen y que no sabe lo que ha sido de vos; pero tengo entendido que habló bien de vuestros antecedentes.

—Tiene miedo.

—Vos callais y él calla.

—Decidme ahora lo que opinais en cuanto á mi buen amigo Castillejo.

—Lo asisto por órden de su majestad y haré cuanto humanamente es posible; pero no respondo de lo que sucederá.

—¿Y el criminal que quedó herido?

—No es tan grave su estado, y si no se salva, por lo ménos mejorará lo bastante para poder declarar.

—¡Oh!...

—Si la verdad dice...

—Es preciso evitarlo.

—No es posible.

—Sus declaraciones comprometerian muy gravemente á don Pedro.

—Para condenarlo se necesitarian más pruebas.

—Que se encontrarian fácilmente, porque don Pedro cometió la torpeza de ir una noche á la taberna del arrabal para entenderse con los asesinos.

—Conoceis muchos detalles.

—Yo estuve despues en la taberna, fingí que me emborrachaba y me dormia, y así pude enterarme de lo que hablaron uno de los criminales y el tabernero, que tambien es cómplice.

—Pues difícilmente podreis deshacer lo que han hecho las circunstancias.

—Y como vos no quereis darnos la luz de que tenemos tanta necesidad...

—No puedo.

Inútil fué que insistiese el criado.

Todo lo que habia conseguido era saber la desgracia del comendador y que su amigo Castillejo continuaba en peligro de muerte.

Despidióse de Olivares.

Salió del alcázar real.

Aún intentaba hacer otra cosa; pero antes quiso llevar aquellas tristes noticias á don Juan de Manrique.

A la hostería se encaminó.

Lo dejaremos hasta que vuelva á salir y entonces lo seguiremos.

CAPÍTULO CXV.

De cómo Andrés dió otro paso muy atrevido.

En todos sentidos era la muerte del comendador una gran desgracia para el noble don Juan.

Su situacion presentaba más dificultades y complicaciones cada dia.

Indudablemente los consejos del doctor eran muy acertados, puesto que nada absolutamente podia don Juan hacer en Madrid, ni para favorecer á la reina, ni para evitar sufrimientos á doña Sol, sino que por el contrario, se los aumentaria con los temores que á todas horas la tenian sin sosiego.

¿Qué conseguiria don Juan con sacrificar valerosamente su vida?

Nada más que hacer doblemente desgraciada á la mujer objeto de su amor y digna de mejor suerte.

Empero le pareció que hubiera sido una cobardía y hasta una ruindad alejarse de Madrid precisamente cuando los peligros eran mayores y cuando era posible que necesitasen su auxilio la reina ó doña Sol.

Además el noble y generoso alférez se encontraba en gravísimo estado, y don Juan no viviria con sosiego sin saber lo que le sucedia.

Aunque ninguna de estas razones lo hubiesen detenido, estaba de por medio su pasion y no era fácil que renunciara á ver, aunque fuese de tarde en tarde, á la hija de don Pedro.

En cuanto á la seguridad de su persona, adoptaria las precauciones que le permitiesen las circunstancias, y si no encontraba vivienda donde ocultarse, se quedaria donde estaba y arrostraria todas las consecuencias.

Don Juan era el tipo más perfecto del caballero, y sus atrevidas resoluciones no deben sorprender.

—Me quedaré en Madrid,—dijo resueltamente.

—Pues nos quedaremos,—le respondió Andrés como si se tratase del asunto más sencillo.

—El señor Alonso Castillejo ha sacrificado por mí la vida, y no puedo olvidarlo sin cometer un crímen.

—Ni yo lo olvidaré, pues sobre ser mi mejor amigo, me tiene doblemente obligado, porque antes de conoceros todo lo hacia por mí y no por vos.

—Ciertamente.

—A toda costa quiero verlo.

—¿Y cómo te arreglarás?

—Yo no estoy perseguido por la justicia y por consiguiente bien puedo presentarme al alcalde y pedirle que me conceda la gracia de permanecer algunas horas junto al lecho de mi amigo.

—Supongo que don Pedro no te acusará.

—No le conviene hacerlo así, puesto que sabe que

me seria muy fácil vengarme; y mientras que contra mí no puede presentar ninguna prueba, yo puedo colocarlo en situacion muy apurada.

—¿Cuándo piensas ir?

—Hoy mismo, si bien os parece.

—Sí.

—Aunque el doctor me ha dado noticias del estado de mi amigo, deseo verlo, porque así me proporcionaré una satisfaccion.

—Y yo entretanto...

—Aquí permanecereis, pues en medio del dia no podeis salir.

—¡Oh!...

—¿Qué habiais de hacer ahora?

—Nada, pero...

—Os impacientais, ya lo sé.

—Vivir encerrado es un martirio insoportable.

—Saldremos y pasearemos durante la noche.

—Esperaré y tendré paciencia.

Comieron mientras continuaban hablando del mismo asunto, pues no era posible que de ningun otro se ocupasen.

—No está mi conciencia tranquila,—decia don Juan.

—¿De qué os acusa?

—De haber sido causa de lo que está sufriendo nuestro generoso amigo el señor Alonso.

—Es una desgracia como otra cualquiera.

—No he debido permitirle salir cuando sabia que me esperaba el puñal de un asesino.

—¿Y quién habia de creer que se equivocaran los criminales?

—La única vez que he seguido los consejos de la prudencia ha sucedido una gran desgracia.

—Lo cual quiere decir que no estais dispuesto á escuchar consejos de nadie.

—Segun.

—Si vos hubiéseis salido, ya estariais en el otro mundo, porque segun se preparó el golpe era imposible la defensa.

—Por lo que á mí me interesa, yo debo morir; pero nadie está obligado á sacrificar la vida para que yo me salve y consiga lo que deseo.

—Señor, me parece que es inútil hacer comentarios sobre lo que ya no tiene remedio.

—Pero mi conciencia...

—Bien tranquila puede estar, pues nadie como vos ha sido generoso.

—Andrés...

—Perdonad, pero no quiero detenerme.

—Vuelve cuanto antes te sea posible.

—Y os ruego que entretanto no cometais ninguna locura.

Salió Andrés.

No tenia por qué ocultarse y volvió al arrabal con la cabeza erguida y el rostro descubierto.

Sin vacilar se acercó á la puerta de la casa del alférez.

Llamó.

Abrieron, presentándose uno de los corchetes y preguntando:

—¿A quién buscais?

—Al señor alcalde don Gaspar Cabeza de Vaca, si es que aquí se encuentra.

—No.

—Pues quiero ver á la persona que haya quedado en su lugar ó que aquí disponga.

—Aquí nadie representa á su señoría, ni tiene su autoridad.

—Si todos sois iguales...

—Hasta cierto punto y para ciertas cosas.

—Pues entonces...

—¿De qué asunto quereis tratar?

Antes de que el sirviente pudiera contestar, presentóse el llamado Culebrina.

Fijó la mirada en Andrés.

—No habia exagerado al decir que tenia buen golpe de vista, pues lo reconoció inmediatamente, y exclamó:

—¡Ah!...

Como temeroso de que se le escapase el que inútilmente habian buscado, lo asió por un brazo y le dijo:

—Entrad.

No deseaba Andrés otra cosa.

Metiéronse en la habitacion donde lo hemos visto otras veces conferenciando con don Juan y con Castillejo.

El astuto corchete lo miró de piés á cabeza, diciéndole como si le amenazase:

—Sabed que ahora represento al muy ilustre señor don Gaspar Cabeza de Vaca, alcalde de casa y córte.

—Me alegro mucho,—respondió sencillamente el

criado,—y más me alegraria si el mismo señor don Gaspar se encontrase aquí.

—Es igual.

—Me parece que no.

—Os lo probaré.

—No hemos de disputar por tan poca cosa y desde luego me doy por convencido.

—Voy á interrogaros.

—¡A interrogarme!...

—Sí, porque facultades tengo para hacerlo.

—Aunque no las tuviéseis os contestaria, porque soy cortés con todo el mundo.

—Mirad bien como respondeis, porque si mentís...

—No tengo para qué.

—Os llamais Andrés.

—Es verdad.

—Habeis sido criado del noble don Pedro de Lainez.

—Muy cierto.

—Y vos fuísteis quien en el arroyo del Arenal os acercásteis á nosotros cuando...

—No es menester que os molesteis en decir lo que no he olvidado. Habia dos heridos y á uno de ellos lo reconocí.

—Y os alejásteis con mucha prisa, diciendo que os esperaba vuestro señor.

—No lo niego.

—Pues bien, la justicia sabe que si bien es verdad que servísteis á don Pedro de Lainez, no érais su criado cuando se cometió el crímen.

—De la casa de mi señor acababa de salir.

—¿Y por qué digísteis que os aguardaba?

—La costumbre.

—Pues bien, sobre la circunstancia de conocer al alférez Castillejo y sobre otras de mucho interés, dareis explicaciones á su señoría, y por de pronto quedareis detenido y á su disposicion.

—Me felicito.

—¡Que os felicitais!—exclamó sorprendido el corchete.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razon de que deseo quedarme en esta casa, y precisamente he venido para suplicar que se me permita permanecer aquí siquiera algunas horas. Por eso me habeis visto en la puerta y hablando con uno de vuestros compañeros, á quien le preguntaba por su señoría ó por la persona que aquí lo representaba.

Culebrina fijó una mirada de extrañeza en Andrés.

Habia creido que éste haria lo posible para que lo dejasen en libertad, y sucedia todo lo contrario, pues se felicitaba porque lo detuviesen.

Era el corchete demasiado curioso y no podia quedar tranquilo sin explicaciones claras y terminantes.

—¿Y para qué quereis quedaros en esta casa?—preguntó.

—Para estar al lado de mi amigo Castillejo.

—¡Vuestro amigo!...

—El mejor de todos.

—Teneis mala memoria,—replicó Culebrina sonriendo maliciosamente.

—Os equivocais.

—La falta de memoria es la perdicion de los embusteros.

—Os advertiré que recuerdo perfectamente que dije que el señor Alonso no era mi amigo.

—Pues si eso recordais...

—Mentí porque me convenia.

—Es decir, que engañásteis á la justicia, lo cual constituye delito.

—Lo que á la justicia le interesaba era saber el nombre del herido, y si la verdad no dije fué para evitar que me detuviéseis y me molestáseis con nuevas preguntas.

—Bien, muy bien.

—Pero aquí me teneis, diciendo la verdad. Nadie me ha obligado á venir, y cuando estoy tan tranquilo debe ser porque nada temo.

—Las explicaciones que dais no son satisfactorias.

—Sin embargo, abrigo la esperanza de que le parecerán bien al señor alcalde.

—Lo dudo.

—Ahora me perdonareis; pero no contestaré á ninguna otra pregunta, pues bastante os he dicho para satisfacer vuestra curiosidad. Detenedme en esta casa ó llevadme donde bien os parezca, pues no he de resistir; pero si aquí he de quedarme hariais muy bien en permitirme tener la satisfaccion de ver á mi amigo Castillejo.

—Está incomunicado.

—¿Tardará en venir su señoría?

—No lo sé.

—Pues bien, fuese acompañado por vos ó por cualquiera de vuestros compañeros, os agradeceria que me dejáseis esperar en la taberna de enfrente, porque así no me aburriria. Lo cortés no quita lo valiente, y sin que yo deje de respetaros ni vos dejeis de cumplir vuestro deber, podriais honrarme aceptando una magra y un vaso de vino para calentar el estómago. Despues volveriais á ser lo que sois y con todo rigor podriais cumplir las órdenes que os diese su señoría.

La proposicion era demasiado seductora.

Pensó el corchete que nada perderia por aceptar, puesto que á nada se comprometia.

Eran los mejores los antecedentes que de Andrés tenia.

¿Por qué no habia de alternar con un hombre honrado?

Además era posible que en la taberna consiguiese que Andrés hablase, haciendo alguna revelacion de interés.

No tenemos que decir que en realidad la razon de mayor fuerza para Culebrina era su apetito, pues hacia ya bastante tiempo que no habia tenido ocasion de entregarse á los placeres de la gula.

—No me gusta mortificar á nadie,—dijo,—y comprendo que os aburririais si esperáseis aquí.

—Por eso os pido lo que podeis concederme sin olvidar vuestro deber.

—Os acompañaré á la taberna; pero nada aceptaré.

—¿Y por qué?

—Podia creerse que me dejo sobornar.

—Eso estaria muy bien si yo necesitase algo de la justicia; pero á Dios gracias no sucede así.

—Sin embargo...

—Vamos y hablaremos.

La severidad desapareció del semblante del corchete.

Salieron de la casa.

En la taberna entraron.

Allí no habia más persona que el tabernero.

—Traednos unas magras,—le dijo Andrés,—sardinas y vino del mejor que tengais, pues nuestro paladar es muy descontentadizo.

El tabernero lo sirvió.

Culebrina miró las magras y se relamió sin darse cuenta de lo que hacia.

El sirviente llenó los dos vasos.

—Me parece,—dijo,—que no habeis de pecar por beber algunos sorbos.

—Tanto os empeñais...

—No habeis de tardar en convenceros de que soy un hombre honrado, y si sobre este punto hubiese dudas, podrian pedirse informes á mi noble señor don Pedro de Lainez.

—Yo no lo dudo.

—Pues si honrado soy, no debeis tener tantos escrúpulos.

—Por vuestra salud,—dijo el corchete.

Y bebió con ansiedad.

—No mireis con tanto desdén estas magras, ni las sardinas, pues me parece que son buenas.

—Sí; pero...

—Siquiera un bocado.

Al fin se dejó llevar Culebrina de la tentacion.

No podia suceder otra cosa.

Comió con el mejor apetito.

Andrés se cuidaba de llenar los vasos apenas se vaciaban.

Las sardinas representaban un gran papel, porque excitaban la sed.

El criado dió principio á la conversacion diciendo:

—A Dios le pido que la justicia descubra á los miserables que han herido al señor Alonso Castillejo, pues juro que me complaceré en verlos bailar en la horca.

—Y se descubrirán, no lo dudeis, porque este asunto se ha tomado con gran empeño.

—No me sorprende que en esta ocasion haga la justicia más que de ordinario, pues aunque el señor Alonso Castillejo era un pobre, tiene cierta importancia por la estimacion que le profesa su majestad.

—¿Vos tambien sabeis eso?

—Como que soy su mejor amigo y nunca ha tenido secretos para mí.

—Verdad es que el rey muestra gran empeño en que á los criminales se les descubra.

—Y el interés de su majestad se conoce en que se ha dignado mandar que su médico asista al herido.

—Veo que teneis noticias muy exactas.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—En la cárcel se encuentra herido uno de los criminales, pues eran dos.

—Si ha declarado...

—No ha podido; pero lo hará en cuanto se ponga mejor.

—Debeis conocer á ese hombre.

—Es un bribon con quien la justicia ha tenido que entender otras veces.

—Pues estando en vuestro poder uno de los criminales, no será difícil que encontreis al otro.

—Así sucederá.

—El crímen no tiene para mí explicacion, pues el señor Alonso es el hombre más honrado del mundo, á nadie ha hecho mal, y por consiguiente no es posible que tenga enemigos, y ménos entre esa clase de gente.

—Pues yo creo que los asesinos dieron el golpe porque otra persona les pagaba.

—¿Y en qué os fundais?

—Señor Andrés, no todo puede decirse.

—Perdonad.

—En este asunto debe haber algo más de la que se vé.

—Lo cual prueba que algo de mucha importancia habeis traslucido.

—La justicia tiene la mirada muy penetrante.

—Pero por desgracia se equivoca muchas veces.

—Lo que es en esta ocasion no ha de suceder así. En un calabozo está Gusarapo, y hablará de grado ó por fuerza.

—Quiéralo Dios, y sobre todo, lo que más vivamente deseo es que el señor Alonso recobre la salud.

—Sus declaraciones, cuando pueda darlas, han de servirnos de mucho.

Mientras así hablaban iba y venia el tabernero, lim-

piando las mesas y arreglando los muebles y las vasijas; pero hacia lo posible para estar cerca de los otros y los escuchaba con atencion profunda.

Ya sabemos el gran interés que tenia en aquel asunto el dueño de la taberna.

Andrés habia conseguido cuanto deseaba por de pronto, pues ya sabia que la justicia opinaba que en aquel asunto habia un misterio y que no era un crímen como otro cualquiera.

Comprendió el sirviente que su antiguo señor estaba en peligro y que era difícil salvarlo.

Para no hacerse sospechoso dió nuevo giro á la conversacion.

Culebrina comió y bebió muy bien.

Cuando terminaron, dijo:

—Si bien os parece volveremos á la casa de vuestro amigo, pues el señor alcalde no tardará en venir.

—Estoy á vuestra disposicion.

Pagó Andrés y salieron, volviendo á la casita.

—¿Hay novedad?—le preguntó el corchete á sus compañeros.

—Ninguna,—le contestaron.

Aún no habian trascurrido diez minutos cuando se presentó el severo alcalde.

—Señor,—le dijo Culebrina,—aquí tiene vuestra señoría al llamado Andrés que fué criado de don Pedro de Lainez. Ha venido para solicitar que se le permita siquiera ver al herido, porque asegura que son amigos. Debo recordar que antes declaró que lo conocia, pero que no tenia con él ninguna amistad.

De piés á cabeza miró don Gaspar al sirviente.

—Déjanos,—le dijo á Culebrina.

Este salió del aposento, cerrando la puerta.

Se sentó el alcalde.

El suelo golpeó con la vara de la justicia, y dijo gravemente:

—Desde luego creo que sois un hombre muy honrado.

—Y fácilmente lo probaré,—respondió el sirviente con la tranquilidad del que nada teme.

—Pero á pesar de vuestra honradez os encontrais en situacion bastante comprometida y podeis sufrir mucho sin haber hecho nada malo.

Andrés se encogió de hombros como si no entendiese lo que se le queria decir.

Pronto debia convencerse de que habia cometido una imprudencia al presentarse á don Gaspar, pues habia de serle muy difícil dar explicaciones satisfactorias sobre ciertas circunstancias sin comprometerse ó comprometer á don Pedro de Lainez.

—Escuchad y responded,—le dijo el alcalde.

—Espero las órdenes de vuestra señoría.

—Vos servíais á don Pedro de Lainez.

—Hacia muchos años.

—Siempre habeis tenido buena conducta.

—Y la tengo.

—Precisamente la noche que se cometió el crímen quisísteis salir á deshora y mientras creiais que vuestro señor domía.

—Es verdad.

—¿A dónde íbais?

—Vuestra señoría me perdonará; pero dudo si tengo obligacion de responder á esa pregunta.

—La teneis.

—Puede tratarse de un asunto reservado, como por ejemplo una intriga amorosa de la que dependa la honra de una mujer, en cuyo caso mi conciencia me prohibiria dar explicaciones, y querer obligarme seria un abuso.

—Hablais demasiado bien, es decir, no como un criado rudo.

—He procurado aprender lo bueno, y creo que esto debe servirme de recomendacion.

—Y sirve tambien para apreciar vuestra inteligencia; pero debeis tener presente que hay derecho para exigir más al hombre á quien Dios ha querido concederle más inteligencia.

—Yo no he de negar á la justicia cuanto me sea posible darle para que cumpla su mision.

—Si de la casa de vuestro señor íbais á salir en busca de alguna mujer, debeis decírmelo, pues como juez y como hombre honrado, guardaré el secreto. No quiero conocer vidas agenas; pero he de cumplir mi deber.

—Señor, yo iba á salir para ver á una persona que es muy desgraciada y á la que quizás hubiera podido ser útil. Al hacer esto cumplia un deber sagrado sin hacer mal á nadie.

—Muy bien; pero necesito más explicaciones.

—Puesto que estamos solos las daré.

—Decid.

—La persona á quien yo deseaba ver aquella noche para ponerme á su disposicion por si llegaba á necesitarme, es mi noble señora doña Sol de Lainez.

Todo lo esperaba don Gaspar, menos esta contestacion.

Quizás al darla se habia comprometido más Andrés.

¿Cómo saldria del apuro?

Silencioso quedó el alcalde.

Despues de algunos minutos dijo:

—¿Y qué habíais de hacer en favor de vuestra señora?

—Lo que necesitase.

—Pero, ¿en qué sentido habíais de servirla?

—Señor, doña Sol vive contrariada y sufre mucho: su situacion es muy crítica, porque su padre quiere obligarla á que se case con don Leandro de Manrique, mientras que al mismo tiempo vé perseguido á todas horas á don Juan, que es á quien ama. En esta situacion, que es por cierto bien triste, debe necesitar corazones leales, y yo queria ponerme á su disposicion para servirla en todo aquello que no fuese criminal, y para consolarla, pues ella me mira más bien como á un amigo que como á un criado. La he visto nacer, y desde que se quedó sin madre, la prodigué mis caricias y ella me pagó siempre con cariño. Me parece que todo esto es noble, aunque á don Pedro le pareceria muy desagradable, por ser contrario á sus proyectos y á sus resoluciones.

—¿Y no comprendiais que al hacer eso cometiais una traicion con vuestro amo?

—Yo habia decidido despedirme de don Pedro para

dedicarme á servir á doña Sol, y así lo hubiera hecho despues de ver á ésta y de darle cuenta de mi resolucion.

—Para favorecer á vuestra señora hubiérais tenido que favorecer á don Juan de Manrique.

—Nunca pensé protegerlo contra la justicia.

—¿Teneis alguna clase de relaciones con don Juan?

—Lo conozco lo mismo que á todos los amigos de don Pedro, y él me conoce tambien; pero sin tener ninguna clase de relaciones.

—Proseguid.

—Al salir me sorprendió mi señor; me amenazó con despedirme, y como yo habia decidido dejar su casa, me fuí inmediatamente.

—¿Vísteis á doña Sol aquella noche?

—Ya estaba libre, y pensé que era mejor aguardar al siguiente dia.

—¿Y por qué fuisteis al arroyo del Arenal?

—Tenia que pasar por allí para venir á esta casa.

—¡A esta casa!...

—Por de pronto decidí pedir hospitalidad á mi amigo el señor Alonso Castillejo; pero al llegar al barranco me encontré con la justicia y lo ví mortalmente herido. Mi sorpresa fué tan grande como mi disgusto.

—¿Por qué dijísteis que no era vuestro amigo?

—Señor, en aquellos momentos estaba yo muy aturdido.

—Me parece difícil que os turbeis.

—No es fácil; pero me sucede alguna vez. No ignora vuestra señoría que la justicia le infunde miedo á todo

el mundo, y que no hay nadie que no procure librarse de que lo molesten pidiéndole declaraciones y haciéndole ir y venir. Dije cómo se llamaba el herido y dónde habitaba, porque esto era lo que por de pronto interesaba más á la justicia. Luego no pensé más que en alejarme. Cuando recobré la calma y reflexioné, me convencí de que mis temores eran infundados; y como la salud de mi amigo Castillejo me interesaba, he venido para suplicar á vuestra señoría que me permita verlo y aun permanecer en esta casa y cuidarlo como nadie lo cuidaria. Me he presentado en esta casa sin ningun temor, porque mi conciencia está tranquila.

El alcalde volvió á quedar silencioso.

Mucho le desagradaba tener que tratar con un hombre de la inteligencia de Andrés, porque no era fácil sorprenderlo con preguntas ingeniosas.

—Hay una coincidencia que os compromete,—dijo don Gaspar.

—Si vuestra señoría tiene á bien decirme en qué consiste esa coincidencia...

—Mientras que el señor Alonso Castillejo salia de su casa y era víctima de la agresion que lo tiene á los bordes de la sepultura, vos tambien salíais de vuestra morada y os encaminábais precisamente al lugar donde el crímen se ha cometido.

—Así sucedió.

—¿Y cómo explicareis esa coincidencia?

—Creo que los hombres no pueden explicarla. Es una casualidad como otra cualquiera y como muchas que yo he visto durante mi vida.

—No parece casualidad.

—De todos modos creo que de eso nada puede sacarse contra mí.

—Hasta cierto punto.

—¿Tengo yo la culpa de que el señor Alonso saliese de su casa al mismo tiempo que yo de la mia?

—Pero es posible que supiéseis que habia de salir.

—No.

—Ni por un solo instante he pensado que vos tuviéseis parte en ese crímen, sino que, por el contrario, estoy convencido de que hubiéseis evitado que se consumase, si posible os fuese.

—Eso habla en mi favor.

—Indudablemente.

—Entonces..

—Pero tambien creo que vos sabíais ó sospechábais que el golpe estaba preparado, y que si á media noche salísteis de vuestra casa, fué para defender á vuestros amigos.

—Se equivoca vuestra señoría.

—No me equivoco, y la prueba es muy clara.

—¿En qué consiste, señor?

—Para ver á doña Sol de Lainez no hubiérais elegido la media noche, que es la hora del reposo, y hora tambien en que ni siquiera hubiérais podido penetrar en palacio, sino que hubiérais ido más temprano ó durante el dia.

—Yo queria ocultarme.

—No sois torpe, Andrés, y bien sabíais que á tales horas es imposible que viéseis á doña Sol. En ese error pudo incurrir cualquiera, pero vos no.

—Señor, el hombre de más inteligencia se ofusca y comete las mayores torpezas, y yo no he de tener el privilegio de no equivocarme. Roconozco que no anduve acertado; pero el error no es un crímen.

—Hay más.

—No lo sé.

—Fingís ignorarlo.

—Señor...

—Probado está que el golpe no se dirigia al alférez Castillejo, y si herido fué, sucedió porque creyeron que era don Juan de Manrique.

—Perdone vuestra señoría; pero insisto en que yo nada tengo que ver con eso.

—¿Cuánto tiempo hace que no habeis estado en esta casa?

—Bastante, señor.

—¿Acaso ignorábais que el señor Alonso Castillejo dió albergue á don Juan?

—Sí, lo ignoraba.

—Ahora no decís la verdad,—replicó severamente el alcalde.

—Si miento, se me presentarán las pruebas.

—No será difícil.

—Entonces me someteré y sufriré el castigo que merezca por haber mentido al interrogarme la justicia.

—Aquí se albergaba don Juan.

—Es posible, pero no lo sé.

—Debia salir para ir á palacio; pero en su lugar y con una carta suya fué el señor Alonso.

—No lo entiendo.

—Los asesinos creyeron que la persona que de esta casa habia salido, era don Juan.

—Ahora empiezo á ver claro.

—¿Y qué es lo que veis?

—El señor Alonso Castillejo no tenia ni podia tener enemigos, y como nadie lo odiaba, era inconcebible que quisiesen asesinarlo.

—Don Juan tampoco tenia más enemigos que la justicia que lo perseguia y lo persigue, porque es un delincuente.

—Pero como yo no conozco los antecedentes de don Juan tan bien como los de Castillejo, no me era posible asegurar que no tuviese enemigos, por más que siempre he creido que es un caballero aún más noble de alma que de estirpe.

El alcalde volvió á quedar silencioso.

Se habia convencido de que era inútil discutir con el astuto criado, y determinó cambiar de sistema.

Despues de algunos minutos fijó en Andrés una mirada penetrante y dijo severamente:

—Vos estais en relaciones íntimas con don Juan de Manrique.

—No,—respondió sin vacilar el sirviente.

—Vos sabíais que querian asesinarlo, y podeis dar á la justicia mucha luz para el descubrimiento del autor del crímen.

—No lo sabia.

—Os pregunto, y á pesar de que estais convencido de la rectitud de mis intenciones y de que no os compromete decir la verdad, la ocultais.

—Nada oculto, señor.

—Pues bien, tened presente que al que no responde con sinceridad cuando con sinceridad se le pregunta, se le obliga por la fuerza.

—Señor, no hay fuerza bastante para obligar á un hombre á decir lo que ignora.

—Vos no ignorais.

—Repito que sí.

—A un calabozo ireis.

—Tendré paciencia.

—Y lo que ahora callais, lo direis en el tormento.

Desplegó Andrés una sonrisa y dijo:

—Señor, con el tormento me amenaza vuestra señoría, y á la amenaza contestaré despues que el doctor Olivares manifieste su opinion sobre lo que ha de conseguirse de mí por esos medios de violencia.

—¿Y qué tiene que ver con vos el doctor Olivares?

—Que me conoce como vuestra señoría no puede conocerme.

—No necesito su opinion para hacer justicia.

—Aquí estoy... Vuestra señoría determinará lo que bien le parezca.

—Ya lo he dicho: ireis á un calabozo.

—Iré,—dijo tranquilamente el criado.

Y se encojió de hombros con la más fria indiferencia.

—¡Oh!—murmuró don Gaspar que se sentia vivamente contrariado.

En pié se puso.

Llamó á Culebrina y le dijo:

—Aquí permanecereis vigilando á este hombre. Nadie ha de verlo ni vos le hablareis.

—Bien está, señor.

—Ahora voy á ver al herido.

Don Gaspar salió del aposento y fué á otro.

Seguro estaba de que Andrés conocia al autor del crímen; pero la firmeza del criado lo contrariaba vivamente.

El asunto tomaba un giro muy desagradable.

—Voy á verme muy comprometido,—decia el severo don Gaspar,—porque si no descubro al autor del crímen, el rey me hará responsable de mi torpeza, y si lo descubro, Dios sabe lo que sucederá. Este hombre puede dar la clave del misterio, y á pesar de toda su firmeza declarará cuando en el tormento se le ponga; pero si dice lo que supongo que puede decir... ¡Oh!... Si Dios no me ilumina, si no me abre camino...

Se interrumpió porque se abrió la puerta y se presentó el célebre médico.

CAPITULO CXVI.

Olivares es siempre el mismo.

No podia llegar más oportunamente Olivares.

—¡Ah!—exclamó don Gaspar.

—Guárdeos Dios,—dijo el médico con la frialdad que lo caracterizaba.

—Dios os envía.

—¿Hay alguna novedad?

—Sí, un suceso que me pone en grandísimo apuro, y vos podeis aconsejarme.

—Ya sabeis que no me gusta dar consejos.

—Ahora lo hareis, porque no es posible que mireis con indiferencia mi sufrimiento.

—Explicaos, amigo don Gaspar.

—Se me ha presentado muy descaradamente y con mucha tranquilidad el criado de don Pedro de Lainez á quien buscábamos inútilmente, y que es el que reconoció á Castillejo cuando estaba herido en el arroyo del Arenal.

—Sí, Andrés.

—Ese es su nombre.

—Segun he podido entender por lo que me ha dicho su majestad, don Pedro debe haber dado los mejores informes de su antiguo criado.

—Así ha sucedido.

—¿Y qué queria de vos?

—Quiere que le permita ver á Castillejo y cuidarlo tambien, porque asegura que es su amigo.

—La peticion no tiene nada de particular.

—Doctor, tened en cuenta las siguientes circunstancias.

—Decid.

—Cuando el crímen acababa de cometerse dijo Andrés que conocia de vista al alférez.

—Una contradiccion que se explica con facilidad.

—Mientras el señor Alonso salia de su casa aquella noche, tambien el criado de don Pedro intentaba salir de la suya sigilosamente.

—Una coincidencia.

—Que algo significa.

—Es posible.

—Tambien creo que este hombre está en relaciones íntimas con don Juan.

—Esa es mi opinion; pero no podríais probarlo, ni aunque lo probáseis conseguiríais nada.

—Debió tener noticias de que se intentaba cometer el crímen, y salió de su casa para estorbarlo.

—Una buena accion.

—Indudablemente; pero si esas noticias tenia, debe

saber quién es el autor del atentado, quién pagó los asesinos.

—¿Se lo habeis preguntado?

—Sí.

—¿Y qué ha respondido?

—Que nada sabe, y que si determinó salir aquella noche, fué para ir á ofrecerse á doña Sol, porque habia decidido no servir más á don Pedro. Eso es mentira á todas luces.

—¿Teneis pruebas de lo contrario?—preguntó Olivares con la frialdad que lo caracterizaba.

—No.

—Pues entonces nada conseguís con vuestro convencimiento de que ese hombre miente.

—Lo encerraré en un calabozo.

—Callará.

—Le aplicaré el tormento.

—Seguirá callando.

—¡Que seguirá callando!—exclamó el alcalde.

—Le destrozareis los piés si le aplicais tres ó cuatro cuñas; le rompereis las piernas y los huesos, y quizás lo matareis si lo poneis en el potro; pero callará, no lo dudeis.

—Eso no es posible.

—¿Acaso no hay ejemplos de hombres que han perecido en el tormento sin hablar, sin exhalar siquiera un gemido?

—Sí; pero...

—Pues ese seria uno de ellos.

—Cuando le amenacé me dijo que me responderia despues que de él me hubiéseis hablado.

—Sabe que lo conozco bien y adivina lo que yo habia de deciros. Preguntadle ahora, y os contestará que jura morir antes que añadir una palabra á sus primeras declaraciones.

—Doctor, mis deberes...

—Consisten en hacer justicia.

—Sí.

—¿Y la haceis torturando á un inocente de quien sospechais, no que ha cometido un crímen, sino que quiso estorbar que se cometiese?

—¿No tiene ese hombre obligacion de ayudar á la justicia?

—¿Y no puede tener otras obligaciones?

—Lo que decís...

—No hago más que suposiciones, don Gaspar.

—Sin embargo...

—Lo único que aseguro, porque lo sé, es que ese hombre sufrirá el tormento sin hablar.

—¡Oh!...

—Vos determinareis lo que mejor os parezca, pues la responsabilidad no ha de ser para mí. Me preguntais, os respondo con franqueza, y...

—Ahora no soy el juez.

—Ni yo el médico.

—A vos acudo como amigo, porque me encuentro en el mayor de los apuros, y si consejos os pido, es para que me sirvan de guia entre las tinieblas que me envuelven, sin que nadie sepa que tales consejos me habeis dado.

—Pues bien, os daré una prueba de amistad.

—Gracias, doctor.

—Me pedís franqueza y no me dais el ejemplo.

—Nada os oculto.

—Sí.

—¡Doctor!...

—Vos sospechais quién es el autor del crímen, y casi teneis la seguridad de no equivocaros.

Don Gaspar se movió como el que no se encuentra bien.

Olivares añadió:

—¿Por qué no pronunciais el nombre del verdadero criminal?

—Hay sospechas...

—Muy graves, ya lo sé.

—Y como puedo equivocarme...

—No os detiene esa consideracion, puesto que nadie nos escucha y sabeis que yo no he de abusar de lo que me digais; lo que os detiene es el miedo, porque hay nombres que no os atreveis á pronunciar.

—¡Por Dios vivo!... Teneis el don de adivinar... ¡Oh!... ¿Qué será de mí? Si cumplo mi deber sin consideraciones á nadie ni á nada...

—Mal.

—Si no lo cumplo...

—Peor

—¿Pues qué haré?

—Nada.

—Entonces...

—Dejad que todo lo hagan las circunstancias.

—Pero el rey...

—Cumplid sus órdenes.

—Me manda hacer justicia.

—Hacedla; pero sin hacer nada.

—Loco me volvereis.

—Un consejo me habeis pedido y os lo doy.

—Consejo incomprensible.

—Don Gaspar, os sobra inteligencia.

—Pues no os entiendo.

—Lo siento.

—¿Por qué no habeis de hablarme con más claridad?

—Porque no puedo.

—¿Quién os lo estorba?

—¿Por qué vos no pronunciais el nombre del criminal?

—¡Desdichado de mí!

—Caballero, decidme una cosa.

—Preguntad.

—¿Quereis conocer un secreto de Estado?

—No, no,—respondió vivamente el alcalde.

—Puesto que no quereis...

—Callad, callad.

Don Gaspar se pasó las manos por la frente.

Estaba muy agitado.

Lo que Olivares habia dicho no era tranquilizador.

Por algunos minutos quedaron silenciosos.

—Recobrad la calma,—dijo el médico,—porque con prudencia y alguna habilidad saldreis bien de este apuro.

—Dios lo quiera.

—En cuanto al criado de don Pedro...

—Lo dejaré en paz.

—Suponiendo que consiguiéseis obligarlo á declarar, ¿qué adelantaríais?

—Si conoce el secreto de esta intriga horrible...

—En vuestro poder teneis á uno de los criminales, y nadie mejor que él puede decir quién le ha pagado.

—Cuando pueda declarar...

—Debeis interrogarle sin testigos.

—Así lo haré.

—Ahora mis deberes, porque soy el médico.

—Le permitiré á ese hombre que vea al enfermo.

—Os lo agradecerá mucho y... no está demás tener amigos, aunque sean de humilde condicion.

—Dios me libre de cometer la torpeza de despreciar á los pequeños.

El alcalde volvió al otro aposento.

—Retírate,—le dijo á Culebrina.

Y luego añadió dirigiéndose al criado:

—Voy á concederos la gracia que me habeis pedido.

—¿Veré á mi amigo?

—Sí

—¡Ah!...

—Para sufrir, porque os conocerá.

—Pero me iré más tranquilo.

—Os advierto que no ha de saber nadie que os he permitido ver al señor Alonso.

—Descuidad.

—Venid.

Al alcalde siguió Andrés mientras decia para sí:

—Mucho ha cambiado este hombre en pocos minutos. Antes negaba, y ahora concede y me trata con dulzura.

La explicacion de esto la tuvo bien pronto, porque vió al doctor en el aposento donde se encontraba el herido.

Se tranquilizó el criado.

Se acercó al lecho.

Miró á su leal y desgraciado amigo, y murmuró sordamente:

—No quedará el criminal sin castigo.—

El señor Alonso estaba bajo la influencia del sopor febril.

No tenia conciencia ni de su propia vida.

Su estado debia ser muy grave.

Andrés quedó inmóvil.

Se contrajo su frente.

Su mirada se tornó profundamente sombría.

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

Olivares se ocupaba en tomar el pulso del enfermo.

Don Gaspar meditaba sobre aquella situacion, que más extraña no podia ser.

Por fin Olivares rompió el silencio para decirle al criado:

—Viendo estais que aunque permaneciéseis aquí no podriais hacer nada en favor de vuestro amigo.

¡Oh!...

—Suplicadle al Omnipotente para que le devuelva la salud, pero es muy poco lo que puede hacer la ciencia, y no me comprometo á triunfar.

—Si mi amigo llega á morir...

—Tendreis paciencia, os resignareis, porque vuestro deber así lo manda.

—Es verdad,—murmuró Andrés como si hablase para sí,—tambien murió aquella mujer sublime y me resigné.

El alcalde comprendió la conveniencia de poner término á la conversacion, y dijo:

—Ahora nada tenemos que hacer aquí.

—¿Debo irme ó quedarme?—preguntó Andrés.

—Idos y que Dios os proteja.

—Gracias, mi noble señor.

—Salió el criado con el corazon oprimido.

Cuando estuvo en la calle exclamó:

—¡Por el infierno!... Bien necesito todas las fuerzas de mi voluntad para dominarme; pero si mi amigo llega á morir... ¡Oh!... Tendré que callar, porque así lo exige el reposo de mi noble señora.

Volvió Andrés á la hostería.

Ya se ocultaba el sol.

Don Juan lo esperaba con creciente impaciencia.

—¿Qué noticias me traes?—preguntó con ansiedad.

—El señor Alonso está muy grave, y el doctor no se atreve á responder de lo que sucederá. No me ha conocido, porque ni siquiera sabe si vive.

El caballero hizo un gesto de desesperacion.

Andrés refirió con escrupulosa exactitud cuanto le habia sucedido.

Su salvacion la debia á Olivares, pues sin la intervencion de éste lo hubieran encerrado en un calabozo, atormentándolo para obligarlo á que declarase.

La conducta de don Gaspar le pareció muy extraña al amante de doña Sol.

—Parece,—dijo,—que no quiere ocuparse de mí la justicia.

—Si el alcalde os ha nombrado, ha sido incidentalmente.

—¿Qué puede significar esto?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Me parece que no debemos fiar en esas apariencias.

—Pero indudablemente la conducta de don Gaspar obedece á órdenes reservadas de Felipe II.

—Tal vez.

—Esta noche iré á ver á doña Sol.

—¿Habeis perdido el juicio?

—Conviene que ella sepa lo que pasa, y además es posible que me dé alguna noticia de interés.

—Ciertamente; pero...

—Algo hemos de hacer. Tú tambien has cometido esta tarde una locura.

No era posible que aquellos hombres permaneciesen en la inaccion.

Era tan atrevido el uno como el otro.

Cerró la noche.

Una hora despues cenaron.

Luego salieron de la hostería.

Encamináronse á palacio.

Al verlos no hubiera creido nadie que estaban perseguidos por la justicia.

El caballero entró en la morada real.

El sirviente se quedó esperándolo.

La más grave sorpresa se preparaba para don Juan, pues en su aposento encontró á la mujer á quien amaba con delirio.

De todo se olvidaron en aquellos momentos para no pensar más que en su pasion.

Cruzaron palabras de ternura inmensa.

Trascurrió media hora antes de que pudieran dominarse.

Se ocuparon al fin de los sucesos tristísimos que habian tenido lugar aquellos dias.

No repetimos su conversacion, porque nada habian de decir que ofrezca novedad para el lector.

Hicieron todos los comentarios imaginables y todas las suposiciones.

Nada consiguieron, pues ninguna determinacion les era posible adoptar.

Les mortificaba la necesidad en que se veian de tener que esperar los sucesos sin hacer absolutamente nada.

Ni siquiera podian defenderse, pues para hacerlo así hubieran tenido que atacar á don Pedro y no era posible que semejante cosa hiciesen.

Inútilmente cavilaron para adivinar cuál seria el término de aquella situacion.

El señor de Lainez estaba más ciego cada vez y no era posible que transigiese.

Su tenacidad podia perderlo; pero ya hemos visto que no se convencia, porque no acababa de creer que le amenazase ningun peligro.

Cuando cometió el crímen que la vida costó al padre

de Marta, quedó impune, y la impunidad le habia dado alientos y le inspiraba confianza.

Para don Pedro era hasta inverosímil el que pudiera verse acusado de asesino.

¿Qué habia de hacer su desgraciada hija?

Hasta el último punto llevó su generosidad y su abnegacion la noche que se cometió el crímen de que fué víctima el señor Alonso, y ya vimos lo que consiguió.

Los dos amantes no podian en realidad hacer más que deplorar sus desdichas inmensas.

El tiempo pasó para ellos sin sentir.

Se ocuparon tambien de la reina, cuya salud se quebrantaba rápidamente.

El doctor Olivares habia declarado que doña Isabel estaba próxima á un estado gravísimo.

Si lo mismo continuaba, no tendria Felipe II que molestarse en hacer nada para satisfacer sus rencores.

Hablaron tambien del comendador Maldonado y de la sorprendente noticia que habia dado este con respecto al marqués de Poza.

Al fin doña Sol le dijo á don Juan:

—Abusamos de la proteccion que Dios nos dispensa.

—¿Por qué?

—Porque nos olvidamos de los peligros que nos amenazan mientras tú permanezcas en este sitio.

Don Juan se encogió de hombros.

—Vete,—le dijo la jóven.

—¡Oh!...

—Y no vengas sino en caso de absoluta necesidad.

—Conviene que yo sepa cuanto sucede en palacio.

—Durante el dia puede venir Andrés.

—Vivir sin verte...

—Así lo exigen las circunstancias.

—Me dominaré cuanto me sea posible.

Otra vez hablaron de su amor.

Se separaron.

Del alcázar salió el caballero.

Mientras hablaba con Andrés vagaron por las solitarias y oscuras calles.

Don Juan se complacia al aspirar el aire libre.

Despues de la media noche volvieron á la hostería.

—¿Hay novedad?—le preguntaron al hostelero.

—Ninguna.

Se entregaron al reposo de que tenian tanta necesidad.

Al dia siguiente y despues de haber almorzado salió Andrés.

Fué al arrabal, preguntando cómo se encontraba el señor Alonso.

—Lo mismo,—le respondió Culebrina.

—¿Y el otro herido?

—No lo sé.

El sirviente se alejó mientras decia para sí:

—¿Qué haré?

Le sucedia lo mismo que á don Juan y no podia permanecer en la inaccion.

Vagó por algunas calles.

Cavilaba buscando una solucion que no habia de encontrar.

Al cabo de una hora dijo:

—En último caso nada perderé por verlo.

¿Qué intentaba?

Quizás una nueva locura.

Encontrábase en la plaza del Arrabal.

Tomó hácia Puerta Cerrada.

Desde allí fué á Puerta de Moros.

Contempló la casa donde habia vivido tantos años y donde tenia tantos recuerdos.

Entró en la calle del Humilladero.

Se detuvo á la puerta de la morada de su antiguo señor.

—¡Andrés!—exclamó el portero sorprendido.

—Aquí me tienes.

—¿Qué es de tu vida?

—Luego te lo contaré, pues ahora tengo que ver á don Pedro.

—Hoy no ha salido.

—Me alegro mucho.

Andrés entró y subió.

¿Qué se proponia?

CAPITULO CXVII.

Intentos inútiles.

Don Pedro, segun su costumbre, recostado en un sillon, se habia dormido despues de almorzar.

Pocos minutos hacia que estaba despierto y apenas acababa de desaturdirse.

Pensaba salir para ir á palacio, pues otra cosa no tenia que hacer.

Como pasaban los dias sin que le hubiera sucedido ninguna desgracia, habia recobrado la tranquilidad creyendo que eran imaginarios los peligros que le amenazaban.

Sin embargo, alguna vez pensó que uno de los criminales estaba en poder de la justicia y que podia declarar, colocándolo en apurada situacion; pero las afirmaciones de aquel miserable no tendrian valor sin otras pruebas, y por consiguiente el señor de Lainez se defenderia con facilidad.

Al cambiar de postura con la intencion de ponerse en pié, se le presentó su antiguo criado.

La visita no podia ser más desagradable para el caballero.

—¡Ah!—exclamó sorprendido.

—Debiais haberme esperado,—dijo Andrés,—porque nuestras cuentas quedaron sin arreglar.

Creyó el señor de Lainez que el sirviente se referia á su salario que aún no habia recibido, y replicó:

—Es verdad... Aún no te he pagado; pero lo haré ahora mismo... Espera un poco, que voy á ver tu cuenta y te entregaré el dinero hasta el último maravedí.

—No es dinero lo que busco.

—Has hablado de tu cuenta...

—De las nuestras, pues para ocuparnos del salario no me hubiera molestado en venir. La noche que salí de esta casa no pudimos hablar tan despacio como nos convenia, y ahora vengo para saber en qué quedamos.

Hizo el señor de Lainez un gesto de disgusto.

El sirviente le hablaba, no como el inferior, sino como el igual, y esto mortificaba la soberbia del gran señor.

—Me has servido,—replicó,—y no te conviene servirme, ni á mí tampoco; te pago religiosamente; te vas y todo ha concluido entre nosotros.

—Os equivocais.

—¿Qué es lo que deseas?

—Debiérais adivinarlo sin necesidad de que yo lo dijese; pero ya que no es así, me explicaré.

—Ninguna explicacion necesito.

—Me escucharéis.

—¿Y si no quiero?

—Tambien.

—¡Andrés!...

—No os dejeis arrebatar por la ira, porque no os conviene. He venido para que hablemos, y no callaré; pero si os empeñais...

—Acabemos, porque el tiempo lo necesito para otra cosa.

—Parece que os olvidais de que conozco los secretos de vuestros crímenes.

Estas palabras eran demasiado duras.

Don Pedro se hubiera dejado llevar de los impulsos de su cólera; pero empezó á tener miedo y se dominó.

—Te perdono,—dijo,—porque...

—Don Pedro, caminais á vuestra perdicion y me parece que han de ser inútiles mis buenas intenciones. Yo hubiera querido abreviar esta conversacion; pero os empeñais en prolongarla y lo conseguireis.

El caballero se movió como si no se encontrase bien.

Habia comprendido que su situacion era muy crítica.

—Ya ves que te escucho,—dijo.

—No recordaré lo sucedido con el señor Mateo, porque...

—Lo asesinaron, y nada tengo que ver con esa desgracia.

—Si llega el caso de que otra vez la justicia se ocupe de aquel crímen, os convenceré de que os haceis ilusiones; pero ahora quiero ocuparme de don Juan de Manrique y de mi amigo el señor Alonso Castillejo, que al borde de la sepultura se encuentra.

—No sé lo que quieres decir,—replicó turbado el caballero.

—Pues bien, hablaré con claridad, puesto que así es preciso hacerlo,—repuso enérgicamente Andrés.

—No, no.

—Vos pagásteis á los criminales que habian de asesinar á don Juan de Manrique, y que por equivocacion hirieron al alférez, y tengo las pruebas, y las tendrá muy pronto la justicia, si os empeñais en seguir destrozando el corazon de vuestra pobre hija. Señor de Lainez, sois el responsable de la muerte del señor Mateo y de la pobre Marta; sois responsable de la muerte de vuestra noble y virtuosísima esposa, y...

—¡Villano!—exclamó don Pedro sin poder contenerse.

—Y á don Juan de Manrique habeis querido asesinar, y para entenderos con los criminales que habian de dar el golpe estuvísteis una noche en la taberna del arrabal de San Martin, y uno de aquellos miserables os acompañó despues hasta dejaros en esta casa.

El señor de Lainez quedó inmóvil y mudo.

Fijó una mirada de profundo terror en Andrés.

Su rostro se tornó lívido.

No habia podido creer que tanto supiese su antiguo criado.

Este con el mismo tono de firmeza prosiguió diciendo:

—Yo conocia el plan y quise evitar el golpe... Llegué tarde, porque me detuvísteis cuando iba á salir.

—¡Ah!...

—El tabernero es cómplice; y no olvideis que en la cárcel se encuentra uno de los asesinos, y que declarará cuando lo pongan en el tormento. A su declaracion le dará fuerza la del otro, que caerá en poder de la justicia, y tambien la del tabernero, y además la mia, porque fingiéndome dormido en la taberna pude escuchar lo que hablaron aquellos miserables. Ninguna prueba falta, ninguna, y vuestra suerte depende de mí. Además, el doctor Olivares conoce vuestros secretos y...

—Basta, basta.

—Vuestra hija fué noble hasta el punto de venir á media noche para daros á conocer el peligro en que os encontrábais. No quisísteis escucharla, despreciásteis sus leales consejos; pero á mí me escucchareis y no despreciareis los mios, porque yo no soy tan generoso como doña Sol. Ahora mandadme salir de vuestra casa; ahora llamadme villano y vereis lo que puede hacer el infeliz...

—Calla, calla,—interrumpió don Pedro con voz oscurecida.

Las manos se pasó por la frente, que empapada tenia en frio sudor.

Su agitacion era más violenta cada momento.

Apenas podia respirar.

Ya no le quedó duda de que Andrés podia fácilmente presentar las pruebas que la justicia necesitaba para conocer al criminal.

Andrés, como si no tuviese que guardar ningun respeto, se sentó y dijo:

—Reflexionad y decid si quereis que continuemos esta conversacion.

—¡Desdichado de mí!—exclamó el caballero.—A todos los medios se acude para violentarme, y ni un momento me dejan de reposo.

La cabeza inclinó.

No necesitaba meditar.

Despues de algunos momentos dijo:

—Me preguntas si quiero continuar esta conversacion. ¿Acaso puedo hacer otra cosa?

—Don Pedro, nadie más que Dios nos escucha, y por consiguiente podemos hablar sin ningun temor, pues lo que digamos no ha de comprometernos.

—Don Juan de Manrique ha cometido abuso tras abuso, ha trastornado á mi hija y me he visto obligado á defenderme.

—Y para defenderos cometeis un crimen.

—¿Me quedaba otro recurso?

—El primer abuso ha sido vuestro, porque os empeñais en que doña Sol sea esposa de don Leandro.

—Lo que ha sucedido ya no tiene remedio.

—Segun.

—He querido librarme de don Juan, no lo he conseguido y tengo paciencia.

—Pero no cedeis.

—Ni cederé jamás.

—Ya sabeis que puedo presentar las pruebas de vuestros crímenes.

—Aun suponiendo que eso sea verdad, ¿qué es lo que quieres? Si has venido para exigirme dinero á cambio

de tu silencio, dilo de una vez, y si puedo satisfacer tu codicia quedaremos en paz.

—Sois tan ruin que no comprendeis que nadie pueda tener un sentimiento noble. ¡Me ofreceis dinero!...

—¿Puedo darte otra cosa?

—Os perdono la ofensa, porque os desprecio.

—Andrés, me parece que no hay necesidad de que me ultrajes, porque al fin yo...

—El ejemplo me habeis dado.

—Concluyamos de una vez, porque yo sufro mucho.

—Os ofrezco la salvacion.

—¿Y nada me pides?

—No más que una cosa, y si la concedeis, nadie sabrá que sois un asesino.

—¿Y qué es lo que he de conceder?

—Permitireis que vuestra hija se case con don Juan de Manrique.

—¡Andrés!...

—Así os salvareis.

—¡Mi hija esposa de don Juan!...

—Sí.

—¡Jamás!—exclamó don Pedro.

—Os acusaré.

—Y las pruebas de que hablas...

—Las tendrá la justicia.

—Pues bien,—replicó el señor de Lainez, volviendo á recobrar la energía,—acúsame y presenta las pruebas. Me entregarán al verdugo y mi nombre quedará envilecido; pero entonces mi hija te maldecirá, y tampoco será esposa de don Juan de Manrique, porque se lo

estorbará su conciencia. Sí, acúsame, Andrés, acúsame. Yo moriré; pero todos vosotros sufrireis las consecuencias sin conseguir la realizacion de vuestros deseos.

No esperaba el criado que así discurriese su antiguo señor.

A pesar de toda su inteligencia y de toda su astucia, Andrés acababa de dar un golpe en falso.

No solamente no habia conseguido ni conseguiria lo que deseaba, sino que habia puesto sobre aviso al criminal, y este se prepararia para la defensa.

Silencioso quedó el sirviente.

Despues de algunos minutos le dijo el padre de doña Sol:

—Nada tengo que añadir, absolutamente nada. Aquí me tienes, y cuando quieras descargarás el golpe; pero piénsalo bien, porque al herirme has de herir á mi hija, y la herirás en el alma. Es decir, que á ella le harás más daño que á mí, y más daño le harás tambien á don Juan de Manrique. Y despues, cuando hayas terminado tu obra, la contemplarás y le preguntarás á tu conciencia.

—Si de todas maneras doña Sol no ha de ser esposa de don Juan...

—No.

—A lo menos tendria la satisfaccion de ver que se hace justicia.

—Si no aspiras más que á eso...

—Me contentaré, si otra cosa no puedo alcanzar.

—Está bien.

—Vos meditareis.

—No necesito meditar.

—Os concederé un plazo.

—No lo quiero.

—Pasadlo bien.

—Voy á entregarte tu dinero, y te irás, porque no te escucharé si me hablas de semejante asunto.

—Caballero...

—Por de pronto estoy en mi casa,—replicó el señor de Lainez, poniéndose en pié.

—Puesto que así lo quereis, será,—dijo Andrés con voz reconcentrada.

Y se levantó, dando un paso hácia la puerta.

—Aguarda,—le dijo don Pedro.

—¿Qué quereis?

—Darte lo que es tuyo.

—No lo recibiré, pues aunque lo he ganado legítimamente, por venir de vos me mancharia las manos.

—Sí,—replicó el caballero con ironía,—lo has ganado legítimamente, con la traicion.

—Volveré otro dia.

—Mis criados te echarán.

—Si á tanto os atreviéseis...

—Lo verás cuando hagas la prueba.

—Así como vos vereis que ningun crímen queda sin castigo.

Ya no era posible que continuasen aquella conversacion.

Salió Andrés con un desengaño.

Mal que le pesase tenia que convencerse de que era inútil amenazar á don Pedro.

Sufriendo lo que no es concebible, se encaminó á la hostería.

¿Le quedaba algun recurso?

Ninguno.

La situacion debia cambiar muy pronto y no en beneficio de los desdichados amantes.

CAPÍTULO CXVIII

Cómo trataron el alcalde y el asesino.

Pasaron ocho dias sin que tuviese lugar ningun suceso digno de mencion.

Don Juan y Andrés continuaban habitando en la hostería sin que nadie los hubiera molestado, lo cual parecia probar que Felipe II habia dispuesto que por de pronto se dejase en paz al caballero, porque así le convenia para la realizacion de sus tenebrosos planes.

No era posible ningun cálculo en semejante situacion, y por consiguiente nuestros amigos tenian que concretarse á esperar nuevas circunstancias que los favoreciesen ó que provocaran un desenlace cualquiera.

Diariamente iba el fiel criado á preguntar por su amigo el señor Alonso, y alguna vez se encontró con el alcalde ó con el astuto doctor; pero nada de particular hablaron.

Algunas esperanzas tenia ya Olivares de conseguir la salvacion del antiguo alférez.

En cuanto á don Leandro, nada decimos, puesto

que, mal que le pesase, tuvo tambien que concretarse á esperar.

Gusarapo se encontraba bastante mejor, y el médico dijo que ya podia ser interrogado el criminal, porque su cabeza estaba despejada; pero que sin peligro de su vida no era posible aplicarle el tormento en el caso de que se negase á declarar.

Debió regocijarse el señor juez, porque ya se le presentaba un medio para empezar á poner en claro la verdad; pero no sucedió así, porque temia que las declaraciones del asesino lo pusiesen en nuevos apuros.

Reflexionó muy detenidamente.

Luego consultó con el doctor Olivares; pero este no quiso darle ningun consejo.

—Pediré instrucciones á su majestad,—dijo el buen alcalde.

Y se encaminó á palacio con el propósito de hacer lo posible para librarse de la responsabilidad de lo que sucediese.

Felipe II lo recibió y le preguntó:

—¿Me traeis noticias de interés?

—Señor,—respondió don Gaspar,—el criminal herido que está en la cárcel, se encuentra ya fuera de peligro, segun me ha dicho el médico; pero no ha recuperado bastantes fuerzas para resistir el tormento, en caso de que sus negativas nos obligasen á apelar á este recurso.

—¿Y lo habeis interrogado?

—No he querido hacerlo sin consultar antes con vuestra majestad, pues me parece que este asunto, por

sus circunstancias especiales, debe ser tratado de distinto modo que los demás de la misma especie.

—Sois prudente, y os felicito.

—Si vuestra majestad se digna darme algunas instrucciones...

—Ese criminal puede decir algo que convenga callar.

—En tal caso, si á vuestra majestad le parece bien, lo interrogaré sin testigos, pues para consignar la causa en sus declaraciones, siempre estaremos á tiempo.

—Sí.

—Y si se empeña en negar ó no dice todo lo que necesitamos saber...

—Lo dejareis hasta que tenga fuerzas para soportar el tormento.

—Entendido, señor.

—Nada más tengo que deciros, don Gaspar.

—Dios me dé acierto.

—Lo habeis tenido hasta hoy, pues todo depende de vuestra lealtad y de vuestra prudencia.

—Me honra demasiado vuestra majestad.

—Lo que mereceis.

—Señor...

—Que os guarde el cielo.

La conferencia no pudo ser más breve.

Aquel mismo dia fué don Gaspar á la cárcel.

Mandó abrir el encierro donde estaba Gusarapo, y que era un aposento ventilado y de mejores condiciones que los calabozos donde se guardaba á los criminales de baja esfera.

Estaba el asesino en un lecho, que aunque pobre, era medianamente cómodo.

Se le habia cuidado como si fuese el más honrado de los hombres, y al ver el esmero y las consideraciones con que se le trataba, hubiérase creido que en vez de ser el asesino era la víctima.

Entró solo el alcalde, y cerró por dentro la puerta.

Se acercó al lecho, y se sentó en un banquillo que allí habia.

—Aquí me tienes,—le dijo á Gusarapo mientras lo miraba severamente.

—Que Dios dé mucha salud á vuestra señoría.

—¿Siguen tratándote bien?

—Como no merezco; pero sea por la falta de costumbre ó por la estravagancia de mi carácter, hubiera preferido que me encerrasen en un calabozo y que allí me dejasen sobre un monton de paja.

—Ya no vivirías.

El asesino hizo un gesto de desden.

—¡Dios de Dios!—murmuró mientras sonreia irónicamente.—Me parece que entre morir en un calabozo y cuando la calentura me tenia aturdido, y morir bailando en la horca, es mejor lo primero.

—Si crees que has merecido tan dura pena...

—Señor, por mi desgracia no puedo negar que soy un bribon desalmado, y como he cometido algunos deslices y no es esta la primera vez que tengo que entenderme con la justicia, bien sé que ahora se sacará á relucir lo pasado, y juntándolo todo resultará más de lo que se necesita para que me aprieten el pescuezo.

—Es posible que te equivoques.

—¡Bah!...

—Veo que no conoces tu situacion.

—Tal vez; pero bien puede asegurarse que no es risueña.

—Ciertamente.

Aunque con bastante trabajo, se movió el criminal y medio se incorporó.

—Mentira parece que tengas tanto valor, siendo asesino.

—Señor alcalde, lo de ser asesino y ladron no tiene nada que ver con lo demás, y vuestra señoría se equivoca si cree que todos los ladrones roban porque quieren ser malos.

—¿Acaso lo hacen con el propósito de ganar el cielo?

—Los que somos pobres tenemos que aprender un oficio para ganar con qué vivir, y los que se encuentran en el mundo sin padres, sin saber siquiera quien al mundo los trajo, sin amparo, perdidos y entre criminales, aprenden á robar y para ellos este es un oficio como otro cualquiera.

—Lo que estás diciendo podrá servirte para tranquilizar tu conciencia; pero la justicia no lo toma en consideracion.

—Ya lo sé.

—Miras con indiferencia la muerte.

—Como estoy convencido de que todos hemos de morir, me parece que no tiene gran importanoia dejar este mundo unos dias antes ó despues.

—Aún eres jóven.

—Supongo que no tengo cuarenta años.

—Y por más que digas, si cuando te amenace un peligro encuentras medios para defenderte, de seguro los aprovecharás.

—En último caso más vale vivir que morir, pues aunque en este mundo no lo paso bien, estaré peor en el otro, porque iré al infierno.

—En la situacion en que te encuentras depende tu salvacion de tí.

—¡Mi salvacion!...

—Me alegro que no dudes de que tienes merecida la horca.

—No lo dudo, señor.

—Y si yo te ofrezco la vida...

—¡Rayos!... ¡Eso no es posible!

—Repito que depende de tí.

—No lo entiendo.

—Voy á preguntarte.

El asesino desplegó una sonrisa maliciosa.

—Ya pareció aquello,—murmuró.

—Viendo estás que no me acompaña el escribano, y esto algo significa.

—Es verdad.

—Si te niegas á decirme lo que necesito saber...

—No me trataréis con tanta dulzura.

—Sufrirás el tormento.

—Señor alcalde, si me empeño soy muy capaz de dejar que me descoyunten y me hagan pedazos antes que hablar.

—Esos propósitos...

—He probado que sé cumplirlos.

—Pero sufrir horriblemente para morir y que en el mundo se queden gozando y riendo otros que son quizás más criminales...

—Eso me disgusta más que la muerte.

—Para condenarte no se necesitan más pruebas que las que tengo, pues te se cojió cometiendo el crímen en presencia de la justicia, tu compañero tuvo la fortuna de escapar, y tú pagarás por los dos.

—¡Que el infierno me trague!... Pagar deudas agenas cuando no puede uno pagar las suyas...

—Es muy triste, ya lo sé.

—De todas maneras, no puedo pasar de ahorcado, y aunque yo cometiese la maldad de descubrir á mi compañero, tambien me ahorcarian.

—Indudablemente.

—Pues si no he de conseguir ninguna ventaja, ¿para qué he de sacrificar á un amigo?

—Escúchame, porque voy á explicarte la situacion, y ten presente que ahora no está aquí el escribano para dar fé de nuestras palabras y nadie más que Dios nos escucha.

Gusarapo hizo un gesto de disgusto.

El alcalde añadió:

—Quisísteis matar á don Juan de Manrique.

—Sí; pero yo no tenía que hacer más que lo que hice, salirle al encuentro, acometerle y llamarle así la atencion para que mi compañero lo hiriese por la espalda, como lo hirió, pues yo lo ví caer.

—Te equivocaste.

—¡Que me equivoqué!

—Sí.

Debemos advertir que hasta entonces no se le habian dado al criminal explicaciones de ninguna clase, y por consiguiente seguia creyendo que era don Juan la persona á quien acometió en el arroyo del Arenal.

Tampoco le dijeron, aunque lo preguntó, si su víctima habia muerto.

—Perdone vuestra señoría,—repuso,—pero no me equivoco al creer que don Juan de Manrique cayó herido. Quizás no ha muerto, lo cual me sorprende, porque los golpes que descarga mi compañero van siempre al corazon, y ni una sola vez se ha equivocado. Para eso no hay nadie que valga tanto como él.

—No queríais robar.

—Puede vuestra señoría estar seguro de que si no sucede lo que sucedió, la bolsa de don Juan hubiera quedado entre nuestras uñas.

—Pero no era eso lo que os proponíais.

—Queríamos tambien ayudar á la justicia.

—¡Ayudar á la justicia cometiendo un crímen!

—Don Juan es un delincuente, y todo el mundo está obligado á ir contra él. Nosotros queríamos detenerlo y entregarlo á la justicia; pero resistió y...

—Sabíais donde se albergaba y era bastante con que lo hubiéseis dicho.

—Señor...

—Ya sabes que no puedes engañarme.

—Pues bien, quisimos matarlo.

—¿Y por qué?

—Por algo sería.

—Porque otra persona os pagaba.

—Todo es posible.

—Gusarapo,—replicó severamente el alcalde,—hemos convenido en hablar con franqueza, porque no ha de constar en la causa lo que ahora digas. Luego, en presencia del escribano, declararás lo que tengas por conveniente, y yo dispondré lo que me parezca justo. Lo que yo prometo lo cumplo, y si es que no te inspiro confianza...

—¡Fuego de Dios!

—Ahora decide.

—Pues bien, diré la verdad hasta donde yo crea que deba. En cuanto á si os miro con desconfianza, os juro que la tengo completa en vuestra buena fé; pero no entiendo el por qué se me trata como á ningun criminal y...

—Lo entenderás muy pronto.

—Es verdad que nos pagaron para asesinar á don Juan de Manrique, y una parte del dinero la encontrarian sobre mí.

—¿Estás dispuesto á decir quién os mandó cometer el crímen?

—Eso no, porque prometí callar y soy esclavo de mis palabras.

—Espero que cambiarás de opinion.

—Lo dudo

—Ahora vas á saber una cosa que te sorprenderá.

—No lo adivino.

—Sin duda don Juan de Manrique abrigaba algun

temor, porque en vez de salir como todas las noches, fué en su lugar el amigo que le había dado albergue, y á ese amigo heristeis, creyendo que era don Juan.

—¡Por el infierno!...

—De esto ha resultado que lo que deseaba no lo consiga la persona que os pagó.

—Señor alcalde, jurad por vuestro honor que es verdad lo que acabais de decirme.

—Lo juro.

—¡Tripas de Lucifer!...

—La persona á quien heristeis fué...

—El señor Alonso Castillejo.

—El mismo.

—¡Que el infierno me confunda!

—Y al señor Alonso, por razones que del caso no son, lo tiene en gran estimacion su majestad y lo proteje mucho.

—No lo ignoro.

—Se encuentra al borde de la sepultura.

—¡Oh!...

—Ahora comprenderás el por qué se hacen en este asunto cosas extraordinarias.

El criminal quedó muy pensativo.

Empezaba á convencerse de que le convenía cambiar de conducta.

¿Debia pronunciar el nombre de don Pedro de Lainez?

No queria, porque efectivamente era esclavo de sus promesas, segun habia dicho.

—Voy á concluir,—dijo el alcalde despues de algunos minutos.

—Estoy aturdido.

—Si me das las noticias que deseo, si en todo dices la verdad...

—Mandareis que me ahorquen.

—No.

—¡Caballero!...

—Te proporcionaré la ocasion para que recobres la la libertad, y la justicia no se ocupará de tí mientras no cometas otro crímen.

Gusarapo fijó una mirada penetrante en don Gaspar.

Este añadió:

—Reflexiona y decide.

—¡Cien mil legiones!...

—Si te obstinas, mandaré que te apliquen el tormento, y despues de hacerte sufrir mucho, te ahorcarán.

—Pero si la verdad digo...

—Te salvarás.

—¿Y mi compañero?

—Arreglaremos el asunto de modo que sea sentenciado no más que á ir algun tiempo á galeras.

—Tenemos otro cómplice; el que nos proporcionó el negocio.

—Tampoco se le quitará la vida.

—¿Y qué hareis con el que nos pagó para que matásemos á don Juan?

—Lo que su majestad disponga.

—En ese caso...

—Nada puedo ofrecer ahora para el autor del crímen.

—De seguro no lo sentenciareis á morir.

—¿Por qué?

—¡Mil rayos!... Por la sencilla razon de que es un caballero muy principal y muy rico, y para los grandes no es la justicia lo mismo que para los pequeños.

—Te equivocas.

—El tiempo lo dirá.

—He adivinado quién es el autor del crímen.

—Pues si lo sabeis...

—Mis sospechas no son bastante para castigarlo.

—Quereis pruebas y...

—Tu declaracion, la de tu compañero y la de ese otro cómplice de quien has hablado, serian prueba bastante.

—Puesto que no ha de escribirse lo que ahora digo...

—No.

—Si yo supiera que habíais de ahorcar ó siquiera cortarle la cabeza al caballero que nos pagó, diria su nombre por tener el gusto de verlo morir como morimos los pobres que somos criminales por necesidad.

—No es imposible que tengas esa satisfaccion.

—Pero como decís que no sabeis lo que determinaria su majestad...

—No.

—Por eso callo.

—¿Y consentirás morir y que se quede vivo y muy honrado ese caballero?

—Segun,—respondió el criminal.

—No te entiendo.

—Señor alcalde, nosotros tambien somos honrados, porque nos conviene.

—Una honradez dudosa.

—Cuando nos comprometemos á hacer una cosa la hacemos, aunque nos cuesta la vida.

—Pero no os comprometeis á hacer nada bueno.

—Ello es que el caballero que nos mandó trabajar nos pagó religiosamente, y no tenemos motivos para quejarnos.

—Ahora os abandona...

—Así parece; pero en cambio nosotros hemos cometido una torpeza, dejando con vida á don Juan de Manrique cuando lo que le interesaba era que muriese. De esto resulta que se ha comprometido y ha gastado el dinero sin conseguir lo que deseaba.

Parecia imposible que así discurriese un hombre tan grosero como Gusarapo.

Habia dicho que tenia conciencia, y bajo cierto punto de vista no mentia, pues en realidad don Pedro de Laiñez tenia motivos para quejarse y no era justo exigirle nada.

Comprendió el alcalde que no le convenia continuar la cuestion en el mismo sentido y replicó:

—Todo eso está bien; pero es preciso que aceptemos la situacion y que cada cual determine lo que mejor le parezca.

—Es verdad.

—La cuestion se reduce á lo siguiente: si me dices la verdad, acabarás de curarte y te verás libre; y si te empeñas en callar ó en mentir, mandaré que te apliquen el tormento, te haré sufrir cuanto sea posible y luego morirás ahorcado. Con razon ó sin ella, esto es

lo que exijo, y tú elegirás lo que quieras ó te convenga.

—¡Rayos!...

—Todo lo que me digas para justificar tu silencio, es inútil. Mi resolucion es firme, y no puedo ceder, porque ya te he dicho que en este asunto ha tomado parte muy directa su majestad.

Así terminaba la discusion.

Gusarapo quedó silencioso.

Dudaba.

No hay que decir que queria salvarse.

Lo que se le prometia era demasiado halagüeño.

Despues de algunos minutos, dijo:

—Habeis esperado muchos dias y no tiene importancia uno más.

—Si quieres un plazo...

—Justo es que me lo conceda vuestra señoría.

—Te dejaré hasta mañana á estas horas.

—Bien está.

—Pues hemos concluido,—repuso el alcalde, poniéndose en pié.

—Por supuesto,—dijo el asesino,—que es verdad lo que habeis asegurado de que no fué don Juan Manrique el herido.

—Y otra vez te lo aseguro, por mi fé de caballero.

—Reflexionaré.

—Hasta mañana.

—Que Dios guarde á vuestra señoría.

Don Gaspar salió del encierro.

El criminal quedó muy pensativo.

¿Qué determinaría?

Seguro estaba de que lo atormentarian para ahorcarlo despues.

Esto era demasiado horrible.

El tormento le infundia más terror que la horca.

Se preguntaba si tenia la obligacion de callar para que se salvase don Pedro de Lainez.

—Es un desalmado como yo,—decia Gusarapo,—y no es esta su primera hazaña. Comete los crímenes sin arriesgarse y se queda en su casa muy tranquilo, con sus riquezas y respetado por todo el mundo, mientras que á nosotros se nos trata como si no fuésemos criaturas. Verdad es que nos pagan; pero el peligro es para nosotros, y luego esos señores nos miran con desprecio y hasta con horror. Yo estoy sufriendo y don Pedro está gozando. Ni siquiera ha pensado en socorrerme ó en emplear en mi favor su influencia. ¿Qué le importa que me ahorquen? Por el contrario, se alegrará porque así no temerá que yo lo descubra, lo cual quiere decir que esa clase de hombres no miran más que su conveniencia.

Hizo Gusarapo un gesto de disgusto.

Luego añadió:

—¿Qué haría don Pedro de Lainez en mi lugar? Me delataría para salvarse, y se quedaria muy tranquilo.

Discurriendo así acabaria por declarar cuanto deseaba Felipe II, pues don Gaspar hubiera preferido que Gusarapo muriese á consecuencia de su herida y que se diese al olvido aquel endiablado asunto.

Fué el buen alcalde otra vez á palacio para darle al rey cuenta de la conferencia con el criminal.

Tuvo el gusto de oir palabras de aprobacion y alabanzas de Felipe II.

Las horas de aquel dia pasaron en calma.

El siguiente llegó.

Don Gaspar estaba preocupado.

Aquel negocio le infundia miedo.

Cada vez se convencía más de que el autor del crímen era el padre de doña Sol.

A la hora convenida fué á la cárcel.

Preguntó qué habia dicho el médico del herido.

—Que continúa mejor,—le contestaron.

—Me alegro,—dijo maquinalmente.

Mandó abrir el encierro y que nadie se acercase por allí mientras él no llamase.

Entró.

El criminal parecia más animado.

Se incorporó.

—Que Dios guarde á vuestra señoría,—dijo respetuosamente.

—Ya me han dicho que estás mejor.

—Y es verdad.

—Se ha cumplido el plazo que ayer te dí, y aquí me tienes.

—¡Oh!...

—Si no has reflexionado bastante, peor para tí.

—No quiero calentarme más la cabeza.

—El resultado ha de ser el mismo.

—Ya he adoptado una resolucion y no retrocederé aunque me hagan pedazos.

—Pues te escucho.

—Antes me permitirá vuestra reñoría que le haga una pegunta.

—Cuantas quieras.

—Pues voy á principiar.

Cambió de postura Gusarapo para acomodarse mejor.

Sentóse don Gaspar.

Iba á decidirse la suerte de don Pedro.

CAPITULO CXIX.

La declaracion.

El buen alcalde tembló, porque ya no le quedó duda de que Gusarapo estaba dispuesto á decir la verdad, y por consiguiente el asunto tomaría un carácter gravísimo. Con gran disgusto recordaba lo que pocos dias antes le habia dicho al doctor, que si cumplia su deber, mal, y si no lo cumplia, peor. Natural era que á estas palabras le diese grandísima importancia, porque en realidad la tenian; pero no era posible que se colocase en un término medio, porque no lo habia, y tenia que arrostrar de frente todas las consecuencias.

—Veamos,—dijo,—lo que deseas saber. Te hablé con tanta claridad, que no adivino en qué pueden consistir tus dudas.

—Lo que quiero preguntarle á vuestra señoría,—replicó el asesino,—es si está dispuesto á conceder algo más en favor de mis amigos, pues la conciencia no me permite sacrificarlos para salvarme.

—¿Y qué más he de concederles?

—Tanto como á mí.

—Ya te dije que con vida se les dejará, aunque tienen muy merecida la horca.

—Pero, tambien seria posible que se les diese la libertad lo mismo que á mí.

—En cuanto á eso...

—La justicia debe ser igual para todos.

—Pues precisamente porque debe ser igual no puedo concederles tanto. Si ellos hacen menos que tú, menos merecen tambien.

—Declararán como yo.

—¿Podrán hacer otra cosa cuando vean que has dicho la verdad? Me parece que no, y por consiguiente no he de tratarlos como á tí.

—Una cosa deseo que tenga en cuenta vuestra señoría.

—¿Qué?

—Esta gracia que pido no es precisamente para favorecerlos á ellos sino para mi beneficio.

—Eso es incomprensible.

—Perdone vuestra señoría; pero es cosa muy clara.

—Torpe debo ser.

—No se trata de hacer bien á mis amigos, sino de tranquilizar mi conciencia.

—¡Por Dios vivo!... Es cosa para reir lo de la conciencia de un bribon como tú.

—Señor alcalde, así somos, aunque á vuestra señoría le parezca muy extraño.

—Siquiera por la formalidad con que de tu conciencia hablas, te prometo que á tus cómplices no se les

castigará más que con tenerlos encerrados algun tiempo, lo cual no me parece gran desdicha para quien vive como ellos; pero otra cosa no me pidas, porque no puedo concederte más.

—Tendré paciencia.

—Y aun así debes dar muchas gracias á Dios.

Gusarapo desplegó una sonrisa irónica.

Don Gaspar añadió:

—Ahora sepamos si estás dispuesto á declarar.

—Ya lo he prometido.

—Pues principia.

—El asunto se arregló en una taberna que hay frente á la casa del señor Alonso Castillejo.

—La he visto.

—Allí se presentó un hidalgo y le dijo al tabernero que otra persona rica y noble necesitaba gente para quitar del mundo á un caballero que se ocultaba en la casa del alférez.

—Debió decir el nombre.

—Sí, para convencernos de que se trataba de un delincuente perseguido por la justicia.

—¿Quién era el hidalgo?

—No lo sé.

—Cuidado con mentir.

—Señor alcalde, yo no hago las cosas á medias, y para no decir la verdad, callaría.

—Eso es lo que te conviene.

—Tendreis que convenceros de que tambien los bribones como yo somos honrados.

—Prosigue.

—Os daré las señas del hidalgo, porque otra cosa no puedo hacer.

—Ni yo te pido lo imposible.

—Es un hombre flaco, amarillento, con los ojos relucientes y con cara de zorro. Su ropa no es ni mala ni buena, debe conocer el mundo, y sabe arreglar muy bien estos negocios.

—¿Y no tratásteis más que con él?

—Al contrario, porque desapareció sin que hayamos vuelto á verlo, y en su lugar se nos presentó un caballero á quien conozco hace bastantes años, porque para un asunto igual se entendió con mi antiguo maestro por medio de un criado que tenia y que se llamaba Blas.

—Es decir, que ese caballero...

—No es el primer crímen que ha cometido.

Don Gaspar se extremeció.

La situacion se complicaba con las declaraciones de Gusarapo.

Este añadió:

—Me parece que debemos principiar por el principio.

—Como quieras.

—Hace bastantes años que ese caballero tuvo necesidad de que desapareciese del mundo un hidalgo que vivia en la calle del Humilladero, y como antes os he dicho, su criado Blas, que era un bribon, buscó á mi maestro y arreglaron el asunto; todo se hizo bien y el pobre hidalgo murió frente á su casa. Entonces hicimos lo mismo que ahora: uno le salió al encuentro espada en mano, y otro lo hirió por la espalda. Recordé

aquel caso cuando se trató de matar á don Juan de Manrique; pero el diablo no ha querido que el resultado sea igual.

Se movió el alcalde como si no se encontrase bien.

Despues de algunos momentos, dijo:

—Supongo que no tienes seguridad completa de que es el mismo el que ahora os ha pagado que el que en otro tiempo dispuso la muerte del hidalgo que en la calle del Humilladero vivia.

—Bien seguro estoy, señor.

—¿Dónde has visto á ese caballero?

—Fué una noche á la taberna.

—¿Solo?

—Para eso no se lleva compañía.

—¿Dijo su nombre?

—No podia ocultarlo, y además, yo lo acompañé luego hasta la puerta de su casa.

—¿Cuándo sucedió eso?

—La noche anterior á la en que debíamos dar el golpe.

—¿No has vuelto á verlo?

—No era posible, puesto que me hirieron y aquí me encerraron.

—¿Y sabes por qué ese caballero queria matar á don Juan de Manrique?

—Ni lo dijo ni se lo preguntamos, porque á nosotros no nos importa el motivo.

Don Gaspar cruzó los brazos.

Inclinó sobre el pecho la cabeza.

Inmóvil y mudo quedó.

No podia pedir más franqueza al asesino.

Este habia dicho cuanto tenia que decir.

Solo faltaba que pronunciase el nombre del caballero.

¿Por qué no se lo preguntaba el alcalde?

Tenia miedo.

Y sin embargo ya era preciso que fuese hasta el fin.

Para que su apuro fuese mayor, Gusarapo habia querido ser escrupuloso hasta la exajeracion, y en vez de concretarse al asunto de que se trataba, dijo todo cuanto sabia, complicando así la situacion, puesto que en vez de un crímen resultaban dos.

Ni remotamente habia sospechado don Gaspar que el caballero fuese responsable de otro asesinato.

Despues de algunos minutos, Gusarapo se incorporó y dijo:

—Daré cuantas explicaciones necesite vuestra señoría.

—Así lo espero.

—Ahora no falta más sino que vuestra señoría sepa quién es el caballero que nos ha pagado para que asesinemos á don Juan de Manrique.

—Sí, eso falta,—murmuró maquinalmente el alcalde.

—Sobradamente lo conoce vuestra señoría.

—Tal vez.

—Se llama...

—Si te equivocas...

—¡Equivocarme!... No puede ser.

—Y si te han dicho un nombre por otro...

—Repito que lo conozco hace muchos años... Entonces vivia su esposa, que era un prodigio de hermosura.

Ahora no tiene más familia que su hija, que está en palacio, y por lo que he podido entender, ama á don Juan de Manrique.

—¿Qué nos importa?

—Quizás por eso el padre...

—Entiendo, entiendo.

—Y repito que no puedo equivocarme, porque aquella noche lo acompañé hasta la puerta de su casa.

—Puesto que tanta seguridad tienes...

—Y lo reconocerá el tabernero, y mi amigo, el que me ayudó...

—Su nombre, su nombre.

—Don Pedro de Lainez,—dijo el criminal.

—¡Divina misericordia!...

—Sí, ese caballero tan noble, tan rico...

—Imposible, imposible.

—Ahora veremos lo que hace la justicia.

—¡Oh!...

—Vuestra señoría tiene mucho rigor para los pobres.

—Para todos.

—Pues si eso es verdad, he de ver morir á manos del verdugo al muy noble y poderoso caballero don Pedro de Lainez.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la frente del alcalde.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Gusarapo dijo el nombre del compañero que le había ayudado, hiriendo al señor Alonso.

Repitió que estaba dispuesto á dar explicaciones de todas clases.

—Basta por hoy,—le dijo don Gaspar.

Y en pié se puso.

—He declarado porque vuestra señoría me ha prometido...

—Y lo que prometo lo cumplo.

—Pues ya estoy tranquilo.

—Volveré otro dia para que continuemos esta conversacion.

—Y yo esperaré las órdenes de vuestra señoría,—dijo el criminal.

—Pronto las recibirás.

—Que Dios os guarde.

No necesitaba hacer más preguntas el alcalde.

Sentíase trastornado.

Del encierro salió, volviendo á su casa para desaturdirse y reflexionar.

No le era posible hacer más que una cosa, decir la verdad al rey, pues de otro modo su responsabilidad hubiera sido mayor.

Al fin habia sucedido lo que quisieron evitar las mismas víctimas de don Pedro.

El buen alcalde, despues de una hora de meditacion, dijo:

—He cumplido con toda exactitud las órdenes de su majestad, y por consiguiente no seria justo acusarme de nada. Don Pedro de Lainez es un miserable y la culpa no es mia. Merece el más duro castigo, y yo se lo impondria si me dejasen en libertad para cumplir mis deberes de juez; pero el rey está sobre mí, y he de concretarme á obedecer.

En último caso estaba tranquila la conciencia de don Gaspar.

—A palacio,—dijo.

Y de su casa salió inmediatamente, encaminándose al alcázar real.

¿Qué determinaria Felipe II?

CAPITULO CXX.

Lo que dispuso el rey.

Hizo la casualidad que el doctor Olivares estuviese en la cámara de Felipe II cuando se presentó don Gaspar.

Retiróse el médico á un extremo de la habitacion, quedando inmóvil y esperando por si el monarca le mandaba salir.

—Bien venido seais,—le dijo el rey al alcalde.

—Señor...

—Acercaos.

Obedeció don Gaspar.

Felipe II añadió:

—Vuestro semblante me dice que traeis noticias de muchísimo interés.

—Graves, señor, muy graves.

—Si son favorables á la justicia, debemos considerarlas buenas.

—Señor, todas las cosas tienen más de un punto de vista, y si bien es cierto que la verdad se pone en claro,

permitiendo así á la justicia cumplir su severa mision, en otro sentido resulta que...

—Parece que estais apurado, don Gaspar,—interrumpió el monarca.

—Apurado precisamente, no; pero sí aturdido.

—¿Y por qué?

—Cuando uno encuentra lo que no ha podido ni debido esperar, cuando nos sorprende un suceso...

—Sí, la sorpresa aturde siempre.

—Señor, he cumplido con la más escrupulosa exactitud las órdenes de vuestra majestad.

—Muy bien.

—Y quisiera no tener que hacer otra cosa.

—Explicaos.

—El criminal herido ha declarado al fin.

—¿Y creeis que ha dicho la verdad?

—Lo creo, porque sus palabras resultan justificadas por los antecedentes.

—Tanto mejor.

—Además, inútil hubiera sido que mintiese, porque muy pronto quedaria en descubierto.

—No le conviene mentir.

—Y lo peor del caso, señor, es que así como al tirar del eslabon de una cadena viene otro eslabon, al hablar del crímen de que ha resultado víctima el alférez Castillejo, sale á relucir otro crímen que quizás es más horroroso.

Felipe II, con la frialdad que lo caracterizaba, volvióse y le dijo á Olivares:

—¿Qué os parece de esto, doctor?

—Señor, ya lo ha dicho don Gaspar: son los eslabones de una cadena: tras uno salió el otro, y si seguimos tirando, sabe Dios los que saldrán.

—Tanto mejor,—repuso el monarca.

Y luego añadió dirigiéndose al alcalde:

—Continuad, y si recordais cuanto ha dicho ese hombre, repetidlo, y despues haremos los comentarios convenientes.

—Todo lo recuerdo, señor.

—Os escucho.

—Dice que á la taberna que hay enfrente de la casa de Castillejo, fué un hidalgo, de poca estatura, flaco, moreno y con cara de zorro, hablando con el tabernero sobre la necesidad en que un caballero muy rico estaba de vengar una ofensa, quitando la vida á don Juan de Manrique, que todas las noches salia de la vivienda del alférez.

—¿Y no se presentó el caballero?

—Sí, señor, porque el tal hidalgo se concretó á poner en relaciones á los unos con los otros.

—¿Quién era ese hidalgo?

—Ni dijo su nombre, ni los criminales lo conocian, ni ha vuelto á presentarse. El caballero fué una noche á la taberna, la víspera de cometerse el crímen, y el negocio, como dicen esos miserables, quedó arreglado.

—Resulta por de pronto que no fué á Castillejo á quien quisieron matar, sino á don Juan de Manrique.

—Y como don Juan no salió aquella noche, tomaron al uno por el otro, y así se explica lo que ha sucedido.

—Todo está justificado por la carta que para doña Sol de Lainez llevaba el alférez.

—Asegura el criminal herido que hace muchos años conoce al caballero que les pagó, porque mandó asesinar á un hidalgo que vivia en la calle del Humilladero.

Felipe II miró á Olivares y desplegó una leve sonrisa.

El médico permaneció inmóvil como una estátua.

—Si eso fuese verdad,—dijo el monarca,—resultaria que el caballero en cuestion es responsable de dos asesinatos.

—Así parece.

—¿Lo conocen tambien los otros criminales?

—Sí, señor.

—¿Y tienen la seguridad de no equivocarse?

—Seguridad completa, pues el que está herido acompañó hasta su casa al caballero aquella noche.

—Falta saber el nombre del autor del crímen.

El alcalde no respondió inmediatamente.

—¿Me habeis oido?—le preguntó Felipe II.

—Sí, señor.

—Si ese hombre no ha dicho cómo se llama el que le pagó, todas sus declaraciones son inútiles.

—Lo ha dicho, señor.

—Pues pronunciad ese nombre.

—Es el de una persona de muchísima importancia y á la que vuestra majestad ha guardado grandes consideraciones.

—¿Y qué importa eso?—replicó el rey con tono de sencillez.

—Segun la clase de persona...

—La justicia es igual para todos.

—Pero...

—¿Cómo se llama ese caballero?

—Don Pedro de Lainez,—dijo el alcalde, como si sus palabras le abrasasen los lábios.

Ni el más leve gesto hizo el rey.

Por algunos minutos permaneció silencioso.

Luego volvió á sonreir.

Sus sonrisas eran una señal terrible.

—Está bien,—dijo.

—Ahora vuestra majestad...

—Supongo que sabeis quién es el criminal que acompañaba al que está herido.

—Lo sé.

—Pues bien, á ese hombre y al tabernero los llevareis á la cárcel, tratándolos todo lo mejor que sea posible.

—Comprendo.

—Los tendreis encerrados, incomunicados y bien vigilados.

—Si he de interrogarlos...

—Sí, con la misma reserva, la misma prudencia y la misma habilidad con que habeis interrogado al otro, diciéndoles que su compañero ha declarado, y que por consiguiente son inútiles las negativas. En caso de necesidad los reunireis á las tres para que estén de acuerdo en sus declaraciones.

—Eso es fácil.

—Nada se escribirá.

—La declaracion del herido no consta.

—Les preguntareis á esos hombres si están dispuestos á reconocer á la persona que les pagó para que asesinasen á don Juan de Manrique.

—Y despues de todo eso...

—Nada, don Gaspar, absolutamente nada hasta que yo disponga.

—Esperaré las órdenes de vuestra majestad.

—Habeis visto cómo un eslabon ha traido otro.

—Nunca esperé semejante cosa.

—Pues hay más eslabones.

—¡Señor!...

—Por eso digo que espereis. Quiero que se haga justicia; pero completa.

—Entiendo.

—Y mientras llega el momento oportuno, guardareis la reserva posible.

—Es decir, que á don Pedro de Lainez...

—Lo dejareis tranquilo por ahora.

—Debe figurarse que el criminal herido no ha podido declarar todavía.

—Eso es.

—Señor, le suplico á vuestra majestad se digne decirme si he cumplido mi deber con algun acierto.

—Con mucho.

—¡Ah!...

—Tranquilizaos, don Gaspar.

—Como el asunto presenta tantas dificultades...

—Ninguna para quien es tan leal como vos.

—Señor, tanto me honra vuestra majestad...

—Más mereceis.

—Soy muy dichoso.

—Que Dios os guarde.

Haciendo profundas reverencias salió de la cámara el alcalde.

Estaba aturdido.

—No lo entiendo,—decia,—no lo entiendo... Asegura el rey que hay más eslabones, lo cual significa que don Pedro ha cometido más crímenes. ¡Que Dios nos ampare!... ¿Quién lo hubiera creido?... Parece imposible, y sin embargo es verdad... Ahora daré las órdenes para encerrar al tabernero y al otro bribon.

CAPÍTULO CXXI.

Don Gaspar sigue cumpliendo las órdenes del rey.

Llegó la noche y pasó una hora.

El tabernero estaba sentado y dormitaba, esperando á que llegasen sus parroquianos.

De vez en cuando cambiaba de postura y se restregaba los ojos.

—Mal principia la noche,—dijo,—pues nadie quiere venir.

En pié se puso y fué hasta la puerta.

Cuando á la calle miraba se le presentó un hombre.

Era el criminal que en compañía de Gusarapo habia dado el golpe que en peligro tan grave puso la vida del señor Alonso Castillejo.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el tabernero.

—¿Qué te sucede?—le preguntó el bandido.

—Nada de particular.

—Cualquiera creeria que estás de mal humor.

—No lo tengo bueno.

—¿Y por qué?

—Mi casa está vacía esta noche.

—Pídele al diablo que no te suceda algo peor.

—¿Y qué ha de sucederme?

—Muchas cosas,—dijo el criminal mientras entraba y se sentaba.

—Me parece que tú, tampoco estás contento.

—Tengo malas noticias.

—¡Malas noticias!...

—Es decir, son buenas.

—Entonces...

—Pero tambien son malas.

—No te entiendo, ni nadie te entenderá.

—He sabido que Gusarapo está mejor, mucho mejor.

—Me alegro, porque es un buen amigo.

—Yo tambien.

—Y esa noticia...

—Si Gusarapo está mejor, le preguntarán, y si no habla, le pondrán un par de cuñas ó harán otra cosa por el estilo, y como todos tenemos algun dia malo, es posible que se le vaya la lengua y que diga lo que debe callar.

—Ofendes á Gusarapo.

—No.

—Te digo que sí.

—No he querido ofenderlo, porque...

—Nuestro amigo ha dado ya pruebas de ser muy leal, cuando hace dos años lo pusieron en un potro.

—¡Mil rayos!...

—Poco faltó para que allí se quedase, y sin embargo, no consiguieron hacerle hablar.

—Ya te he dicho que hay dias en que á los hombres se les vuelve la cabeza del revés.

—Yo estoy tranquilo.

—Me alegraré que no te equivoques.

—¿Quieres cenar?

—Para eso he venido.

—Esta noche te convidaré.

—Eres muy generoso.

—Soy buen amigo.

—Te pagaré la cena dándote parte de un negocio que probablemente haremos dentro de algunos dias.

—¿De qué se trata?

—Trae la cena y te lo diré.

El tabernero llevó algunas magras, huevos cocidos, sardinas y vino.

Empezaron á comer despues de haber brindado.

—Explícate ahora.

—Pues escucha.

—Ya sabes que yo no me meto en intrigas donde haya cierta clase de peligros.

—Se trata de un caballero jóven, que tiene muchos vicios, muchas deudas y ningun dinero.

—Pues el que no tiene dinero...

—Puede tener de donde sacarlo.

—Es verdad.

—Beberé por la salud de ese caballero.

—Y yo.

—Sigue tu cuento.

—El padre del noble mancebo es muy rico.

—El hijo debe desear que se muera su padre.

—No lo dice; pero creo que lo siente.

—El pícaro dinero.

—Y segun parece, el padre es mezquino, codicioso.

—O el hijo demasiado pródigo.

—Resulta que el mancebo no tiene cuanto necesita, y como ya nada consigue con súplicas ni le sirve tampoco el ingénio, ha decidido acudir á medios extraordinarios.

—Supongo que quiere robar á su padre.

—Una cosa por el estilo.

—Pues si no es eso...

—Se entregará á nosotros para que lo encerremos, exigiendo un rescate.

—¡Por Satanás!...

—El padre dará lo que se le pida.

—Ese plan...

—Es muy bueno, no lo dudes.

—Pero...

—La mitad de lo que dé el viejo codicioso, será para el hijo, y la otra mitad para nosotros.

—¿Y cuánto pensais pedirle?

—Poca cosa, unos seis mil escudos.

—¡Oh!...

—Es preciso representar bien la farsa y encerrar al mancebo.

—¿Y qué puedo hacer?

—Tenerlo aquí en tu casa.

—Comprendo.

—Y como no necesitamos ayuda de otra persona...

—Las ganancias serian para nosotros dos.

—Necesito meditar.

—¿Tienes miedo?

—No, pero no me gusta hacer las cosas con ligereza.

—Tu prudencia se parece á la cobardía.

—Como tú no tienes nada que perder...

—Lo mismo que tú.

—Mi casa y...

—La vida, que es lo más interesante.

—Es verdad; pero...

—¡Mil rayos!... Si no te conviene...

—Ten paciencia.

—No puedo esperar.

—Mañana decidiré.

—Esta noche he de dar la contestacion.

—En ese caso...

—Le propondré el negocio á Melindres.

—No, no.

—Si estás dispuesto...

—Cuenta conmigo.

No pudieron continuar la conversacion, porque entraron cuatro corchetes y el alcalde don Gaspar.

La visita no podia ser más desagradable.

El tabernero y su amigo se pusieron en pié.

No acertaron á pronunciar una palabra.

El alcalde presentó la vara y dijo con grave tono:

—En nombre del rey.

Uno de los corchetes, señalando al criminal que acababa de proponer el negocio, dijo:

—Ese es.

—¿Y el otro?

—El tabernero.

—Bien está.

—Señor, vuestra señoría...

—Daos á prision.

—¡Nosotros!...

—Sí.

—Pero yo,—dijo el tabernero,—me parece...

—Tambien.

—Señor alcalde, si este hombre es delincuente, yo nada tengo que ver, y...

—Os busco á los dos.

No necesitaban explicaciones aquellos miserables para comprender el por qué los buscaba la justicia.

Pensaron que la desgracia era consecuencia de haber hablado su amigo Gusarapo.

Los corchetes desenvainaron las espadas.

—No pensamos hacer resistencia,—dijo el tabernero.

—Por si acaso.

—Todo el mundo sabe que yo...

—Silencio.

—Señor...

—Asegurad á esos hombres, no les permitireis hablar, y si lo hacen, los amordazareis.

Pálido como un difunto estaba el tabernero.

Su amigo tenia más serenidad.

—Se os tratará mucho mejor de lo que mereceis,—les dijo el alcalde.—Si cumplís vuestros deberes nada tendreis que temer; pero en otro caso morireis en la horca.

—Señor, estamos dispuestos á respetar á vuestra señoría como se merece.

—Mejor para vosotros.

—Si vuestra señoría me lleva á la cárcel,—dijo el tabernero,—mi casa, mis intereses...

—Todo se respetará, á ménos que os empeñeis en mentir.

—Líbreme Dios.

—Os llevareis la llave de vuestra casa, y ni siquiera se os registrará. A todas horas vigilarán los alguaciles que están en la vivienda del señor Alonso Castillejo, y por consiguiente no sufrireis más que la molestia de estar encerrado algunos dias. De todas maneras esta casa es casi peor que un calabozo. Os darán bien de comer, y vuestro encierro tendrá luz, y cuanto necesiteis.

Una mirada de asombro fijaron los criminales en don Gaspar.

Viéndolo estaban y no comprendian que se les tratase con tanta dulzura.

—Tengamos paciencia,—dijo tristemente el tabernero.

—No es menester que os tomeis la molestia de atarnos,—añadió su amigo,—porque no intentaremos escapar.

—Entregad vuestras armas.

—Yo no tengo más que este puñal.

—Pues vamos.

—Si vuestra señoría me permite tomar mi capa y mi sombrero...

—Sí.

—¿Quién habia de creer que un hombre tan honrado como yo fuese á la cárcel?

—Por eso no debe infundiros miedo la justicia.

—Es verdad.

—Concluyamos.

Su capa y su sombrero se puso el dueño de la taberna.

Con su amigo salió entre los corchetes y el alcalde.

Cerró la puerta y la llave guardó.

Se alejaron silenciosamente.

En la cárcel se les encerró en habitaciones distintas.

Si Gusarapo los habia delatado, ¿por qué los trataban con tantas consideraciones?

Pensaron que otro debia ser el motivo de la prision.

Cavilaron sin adivinar la verdad.

El carcelero les ofreció cena, que no aceptaron.

Les pusieron cama bastante cómoda.

—No lo entiendo, y dudo si estoy soñando,—decia el tabernero.

Y su amigo exclamaba:

—¡Tripas de Lucifer!... Indudablemente se ha vuelto loco el alcalde don Gaspar.

Su sorpresa y su asombro debia ser mayor cuando les diesen explicaciones.

¿Qué faltaba para la perdicion completa de don Pedro de Lainez?

Nada, porque las pruebas de su crímen las tenia ya la justicia.

CAPÍTULO CXXII.

Más declaraciones.

El alcalde hubiera podido interrogar aquella misma noche á los dos criminales; pero los dejó para que se convenciesen de que su situacion era extraordinaria.

Al dia siguiente fué don Gaspar á la cárcel.

Principió por el tabernero, entrando solo en la habitacion que este ocupaba y diciéndole:

—Ya ves que no me acompaña el escribano, ni siquiera un corchete, lo cual debe probarte que hemos de hablar de cierto modo.

—Siempre estoy á disposicion de vuestra señoría.

—Tú eres un bribon como otros muchos, y no me costaria gran trabajo encontrar pruebas suficientes para hacerte morir en la horca.

—Señor, yo tambien puedo probar que soy honrado, y si vuestra señoría me confunde con los criminales, se equivoca. Verdad es que en mi casa entra gente de todas clases, porque yo no puedo cerrar para nadie la puerta; pero cada cual responde de lo suyo y yo no ten-

go nada que ver con lo de nadie. Me conocen todos los vecinos del arrabal, y pueden decir...

—No necesito pedir informes,—interrumpió el alcalde.

—Si alguien me ha calumniado...

—No.

—Si se ha creido que yo tengo cierta clase de relaciones con algunos de los que entran en mi casa, es tambien un error.

—No se trata de eso.

—Pues entonces no comprendo el por qué vuestra señoría ha determinado encerrarme, dando ocasion para que los maliciosos pongan en duda mi honradez, y perjudicando mis intereses.

—Otra cosa peor puede sucederte.

—Vuestra señoría me perdonará; pero es imposible que más me suceda, porque ningun crímen he cometido.

—Escúchame y responde.

—Ya escucho, señor.

—Entre morir ahorcado, despues de haber sido atormentado, ó pasar algun tiempo en la cárcel, ¿qué prefieres?

—Ni lo uno ni lo otro,—respondió el tabernero.

—Pues si tú no elijes, yo te daré lo peor.

—¿Y por qué he de estar preso?

—Lo sabrás despues. Hago suposiciones para saber lo que prefieres.

—Señor, si fuese justo castigarme, claro está que preferiría el encierro á la horca.

—Pues de tí depende sufrir la pena menor, quedando luego en completa libertad.

—No entiendo.

—Debes recordar que tu amigo Gusarapo quedó herido una noche en el arroyo del Arenal al cometer un crímen que tiene á los bordes de la sepultura á tu vecino el señor Alonso Castillejo.

—Eso lo sé como lo sabe todo el mundo.

—Pero tal vez ignoras que Gusarapo está mucho mejor, en estado de convalecencia.

—Me alegro.

—Y ha declarado la verdad sobre aquel crímen.

—Así ha cumplido su deber,—dijo el tabernero, que palideció y se esforzó para conservar la calma.

—Y como ha dicho la verdad, no ignoro la parte que tú tienes en ese asunto, y la que tomó el bribon que anoche estaba en tu casa.

—¡Yo parte en ese asunto!...

—Sí.

—Señor, juro...

—No he venido para escuchar mentiras.

—Pero...

—Cuando te convenzas de que Gusarapo ha dicho la verdad, harás lo mismo que él, y como recompensa se arreglará este asunto de modo que te libres de la muerte. Con este fin he venido solo, pues tus declaraciones no han de escribirse por ahora, así como no se han escrito las de Gusarapo.

El tabernero se sintió más aturdido que nunca.

¿Por qué se procedia de tan extraño modo?

No era posible que lo adivinase.

Quedó silencioso, porque tenía miedo de hablar y decir lo que no le conviniese.

—¿Todavía no me has entendido?—repuso el alcalde.

—Confieso que soy torpe.

—Y tambien eres desagradecido.

—Eso no.

—Sí, porque te ofrezco el perdon cuando mereces la horca, y no me correspondes con la lealtad y la franqueza que mi generosidad merece.

—Vuestra señoría me habla de un asunto...

—En el que has tomado parte.

—Señor...

—A tu casa fué un hidalgo y contigo se entendió para que buscases asesinos que diesen muerte á don Juan de Manrique.

Tembló el tabernero.

—Tú hiciste proposiciones á Gusarapo, y otro caballero fué á tu casa para arreglar definitivamente el asunto.

Ya no era posible que el tabernero dudase de que Gusarapo habia dicho la verdad.

Sin embargo, siguió guardando silencio.

—Ahora responde terminantemente.

—Señor alcalde...

—Sí, ó no.

—Si eso ha dicho Gusarapo...

—Tengo las pruebas, y tú tambien declararás cuando te pongan en el potro, y luego te entregaré al verdugo, que es lo que mereces.

—Dice vuestra señoría que se me perdonará...

—Y lo que yo prometo lo cumplo.

—Yo no fuí con mis amigos para dar el golpe.

—Lo sé.

—No hice otra cosa que decirle al hidalgo con quién podia entenderse.

—Conoces al caballero interesado en la muerte de don Juan.

—Quien debe conocerlo es Gusarapo.

—Y tú.

—Con ellos trató y...

—Has de decir cómo se llama ese caballero, y has de reconocerlo si te lo presentan.

—¡Oh!...

—Ahora decide.

—En gran aprieto me pone vuestra señoría.

—No estoy dispuesto á continuar esta conversacion, porque mi dignidad se rebaja. Soy tu juez, tengo medios sobrados para hacerte hablar, y aunque callases, hay pruebas para imponerte el más terrible castigo, porque ya has cometido muchos crímenes. He querido ser generoso, y conseguirás que me arrepienta. Gusarapo tiene el alma más noble que tú, á pesar de que es un asesino.

—Delata á sus amigos, y...

—Pide gracia para ellos, y si te perdono, á él le deberás la vida.

—Si vuestra señoría me permitiese hablar con Gusarapo...

—Despues que declares.

—Pues bien,—dijo el tabernero,—puesto que cada cual mira su conveniencia, yo atenderé á la mia.

—Eso es lo que te conviene.

—Fio en la promesa de vuestra señoría.

—No des lugar á que me arrepienta.

—Sepa vuestra señoría que no hemos querido hacer mal al señor Alonso Castillejo. Pues por el contrario yo lo hubiera defendido contra todo el mundo.

—¿A quién queríais matar?

—Vuestra señoría lo ha dicho: á don Juan de Manrique.

—¿Y quién era el caballero que os pagó para cometer el crímen?

—Don Pedro de Lainez.

—Estás dispuesto á reconocerlo.

—Sí, señor.

—No necesito más por ahora.

—Entonces...

—Te has librado de la muerte, y te tratarán bien mientras estés aquí encerrado. No me es posible ponerte desde luego en libertad, porque hay que cubrir las apariencias y evitar escándalos.

—Comprendo.

—Aunque algo padezcan tus intereses, tendrás que darle gracias á la fortuna.

—¡Si con vida quedo!...

—Sí.

—Me tranquilizo.

—Pronto verás á tu amigo Gusarapo, y cuando convenga estareis en el mismo aposento y así podreis ha-

blar y el encierro os parecerá menos penoso.

—Lo que está sucediendo...

—Por algo será.

—Y ese algo...

—No te importa, y te aconsejo que no lo averigües.

—No soy curioso.

—Bien puedes decir que hoy has nacido.

—A Dios le doy gracias.

Don Gaspar salió del encierro.

Fué al del otro criminal, con el que sostuvo una conversacion parecida á la que acababa de tener con el tabernero y que no repetimos porque fatigariamos al lector.

El resultado fué el mismo.

Aquel miserable declaró como los otros.

Confesó que él habia herido al señor Alonso Castillejo, creyendo que era don Juan de Manrique.

Estaba dispuesto á sostener sus afirmaciones en presencia del padre de doña Sol.

¿Qué más necesitaba para condenar á don Pedro?

La situacion de este habia llegado á su punto más grave.

Y él continuaba tranquilo, porque creia que ningun peligro le amenazaba mientras callase Andrés.

Si don Gaspar procediese en justicia y sin miramientos de ninguna clase, hubiera ido inmediatamente á prender á don Pedro de Lainez; pero se guardó muy bien de hacer semejante cosa.

Fué á palacio.

Dió á Felipe II noticia del resultado de la prision de aquellos dos miserables.

El monarca escuchó con la frialdad que lo caracterizaba.

Por algunos minutos reflexionó.

Luego dijo:

—Habeis cumplido bien, don Gaspar.

—Gracias, señor.

—Quiero que se haga justicia.

—Yo tambien lo deseo.

—Pero las circunstancias son extraordinarias, y extraordinarios han de ser tambien los procedimientos.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Nada más hareis por ahora.

El alcalde se inclinó.

Felipe II añadió:

—Adoptaré las precauciones convenientes.

—Creo que nada teme don Pedro de Lainez.

—Porque no es previsor.

—Y como nada teme, no se cuidará de ponerse en salvo.

—Recibireis mis órdenes y las ejecutareis con toda exactitud.

—Si he de volver...

—Irá á buscaros el doctor Olivares y hareis lo que os diga.

—Señor...

—Entre tanto guardareis la más absoluta reserva sobre este asunto.

—Y á esos tres hombres...

—Seguireis tratándolos bien.

—Entendido, señor.

—Que el cielo os guarde.

De la cámara salió don Gaspar mientras decia para sí:

—Mal sesgo toma este es negocio... No acabo de tranquilizarme.

Ya nada tenia que hacer hasta que el monarca dispusiese.

CAPITULO CXXIII.

Un suceso inesperado.

Creyó don Gaspar que al dia siguiente recibiria las órdenes de Felipe II, pero se equivocó, porque dos, tres y cuatro dias pasaron sin que el doctor ni nadie le dijese una palabra sobre aquel asunto.

Sin cesar cavilaba el buen alcalde, empeñándose en adivinar lo que se proponia el monarca; pero fueron vanos todos los esfuerzos de su imaginacion.

Ya Olivares se atrevió á responder de la vida del alférez Castillejo.

La situacion de los demás personajes era la misma: don Juan y Andrés salian de noche, y el primero iba de vez en cuando á ver á doña Sol sin que nunca encontrase ningun inconveniente.

Parecia que el gran tirano se habia olvidado completamente de don Juan.

Don Pedro de Lainez estaba más descuidado y más tranquilo cuanto más tiempo pasaba, llegando á creer que ningun peligro corria.

De don Leandro nada tenemos que decir: sufria mucho, se desesperaba, exigia á don Pedro lo que para éste era imposible, y así pasaba el tiempo entre esperanzas y temores.

No sabemos si era tan viva la llama de su pasion: pero aunque no lo fuese, aquella lucha la consideraba ya como cuestion de amor propio, cuestion de honra, y no podia retroceder sin considerarse rebajado.

¿Y la reina?

Cada dia peor.

Para nada servian las recetas de Olivares, y aquella mujer sublime y desgraciada iba cayendo en un estado de debilidad que muy pronto debia ser grave.

Tal era la situacion, cuando una mañana, en los momentos en que el célebre doctor se disponia á salir para ver algunos de sus enfermos, su fiel criado José se le presentó, diciéndole:

—Señor, desea veros un hombre que dice que viene de Villaviciosa, y que trae para vos un recado de mucho interés.

—¡De Villaviciosa!—exclamó Olivares.

—Así lo asegura.

—Que entre.

Por un momento se contrajo la frente del doctor.

Muchos recuerdos se agolparon á su mente.

Se le presentó un hombre de aspecto rudo, diciéndole:

—Que Dios os guarde y á todos nos proteja.

—Me han dicho que venís de Villaviciosa.

—Allí tengo mi casa y mi familia para serviros.

—¿Y qué quereis?... Porque vos no estais enfermo, y por consiguiente no podeis venir en busca de la salud que os sobra.

—Ni estoy enfermo, ni nunca lo estuve, y vengo para cumplir la órden que el señor cura me ha dado.

—¿Traeis alguna carta?

—No, señor, porque nuestro buen cura está muy enfermo y no puede escribir. Me ha mandado que así os lo diga.

—¿Desea que yo vaya á verlo para curarlo?

—No, porque se le ha metido en la cabeza que ha de morirse, y si deja que le recete el médico que tenemos allí, lo hace por complacernos.

—En ese caso...

—El señor cura me ha dicho las siguientes palabras, que he aprendido de memoria para poder repetirlas una por una.

—Sepamos.

—«Le dirás al doctor Olivares que en nombre de sagrados intereses tengo necesidad de verlo, y que se moleste en venir, cumpliendo así un deber. Adviértele que mi estado es grave y que pronto dejaré de existir.»

Otra vez se contrajo la frente del médico.

Quedó silencioso.

Volvió á recordar los tristes sucesos que muchos años antes habian tenido lugar en Villaviciosa.

—¿Nada más os ha dicho?—preguntó despues de algunos minutos.

—Que venga pronto.

—Pues decidle al señor cura que cumpliré mis debe-

res en cuanto me lo permitan otros no ménos sagrados, y que por consiguiente me aguarde á todas horas. Deseo que la salud recobre y así se lo pido á Dios. Ahora descansad y tomad alimento.

—Yo me arreglaré en una posada.

—Aquí os darán cuanto necesiteis.

Llamó el médico á su criado.

Le mandó que diese al campesino de almorzar, y salió de su aposento.

Dos horas despues volvió.

Ya se habia ido el enviado del sacerdote.

—José,—le dijo el doctor á su criado,—apareja nuestras mulas porque hemos de ir á Villaviciosa.

—Al momento, señor.

—Te advierto que nadie debe saber á dónde nos dirigimos.

—Y nadie lo sabrá.

Aún no habian trascurrido veinte minutos cuando Olivares y su criado salian de Madrid, tomando el camino de Villaviciosa.

Ocultábase ya el sol cuando terminaron su viaje.

Se acomodaron en la única posada que habia en la poblacion.

—Aquí me esperarás,—le dijo el médico á José,—y la cena dispondrás para cuando yo vuelva.

Ni un solo momento quiso detenerse.

Fué á la morada del sacerdote, que era un anciano muy virtuoso.

—Yo soy el doctor Olivares,—dijo.

—¡Ah!—exclamó una mujer,—el señor cura ha pre-

guntado por vos muchas veces... ¡Dios mio!... Cree que vá á morir; pero si vos consiguiéseis curarlo...

—¿Tiene mucha edad?

—Ochenta años.

—Esa es una enfermedad muy grave.

—Está despejado y parece imposible que se muera... Entrad, entrad.

Le dieron aviso al sacerdote.

En su dormitorio entró el médico.

El virtuoso anciano desplegó una dulce sonrisa y dijo:

—Me perdonareis, doctor; pero he creido que al molestaros cumplia un deber... Sentaos... Mi pobre existencia se extinguirá muy pronto, y deseo tener la conciencia tranquila en los momentos en que mi espíritu salga de la mísera cárcel del cuerpo para presentarse al Omnipotente.

—La criatura no sabe cuando ha de morir,—respondió Olivares.

—Doctor, he cumplido ochenta años, el mundo no me ofrece ningunos goces, he trabajado mucho, he sufrido bastante, nada tengo que esperar en esta vida, y miro la muerte con tranquilidad. Presiento mi fin, y sobre este punto me parece que no me equivoco; pero si Dios dispone que se prolongue mi existencia, respetaré su voluntad y seguiré cumpliendo mis deberes en cuanto alcancen mis fuerzas y mi entendimiento.

—Si me permitiéseis,—repuso el médico,—apreciar vuestro estado...

—¿Y por qué no?—respondió el sacerdote, volviendo

á sonreir.—Pero no olvideis lo que acabo de deciros.

Una mirada escudriñadora fijó el doctor en el enfermo.

Luego apreció el pulso.

Le hizo algunas preguntas, y dijo al fin:

—No teneis ninguna enfermedad.

—Pero se acaba mi vida, porque no hay nada eterno más que Dios.

—Sí, se acaba,—dijo sencillamente Olivares.

—Gracias, doctor, porque un solo instante habeis penetrado en el fondo de mi alma, y estais convencido de que no me espanta la muerte.

—Aun se prolongará vuestra existencia algunos dias, quizás una semana, y por consiguiente teneis tiempo para ocuparos de la salvacion eterna y morir como deseais, con la conciencia tranquila. Dichoso vos que habeis atravesado el espinoso camino de esta vida libre del torbellino de las pasiones, cumpliendo vuestra santa mision y gozando con vuestros mismos sufrimientos.

—Lo que decís justifica lo que al hablar de vos aseguraba vuestro antiguo maestro.

—¿Lo conocísteis?

—Y lo ví morir... Era un santo.

—Es verdad.

—Precisamente porque lo conocí he tenido necesidad de molestaros.

—Pues aquí me teneis, esperando vuestras órdenes.

—Cuando vuestro maestro confesó, me entregó un pliego cerrado, diciéndome que contenia documentos

de la mayor importancia y de los que dependia tal vez la suerte de algunas criaturas.

No pudo Olivares contener una exclamacion de sorpresa y alegría.

El sacerdote añadió:

—¿Sabíais que yo era depositario de ese pliego?

—No, padre, y lo he buscado como se busca la vida. Cuando supe que mi maestro se encontraba en peligro de muerte vine, pero ya no pudo decirme más que algunas palabras cuyo sentido era incomprensible. Al morir me legó sus libros y sus papeles, y un dia y otro pasé buscando esos documentos. No los encontré, y las consecuencias la sufren hoy criaturas tan inocentes como desgraciadas. Recuerdo que mi maestro os nombró; pero no pudo decirme con claridad que os habia hecho depositario de esos papeles y perdí la esperanza de encontrarlos.

—¡Dios sea bendito!

—Vuelvo á escucharos, padre.

—Vuestro maestro me dijo que á vuestra disposicion tuviese el pliego para cuando me lo pidiéseis.

—Y yo ignoraba que se encontrase en vuestro poder...

—Y yo esperaba para cumplir el encargo con toda exactitud.

—Y ahora...

—Mi vida se acaba, vos no reclamais el pliego y he dudado mucho. ¿A quién debo entregárselo? Despues de reflexionar muy detenidamente he creido que si alguien merecia ser depositario de esos documentos érais vos, puesto que á vuestra disposicion habian de quedar.

—Dios os ha inspirado.

—Y le doy gracias.

—Os juro, padre, que ese pliego debe estar en mi poder y que solo así se cumple la voluntad de mi virtuoso maestro.

—Si me engañáseis, peor para vos, porque despues de la justicia de este mundo, está la inexorable y la infalible del Omnipotente.

—Padre mio...

—Dignos de lástima son los desdichados que se rien de la justicia divina, porque no la ven, y porque la creen muy lejos cuando no hay nada que á todas horas esté tan cerca de nosotros.

Olivares inclinó la cabeza.

—Dios sabe que no os engaño,—dijo,—y Dios sabe tambien que en este asunto me propongo un fin justo y bueno.

—Que el cielo os bendiga.

—Desposeido de su herencia se vé un hombre, que es muy desgraciado, y su suerte depende de ese documento. Ahora determinad lo que bien os parezca.

—Abrid aquel cajon y encontrareis el pliego.

Tomó la llave el doctor.

Pocos momentos despues estaban en sus manos los papeles que contenian un tesoro, puesto que eran la declaracion del miserable Julian, sobre la sustitucion del niño que su mujer criaba.

La situacion cambiaba completamente.

Sin embargo, faltaba mucho para la dicha de don Juan, puesto que esta no existia precisamente en recuperar su hacienda.

En la envoltura del pliego habia escrito lo siguiente:

«Para entregarle al doctor Olivares cuándo lo reclame.»

El médico reconoció la letra de su maestro.

Sus manos temblaban.

Besó respetuosamente las del sacerdote.

Le dirigió palabras de ternura y de gratitud.

En pocos minutos habia terminado aquella gravísima conferencia.

El anciano tenia necesidad de sosiego.

Manifestó el deseo de que lo dejasen, porque queria pensar en Dios.

Olivares volvió á la posada, donde debia pasar la noche.

A la mañana siguiente muy temprano fué á despedirse del sacerdote.

Habló con el médico de Villaviciosa.

Estaban de acuerdo en que nada era posible hacer para prolongar la vida del anciano, y que por consiguiente debian dejarlo que se ocupase de la salvacion de su alma.

Olivares y su criado salieron de Villaviciosa para volver á Madrid.

¿Qué consecuencias debia producir aquel suceso?

No es fácil adivinarlo.

CAPITULO CXXIV.

Asoma otra desgracia.

El doctor Olivares llegó á Madrid muy preocupado.

Ya tenia en su poder cuanto necesitaba para probar que don Leandro era hijo de don Pedro de Lainez y hermano de doña Sol, y que por consiguiente no tenia ningun parentesco con don Juan.

Era indudable el derecho de éste á los bienes que dejó su padre, y por consiguiente de la noche á la mañana el que era pobre podria encontrarse rico, y libre además de los lazos que le sujetaban para luchar abiertamente con cualquiera rival.

A pesar de todo esto, la situacion seria siempre muy grave para el amante de doña Sol, puesto que Felipe II lo consideraba peligroso porque conocia cierta clase de secretos.

¿Y qué haria el doctor con los preciosos documentos que poseia?

No era posible adivinarlo.

¿Estaba de acuerdo con el rey en aquel asunto?

Tampoco lo sabemos.

Lo único que podemos decir es lo que sucedia.

Ni siquiera indirectamente habia hecho nunca el monarca alusion á la legitimidad de don Leandro, sino que por el contrario parecia estar convencido de que éste era el hijo mayor del noble don Alfonso de Manrique.

En su aposento entró Olivares.

Se sentó y quiso examinar otra vez el documento que á sus manos habia ido cuando ménos lo esperaba; pero no pudo hacerlo porque fueron á decirle que lo llamaba su majestad.

Guardó el pliego en uno de los cajones de su mesa, y sin detenerse á cambiar su empolvada ropa por otra más limpia, fué á la cámara del gran tirano.

El aspecto de éste era más grave que nunca.

—Algo extraordinario pasa,—dijo el médico para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—Señor, acabo de llegar de Villaviciosa, y aún no he tenido tiempo para cambiar de vestido.

—Lo hareis despues.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Mi esposa está peor, mucho peor.

Olivares arrugó el entrecejo.

—Apenas ha comido, y tuvo que acostarse. Se queja de dolor de cabeza, y su rostro está muy pálido.

—Por desgracia sucede lo que yo habia previsto.

—Ireis á verla inmediatamente.

—Y volveré para decirle á vuestra majestad lo que opino.

—Pero tened cuidado, doctor, porque quiero saber la verdad. Un error produciria graves consecuencias... ¿Me habeis entendido?

—Sí, señor.

—Pues aquí os aguardo.

Mucho más preocupado que antes salió de la cámara el médico.

Sus lábios se entreabrian para sonreir cuando atravesó las habitaciones donde se encontraban los indivíduos de la servidumbre y otros muchos caballeros.

Ya habia cundido la noticia de que la reina estaba peor.

Llegó el médico á una habitacion donde habia algunas damas.

Doña Sol le salió al encuentro.

El semblante de la jóven revelaba sus temores y su agitacion.

—¡Ah!—exclamó,—venid, venid... Creo que es grave el estado de su majestad.

—Tal vez,—dijo el médico.

—Está completamente despejada; pero...

—Tanto peor.

—¡Dios mio!...

—Dominaos y disimulad.

Entró Olivares en el dormitorio de la reina.

En el lecho se encontraba doña Isabel.

Estaba muy pálida.

Sus ojos tenian una expresion de amargura dolorosa que no era posible mirar con indiferencia.

Empero se entreabrian sus lábios como para sonreir.

—Dios os guarde, doctor,—dijo dulcemente.

—Señora...

—Os han molestado sin necesidad.

—Hoy no he podido ver á vuestra majestad, porque muy temprano tuve que salir ayer de Madrid, para ver á un enfermo que se encuentra á los bordes de la sepultura. Al venir he preguntado y me han dicho que vuestra majestad se quejaba de dolor de cabeza y que habia tenido que acostarse. Nadie me ha llamado; pero yo cumplo mi deber al venir inmediatamente.

—Gracias, doctor.

—Señora, el estado de vuestra majestad...

—Es el mismo de los dias anteriores.

—Lo siento, porque yo desearia que fuese mejor.

—Mi vida se acaba, y muy pronto se extinguirá. Inútiles han de ser todos vuestros esfuerzos. Cumplireis vuestro deber entablando la lucha con la muerte; pero por esta vez sufrireis la derrota. Yo le he pedido al Omnipotente que prolongue mi existencia hasta que vea la luz del mundo la criatura que llevo en mis entrañas, y despues de estrecharla contra mi pecho y acariciarla, yo hubiera muerto tranquila; pero Dios lo dispone de otro modo y debemos respetar sus fallos. ¿Quién sabe si la felicidad de mi hijo consiste en morir en mis entrañas al mismo tiempo que yo? Así nuestras almas irán unidas á la mansion del Omnipotente, y unidas estarán, si la divina misericordia me concede el perdon que no merezco.

Tenia el acento de la reina una ternura incomparable.

Doña Sol tuvo que hacer grandes esfuerzos para evitar que el llanto se escapase de sus ojos.

Ni el mismo Olivares pudo sustraerse á la influencia de aquel dolor sublime.

—Señora,—dijo,—como la criatura no sabe cuando ha de morir y la muerte nos sorprende cuando ménos la esperamos...

—Yo la presiento y tengo la seguridad de no equivocarme.

—Pues á pesar de esos presentimientos...

—¿Os comprometeis á prolongar mi existencia?

—Sí, señora,—respondió el doctor sin vacilar.

Doña Isabel desplegó una leve sonrisa.

—Permítame vuestra majestad ver el pulso.

El médico hizo las observaciones necesarias con atencion profunda.

Su semblante no cambiaba de expresion.

Despues de algunos minutos dijo:

—Vuestra majestad sufre más que otros dias; pero no está peor.

—En ese caso mi sufrimiento...

—Indica una crísis, que debemos considerar como un suceso afortunado.

—El resultado ha de ser el mismo.

—Con más seguridad que nunca respondo ahora de la vida de vuestra majestad.

—¿Y de la vida de mi hijo?—preguntó la reina.

—Señora, mientras que una criatura se encuentra en las entrañas de su madre, sólo Dios puede decir lo que le sucederá; pero si vuestra majestad recobra la sa-

lud es lo probable que esa criatura se salve tambien.

—Doctor, haré lo que dispongais, porque así me lo manda mi conciencia.

—Recetaré más tarde, porque quiero meditar.

—Y entretanto...

—Mucho sosiego, mucha tranquilidad de espíritu.

—Hasta donde sea posible.

—Para eso sirve la voluntad.

—Tened siempre presente una cosa: que ante todo quiero que se salve el hijo que llevo en mis entrañas; y que si para conseguirlo es preciso sacrificar mi vida no vacileis.

—Señora...

—Soy madre ante todo.

—Y sois un ángel.

Así pusieron término á la conversacion.

Despidióse el médico.

Doña Sol hubiera querido interrogarlo inmediatamente, pero no se atrevió á separarse de la reina.

Al salir le preguntaron algunas damas y respondió:

—Se acerca el momento de una crísis, cuyo resultado no es posible prever.

—¿Pero hay peligro?

—En peligro de muerte está siempre la criatura. Recordad que el comendador Maldonado vino hace pocos dias lleno de vida, y de repente lo vísteis caer como herido por un rayo.

—Es verdad.

—Si hay algo débil en la naturaleza, es nuestra organizacion, que resiste mucho cuando parece que de-

bemos sucumbir, y se trastorna y morimos cuando de la sepultura nos consideramos más lejos.

Las contestaciones del célebre médico eran siempre hábiles.

Volvió á la cámara de Felipe II.

—Os escucho,—dijo este.

—Señor, voy á decir la verdad.

—Así lo deseo.

—Es grave el estado de su majestad la reina.

—¿Hay peligro de muerte?

—Sí, señor.

—¿Tiene la ciencia algun remedio?

—No más que uno; pero yo no me considero autorizado para acudir á él sin que vuestra majestad haya meditado y decidido.

—¿En qué consiste ese remedio?

—Quitando la vida al hijo, salvaremos á la madre.

—¡Doctor!...

—Si su majestad aborta vivirá, y si no, morirá.

Felipe II quedó inmóvil y con la mirada fija en Olivares.

Lo que habia dicho este era gravísimo y muy trascendental.

¿Se equivocaba?

No lo sabemos; pero quizás el único recurso era el medio que proponia.

La alternativa no daba lugar á dudas, pues la salvacion de la madre era preferible á la de una criatura que aun no habia visto la luz del mundo.

Sin embargo, tratándose del heredero de un trono la

cuestion tenia doble importancia por su carácter esencialmente político.

¿Quién podia prever las consecuencias de semejante determinacion?

Bajo un tercer punto de vista debia mirar el gran tirano aquel asunto, pues ya sabemos que abrigaba dudas sobre la existencia de aquel ser inocente, en cuanto á su procedencia.

Habia creido que tenia que castigar una gravísima ofensa hecha á su honor; pero en este caso la culpable era su esposa.

En realidad y para decirlo de una vez, Felipe II habia querido satisfacer un deseo de venganza; pero cuando llegó el momento terrible empezó á vacilar.

Por algunos minutos permaneció silencioso.

Al fin dijo:

—Segun vuestra opinion hay que sacrificar á la madre ó al hijo.

—No he querido decir eso,—replicó el médico.

—Pues explicaos con más claridad.

—Sacrificando al hijo vivirá la madre.

—Y para que el hijo viva...

—Señor, es muy dudoso que el hijo llegue á vivir si respetamos su existencia, pues probablemente la madre morirá antes de que su hijo vea la luz del mundo, en cuyo caso los dos sucumbirian.

—¿Habeis meditado bastante?

—Sí, señor.

—Doctor, no quiero echar sobre mí la responsabilidad de lo que pueda suceder.

—Y como yo tampoco quiero responsabilidades, he manifestado leal y francamente mi opinion.

—Vuestra sabiduría me inspira ciega confianza.

—Señor...

—Pero al fin sois una criatura y estais sujeta al error.

—Indudablemente.

—Creo que antes de decidir, deberíamos conocer las opiniones de otros médicos.

—Y así me complacería vuestra majestad.

—¿Habeis recetado?

—He dicho que lo haré más tarde.

—Pues disponed desde luego que á mi esposa se le dé uno de esos medicamentos que no pueden hacer bien ni mal.

—Entendido.

—Quiero evitar que sospeche la gravedad de su estado.

—Eso es prudente, señor.

—La veré y le diré que no estoy satisfecho con lo que vos haceis, puesto que el tiempo pasa sin que nada se consiga, y le rogaré que no lleve á mal que otros médicos la vean.

—Así quedaré más tranquilo.

—Esta noche vendreis á verme y hablaremos de los demás asuntos.

El doctor salió de la cámara.

Volvió á las habitaciones de doña Isabel.

Escribió una receta.

Luego se retiró á su aposento.

Allí permaneció más de una hora.

Entre tanto el monarca dió las órdenes oportunas para que al siguiente dia fuesen á palacio los más sabios médicos que habia en Madrid.

A su esposa visitó.

Le dirijió las más cariñosas palabras.

Le manifestó su deseo de que otros médicos la viesen.

La reina hizo un gesto de indiferencia.

Desplegó una sonrisa y dijo:

—Bien me parece lo que dispongais, señor.

—El doctor Olivares vale mucho, pero puede equivocarse.

—El resultado ha de ser el mismo.

—El tiempo pasa y no recobrais la salud.

—Lo cual prueba que mi enfermedad es incurable.

—O que el médico no acierta á curarla.

—Señor, estoy convencida de que muy pronto he de morir.

—Esos presentimientos...

—Me consideraria muy dichosa si fuesen engañosos, porque quiero vivir para nuestro hijo.

El monarca se extremeció.

La palabra nuestro le habia producido un efecto inexplicable.

Cuanto le fué posible abrevió la conversacion.

Volvió á su cámara para entregarse á las meditaciones profundas cuyos resultados eran siempre asombrosos.

El dia pasó sin otra novedad.

Aquella noche don Juan de Manrique se atrevió á ir al alcázar real.

Sorprendióse, lo mismo que otras veces, porque no encontró ningun obstáculo para ver á doña Sol.

Le dió á su amante la triste noticia del estado de la reina.

Sobre este asunto hablaron por espacio de una hora.

Nada les era posible hacer en favor de la virtuosísima esposa del monarca.

En cuanto á lo demás, la situacion era la misma.

¿Qué debian esperar?

Era imposible que se resignasen á pasar la vida como entonces la pasaban.

Don Juan queria de una vez quedar dentro ó fuera; pero ya estaban convencidos de que don Pedro de Lainez no habia de ceder.

Los dos amantes se separaron sin otro consuelo que el de la satisfaccion de haberse visto.

A la mañana siguiente el objeto de todas las conversaciones era la enfermedad de doña Isabel.

La gravedad del estado de ésta se exageraba á medida que la noticia pasaba de boca en boca.

A las diez de la mañana llegaron á la morada real los médicos llamados para dar su opinion.

Reuniéronse en un aposento para aguardar las órdenes de su majestad.

Entretanto el rey conferenciaba con el doctor Olivares.

Este seguia opinando lo mismo que el dia anterior.

Dos horas antes habia visto á la reina, y habia dicho otra vez á Felipe II:

—Si nos empeñamos en salvar al hijo, morirá la madre, es decir, morirán los dos.

El célebre doctor fué á reunirse con sus compañeros.

El monarca se trasladó á la cámara de su esposa.

Muchos cortesanos habian acudido para saber el resultado de aquella conferencia.

No se hablaba de otro asunto.

En todos los semblantes se pintaba la ansiedad, ya verdadera, ya fingida.

Doña Isabel de Valois era muy amada, porque no habia quien no reconociese y estimase sus virtudes.

Pocos eran los que no deseaban que aquella mujer sublime recobrase la salud.

Un gentil hombre entró en el aposento donde los médicos estaban, y dijo:

—Su majestad os espera.

Eran tres además de Olivares.

—Vamos, y que Dios nos dé acierto,—dijo éste.

Y entraron en el dormitorio de la reina.

Creció la ansiedad.

¿Cuál seria el fallo de aquellos hombres?

Vamos á conocerlo.

CAPITULO CXXV

Lo que opinaron los médicos y la atrevida resolucion de Olivares.

De repente reinó un silencio profundo en todas las habitaciones próximas al dormitorio de la reina.

La misma expresion tenian todos los semblantes.

La ciencia iba á pronunciar su fallo terrible, diciendo lo que debia temerse ó esperarse.

Olivares y sus tres colegas entraron en el dormitorio.

Saludaron respetuosamente á Felipe II y á doña Isabel.

Estaba el rey sentado junto al lecho.

Su aspecto era el mismo que siempre.

Despues de contestar al saludo de los médicos, les dijo:

—El vivo deseo de que mi amada esposa recobre la salud me ha impulsado á tomar esta determinacion, que no significa falta de confianza en la sabiduría y en el acierto del buen Olivares. Deseo que con calma y minuciosidad examineis la dolencia y que manifesteis

vuestra opinion sin tener en cuenta ninguna clase de consideraciones, pues cuando se trata de la vida de una criatura, debe olvidarse todo lo demás.

Los médicos fueron pulsando á la enferma.

Le hicieron muchas preguntas á las que ella contestó sin vacilar.

Examinaron una por una todas las recetas de Olivares.

Meditaron.

Volvieron á preguntar, y así trascurrió media hora.

—Señor,—dijo uno de ellos,—me parece que no necesitamos más para manifestar nuestra opinion, y yo me atrevo por de pronto á decir que el estado de su majestad la reina no es verdaderamente grave.

—Ahora vendreis á mi cámara y en mi presencia expondreis las razones en que se funde vuestra opinion.

Despidiéronse de doña Isabel.

Su esposo le dirigió algunas palabras cariñosas.

Salieron del dormitorio.

Atravesaron algunas habitaciones donde los cortesanos esperaban.

Todos se inclinaron al presentarse Felipe II.

El silencio era siempre el mismo.

Fueron á la cámara real.

La superioridad de Olivares se conocia en su rostro, que ni por un sólo instante habia cambiado de expresion.

¿Serian sus compañeros imparciales?

¿No se dejarian dominar por ningun sentimiento ruin?

¿No ejerceria en ellos ninguna influencia el amor propio ó la satánica envidia con que miraban al médico del rey?

En todos tiempos los hombres han sido lo mismo.

A Olivares se le consideró por sus compañeros, más que como un sábio, como un cortesano intrigante, y todos creian que á esta circunstancia debia su fortuna.

De tal injusticia no se vé libre ningun hombre que se eleva en virtud de sus propias fuerzas.

Verdad es que Olivares no hubiera llegado nunca á representar el papel que representó, si á la vez que un sábio no hubiera sido un cortesano hábil y astuto, tan astuto que llegó á penetrar en el alma de Felipe II como no habia penetrado nadie.

Con el convencimiento de su superioridad estaba tranquilo.

Esperaba que sus compañeros fuesen de distinta opinion, y quizás no se equivocaba.

El célebre doctor conocia el mundo quizás mucho mejor que el organismo del cuerpo humano, y casi nos atreveriamos á decir que habia hecho más profundo estudio sobre las pasiones que sobre las enfermedades.

Sentóse el monarca.

Frente á él, en pié y en actitud respetuosa, se colocaron los médicos.

—Hablad,—dijo el rey.

A Olivares le tocaba dar las explicaciones convenientes sobre todos los antecedentes de la enfermedad.

No repetimos su discurso puramente científico, porque fatigaríamos inútilmente al lector.

Expresóse con la facilidad y claridad que siempre lo hacia.

Sus apreciaciones manifestaban su conviccion.

Para terminar y haciendo el pronóstico, dijo:

—La muerte de la enferma es inevitable dentro de un plazo que no pasará de un mes, y creo que no hay más que un solo recurso para salvarla, y este recurso consiste en el sacrificio de la existencia de la criatura que lleva en sus entrañas.

Los demás médicos hicieron un movimiento como de sorpresa y asombro.

Olivares, siempre con tranquilidad perfecta, añadió:

—Tengo en cuenta las grasívimas razones que hay para meditar muy detenidamente antes de apelar al remedio que propongo, pues se trata de una criatura que debe ser heredero del primer trono del mundo, y su vida interesa más desde que el Omnipotente dispuso de la vida del inolvidable príncipe don Cárlos, que en el cielo está; pero entre la vida de un sér, cuyas condiciones no sabemos cuáles serán, y las de su augusta madre, para mí no hay duda posible. Además, si nos empeñamos en respetar la existencia de esa criatura, es lo más probable que se pierdan las dos, la de la madre y la del hijo, pues he dicho ya que nuestra amada reina no vivirá más de un mes, y por consiguiente al sepulcro irá, llevando en sus entrañas á su hijo.

—Ya habeis oido,—dijo el rey á los otros médicos.

Uno de ellos tomó la palabra, explicando de distinto modo la enfermedad, exponiendo razones contrarias á las de Olivares, y diciendo al fin:

—Con el sistema de curacion que hasta hoy se ha seguido recobrará su majestad la reina la salud, y despues que sea madre, se repondrá completamente. En este caso me parece un atentado casi criminal el de producir un aborto, que probablemente pondria en muy grave peligro la existencia de la madre, peligro de que parece olvidarse nuestro compañero el doctor Olivares. Para producir el aborto, es preciso contrariar, violentar la naturaleza, y no puede ser provechoso nada que sea contrario á las funciones naturales de nuestra organizacion.

Olivares desplegó una muy leve y casi burlona sonrisa.

—Sí,—dijo,—malo debe ser todo lo contrario á las funciones de nuestra organizacion, y por eso mi sábio compañero no hará nunca una sangría, ni amputará un miembro, ni hará otras cosas por el estilo; y por eso tambien no se han visto nunca abortos expontáneos, puesto que contrario es el aborto á las leyes de la naturaleza.

Palideció el médico que acababa de hablar.

Pronunció algunas palabras para sostener su opinion.

Los otros dos la apoyaron con razones más ó ménos dignas de ser tomadas en consideracion.

Resultó así que Olivares se encontrase sólo para luchar contra aquellos tres sábios.

Los dejó hablar.

El rey escuchaba.

La discusion llegó á su fin sin que ninguno cediese.

Entonces dijo Olivares:

—Señor, ahora le toca á vuestra majestad decidir.

—La responsabilidad es grande.

—No es pequeña la que acabo de echar sobre mí, sosteniendo mi opinion, y si se me autorizase para hacer lo que bien me pareciese, sin vacilar firmaría una receta, y antes de que llegase la noche no tendria vida la criatura que hay en las entrañas de la augusta esposa de vuestra majestad.

El caso era grave y para poner en apuro á cualquiera.

Ninguno de los médicos podia decidir.

Tenia que hacerlo el monarca, es decir, la persona completamente ignorante en materia de medicina.

Contra la opinion de uno estaba la de tres.

Los tres podian equivocarse; pero todo el mundo hubiera dicho que más fácilmente podia equivocarse el uno.

Silencioso quedó el rey.

Largo rato pasó.

Al fin dijo:

—Reflexionaré; pero cualquiera que sea mi determinacion, todos vendreis diariamente á ver á mi esposa y así os comunicareis vuestras ideas y será más probable el acierto.

Los médicos pronunciaron algunas frases respetuosas y salieron de la cámara.

Inmediatamente viéronse rodeados por los cortesanos.

No ocultaron su desacuerdo con Olivares.

Este se mostró bastante reservado.

En vez de retirarse á su aposento envió un recado á la hija del señor de Lainez, diciéndole que deseaba verla.

La noble doncella acudió inmediatamente á su habitacion.

Apenas vió á Olivares exclamó con voz ahogada:

—¡Ah!... No me engañeis, doctor, no me engañeis.

Y dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

—He querido hablaros para deciros la verdad.

—Gracias, amigo mio, gracias.

—La opinion de mis tres compañeros es distinta de la mia, y como ellos son tres y yo uno, siquiera para cubrir las apariencias, para evitar que se diga que hay parcialidad en mi favor, el rey determinará que se adopte el plan de mis compañeros.

—¿Y vos teneis la seguridad completa de no equivocaros?

—Tan completa como no la he tenido en mi vida, y desgraciadamente me dará la razon el tiempo, pues bien sabe Dios que yo quisiera verme derrotado en esta ocasion, porque no tengo amor propio, y antes que mi vanidad ni mi reputacion es la vida de la reina.

—Vuestro corazon es muy noble.

—Ya sabeis que no tengo corazon.

—Para el mundo que no os conoce.

—Doña Sol, el único recurso para salvar la vida de la reina, es provocar un aborto.

—¡Dios mio!...

—Si así no se hace, morirá antes de un mes, y no

hay que decir que al morir ella morirá tambien esa criatura cuya existencia quiere conservarse.

La jóven se sintió como anonadada.

Le parecia espantoso el remedio de Olivares.

Este añadió:

—Deploraré la desgracia; pero mi conciencia quedará tranquila.

—Y nada de eso puede decírsele á la reina.

—No, porque una madre no vacila nunca para arriesgar su vida, si así ha de salvar la de su hijo.

—Es verdad.

—Al rey le toca decidir.

—Triunfará la opinion de tres contra la de uno.

—Eso es indudable.

—Y como vos teneis seguridad tan completa...

—Hasta el punto de que con tranquilidad he venido para haceros una proposicion.

—Decid.

Cambió la expresion del semblante del médico.

Su frente se contrajo.

En pié se puso.

Fué á las dos partes de la habitacion, mirando á la inmediata para convencerse de que nadie habia por allí.

Volvió junto á la noble doncella y le dijo con voz concentrada:

—Nada más que Dios nos escucha.

Tembló la hija de don Pedro.

Se hizo más densa la palidez de su rostro.

Olivares añadió:

—Si teneis valor para ayudarme, salvaremos á la reina.

—¡Valor para ayudaros!... Por ella sacrificaría yo la vida sin vacilar.

—Sí, sacrificaríais la vida, pero falta saber si os atreveis á echar sobre vuestra conciencia una responsabilidad.

—No comprendo...

—Dejaremos pasar algunos dias, y como la reina no mejorará, os convencereis de que no me equivoco.

—Ya estoy convencida.

—Recetaré y mis compañeros recetarán con arreglo á sus opiniones; pero como vos sereis una de las personas encargadas de asistir á la enferma y de darle los medicamentos, podreis sustituir uno con otro.

—¡Doctor!...

—Y la reina abortará y se salvará.

Una mirada de espanto fijó la doncella en el médico.

Este dijo:

—Nosotros tendremos la satisfaccion de haber cumplido un gran deber.

—¡Oh!...

—Y este secreto irá con nosotros al sepulcro.

Doña Sol se pasó las manos por la frente.

Su agitacion era muy violenta.

Grande, espantosa era su responsabilidad si rechazaba la proposicion de Olivares y la reina moria.

¿Y si el célebre doctor se equivocaba?

Al fin era un hombre que estaba sujeto al error lo mismo que todos, sin que en aquel caso fuese una ga-

rantía el acierto de que habia dado tantas pruebas.

—No me contesteis ahora,—dijo Olivares.

—Dudo y...

—Reflexionad.

—Tengo miedo.

—Cuando llegue el momento oportuno decidireis.

—Pero...

—No puedo hacer más para tranquilizar mi concien-cia. Pensad que yo acepto la misma responsabilidad que á vos os espanta... A Dios le pido que os inspire.

Al pronunciar estas palabras se puso el médico en pié.

—Esperad,—le dijo doña Sol.

—Ahora no debemos hablar más sobre este asunto.

—¡Ah!...

—Que el cielo os guarde, doña Sol, y que á todos nos proteja.

Salió el médico.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la noble doncella con acento desgarrador.

Un raudal de lágrimas se escapó de sus negros y magníficos ojos.

Lo que sufria no se concibe.

¿Qué decidiria?

No es posible adivinarlo.

Desde aquel momento lucha terrible debia entablarse en su alma.

CAPITULO CXXVI.

Lo que opinaba don Juan.

Las noticias, sobre todo cuando se refieren á sucesos desagradables, cunden con rapidez verdaderamente prodigiosa.

No se habló en Madrid en todo aquel dia de otro asunto que de la enfermedad de la reina, fijando particularmente la atencion en las opiniones de los médicos.

Para nada le sirvió al doctor Olivares la reputacion que tenia, pues la opinion pública se manifestó contraria á la del célebre médico, y no faltó quien dijese que era poco menos que un asesino y que merecia ser castigado con la mayor severidad, solo por haberse atrevido á proponer que se quitase la vida á la criatura que debia ser heredera del trono.

Semejante proposicion tenia para el vulgo mucho de horroroso, y la indignacion llegó hasta el último grado.

Los otros tres médicos se regocijaban, pues sabian que el desprestigio de Olivares significaba dinero para ellos.

No pensaban que la opinion pública cambia con mucha facilidad.

Cuando anochecía, volvió Andrés á la hostería para cenar y salir con don Juan de Manrique, y el hostelero apenas lo vió, le dijo:

—Ya debeis saber lo que sucede.

—No sé nada de particular,—respondió Andrés.

—Pues no se habla de otra cosa,—repuso maese Mancioni.

—¿Y qué es ello?

—Que la reina está peor.

—Eso se dijo ayer.

—Pero esta mañana dispuso el rey que fuesen á palacio los mejores médicos de Madrid, y ha resultado que todos opinan lo contrario que el doctor Olivares.

—Es posible que todos se equivoquen.

—El remedio que Olivares proponía es espantoso.

—¡Espantoso decís!...

—Sí, porque asegura que no es posible salvar la vida de la reina sin matar al hijo que lleva en sus entrañas.

—Cuando lo dice Olivares...

—¿Y no os parece que eso sería un crímen?

—Si solamente así puede salvarse la madre, creo que sin vacilar debe ser sacrificado el hijo.

—Pero ese hombre se equivoca.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Porque los demás médicos, que son tres, opinan lo contrario, y es cosa clara que más fácilmente puede equivocarse uno que tres.

—Eso no es para mí una razon que me convenza.

—Es decir, que vos...

—Como no soy médico, nada opino.

—Lo cierto es...

—Que la reina está peor, y lo siento mucho.

—No puedo olvidarla.

—Es un ángel.

—Dios le devuelva la salud,—dijo tristemente el hostelero.

—Maese Mancioui, preparad nuestra cena, pues ya sabeis aquel refran que dice...

—Sí, que los duelos con pan son menos.

Andrés subió muy preocupado.

Poco despues el hostelero les llevó luz.

—¿Qué noticias me traes?—le preguntó don Juan al criado.

—Las peores, señor.

—Nada me ocultes.

—Me ha dicho maese Mancioni que la reina está grave.

—¡Oh!...

—Y que se han reunidó varios médicos, cuya opinion es distinta de la de Olivares, pues nuestro amigo no ve salvacion posible sino produciendo un aborto.

—¡Andrés!...

—Y como todos creen que tres deben saber más que uno, la opinion contraria prevalecerá.

—Iré esta noche á palacio.

—Son los peores momentos.

—Lo mismo que todos.

—No, porque doña Sol estará muy ocupada al lado de la reina.

—Nada perderé por ir.

—Arriesgais mucho, y aunque veais á mi señora, como nada podeis hacer en favor de la reina...

—Sabré la verdad.

—Haced lo que se os antoje, pues seria inútil aconsejaros.

—Viendo estás que ahora el rey no se ocupa de mí.

—Tal vez quiere inspiraros confianza para que cometais alguna locura.

—Andrés, ya sabes que estoy resuelto á luchar, y por consiguiente no me detendré ante ningun peligro.

—Adelante, pues.

El hostelero les llevó la cena.

Salieron una hora despues.

Vagaron por algunas calles.

Llegaron á las cercanías del alcázar real.

Se detuvieron.

—Hasta luego,—dijo don Juan.

—Que Dios os proteja.

En palacio entró el caballero.

Debia ir muy preocupado con la enfermedad de la reina, porque ni siquiera se cuidó de recatar el semblante.

Subió.

Con paso firme atravesó galerías y aposentos, llegando al de la noble doncella.

Esta esperaba á su amante con más ansiedad que nunca.

—¡Ah!—esclamó al ver á don Juan.

Y al mismo tiempo algunas lágrimas se escaparon de sus ojos.

—No ignoro lo que pasa,—dijo gravemente el caballero.

—¡Se muere la reina!...

—La matan sin que nosotros hayamos podido evitarlo.

—¡Dios mio!...

—Sufre mucho; pero tu conciencia debe estar tranquila, porque has hecho más de lo que te permite tu situacion.

—No, mi conciencia no está tranquila, ni es posible que lo esté.

—¿De qué te acusa?

—Escúchame, porque vas á conocer una circunstancia horrible.

Lo mismo que Olivares, doña Sol miró al pasillo y al aposento inmediato para convencerse de que nadie la espiaba.

Sentóse luego junto á don Juan, abandonándole lánguidamente sus mórbidas y bellísimas manos.

Pocas veces en el semblante de una criatura se pinta tan claramente el dolor.

Don Juan dijo:

—Si la voz pública no miente, esta mañana han venido tres médicos para ver á la reina.

—Es verdad.

—Aseguran que la opinion de esos hombres es completamente distinta de la de Olivares.

—Y el sistema que ellos proponen es el que ha de

seguirse, porque el rey no quiere responsabilidades.

—Nada más sé.

—Ni nadie sabe otra cosa.

—Pues dime qué circunstancia horrible es esa y por qué tú, que eres un ángel, no tienes la conciencia tranquila.

—Olivares me habló esta mañana secretamente y me dijo que tenia la seguridad completa, la conviccion profunda de que la reina moriría si no abortaba.

—En su sabiduría tengo más confianza que en la de los otros.

—Y hasta tal punto tiene la seguridad de no equivocarse, que me ha dicho que aun á riesgo de que padezca su reputacion, quiere cumplir lo que su conciencia le manda y me pide auxilio para salvar á la reina, dejando que crea todo el mundo que son los otros médicos los que la han curado y que él se equivocó.

—Esa abnegacion es digna de alabanza; pero no comprendo cómo puedes ayudarle en tan difícil empresa.

—Dice que preparará el medicamento salvador, que me lo dará y que yo podré ponerlo en el lugar del que se haya recetado.

—¡Ah!...

—Si me niego á secundar á Olivares y la reina se muere, ¿cómo ha de estar mi conciencia tranquila?

—Pero eso...

—Y si le ayudo y se equivoca, y la reina llega á morir, mi conciencia se levantará terrible.

Don Juan quedó inmóvil y mudo.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Era en realidad horrible la situacion de doña Sol.

Esta, cuya agitacion acrecentaba por momentos, dijo:

—¿Qué debo hacer?

—Sol de mi vida...

—Aconséjame...

—Esa responsabilidad...

—Me espanta.

—A mí tambien.

—Si de mi vida se tratase...

—Calla, calla.

En pié se puso el caballero.

Fué de un lado para otro.

Cavilaba y sufria mucho.

¿Qué habia conseguido con sus cavilaciones?

Para determinar necesitaba saber si Olivares se equivocaba, y esto lo sabia Dios solamente.

Desde el momento en que aconsejase á doña Sol, para ambos seria igualmente la responsabilidad.

Y si aquella responsabilidad le espantaba al caballero, ¿qué debia sucederle á la doncella?

La situacion era bien horrible.

Podrian desentenderse de aquel asunto; pero esto era equivalente á negar al doctor el auxilio que pedia, y si la reina llegaba á morir, no era posible que estuviesen tranquilos.

Para todo habian tenido valor aquellas dos nobles criaturas; pero les faltaba para arrostrar los peligros de la situacion en que los habia colocado el célebre médico.

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

Comprendió al fin don Juan que tenia la obligacion de dar ejemplo de fortaleza á doña Sol.

Volvió á sentarse.

—Puesto que es preciso, nos resignaremos,—dijo.

—Nada haré contrario á tu opinion.

—¿Acaso yo puedo decidir con más acierto que tú?

—Sí, porque...

—No, Sol de mi alma; puesto que ni tú ni yo sabemos si Olivares se equivoca, y por consiguiente, caminamos entre tinieblas y es posible que vayamos á caer al abismo que tanto nos espanta.

—Es verdad.

—Que nos salve nuestra buena intencion,—dijo el caballero.

—Dios penetra en lo más recóndito de nuestra alma.

—Y Dios ha de juzgarnos.

—Pues bien, ayudemos al doctor Olivares.

Se extremeció la doncella.

Don Juan añadió:

—Y si se equivoca, suya será la responsabilidad ante la justicia divina.

Ya no habia discusion posible.

Instintivamente huye la criatura de lo que puede atormentarla, y esto hicieron los dos enamorados, dando fin á la conversacion sobre aquel asunto.

Ya estaban de acuerdo, habian adoptado una resolucion y por consiguiente no tenian para qué hablar de lo que tanto les hacia sufrir.

Ocupáronse de su situacion.

Ni remotamente sospechaban que la justicia tuviese las pruebas de los crímenes del padre de doña Sol, y por consiguiente estaban tranquilos sobre este punto.

Una hora despues se separaron, despidiéndose con palabras de ternura inmensa.

Don Juan iba muy agitado.

Apenas se reunió con Andrés le dijo lo que pasaba.

El criado escuchó con atencion profunda.

—¿Qué opinas?—le preguntó el caballero.

—Señor, voy á deciros con toda claridad lo que es muy horrible.

—Nadie nos escucha, y por consiguiente puedes hablar sin ningun temor.

—Creo que al rey no le desagrada quedarse viudo.

—¡Andrés!...

—Vos opinais lo mismo que yo; pero no os atreveis á decirlo, ni aun estando á solas.

—¿Y sospechas que Olivares?...

—Quiere salvar á la reina sin que Felipe II pueda decir que la curacion se debe á su médico y favorito.

—Quizás.

—Si Olivares se equivoca, no es vuestra la culpa, y en lugar de mi señora, yo le ayudaria.

—Pero si la reina llega á morir...

—Como no sabeis lo que sucederá, como no sois médico, Dios no ha de pediros cuenta más que de vuestras intenciones.

—Eso he pensado.

—Le dais á este asunto más importancia de la que tiene.

—Porque se trata de la vida de la reina.

—Y si haceis cuanto es posible, y aún mucho más, vuestra conciencia estará tranquila.

—He aconsejado á doña Sol en el sentido en que tú me aconsejas.

—Pues ahora Dios dispondrá.

Otra vez recorrieron las calles sin más objeto que el de moverse.

Estuvieron en el arrabal de San Martin y contemplaron la vivienda del señor Alonso Castillejo.

Estos desahogos del corazon podian costarles muy caros.

Andrés miró á la taberna y dijo:

—¿Por qué está cerrada?

No sabia lo que le habia sucedido al tabernero.

A la puerta se acercó.

Inclinóse y miró por el ojo de la cerradura.

No habia luz en el interior del miserable edificio.

—Cosa rara,—murmuró.

—¿Y qué nos importa?—replicó don Juan.

—Mucho, porque si la justicia ha procedido contra el tabernero y le hace hablar, es posible que mi antiguo señor se vea muy comprometido.

—Eso seria demasiado grave.

—Debemos tener presente que uno de los asesinos quedó herido y en la cárcel está.

—Pero...

—Si ha mejorado y ha dicho la verdad, no habrá salvacion para don Pedro de Lainez.

—¡Vive el cielo!...

—Los criminales sabian demasiado bien quién era la persona que les pagaba, y por consiguiente pueden hacerle mucho mal.

—Andrés, preciso es que cuanto antes salgamos de dudas sobre este punto.

—Mañana mismo averiguaré lo que le ha sucedido al tabernero.

—Y sobre todo nos conviene saber si el criminal que herido quedó ha recobrado la salud ó ha muerto.

—Todo lo averiguaré con la ayuda de Dios.

Volvieron á la hostería.

Andrés abrigaba temores de que se descubriesen los crímenes de su antiguo señor; pero sobre este punto no quiso decir todo lo que sentia, porque hubiera mortificado mucho á don Juan.

Llegó un nuevo dia.

La reina continuaba lo mismo, y aun debiéramos decir que peor; pues si bien los síntomas no indicaban que se agravase la enfermedad, sus fuerzas disminuian y la debilidad no era ménos peligrosa que la misma dolencia.

Fueron los médicos, segun les habia mandado Felipe II.

Conferenciaron nuevamente.

Olivares sostenia su opinion con gran firmeza, y los otros insistian en que era una locura provocar el aborto.

Triunfó la opinion de la mayoría, pues otra cosa no podia suceder.

Los tres médicos miraban con desden á Olivares.

Empero más desdeñosa era la sonrisa leve que retozaba en los lábios del célebre doctor.

Vieron á la reina.

Recetaron.

Despues le dijo el monarca á Olivares:

—El mundo me mira, y el mundo dice que tres hombres deben saber más que uno. Esto es un error; pero yo no puedo ni debo echar sobre mí la responsabilidad de lo que Dios disponga.

—Señor, al tratar de este delicado asunto no he pedido consejo á mi amor propio, sino á mi conciencia.

—Vuestras conviciones deben ser profundas.

—Sí, señor.

—Creeis firmemente que mi esposa morirá.

—Y el tiempo dirá si me equivoco.

—Tal vez es providencial lo que está sucediendo,—dijo el monarca con una intencion que solo podia penetrar Olivares.

Este se inclinó y repuso:

—En Dios confío.

No hablaron más.

Inmediatamente fué el médico en busca de doña Sol.

Esta lo esperaba.

Se contemplaron.

Las señales del llanto y del insomnio veíanse en el semblante de la doncella.

—¿Habeis reflexionado?—le preguntó gravemente Olivares.

—Y he pedido consejo á don Juan.

—Habeis hecho muy bien.

—Doctor, reconozco la nobleza de vuestras intenciones y por eso os perdono lo que me haceis sufrir.

—Con tal de que se salve la reina, no me importan vuestros sufrimientos.

—Yo sacrificaria por ella la vida.

—Pero de la vida no se trata, doña Sol, sino de la conciencia.

—La responsabilidad que acepto me espanta más que la muerte.

—De esa responsabilidad no podeis libraros.

—Ya he decidido.

—¿Y en qué consiste vuestra resolucion?

—Contad con mi ayuda, doctor Olivares.

—Que Dios os bendiga.

—Si os equivocais...

—La reina vivirá, á despecho de cuantos desean su muerte.

—A vos os deberá la vida.

—Y á vos tambien.

—Y si muere...

—Yo acepto ante Dios toda la responsabilidad, puesto que yo os he obligado.

—Yo la acepto tambien.

—Tened por seguro que no quedará sin recompensa vuestro noble proceder.

—En cuanto á eso...

—Doña Sol, se preparan grandes y terribles sucesos... Dejadme ahora y preparaos para sufrir... Que el cielo os guarde.

Ni más dijo, ni más quiso escuchar el doctor.

Dió media vuelta y salió del aposento.

—¿Qué ha querido decir?—murmuró la noble doncella.—Que me prepare para sufrir... ¡Dios mio!...

Inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil como una estátua.

CAPITULO CXXVII.

Cómo fué interrogado el señor Alonso.

Un dia y otro pasó sin que hubiese novedad.

La reina continuaba siempre lo mismo.

Los médicos decian que la dolencia no podia combatirse en poco tiempo.

Escribian receta tras receta; pero el resultado era siempre igual.

No más que por algunas horas podia dejar el lecho la infeliz esposa del monarca.

Este se mostraba con ella muy afectuoso, muy atento, visitándola muchas veces en el trascurso del dia y de la noche.

Preguntaba con muestras de gran interés á los médicos.

Nunca se le habia visto tan expansivo con su infeliz esposa.

El doctor Olivares, cuando le preguntaban, respondia:

—Sostengo mi opinion, y el tiempo probará que si la reina no aborta, ha de morir.

Pronto debia cambiar la opinion pública sobre este punto, y entonces el célebre doctor recobraria su crédito.

Sin embargo, no podia envanecerse con su triunfo, pues nadie habia de saber que él habia provocado el aborto salvador.

Pocas veces hace el hombre el sacrificio de su amor propio como entonces lo hacia Olivares.

Al cabo de una semana dijo Felipe II:

—Esta situacion se prolonga demasiado.

Olivares se encogió de hombros.

¿Qué habia de decir?

No se atrevió el rey á tomar ninguna determinacion.

Los salones de la morada real veíanse á todas horas más concurridos que de costumbre.

No habia quien no mostrase el más vivo interés por la salud de la reina.

Entretanto el señor Alonso Castillejo mejoraba mucho.

Ya estaba completamente fuera de peligro.

Don Gaspar lo interrogó despues de darle licencia Olivares.

Nada se consiguió con esto, pues el honrado y valeroso alférez dijo que no sabia más sino que le habian acometido dos hombres en el arroyo del Arenal, y que no los conocia, ni tenia ningun antecedente que pudiera servir de luz á la justicia.

—Bien está,—dijo el alcalde;—pero hay otra cir-

cunstancia sobre la que habeis de dar explicaciones.

—Preguntadme.

—¿A dónde íbais aquella noche?

El señor Alonso miró al alcalde y replicó:

—Me parece que no es justo que me moleste en deciros lo que sabeis.

—Puedo hacer suposiciones, quizás acertadas; pero necesito la prueba de que no me equivoco.

—¿Soy el criminal, ó la víctima?

—No comprendo vuestra pregunta.

—Caballero, yo soy un hombre honrado; salgo de mi casa cuando se me antoja; voy á donde me conviene, y la justicia hará muy bien en castigarme, si cometo un abuso; pero no tiene derecho para obligarme á dar á conocer mis intenciones. A los miserables que me hirieron alevosamente debeis preguntarles á dónde iban, qué se proponian, qué deseaban, pues así fallareis con acierto, y ellos tienen la obligacion de dar explicaciones y de presentar pruebas sobre cuanto digan.

Don Gaspar se sintió desconcertado.

No podia tratar con dureza al alférez, porque no era justo, y porque hubiera desagradado al monarca.

¿Qué debia replicar?

Dudó, y despues de algunos minutos dijo:

—Señor Alonso, no he querido molestaros, porque como particular os estimo segun mereceis por vuestra honradez y vuestros antecedentes, y como juez tengo la obligacion de protegeros, porque habeis sido víctima de un abuso incalificable; pero este asunto no se parece á los demás de su clase, es extraordinario, y extraordi-

narios han de ser tambien los procedimientos. Si os hago cierta clase de preguntas es precisamente para que se cumpla la justicia con toda severidad, con todo rigor.

—No lo dudo.

—Su majestad ha manifestado por vos el más vivo interés, y la prueba la teneis en que ha mandado venir al doctor Olivares, y á mí me ha dicho que os atienda y os guarde todas las consideraciones.

—Mucho se lo agradezco.

—El mundo no vé en este crímen más que un abuso como otro cualquiera, igual á los que deploramos diariamente; pero hay algo que no se vé, algo que ni siquiera sospecha el mundo, y que tiene muchísima gravedad. La justicia necesita luz, y solo vos podeis dársela. Os hablo en nombre del rey nuestro señor y con la mejor buena fé. Para que de esto no dudeis, os daré á conocer bien la situacion.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Salísteis de vuestra casa y en el arroyo del Arenal os acometió un miserable.

—Le hice frente, me defendí...

—Y lo hubiera pasado muy mal si otro bandido no estuviese oculto y cayese sobre vos, hiriéndoos por la espalda.

—Mi recuerdo es confuso en cuanto á ese detalle, y solo puedo asegurar que sentí como un golpe, que tuve frio y... nada más.

—Al mismo tiempo que os herian, un hombre salió por San Ginés al arroyo y arremetió contra el que frente os hacia.

—Algo de eso recuerdo.

—Lo hirió gravemente, y el miserable cayó sin sentido.

—¿Y luego?

—Al mismo tiempo tambien llegaba yo con mi gente por el lado de los Caños del Peral, y aunque corrimos, ni pudimos evitar que se consumase el crímen, ni dar alcance al que os hirió y que huyó perseguido por el que intentó auxiliaros.

—Comprendo,—dijo el señor Alonso que se habia propuesto hablar lo ménos posible.

—Al criminal herido se le llevó á la cárcel, y allí se encuentra ya casi curado. A vos no os conociamos; pero se presentó un hombre y dijo que érais el señor Alonso Castillejo, y que vuestra posada teníais en el arrabal.

—Sabeis más que yo.

—Cumplí mi deber registrando vuestros bolsillos.

—¡Oh!...

—Encontramos una carta dirigida á doña Sol de Lainez.

—Perdonad; pero cometísteis un abuso.

—Os equivocais, señor Alonso.

—¿Leísteis la carta?

—Os diré la verdad.

—Sí.

—La carta leí, viendo que estaba escrita por don Juan de Manrique, presunto reo del delito de resistencia con las armas y de heridas causadas á los representantes de la autoridad.

—¿Y qué hicísteis con la carta?

—Inmediatamente fuí á palacio y se la entregué á su majestad.

—¡Vive Dios!—exclamó el alférez, incorporándose y fijando una mirada terrible en don Gaspar.

—He cumplido mis deberes.

—Señor alcalde...

—En mis manos no ha de torcerse la vara de la justicia.

—Bien está.

—En esta situacion faltaba averiguar el por qué se habia cometido el crímen, y teniendo en cuenta muchas circunstancias, comprendí que los criminales no habian querido robar, sino asesinar. Seguí buscando antecedentes y bien pronto no me quedó duda de que os hirieron por equivocacion, creyendo que vos érais don Juan de Manrique, y teniendo esto en cuenta era fácil adivinar que á los miserables que os acometieron les pagaba otra persona que queria satisfacer una venganza, ó lo que es igual, que ellos eran no más que instrumentos y que faltaba descubrir al verdadero autor del crímen.

—¿Y lo habeis conseguido?

—Luego os responderé.

—Vuelvo á escuchar.

—El hombre que dijo quién érais, manifestó tambien que servia á don Pedro de Lainez, y al dia siguiente quise interrogarlo, pero me encontré con que la noche anterior habia sido despedido por su señor y se fué de la casa precisamente á la hora en que debian asesinar á don Juan de Manrique. Ese criado se llama Andrés, se

me ha presentado, asegura que es vuestro mejor amigo y viene diariamente para saber como os encontrais. Es hombre que vale mucho, porque tiene una inteligencia muy clara, se expresa como si le hubiesen dado una educacion distinguida y además parece muy honrado.

—Y tiene un gran corazon.

—Es verdad.

—¿Y lo habeis interrogado?

—Sí.

—¿Y qué os ha dicho?

—Señor Alonso, antes me preguntábais si érais el criminal ó la víctima, y ahora, con no ménos razon, os pregunto quién de los dos es el juez, si vos ó yo, puesto que me interrogais y me exigís terminantes contestaciones.

A su vez se sintió desconcertado el señor Alonso.

Comprendió que habia cometido una grave falta.

Por más honrado que fuese, tenia la obligacion de respetar al representante de la justicia.

—No ha sido mi ánimo,—dijo,—interrogar á quien tiene el derecho de interrogarme, sino que la curiosidad, el natural deseo de saber todo lo que se refiere á un asunto que tan de cerca me toca...

—Entendido.

—Cumplo el deber de respetaros.

—No me habeis ofendido, y si os hago la advertencia, espara que no lleveis á mal que desde luego no satisfaga vuestra curiosidad.

—Os agradezco las consideraciones que me guardais.

—Es cosa averiguada y probada que albergue dísteis en vuestra casa á don Juan de Manrique.

—Yo no sabia que fuese criminal.

—Por eso no se os acusa, pues era fácil que ignoráseis que la justicia lo perseguia; y sobre todo, esa circunstancias no debemos tomarla en consideracion sino en cierto sentido.

—Mi casa puse á disposicion del noble Manrique.

—Debíais saber que aquella noche le amenazaba un peligro en la calle.

—Lo sospechaba.

—Algo más que sospecharlo.

—El temor, aunque infundado fuese, bastaba para que yo no le permitiese salir; y como tenia necesidad de decirle á doña Sol de Lainez no sé qué cosas de interés, me ofrecí á llevarle una carta á la noble doncella. Respeté el secreto de la carta, y por consiguiente...

—No sois responsable de su contenido.

—Y me parece que don Juan...

—Os advierto que de la carta no se hace ni siquiera mencion en el sumario, así como tampoco se han escrito las declaraciones de los criminales.

—¡Qué no se han escrito las declaraciones!...

—No.

—Cosa extraña.

—Ya os he dicho que este asunto no es lo que parece.

—Pues yo creo que es un crímen como otro cualquiera.

—Continuemos, señor Alonso.

—Dispuesto me teneis.

—Sabíais, ó por lo ménos sospechábais, que se trataba de asesinar á don Juan de Manrique.

—Sí.

—¿Y por qué lo sospechábais?

—Me perdonareis, señor alcalde; pero no puede responder á esa pregunta.

—¿Por qué?

—Tendria que revelar secretos que he prometido guardar.

—¿Y cómo he de hacer justicia, cómo he de proceder contra el autor del crímen, si vos me negais la luz que necesito?

—Otro puede dar lo que yo niego.

—Pensad que estais obligado á decir la verdad.

—Callando no se miente, y callo.

—Pero se oculta la verdad.

—Si así cometo una falta...

—Y grave.

—Castigadme y tendré paciencia; pero callaré.

—Sois tenáz.

—Mucho.

—El rey espera de vos...

—Lo que estoy haciendo, porque su majestad me conoce demasiado bien.

—Señor Alonso, vos sabeis quién es el autor del crímen.

—Tal vez.

—Y puesto que pedís justicia...

—No, caballero, yo nada he pedido,—replicó el alférez.—Me socorrísteis y el socorro he aceptado, porque

tengo el deber de conservar la existencia. No podeis decir que he pedido que se castigue á los criminales, pues ni siquiera he preguntado por ellos.

—Nada podíais pedir puesto que estábais enfermo y aletargado por la calentura.

—Ahora estoy bien, mi cabeza se ha despejado, y tampoco quiero que se moleste á nadie; decís que herido está y en la cárcel se encuentra uno de aquellos bandidos.

—Sí.

—Pues bien, podeis ponerlo en libertad, porque yo nada reclamaré.

—No pensais que una cosa son los nobles sentimientos de generosidad, y otra los deberes. Cuando un delito queda impune, las consecuencias son muy graves, porque el delincuente se alienta y comete nuevos abusos. Si conoceis al verdadero autor del crímen, al que pagó asesinos para que quitasen la vida á don Juan, teneis la obligacion de nombrarlo y dejar que la justicia haga lo demás.

—Señor alcalde, como hablamos sin testigos os diré que yo sabia que se habia pagado á dos miserables para que asesinasen á don Juan de Manrique y que por eso no permití que saliese aquella noche. Al verdadero criminal lo conozco, y no me sería difícil presentar las pruebas; pero no lo haré, y por consiguiente no debeis molestaros en interrogarme. En cuanto á los antecedentes del noble Manrique, los conozco demasiado bien, y albergue le dí en mi casa á sabiendas de que estaba perseguido por la justicia.

El señor Alonso se incorporó.

Cambió la expresion de su semblante.

Fijó en don Gaspar una mirada severa y añadió:

—Lo que voy á decir, podeis repetirlo en presencia de su majestad, porque yo acepto siempre la responsabilidad de mis actos. He favorecido á don Juan de Manrique, porque es víctima de abusos incalificables.

—¡Señor Alonso!...

—Y lo favoreceré mientras me dejen con vida.

—No comprendeis el valor de vuestras palabras...

—Ya os he dicho que el rey me conoce demasiado bien, y si me oyese no se sorprendería.

—De todo esto resulta...

—Que deseo recobrar las fuerzas para cumplir mis deberes, y así podeis decírselo á su majestad.

—Debo advertiros que el criminal que está preso ha declarado haciendo revelaciones de gran importancia.

—No debia esperarse otra cosa de esos miserables.

—Y preso se encuentra tambien el que le ayudó, y el dueño de la taberna donde se hizo el criminal contrato: en realidad la justicia no necesita más pruebas; pero vuestras declaraciones serian muy útiles, y sobre todo servirian para poner en claro ciertos puntos que están dudosos.

—Pues no espereis de mí ninguna luz.

—Tendré que interrogar á vuestro amigo Andrés.

—¿Y qué conseguireis?

—Declarará...

—Lo que le convenga.

—Si lo encierro en un calabozo...

—Cometereis una injusticia.

—Y si resiste, cuando se le aplique el tormento...

—¡Vive Dios!... No lo conoceis... ¡Atormentar al hombre más honrado del mundo! Lo veríais sonreir y morir mientras os miraba con desden.

Don Gaspar cruzó los brazos.

Inclinó sobre el pecho la cabeza.

¿Qué habia de decir?

¿Qué le era posible hacer?

Nada.

Tenia que respetar al alférez, y sobre todo hubiera sido una injusticia molestarlo más, ó siquiera amenazarle.

No le quedó duda de que nada habia de conseguir de aquel hombre, como nada habia conseguido del sirviente.

Despues de algunos minutos dijo:

—Terminaremos esta conversacion, porque os molesta.

—Por mi parte nada tengo que decir.

—Cuando llegue el caso de declarar con las formalidades de la ley...

—Contestaré sencillamente que no sé más que lo que aquella noche me sucedió. Es decir, que me acometieron en el arroyo del arenal, que me defendí y que me hirieron.

—Al rey le toca determinar.

—Que disponga lo que bien le parezca, pues yo no he de cambiar de resolucion.

—Está bien.

—Apenas mis fuerzas me lo permitan, iré á ver á su

majestad, no para que me diga lo que he de hacer, porque tengo mi conciencia, sino para manifestarle mi gratitud por haberse interesado por mí.

—Señor Alonso, sosegaos.

—No he perdido la calma.

—Necesitais tranquilidad de espíritu, reposo.

—Os agradeceré mucho que á mi amigo Andrés le deis licencia para verme.

—Consultaré con su majestad.

—Si este favor no me concede, tendré paciencia.

Con pocas palabras más terminaron la conversacion.

A otro aposento se fué el alcalde.

Entregóse á las reflexiones á que daba lugar aquella situacion estraña.

Preguntóse si debia ir á palacio.

Empero Felipe II le habia dicho que esperase órdenes.

¿Era prudente dejar que pasasen los dias sin hacer nada?

Despues de mucho cavilar, determinó ver á Olivares.

—Lo esperaré,—dijo.

—Media hora despues llegó el astuto médico.

Saludó á don Gaspar, y este le dijo:

—Doctor, cada dia estoy más aturdido y no tengo un instante de reposo.

—¿Qué os sucede?

—Las dudas me tienen perplejo y me atormentan.

—Su majestad os dijo que esperáseis sus órdenes y sobre este punto no hay duda posible.

—Así parece; pero si os encontráseis en mi situacion...

—¡Bah!—murmuró el médico, desplegando una sonrisa.

—He hablado con el señor Alonso.

—¿Lo habeis interrogado?

—Sí.

—Supongo que os habeis molestado inútilmente.

—Me ha dicho cosas muy graves.

—¿En qué sentido?

—Declara que albergue dió á don Juan de Manrique á sabiendas de que la justicia lo consideraba delincuente.

—En ese caso...

—Pero esa declaracion no la hará cuando se le interrogue en debida forma y en presencia del escribano.

—Ha dicho mucho, sin decir nada.

—Eso es.

—Habreis visto que al señor Alonso no le infunde miedo el enojo de su majestad.

—Ninguno.

—Por algo será.

—Me autoriza para que todas sus palabras, aun las menos respetuosas, las repita en presencia del rey.

—Y ahora vos...

—Ya os lo he dicho, estoy perplejo.

—Don Gaspar, permitidme que os diga que no acabais de comprender la situacion.

—Reconozco mi torpeza.

—Me atreví á daros prudentes consejos.

—Sí, me dijísteis que si cumplia mi deber, mal, y si no lo cumplia, peor.

—Eso es.

—¿Y cómo se entiende semejante consejo?

—Es muy sencillo.

—No para mí, doctor.

—Cumplid las órdenes de su majestad.

—Las he cumplido con la más escrupulosa exactitud.

—Y no habeis tenido que arrepentiros.

—Es verdad.

—Cumplid vuestros deberes y no cumplidlos...

—Eso es contradictorio.

—¿No sabeis lo que significa?

—No.

—Pues bien, quiso deciros que no hiciéseis nada.

—¡Ah!...

—Cuando el rey os mande, obedeced.

—Y mientras no me dé ninguna órden...

—Os estareis tranquilamente en vuestra casa y dejareis que el mundo marche.

—¡Gracia á Dios!...

—En la cárcel están tres de los criminales.

—¿Qué he de hacer con ellos?

—Dejadlos allí, que nada pierde el mundo porque estén encerrados.

—Pero el autor del crímen...

—¿Habeis olvidado lo que os dijo su majestad?

—No.

—Pues entonces, dejadlo tambien.

—Doctor, acabais de hacerme el mayor de los beneficios.

—Pero no le digais á nadie que os he dado consejos.

—Descuidad.

—¿Qué más quereis?

—El señor Alonso me ha pedido que á su amigo Andrés le permita verlo.

—Me parece justo acceder á su peticion.

—Sí, pero como en este asunto es todo tan extraño...

—Nada perdereis porque se vean y hablen los dos amigos.

—Es verdad.

—Caballero, voy á cumplir mis deberes viendo al enfermo.

—Parece que está mucho mejor.

—Tiene una organizacion privilegiada, y así ha podido salvarse.

—Entrad y...

—Vos me acompañareis, pues no he de hablar con él nada reservado.

—Vamos, pues.

El médico y el alcalde entraron en el dormitorio del alférez.

Desde aquel momento no fué Olivares más que el médico.

Examinó al paciente.

Le hizo algunas preguntas.

Luego recetó.

—Pronto dejareis el lecho,—dijo.

—Lo deseo vivamente.

—Os conviene la tranquilidad, porque así recobrareis más pronto las fuerzas.

—Tranquilidad tengo.

Con palabras agradables se despidió el doctor.

Salió de la casa en compañía de don Gaspar.

Hablaron de la enfermedad de la reina.

El médico sostenia su opinion sobre este punto.

Separáronse en los Caños del Peral.

Algo más tranquilo volvió don Gaspar á su vivienda.

Olivares se encaminó á palacio.

Acercábase el momento crítico, el momento terrible en que su atrevido plan debia ponerse en ejecucion.

Dejaremos pasar aquel dia, pues hasta el siguiente no debian tener lugar sucesos de verdadero interés.

CAPITULO CXXVIII.

Cómo volvieron á conferenciar Olivares y la doncella.

No era menester que Felipe II hiciese nada para dar satisfaccion á rencores que en aquella situacion era natural que se extinguiesen, ó que por lo menos se moderasen, pues las circunstancias lo harian todo en virtud de combinaciones fatales.

La vida de la reina estaba en gran peligro, y solo podia salvarse por los medios que el doctor Olivares proponia.

Llegó el momento de dar el paso decisivo.

A la hora de costumbre se reunieron los médicos.

Hiciéronse cargo muy detenidamente del estado de la enferma, y recetaron.

Despues, por órden del monarca, fueron á la cámara de este, que les preguntó:

—¿Qué opinais?

—Señor, los medicamentos no producen todo el efecto que deseamos.

—Habeis tenido tiempo para observar.

—Y lo hemos hecho.

—¿No habeis cambiado de opinion?

—Por el contrario, estamos más convencidos que nunca de que el sistema que se sigue es el único que puede combatir la enfermedad, y creemos que seria muy peligroso el aborto, porque á su majestad le faltarian las fuerzas para resistirlo.

—¿Y vos, doctor Olivares, tampoco habeis cambiado de opinion?

—Tampoco, señor, puesto que está sucediendo lo que anuncié. Hoy me comprometeria á salvar á la reina; pero dentro de dos ó tres dias será tarde.

—Dios dispondrá,—murmuró el monarca.

Y despidió á los médicos.

Olivares volvió á las habitaciones de la reina.

Allí encontró á doña Sol, que le preguntó:

—¿Qué noticias podeis darme?

—Dentro de un rato en vuestro aposento... ¿Me entendeis?—dijo Olivares á media voz.

—Sí, comprendo,—repuso la doncella.

Y se extremeció violentamente.

Se acercaron algunas damas.

El médico, como si continuase la conversacion, dijo:

—Por lo demás, yo no pretendo ser infalible y quizás me equivoco; pero lo que sucede empieza á justificar mi opinion, puesto que la reina no mejora, sino que por el contrario disminuyen sus fuerzas cada dia.

Cada una de las damas dijo lo que consideró más prudente.

Olivares se fué.

Antes de que trascurriesen diez minutos entraba en el aposento de la doncella.

Esta volvió á preguntarle:

—¿Qué podeis decirme?

—Nada bueno.

—¡Dios mio!...

—Dentro de dos dias será tarde para poner remedio al mal.

—Es decir que...

—Ha llegado el momento.

Tembló la noble doncella.

Se contrajo su frente.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Inclinó la cabeza, quedando inmóvil.

La contempló el médico y la dijo despues de algunos minutos:

—Teneis miedo.

—Sí.

—Yo tambien lo tendria si me encontrase en vuestra situacion.

—¡Oh!...

—Pero debeis pensar que en todo caso la responsabilidad no es vuestra, sino mia.

—Pero como contra vuestra opinion está la de todos los demás médicos...

—Y en favor de mi opinion están los resultados, que son más elocuentes.

—Es verdad, puesto que la reina no recobra la salud.

—Puesto que cada dia está peor y á nadie puede

ocultarse la gravedad de su estado, no cometeis una locura al ayudarme para salvarla.

—Ya estoy decidida y no retrocederé.

—¿Habeis visto á don Juan?

—Sí.

—¿Y no ha cambiado de resolucion?

—Por el contrario, sigue creyendo firmemente que nadie más que vos puede salvar á la reina.

—Me alegro.

—Ahora...

—Voy á deciros lo que es preciso hacer.

—Os escucho.

—Os será fácil proporcionaros una botella enteramente igual á la que tiene el medicamento que se ha recetado.

—Muy fácil es eso.

—Aquí la traereis, dejándola sobre esta mesa.

—Antes de una hora se cumplirá vuestro deseo.

—Yo me la llevaré, cometiendo el abuso de introducirme en este aposento mientras que vos estais al lado de la reina.

—¿Y luego?...

—Mañana, despues que los médicos hayan recetado, encontrareis aquí la botella con un medicamento del mismo color, igual enteramente á la vista que el otro.

—Entiendo.

—Lo llevareis oculto, y aprovechando la primera ocasion que se os presente, sustituireis una botella con otra y dejareis que á la enferma se le dé el medicamento en la cantidad y á las horas que los médicos hayan señalado.

—¿Y los efectos?...

—Los vereis en el trascurso del dia, quizás muy pocas horas despues.

—¡Ah!...

—Mañana mismo abortará la reina y todos creerán que la naturaleza ha hecho lo que yo queria que la ciencia hiciese. Se desenvolverá una crísis, y por de pronto parecerá que la reina está peor; pero pasado mañana desaparecerá por completo el peligro, y antes de una semana la vereis fuera del lecho en estado de convalecencia y reponiéndose.

—Y á vos os deberá la vida.

—Eso lo sabreis vos y don Juan de Manrique; pero nadie más, porque es preciso guardar muy cuidadosamente el secreto.

—¿Quereis darme á conocer las intenciones del rey?

—Ha concluido por dejar que los sucesos marchen.

—Porque ya tiene la seguridad de que no ha de vivir la inocente criatura que la reina lleva en sus entrañas, y cuya existencia...

—Cuidado, doña Sol,—interrumpió el médico.

—¿Acaso me equivoco?

—No lo sé, ni á vos os importa.

—Doctor...

—No puedo detenerme... Haced lo que os digo y fiemos en la misericordia divina.

Olivares no quiso continuar la conversacion.

Despidióse de la doncella y se fué.

Largo rato permaneció inmóvil y meditabunda la hija de don Pedro.

Fué á la cámara de la reina, que en aquellos momentos reposaba.

Media hora despues volvió á su aposento.

Sobre la mesa dejó una botellita enteramente igual á las que se usaban para los medicamentos de la augusta enferma.

—En nombre de Dios,—dijo.

La infeliz temblaba.

No era posible que se tranquilizase.

Al más valeroso y más indiferente le hubiera espantado la tremenda responsabilidad que aceptaba doña Sol.

Aquella tarde el célebre médico, despues de convencerse de que nadie lo observaba, entró en el aposento de la doncella y se llevó la botellita.

Las horas trascurrieron sin que nadá de particular sucediese.

La reina continuaba lo mismo, con las alternativas propias de su enfermedad.

Siempre decia que presentía su cercano fin, y siempre hablaba de su hijo.

El sentimiento de su amor maternal se sobreponia á todos.

Llegó la noche, que tambien pasó sin novedad.

A la mañana siguiente fueron los médicos.

Opinaron que debia repetirse el mismo medicamento para ver los efectos que hasta la tarde producian.

Hablaron con Felipe II.

Este dijo que si para el dia siguiente no mejoraba su esposa, llamaria más médicos para que manifestasen

su opinion, pues queria que se hiciese cuanto humanamente fuese posible.

Dos horas despues fué á su habitacion la doncella.

No pudo contener un grito.

Quedó inmóvil y con la mirada fija.

Sobre la mesa estaba la botella con un líquido del mismo color y espesor que el que á la enferma se daba recetado por los médicos.

Lo que sintió doña Sol no es posible explicarlo.

Apenas podia respirar.

Despues de algunos minutos hizo un gran esfuerzo.

Tomó la botella.

La ocultó entre su ropa.

Elevó al cielo una mirada de desgarradora súplica, y exclamó:

—¡Dios mio!...

Y salió por la puerta que comunicaba con el pasillo, volviendo á las habitaciones de doña Isabel de Valois.

CAPÍTULO CXXIX

La fatalidad.

La salvacion de doña Isabel de Valois dependia de una circunstancia cualquiera.

Dice el adagio que el hombre propone y Dios dispone, y de esta verdad habia de verse muy pronto una prueba.

El doctor Olivares hizo cuanto le fué posible, aun á riesgo de comprometerse y provocar el terrible enojo de Felipe II.

La noble doncella arriesgó mucho tambien, aceptando una responsabilidad que hubiera espantado al más valeroso.

Debemos tener presente lo que habia dicho el célebre médico sobre la oportunidad de darle el abortivo á la reina, y añadiremos que no se equivocaba, pues si aquel mismo dia no tomaba el medicamento seria tarde al dia siguiente.

¿Encontraria la hija de don Pedro una ocasion para cambiar la botella?

De esto dependia todo.

El medicamento recetado aquella mañana debia dársele á la enferma á la una de la tarde, y eran cerca de las once de la mañana cuando doña Sol se dispuso á sustituir una botella por otra.

Haciendo esfuerzos verdaderamente sobrehumanos volvió á las habitaciones de doña Isabel.

Junto al lecho de ésta encontrábanse las damas á quienes tocaba el turno para servirla á aquellas horas.

En un aposento inmediato y sobre una mesa habia vasijas de distintas clases con medicamentos que se habian recetado.

El principal era el que debia cambiarse.

No le tocaba á doña Sol cuidar de la enferma á la hora señalada, sino cuando llegase la noche; pero si no cambiaba las botellas el abortivo se daria á doña Isabel, puesto que la que habia de hacerlo sabia ya cuál de aquellas pócimas era la designada para la una de la tarde.

Fué de un lado para otro la noble y desgraciada hija de Lainez.

Habló con sus compañeras.

Sonreia maquinalmente.

Cuando le pareció que el momento era oportuno, fué á la habitacion donde estaban los medicamentos, entrando por una puerta excusada.

Nada tenia que hacer allí.

Si la sorprendiesen en aquel sitio hubiera infundido sospechas y quizás se hubiera visto comprometida muy gravemente.

Inútiles fueron todos sus esfuerzos para dominar entonces su violenta agitacion.

Respiraba con dificultad.

Mortal palidez cubria su rostro.

Su mirada era recelosa.

El fuego de la fiebre iluminaba sus pupilas.

Dió algunos pasos y se detuvo.

Escuchó.

No percibió ni el ruido más leve.

Otra vez avanzó hácia la mesa.

Y volvió á detenerse.

Le convenia concluir cuanto antes, porque era mayor el peligro cuanto más tiempo permaneciese allí.

De repente le asaltaron dudas.

Preguntóse si su conciencia podia estar tranquila.

Pensó entonces lo que antes no se le habia ocurrido, pues recordó que Olivares era y seria siempre ciego instrumento de la voluntad de Felipe II.

¿No era posible que el medicamento para producir el aborto lo diese el doctor con el solo fin de quitar la vida al sér cuya existencia era para el monarca el resultado de una debilidad, de una liviandad, de un extravío?

¿Se proponia realmente Olivares salvar la vida de la reina, ó solamente contribuir á la satisfaccion de un deseo de venganza?

Dios lo sabia.

Era inútil buscar las pruebas en las demostraciones ni palabras del célebre médico, pues éste sabia disimular como nadie y le sobraba habilidad para fingir y engañar á los más astutos.

A doña Sol le pareció imposible que de buena fé quisiera el médico salvar á la reina.

¿Por qué no habia discurrido antes así?

No lo sabemos; pero la verdad es que tales ideas brotaron en su mente en aquellos momentos críticos.

Movióse como para retroceder; pero no lo hizo.

Tambien se movió como para avanzar; pero dió un solo paso.

Apenas se concibe lo que sufria en aquellos momentos.

El pecho se oprimió con fuerza convulsiva.

Elevó al cielo una mirada de mortal angustia.

¿Qué haria?

Pocas veces las dudas atormentan tanto á una criatura.

Y el momento terrible se acercaba, y por consiguiente, no tenia tiempo para meditar ni mucho ménos para consultar nuevamente con su amante.

Si aquel mismo dia no cambiaba el medicamento, al siguiente seria tarde, pues así lo aseguraba el doctor.

Por fin la noble doncella dijo:

—Si Olivares me engaña, si abusa de mi buena fé, á Dios dará cuenta de sus acciones y la justicia divina decidirá.

Ya no vaciló.

Sacó la botellita que oculta llevaba entre la ropa.

Dió algunos pasos.

Llegó á la mesa.

Sus manos temblaban.

Volvió la cabeza para mirar á la única puerta por donde podian entrar sus compañeras.

El silencio era el mismo.

Ya no necesitaba más que un instante.

—¡En nombre de Dios!—dijo.

Y la botellita dejó sobre la mesa, tomando la otra y ocultándola.

No debia detenerse.

Fué á la puerta que comunicaba con las habitaciones donde se encontraban las damas y doncellas de la servidumbre.

Levantó la cortina.

Miró.

Nadie habia por allí.

Retrocedió.

Atravesó el aposento y salió por la otra puerta..

¿La habia engañado el doctor Olivares?

No, pues en realidad aquel medicamento era el único que podia salvar la vida de la reina.

Doña Sol fué á su aposento.

Necesitaba descansar y recobrar la calma, siquiera en apariencia.

Diez minutos despues volvió á las habitaciones donde sus compañeras estaban.

Apenas entró, una doncella salió del dormitorio de doña Isabel diciendo:

—Su majestad está peor, mucho peor...

—¡Dios mio!...

—Debemos dar aviso al rey.

Produjose gran conmocion.

La hija de don Pedro entró en el dormitorio.

Al lecho se acercó.

La reina respiraba con dificultad.

Apenas se movia.

Pronunció algunas palabras que no pudieron entenderse.

¿Llegaba tarde el medicamento del doctor?

Aún era tiempo.

Felipe II, cuando le dijeron lo que sucedia, fué al dormitorio de su esposa.

Mandó que inmediatamente corrieran en busca de los médicos y que avisasen tambien á otros.

Esta órden fué cumplida con exactitud.

Dieron tambien aviso al doctor Olivares, que en aquellos momentos no se encontraba en palacio.

Media hora despues empezaron á llegar los médicos.

Cuando estuvieron todos reunidos vieron á la reina.

Despues de examinarla detenidamente se trasladaron á otra habitacion.

—¿Qué opinais de este trastorno?—les preguntó el monarca.

—Señor, el trastorno en apariencia es alarmante pero no es grave en realidad.

—A Dios le doy gracias.

—En mi opinion,—dijo Olivares,—el trastorno es anuncio de una crísis que podrá desenvolverse mañana.

—¿Seguís opinando lo mismo que siempre?

—Lo mismo, señor; y si hoy no aborta la augusta esposa de vuestra majestad, no respondo de lo que sucederá.

Los nuevos médicos opinaron tambien contra lo que Olivares decia.

Sin duda por hacer algo, dijeron que debia modificarse el medicamento recetado aquella mañana, haciéndolo así más eficaz.

Ménos el célebre doctor, todos estuvieron de acuerdo.

—Hágase lo que os parezca más acertado,—dijo Felipe II.

Pidieron el medicamento.

Le dijeron á una de las damas que lo tirase.

Escribieron una nueva receta.

Dispusieron que la pócima recetada se le diese inmediatamente á la enferma.

Esta órden debia cumplirse.

Ya no era posible hacer una segunda sustitucion de medicamentos.

Despidiéronse los médicos que fueron.

Olivares se dirigió á su aposento.

Estaba contraida su frente.

Su mirada era sombría.

En un pasillo encontróse con doña Sol.

El médico se detuvo y le preguntó:

—¿Habíais cambiado ya el medicamento?

—Sí; pero lo han tirado, y...

—La reina se morirá.

Exhaló un grito doña Sol.

Se apoyó en la pared y quedó inmóvil.

Se alejó el médico y desapareció.

¡Todo se habia perdido!

CAPÍTULO CXXX.

Empiezan á cambiar las ideas de don Leandro.

Desgraciadamente no se habia equivocado el doctor Olivares.

La reina mejoró durante las horas de aquel dia; pero cuando cerró la noche se sintió más molestada.

A la mañana siguiente su enfermedad presentó nuevos síntomas que alarmaron á los médicos.

Volvieron estos á discutir.

Otros fueron llamados.

En tales conferencias pasaron hasta despues del medio dia.

Escribieron receta tras receta; pero ningun medicamento producia el resultado que se deseaba.

Aquella tarde se decia en el interior de palacio:

—La reina está peor.

Y otros exclamaban:

—¡La reina se muere!

¿Y el doctor Olivares?

Habia asistido á todas las conferencias con los demás médicos.

Siempre habia sostenido su opinion; pero dijo tambien que ya era tarde para provocar un aborto, porque la enferma no podria resistirlo.

Cuando llegó la noche estaban todos convencidos de que la enfermedad de doña Isabel era gravísima.

Felipe II representó admirablemente el papel de esposo tierno.

¿Qué sentia?

Dios lo sabe.

Sobre este punto cada cual puede hacer las apreciaciones que le parezcan más acertadas, teniendo en cuenta los antecedentes que hemos dado á conocer.

Lo que sufria doña Sol no se concibe.

Mortal palidez cubria su rostro.

Sus magníficos ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Tranquila debia estar su conciencia, puesto que habia hecho cuanto podia y mucho más de lo que otra hubiera hecho en su situacion.

Una coincidencia inesperada habia desbaratado los planes del doctor.

Preciso era resignarse.

Las circunstancias habian ayudado á los enemigos de la reina, y contra las circunstancias era imposible la lucha.

En momentos tan críticos, no se ocupaba el rey más que de su esposa, y por consiguiente no era extraño que se olvidase de don Pedro de Lainez, de don Juan y de todos los demás asuntos.

Don Gaspar continuaba esperando órdenes.

Su responsabilidad estaba á cubierto, puesto que se le habia mandado que permaneciese en la inaccion.

Bien pensado nada se perdia porque continuaran en la cárcel Gusarapo y sus cómplices, y en cuanto al padre de doña Sol, tampoco era perjudicial en su casa permaneciese muy confiado y muy tranquilo.

Iba don Pedro á palacio por mañana y tarde, para saber cómo se encontraba la reina, y así cumplia sus deberes de cortesano.

Veia á su hija entre las damas de la servidumbre; pero no hablaba particularmente con ella.

¿Y don Leandro?

Al alcázar real iba tambien, se enteraba del estado de la enferma y hacia lo posible para evitar la conversacion hasta con los que eran sus mejores amigos.

En su semblante contraido y pálido y en su mirada sombría revelábase la agitacion violenta de su espíritu.

Aunque la causa de su sufrimiento fuese en realidad su soberbia, ello es que sufria.

¿Qué esperaba?

¿No habia pensado tomar ninguna determinacion?

Habia dejado pasar algunos dias sin cuidarse siquiera de visitar á don Pedro, lo cual este consideró una gran fortuna, pues así pudo estar tranquilo.

Muy difícil hubiera sido comprender lo que sentia el caballero.

La situacion, por ser demasiado violenta, no podia prolongarse.

Cuando el señor de Lainez daba gracias á Dios por-

que nadie le hablaba del casamiento de su hija precisamente la tarde en que cundia la voz del gravísimo estado de la reina, presentóse don Leandro en la morada de don Pedro.

Disponíase á ir á palacio.

La visita le desagradó mucho; pero le fué preciso disimular.

Cruzaron algunas frases de pura fórmula, y luego dijo el padre de doña Sol:

—Supongo que ireis á palacio.

—Sí,—respondió don Leandro.

—Os acompañaré, porque yo...

—Antes hablaremos.

—¿Hay alguna novedad?

—Precisamente porque no hay ninguna hemos de hablar.

—Yo nada tengo que deciros.

—Pues yo me permitiré haceros algunas preguntas, y espero que vos me responderéis con franqueza.

—Siempre os he dicho lo que siento.

—Así nos conviene á los dos.

—Si pensais ocuparos de mi desdichada hija...

—Sí.

—Don Leandro, en estos momentos de conflicto, cuando esperamos todos una gran desgracia, no es posible adoptar ninguna determinacion.

—Viendo estais que sé respetar lo que respeto merece; pero entre nosotros, cuando el mundo no nos mira, podemos decir y hacer lo que en presencia del mundo seria una falta de consideracion.

—No os comprendo bien.

—Voy á explicarme.

—Haced lo que mejor os parezca.

—La reina se muere.

—Eso dicen todos; pero los médicos...

—Me atengo al fallo del doctor Olivares.

—¡El doctor!—murmuró don Pedro mientras se estremecía,—ese hombre representa...

—No pienso ocuparme de él.

—Como lo habeis nombrado...

—He dicho que la reina se muere.

—Dios le devuelva la salud.

—Lo deseo; pero esto no es bastante.

—Su enfermedad...

—Quiero saber,—interrumpió don Leandro,—lo que hareis despues que haya muerto la reina.

—¡Lo que haré!—replicó don Pedro con tono de estrañeza.—Lo mismo que vos, lo que todo el mundo, sufrir, llorar, rezar por el alma de esa mujer virtuosa.

Don Leandro fijó una mirada penetrante en el señor de Lainez.

Arrugó el entrecejo.

Despues de algunos momentos le dijo:

—No es posible que hayais dejado de comprender el significado de mi pregunta.

—Parece que os disgustais, y...

—¿Qué hareis con vuestra hija?

—No puedo hacer más que una cosa; traerla á mi casa, y si entonces resiste tambien, si aún se atreve á

revelarse contra mi autoridad, á pesar de faltarle el apoyo de la reina, la encerraré en un convento.

—¿No hareis más?

—Es cuanto puedo hacer, y vos no tendreis derecho para quejaros mientras no me veais ceder.

—Es verdad.

—Caballero, no llevareis á mal que con franqueza os diga que quereis que yo lo haga todo, mientras que vos permaneceis en vuestra casa y os concretais á esperar.

—Porque no tengo que cumplir ninguna promesa, sino aguardar á que cumplan las que me han hecho.

—La causa de todas nuestras desdichas es vuestro hermano.

—Ya lo sé.

—Y vos lo dejais.

—Su sangre es la mia y no puedo ir con la espada á disputarle la mano de doña Sol.

—Tampoco habeis conseguido haceros respetar.

—Y lo he dejado, puesto que otra cosa no puedo hacer.

—Si hubiéseis ayudado á la justicia, don Juan estaria ya encerrado y...

—Don Pedro, antes que ceder estoy resuelto á morir; pero tened entendido que no he de levantar el edificio de mi dicha sobre los cimientos de un crímen.

—Sois demasiado escrupuloso,—replicó el señor de Lainez, cometiendo así una de las torpezas que tan frecuentemente cometia.

—¿No haríais vos lo mismo en mi lugar?

—No, caballero.

—Pensad que se trata de mi hermano.

—Pero vuestro hermano es un delincuente, un réo de alta traicion, un...

—Mi hermano es mi rival; pero no ha cometido ningun crímen.

—Os equivocais, porque...

—Y si lo ha cometido, lo castigará la justicia; pero ni vos ni yo somos sus jueces.

—En ese caso...

—Perdonad; pero me obligais á haceros una pregunta.

—Decid.

—¿Qué hay de verdad en lo que se murmura al tratarse de un crímen que se cometió no hace muchas noches en el Arroyo del Arenal?

El señor de Lainez se estremeció.

Quedó inmóvil y mudo.

—Responded,—añadió don Leandro.

—Nada puedo deciros... Supe que unos miserables habian acometido á un hombre, hiriéndolo gravemente, y eso sucedió precisamente la noche en que uno de mis criados salió de mi casa. Por razones que ignoro, la justicia vino á buscar á mi criado, y como no lo encontró, se fué y no me he ocupado más de este asunto.

Don Leandro quedó inmóvil, silencioso y con la mirada fija y penetrante en el señor de Lainez.

Este se movió como si no se encontrase bien en su asiento.

No sabia qué decir.

Para disimular sacó su pañuelo, se lo pasó por el rostro y volvió á guardarlo.

La mirada intensa de don Leandro estaba siempre fija en don Pedro.

Por fin preguntó este:

—¿Habeis comprendido bien?

—No,—respondió con breve acento el señor de Manrique.

—Me parece que os he hablado con claridad y...

—Escuchad.

—Decid lo que bien os parezca.

—Se hacen muchos comentarios y se dicen cosas muy estrañas sobre el suceso en cuestion.

—Lo ignoro.

—Aunque el alcalde que entiende en el asunto es muy reservado y muy discreto, no son lo mismo las personas que aquella noche lo acompañaban, y esto es lo que debe haber dado orígen á los comentarios.

—Así debe ser,—dijo don Pedro por decir algo.

—Y tales cosas he oido, que determiné averiguar hasta donde me fuese posible.

—Y habreis sabido que la persona herida en el Arroyo del Arenal era un antiguo alférez á quien creo que llaman Alonso Castillejo.

—Sí, eso he sabido, y tambien que en los bolsillos de la víctima encontró el alcalde un papel que debia tener mucha importancia puesto que inmediatamente se fué á palacio para ver á su majestad.

—Don Leandro, nada de eso ignoro; pero no me habia parecido conveniente mencionarlo.

—¿Y por qué?

—Porque ese papel era una carta escrita por vues

tro hermano y que el alférez debia entregar á mi hija.

—Es decir, que mi hermano...

—Se ocultaba en la vivienda de Castillejo, y mi criado Andrés lo favorecia. ¿Entendeis ahora?

—Sí, entiendo.

—Me alegro mucho.

—Ahora veo que no se equivocan los que hacen los comentarios.

—Si es eso lo que dicen...

—Y aseguran que no quisieron los criminales matar al alférez, sino á mi hermano.

—Eso no lo sé.

—¿Y quién pagaba á los asesinos?

—Lo averiguará la justicia, y si he de hablaros con franqueza, os diré que no me importa.

—A mí sí.

—Vuestro hermano...

—Es mi rival, no lo olvido.

—Si á pesar de eso os interesais tanto por él...

—Aunque es mi rival, es mi hermano, y aunque mi hermano no fuese, me veríais condenar ese crímen, porque yo puedo cometer todas las maldades; pero no seré cobarde hasta el punto de pagar asesinos para vengar ofensas ó dar satisfaccion á mis ódios. Cuando un hombre me estorba, se lo digo cara á cara, y lo mato frente á frente, arriesgándome á morir, si es más valeroso ó más diestro que yo.

—Sois noble y nadie lo ha puesto en duda.

—Sí, en duda se pone ahora mi nobleza, en duda se

pone mi valor, y ¡por Dios vivo! que muy caro ha de costarle al que la culpa tenga.

—Amigo don Leandro...

—Ya nadie ignora que yo quiero casarme con vuestra hija y que mi hermano la ama y ella le corresponde.

—Por desgracia se ha hecho público ese desdichado amor.

—Está fuera de duda que los criminales no querian robar, sino asesinar á don Juan de Manrique, y como los miserables que dieron el golpe no tenian por qué odiarlo, y son asesinos de oficio, está claro tambien que obedecian á otra persona que les pagaba.

—¿Y qué deducís de todo eso?

—Para adivinar quién es el verdadero autor del crímen, el mundo ha principiado por averiguar quién tenia motivos para odiar á mi hermano, puesto que el crímen no era obra más que de un ódio.

El señor de Lainez palideció.

Don Leandro prosiguió diciendo:

—Las pasiones ciegan, trastornan la razon, ahogan todos los sentimientos hasta los más nobles.

—Es verdad.

—Y el mundo sospecha que dominado por mi pasion ódio á mi hermano y lo considero un estorbo para mi dicha.

—¡Caballero!...

—Y si nadie más que yo lo mirase con ódio, yo soy el único que puedo haber pagado asesinos para que lo maten, con tanto más motivo cuanto que por la circuns-

tancia de ser mi hermano me está prohibido disputarle frente á frente y con la espada la mano de vuestra hija. ¿Comprendeis ahora?

—Sí, comprendo.

—¿Y qué os parece esta situacion?

—Mi buen amigo, es muy desagradable, es horrible que nos acusen por lo que ni siquiera hemos pensado hacer; pero somos impotentes para evitar que el mundo sospeche y nos calumnie, pues no hay medio de coartar la imaginacion de nadie, ni de detener todas las lenguas. Yo tambien he sido calumniado muchas veces y he tenido que resignarme, esperando á que el tiempo ponga en claro la verdad y cambie la opinion del mundo.

—Nada de eso me tranquiliza.

—¿Acaso yo puedo evitar que tales juicios se formen?

—No.

—Pues entonces...

—Por de pronto hay quien duda de la nobleza de mi proceder.

—Lo deploro con toda mi alma.

—Y la culpa no es del mundo, porque yo discurriria lo mismo.

—Pues si la culpa no es del mundo...

—Es del miserable que ha buscado asesinos para que maten á mi hermano.

—Indudablemente, porque si ese abuso no se hubiera cometido...

—No habia ocasion para los comentarios que me ofenden.

—Vuelvo á deciros que lo deploro.

—La fatalidad habia querido que se rompiesen los lazos que á mi hermano me unian, los lazos del cariño fraternal y los de todas las consideraciones que nos guardábamos; pero lo que no podia romperse era el lazo de la naturaleza, pues cualquiera que sea nuestra situacion y aunque nos odiemos como rivales, siempre por sus venas correrá la misma sangre que por las mias, la sangre de mi noble padre, y no es posible que olvidemos que en las mismas entrañas fuimos engendrados.

Otra vez cambió de postura don Pedro.

¿Qué habia de decir?

Don Leandro añadió:

—Tarde ó temprano la verdad brilla, porque es como la luz.

—Eso dicen.

—Y dia llegará en que yo averigüe quién ha sido el miserable que á los asesinos pagó. Entonces, os lo juro, don Pedro, no será menester que la justicia lo castigue, porque yo lo castigaré, y tan terriblemente que el mundo se espante.

Al decir esto don Leandro, escapáronse corrientes de fuego de sus ojos.

Se hizo más densa la palidez de su rostro.

No hubiera sido posible mirarlo con tranquilidad.

Tembló el señor de Lainez.

Parecia que habia terminado la conversacion sobre tan desagradable asunto; pero faltaba lo peor para don Pedro.

Por algunos minutos permaneció silencioso el hermano de don Juan.

Luego dijo:

—Seguid escuchando, caballero.

—Otra cosa no hago.

—Nadie ignora que con sus pretensiones os ha mortificado mucho don Juan.

—Sí, todo el mundo sabe que me ha hecho sufrir y que me ha obligado á entablar una lucha que no me permite ni un instante de reposo.

—Supone el mundo que vos odiais tambien á mi hermano.

—¡Yo!...

—Sí, porque hay motivos para el ódio.

—Pues se equivoca el mundo,—replicó vivamente el padre de doña Sol.

—¿Creeis que yo soy el autor del crímen?

—No, y mil veces no.

—A pesar de eso, no falta quien lo crea, y lo mismo que se equivoca en lo que se refiere á mí, puede equivocarse en cuanto á vos.

—Pero...

—Antes me habeis dicho que contra semejante desgracia no hay más que tener paciencia y esperar á que cambie la opinion del mundo, y por consiguiente, así como yo me resigno, vos habreis de resignaros, sufrir, callar y esperar mejores dias.

—Teneis razon,—dijo tristemente don Pedro.

—Y como hay motivo para creer que odiais á mi hermano, los maliciosos suponen que vos habeis pagado asesinos para que lo maten.

—¡Don Leandro!...

—Por vuestra edad y por vuestras circunstancias en todos sentidos, no podíais cruzar vuestra espada con la de don Juan.

—¿Y por qué no?

—Sois viejo y él es jóven.

—A pesar de mis años...

—Sois débil y él es vigoroso.

—Me sobran fuerzas.

—Don Juan es muy ágil, maneja admirablemente la espada, y vos teneis la torpeza propia de vuestra obesidad, y nadie tiene noticia de que nunca os hayais batido.

—Casi me ofendeis, don Leandro.

—Pues aunque os ofenda, os lo diré con claridad; estoy convencido de que os faltaria el valor para poneros con la espada frente á don Juan ó á mí.

Esto era una provocacion y no muy disimulada.

Cualquier caballero en lugar del señor de Lainez, hubiera respondido que estaba dispuesto á dar pruebas de su valor y que sobre aquel asunto no discutiria sino con el acero.

Era imposible que tal cosa respondiese el padre de doña Sol.

El pavor se apoderaba de su espíritu á la sola idea de arriesgar la vida.

Ya sabemos que era tan cobarde como son todos los egoistas y todos los ruines.

—Bien está,—dijo,—podeis opinar como mejor os parezca, y ninguna prueba os ofrezco, porque ni he de batirme con vuestro hermano, ni con vos, que habeis de ser el esposo de mi hija, casi mi hijo.

—Para que llegase el caso de un conflicto personal entre nosotros, seria menester una cosa.

—¿Qué?

—Que resultase verdad lo que algunos sospechan, de que vos habeis pagado asesinos para que maten á don Juan.

—Y como eso no es verdad...

—Seguiremos siendo amigos, y podremos ser parientes.

—Que es lo que deseo.

—Ahora, siquiera por vuestro propio interés, debeis ayudarme á buscar al autor del crímen. Para encontrarlo basta averiguar quién ódia á mi hermano. Vos no sois; yo tampoco. ¿Quién es?

—Dios lo sabe.

—A nadie conozco que pueda desear la muerte de mi hermano.

—Yo tampoco.

—¿Y qué haremos?

—La justicia ha de hacerlo todo.

—¡La justicia!...

—Cuenta con medios de que no disponemos nosotros.

—Aunque sospeche, aunque el juez averigüe y esté convencido de que no se equivoca, si le faltan las pruebas...

—No podrá condenar.

—Pero yo no necesito más que mi conviccion, y al criminal castigaría, quedando tranquila mi conciencia.

—Don Leandro, me parece que á nada conduce esta conversacion.

—Sí, porque conviene que sepais que estoy firmemente resuelto á castigar al autor del crímen y que no quedará impune, aunque la justicia no encuentre pruebas.

—Ya lo veo.

—Pues no lo olvideis,—repuso don Leandro poniéndose en pié.

—No lo olvido.

—Y cuando llegue el dia terrible...

—Don Leandro, hoy os desconozco.

—¿Por qué?

—No acierto á explicarlo; pero...

—Decís que vuestra conciencia está tranquila.

—Sí, sí.

—En ese caso, ¿qué os importa lo demás?

—Como nuestras relaciones...

—No han cambiado.

—Me alegro.

—El tiempo lo pondrá todo en claro.

—Es verdad.

—Don Pedro, que Dios os guarde.

—Y que á vos os tranquilice.

Estraña habia sido la conversacion y terminaba de estraño modo.

Se fué don Leandro.

El señor de Lainez cambió de postura y se pasó las manos por la frente.

—No estoy tranquilo,—murmuró.—¿Sospecha este hombre?... ¡Oh!... Afortunadamente no es posible que consiga más que la justicia. Una vez he intentado qui-

tar la vida á don Juan, y ahora lo intentaría otras mil, porque mientras viva es imposible el sosiego para mí.

Esforzóse cuanto pudo el caballero para recobrar la calma.

Luego salió para ir á palacio á preguntar cómo seguia la reina.

CAPITULO CXXXI.

Lo que hizo don Leandro.

Tambien don Leandro fué aquella tarde á la morada real, cuyos salones estaban á todas horas llenos de cortesanos lo mismo caballeros que damas.

El objeto de todas las conversaciones era la salud de doña Isabel, que cada dia estaba peor.

Los mismos médicos que habian anunciado un término feliz de la enfermedad, empezaban á mostrar dudas y temores.

La opinion pública cambiaba, y así como antes todos habian manifestado horror á los medios que propuso Olivares, decian que este habia sido más previsor, y lamentaban que á la enferma no se le hubiese administrado el abortivo.

Empero ya era tarde, porque sobre haber disminuido rápida y muy considerablemente las fuerzas de doña Isabel, su enfermedad habia tomado un carácter que hacia imposible el remedio antes propuesto.

El célebre doctor empezaba á ver lisonjeado su amor propio; pero á costa de la vida de la reina.

La reputacion de Olivares acrecentaria; y sin embargo, no creemos que él desease semejante cosa, pues de todas maneras habia de ser la misma su situacion.

—Deploro desgracia tan inmensa,—decia,—pero mi conciencia está tranquila.

Lo que sentia y pensaba Felipe II no lo sabemos, puesto que á nadie lo manifestaba y era imposible penetrar en su alma tenebrosa.

Don Leandro fué de un lado para otro.

Habló distraidamente con los caballeros y las damas que habia en los salones.

No era menester más que mirarlo para conocer que estaba muy preocupado y que sufria.

La causa de su sufrimiento se adivinaba fácilmente, pues todo el mundo sabia que estaba enamorado y no habia conseguido correspondencia, y que además devoraba la amargura de que su rival fuese su hermano.

Algo más habia para que el caballero sufriese: sus esperanzas se desvanecian, y aunque estaba dispuesto á luchar mientras vida tuviese, la situacion se complicaba con circunstancias de tal naturaleza que le hicieron cavilar mucho.

Despues de hablar con los unos y con los otros y aprovechando la ocasion de encontrarse la hija de don Pedro separada de sus compañeras, se le acercó don Leandro y le dijo:

—Perdonad.

—Dios os guarde, caballero,—respondió gravemente la jóven.

—Si quereis escucharme os lo agradeceré, y os advierto que no voy á importunaros con palabras de amor, y que seré breve para explicar mi deseo.

—Al escucharos cumplo un deber, y á mi vez os advierto que vuestra presencia no me desagrada, á menos que os acerqueis á mí para pedirme lo que no puedo conceder.

—Mi hermano se oculta.

—No puede hacer otra cosa, pues la justicia lo persigue, y en su situacion vos haríais lo mismo.

—Pero creo firmemente que vos estais en comunicacion con él, y por eso á vos acudo.

—¿Qué quereis?

—Si me conociéseis bastante bien no tendríais inconveniente en decirme dónde mi hermano se oculta; pero no exijo tanto.

—Caballero, nunca he puesto en duda la nobleza de vuestros sentimientos.

—Gracias, doña Sol.

—Si no os digo dónde tiene su albergue don Juan, es porque me parece que sin su autorizacion expresa no me está permitido revelar ese secreto.

—Es igual para el caso.

—No adivino lo que deseais.

—Tengo necesidad absoluta de hablar con mi hermano, porque así lo exije mi honor.

—Mientras tenga que ocultarse...

—Durante la noche puede ir á mi casa ó esperarme

en un sitio cualquiera, á menos que desconfie creyendo que soy tan ruin que voy á entregarlo á la justicia para librarme así de su rivalidad. Decídselo y que determine lo que mejor le parezca. Yo estaré esta noche en mi casa, y para entrar sin que nadie lo conozca, bastará que se oculte el semblante y le diga al portero y á mis criados que es el caballero á quien aguardo. Si prefiere que en otro sitio hablemos, puede decíroslo á vos, y vos me lo direis mañana.

—Comprendo.

—Y si se niega, porque desconfia ó porque miedo tiene...

—¡Miedo vuestro hermano!... ¿Acaso no lo conoceis?

—Ya sé que no ha de detenerlo el temor á ningun peligro.

—Entonces...

—Por eso he hablado de desconfianza.

Doña Sol quedó silenciosa.

Despues de algunos minutos le dijo don Leandro:

—Con toda mi alma os agradeceré que os tomeis la molestia de hacerme el favor que acabo de pediros... Si me lo negais...

—No, caballero.

—Pues que Dios os guarde, doña Sol, y que á todos nos dé fuerzas para sufrir.

—Vereis á don Juan; pero probablemente será á una hora bastante avanzada de la noche.

—Todas serán buenas para mí.

Así pusieron término á la conversacion.

Don Leandro volvió á vagar por los salones.

La hija de don Pedro quedó muy pensativa.

¿Qué se proponia el caballero?

¿Con qué fin deseaba ver á su hermano?

¿Pensaba transigir?

Nunca habia estado tan lejos de ceder.

Llegó la noche.

Despues de cenar salieron de la hostería don Juan y Andrés.

Se dirigieron al alcázar real.

El criado no hizo ninguna observacion, porque ya sabia que era inútil dar prudentes consejos á don Juan.

Entró este en palacio como siempre lo hacia.

Abusaba de la fortuna y el abuso podia costarle muy caro.

Fué al aposento de la noble doncella, encontrándola allí.

Cruzaron algunas frases de ternura.

Preguntó el caballero por la reina.

—Se muere,—le respondió la jóven;—ya no lo dudo, pues cada dia está peor, y ninguno de los médicos se atreve á responder de lo que sucederá.

—¡Oh!...

—Dios sabe lo que hemos hecho para salvarla, y no es nuestra la culpa.

—Sí, puesto que aceptamos una gravísima responsabilidad.

—Pero aun cuando nuestra conciencia está tranquila, mi sufrimiento no es menor. La reina es mi única amiga, ha sido mi segunda madre, y la amo como si mi madre fuese.

El llanto se escapó de los ojos de la doncella.

Don Juan le dirigió las palabras más dulces.

—Ahora,—dijo doña Sol despues de algunos minutos,—hablemos de otro asunto de gran interés y que me preocupa.

—¿Hay novedad?

—Una que me ha sorprendido y que no sé si calificar de mala ó buena.

—Sepamos.

—Tu hermano me habló esta tarde, no de su amor sino para decirme que tenia necesidad absoluta de hablar contigo.

—¡Hablar conmigo!—exclamó don Juan con tono de estrañeza.

—Asegura que así lo exije su honor.

—No lo entiendo.

—Hubiera ido á verte si supiera dónde te ocultabas; pero lo ignora y no tiene empeño en que se le dé á conocer el secreto.

—Yo iré á buscarlo,—dijo vivamente don Juan.

—Te esperará en su casa toda la noche, y para evitar todo peligro dará al portero y á sus criados órden para que dejen entrar á un caballero que no ha de decir su nombre sino solamente que lo aguardan. Supone que no desconfias, que no sospechas que te tiende un lazo para cometer el ruin abuso de entregarte á la justicia.

—Y supone bien.

—He creido que tú...

—Ahora mismo iré.

—Reflexiona, porque en la situacion en que te encuentras...

—Mi hermano podria matarme en un arrebato de celos y desesperacion; pero no cometerá una alevosía.

—Esa es mi opinion.

—Tal vez ha recobrado la calma y piensa transigir.

—No esperes semejante cosa, porque su pasion es tan violenta como siempre y quizás más que nunca, y no he necesitado más que mirarlo para convencerme de que antes que ceder consentirá morir.

—¿Pues qué desea? ¿Qué se propone?

—No lo sé; pero saldrás de dudas muy pronto.

—Sí.

El caballero empezó á sentirse impaciente.

No prolongó su conversacion con la doncella tanto como otras noches.

Despidióse con la ternura que siempre lo hacia.

Salió de la morada real.

Andrés lo esperaba y le preguntó:

—¿Sucede algo de particular?

—Mi hermano me busca, quiere hablarme, porque dice que así lo exige su honor.

—¡Qué lo exige su honor!...

—Y en su casa me espera.

—¿Y qué hareis?

—Iré, porque no tengo miedo.

—No me opongo, pero...

—¿Acaso crees que mi hermano es capaz de tenderme un lazo para entregarme á la justicia?

—No, señor.

—Pues entonces...

—Pero sus criados os conocen...

—Me ocultaré el rostro.

—Si no decís vuestro nombre...

—No será menester, porque ya los criados habrán recibido las órdenes oportunas para dejarme entrar.

—Eso es distinto.

—Quiero salir cuanto antes de dudas.

—Pues cerca estamos.

Hablando así, llegaron al convento de San Gil, que ya no existe, y luego á la iglesia de Santiago, entrando en la calle del mismo nombre.

Poco despues se detenian frente á la suntuosa morada de don Leandro de Manrique.

—Aquí os esperaré, señor,—dijo el sirviente.

—Ocúltate para no llamar la atencion de nadie.

—Y os agradeceré que salgais cuanto antes os sea posible, porque mi impaciencia...

—Nada temas.

—Quiera Dios que no tengais un nuevo sufrimiento.

—Nada temo, porque mi situacion no puede ser ya más crítica.

—Peor seria si os descubriesen vuestros perseguidores.

—Se han olvidado de mí.

—Pues ahora es cuando yo desconfio más.

—Hasta luego, Andrés.

Este fué á ocultarse en el hueco de una puerta.

Don Juan entró en la vivienda de su hermano.

Con el embozo recataba el semblante.

—¿Qué quereis?—le preguntó el portero.

—Soy la persona á quien aguarda don Leandro.

—¡Ah!...

—Dejadme.

—Subid, caballero.

Así lo hizo don Juan.

En una antecámara se encontró con un criado que tambien lo interpeló.

Respondió con las mismas palabras que antes.

El sirviente le dijo:

—Por aquí, caballero.

Atravesaron algunas habitaciones.

Se detuvo el criado y levantó una cortina.

—Entrad,—dijo.

Dió algunos pasos el amante de doña Sol.

Encontróse frente á don Leandro.

CAPÍTULO CXXXII

Cómo hablaron los dos hermanos.

Se puso en pié don Leandro.

Contestó muy cortesmente al saludo ceremonioso de don Juan.

Al verlos no hubiera creido nadie que eran hermanos, ni siquiera amigos, sino dos caballeros que no tenian más relaciones que las de necesidad para tratar de asuntos de más ó menos importancia.

—Sentaos, don Juan,—dijo don Leandro.

Apenas se concibe, cómo tenian fuerza de voluntad bastante para dominarse hasta el punto de aparecer tranquilos.

Sin embargo, sus rostros pálidos y contraidos revelaban la agitacion violenta de su espíritu.

¿Se miraban con ódio?

No era fácil averiguarlo; pero sí es indudable que la rivalidad que los separaba habia roto hasta cierto punto los lazos del amor fraternal.

Quizás en el pecho de don Leandro se abrigaba más rencor; pero siempre resultaba que si aquellos dos hombres no habian hecho todo lo posible para aniquilarse, fué porque los detenian consideraciones cuya fuerza moral estaba sobre la fuerza de su ódio.

Muy difícil era dar principio á la conversacion; pero en este apuro no se veia don Juan, pues le tocaba escuchar lo que su hermano le dijese.

Algunos minutos pasaron sin que pronunciasen una palabra.

Por fin dijo don Leandro:

—Os agradezco mucho esta visita.

—No debeis agradecérmela,—respondió don Juan, —porque si he venido ha sido porque vos me habeis llamado.

—Pero al venir tan pronto habeis dado una prueba de que no abrigais ningun temor, no desconfiais de mí, ó lo que es igual, reconoceis que mis sentimientos son nobles.

—Nunca los puse en duda.

—Rivales somos...

—Perdonad, don Leandro; pero yo no soy, no he querido ser, ni hubiera sido vuestro rival. Una fatalidad horrible os ha puesto en el camino de mi dicha, y ciego por vuestra pasion, perturbado vuestro juicio, no habeis querido reconocer que era justo dejarme libre el camino. Puede decirse que vos sois mi rival; pero yo no lo soy vuestro.

—Sería inútil que ahora discutiésemos sobre ese punto.

—No he pensado discutir, sino dejar á salvo mi res-

ponsabilidad porque así me lo manda mi conciencia. Rivales ó no, sois mi hermano, y esto jamás lo olvidaré, pues para mí no se han roto ni es posible que se rompan los lazos con que nos unió naturaleza. El mismo padre nos engendró; en las mismas entrañas recibimos del Omnipotente el primer soplo de vida, y todos nuestros esfuerzos serian inútiles para olvidar que la misma sangre corre por nuestras venas. Si del cielo bajara nuestro padre ó si desde el cielo nos contempla y nos vé separados, convertidos en rivales, en enemigos...

—Callad, callad.

—He venido para escuchar.

—Lo que acabais de decir sobre vuestros sentimientos y vuestras ideas...

—¿Lo dudais?

—No, don Juan.

—Entonces...

—Deseo saber si creeis que yo siento y pienso como vos.

—Dios me libre de haceros la ofensa de suponer otra cosa.

—Os lo agradezco.

—Vuelvo á escucharos, hermano mio.

—Despues de lo que acabais de decir seria inútil haceros algunas preguntas, pues yo debo considerar que las habeis contestado clara y terminante. Creeis que no puedo olvidar que sois mi hermano.

—No es posible.

—Creeis que nuestra rivalidad puede engendrar en mi alma, no solamente el desvio, sino hasta el ódio, pero nada temeis de mí.

—Absolutamente nada.

—Sin embargo, el mundo no piensa como vos.

—Lo siento.

—Sabido es que el golpe de que fué víctima el honrado Alonso Castillejo, iba dirigido á vos, pues sobre este punto ya no es posible la duda. Sois un buen caballero, á nadie habeis hecho mal y por consiguiente no es posible que tengais enemigos; pero ese crímen prueba que alguien os ódia que desea que desaparezcais del mundo, y que no atreviéndose á mataros, ó no pudiendo, ha pagado asesinos para que os quiten la vida.

—Si el mundo discurre así, discurre bien.

—Despues de esas deducciones y para poner en claro la verdad no hay más que un medio.

—Sí, averiguar quién tiene motivos para odiarme, ó á quién puede ser provechosa mi muerte en cualquier sentido.

—Eso es.

—Y averiguado esto, se sabrá quién ha sido el miserable que á los asesinos pagó.

—Ese sistema lo ha puesto en práctica el mundo.

—¿Y qué ha conseguido?

—Opinan muchos que la persona que más debe odiaros soy yo, puestó que debo consideraros como un estorbo para la realizacion de mis deseos. Piensan además que por ser vos mi hermano con vos no puedo hacer lo que haria con cualquier otro rival, y en esta situacion y para quitar el estorbo, he llevado mi ruindad hasta el punto de pagar asesinos.

Don Juan irguió la cabeza.

Miró á su hermano.

Dió á su semblante una expresion de severidad tranquila é imponente, y despues de algunos momentos, dijo con grave y reposado tono:

—Como tengo que ocultarme, estoy poco menos que incomunicado con el mundo, y por consiguiente ignoro lo que en el mundo pasa; pero vos lo sabeis.

—Sí.

—No os seria muy difícil averiguar quién, al ocuparse de ese asunto, deduce de los antecedentes que vos sois el autor del crímen.

—Lo deducen muchos.

—Pero basta con que yo sepa que uno lo ha dicho, y cuando lo sepa, no me tomaré la molestia de desmentirlo, no me rebajaré hasta el punto de sacar la espada para cruzarla con la suya, sino que le arrancaré la lengua y con ella le azotaré el rostro para escarmiento de los que al ofender á mi hermano me ofenden.

Dos centellas se escaparon de los ojos de don Juan al pronunciar estas palabras.

Su nobleza no podia rayar á mayor altura.

Con asombro lo miró don Leandro.

—A quien tal diga, con mengua de nuestro honor,—añadió don Juan,—no podeis vos castigarlo, porque vuestra justa indignacion se tomaría por despecho; pero mi situacion es distinta, y cuando el mundo vea que yo castigo como merece el que ha supuesto que sois capaz de cometer una cobardía, no será posible la duda en cuanto á la nobleza de vuestra alma.

—¡Don Juan!...

—Si por un solo momento habeis pensado que yo podia suponer que vos fuéseis el que á los asesinos pagó para que me matasen...

—No, no.

—¡Oh!... Si tal pensais, me ofendeis gravemente, don Leandro.

—Pero el mundo...

—Sobre el mundo está nuestra conciencia.

—Y como no es posible sujetar las lenguas murmuradoras...

—Sí, yo las sujeto como antes os he dicho, arrancando una para que no se atrevan á moverse las demás.

—¿Y los pensamientos?

—Don Leandro, si por de pronto tenemos que sufrir, nos consolamos con que más ó menos tarde llega el dia de la justicia, porque la verdad puede oscurecerse lo mismo que se oscurece el sol, pero brilla al fin, sin que haya nubes que resistan la fuerza de sus rayos.

—Como vos no teneis enemigos...

—Don Leandro, ahora nadie más que Dios nos escucha y podemos decir con claridad lo que sentimos.

—Sí.

—Conozco al miserable que á los asesinos pagó.

—¡Que lo conoceis!...

—Y tengo las pruebas.

—¡Vive el cielo!...

—Pruebas tales que bastarian para que sin vacilar lo condenase la justicia.

—¡Oh!...

—Guardo el secreto por dos razones: primera, porque no quiero vengarme.

—Don Juan, decid el nombre de ese miserable.

—No lo pronunciaré.

—Ahora nadie nos escucha y...

—¿Para qué quereis saberlo?

—Despues os lo diré.

—Para castigarlo, ¿no es verdad?... Rivales somos; pero hermanos tambien, y como esto no lo habeis olvidado, aunque me odieis, mataríais al que me ofendiese ó me hiciese algun mal.

—Gracias, hermano mio, gracias.

—La justicia trabaja sin descanso, y hay circunstancias de tal naturaleza, que temo que al fin encuentre las pruebas que yo no quiero presentar.

—Eso seria una gran fortuna.

—Una gran desgracia...

—No, no.

—Sí, una desgracia inmensa, lo mismo para vos que para mí.

—Lo que estais diciendo...

—¿No lo comprendeis?

—¡Vive el cielo!...

—No me pregunteis más, don Leandro.

—Sospecho quién es el miserable que á los asesinos pagó.

—Pues ocultad vuestras sospechas, porque si os equivocais...

—Estoy convencido; pero necesito pruebas, y si vos me las diéseis, veríais que mi alma no es ménos noble que la vuestra.

—¿No queríais hablarme de ningun otro asunto?

—No.

—Pues os habeis molestado inútilmente.

—Tiene para mí gran importancia lo que me habeis dicho, porque así mi conciencia...

—Tranquila puede estar.

—Caballero...

—Voy á concluir.

—No tengais prisa.

—Estoy haciendo lo posible para evitar que la justicia encuentre las pruebas, y estorbos la pondré á costa de los mayores sacrificios.

—No os pareceis á ningun hombre.

—Tampoco á los de ninguno se parecen mis sufrimientos.

—Don Juan...

—Nuestra situacion, por lo que veo, queda lo mismo que antes de que intentaran asesinarme.

—Sí.

—Para daros una prueba de que reconozco la nobleza de vuestros sentimientos, os diré que tengo mi habitacion en la hostería de maese Mancioni, y que me sirve el que fué criado de don Pedro de Lainez.

—¿Andrés?

—Sí.

—Desgraciadamente la reina vivirá poco, y entonces cambiará hasta cierto punto la situacion, porque doña Sol tendrá que volver á su casa y hemos de ver qué determinaciones adopta su padre. Vos no estais dispuesto á ceder...

—Vos tampoco.

—Jamás.

—Pues que Dios disponga.

—Y despues...

—¿Os resignareis?

—Contestar afirmativamente, seria prometer.

—Y la promesa obliga.

—Por eso no respondo.

—Hermano mio, contra todo puede lucharse.

—Y lucharé.

—¿Tambien con las circunstancias?

—¡Oh!..

—Yo soy más atrevido que vos.

—¿Y os resignariais?

—Sí.

—Os envidio.

—Me siento con fuerza para morir sin quejarme.

—Esperemos.

—Es lo único que podemos hacer ahora.

En pié se puso don Juan.

Lo mismo hizo don Leandro.

No era posible que continuasen aquella conversacion.

Solo ellos sabian hasta qué punto habian tenido que esforzarse para hablar con aparente calma.

Por más que pensasen siempre que eran hermanos, no podian olvidar que tambien eran rivales.

Volvieron á cruzar frases ceremoniosas.

Y don Juan salió de la casa sin cuidarse de recatar el rostro.

Don Leandro inclinó la cabeza y se oprimió las sienes.

Despues de algunos momentos murmuró:

—Ya no es posible la duda: don Pedro de Lainez es el asesino.

CAPITULO CXXXIII.

La opinion y el plan de Castillejo.

Don Juan le dió cuenta exacta al criado de cuanto acababa de decirle su hermano y rival.

Despues de hacer los comentarios á que daba lugar aquella situacion extraña, y discurriendo con la claridad que siempre lo hacian, convenciéronse de que don Leandro, no solamente sospechaba, sino que estaba convencido de que el autor del crímen era don Pedro.

Así para éste habia un peligro más.

Lo peor del caso era que en tales circunstancias no podian los unos ni los otros adoptar ninguna determinacion que favoreciese sus deseos y sus propósitos.

¿Qué habia de hacer don Pedro de Lainez?

Forzosamente habia de esperar los sucesos.

Si huia, buscando refugio fuera de España, no se necesitarian más pruebas para condenarlo, y aunque la vida salvase, no se libraria del infamante borron que caeria sobre su honra, sufriendo tambien la pérdida de

sus bienes, porque la justicia en aquel tiempo principiaba por embargar ó secuestrar.

Si no se iba, era casi seguro que más ó menos tarde produjesen sus efectos terribles las declaraciones de los dos bandidos y del tabernero, y por consiguiente el señor de Lainez sufriria el castigo más duro, más espantoso, pues saldria tambien á relucir lo referente al asesinato del señor Mateo, asesinato con circunstancias muy agravantes.

Desesperábase don Juan, porque empezaba á considerarse impotente para salvar á don Pedro.

Olvidóse el noble caballero de todos los peligros que le amenazaban, pues para él tenia importancia mayor lo que pudiera hacer sufrir á la mujer á quien amaba con delirio.

Tampoco era bastante en aquella ocasion el ingénio de Andrés.

—¿Qué haremos?

Esta pregunta se la dirigieron mútuamente una y otra vez.

Por fin el criado dijo:

—Creo que debemos dominarnos y recobrar la calma, pues no hemos de remediar los males con los arrebatos de la desesperacion.

—Ciertamente; pero aguardar los sucesos sin hacer nada...

—Haremos.

—¿Y qué?

—Ahora no lo sé.

—Y mañana te sucederá lo mismo.

—Señor, cuando se busca una idea es muy raro encontrarla, y con frecuencia sucede que despues de haber perdido la esperanza última, una circunstancia cualquiera nos hace pensar en lo que nunca hubiéramos imaginado.

—No es eso bastante para tranquilizarme.

—Además, ninguna determinacion adoptareis sin estar de acuerdo con mi noble señora, y por consiguiente deberíamos esperar á mañana, porque quizás ella nos dará la luz que ahora buscamos inútilmente.

—Lo dudo.

—Las mujeres son mucho más astutas que nosotros.

—Es verdad; pero...

—Descansemos para que se despeje nuestra cabeza, pues de todos modos nada hemos de hacer esta noche.

Así continuaron la conversacion hasta hora muy avanzada.

No hay para qué repetir lo que dijeron, puesto que se redujo á frases vagas.

Al reposo se entregaron.

A la mañana siguiente y como los dias anteriores, Andrés salió para ir á ver á su fiel amigo Castillejo.

Encontrábase este mucho mejor.

Se habia sentado en el lecho, que deseaba dejar, pues su carácter era contrario á la quietud.

Ya no habia en la casa más que un corchete para servir al señor Alonso en lo que necesitase.

Los dos amigos hablaron como siempre lo hacian, muy cariñosa y francamente.

Se ocuparon de la situacion, que el alférez queria

conocer con exactitud, pues le interesaba mucho la suerte de don Juan.

Andrés le dió ámplias explicaciones.

—¿Y qué habeis determinado?—preguntó despues Castillejo.

—Nada.

—Don Pedro de Lainez es un miserable que merece el mayor castigo.

—Pero es el padre de doña Sol.

—Por eso debeis hacer lo posible para que se salve. Os he ayudado con mi reserva, y la justicia no conseguirá que yo le dé luz con mis declaraciones; pero desgraciadamente esto no es bastante, pues segun lo que me ha dicho don Gaspar, no solamente el criminal herido ha recobrado la salud, sino que el otro se encuentra tambien en la cárcel, y lo mismo el tabernero. De esa gente ruin no debe esperarse nada noble, y casi tengo la seguridad de que con halagüeñas promesas ó con el tormento se conseguirá que hagan revelaciones suficientes para condenar al señor de Lainez.

—Ese es nuestro temor.

—¿Y cómo lo salvareis entonces?

—Será imposible.

—Las órdenes tan extrañas que dá el rey significan en mi opinion que aparenta proteger á don Pedro mientras que tiene el propósito firme de castigarlo como merece y sin consideraciones á nada ni á nadie.

—Todo es posible.

—Así se explica el que la justicia no se ocupe de don Juan, y se explica tambien que á tí te haya respetado,

cuando en rigor ha debido hacer lo posible para obligarte á declarar.

—Tal vez no te equivocas.

—Andrés, yo conozco á Felipe II.

—¿Y crees que es verdaderamente justiciero?

—No; pero lo es cuando le conviene, y bien sabes que en este asunto hay algo más de lo que se vé.

—¡Oh!...

—A don Juan se le ha perseguido sin más razon que la de que conoce ciertos secretos.

—Es verdad.

—Para el mundo todo se reduce á un crímen como los que se cometen diariamente; pero nosotros sabemos que tras ese crímen hay otra cosa.

—Por lo mismo es más difícil la situacion.

—Tu señor determinará lo que mejor le parezca, pero yo estoy obligado á daros á conocer con franqueza mi opinion.

—Y nos harás un gran beneficio.

—Más ó menos tarde ha de suceder que don Pedro de Lainez quede en descubierto y sin que le sea posible defenderse.

—Es muy probable.

—¿Qué hará entonces?

—Su determinacion dependerá de las circunstancias.

—Cuando se convenza de que es cierta su perdicion, hará lo posible para salvar la vida, ya que no pueda salvar la honra y sus bienes.

—Es indudable.

—Quizás no le den tiempo ni para huir.

—Lo temo, porque cuando Felipe II quiere herir...

—Se siente el golpe antes que el amago.

—Si don Pedro llegase á morir á manos del verdugo, su hija no podria resistir tan tremendo golpe.

—Mi buen amigo,—repuso muy juiciosamente Castillejo,—cuando es en absoluto imposible remediar un mal, se atenúa, y en esto es en lo que debemos fijar la atencion.

—Pero el mal de que se trata...

—Puede ser algo menor.

Hizo Andrés un gesto de duda.

El alférez añadió:

—Si ha de llegar un dia en que don Pedro de Lainez considere como una gran fortuna el tener tiempo y ocasion para ocultarse y huir, salvando así la vida, aunque lo demás se pierda, ¿por qué ahora no hace con circunstancias ventajosas lo que ha de hacer luego?

—¿Pero si huye?...

—No se me oculta que huir es poco menos que confesar sus crímenes; pero ¿qué importa que ahora no los confiese si muy pronto han de presentarle las pruebas?

—Discurres bien, mi buen amigo.

—Puesto que en paz lo dejan y es dueño de hacer lo que se le antoje, podria inmediatamente vender una parte de sus bienes, reuniendo así una cantidad crecida.

—Comprendo.

—Luego diría que necesitaba descansar y reponer su salud quebrantada con la agitacion y los sufrimientos de la lucha que tiene que sostener con su hija, y que habia determinado viajar.

—¿Y si el rey le negaba la licencia?

—Se iría tambien ocultamente y siempre ganaría el haber salvado la vida y una gran parte de sus intereses. Doña Sol, que no es ni puede ser responsable de lo que su padre haga, quedaría bajo el amparo del rey ó con un tutor, y siempre la respetaría el mundo, porque no hay nadie que no reconozca sus virtudes y que no la considere como una víctima de su padre.

—Determinaría irse con él.

—Y don Juan la seguiría.

—Y tambien don Leandro.

—Pero es indudable que así conseguiríais una gran ventaja y evitaríais lo más horrendo del golpe, pues doña Sol no vería morir á su padre á manos del verdugo.

Reflexionó Andrés.

Le pareció que era muy acertado el plan de Castillejo, pero dijo:

—Falta lo principal.

—¿Qué?

—Don Pedro no acaba de convencerse de que le amenaza un gran peligro, porque le parece imposible que la justicia encuentre pruebas para condenarlo, y por consiguiente es inútil aconsejarle.

—Debeis intentarlo.

—Antes no quiso escuchar á su hija y ahora tampoco la escuchará.

—Dadle á conocer la situacion, porque es imposible que no se convenza, cuando sepa que esos tres bribones están en la cárcel y dispuestos á declarar.

—A pesar de todo eso...

—Amigo Andrés, cuando el hombre hace todo lo que humanamente es posible, aunque no consiga lo que desea, tiene por lo menos la ventaja de que su conciencia queda tranquila.

—Es verdad.

—Tú hablarás de este asunto con don Juan, que á su vez puede conferenciar con doña Sol, y tened entendido que conviene aprovechar el tiempo, pues el rey adoptará pronto una determinacion.

—Si ahora aparenta no ocuparse de este asunto es porque quiere que todos crean que fija exclusivamente la atencion en la enfermedad de la reina.

—Si doña Isabel se encuentra tan grave como dices...

—Olivares opina que morirá muy pronto.

—¡Infeliz!...

—Su muerte ha de ser tambien un golpe terrible para mi señora.

—Indudablemente; pero los dias de confusion y de duelo serán los mejores para que el señor de Lainez ponga en práctica mi plan.

—Y despues que haya muerto la reina, á nadie extrañará que don Pedro decida hacer un viaje.

—Su hija volverá á su casa.

—Y lo compañará.

—Y como don Juan no ha de quedarse en Madrid, vivirá más tranquilo en tierra extraña.

Quedaron de acuerdo los dos amigos.

Despidióse Andrés y volvió á la hostería.

—¿Cómo está el señor Alonso?—le preguntó don Juan.

—Muy bien, y quizás dentro de dos ó tres dias podrá dejar el lecho.

—A Dios le doy gracias.

—Hemos hablado muy detenidamente.

—El señor Alonso es muy sensato, discurre muy bien y deben tomarse en consideracion sus opiniones.

—Vais á conocerlas y veremos si os parecen bien.

—Te escucho.

El sirviente repitió los razonamientos del alférez.

Escuchó el caballero con atencion profunda.

Quedó muy pensativo.

Despues de algunos minutos, dijo tristemente:

—Por desgracia no se equivoca nuestro amigo.

—Si vos tambien estais convencido de que no hay salvacion posible para don Pedro...

—Sí, convencido estoy.

—Nos falta saber lo que opina mi señora.

—Lo mismo que el señor Alonso, pues ya que no otra cosa, querrá que se salve la vida de su padre.

—¿Y quién le aconsejará, quién intentará convencerlo?

—Doña Sol, porque á nosotros nos escucharia con más desconfianza.

—Y á su hija tambien.

—Pero nadie puede hacer esto más que ella.

¿Se convenceria el señor de Lainez?

Aunque el peligro nos parezca inevitable, no nos espanta como cuando sufrimos el golpe, porque la criatura no se desprende con facilidad de la última esperanza.

Hay que tener tambien en cuenta la tenacidad y la escasez de entendimiento del padre de doña Sol.

Y además de todas estas circunstancias, tenia al enemigo de la ofuscacion, producida por el mismo apuro en que se encontraba.

Aquella tarde fué Andrés á palacio para averiguar cómo se encontraba la reina.

—Está peor, bastante peor,—le dijeron.

Esta triste noticia la llevó á don Juan.

Siempre hablando del mismo asunto, esperaron á que llegase la noche.

Despues de cenar salieron de la hostería.

Recorrieron algunas calles.

Fueron á parar á los alrededores del alcázar.

Andrés le dijo á don Juan:

—Deseo que mi desgraciada señora sepa que no la olvido y que estoy dispuesto á dar por ella la vida.

—Te conoce demasiado bien.

—Mucho debe sufrir esta noche, porque la reina está peor; y lo que vos habeis de decirle será motivo de nuevo sufrimiento.

—¡Oh!—exclamó don Juan, de cuyos negros ojos se escaparon dos centellas,—Dios perdone á los que tanto hacen sufrir á la que amo, porque á mí empieza á faltarme generosidad para perdonarlos.

El caballero entró en la morada real, cuyos salones estaban ocupados por muchos caballeros y damas.

Esto era señal cierta de que se consideraba gravísimo el estado de doña Isabel de Valois.

Galerías y solitarios aposentos atravesó don Juan.

Llegó al de la noble doncella.

Esta no se encontraba allí.

El caballero se sentó, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Estaba dispuesto á esperar aunque fuese, toda la noche.

CAPITULO CXXXIV.

Cómo doña Sol pudo apreciar el peligro, y cómo se encontraba la reina.

Trascurrió muy cerca de un cuarto de hora.

Se presentó la noble doncella.

En su semblante se veian las huellas del llanto.

Triste, dolorosa era su mirada.

Mucho debia sufrir.

La causa de su dolor se adivinaba fácilmente: era el estado grave de la reina.

—¡Ah!—exclamó al ver á su amante,—¡qué horrible es la desdicha que vá á caer sobre nosotros!

No necesitaba preguntar el caballero lo que á doña Sol le hacia sufrir, pues lo sabia demasiado bien, y le dirigió las palabras más cariñosas, mientras que entre sus manos estrechaba las de la doncella.

Esta, cuando pudo dominarse, dijo:

—Hubiera venido antes; pero me he detenido con la esperanza de ver al doctor y saber lo que opina.

—¿Y lo has visto?

—No.

—Es igual para el resultado.

—Sí, porque la reina...

—Se muere, y debemos resignarnos.

—¡Dios mio!

—Hemos hecho cuanto es imaginable para evitar la desgracia, y nuestra conciencia debe estar tranquila.

—Pero mi corazon...

—Es preciso que por algunos minutos te olvides de doña Isabel.

—¡Olvidarme de la que tanto me ama!...

—Sí, porque tenemos que ocuparnos de nuestra situacion, ó más bien de la de tu padre.

—¿Qué sucede?

—Nada y mucho.

—Anoche debiste ver á tu hermano.

—Lo ví.

—¿Qué queria?

—Lo que ménos pude imaginar. Me habló con mucha calma, manifestándome su disgusto y su indignacion por las voces que corrian relativamente al crímen de que fué víctima el señor Alonso Castillejo. Dice que no hay nadie que ignore que el golpe se habia preparado contra mí, y que el mundo, deseoso de averiguar quién es el autor del atentado, hace suposiciones gravísimas.

—No necesito más explicaciones para comprenderlo todo.

—Contesté como debia, pues nunca he podido sospechar que mi hermano fuese ruin hasta el punto de pa-

gar asesinos para que me quitasen la vida. Pocas vecēs hablan dos hombres con tanta franqueza, con tan noble sinceridad, y sobre este punto estoy satisfecho.

—¿Quedó tranquilo tu hermano en cuanto á tí?

—Tranquilo estaba sin necesidad de interrogarme, y en realidad sus temores no fueron más que un pretexto para obligarme á pronunciar el nombre del autor del crímen.

—¡Oh!...

—Mi hermano sospecha, tiene casi la seguridad de que mi asesino es tu padre, y si á estas horas no lo hemos visto adoptar una resolucion extrema, es porque no quiere fiar en sus propios razonamientos y necesita algo más para que no le quede ninguna duda. Cuando esto lo consiga, Dios sabe lo que sucederá, pues ha jurado que castigará al miserable que intentó matar alevosamente á su hermano, y que para nada quiere el auxilio de la justicia. Por algunas de sus palabras he adivinado que con tu padre ha tenido explicaciones de igual naturaleza.

La jóven tembló.

—Y,—añadió don Juan,—le he dicho terminantemente á mi hermano que es verdad que el golpe se dirigia contra mí y que conozco al autor del crímen y tengo las pruebas, si bien antes que pronunciar su nombre consentiré morir, cumpliendo así un deber sagrado. Este incidente no ha de tèner por ahora otras consecuencias, y por consiguiente nada debes temer.

—En estos momentos críticos, cuando mi alma está destrozada por el dolor...

—Se presentan nuevas complicaciones para poner á prueba el temple de nuestro espíritu.

—¡Ah!...

—Así lo quiere la negra fatalidad que nos persigue.

—Algo más debe suceder.

—Lo que yo temia.

—Acaba, porque las dudas...

—No quiero hacer comentarios, y para que tú aprecies con más libertad la situacion, repetiré lo que el noble Castillejo le ha dicho á Andrés.

Doña Sol fijó una mirada ansiosa en su amante.

Este repitió los razonamientos y las noticias del alférez.

No pudo la noble doncella contener un grito de miedo y de dolor.

Acababa de convencerse de que su padre estaba perdido.

¿Cómo lo salvaria?

En realidad no habia más medio practicable que el propuesto por el señor Alonso.

De todas maneras los tribunales condenarian á don Pedro; pero se evitaria siquiera que muriese á manos del verdugo, pues otra pena no podia imponérsele al que habia cometido uno y otro crímen, á cual más horroroso.

Otra vez el llanto se escapó de los ojos de la jóven.

¡Noche horrible aquella!

Doña Sol veia extinguirse rápidamente la existencia de doña Isabel de Valois, y además sufria lo que no se

concibe porque su padre se encontraba á los bordes de un abismo.

Hubiera sido una locura entregarse á ilusiones y abrigar esperanzas para sufrir desengaños muy pronto.

Los dos bandidos estaban en la cárcel y el tabernero tambien, y era natural que al fin declarasen, siquiera para atenuar su crímen, probando los dos primeros que no habian sido más que ejecutores y el otro un auxiliar, un cómplice, al que en rigor no era posible calificarlo de asesino.

¿Estaban ya las terribles pruebas en poder del alcalde?

Tal vez.

¿Y por qué no procedia contra don Pedro?

Esto se explicaba, teniendo en cuenta el proceder extraño del monarca.

De todas maneras, si los criminales no habian declarado ya, declararian muy pronto y entonces la justicia cumpliria su severa mision.

—¿Y qué haremos?—preguntaba doña Sol una y otra vez.

—Tu padre no conoce bien la situacion, no vé con claridad el peligro que tan de cerca le amenaza.

—No, y la prueba la tenemos en su tranquilidad y en su descuido.

—Cree que su salvacion depende únicamente de Andrés y de mí, y nada teme, porque sabe que hemos de callar, para evitarte sufrimentos, para que no caiga sobre tí una nueva desdicha mayor que todas las demás.

—Es verdad.

—Ante todo es preciso hacerle comprender su situacion, diciéndole lo que ignora y dando luz á su entendimiento.

—Y cuando la haya comprendido...

—Se convencerá fácilmente de que debe huir, saliendo de España.

—Al hacer eso, al intentarlo...

—Es posible que infunda sospechas.

—Sí.

—Tendrá tiempo para ocultarse y siempre resultará lo mismo, que se librará de morir á manos del verdugo, ya que de los demás peligros no puede librarse.

Aunque doña Sol fuese una víctima de su padre, aunque este la hiciera sufrir mucho, era su padre al fin.

Además la jóven tenia un alma demasiado noble, era excesivamente generosa y se olvidaba de todo al pensar en los espantosos peligros que amenazaban al autor de sus dias.

En vano se esforzaba para dominar su violenta agitacion.

El dolor la trastornaba profundamente.

Lloraba y elevaba á Dios súplicas desgarradoras.

—Siempre has tenido valor,—le dijo don Juan,—y si ahora te falta...

—Valor he tenido cuando nadie habia de sufrir más que yo; pero ahora se trata de mi padre.

—Quizás de tí depende la salvacion de su vida.

—¿Y su honra?

—No es posible que se salve; pero...

—No abrigo ninguna esperanza.

—Domínate, Sol de mi vida.

—¿Qué puedo hacer?

—Hablar con tu padre, convencerlo y que se ponga en salvo antes de que se descargue el golpe.

—Pero en estos momentos en que la reina se muere...

—Debe aprovechar estos dias para arreglar sus intereses en cuanto le sea posible.

—Si no se convence...

—Habremos cumplido nuestro deber.

—¿Y para qué me servirá la satisfaccion de haber cumplido mis deberes?

—No nos conviene perder el tiempo en hacer comentarios.

—Hoy no puedo ver á mi padre.

—Mañana vendrá para saber cómo sigue la reina, y tú le rogarás que te escuche.

No podian hacer otra cosa aquella noche.

Continuaron la conversacion, aunque nada nuevo tenian que decir.

Debian separarse, porque en aquellos momentos de conflicto hubiera llamado la atencion que la hija de don Pedro no se encontrase en la cámara de la reina.

Don Juan se despidió y salió.

Aún pasó largo rato antes de que la noble doncella pudiese dominarse.

Volvió á las habitaciones de doña Isabel.

Esta se habia dormido.

Cuantas personas habia por allí guardaban silencio ó hablaban en voz muy baja.

Doña Sol fué de un lado para otro.

Su aspecto de dolorosa tristeza no podia llamar la atencion de nadie, pues era natural que sufriese mucho.

Eran cerca de las doce cuando se presentó el doctor Olivares.

Sin que sus pasos produjesen ni el más leve ruido entró en el dormitorio de la reina.

Se acercó al lecho, se inclinó y la contempló mientras escuchaba para apreciar la respiracion.

Despues de algunos minutos se separó del lecho y salió del dormitorio.

Cuantas personas habia por allí se le acercaron y lo miraron como si lo interrogasen.

—Lo mismo,—murmuró el médico.

En otra habitacion encontróse con la hija del señor de Lainez.

Esta le dijo con voz ahogada:

—Venid.

Fueron á otra cámara donde nadie habia.

—Quiero saber la verdad,—le dijo doña Sol angustiosamente al médico.

—La conoceis desde hace algunos dias.

—Pero...

—La reina se muere.

—¿Es posible que ningun recurso le quede á la ciencia?

—El poder de los hombres tiene un límite.

—¡Ah!...

—No abrigueis ninguna esperanza, porque el desengaño sería doblemente horrible.

—Parece que ahora duerme con alguna tranquilidad.

—Antes de que trascurra una semana, antes, entendedlo bien, dormirá con el sueño eterno.

La jóven exhaló un grito.

—Dios os consuele y os dé fuerzas para sufrir,—dijo el doctor.

Y se alejó.

Fué la hija de don Pedro donde estaban los demás cortesanos.

—¿Qué os ha dicho Olivares?—le preguntaron.

—No hay salvacion,—respondió la infeliz.

El llanto corrió en abundancia por sus megillas.

Media hora despues el monarca fué al aposento de su esposa.

Tambien se acercó al lecho, sin producir ningun ruido, y la contempló mientras que el entrecejo arrugaba.

Despues de diez minutos de completa inmovilidad, salió, atravesó por entre las damas y caballeros sin mirar á nadie, y se dirigió á su cámara.

Fué muy poco lo que aquella noche pudo dormir doña Sol.

A la mañana siguiente los médicos, despues de examinar muy detenidamente á la augusta enferma, declararon que no habia novedad.

Esto era equivalente á decir que se encontraba peor, pues mientras no mejorase, sus fuerzas disminuian.

Recetaron para salvar las apariencias, pues estaban convencidos de que nada habian de conseguir.

El rey le preguntó á Olivares:

—¿Habeis cambiado de opinion?

—Señor, por desgracia no ha sucedido así.

—¿Creeis que el peligro está muy cercano?

—La esposa de vuestra majestad no puede vivir una semana.

—Dios lo dispone así, y debemos resignarnos.

¿Comprendia la reina la gravedad de su estado?

Sí, la comprendia tambien como los médicos.

Aquel mismo dia manifestó deseos de dejar arreglados los intereses de este mundo para no pensar más que en la salvacion de su alma.

Inútil fué que le dijesen que no le amenazaba cercano peligro, pues replicó:

—Presiento la muerte.

—Señora...

—Y no me espanta si consigo morir con la conciencia tranquila. En este mundo no debo esperar más que sufrimientos, y si el Omnipotente me juzga con misericordia, mi mayor dicha será el descanso eterno. Siento morir sin haber abrazado al hijo que llevo en mis entrañas, sin haber estampado un beso en su frente pura y haberlo bendecido en los momentos solemnes de la agonía; pero unidas irán nuestras almas á la presencia de Dios, porque unidos perecerán nuestros cuerpos, y bien pensado no es poca dicha que nuestro espíritu vuele á la eternidad en union del espíritu de un ángel.

Los cortesanos acudieron aquel dia más temprano que de costumbre.

Todos demostraron el más vivo interés.

Presentóse tambien don Pedro de Lainez.

Su hija lo esperaba con ansiedad.

El caballero la saludó fria y ceremoniosamente y le preguntó:

—¿Qué noticias me dais de la salud de nuestra amada reina?

—Malas, padre mio, porque se ha perdido la última esperanza.

—¡Divina misericordia!...

—El doctor Olivares opina que la reina morirá antes de que trascurra una semana.

—¡Tan pronto!

—Desgraciadamente.

—No quiero creerlo.

—Pero es verdad.

Suspiró tristemente don Pedro.

No hay que decir que fingia un dolor que estaba muy lejos de sentir.

Era demasiado egoista y para él no tenia importancia más que su bienestar.

Su hija, aprovechando los momentos en que otras personas no los escuchaban, le dijo:

—Padre mio, cuando á bien lo tengais, id á mi aposento.

—¡A vuestro aposento!—replicó el señor de Lainez con tono de extrañeza.

—Sí, porque he de hablaros de un asunto de gran interés.

—Si es desagradable ese asunto, lo dejaremos para otro dia, porque hoy me duele la cabeza.

—Padre mio, se trata de vuestra salvacion.

—¡De mi salvacion!—exclamó don Pedro, cuyo rostro palideció y se contrajo.

—No lo dudeis.

—¿Has perdido la razon?

—Callad,—replicó la infeliz jóven,—y disimulad porque nos observan.

—Pero...

—En este sitio no puedo explicarme.

—¡Ah!... Debo convencerme de que no es posible que me dejen un momento de reposo.

—Os suplico...

—Iré á tu aposento despues de saludar á mis amigos.

—Allí os esperaré.

—Pero te advierto que...

—Luego me direis lo que bien os parezca.

—Hasta despues.

—Y que nos proteja Dios.

No dijeron más.

Separáronse.

Desapareció la jóven.

El señor de Lainez fué de un lado para otro, hablando de la enfermedad de la reina, que era objeto de todas las conversaciones.

No estaba tranquilo.

Cuando bien le pareció, dirigióse al aposento de su hija, mientras decia para sí:

—¿Qué sucede?... No lo adivino... ¡Mi salvacion!... Quizás se proponen tenderme un lazo para obligarme á ceder; pero no lo conseguirán. Parece que estoy con-

denado á vivir en agitacion incesante. ¡Triste suerte la mia!

De su suerte se quejaba el caballero, sin pensar que la causa de todas sus desdichas era su maldad, y que muy afortunado debia considerarse, puesto que hasta entonces se habia librado del castigo que merecía.

CAPITULO CXXXV.

En qué sentido tomó el caballero los consejos de su hija.

El intento de convencer á don Pedro de Lainez era una empresa demasiado difícil y de resultado muy dudoso, y no sin razon desconfiaba la jóven.

Los que además de ser ruines no están dotados de clara inteligencia, son recelosos y creen que todo el mundo ha de engañarlos, pues sobre juzgar el corazon ageno por el suyo, les falta el acierto para discernir y apreciar las situaciones. Si un nécio es siempre temible, no hay que decir que al que además de nécio es malo, debe considerársele como una verdadera calamidad.

Entró el señor de Lainez en el aposento de su hija, y se sentó, diciendo tristemente:

—Puesto que es preciso, tengamos paciencia. Aquí me teneis, doña Sol, dispuesto á escucharos, y á Dios le pido que esta sea la última vez que tratemos de cierta clase de asuntos. Y digo esto, porque supongo que que-

reis hablarme de vuestro amor desdichado y del hombre que me ofende y se burla de mí lo mismo que del rey.

—No, padre mio.

—Me alegro mucho.

—El asunto es más desagradable.

—Imposible, porque...

—He de hablar de vos, sin acordarme de que amo, porque vuestra suerte es para mí antes que mi pasion, antes que mi vida y que todo.

—Si eso fuese verdad...

—Lo probaré.

—La hija que contra su padre se rebela y le hace sufrir horriblemente, no puede decir eso.

—No me he rebelado, no he olvidado mis deberes...

—De este asunto no quiero hablar.

—Yo tampoco.

—Me habeis dicho que teniamos que tratar de lo que interesaba mucho, de mi salvacion... ¿Qué significan tan graves palabras? ¿Acaso es posible que me amenacen nuevos peligros?

—Sí, padre mio; no solamente es posible, sino que por desgracia es cierto.

—No adivino...

—Escuchadme con calma, y tened la seguridad de que nadie se interesa por vos tanto como vuestra hija, siquiera porque de ciertas desgracias yo he de participar.

—No os comprendo.

—Quisiera no tener que recordar el crímen de que

fué víctima el alférez Castillejo y que debió costar la vida de don Juan de Manrique.

Se extremeció don Pedro.

Se movió como si no se encontrase bien.

—Todos me hablan de ese asunto,—replicó.

—Sabeis que todo el mundo está convencido de que el golpe se dirigia contra don Juan.

—¿Y qué me importa?

—Mucho.

—Eso debe tomarlo en consideracion la justicia.

—Y lo ha tomado, haciendo deducciones que son muy peligrosas para vos.

—Cuidado con lo que decís...

—No quiero ofenderos, porque á mí misma me ofenderia; pero es preciso que hablemos con claridad, pues en estos momentos vá á decidirse nuestra suerte.

—No ignoro que hay quien acusa á don Leandro, porque dicen que á nadie más que á él le interesaba que del mundo desapareciese su rival.

—Sí, eso han creido algunos.

—Yo no.

—Pero la justicia ha discurrido de otro modo, y pensando á quién podia interesar, á quién podia favorecer el crímen...

Se interrumpió la jóven.

Inclinó la cabeza.

—Acabad,—le dijo su padre.

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—Lo que callo debeis comprenderlo, padre mio.

—Si teniais el propósito de hablar claramente...

—Pues bien,—dijo doña Sol haciendo un esfuerzo,—el alcalde don Gaspar, teniendo en cuenta ciertos antecedentes y muchas circunstancias, ha creido que vos podiais ser el autor del crímen.

—¡Señora!—gritó don Pedro fuera de sí.

—No es mia la culpa.

—¡Ah!... Esto me faltaba... Mi hija no se contenta con desconocer mi autoridad y hacerme sufrir horriblemente, sino que tambien me llama asesino.

Ya era imposible el disimulo.

Doña Sol, arrebatada por el vértigo, levantó la cabeza, fijó en su padre una mirada profunda y dijo:

—Aunque tenga que destrozarme el alma, aunque haya palabras que me abrasen los lábios, las pronunciaré. Así lo quiere mi negro destino y tengo que someterme.

—¡Hija desnaturalizada!...

—La hija á quien acusais está dispuesta á todos los sacrificios para salvaros.

—¡Y esto sufro!...

—Sabed que el crimnal que quedó herido ha recobrado la salud: que su compañero está en la cárcel y que tambien han encerrado en un calabozo al dueño de la taberna donde se trató para cometer el crímen; y esos tres miserables están ya decididos á declarar, diciendo quién era la persona que les pagaba. Para nada ha servido la generosidad de Andrés, para nada ha servido la nobleza de don Juan de Manrique; y aunque hasta hoy os hayan dejado en paz, os acusarán muy

pronto y os presentarán las pruebas con las declaraciones de esos tres desdichados.

Don Pedro quedó inmóvil y mudo.

Lívido se tornó su rostro.

Frio sudor corrió por su frente.

Se consideró perdido.

De su espíritu se apoderó el pavor.

Su desgraciada hija guardó silencio.

Esperó con ansiedad angustiosa.

Entonces el demonio de la malicia tuvo por conveniente inspirar al señor de Lainez.

Despues de algunos minutos empezó á sospechar que querian infundirle terror para obligarlo á ceder.

Desconfiaba de todos, y de su hija más que de nadie.

Le convenía, pues, esforzarse, disimular y averiguar así lo que doña Sol se proponía.

Las manos se pasó por la frente.

Cambió de postura y dijo:

—Os perdono, y para daros una prueba de mi bondad sin límites, continuaré esta conversacion.

—¿Dudais todavía?

—Quiero suponer lo peor para mí, ó lo que es igual, que yo pagué á los asesinos, y que esos villanos declaran y me comprometen.

—En ese caso...

—Es inevitable mi perdicion y la justicia me condenará.

—Sí.

—Pues bien, si á tal punto han llegado las cosas, si

esas son las circunstancias, tendré paciencia, porque no hay salvacion posible para mí.

—Si no podeis libraros de la deshonra, podeis salvar la vida.

—¡La vida!...

—Y una gran parte de vuestros intereses, porque estos dias podeis aprovecharlos para vender muchos de vuestros bienes y reunir un caudal de consideracion.

—¿Y luego?—preguntó el señor de Lainez, que iba recobrando la calma.

—Cuando haya muerto la reina, direis que vuestra salud necesita un cambio de aires y que habeis decidido viajar.

—El rey me dará licencia...

—Y si os lo niega...

—De todas maneras partiré.

—Sí, sí.

—Saldré de España y así me pondré fuera del alcance de la justicia.

—Y aunque os condenen, os librareis de morir á manos del verdugo.

—¿Y qué hareis vos, doña Inés?

—Seguiré á mi padre.

—¿Y qué hará don Juan de Manrique?—preguntó irónicamente el caballero.

—No lo sé.

—Tambien saldrá de España, aunque no sea más que para verse libre de la persecucion de la justicia.

—Esa es mi opinion.

—Y en tierra extraña, sin la proteccion del rey, y

hasta sin la amistad de don Leandro, con el alma llena de amargura, desesperado porque soy víctima de la injusticia más atroz, sucumbiré muy pronto, vos quedareis dueña de mi dinero y de vuestras acciones, os casaries con don Juan de Manrique, á quien el infierno confunda, sereis dichosos y os reireis al acordaros de mí.

—Padre mio...

—¡Vive el clelo!...: ¿Habeis creido que soy tan torpe que me deje engañar?

—¡Dios mio!...

—Basta, señora, basta... Si me calumnian, me defenderé, y tened entendido que á un hombre como yo no se le aniquila fácilmente. ¿Qué me importa que me acusen esos tres miserables? ¿Ha de estar á merced de tales hombres la honra y la vida de un caballero?

—Os juro que...

—Vuestros juramentos no tienen para mí ningun valor.

—¡Ah!...

—El tiempo os convencerá de lo peligroso que es entregarse á ciertos extravíos.

—En nombre de...

—Callad,—interrumpió don Pedro.

—¡Que os perdereis!...

—Eso es cuenta mia.

—Yo no quiero que mi padre muera á manos del verdugo...

—Pero si quereis matarme vos misma...

La infeliz jóven lloró, suplicó, empleó todos los razonamientos imaginables.

Trabajo inútil.

El caballero se puso en pié.

Estaba muy agitado.

Tenia miedo; pero siempre creia que intentaban engañarlo y que le pintaban aquellos peligros para comprometerlo y obligarlo á ceder.

Su desconfianza debia perderlo.

Lo que sufrió su hija no es concebible.

De rodillas cayó, suplicando una y otra vez.

Su padre se separó de ella bruscamente y dijo:

—Que tenga paciencia el que caiga.

Y salió del aposento.

Entregóse doña Sol á todos los trasportes del dolor.

¿A quién acudiria?

¿Qué haria?

Era impotente.

Don Pedro volvió á su casa.

Entró en su aposento.

Se dejó caer en una silla.

Las sienes se oprimió y dijo:

—Preciso es convencerse: ó me matan, ó se mueren desesperados... Han apelado á un medio ingenioso; pero afortunadamente no han conseguido engañarme.

Inclinó sobre el pecho la cabeza.

Quedó inmóvil como una estátua.

¿Cómo terminaría aquella situacion?

CAPITULO CXXXVI.

Tambien aconseja el doctor.

Cuanto más reflexionaba don Pedro de Lainez, más y más se convencia de que habian querido infundirle miedo para que adoptase la resolucion de salir de España, facilitando así los deseos de su hija y de don Juan, y haciendo poco menos que imposible el casamiento de doña Sol con don Leandro.

Tales sospechas, por cierto muy torpes, eran un motivo más para que el caballero desconfiase de todos, y no hay que decir que determinó hacer lo que mejor le pareciese sin escuchar los consejos de nadie.

Pensó que su situacion sería más ventajosa desde el momento en que muriese la reina, pues doña Sol tendría que volver á su casa, y el severo padre, sin ningun estorbo, haria uso de toda su autoridad y adoptaría determinaciones estremas, sin olvidar la de encerrar á su hija en un convento.

—No se casará con don Leandro,—dijo,—pero tampoco con don Juan, pues antes prefiero que muera.

Aquel dia fué más áspero con sus criados y los trató con dureza insoportable; pero no perdió el apetito, ni cuando llegó la noche dejó de dormir profundamente.

Al otro dia fué á palacio.

¿Y la reina?

Peor.

Los médicos empezaban á decir que se desvanecia su última esperanza.

Olivares no habia cambiado de opinion.

Entre las damas de la servidumbre vió don Pedro á su hija, que estaba pálida y ojerosa y tenia los ojos enrojecidos por el llano.

Desde el dia anterior habia sufrido como nunca la infeliz jóven, porque ya estaba convencida que era inevitable la perdicion de su padre.

Volvió el señor de Lainez á su casa.

Se ocupó en examinar las cuentas de uno de sus administradores.

Cuando acabó este trabajo miró el reloj por si ya era la hora de comer.

—Hoy,—dijo,—me han dejado alguna tranquilidad y tengo más apetito.

No bien hubo pronunciado estas palabras se le presentó un criado, diciéndole:

—Mi noble señor, acaba de venir el doctor Olivares.

—¡El doctor!—exclamó don Pedro con tono de sorpresa y de disgusto.

Y su frente se contrajo.

—Desea veros...

—No lo he llamado, ni lo necesito, puesto que enfermo no estoy, á Dios gracias.

—Pues le diré...

—Que entre, que entre.

Se fué el criado.

—¡Ah!—murmuró con tono plañidero el criminal,—de algo desagradable me hablará ese hombre... Sin duda les parece que me han dejado mucho tiempo en paz... Tal vez, de acuerdo con mi hija, viene para ayudarle; pero no cederé, ni me engañarán, porque ya estoy prevenido.

El médico entró.

Su rostro no expresaba nada de particular.

Saludó grave y ceremoniosamente al caballero.

Se sentó y le dijo:

—Seguro estoy de que al anunciaros mi visita habeis pensado que no me necesitais, puesto que creeis que gozais de perfecta salud.

—Sí; pero aunque no os necesite como médico...

—Como amigo tampoco, puesto que no somos amigos.

—Es decir, que habeis venido como un extraño cualquiera para hablarme de algun asunto que os interesa.

—A vos, caballero, pues para mí no tiene un interés verdaderamente directo.

—Debo estaros agradecido.

—No quiero vuestra gratitud ni la de nadie. Los beneficios los hago cuando creo cumplir un deber, y cuando los deberes se cumplen no debe aspirarse á ninguna recompensa, ni siquiera á la gratitud.

—Doctor, no adivino lo que os proponeis.

—Me explicaré con mucha claridad.

—Os escucho,—dijo don Pedro, que no estaba completamente tranquilo.

—Disfrutais de completa salud.

—Sí.

—Y, sin embargo, estais en peligro de muerte.

—¡Doctor!...

—Ya sabeis que no me equivoco cuando pronostico, y teneis un ejemplo reciente.

—La reina, es verdad.

—Todos los médicos aseguraron que la salvarian.

—Y se han equivocado; pero ya hemos visto que si hubieran puesto en práctica vuestros consejos, no tendriamos que deplorar tan inmensa desgracia.

—¿Y sabeis por qué se desechó mi sistema?

—Supongo que no hubo más razon que la de parecer muy horrible.

—No os equivocais.

—Y la verdad es que eso de dar un medicamento para matar una criatura...

—Es grave.

—Y hasta espantoso.

—Pues bien, señor de Lainez, viendo estais que hay situaciones, que hay circunstancias, y sobre todo peligros, que exigen remedios de los que calificais de espantosos. Es muy doloroso amputar un miembro, pero se hace, porque así se salva la vida. Si vos estuviéseis convencido de que habiais de morir si no dejábais que os cortasen las dos piernas...

—Callad, doctor,—interrumpió don Pedro.

Y se extremeció violentamente.

—¿Y por qué he de callar?

—Decís unas cosas, haceis unas comparaciones, poneis unos ejemplos...

—Es preciso.

—Me parece que para probar que teniais razon al tratar de la enfermedad de la reina, no es menester que hagais la horrible suposicion de que yo me viese en el caso de que me cortasen las dos piernas... ¡Horror!... Y las dos, y si más no habeis dicho, es porque más no tengo... Solo al pensarlo siento escalofrios.

—Pronto vereis que hago comparaciones y suposiciones por vuestro propio bien.

—Ya os he dicho que gozo de perfecta salud, y á Dios le doy gracias.

—En eso consiste vuestro error.

—Señor Olivares, acabareis por ponerme en gran cuidado.

—Hay enfermedades gravísimas de las que no se dá cuenta el mismo enfermo; pero el médico las conoce y su obligacion es curarlas, salvo el caso de que el paciente se resista á tomar el medicamento, en cuyo caso la responsabilidad es suya y casi podrá decirse que comete el pecado, el crímen del suicidio.

Don Pedro cambió de postura.

Empezaba á sentir un malestar inexplicable.

¿A dónde iba á parar el astuto médico?

No era posible adivinarlo.

—Todavía no entiendo bien,—dijo el padre de doña Sol.

—Seguid escuchando.

—No hago otra cosa.

—A vos os amenaza muy de cerca la muerte.

—¡Vive el cielo!... Si todo es una broma os diré con franqueza que me parece muy pesada.

—No es broma, caballero.

—Entonces...

—He venido con el único objeto de salvaros, de evitar que en un plazo breve vayais á dar cuenta á Dios de vuestro proceder.

—Si con más claridad no os explicais...

—Y me permitiré añadir una cosa, aunque es muy desagradable y ha de provocar vuestro enojo.

—¿Qué?

—Más que otro cualquiera, vos teneis motivo para desear que vuestra existencia se prolongue, pues cuando la conciencia no está limpia...

—¡Doctor!...

—Es preciso que hablemos con mucha claridad.

—Lo que acabais de decir...

—Lo considerais una ofensa.

—Sí.

—Y sin embargo, es una verdad,—dijo con fria calma Olivares,—pero las verdades desagradan, pues no hay en este pícaro mundo nada tan bello, nada que nos proporcione tantos goces y tanta felicidad como la mentira. Os conviene dominar ahora vuestros iracundos arrebatos, que son terribles, que os trastornan profundamente, y para que así lo hagais os recordaré que conozco vuestra historia, conozco todos vuestros secretos, absolutamente todos.

Volvió á temblar el caballero.

El doctor, siempre con su frialdad, que era espantosa en aquellos momentos, prosiguió diciendo:

—Ved si hay peligro de que alguien nos escuche, porque es muy grave lo que tengo que decir y no os conviene que haya más testigos que Dios.

Palideció el rostro del señor de Lainez.

Maquinalmente se puso en pié.

Fué hasta la puerta.

Levantó la cortina y miró al aposento inmediato.

Volvió á sentarse.

Segun su costumdre en los momentos de agitacion y de apuro, sacó el pañuelo y el rostro se limpió.

Olivares le dijo:

—Tengo las pruebas, y pruebas incontestables, de que vos mandásteis asesinar al desdichado señor Mateo...

—¡Imposible!

—Tengo las pruebas de que vos fuisteis la causa de la muerte de la hija del hidalgo.

—¡Por Dios vivo!—exclamó don Pedro.—¡Y tanto sufro!

—Y más habeis de sufrir.

—¡Oh!...

—Y vos, don Pedro de Lainez, matásteis á vuestra esposa, y como médico declararé cuando se me antoje que hubo dos causas para su muerte, una conmocion producida por malos tratamientos, y hasta un intento de extrangulacion, pues en el cuello tenia las señales.

Frio sudor empezó á correr por la frente de don Pedro.

—Vuestro criado Blas buscó los asesinos para dar muerte al hidalgo, y uno de esos asesinos es precisamente uno tambien de los que os han servido cuando quisísteis que matasen á don Juan de Manrique. Viendo estais que las pícaras coincidencias son nuestro mayor enemigo y que por muy previsor que sea un hombre, siempre se olvida de algun detalle, comete una torpeza que al fin lo deja en descubierto. En un plazo más ó ménos largo todo se averigua, se sabe todo lo que hacemos, pues los secretos no pueden guardarse más que hasta cierto punto.

¿Qué habia de responder el caballero?

El pavor apoderóse de su espíritu.

Ya sabemos que la única persona que le hacia temblar era Olivares.

No se atrevió el miserable á negar.

Volvió á sacar el pañuelo, limpiándose el sudor, y replicando al fin:

—Aun suponiendo que yo haya cometido esos crímenes, no puedo creer que seais delator.

—Hasta hoy no lo he sido.

—Ni lo sereis, doctor, porque no teneis un alma ruin.

—Pero si estos secretos los conocen otros, no debeis estar tranquilo.

—¿Y quién ha de saber tanto como vos?

—La justicia.

—Imposible.

—Os equivocais, puesto que en la cárcel están los dos bandidos á quienes pagásteis para que matasen á don Juan.

—Ya lo sé,—respondió don Pedro sin darse cuenta de lo que decia.

—Y en un calabozo se encuentra tambien el dueño de la taberna donde una noche estuvísteis para arreglar lo que esos desalmados llaman el negocio.

—¡Que Dios me ampare!

—El que estaba herido se ha curado, y los tres muestran disposiciones para decir la verdad.

—Pero...

—El dia que menos lo espereis pondrá sobre vos la justicia su mano implacable, y á pesar de ser quien sois os encerrarán en un calabozo, os condenarán y morireis á manos del verdugo.

Sintió don Pedro como si se helara su sangre.

Tembló.

Su mirada se fijó con espanto en el médico.

Este no se alteraba, y prosiguió diciendo:

—Lo que acabo de deciros lo sabe ya demasiado bien el alcalde don Gaspar.

—¡Que lo sabe!...

—Sí.

—¿Por qué no procede contra mí?

—Disimula y espera, pues en tan delicado asunto nada quiere hacer sino en virtud de órden expresa de su majestad.

—No se comprende que un hombre tan severo como don Gaspar, se detenga ante ninguna consideracion, y por consiguiente debo creer que si es posible que sospeche, no lo es que esté convencido.

—Vuestras dudas han de ser vuestra perdicion.

—Señor Olivares...

—Aun no he concluido.

—Decid cuanto se os anteje.

—Ya os he dado á conocer vuestra enfermedad, he pronosticado con la misma seguridad que cuando se trataba de la reina, y ahora, para cumplir mi deber, voy á deciros en qué consiste el remedio.

—Si la situacion es como la pintais...

—Exactamente lo mismo.

—Entoces no hay remedio posible.

—Sí, y yo os lo daré á conocer, no porque me interese vuestra salvacion, ni porque merezcais que nadie se moleste en haceros un beneficio, sino por vuestra hija, á la que tengo obligacion de proteger, porque así se lo prometí á su madre moribunda.

—Ahora comprendo el por qué sois mi enemigo.

—Nada teneis que agradecerme, pues miro con indiferencia vuestro sufrimiento.

—Sois cruel, doctor.

—Ya sabeis que el mundo dice que no tengo corazon.

—Continuad.

—El medicamento es muy amargo, muy doloroso, porque se parece á la amputacion, como antes os he dicho; pero si vacilais, si no quereis perder uno de vuestros miembros, perdereis la vida.

—¡Ah!...

—Reunid cuanto dinero os sea posible, aunque tengais que vender á bajo precio algunas de vuestras fincas, preparadlo todo, y en cuanto muera la reina, lo cual sucederá dentro de pocos dias...

—Basta, doctor, basta,—interrumpió el señor de Lainez.

—Si habeis adivinado lo demás...

—Sí, vais á darme el mismo consejo que mi hija.

—Ignoro lo que os ha dicho.

—Que huya, que me vaya á vivir á extraña tierra.

—Y solo así os librareis de morir en el cadalso.

—Y ella me acompañaria...

—Esa es su obligacion.

—Y como don Juan de Manrique está perseguido por la justicia, nos seguiría, quedándose en España don Leandro, pues no habia de expatriarse, y yo, en extraña tierra, arruinado, sin la proteccion del rey, sin amigos y agobiado por los sufrimientos, tendria que ceder ó moriria, dejando á mi hija en la más completa libertad. El plan es ingenioso; pero no han contado con mi desconfianza y mi astucia.

—Caballero.

—Miradme bien.

—Sí, empezais á tranquilizaros.

—No os equivocais.

—Peor para vos,—dijo el médico encogiéndose de hombros.

—Peor para mi hija y para don Juan.

—Lo veremos.

—Se sospecha que yo he pagado asesinos para que maten á don Juan, y si me voy de España, la sospecha se convertirá en certidumbre. Me llamarán para que me defienda; no acudiré, y esto será equivalente á confesar que soy culpable.

—Y os condenarán.

—Y mi honra...

—Perdida para siempre; pero á lo menos salvareis la vida.

—Sí, me condenarán, fundándose en que mi determinacion de huir prueba que mi conciencia no está tranquila.

—Y si os quedais os condenarán en vista de otras pruebas, como son las declaraciones de esos miserables.

—Doctor, eso se dice con mucha facilidad; pero no se hace con la misma.

—¿Os parece que no son pruebas suficientes esas declaraciones?

—No, pues hay que tener en cuenta que se trata de unos desalmados sin conciencia, y su testimonio tiene poquísimo valor, pues es posible que por dinero ó para satisfacer un ódio, digan lo que no es verdad.

El médico hizo un gesto de compasion.

El señor de Lainez, que iba recobrando la tranquilidad, prosiguió diciendo:

—Para condenar á un hombre de mi clase, se necesita más, mucho más. Me acusarán mis enemigos, yo me defenderé y veremos quién triunfa.

—Pensadlo bien, don Pedro.

—Ayer me habló mi hija de este asunto, me aconsejó lo mismo que vos y ya he meditado.

—Entonces...

—Se proponen infundirme miedo para conseguir lo que desean; pero se equivocan.

—Caballero, ya conoceis la enfermedad y el remedio.

—Que es mucho peor que la misma enfermedad.

—Vos habeis de elegir.

—Antes habeis dicho que sin necesidad de las declaraciones de esos miserables teneis pruebas de que yo mandé matar al señor Mateo.

—Sí, pruebas tengo.

—Si me delatais y las presentais...

—Jamás, porque haria un mal á vuestra hija.

—Pues si vos me prometeis ser neutral en este asunto...

—Os lo prometo.

—En cuanto á don Juan...

—Ni él, ni vuestro antiguo criado Andrés han de hacer nada contra vos, sino que por el contrario os favorecerán para evitar sufrimientos á vuestra desgraciada hija.

—Pues si esos hombres nada han de hacer contra mí, estoy tranquilo. Cumplid vos lo que acabais de prometerme, suponiendo que sois dueño de esas pruebas.

—Tengo en mi poder una declaracion escrita y firmada por vuestro criado Blas.

—¡Una declaracion de Blas!...

—Sin duda quiso vengarse porque no le pagásteis con largueza.

—¡Oh!...

—Y otro secreto conozco, señor de Lainez, otro secreto de muchísima importancia.

—No adivino...

—Conozco la suerte de vuestro hijo.

—¡Mi hijo!...

—Vive, y está en Madrid, y tengo documentos para probar quién es.

Don Pedro quedó inmóvil.

—De este asunto,—añadió el médico,—nos ocuparemos otro dia.

—Ahora, doctor, ahora.

—¿Qué os importa la suerte de aquel niño infeliz fruto de vuestro extravío?

—Pero si vive...

—No puede reclamar ningun derecho, porque lo tuvísteis mientras estábais casado, y por consiguiente es un hijo adulterino.

—Sin embargo...

—Sí, podríais arreglar el asunto y darle vuestro nombre aunque no vuestros bienes, y podríais favorecerlo, pues ahora sois dueño de disponer á vuestro antojo de todas vuestras riquezas; pero esto no lo hareis, don Pedro, pues no teneis corazon, y os alegraríais mucho de que esa criatura no existiese. No necesita vuestra proteccion ni vuestro dinero.

—En ese caso...

—Pero al fin es hermano de vuestra hija y convendrá que ella conozca el secreto, pues solo Dios sabe lo que puede suceder andando el tiempo y cambiando las circunstancias.

—¡Lo que puede suceder!...

—Eso he dicho.

—Si esa criatura ignora que soy su padre...

—Lo ignora.

—Pues no es menester que se le revele el secreto.

—Sí, es preciso.

—Para proporcionarme nuevos disgustos, para...

—Para cumplir un deber.

—¿Y vos pensais decirle que es el fruto de mi pasion?

—Sí.

—Doctor, me parece...

—Basta, don Pedro, pues ahora no quiero tratar de este asunto.

Suspiró tristemente el señor de Lainez.

El médico le dijo despues de algunos minutos:

—Os haré una pregunta.

—Decid.

—¿Insistireis en casar á vuestra hija con don Leandro?

Antes consentiré morir que ceder.

—Pues entonces, no será don Leandro esposo de doña Sol.

—Si mi hija se empeña, no se casará, ya lo sé; pero si al fin cede...

—Aunque ceda.

—¿Vos lo estorbareis?

—Sí.

—¿Cómo?

—Lo vereis, si llega el caso.

—Si me amenazais con revelar esos secretos...

—No.

—Pues entonces...

—Caballero, he concluido.

—Yo tambien.

—Conste que os he dado á conocer el peligro que os amenaza.

—Os lo agradezco; pero el remedio no me gusta.

—Nadie ha de saber que os he aconsejado, porque si se supiese me encontraria en el más grave conflicto.

—Descuidad.

—Si no sois reservado, me vengaré, entregando las pruebas del crímen que costó la vida al señor Mateo.

—Callaré, callaré.

—Volvemos á quedar en la misma situacion en que estábamos.

—Pues que Dios nos ayude.

—Parece que ahora quiere Dios ayudar á los buenos.

—Siempre resulta que no me dejan un momento de tranquilidad.

Olivares se puso en pié, y dijo:

—Cuando llegue el dia terrible, el momento crítico, vendré y haré el último esfuerzo.

—Nada conseguireis, porque mi resolucion es firme.

—¡Pobre doña Sol!

—Yo soy más desdichado.

—Vos sois, no un desgraciado, sino un criminal que no merece ninguna consideracion.

Sordamente rugió el señor de Lainez.

Olivares dió media vuelta y salió del aposento.

El padre de doña Sol se entregó á los trasportes de la ira.

Cuando recobró el sosiego, reflexionó.

Seguia creyendo que se proponian infundirle temor para obligarlo á ceder.

¿Estaba Olivares de acuerdo con doña Sol?

No, y habia dado aquel paso porque le pareció con-

veniente, y sin otro fin que el de hacer un beneficio á la desgraciada jóven.

A pesar de su agitacion, el señor de Lainez comió aquel dia con el mejor apetito.

Luego durmió por espacio de una hora.

En seguida fué á palacio para preguntar por la reina.

CAPÍTULO CXXXVII.

Todos esperan.

El señor Alonso pudo dejar el lecho.

Rogó al alcalde que lo librase de la presencia de los corchetes, pues ya nada tenian que hacer allí.

Esta peticion fué atendida, pues ya el alférez no necesitaba ningun auxilio, y era muy justo dejarlo en libertad para que viviera á su antojo.

Entonces pudo ir don Juan á ver al amigo á quien tanto debia.

La entrevista fué cariñosa, y pasaron muy cerca de una hora cruzando frases que ningun valor tenian, pero que eran muy agradables.

Castillejo dijo al fin:

—Me parece que debemos ocuparnos de la situacion.

—Es más peligrosa cada dia.

—¿Habeis visto á doña Sol?

—Anoche.

—¿Y qué ha conseguido?

—Nada.

—¡Oh!...

—Don Pedro, desconfiando siempre de su hija, cree que nos proponemos infundirle terror para obligarlo á ceder.

—No me sorprende, caballero, porque ruinmente piensa el que ruin es.

—Todos los esfuerzos de doña Sol han sido inútiles.

—Pues no lo dudeis; el señor de Lainez se perderá, morirá en el cadalso.

—¡Vive el cielo!...

—Don Juan, no os entregueis á la desesperacion, porque nada habeis de conseguir. Somos impotentes para salvar á ese hombre, puesto que él mismo busca su perdicion. Si esto no es providencial, lo parece. Ha cometido muchos crímenes y siempre ha quedado impune, y al fin llega el dia en que todo ha de pagarlo de una vez.

—Pero doña Sol...

—Sufrirá horriblemente; pero no es posible evitarlo.

—Y temo que, como es exageradamente escrupulosa y muy viva su imaginacion, tal vez piense que ella es la causa, aunque no directa, de la desdicha de su padre, pues si no me amase, si con mi hermano se casase, don Pedro no hubiera tenido por qué odiarme, no se hubiera encendido su enojo hasta el punto de apelar al crímen para triunfar y castigar á su hija.

—Me parece que doña Sol nada tiene que ver con el asesinato de que fué víctima el señor Mateo.

—Pero si aquel crímen sale á relucir es porque don Pedro ha cometido otro.

—Caballero, discurriendo así no es posible que tampoco vuestra conciencia esté tranquila, y yo tambien tendré de qué acusarme. La verdad es que don Pedro de Lainez fué siempre un miserable, y que merece el mayor castigo. Tiene una hija que es un ángel, y que sufre mucho; pero, ¿ha de quedar impune el delincuente? No dejeis que vuestra imaginacion remonte el vuelo, porque se os ocurririan cien mil absurdos, y por ese camino seria imposible la tranquilidad en ninguna situacion. Vos, doña Sol y Andrés, habeis cumplido vuestros deberes, y áun habeis ido mucho más allá, y por consiguiente no sois responsable de lo que suceda.

Muy cuerdamente hablaba el señor Alonso.

Así tuvo que reconocerlo don Juan.

Andrés, que estaba presente, dijo:

—Cuando es absolutamente imposible hacer una cosa, debemos tener paciencia y esperar á que las circunstancias sean más favorables.

—¡Esperar!...

—Sí, como yo he esperado mucho tiempo.

El amante de doña Sol hizo un gesto de impaciencia.

Era inútil que hiciesen comentarios, pues no habian de conseguir más que mortificarse.

Si don Pedro de Lainez, obcecado, ciego, se empeñaba en lanzarse al fondo del abismo, habia que dejarlo y concretarse á deplorar la desgracia.

Verdad es que nuestros amigos no ganaban mucho aunque el criminal pusiese en práctica los consejos que se le habian dado, pues el tremendo golpe era inevitable.

Despues de mucho hablar y cavilar, pensó el sirviente que quizás convendría acudir al doctor Olivares.

Si este nada conseguia, tampoco se perdia nada.

El alférez dijo entonces:

—No teneis que molestaros en ir á buscar al doctor, pues me prometió una visita para hoy, aunque yo le dije que no necesitaba sus cuidados, y es posible que venga muy pronto.

—Pues lo esperaremos.

—Y me haríais un grandísimo favor si quisiéseis comer en mi compañía, pues me aburro.

—Nosotros nos complaceremos.

—Me parece que la justicia no ha de venir á buscaros á mi casa.

—Ni á ninguna parte, si hemos de calcular por lo que sucede estos dias.

—Parece que hay el propósito de dejarme en paz,—dijo el caballero.

—Pues eso es precisamente lo que en mayor cuidado me pone,—replicó el alférez,—pues cuando Felipe II disimula, cuando calla, es más temible. Yo he tenido ocasion para conocerlo como vos no lo conocereis jamás, y os aseguro que tiemblo al pensar lo que puede suceder.

Andrés fué por lo necesario para arreglar la comida.

Media hora despues se presentó Olivares.

No manifestó sorpresa al encontrar allí al amante de doña Sol, y lo saludó sencillamente y como si la situacion nada tuviera de particular.

Pulsó á Castillejo.

Le hizo algunas preguntas y luego le dijo:

—Estais en completa salud; pero aún no habeis recobrado por completo las fuerzas, y lo único que tengo que recomendaros es la tranquilidad y un buen sistema de alimentacion. Podeis salir, principiando por pasear muy poco y despacio, y os guardareis lo mismo del exceso del frio que del calor.

—Os debo la vida,—le respondió Castillejo.

—Se la debeis á Dios y en todo caso á su majestad, porque me mandó venir y asistiros. Yo cumplí esta órden, porque tenia que cumplirla, y con vos he hecho todo lo que he podido, lo mismo que hago con cualquier enfermo.

—Doctor,—dijo entonces don Juan,—puesto que ya nada teneis que decir como médico á mi buen amigo el señor Alonso os ruego que me escucheis, evitándome así la molestia y hasta el peligro de ir á buscaros.

—Supongo que quereis hablarme de don Pedro de Lainez.

—No os equivocais.

—Pues no me deis ninguna explicacion, porque no la necesito.

—Como no sabeis todo lo que pasa...

—Sí, estoy al corriente de todo, y al señor de Lainez le amenaza el mayor de los peligros, es un miserable que no merece ninguna consideracion.

—Pero...

—No me olvido de su desgraciada hija.

—Creo que...

—Repito que no teneis que molestaros,—interrumpió

el médico:—no hay salvacion posible para ese hombre, y por consiguiente habreis de sufrir y resignaros.

—¡Oh!...

—¿Y Andrés?

—Está arreglando nuestra comida y...

—Llamadlo, porque quiero que me escuche.

A los pocos momentos se presentaba el criado.

—Sentaos, buen Andrés,—le dijo el doctor,—porque quiero que testigo seais, guardando bien en la memoria mis palabras. Hace muchos años que nos conocemos, y siempre nos hemos entendido bien.

—Desde la primera vez que nos vimos.

—Os advierto, lo mismo á vos que á don Juan y al señor Alonso, que no debeis interrogarme, porque no os responderé y desde luego y espontáneamente diré lo que convenga, pues aun no ha llegado el dia de que en claro se pongan todos los misterios.

—Respetaremos vuestra reserva.

—Y si no la respetais os quedareis lo mismo.

—Os escuchamos, doctor.

—Yo soy una criatura como todas y he cometido y cometeré graves faltas, grandes torpezas, y esto es tan verdad como que ahora voy á ser indiscreto y á deciro que debiera callar.

—Gracias, doctor, gracias.

—Cuando me dejo llevar de mis impulsos, cuando hago lo que quiero, nadie tiene que agradecerme nada.

—Sin embargo...

—Escuchad.

—Con la atencion que mereceis.

—Conoceis los horribles misterios de la vida del señor de Lainez.

—Sí, sí.

—No es posible que hayais olvidado la historia de la infeliz Marta.

—¡Olvidarla!—exclamó Andrés,—jamás.

—Su inocente hijo, que era el hijo de don Pedro, desapareció.

—Aun me parece que viendo estoy moribunda á la pobre madre, y recuerdo perfectamente aquellos sitios que recorrimos una y otra vez en busca del pobre niño.

—Os ayudé como pude.

—Y no conseguimos encontrarlo.

—Marta murió y vos os alejásteis para siempre de aquel lugar; pero yo me quedé en Villaviciosa al lado de mi maestro y pude seguir trabajando y haciendo pesquisas.

Andrés miró ansiosamente á Olivares.

Este añadió:

—Os he dicho muchas veces que las casualidades, las coincidencias representan en este mundo un gran papel, y sucedió entonces que una coincidencia...

—¡Doctor!...

—No puedo deciros más sino que encontré al hijo de don Pedro y de Marta.

—¡Que lo encontrásteis!...

—Puse en claro el misterio de su desaparicion y Dios quiso protejerme hasta el punto de poder hacerme dueño de un documento para acreditar que aquella criatura era el hijo de Marta y no de la persona que se creia.

—Eso es incomprensible.

—Es incomprensible explicado así; pero un dia llegará en que ha de pareceros muy claro.

—¿Y por qué habeis guardado ese secreto?

—Por varias razones; la primera porque el documento desapareció y no lo he recuperado sino hace muy poco tiempo; segunda, porque hubiera tenido que hacer sufrir mucho, muchísimo á unos padres amorosos, y por último eran de tal naturaleza las circunstancias, que cualquiera de nosotros hubiera hecho lo mismo que yo.

—Pero el niño...

—Se crió, vive y está en Madrid.

—Su situacion...

—Es buena, y mirada bajo el punto de vista de los bienes de fortuna no puede quejarse.

—¡Conocíais ese secreto y callábais!

—Y callaré, porque no ha llegado el dia de las revelaciones.

—Doctor...

—Por ahora no debeis pensar en esa criatura, que es un hombre y que por una série de extrañas coincidencias se ha colocado en vuestro camino.

—Es decir, que lo conocemos...

—Sí, pero no cavileis, pues no habeis de adivinar quién es.

—¡Vive el cielo!—exclamó don Juan,—porque os habeis propuesto aturdirnos, y...

—Calma, tened calma.

—Lo que acabais de decir...

He querido convenceros de que conozco vuestra situacion mejor que vosotros mismos.

—No lo dudo,—murmuró Andrés.

—Viendo estais que puedo amenazar á don Pedro de Lainez como nadie le amenazaria, tanto más cuanto que tengo en mi poder una declaracion escrita y firmada por su antiguo criado y cómplice Blas, que fué quien se entendió con los asesinos para que matasen al señor Mateo.

—¡Por Dios vivo!...

—Hace muchos años que me hubiera sido fácil llevar al señor de Lainez á un calabozo; pero ni soy delator, ni era posible que yo hiciese nada que agravase la triste situacion de su hija.

—Habeis sido tan noble como prudente.

—En cuanto al crímen de que por equivocacion fué víctima el señor Alonso, no necesito buscar pruebas, porque don Gaspar las tiene con las declaraciones de los tres desalmados que están en la cárcel.

—¿Y por qué deja pasar los dias sin cumplir su deber?

—Porque ha comprendido que debe esperar, y si así no lo hiciese, quedaria en muy grave situacion con el rey.

—Es decir, que Felipe II...

—Acabo de nombrarlo, y procuraré no hacerlo otra vez. Lo que os interesa es el resultado, y debeis dejar lo demás.

—Pues el resultado...

—Que don Pedro está perdido y que yo lo sé mejor que nadie.

—Por eso nosotros...

—Con intencion muy noble determinásteis que doña Sol le diese á su padre el consejo de huir, saliendo de España.

—Si tambien sabeis eso...

—Y no ignoro que el señor de Lainez, tan desconfiado como estúpido, ha creido que le tendian un lazo para obligarlo á ceder.

—Es verdad.

—A pesar de todo eso y de estar yo convencido que nada habia de conseguir, hice una visita á don Pedro, le hablé con una claridad verdaderamente espantosa, le probé que era inevitable su perdicion, y le aconsejé que huyese.

—¿Y qué os respondió?

—Lo mismo que á su hija.

—Pues si tampoco á vos os ha escuchado...

—Es preciso dejarlo.

Un gesto de desesperacion hizo don Juan.

Andrés elevó al cielo una mirada dolorosa.

El alférez arrugó el entrecejo.

Olivares añadió:

—Para hacer todo eso he tenido que olvidar mis deberes, pues en realidad ponia estorbos á la justicia para que cumpliera su mision.

—Pero así cumplíais otros deberes no menos sagrados.

—Y ahora os digo lo que tambien debiera callar; pero ásí os convencereis de que no queda ningun recurso y esperareis los sucesos, fiando en la misericordia

divina. Aunque no soy aficionado á dar consejos, ya que con don Pedro lo hice lo haré con vosotros.

—Y lo consideraremos como un gran beneficio.

—Mientras viva la reina no cambiará la situacion.

—Pero vos opinais...

—Que morirá pronto.

—¡Dios mio!...

—No hemos podido salvarla.

—Una víctima de...

—Callad, callad,—interrumpió vivamente el doctor.

—Bien sabeis que...

—Si seguís hablando y quereis pronunciar ciertos nombres, no os escucharé.

—Me habeis entendido y es bastante

—La reina vivirá tres dias cuando más.

—¡Tres dias!...

—Es probable que el rey en esos momentos de dolor, quiera buscar en Dios el consuelo, en cuyo caso se irá al Escorial.

—Y nosotros...

—Aquí os quedareis sin que nadie se ocupe de vosotros, como no sea don Pedro de Lainez.

—Y don Gaspar...

—Seguirá esperando y haciendo con los presos lo que hace ahora, es decir, tratándolos muy bien, porque así conviene para que cumplan su promesa de declarar.

—Y cuando el rey vuelva á Madrid...

—Tal vez antes adoptará una resolucion.

—¿Y qué hemos de hacer entretanto nosotros?

—Nada, absolutamente nada.

—Habíais prometido aconsejarnos...

—Acabo de hacerlo al deciros que espereis con cuanta calma os sea posible, que os domineis y que no aceptéis ninguna resolucion. Otra vez podeis volver á esta casa, pues aquí no ha de venir la justicia á buscaros, y reunidos lo pasareis mejor. Si algo necesitais, acudid á mí, pues siempre me encontrareis dispuesto á serviros.

—Siempre ha de ser necesaria para nosotros vuestra amistad y la luz de vuestros consejos.

—No es menester deciros que si se supiese ó siquiera se sospechase que os he hablado con tanta claridad, me encontraria gravemente comprometido.

—Descuidad, doctor.

—He concluido y deseo que no os veais obligados á buscarme.

Muy poco hablaron ya.

Despidióse el médico y salió, volviendo á palacio.

Entró en la cámara de Felipe II.

La conferencia duró más de media hora.

Luego pasó al dormitorio de la reina.

Esta acababa de despertar, ó más bien de volver en sí, de uno de sus febriles letargos.

Le dirigió á Olivares las más dulces palabras y luego le dijo:

—Doctor, convenced á mi esposo de que muy pronto voy á dejar este mundo.

—Señora...

—Sí, convencedlo, porque así no me pondrán estorbos para ocuparme de la salvacion de mi alma.

—El peligro no está cercano...

—Si eso creeis os equivocais.

—Pero si ha de tranquilizarse vuestra majestad por cumplir esos deberes...

—Sí, sí.

—Yo no me opondré, puesto que se trata de lo que ni á vuestra majestad ni á nadie perjudica.

—Gracias, doctor, gracias.

Olivares pulsó á la augusta enferma.

Volvió á la cámara del rey.

Una hora despues cundia la voz de que la reina se preparaba para confesar.

Así lo hizo aquel mismo dia.

Ya nadie abrigó esperanzas de que se salvase doña Isabel.

El pronóstico del doctor Olivares se cumplia con toda exactitud.

Tambien en Madrid cundió la triste noticia.

El pueblo amaba sinceramente á la virtuosísima esposa de Felipe II y en todos los semblantes se vió pintado el dolor.

Los sucesos iban á tomar nuevo giro.

Muy pronto nuestros amigos habrian de ponerse en movimiento para continuar aquella lucha cuyo término era muy oscuro.

CAPITULO CXXXVIII

La muerte de la reina.

Dos dias pasaron, dias de temores, ansiedad, angustia inconcebible; dos dias que lo mismo parecieron breves que interminables para doña Sol; breves, porque veia extinguirse gradualmente la existencia de la noble, de la virtuosísima doña Isabel de Valois, de la mujer sublime á quien amaba tanto y á quien tanto cariño debia, de la que habia sido, no solamente una amiga, sino su protectora, ó más bien su madre.

Empero á la vez aquellos dos dias debieron parecerle siglos á la noble doncella, porque cuando se sufre, las horas son interminables.

Apenas dormia doña Sol.

Lloraba siempre que no se encontraba junto al lecho de la reina, y con la angustia del alma quebrantábanse las fuerzas de su cuerpo.

—Enfermareis,—le decia Olivares,—y con vuestra enfermedad no remediareis la desgracia. Pensad que

teneis la obligacion de vivir para don Juan y para proteger á vuestro padre.

—¡Mi padre!—exclamaba la jóven con tono de dolorosa amargura.

—Tranquila debe estar vuestra conciencia.

—¡Mi conciencia!... ¿Y mi corazon?

—Dios os ha dado entendimiento y voluntad... Dominaos.

Era imposible que se dominase la infeliz.

Su situacion no podia ser más crítica: perseguido su amante, contrariada en sus sentimientos más delicados, maltratada por su padre y viendo que este se encontraba al pié del cadalso y á los bordes del abismo de la deshonra, y contemplando la lenta é incesante agonía de la reina.

Tanto sufrimiento es demasiado para las fuerzas de una criatura.

Don Juan y Andrés habian dejado la hostería, volviendo á la humilde morada de su amigo el alférez.

Todas las noches iba don Juan á palacio.

Pocos minutos se detenia al lado de la mujer á quien tanto amaba, porque esta no queria separarse de la augusta enferma.

Andrés salia todas las mañanas para averiguar cómo habia pasado la noche la reina.

Nadie se ocupaba de ellos.

Aquellos dias eran de tregua.

La noche del segundo fué verdaderamente horrible.

Inútilmente fué don Juan al alcázar.

Doña Sol no estaba en su aposento.

Con su audacia y su serenidad inconcebible recorrió el caballero algunas galerías y habitaciones.

Vió que habia gran movimiento y que todos los semblantes expresaban la tristeza y el dolor.

Le preguntó á un criado, que le contestó:

—Se muere la reina.

Inmóvil y mudo quedó el caballero.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Su mirada se tornó sombría.

Recordó todos los sucesos que habian podido contribuir á quebrantar la salud de doña Isabel.

Hizo deducciones verdaderamente espantosas.

Olvidóse de que se encontraba en el interior de la morada real y de que estaba considerado como un delincuente.

Dios sabe lo que hubiera hecho si se dejase llevar del sentimiento de su indignacion.

Una mano se colocó sobre su espalda.

Extremecióse violentamente don Juan.

Volvióse y exclamó:

—¡Ah!...

—Bien, muy bien,—le dijo Olivares.

—¡Doctor!...

—¿Qué haceis aquí? ¿No sabeis que la fortuna vuelve la espalda á los que abusan de su proteccion?... Mirad... La mitad de las personas que por aquí pasan os conocen.

—¡Oh!...

—Ya sé que no os espantan los peligros; pero...

—Lo que siento es que no se me presenta Felipe II.

—¿Y qué haríais?

—Lo que debe hacerse con el hombre que para satisfacer un deseo de venganza...

—Silencio, don Juan.

—¡Vive Dios!...

—Me hareis creer que habeis perdido el juicio.

—Quizás el dolor me ha trastornado en estos momentos.

—Idos y que Dios os proteja.

—Antes decidme si es verdad que la reina...

—Morirá mañana.

—¡Otra víctima!—murmuró don Juan con sorda voz.

—Esta noche no habeis de ver á doña Sol de Lainez y por consiguiente no tiene ningun objeto vuestra presencia en este sitio.

—Es verdad.

—La reina morirá mañana; el rey partirá muy pronto para el Escorial...

—Y nosotros...

—Preparaos para la lucha.

Al pronunciar estas palabras el doctor, dió media vuelta, se alejó y desapareció.

Don Juan salió del alcázar.

Toda la noche debia pasar sin que cesara el movimiento en el interior de palacio.

El rey no habia querido acostarse, y por consiguiente, nadie se consideró autorizado para entregarse al reposo.

Las puertas de la morada real no se cerraron á la hora de costumbre.

Debian quedar toda la noche encendidas las luces en las escaleras, galerías y aposentos.

Muchos de los cortesanos que se retiraron á sus casas, volvieron más tarde.

La reina conservaba en toda su plenitud el uso de sus facultades intelectuales; pero pasaba largos ratos aletargada.

Así trascurrieron las horas.

No hubo medios para conseguir que doña Sol se separarse del lecho de la enferma.

Cuando las estrellas empezaron á palidecer y se preparaba la aurora para desplegar sus primeras sonrisas, doña Isabel abrió los ojos.

Miró á cuantas personas rodeaban su lecho y dijo:

—Dejadme algunos momentos; pero que se quede doña Sol.

Obedecieron tan extraña órden.

Cuando solas estuvieron aquellas dos mujeres sublimes que tan bien se entendian, se contemplaron.

La noble doncella hacia grandes esfuerzos para evitar que el llanto se escapase de sus ojos.

Se entreabrieron los lábios de la reina para desplegar una sonrisa de dulzura incomparable.

Algunos momentos despues, dijo:

—He querido despedirme de tí, con entera libertad.

—¡Ah!...

—¿Por qué no lloras?... El llanto es un desahogo... te equivocas si crees que han de entristecerme tus lágrimas... Por el contrario, serán muy consoladoras para

mí... Lágrimas de dolor y de ternura... Llora, amiga mia, llora.

—¡Señora mia!—xeclamó la hija de don Pedro sin poder ya dominarse.

Y mientras que el llanto corria por su pálido rostro, se inclinó, cojió una de las manos de la reina y la besó una y otra vez.

—Acércate,—dijo la esposa del monarca,—acércate... Yo tambien quiero besarte... Pon tus lábios en mi rostro... Ahora no nos vé el mundo... Yo no soy la reina, sino tu amiga... Mucho he sufrido; pero tambien he gozado con la inmensa satisfaccion de encontrar corazones como el tuyo... Mis fuerzas no me permiten hablar mucho; pero lo que callo lo adivinarás... Voy á morir pronto, muy pronto... Quizás no veré la luz del nuevo dia... Dejo sin pena este mundo... ¡Qué dulce es la paz eterna!... Si Dios se apiada de mí, si me juzga con misericordia, te contemplaré desde el cielo, y si eres feliz, será mayor la bienaventuranza que Dios me conceda...

—¡Dios mio!—exclamó la jóven con desgarrador acento.

—No sufras, porque la muerte es una dicha para mí.

—Voy á quedar sola...

—Tienes el corazon de don Juan... Luchareis y sufrireis mucho, pero triunfareis al fin... Cuando dejes estos sitios donde tienes tantos recuerdos, llévate las prendas que son recuerdo tambien de una inmensa desdicha, evitando así que las profanen... No me mueven sentimientos mundanos, sino el respeto á la memoria de una

criatura que sufrió mucho y que sucumbió sin que el mundo hubiera sabido apreciar su corazon.

Tuvo la reina que interrumpirse.

Su respiracion era trabajosa.

Hubiera querido hablar mucho; pero no podia.

¿Qué habia de contestarle doña Sol?

La voz se ahogaba en su garganta.

—Señora,—dijo,—os juro que para profanar esas prendas, tendrian primero que matarme.

—Gracias, amiga mia, gracias.

Volvieron á quedar silenciosas.

Sentian demasiado y no acertaban á espresar sus sentimientos.

Despues de algunos minutos preguntó la reina:

—¿Falta mucho para que salga el sol?

—Ya empiezan á brillar los crepúsculos.

—Quisiera ver la luz del dia, porque las tinieblas me entristecen... La naturaleza está llena de encantos que no sabemos apreciar sino en los momentos en que nos encontramos á los bordes del sepulcro, los momentos terribles de la agonía... La criatura debiera ser feliz sin otros goces que los de contemplar la luz y el cielo, el espacio, las aves que lo atraviesan, la tierra cubierta de flores y las aguas que la surcan... ¡Ah!... ¡Cuántos recuerdos de los dias felices de mi vida, de aquellos dias en que me extasiaba!... No, no debo pensar en el mundo... Que Dios me perdone... Otro beso, amiga mia... El último beso... ¡Que Dios te bendiga!

No pudo la doncella contener un grito desgarrador.

Doña Isabel cerró los ojos.

Quedó aletargada.

Con inmensa ternura, con frenesí la besó una y otra vez la hija de don Pedro.

Luego elevó al cielo una mirada de súplica y de dolor mortal.

Con pasos vacilantes salió del dormitorio.

En el aposento inmediato se detuvo.

Se oprimió el pecho.

Su cuerpo vaciló y cayó pesadamente.

Acudieron á socorrerla.

La llevaron á su lecho.

Fácilmente se comprendia la causa de aquel trastorno.

Dieron aviso á Olivares.

Este acudió, pulsó á la jóven y dijo:

—Quiera Dios que no tengamos que deplorar otra desgracia.

Cuando doña Sol recobró el conocimiento la devoraba la fiebre.

Era demasiado lo que habia sufrido en pocos dias.

Dejáronse ver los rayos del sol.

La reina dijo:

—Ha llegado la hora.

Pidió que la dejasen con el sacerdote.

Los médicos acababan de reunirse.

Nada podian hacer.

En el interior de palacio reinó un silencio profundo.

El monarca estaba solo en su aposento.

Esperaba la triste noticia de la muerte de su esposa.

¿Qué sentia y qué pensaba?

Hubiera sido inútil querer penetrar en el alma tenebrosa de aquel hombre.

Otra hora trascurrió.

De repente se interrumpió el silencio.

Produjose gran conmocion.

Todos se movieron, todos hablaron y todos gritaron.

En todas partes resonaron estas palabras:

—¡Ha muerto la reina!

Una criatura ménos en el mundo y un alma pura más en el cielo.

La noticia cundió con inconcebible rapidez.

El buen pueblo de Madrid se aglomeró en los alrededores de la morada real.

Cerráronse todas las tiendas.

Se interrumpieron todos los trabajos.

La poblacion tomó un aspecto indefinible.

Parecia que el sol no brillaba tan intensamente como otros dias.

Felipe II, con algunos de sus servidores, fué á la capilla de palacio.

Se arrodilló.

Cruzó las manos.

Inclinó sobre el pecho la cabeza.

Quedó inmóvil como una estátua.

Cuando la reina exhalaba el último suspiro, doña Sol estaba bajo la influencia del sopor febril.

De repente se extremeció.

Exhaló un grito destemplado y abrió los ojos.

—¡La reina!... ¡Ya no existe!—exclamó.—¡Dios misericordioso!...

Cerráronse sus ojos otra vez.

Las damas que estaban junto al lecho tuvieron bien pronto la prueba de que á doña Sol no la habia engañado el instinto.

Lo mismo que á todas partes, llegó la noticia al arrabal.

Cuando don Juan oyó decir que habia muerto la reina, palideció y su mirada se tornó sombría.

—¡Una venganza más!—murmuró con voz sorda.

—Y luego vendrá la justicia,—dijo Andrés.

Cuando se convenció de que era verdad la desgracia, quiso ver á su señora; pero le dijeron:

—A doña Sol de Lainez no puede verla nadie.

—¿Y por qué?

—Poco antes de morir la reina, su doncella perdió el conocimiento, y segun parece, está gravemente enferma.

—¡Por el infierno!—exclamó el criado con el acento de la desesperacion.

Buscó por todas partes al doctor.

Cuando consiguió encontrarlo le preguntó ansiosamente:

—¿Qué le sucede á mi señora?

—Que no ha podido soportar tanto sufrimiento... Se despidió de la reina y la despedida fué un dolor más.

—¡Oh!...

—Al salir del dormitorio cayó sin sentido y se le ha desenvuelto una fiebre que ahora no tiene mucha importancia, pero que puede tomar un carácter peligroso. Os digo la verdad desnuda, porque conviene que la co-

nozcais. No intenteis ver á doña Sol, y decidle á don Juan que tampoco lo intente, puesto que no habeis de conseguirlo. Yo no la abandonaré ni un solo instante, y con frecuencia enviaré noticias al señor Alonso.

—Gracias, doctor.

—Esta nueva desgracia prolonga el plazo, porque tengo la seguridad de que nada hará el rey mientras esté enferma doña Sol.

—Cuanto más se prolongue la tregua, más sufriremos, porque esta situacion es insoportable.

—Buen Andrés, sabeis dominaros como pocas criaturas, porque desde muy jóven habeis sufrido mucho.

—Es verdad.

—Conviene que hagais uso de todo vuestro entendimiento y de toda vuestra influencia para evitar que don Juan cometa nuevas locuras.

—Nada puede hacer ahora.

—Que Dios os proteja.

—Esperaremos vuestros avisos.

—Descuidad, que no he de olvidaros.

Andrés volvió al arrabal.

Dió á sus amigos la noticia de la enfermedad de doña Sol, quitándole la importancia en cuanto le fué posible.

Entregóse don Juan á los trasportes de la desesperacion.

Nada le era posible hacer.

Ni siquiera tendria el consuelo de ver á la mujer á quien tanto amaba.

Cuando el señor de Lainez supo que su hija estaba enferma, dijo:

—Todo sea por Dios.

Fué á verla.

Suspiró tristemente y rogó que la cuidasen bien.

La nueva desgracia no debia hacerle sufrir.

Aquel dia pasó sin otra novedad.

Al siguiente encontró Olivares tendencia á mejoría cuando vió á doña Sol, pues la fiebre empezaba á remitir.

Se habia despejado bastante la cabeza de la jóven y pudo ocuparse de la muerte de la reina.

Lloró, lo cual consideró el médico como un síntoma favorable.

Felipe II habia dispuesto trasladarse al Escorial cuando pasasen los primeros dias del duelo.

Nuestros amigos recibian frecuentemente noticias de doña Sol, enviadas por Olivares.

El plazo se abreviaba.

La noble doncella mejoraba con más rapidez de la que habia esperado el médico.

CAPÍTULO CXXXIX.

Cómo se despidió el rey de don Pedro.

Llegó la víspera del dia fijado para que la córte se trasladase al Escorial.

Doña Sol habia dejado el lecho.

Debia irse á su casa al partir el rey, pues ya nada tenia que hacer en palacio.

Su primer cuidado fué cumplir el encargo de la reina, guardando la cajita que contenia el medallon con el retrato del difunto príncipe don Cárlos.

Habia podido tener una entrevista con don Juan, y trataron principalmente de los medios de verse cuando ella estuviese en su casa.

Esto debia presentar muchas dificultades.

Convenciéronse de que no podian trazar ningun plan anticipadamente, y se contentaron con abrigar la esperanza de que los medios los encontraria el ingénio de Andrés y los facilitaria la torpeza de don Pedro.

Empero quedaba por resolver la cuestion principal, la cuestion gravísima, es decir, lo que debia suceder en

el asunto de los crímenes que habia cometido el señor de Lainez.

No podrian contar con el auxilio del doctor, pues se iria con el monarca al Escorial.

Del alcalde no esperaban ninguna consideracion, pues era muy severo y habia de cumplir con escrupulosa exactitud cuantas órdenes le diese el monarca.

Este conferenció aquel dia con el doctor Olivares.

Luego envió á don Gaspar órden para que se le presentase.

Fué inmediatamente al alcázar el severo juez.

Despues de cruzar algunas frases que ningun valor tenian, dijo Felipe II:

—Voy á buscar el consuelo posible en el templo; pero no me está permitido olvidar mis deberes.

—Señor, en estos dias de duelo...

—Lo mismo que siempre. Un rey no tiene libertad para entregarse á sus sentimientos y desentenderse de todo lo demás. No lo dudeis, don Gaspar: donde quiera que se encuentre una diadema real, debe considerarse como un signo de esclavitud, pues de sus deberes es esclavo el monarca, si ha de cumplir su delicada y trascendental mision.

—Es verdad.

—En estos momentos no puedo precisar todavía las órdenes que he de daros, porque aun estoy aturdido por el tremendo golpe que ha puesto á prueba mi resignacion; pero cuando medite y comprenda lo que más conviene á la justicia, os enviaré instrucciones con Olivares.

—Seguiré esperando.

—Ya sabeis que tengo en el doctor la más ciega confianza.

—Y bien la merece.

—El asunto es muy delicado y hay que adoptar disposiciones extraordinarias.

—Sí, muy delicado es el asunto y muy complicado tambien, y precisamente por eso no estoy tranquilo.

—Si mis órdenes cumplís con exactitud, nada teneis que temer.

—Pero si me equivoco, porque es posible que yo incurra en error...

—No os equivocareis cuando llegueis á saber lo que aun no habeis podido sospechar.

—Señor...

—Quiero hacer justicia, verdadera justicia.

—Y yo estoy dispuesto á cumplir mis deberes.

—Por ahora continuareis sin hacer nada, absolutamente nada.

—No me ocupo de los delincuentes.

—Dejadlos en paz á todos, porque conviene así, y cuando llegue el momento oportuno, todos se convencerán de que soy justiciero.

—Que Dios me ilumine.

—Nada más por hoy... Esperad á todas horas á Olivares.

—Señor, que el cielo proteja á vuestra majestad.

—Que á vos os bendiga.

Así terminó aquella conferencia.

No era menester que el monarca dijese más.

El buen alcalde salió de palacio.

Dos horas despues recibió el rey á las damas que habian servido á la reina.

Les dirigió palabras muy agradables y de ellas se despidió.

Tambien don Pedro de Lainez tuvo la honra de ser recibido por el monarca.

Este le preguntó:

—¿No habeis cambiado de resolucion en el asunto referente al casamiento de vuestra hija?

—Señor, no puedo cambiar, porque tengo que cumplir mi promesa y don Leandro no cede.

—¿Teneis esperanza de que vuestra hija se someta?

—Cada dia tengo menos, señor, y acabaré por creer que se ha vuelto loca, pues de otro modo no se comprende su tenacidad.

—Su locura es el amor.

—Pero su rebeldía...

—El amor tambien.

—¡Amor desdichado!

—Ya sabeis que os he favorecido en cuanto me ha sida posible.

—Ni con la vida pagaré lo que debo á vuestra majestad.

—Doña Sol vuelve á vuestro lado, y desde hoy vos mismo la vigilareis.

—No ha de ver á don Juan.

—Tened presente que los que aman saben hacer prodigios.

—Señor, si muy pronto no se somete mi hija, la encerraré en un convento.

—¿Y qué conseguireis?

—Tenerla bien guardada y librarme yo de una responsabilidad muy grande.

—Haced lo que mejor os parezca, pues yo no he de poner estorbos á vuestra autoridad.

—Me parece que...

—Pero meditad muy detenidamente.

—Aunque yo quisiera ceder, seria imposible que se realizase el deseo de mi hija.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que don Juan de Manrique es un delincuente que está perseguido por la justicia.

—Sí, se le acusa de haber hecho una resistencia que constituye un delito; pero ese asunto no está puesto en claro todavía.

—Me parece que...

—Y supongo que don Juan ha de concluir por buscar refugio en tierra extraña, si es que todavía está en Madrid.

—No se irá.

—Su situacion es insostenible, pues además de que lo persigue la justicia, hemos visto ya que tiene enemigos que lo odian mucho, como lo prueba el haber querido asesinarlo.

Se extremeció don Pedro.

El rey, con la mayor sencillez, añadió:

—Porque ya está fuera de duda que iba dirigido á

don Juan el golpe de que fué víctima el honrado alférez Castillejo.

—Señor, si no hubiera de desagradar á vuestra majestad, manifestando mi opinion...

—Decid lo que mejor os parezca.

—Con sorpresa muy grande he visto que la justicia ha dejado en paz al alférez Castillejo.

—¿Opinais que merece castigo?

—Sí, señor, porque resulta claramente que en su casa dió abrigo á don Juan, ó lo que es lo mismo, que era cómplice de un delincuente.

—¿Y no os parece castigo bastante la herida que recibió y que lo ha tenido al borde de la sepultura?

—Es castigo bastante; pero eso no lo ha hecho la justicia.

—No ha podido probarse que Castillejo diese albergue á don Juan.

—Aquella noche llevaba una carta para mi hija.

—Este asunto no ha concluido, y por consiguiente, no es posible decir todavía si la justicia ha cumplido su deber. En la cárcel están los que hirieron al alférez, y aunque todavía no se les ha condenado, tampoco se les ha dejado en libertad.

Don Pedro palideció.

Acababa de hacer lo que otras muchas veces, hablando de lo que ménos le convenia.

El monarca prosiguió:

—Don Pedro de Lainez, guardad bien en la memoria las palabras que os voy á decir. Os prometo que se hará justicia, verdadera justicia, pues aunque don Juan

de Manrique resulta al fin delincuente y merezca el mayor de los castigos, no por esto deja de ser un crímen el haber querido asesinarlo. Por equivocacion hirieron á otra persona; pero esta circunstancia no atenúa el crímen. ¿Me habeis entendido?

—Sí, señor.

—Los que dieron el golpe no pueden ser más que instrumentos, puesto que no tienen ningun motivo de ódio contra don Juan ni contra el alférez.

Se hizo más densa la palidez del señor de Lainez.

Siempre con la misma frialdad prosiguió diciendo el rey:

—Falta descubrir al verdadero autor del crímen, que merece mayor castigo que el ejecutor, y se descubrirá, no lo dudeis, porque el asunto está en manos de un juez que vale mucho.

—Así es, señor; pero...

—Parece que ahora dudais de la rectitud de ese juez.

—No dudo, señor, no dudo.

—Y de su rectitud tendreis pruebas tales que la duda será imposible.

—Señor, no he dudado, sino que no he acertado á explicarme bien. Quise manifestar mi extrañeza, y ahora comprendo que me equivoqué. Por lo demás, me alegro mucho que al alférez Castillejo se le deje en paz, pues ha sufrido demasiado, y tampoco es gran delito el hecho de haber dado albergue á don Juan.

—Caballero, que Dios os proteja.

Muy agitado salió de la cámara don Pedro.

Media hora despues y en su coche se alejaba del alcázar real con su hija.

Esta lloraba y sufria lo que no es concebible.

Salia para siempre de aquella mansion donde dejaba recuerdos sagrados para ella.

Cuando estuvieron en su casa, le dijo don Pedro:

—Tendreis una dueña y una doncella que os sirva, y además adoptaré todas las precauciones que me parezcan convenientes para evitar que veais al hombre que ha trastornado vuestra razon.

—Pero siempre lo amaré.

—Y si á mi autoridad no os someteis, os encerraré en un convento.

—En todas partes sucederá lo mismo.

—Lo veremos.

El señor de Lainez volvió la espalda á su hija y á su cámara se fué.

CAPITULO CXL.

Las precauciones que adoptó don Pedro.

Don Pedro pasó todo aquel dia cavilando y trazando planes para evitar que su hija y don Juan se viesen.

Era torpe el caballero; pero hizo lo que hubiera hecho el más astuto, y fueron bastante acertadas las precauciones que adoptó.

Destinó á su hija dos habitaciones bastante espaciosas y con ventanas que daban á un patio. En una de aquellas habitaciones debia dormir, y la otra le serviria de aposento cuando quisiese estar sola.

Para llegar allí era preciso pasar por el dormitorio de la dueña, que recibiria las instrucciones convenientes, sin olvidar la precaucion de cerrar todas las noches la puerta con llave, quitando esta y guardándola en su lecho debajo de la almohada.

Así, no solamente nadie podria entrar, sino que tampoco doña Sol podria salir aunque quisiese aprovechar las horas de sueño del Argos que la guardaba.

Para la doncella se habia destinado otra habitacion no lejana.

¿Cómo podrian verse los dos amantes?

Imposible parecia que el ingénio de Andrés y la audacia de don Juan salvasen todos aquellos obstáculos, por más que los que aman hacen con frecuencia prodigios inconcebibles.

Al dia siguiente se presentaron las dos nuevas criadas, es decir, la dueña y la doncella.

La primera, como todas las de su clase, era vieja, y en calidad de tal, fea, con la doble circunstancia ó antecedente de haber sido fea tambien en su juventud, tanto que no encontró desesperado que cargase con ella; pues los hombres pueden dejar que se los lleve el diablo, pero ninguno quiere llevarse á Satanás.

Era hipócrita, y por consiguiente embustera, gazmoña, capaz de todo lo malo y de nada bueno, y aunque con la traicion y las deslealtades habia medrado siempre, haciendo muy buenos negocios, cuando lo consideraba conveniente para ella era severísima y fiel como la misma fidelidad.

Nos parece que hubiera sido fácil ganarla con dinero; pero doña Sol no lo tenia, y ya sabemos que don Juan no podia disponer de mucho, pues desde que principió la lucha no habia querido cobrar la pension que su hermano le daba, y sus recursos disminuian hasta el punto de que si la situacion no cambiaba habia de verse pronto en apuros.

Tampoco Andrés era partidario de sobornar á los criados, pues sabia muy bien que no debe contarse con

la fidelidad del que se vende. El traidor está siempre dispuesto á servir al que le paga con más largueza.

Don Pedro de Lainez creyó conveniente dar á conocer la situacion á la dueña, y le dijo:

—Tengo los mejores informes de vuestra honradez.

—Soy pobre, mi noble señor,—respondió la vieja;—pero mi conciencia está tranquila. De mi conducta pueden hablar cuantos me han honrado con su confianza, y si de algo han tenido motivo para quejarse, ha sido de mi severidad. Yo no he querido transigir nunca con nada ni con nadie, ni transigiré cuando se trate del cumplimiento de mis deberes, á pesar de que la experiencia me ha dado tristes lecciones y estoy convencida que con la rectitud no se llega jamás hasta la fortuna; pero esta vida es pasajera y lo que me importa es la salvacion del alma, porque en el otro mundo los goces ó los sufrimientos son para toda una eternidad.

—Mucho me place el oiros hablar así.

—Las personas que han tenido la bondad de facilitarme la entrada en esta casa, me han hecho algunas indicaciones y no ignoro que aquí tendré que estar vigilante á todas horas.

—Tengo una hija, que siempre fué buena y respetuosa para su padre. Me ví obligado á separarme de ella, porque la difunta reina le concedió un puesto en su alta servidumbre, y mientras que yo vivia tranquilamente fuera de Madrid, un caballero, segundon de una ilustre familia...

—Sí, don Juan de Manrique.

—Si ya os han dicho todo eso...

—Y más, mi noble señor. No ignoro que don Juan de Manrique y su hermano son rivales, y sé tambien que sufrís mucho porque vuestra hija ha tenido el atrevimiento de rebelarse contra vuestra autoridad... ¡Jesús!... Mentira me parece, y yo no lo creeria si no me lo hubieran asegurado personas muy respetables.

—Y lo peor del caso es que don Juan de Manrique está dispuesto á sostener la lucha á todo trance, y es tan audaz, que ante nada se detiene. Se ha rebelado contra el rey; ha hecho armas contra la justicia; se rie de todo; se burla de todo el mundo, y tales cosas hace con el auxilio de su audacia, de su desvergüenza, de su ingénio y de su astucia, que es preciso creer que Satanás lo protege.

La dueña se santiguó.

Don Pedro añadió:

—En nadie puedo fiar. El más antiguo de mis criados, el que estaba en mi casa desde que era casi un niño, me engañaba, era un traidor, y por todas partes encuentro enemigos, y no tengo ni un instante de reposo. El cumplimiento de vuestros deberes será muy difícil en esta casa.

—No importa.

—Os lo advierto lealmente para que no tengais que sufrir un desengaño. Yo no tengo sosiego, ni vos lo tendreis, pues á todas horas nos amenazará el peligro. Si os atreveis á quedaros en mi casa...

—Estoy decidida, señor.

—En cambio os recompensaré con largueza y tendreis doble salario del que habeis pedido.

—Tanta generosidad...

—Todo me parecerá poco para quien me dé pruebas de lealtad y me proporcione así algun reposo. Si la situacion no cambia moriré ó perderé el juicio.

—Señor, adoptaremos precauciones.

—Es preciso evitar que mi hija vea á ese hombre.

—No lo verá.

—Para llegar á su dormitorio hay que pasar por el vuestro, y cuando os acosteis, echareis la llave y la guardareis bajo la almohada.

—Entendido.

—Las ventanas del aposento dan á un patio.

—Tanto mejor.

—Pero tened presente que con la ayuda de Satanás hace don Juan de Manrique verdaderos prodigios, y cuenta además con el auxilio de mi antiguo criado, cuyos antecedentes son espantosos.

—No se burlarán de mí.

—Si mi hija ve á su amante, será porque vos descuideis el cumplimiento de vuestro deber, pues de otro modo es imposible.

—Me permitireis examinar bien las habitaciones, porque es posible que algo hayais olvidado.

—Sí, sí.

—Y de los demás criados me dareis noticias para que yo los conozca bien.

—De la doncella nada puedo deciros, puesto que hoy principia á servir á mi hija, y en cuanto á los demás, parecen honrados y sencillos; pero desconfiad de todos y así no os equivocareis.

—Eso será lo más acertado.

—Venid, os presentaré á mi hija y empezareis desde luego á cumplir vuestro deber.

Fueron al aposento de doña Sol.

La dueña la saludó muy respetuosamente.

Don Pedro le dijo á su hija:

—Señora, aquí teneis la dueña que ha de serviros. No, no ha de serviros, sino que ha de guardaros.

—Está bien,—respondió la jóven sin dignarse mirar á la vieja.

—A vuestra dueña le he concedido las facultades más ámplias, y por consiguiente representa mi autoridad.

—Supongo que hasta cierto punto,—replicó doña Sol.

—Suponeis mal.

—En ese caso, cuando esta mujer me mande lo que se le antoje, tendré que obedecerla.

—Sí, porque es preciso hacerlo así para que bien guardada esteis.

—Pues desde luego declaro que la obedeceré hasta donde permita mi dignidad.

—¡Doña Sol!...

—Padre mio, esta mujer no puede sustituir á mi madre, que está en el cielo.

—Pero es un vigilante que vos me habeis obligado á buscar, porque vuestros extravíos, vuestra rebeldía inconcebible...

—Perdonadme.

—Si habeis de decir algo que me ofenda, callad.

—Quiero daros una prueba de lealtad, padre y señor.

—¡Una prueba de lealtad la hija rebelde!—replicó irónicamente don Pedro.

—Creo que lo que os proponeis con tantas precauciones es evitar que yo vea al hombre á quien amo.

—Y no lo vereis.

—Sí, lo veré á pesar de la vigilancia de esta mujer y de todas las precauciones imaginables.

—No os perderé un momento de vista.

—Y sin embargo veré á don Juan.

—Durante la noche estareis encerrada.

—¿Para qué sirven las llaves cuando se ama como yo amo á don Juan de Manrique?

—¡Y esto sufro!—exclamó el señor de Lainez.

Y añadió, dirigiéndose á la dueña:

—Ya lo veis.

—Tranquilizaos, mi noble señor... Lo que dice vuestra hija y mi señora, son desahogos... Descuidad, que ni ha de ver á ese hombre, ni tampoco dejará de convencerse de que le conviene ser hija sumisa.

—Ya lo sabeis,—repuso don Pedro,—ni un solo paso podreis dar sin conocimiento y autorizacion de vuestra dueña, y si os atreviéseis á llevar hasta el extremo vuestra rebeldía, en uso de mi derecho, os encerraria en un convento, ó vuestra habitacion en esta casa la convertiria en calabozo.

La jóven se encogió de hombros.

El señor de Lainez volvió á su cámara.

La dueña recorrió, no solamente aquellas habitaciones, sino todas las de la casa.

Le pareció que eran suficientes las precauciones adoptadas por don Pedro.

En realidad no era posible adoptar otras, puesto que la dueña no se separaria ni un solo momento de doña Sol y mientras durmiesen quedarian cerradas todas las puertas.

¿En qué se fundaba la infeliz jóven para decir que á don Juan veria, á pesar de todos los guardianes?

En nada, y sus palabras, segun la dueña habia dicho, no eran más que un desahogo.

Creia que su amante no se resignaria y que encontraria medios para verla; pero bien podia suceder que la engañase su propio deseo.

Doña Sol habia examinado aquellas habitaciones con la misma atencion que el preso examina su calabozo.

No era posible salir de allí sin pasar por el dormitorio de la dueña.

Se asomó á las ventanas y vió el patio, que estaba en el centro del edificio.

Todos aquellos sitios los conocia demasiado bien, puesto que en aquella casa habia nacido y se habia criado.

Caviló.

¿Cómo burlaria la vigilancia de que era objeto?

Ni siquiera podia contar con el auxilio de ninguno de los criados.

Tampoco podia intentar ponerse de acuerdo con su doncella, pues tendria siempre que hablarle siendo testigo la dueña.

Cuanto más cavilaba, más se desvanecia su esperanza de ver á don Juan.

No hay que decir que sufria mucho.

Y además de todo esto no podia olvidar que á su padre le amenazaba el más horrendo peligro.

¿Encontraria don Juan algun recurso?

¿Qué conseguiria el ingénio de Andrés?

Puesto que conocemos ya la nueva situacion de la desgraciada jóven, debemos ir en busca de su amante para averiguar lo que hacia.

CAPITULO CXLI.

Andrés empieza á trazar planes.

Como era natural, don Juan de Manrique, Andrés y el alférez, no hablaban de otro asunto que de la situacion de los dos amantes y de los peligros que amenazaban á don Pedro.

El mismo dia en que la dueña empezó á cumplir sus deberes, dando pruebas de su severidad, el muy noble caballero decia:

—No esperaré más, y si ningun medio se encuentra para conseguir lo que deseo sin hacer ruido, me olvidaré de todas las consideraciones sin que me detenga el temor á los escándalos.

—Las locuras,—replicó el alférez,—pueden colocarnos en mayor apuro, y debemos ser prudentes por nuestra propia conveniencia.

—Ya sabeis,—repuso don Juan,—que si no he salido de Madrid, á pesar de todos los peligros que aquí me amenazaban, ha sido por no dejar de ver á doña Sol,

y si he de renunciar á verla, no tengo para qué permanecer donde estoy sin sosiego á todas horas y amenazado por la justicia.

—Señor,—dijo Andrés,—desde ahora os aseguro que vereis á mi noble y desgraciada señora; pero en esta situacion hay que tener paciencia, porque lo que conviene es esperar la ocasion y aprovecharla.

—¿Con qué recursos contais?

—Con algunos de mucha importancia.

—¿En qué consisten?

—Por de pronto conservo la llave de la puerta falsa por donde tantas veces he salido y entrado durante la noche, y si don Pedro no ha pensado en cambiar la cerradura, podremos ahora tambien penetrar en la casa cuando todos duerman.

—¡Ah!—exclamó el caballero con tono de júbilo.

—Pero tened en cuenta que nada conseguiríamos sin conocer antes las precauciones que mi antiguo señor ha tomado, pues bien podria suceder que quedásemos presos en nuestras propias redes, y como ese hombre es capaz de todo, Dios sabe hasta qué punto abusaria de las ventajas que le proporcionase nuestra imprudente ligereza.

—Sin ver á doña Sol, sin hablar con ella, no es posible que sepamos qué clase de medios emplea su padre para guardarla.

—Por eso le escribireis diciéndole que conservo la llave y que os conteste dándoos las noticias de que tenemos tanta necesidad. Contamos tambien con la ventaja de que yo conozco el interior de la casa hasta el

último rincon, y á oscuras puedo recorrerla sin tropezar.

—¡Que le escriba!...

—Me parece el mejor medio.

—¿Y cómo haremos para que á sus manos llegue mi carta?

—He trazado un plan y tengo que perfeccionarlo; pero por de pronto escribid en todo el dia de hoy y mañana, que es domingo, arreglaremos este asunto con la ayuda de mi amigo Castillejo.

—¿Y la mia?

—Lo mismo podeis hacer, pero como no es prudente que andeis por las calles sino de noche...

—Ya sabes que el doctor nos dijo que por ahora nada debíamos temer de la justicia, y por consiguiente estoy tranquilo hasta el punto de que hoy he de salir y andar por las calles más concurridas.

—Si os empeñais...

—Estoy decidido.

—Pues si decidido estais es inútil aconsejaros.

—Ya me conoces y sabes que cumplo mis propósitos sin vacilar.

—Pues bien; mañana vendreis con nosotros y así tendreis la satisfaccion de ver á mi señora.

—¡Verla!...

—Y muy despacio.

—¿Dónde y cómo?

—No es desatino suponer que su padre le permitirá ir á misa, aunque él mismo la acompañe.

—Tienes razon, Andrés.

—Y nosotros iremos tambien á la iglesia, porque somos muy buenos cristianos.

—Andrés, te debo mucho.

—No hago nada por vos, sino por mí, pues ya sabeis que la suerte de mi señora me interesa mucho y no puedo ser feliz sin que ella lo sea. Además, ódio á don Pedro de Lainez, porque con su maldad me ha hecho sufrir lo que no ha sufrido ninguna criatura.

Don Juan se reanimó.

Tenia ciega confianza en el ingénio de Andrés y estaba seguro de que á doña Sol veria.

Se puso á escribir.

Esto tambien era un goce, porque hablaba con el objeto de su ternura.

Una hora despues terminó la carta, que no es menester que copiemos, porque fácilmente se adivina su contenido.

Los tres salieron.

Recorrieron algunas calles.

A muchos de sus amigos encontró el caballero.

Todos lo miraron con sorpresa, pues nadie ignoraba que estaba perseguido por la justicia.

—¿Ya os han dejado en paz?—le preguntaban.

Y don Juan respondia:

—Creo que aun me buscan; pero si no me encuentran estoy lo mismo que si no me buscaran.

—¿Y en qué consiste vuestro delito?

—Un gran favor me haríais si lo averiguáseis y me lo dijéseis.

—Se cuentan cosas tales...

—Pues sin que yo sepa el por qué, quisieron llevarme á Segovia para encerrarme en un calabozo y en el camino me burlé del capitan y de los soldados que me guardaban.

—Creeremos que habeis hecho pacto con Satanás, pues para conseguir eso...

—O el capitan era muy torpe, ó yo debo ser demasiado listo.

—Tal vez las dos cosas.

—En eso consiste mi primer delito.

—¿Habeis cometido otro?

—La justicia fué á prenderme á mi posada y como no soy criminal, no quise entregarme y acuchillé á los corchetes.

—¡Vive el cielo!...

—No ha sucedido más.

—Tambien se dice que con vuestro hermano...

—De ese asunto no quiero ocuparme.

Así ó parecidas eran todas las conversaciones.

La audacia de don Juan producia general asombro.

Castillejo encontró tambien á algunos de sus amigos, pero se mostró muy reservado al hablar del suceso que habia puesto en peligro su vida.

En las Platerías se encontraban cuando dijo don Juan:

—Por aquí.

Andrés desplegó una sonrisa maliciosa.

Metiéronse por la Cava de San Miguel.

Llegaron á Puerta Cerrada.

Siguieron hasta San Pedro.

Desde allí fueron á Puerta de Moros.

Detuviéronse á la entrada de la calle del Humilladero.

Don Juan fijó la mirada en la vivienda del señor de Lainez.

No hay que decir que pensaba en doña Sol.

Sus negros ojos empezaron á brillar con el fuego de su pasion intensa.

Pocos minutos despues quiso la casualidad que se abriese uno de los balcones, dejándose ver la hija de don Pedro.

—¡Ah!—exclamó el caballero.

Miró con ansiedad creciente.

La jóven se estremeció.

Tambien se iluminaron sus ojos con el fuego de su pasion.

En aquellos momentos era feliz.

Olvidóse de todos los peligros que tan de cerca la amenazaban.

Quedó inmóvil y con la mirada fija en su amante.

La dueña se colocó tras de su señora.

Miró á la calle.

Vió que junto á la esquina habia tres hombres; pero no los conocia.

Al mismo tiempo salió de su casa el señor de Lainez.

Dió algunos pasos, se detuvo, palideció y exclamó:

—¡Por el infierno!...

Levantó la cabeza.

Vió que en el balcon estaba su hija.

Retrocedió, entró en la casa, subió y gritó:

—¡Retiraos, retiraos!... ¿Así empezais á cumplir vuestros deberes, señora Macrina?... Uno de aquellos hombres es don Juan de Manrique.

—¡Que Dios me asista!—exclamó la dueña.

Y sin ningun miramiento asió por un brazo á su señora obligándola á retirarse del balcon.

—¡Y el otro es Andrés!—murmuró don Pedro.—El criado traidor... Miradlos bien para que los conozcais.

Al balcon volvió la vieja; pero los tres hombres se habian ocultado ya tras la esquina.

—¡Y se han visto!—exclamó desesperadamente don Pedro.

—No permitiré que os acerqueis á los balcones,—le dijo la dueña á su señora.

Esta hizo un gesto de desden y replicó:

—Es igual.

El señor de Lainez se entregó á los trasportes de la ira.

Media hora despues volvió á salir.

Miró á todos lados.

Llegó á la plazuela.

Tampoco estaban ya por allí nuestros amigos.

Se alejó don Pedro mientras murmuraba:

—Todo el mundo vé al criminal, y la justicia no lo encuentra... ¡Justicia!... Para mí es muy severa; pero no para los demás... Que se envanezca don Gaspar con su rectitud.

Determinó el señor de Lainez buscar al alcalde para decirle que con el mayor descaro se paseaba á la luz del dia el criminal.

Ya sabemos que nada habia de conseguir, pues don Gaspar, cumpliendo las órdenes secretas del rey, no habia de ocuparse en perseguir á don Juan.

Pasó aquel dia.

Llegó el siguiente.

Apenas brilló la aurora salieron de su morada don Juan, Andrés y el alférez.

Ya estaban de acuerdo para lo que tenian que hacer.

CAPÍTULO CXLII.

Lo que nuestros amigos hicieron para entregar la carta.

La dueña no se habia olvidado de que el dia siguiente era domingo y aquella noche consultó con el señor de Lainez, diciéndole:

—¿Qué haremos mañana para cumplir nuestros deberes de cristianos?

El caballero hizo un gesto de disgusto y respondió:

—No lo sé.

—Los temores de que mi señora pueda ver á don Juan, no me parece razon bastante para dejar de oir misa, y en último caso necesitaríamos la dispensa del confesor, despues de haberle consultado. Además, no debemos olvidarnos de que el mundo nos mira, y á los vecinos ha de llamarles la atencion que no vaya á la iglesia mi señora aunque disfruta de perfecta salud.

—Sí, preciso es que vaya á misa.

—Pues vos me direis las precauciones que debo adoptar.

—Me parece que debeis ir muy temprano.

—Al amanecer.

—Y si en la calle encontrais á esos hombres, retrocedereis sin ningun miramiento.

—Si vos nos acompañáseis...

—No, pues podria suceder que se provocase un conflicto, y la prudencia me manda quedarme.

No era esto lo que temia el señor de Lainez, sino que no queria molestarse en madrugar demasiado.

—Iremos á San Andrés, porque está más cerca.

—Y mucho cuidado, señora Macrina, pues habeis tenido ayer la prueba de la audacia de don Juan.

—Está perseguido por la justicia y descaradamente andaba por estos sitios. ¿Quién habia de creerlo?

—Todo debeis esperarlo de ese hombre y de los dos que lo acompañaban. Uno de ellos era mi antiguo criado Andrés, y el otro debia ser su amigo y cómplice el alférez Alonso Castillejo.

—Descuidad, mi noble señor, porque no han de burlarse de mí.

—En vos confio.

Llegó la hora de entregarse al reposo.

Cumpliendo las órdenes de don Pedro, su hija se acostó antes que la vieja.

Esta cerró luego la puerta de su dormitorio, quitó despues la llave y la metió entre los colchones de su cama, pues así era imposible que la sacasen sin despertarla.

Se desnudó y se entregó al sueño.

Doña Sol tardó bastante en dormirse.

Ya sabia que al amanecer habian de ir al templo, y

tenia la seguridad completa de que á su amante veria, pues no era posible que este hubiera dejado de pensar en aquella circunstancia favorable.

Pasó la noche con tranquilidad completa.

Antes de que amaneciese se levantaron la hija de don Pedro y la señora Macrina.

Vistiéronse.

Cuando el alba sonreia se pusieron los mantos.

Resonaron entonces las campanas de San Andrés y del antiguo convento de San Francisco.

Habia llegado la hora.

—¿Estais dispuesta?—le preguntó la dueña á la noble jóven.

—Sí.

—Ya sabeis que no os está permitido volver la cabeza á ningun lado, ni mucho ménos atrás.

—Lo sé.

—Si alguno de esos hombres anda por aquí ó está en la iglesia, nos volveremos inmediatamente, pues así lo ha dispuesto vuestro padre y mi señor, y él se entenderá luego con su confesor para arreglar este asunto de conciencia. Recatareis bien el semblante, porque así debe hacerlo toda doncella honrada y mucho más una dama de vuestra clase. En el templo tendreis la mirada fija en tierra, porque todos deben ser humildes en la casa de Dios, y no levantareis la cabeza sino para mirar al sacerdote.

—Basta de sermones,—interrumpió ásperamente doña Sol.

—Teneis la obligacion de escucharme.

—Y el derecho de manifestar mi disgusto.

—¡Jesús bendito!... Nunca ví señora tan atrevida y...

—Ni yo he visto vieja tan impertinente como vos.

—Tened entendido que me quejaré á vuestro padre si seguís tratándome así.

—Hacedlo...

—Es claro, como ningun temor os infunde vuestro noble padre, que á Dios representa en el mundo, como os habeis rebelado contra su autoridad, y como... en fin, vamos, vamos, pues no está bien entrar en la iglesia despues que ha empezado el santo sacrificio de la misa.

Salieron de la casa.

¿Y don Juan y sus amigos?

El caballero y Andrés estaban ya en el templo y se habian colocado en sitio conveniente para ver sin que pudiera conocerlos la vieja.

El señor Alonso se habia situado tras una esquina de la calle del Almendro y desde allí miraba por si doña Sol, en vez de ir á San Andrés, iba á San Francisco ó á San Pedro.

Las vió salir de la calle del Humilladero y que se dirigian hácia San Andrés.

La jóven no conocia al alférez, ni la tarde anterior habia podido fijar en él la atencion.

Tampoco la dueña lo conocia.

Sin recatarse y muy despacio, se dirigió tambien Castillejo hácia la iglesia.

La vieja lo miró.

Tambien lo vió la hija de don Pedro, llamándole la atencion que él la mirase con demasiada fijeza.

—¿Será el alférez?—se preguntó la jóven.

No hay que decir que no hizo caso de las prohibiciones de mirar á todos lados.

El semblante se recataba, segun costumbre en aquella época, pero no tanto que no pudiese ser conocida.

Penetraron en el templo.

Tomaron agua bendita.

Eran muy pocas las personas que allí habia.

Para examinarlas á todas, le bastó á doña Sol una ojeada.

Se extremeció.

Brillaron sus ojos con el fuego de su pasion intensa.

Habia reconocido á don Juan.

Los ojos de este relumbraron tambien.

Las dos mujeres se colocaron en el centro de la iglesia.

Se arrodillaron y se santiguaron.

Inclinaron la cabeza.

La señora Macrina empezó á rezar, es decir, á mover los lábios como si rezase.

Doña Sol abrió su libro de oraciones.

No debia leer.

De soslayo fijó la mirada en el caballero.

Este la contemplaba con ansiedad.

Las miradas son el lenguaje del alma: con las miradas se expresan los sentimientos mucho mejor que con las palabras.

Bien puede decirse que los dos amantes, haciendo uso de sus ojos, entablaron la más animada y tierna conversacion.

Sus semblantes cambiaban de expresion con frecuencia, pintándose en ellos alternativamente el dolor, la alegría, las esperanzas ó la desesperacion.

La dueña dió aquella mañana pruebas de ser muy torpe.

Alguna vez volvió la cabeza y vió que su señora la tenia inclinada.

No necesitó más para quedar tranquila.

Doña Sol y don Juan se consideraban entonces las criaturas más felices.

El tiempo pasaba para ellos con la rapidez del rayo.

Terminó la misa.

Continuó rezando la vieja.

Su señora cerró el libro.

Fingió tambien que rezaba, moviendo los labios; pero pronunciaba palabras que sin oirlas eran entendidas por su amante.

Cinco minutos despues salieron don Juan y el criado.

Los siguió el alférez á cierta distancia.

Ya nadie quedaba en el templo cuando dijo la dueña:

—Vamos.

Levantáronse, tomaron agua bendita y salieron.

En el semblante de la jóven se pintaba la satisfaccion más viva.

Habia comprendido que don Juan y Andrés tenian un plan para entregarle una carta, pues el fiel y astuto criado, al moverse dejó ver un papel que en la diestra tenia.

No adivinaba doña Sol de qué modo podrian conse-

guir su intento sin que lo viese la dueña y se produjese un escándalo que los colocaria en peor situacion de la que estaban, pues don Pedro determinaria inmediatamente que su hija no volviese á la iglesia, privando así á los dos amantes de la dicha inmensa de verse como aquel dia.

El ingénio de Andrés iba á ponerse á prueba muy pronto.

Apenas habian salido del templo, la vieja miró á todos lados.

No habia por allí alma viviente.

—¡A Dios le doy gracias!—murmuró.

Muy pronto se regocijaba.

Poco habian andado cuando de repente y por la calle del Almendro salió un hombre corriendo despavorido y dirijiéndose hácia las dos mujeres mientras decia:

—Amparadme, socorredme.

Detrás, corriendo tambien y con la daga desnuda, iba un caballero que gritaba enfurecido:

—¡Villano!... No has de librarte de mi enojo, aunque te ocultes en las entrañas de la tierra.

Casi es innecesario decir que el que huia era Andrés y don Juan el que lo perseguia.

La dueña exhaló un grito de terror, pues creyó que el caballero iba á matar allí mismo al otro.

El perseguido, como si no supiese qué hacer para salvarse, llegó á las dos mujeres, entre ambas se metió, separándolas con violencia, y con tono lastimero dijo:

—Mi noble señora, interceded por mí... Soy honrado...

Nuevos gritos exhaló la dueña.

Doña Sol estendió un brazo, miró á don Juan y le dijo:

—Caballero, dominaos... A este hombre lo amparo yo... Si os ha ofendido...

—Es mi criado, y tengo que castigar su traicion...

—Os han engañado, mi noble señor, y yo probaré mi inocencia.

—Para herirlo tendreis que arrollarme primero,—dijo la jóven.

—¡Oh!—murmuró don Juan como si se sintiese vivamente contrariado.—Válgale al traidor el sagrado de vuestra persona... Lo dejo con vida á condicion de que justifique su inocencia.

La daga envainó don Juan, volviendo la espalda á la señora Macrina.

Esta empezó á tranquilizarse.

El caballero se alejó.

Andrés, para manifestar su gratitud, arrodillóse á los pies de la jóven, le cojió la diestra, se la besó respetuosamente y exclamó:

—¡Que Dios os bendiga!...

—Dejadme ya, buen hombre, y sed honrado para no dar motivo á que vuestro señor se enoje y os castigue.

Levantóse Andrés y dejó el paso libre á las dos mujeres.

Ya llevaba la jóven la carta de don Juan, que Andrés le habia entregado.

—¡Vírgen santísima!—decia la dueña.—Estoy temblando y ha de pasar todo el dia antes de que el susto me

salga del cuerpo... Cuando ví relumbrar la daga, no sé lo que sentí... ¡Jesús!... Y vos, señora mia, tan serena... Mentira parece que tengais tanto valor, y ahora comprendo bien que os hayais atrevido á rebelaros contra vuestro padre.

La jóven no se dignó responder.

Llegaron á la calle del Humilladero.

En la casa entraron.

Dejó doña Sol que el manto le quitase su doncella.

Fué la señora Macrina á ver si don Pedro se habia levantado para decirle que estuviese tranquilo y darle cuenta del suceso que la habia llenado de pavor.

Cuando la enamorada jóven quedó sola, desdobló el papel.

Leyó con ansiedad.

Con gran violencia latió su corazon.

No pudo contener un grito de alegría.

Comprendió que no era imposible que viese á don Juan y hablase con él.

Esto era una dicha inmensa.

Como se guarda un tesoro, guardó la carta.

Tenia que contestar.

¿Y cómo entregaría su contestacion?

Esta era una nueva dificultad; pero la venceria su imaginacion de mujer y su firme voluntad de enamorada.

Aquel dia pudo ver la dueña que su señora estaba muy alegre.

CAPITULO CXLIII.

Cómo los dos amantes consiguieron verse.

A la dueña le sucedia lo mismo que á don Pedro en cuanto al reposo, y siempre que se sentaba y callaba, y muy particularmente cuando acababa de comer, se quedaba dormida.

A la siguiente mañana y despues de almorzar, se retiró la jóven á su cámara. Allí tambien se situó la dueña.

Empezó á rezar ó á fingir que rezaba, teniendo en la diestra su rosario.

A los pocos minutos se cerraron sus ojos y poco despues se entregó al más dulce de los sueños.

Doña Sol acercóse á una mesa, y aprovechando aquella ocasion, tomó la pluma y empezó á escribir para contestar á su amante.

No es menester que copiemos su carta.

Le daba cuantas noticias necesitaba para conocer las precauciones adoptadas por el señor de Lainez, ha-

ciendo sobre este punto comentarios, observaciones y advertencias las más acertadas.

De nada se olvidó.

Manifestaba su alegría por la circunstancia de conservar Andrés la llave, lo cual consideraba como una gran fortuna.

No hay que decir que tambien desahogó su corazon con frases de ternura inmensa.

Juraba una y otra vez que tendria valor para resistir y luchar sin que la espantase ningun peligro, ni la detuviese ningun obstáculo.

Dobló el papel y lo guardó.

Luego se puso á bordar.

Poco despues despertó la dueña, murmurando:

—Por los siglos de los siglos. Amen.

Hubiérase creido que concluia de rezar y que no habia dormido.

Guardó las camándulas.

Miro á todos lados.

Luego fué á la cámara de don Pedro, que tambien acababa de despertar y se disponia para salir.

—¿Hay novedad?—preguntó el caballero.

—Ninguna, mi noble señor.

—Le doy á Dios gracias.

—Bien podeis estar tranquilo, pues me parece que con el sistema que hemos adoptado conseguiremos cuanto es de desear.

—Todo consiste en que mi hija se convenza.

—Y se convencerá más ó ménos pronto.

—Voy á salir, fiando en vuestra vigilancia.

—No dará mi señora un paso sin que yo la siga.

—¿Y qué hace?

—Borda.

—No os separeis de su lado.

Salió don Pedro.

Cuando estuvo en la calle miró á todos lados.

Temia encontrarse con don Juan ó con Andrés; pero no sucedió así.

Las horas pasaron sin novedad.

A la hora de comer volvió el caballero á su casa.

—Mentira me parece que en paz me dejan,—dijo.

Y desplegó una sonrisa de satisfaccion.

—Y este reposo,—añadió mientras cambiaba de ropa,—lo debo á mi energía. Si me hubiera dejado impresionar, á estas horas me encontraria gravemente comprometido. Mucha habilidad tuvieron para pintar los peligros que me amenazaban; pero ya se ha puesto en claro la verdad, pues tiempo ha sobrado para que la justicia proceda contra mí, si esos bribones que están en la cárcel hubiesen declarado. Bien merecen una recompensa por la exactitud y buena fé con que cumplen lo prometido, y aunque ahora nada puedo hacer por ellos, cuando recobren la libertad les daré una prueba de mi gratitud, y así los tendré en cuerpo y alma á mi disposicion.

Como una y otra vez habia quedado impune don Pedro, fiaba demasiado en su buena estrella, y esto precisamente debia ser su perdicion.

—Hoy tengo buen apetito, porque ningun temor me asalta, ni nadie me ha molestado.

Mandó que sirviesen la comida.

Doña Sol parecia más contenta que los dias anteriores.

Habló bastante y llevó su benevolencia hasta el punto de dirigir la palabra á su odiosa dueña.

Todo esto tranquilizaba más y más al señor de Lainez.

Hacíase la ilusion de que su hija empezaba á convencerse de su impotencia, y pensó que tan buen resultado lo hubiera conseguido antes, si no le pusiesen estorbos para llevársela á su casa.

Acabaron de comer.

El caballero, recostado en un sillon, se quedó dormido, como siempre le sucedia.

La jóven volvió á su cámara.

La señora Macrina la siguió, sentóse y empuñó su rosario.

Sucedió lo mismo que por la mañana, es decir, mientras rezaba se cerraban sus ojos, y al fin se entregó al sueño.

Con disimulo la observaba doña Sol.

Dejó que pasasen algunos minutos.

Se puso en pié.

Sin producir ni el más leve ruido atravesó la cámara y llegó á la puerta.

La vieja no se movia.

Un destello de júbilo se escapó de los ojos de la encantadora jóven.

Rápidamente atravesó algunas habitaciones.

Llegó á una donde nadie habia.

Estaba en libertad completa.

Abrió el balcon y miró á la calle.

—¡Ah!—exclamó.

Vió que desde Puerta de Moros se dirigian á la casa don Juan, el alférez y Andrés.

Ellos tambien distinguieron á doña Sol.

El caballero redobló el paso.

Cuando estaba frente al balcon se detuvo.

Entonces la hija de don Pedro, mientras sonreia y miraba ansiosamente á su amante, arrojó á la calle el papel.

No podia detenerse, porque si la sorprendian redoblarian la vigilancia.

Movió los lábios como si hablase.

Lo mismo hizo don Juan.

Sus corazones latieron fuertemente.

Se habian entendido.

La jóven cerró y volvió á su cámara.

Principió á bordar y á cantar.

La vieja despertó.

Miró con sorpresa á su señora.

—Estais muy alegre,—le dijo.

—¿Os parece mal?

—Me parece muy bien; pero me sorprende vuestro repentino contento.

—¿No me habeis visto sonreir todo el dia?

—Sí, y además cantais ahora.

—Porque soy feliz.

—A Dios le doy gracias.

—Yo tambien.

—Si vuestra alegría consiste en que al fin os habeis convencido...

—Sí, me he convencido de que es inútil que levanten obstáculos entre el corazon de don Juan y el mio.

—¡Señora!...

—Tuve noticias suyas, y...

—¿Qué estais diciendo?

—Lo que oís.

—¿Habeis perdido la razon?

—El tiempo os probará que no estoy loca.

—¡Que habeis tenido noticias de ese hombre!... Imposible.

—Y sé que goza de perfecta salud, que nadie lo molesta y que me ama más que nunca. Mi dicha seria completa si no la turbase el incesante temor de los graves peligros que á mi padre amenazan; pero Dios sabe que para salvarlo he hecho todo lo posible y por lo ménos mi conciencia estará tranquila.

—Creo que os habeis propuesto mortificarme, pero no lo conseguireis.

Doña Sol se encogió de hombros.

Volvió á cantar.

La dueña la miraba hoscamente.

Entretanto don Juan y sus amigos se alejaban de la casa, tomando por la solitaria calle del Almendro.

No tuvo el enamorado caballero paciencia para esperar, y la carta leyó.

Las explicaciones que daba doña Sol fueron bastante para que el criado dijese:

—La vereis, caballero.

—Si en su habitacion no puedo entrar, ni ella puede salir...

—Iremos al patio, y si no por la puerta, por una de las ventanas entrareis en el aposento de mi noble señora.

—¡Ah!...

—Hay una escalera de mano que nos servirá admirablemente.

—Pero será preciso que de acuerdo nos pongamos antes con doña Sol.

—No, porque estará sobre aviso á todas horas, y el más leve ruido le hará comprender que hemos penetrado en la casa.

—Pues entonces...

—Esta noche vendremos.

—Andrés, te debo más que la vida.

—Yo no estoy tan alegre como vos.

—¿Por qué?

—¿Os olvidais de que á don Pedro le amenaza el peligro de morir á manos del verdugo?

—Es verdad,—dijo tristemente don Juan.

—Y no hay medio de salvarlo,—repuso el alférez.

—No ha querido escuchar á su hija...

—Ni al doctor Olivares.

—Está ciego.

—Tenemos que resignarnos.

—¡Oh!...

—Grandes sufrimientos aguardan á mi desgraciada señora.

La alegría de aquellos tres hombres se cambió en tristeza.

La tranquilidad de que disfrutaban aquellos dias no habia de prolongarse mucho.

Doña Sol y don Juan, como enamorados, tenian una gran satisfaccion; pero, ¿qué conseguirían con sus pasajeros triunfos?

Nada, pues muy pronto habian de sufrir el golpe más terrible.

Con ansiedad creciente contó don Juan las horas de aquel dia.

Llegó la noche.

Nada podian hacer hasta cierta hora.

Cenaron y salieron de su casa cerca de las once.

Vagaron por algunas calles.

Andrés y Castillejo hablaban.

Don Juan estaba silencioso, porque pensaba en doña Sol.

Fueron á parar á la calle del Humilladero.

La luna habia tenido por conveniente dejarse ver, favoreciendo con sus resplandores á los habitantes de la tres veces coronada villa.

El silencio era profundo.

Contemplaron el edificio.

—¿Qué esperamos?—dijo don Juan.

—Nada, porque ya todos deben dormir.

—Pues entremos.

—Supongo,—dijo el alférez,—que yo debo quedarme.

—Sí, vos vigilareis aquí para acudir cuando sea necesario. Dejaré la puerta cerrada, pero sin echar la llave, y así en caso de apuro podríais entrar.

—Bien me parece.

—Yo he de acompañar á mi señor, pues él no conoce el interior de la casa ni sabe dónde está la escalera, ni cuáles son las ventanas del aposento de mi señora.

—Entendido.

—Pues que Dios nos proteja.

Sacó Andrés la llave que era un tesoro.

La introdujo en la cerradura y abrió sin ninguna dificultad.

Se habian prevenido con una linterna sorda, pues la luz podia serles muy útil.

Don Juan y Andrés entraron.

El segundo abrió la linterna.

Avanzaron por el pasillo y atravesaron algunas habitaciones.

—¡Cuántos recuerdos tengo aquí!—murmuró Andrés con voz ahogada por la emocion.

Llegaron al patio.

Detuviéronse allí.

El criado le dijo á don Juan:

—Aquellas dos ventanas.

Cerró la linterna.

Entonces pudieron ver que por las rendijas se escapaban algunos rayos de luz.

—No duerme mi señora,—dijo Andrés.

—¿Y cómo le daremos aviso para que sepa que estamos aquí?

—Esperad.

Se fué el criado.

A los pocos minutos volvió con la escalera.

La colocó convenientemente.

Cojió una piedrecita y la tiró á una de las ventanas.

No fué menester más.

Un momento despues la ventana se abria dejándose ver doña Sol.

Como Andrés habia dejado abierta la linterna, la jóven pudo conocer á su amante y ver la escalera.

El caballero subió rápidamante.

Se introdujo por la ventana.

Cerró la linterna el criado y murmuró:

—Esperemos.

Dos horas despues se separaron los dos amantes.

La dueña no habia despertado.

Con el fuego de su pasion brillaban los ojos de don Juan.

Como demostracion de cariño y de gratitud, abrazó al sirviente.

—A la calle,—dijo Andrés.

Salieron de la casa y cerraron la puertecilla.

Ya nada tenian que temer.

Se alejaron.

Hablaban alegremente.

No podian pedirle más á la fortuna.

Sin otra novedad pasó aquella noche.

Al dia siguiente doña Sol hablaba, reia y cantaba.

La dueña le dijo á don Pedro:

—Señor, empiezo á temer que se haya trastornado la razon de vuestra hija.

—¿En qué os fundais?

—¿No habeis visto que está muy contenta?

—Porque empieza á convencerse.

—Y canta á todas horas.

—Me alegro.

—Sin duda para mortificarme asegura que recibe noticias de don Juan de Manrique, y que esta es la causa de su alegría.

—Si vos no os separais de ella...

—Ni un momento.

—Pues siendo así, aunque en la casa hubiese algun criado traidor...

—Ninguno se la acerca.

—Vigilad, señora Macrina.

—El contento de mi señora,—repuso la dueña,—me desagrada mucho.

—Vanos temores.

—El tiempo dirá.

—Sucede lo que deseamos, y por consiguiente...

—Más, señor.

—Nadie me molesta, mi hija no se queja...

—Pero canta.

—¿Y qué me importa?

—Quiera Dios que no nos haga llorar.

A la noche siguiente se introdujo tambien en la casa el atrevido amante.

Así trascurrieron ocho dias.

Ningun incidente turbó la tranquilidad que todos disfrutaban.

¿Cuándo debia terminar aquella situacion?

Muy pronto, porque una tarde llegó con su criado á Madrid el doctor Olivares.

Entró en el alcázar real.

En su aposento descansó algunos minutos.

Cambió su empolvada ropa por otra limpia, y le dijo á su criado:

—Volveré al anochecer.

Salió de palacio y se encaminó á la vivienda del alcalde don Gaspar.

CAPITULO CXLIV.

Las órdenes del rey y los consejos de Olivares.

Don Gaspar se habia considerado feliz durante aquellos dias de tregua y de calma, y tembló cuando le dijeron que acababa de llegar el doctor Olivares.

—¡Dios misericordioso!—exclamó.

No hizo grandes esfuerzos para parecer tranquilo, pues no tenia para qué fingir en presencia del célebre médico.

Saludáronse muy cariñosamente.

El rostro de Olivares no expresaba nada de particular.

Se sentó y dió principio á la conversacion, diciendo:

—Mi visita es muy desagradable para vos.

—No, y sí,—respondió don Gaspar.

—Ya sé que como amigo teneis gran complacencia en verme.

—No os equivocais.

—Pero ahora habreis comprendido que aquí me encuentro para cumplir las órdenes de su majestad.

—Y esas órdenes han de ponerme en más de un apuro.

—Es posible; no porque vacileis para cumplir vuestro deber, sino porque el menor descuido, una ligereza, una distraccion...

—Mal empezais, doctor,—interrumpió don Gaspar.

—¿Por qué?

—Lo que acabais de decirme indica que el cumplimiento de las órdenes que traeis ha de ofrecer muchas dificultades.

—No; pero requiere prudencia, entendimiento claro y alguna habilidad, y como vos teneis todas estas cualidades, dareis fin á la empresa con toda felicidad.

—Si yo conociese á Felipe II como lo conoceis vos...

—Os sucederia lo mismo.

—Amigo Olivares, decidme en qué consisten las órdenes del rey.

—Son sencillas.

—Y despues me aconsejareis.

—En cuanto á eso...

—Si vuestros consejos me negais, me consideraré perdido.

—Veremos.

—Os escucho, doctor,—dijo el alcalde.

Y cambió de postura y fijó en el médico una mirada que lo mismo era de ansiedad que de temor.

Siempre con la misma calma, dijo Olivares:

—Cumplireis vuestro deber como alcalde de casa y córte; pero antes de poner en práctica cada una de las determinaciones que hayais de adoptar, me dareis avi-

so con alguna anticipacion, siquiera la de dos ó tres horas.

—Continuad.

—Ya he concluido.

—¡Que habeis concluido!

—Su majestad no ha tenido á bien decirme más.

—Pero...

—¿Habeis entendido?

—No.

—Pues á mí me parece cosa muy fácil.

—Que cumpla mi deber y que os avise antes de poner en práctica ninguna determinacion.

—Eso es.

—Pues os digo que no puede ser,—replicó don Gaspar.

—Yo creia que no consideraríais imposible el cumplimiento de vuestros deberes.

—Y habeis creido bien.

—Don Gaspar, os contradecís.

—¿Sabeis en qué consiste el cumplimiento de mis deberes?

—No, porque leyes no estudié, sino medicina.

—Pues bien,—repuso el alcalde,—si he de proceder con rectitud, si he de ser justo, ahora mismo iré á prender á don Pedro de Lainez y lo encerraré en un calabozo.

—¿Acaso teneis pruebas de que es criminal?

—Sí, las declaraciones de sus tres cómplices, y más no necesito.

—¿Están ya escritas esas declaraciones?

—No.

—Entonces, perdonad que os lo diga con franqueza; vuestro deber consiste ante todo en interrogar á esos hombres en presencia del escribano para que dé fé, y cuando así lo hayais hecho, esas declaraciones tendrán verdadera fuerza legal, y podreis decir que son una prueba.

—Sin embargo...

—Principiad por donde mejor os parezca, pues yo no he venido para daros lecciones.

—Queda otra cuestion sobre la que nada me decís.

—¿Cuál?

—Lo referente á don Juan de Manrique.

—Lo habeis buscado y no lo encontrais.

—Pero don Pedro de Lainez ha venido para decirme que don Juan anda por las calles de Madrid en compañía del alférez Castillejo, y esto es bastante para suponer que en la vivienda del alférez se alberga el caballero.

—¿Y no habeis ido á buscarlo allí?

—No, porque...

—El motivo no quiero saberlo.

—Si procedo contra don Juan de Manrique...

—Proceded.

—Se quejará Castillejo.

—¿Y qué os importa?

—Y tened por seguro que tambien don Juan de Manrique irá á la cárcel y su criado Andrés, por considerarlo su cómplice.

Olivares se encogió de hombros.

Don Gaspar añadió:

—Para hacer esto, ya podríamos haber concluido.

—Graves razones debe haber tenido su majestad para disponer que se suspendan los procedimientos.

—Don Pedro de Lainez en un calabozo,—murmuró el alcalde como si hablara para sí,—y su desgraciada hija... ¡Oh!... Estoy horrorizado... Pero cumpliré mis deberes, os lo aseguro, y los cumpliré con tanta exactitud, que quizás...

—Justicia sobre todo, don Gaspar.

—Puesto que lo manda el rey...

—Sí.

—No necesito más.

—Pero no olvideis que habeis de darme aviso antes de poner en práctica cualquiera determinacion.

—Desde ahora principio.

—Y yo os escucho.

—Mañana á primera hora iré á la cárcel para interrogar á los cómplices de don Pedro, y si niegan, mandaré que el tormento se les aplique y los trataré sin compasion.

—Estoy enterado.

—Como supongo que declararán terminantemente...

—Caballero, no hagamos suposiciones.

—Nada se pierde.

—Cuando esos hombres hayan declarado, adoptareis otra determinacion.

—Sí.

—Y me la dareis á conocer anticipadamente.

—En cuanto á don Juan de Manrique, esta misma noche iré á prenderlo.

—Quedo enterado tambien.

—Doctor, he concluido de hablaros como alcalde, y ahora como amigo, espero que me aconsejeis, pues tranquilo no estoy.

—Ya sabeis que no me agrada dar consejos.

—Pero esa gracia me la habeis concedido otras veces.

—Pues bien, os aconsejo que hagais las cosas despacio, muy despacio, porque así se hacen bien.

—Despacio,—murmuró don Gaspar.

—Y con mucha calma, sin dejaros impresionar.

—Comprendo.

—Opino que tampoco os conviene hacer dos ó tres cosas á la vez.

—Eso que decís no es tan claro.

—Pensais ocuparos al mismo tiempo de los tres bandidos que están en la cárcel, de don Pedro de Lainez y de don Juan, y me parece que es mucho para que todo lo hagais bien: cuando se fija la atencion en un solo asunto, hay más probabilidades de acierto.

—Es verdad; peró en el caso presente dudo.

—¿Y en qué consisten vuestras dudas?

—¿Por dónde he de principiar?

—Por lo que os parezca que tiene mayor importancia.

—Así lo haré.

—¿Os ocupareis antes de los asesinos?

—Sí.

—Pues figuraos que nada me habeis dicho de don Juan.

Al pronunciar estas palabras el doctor, se puso en pié.

—¿Ya os vais?—le dijo con tono de extrañeza don Gaspar.

—Tengo mucho que hacer... Nos veremos otro dia.

—¿Cuándo volvereis al Escorial?

—Cuando acabe de cumplir las órdenes que su majestad me ha dado.

—Y si os necesito...

—Me buscareis en mi aposento de palacio.

—Dios me proteja.

—La proteccion divina es más necesaria para don Pedro.

—¡Pobre doña Sol!...

—Que el cielo os guarde, mi buen amigo.

Salió el médico.

El alcalde se pasó las manos por la frente.

Estaba aturdido.

—¡Ah!—exclamó,—no veo claro... ¡Dios mio!... Paciencia...

Las órdenes del rey no podian ser más extrañas.

CAPITULO CXLV.

De la visita que Olivares hizo á don Juan.

Mientras el doctor se alejaba de la vivienda del alcalde, decia para sí:

—¡Pobre don Gaspar!... Digno es de lástima, pues muy fácilmente, y con el mejor deseo, puede cometer una torpeza, en cuyo caso no lo perdonaria Felipe II.

Una y otra calle dejó atrás.

Llegó á San Ginés.

Subió por San Martin y pronto se encontró en el arrabal y frente á la casa de Castillejo.

Detúvose y dijo:

—Supongo que á estas horas los encontraré, á ménos que don Juan se entretenga en pasear por los alrededores de la morada de doña Sol.

Acercóse á la pobre casa y llamó.

Sin preguntar abrió Andrés, exclamando con tono de profunda sorpresa:

—¡Vos en Madrid!...

—Puesto que aquí estais,—respondió Olivares,—aquí tambien debe estar vuestro señor.

—Entrad.

Así lo hizo el doctor.

Con otra exclamacion de sorpresa lo recibieron don Juan y el alférez.

Saludáronse, y el amante de doña Sol, dijo:

—No sé si debe alegrarme vuestra visita.

—No,—contestó el médico.

—Nos traeis malas noticias...

—Las que debiais esperar.

Se contrajo la frente del caballero.

Hizo Andrés un gesto de disgusto.

El alférez guardó silencio.

—Os escucho,—dijo don Juan.

—Ni mi visita debe sorprenderos,—repuso el doctor,—ni debeis dudar en cuanto al objeto de mi venida á Madrid. ¿Acaso es posible que hayais creido que la situacion en que os encontrais los unos y los otros habia de prolongarse toda la vida?

—Es verdad.

—Y no ignorábais que el término estaba cercano y que si nada se ha hecho durante algunas semanas, ha sido porque el rey estaba preocupado con la enfermedad de su esposa y no queria fijar la atencion en ningun otro asunto. Además, ya se ha producido el escándalo; todo el mundo pregunta qué hace la justicia en lo referente al crímen de que víctima fué el alférez Castillejo. Y hay más, señor de Manrique: tambien sabe todo el mundo que aquel golpe iba dirigido contra

vos, y se hacen comentarios en distintos sentidos, y ya es de necesidad absoluta dar al mundo satisfaccion.

—Comprendo.

—Más ó menos tarde habia de adoptar el rey una resolucion.

—Y ha llegado el dia, ¿no es verdad?

—Sí.

—¡Oh!—murmuró don Juan, cuya mirada se tornó sombría.

Se arrugó más el entrecejo de Andrés.

—Tened calma,—dijo Olivares,—porque se preparan sucesos de los que depende la suerte de doña Sol, y estais obligado á hacerlo todo por ella.

—Calma tendré, os lo prometo.

—Al visitaros cometo una gravísima falta; pero no he vacilado, porque para proteger á la hija de don Pedro tengo que protegeros tambien á vos.

—Tanto os debo ya...

—Nada, caballero, puesto que no hago más que cumplir lo que prometí á la esposa de don Pedro en los momentos de su agonía.

—Pero...

—Don Juan, si todavía no me conoceis...

—Creo que sí.

—Pues debeis saber que me desagradan las palabras de gratitud.

—Sin embargo...

—Perdemos el tiempo, y sobre todo, he venido porque creí que érais el hombre de inteligencia superior,

pues de otro modo, como no podríais comprenderme, os dejaria y que os protegiese Dios.

—Doctor, no os pareceis á ningun hombre.

—Así como vos sois un loco que no se parece á los demás.

—¿Creeis que he perdido el juicio?

—No lo habeis perdido, porque nunca lo tuvísteis segun el mundo lo entiende.

—Lo que decís...

—Es muy sencillo: en vuestra situacion nadie hubiera llevado la generosidad hasta el punto que vos, y por consiguente, si haceis lo que nadie haria, si pensais como nadie piensa, si todo lo apreciais de distinto modo que los demás, sois una excepcion, sois un loco. Suponed que el mayor número de los hombres perdiesen la razon, ¿qué sucederia? Que los menos serian considerados como dementes, y los más los encerrarian.

—Doctor, he cumplido mis deberes, he obedecido á los impulsos de mi conciencia y mi corazon y lo demás no me importa.

—El mundo reconoce que vos teneis un gran corazon, y de mí dice que no lo tengo.

—Pero...

—Es igual,—dijo Olivares.

Y se encogió de hombros.

Luego añadió:

—Nos ocuparemos de nuestro asunto..

—Os escucho con respeto y con gratitud.

—No quiero dar consejos á quien no me los pide, y sin embargo he venido para aconsejaros.

—¿Qué ha decidido el rey?

—Que se haga justicia.

—Eso lo habia dicho antes.

—Pero ahora se cumplirán sus órdenes.

—¿Y cómo entiende Felipe II lo de hacer justicia?

—Tened en cuenta que el rey no es un alcalde de casa y córte, y por consiguiente don Gaspar es quien ha de cumplir sus deberes. Mañana interrogará en presencia del escribano á los tres criminales que están presos y determinará segun lo que resulte de las declaraciones.

—Pero esos miserables... ,

—Creo que dirán la verdad.

—¡Oh!...

—Y si el severo don Gaspar Cabeza de Vaca no tuerce la vara de la justicia, procederá contra el que resulte autor del crímen de que víctima fué el señor Alonso Castillejo.

—¡Por Dios vivo!...

—Esta es la situacion.

—Y don Pedro no nos escucha...

—A mí tampoco me escuchó.

—Y está muy cerca el terrible dia...

—Calma, don Juan.

—¡Calma!... ¿Puedo olvidarme de la mujer á quien amo con delirio?

—Por el contrario, debeis pensar en ella, porque así tendreis valor para todo, así tendreis fuerza de voluntad para dominaros.

La agitacion de don Juan acrecentaba por momentos.

Era cada vez más sombría la mirada de Andrés.

El alférez continuaba silencioso.

—Nos ocuparemos de vuestra persona,—dijo el médico.

—Los peligros que me amenazan no me importan.

—Importan mucho, porque la suerte de doña Sol depende de la vuestra.

—Quiero que don Pedro se salve.

—Eso es imposible.

—¡Imposible!—exclamó el caballero.

—Sí.

—No ha escuchado á su hija ni á vos; pero á mí me escuchará, y si tampoco quiere ponerse en salvo, á viva fuerza y...

—Ahora estais verdaderamente loco.

—Doctor, mi paciencia se acaba.

—Cuando se acaba la paciencia no es posible vivir.

—Quiero de una vez la muerte ó la vida.

—Repito que no se trata de vos, sino de la hija de don Pedro.

—Aconsejadme.

—Para eso he venido y no me escuchais.

—Hablad,—repuso el caballero.

Y los brazos cruzó, y sobre el pecho inclinó la cabeza.

—Cuando llegue el momento crítico de proceder contra don Pedro, os avisaré.

—Y entonces...

—Apelareis al último recurso, ireis á verlo, hareis el último esfuerzo y Dios dispondrá.

—Comprendo.

—Entretanto la justicia se olvidará de vos, porque tiene que pensar en don Pedro de Lainez y no puede hacer dos cosas al mismo tiempo.

—Sí puede.

—Don Gaspar es muy metódico y opina que debe hacer las cosas una á una, principiando por la de mayor importancia.

Andrés desplegó una sonrisa maliciosa.

Olivares lo miró y le dijo:

—Me parece que con vos me entenderia más fácilmente que con vuestro señor.

—Tal vez.

—Don Juan, os aconsejo que no hagais nada, absolutamente nada, y que espereis mis avisos.

—Los esperaré.

—Habeis de ver cosas de tal naturaleza, que os aturdirán.

—Lo único que me importa es la suerte de doña Sol.

—Para evitar que el alcalde se vea en compromisos, os recomiendo que no hagais lo que estos dias, y por consiguiente, debeis permanecer aquí, paseando durante las horas de la noche.

—Así lo haré.

—He concluido, don Juan.

—Yo seria el más miserable de los hombres, si para vos guardase secretos.

—¿Teneis que revelarme alguno?

—Todas las noches veo á doña Sol.

—Supongo que os introducireis en su casa.

—Gracias al ingénio de Andrés.

—Pues dadle á conocer la situacion para que esté prevenida, aconsejadle para que tenga calma y disimulo, y decidle que yo le prometí á su madre moribunda que la protegeria, y que mi promesa cumpliré.

—¡Que Dios os bendiga!

—Don Juan, antes de que trascurra una semana se habrán puesto en claro todos los misterios y sereis el más feliz de los hombres ó el más desgraciado. Lo que entre nosotros pasa ha de ser siempre un secreto para el mundo y en particular para el rey.

—Aunque tenga que destrozarme el alma, os juro que no olvidaré vuestros consejos.

—No volveré al Escorial hasta que este asunto haya terminado.

—Si necesito consultaros...

—Me encontrareis en mi aposento del alcázar,—dijo Olivares, poniéndose en pié.

La conversacion habia sido muy trascendental.

Cruzaron frases cariñosas.

Despidióse el doctor, saliendo de la casa.

Acababan de desaparecer los últimos rayos del sol.

—¿Qué opinas de todo esto?—le preguntó don Juan al criado.

—Que estamos al borde de un abismo y que para no caer necesitamos mucha calma.

—Tienes razon.

—Descansemos ahora, y luego hablareis con doña Sol.

A las diez de la noche salieron.
Vagaron por las calles.
No pronunciaron entónces una palabra.
Antes de las once volvieron á la casita del arrabal.
Aún era temprano para ir á Puerta de Moros.

CAPITULO CXLVI

Se prepara una borrasca.

Don Juan y Andrés estaban convencidos de que habia de llegar el dia de la perdicion para don Pedro de Lainez; pero no era posible que el temor de que así sucediese les hiciera sufrir lo mismo que la realidad.

Sin que ellos mismos lo comprendiesen tenian una leve esperanza de salvacion, sin otro fundamento que el de la posibilidad de un cambio repentino de circunstancias.

Aquella esperanza, que aunque muy leve era consoladora, desvanecióse de repente.

¿Qué consecuencias debia producir el gravísimo suceso que se preparaba?

Las peores, y ninguna de ellas era posible que se le ocultase al enamorado caballero.

Conocemos ya á doña Sol, sabemos hasta qué punto era escrupulosa y descontentadiza su conciencia, y tampoco ignoramos cómo tenia la costumbre de discurrir.

Su padre iria á un calabozo, y moriria á manos del verdugo, ó por lo menos seria condenado á pasar toda su vida en un encierro, quedando infamada su reputacion.

Tan horrenda desgracia no la hubiera sufrido si no intentase asesinar á don Juan, y nunca hubiera pensado en cometer semejante crímen si no se empeñara en aquella lucha con su hija.

De este razonamiento deduciria la jóven que hubiera podido evitar la espantosa desgracia de su padre haciendo el sacrificio de su corazon y casándose con don Leandro.

¿Era posible que tranquila quedase la conciencia de doña Sol?

No.

Para que triunfase habia sido menester que su padre sufriese una muerte afrentosa, dejando en el mundo un recuerdo odioso y repugnante, el recuerdo que siempre deja el asesino.

Semejante desdicha habia de ser el cimiento del edificio de la felicidad de doña Sol.

¿Aprovecharia la infeliz las ventajas que le daba su triunfo tan doloroso y horriblemente conseguido?

No, porque su alma era demasiado noble.

No solamente por conciencia, sino hasta por decoro, doña Sol tendria que renunciar á su amorosa aspiracion y encerrarse en un convento para llorar y consumir allí su triste existencia.

Inútil sería intentar convencerla con ninguna clase de razonamientos.

La situacion de don Juan no habia de ser menos crítica, pues sobre perder la última esperanza de dicha con doña Sol, veria siempre en su hermano la causa más ó menos directa de todas aquellas desdichas y sufrimientos.

¿Qué recurso le quedaria á don Juan?

Si no buscaba el silencio del cláustro para aguardar la muerte, su desesperacion lo impulsaria á buscarla en la guerra.

Don Leandro tampoco habia de quedar bien.

Aquella noche y por espacio de más de dos horas permanecieron silenciosos y sombríos don Juan y Andrés.

¿Qué habian de decir?

Ni encontraban palabras para expresar lo que sentian, ni necesitaban expresarlo, porque se adivinaba fácilmente.

¿Quedaba algun recurso?

¿No habia un solo medio para evitar la perdicion del señor de Lainez?

Ninguno y era inútil que cavilase, puesto que no habia de encontrarlo.

A las once rompió el silencio don Juan para preguntarle á sus amigos:

—¿Os queda alguna esperanza?

—Ninguna,—respondió el alférez.

—No hay más que un recurso,—dijo Andrés.

—¿En qué consiste?

—¿Para qué quereis saberlo si no habeis de ponerlo en práctica ni habeis de permitir que yo lo ponga?

—Aunque sea preciso arriesgar la vida.

—Nada arriesgaríamos; pero nos detendria nuestra conciencia.

—No adivino lo que quieres decir.

—Pues es muy sencillo.

—Explícate.

Se iluminaron los ojos de Andrés.

Se contrajo más su frente.

—Aquí os quedareis esta noche,—dijo con voz reconcentrada.

—No, porque es necesario que doña Sol sepa lo que pasa.

—¿Y así se salvará su padre?

—Desgraciadamente no se salvará.

—Yo iré solo y entraré en la casa de mi antiguo señor.

—¿Y qué le dirás á tu señora?

—Nada, porque ni siquiera la veré.

—Entonces...

—Iré silenciosamente al dormitorio de don Pedro de Lainez y le clavaré mi daga en el corazon.

—¡Andrés!...

—Mañana irá la justicia á prenderlo, pero tendrá que detenerse ante la muerte, y como ya no es posible castigarlo, se dará por terminado el asunto, y don Pedro de Lainez, en vez de dejar la reputacion y el recuerdo del criminal, será considerado como víctima de un ódio, víctima de un crímen, y su memoria será respetada.

—¿Has perdido la razon?

—No estoy loco, sino convencido de que este es el único medio de dejar á salvo el honor de don Pedro de Lainez. Si ha de morir á manos del verdugo, ¿no será una gran fortuna que muera á manos de un asesino? Si ha de quedar deshonrado, infamado su nombre, que es el nombre de su hija, quedaria honrado. Ya que no es posible salvar su vida, que se salve su honor.

Don Juan fijó una mirada de asombro en Andrés.

Lo que este acababa de decir era espantoso.

Y sin embargo, era verdad que únicamente así podia quedar á salvo el honor de don Pedro de Lainez.

Empero del dicho al hecho hay gran trecho y ya lo habia reconocido así el sirviente.

El caballero le preguntó:

—¿Y te atreverias á poner en práctica ese plan?

—No, porque en el momento de descargar el golpe me diria mi conciencia que yo estoy obligado á dejar que se cumplan los fallos del Omnipotente, y que no tengo derecho para cometer un crimen, aunque sea con el noble fin de evitar la más horrenda desgracia.

—Y manchar tus manos con la sangre de don Pedro...

—Me haria indigno de la estimacion de la gente honrada.

—Sí, porque eso seria lo mismo que convertirte en verdugo.

—Viendo estais que no abrigo tales propósitos, y si esto digo, es para convenceros de que solo una desgracia puede evitar la que nos amenaza tan de cerca.

—Abrigo la esperanza de que ahora don Pedro escuche á su hija.

—Creed al doctor Olivares, porque no se equivoca.

—Pues bien,—dijo impetuosamente el caballero,—esperaré, y cuando llegue el momento terrible, cuando la justicia vaya á prender á don Pedro, yo lo defenderé á cuchilladas, yo lo salvaré ó perderé la vida.

—Sucederá lo segundo.

—¡Oh!...

—Nos mortificamos inútilmente.

—Es verdad.

—Veamos lo que opina mi desgraciada señora.

—Vamos, vamos.

No hablaron entonces más.

Salieron de la casa.

Quince minutos despues entraban en la calle del Humilladero.

No tenian para qué esperar.

Lo mismo que las noches anteriores, quedóse el alférez en la calle.

En la casa entraron don Juan y Andrés.

Fueron al patio, colocaron la escalera y subió el caballero.

El criado empezó á vagar maquinalmente y tuvo el capricho de recorrer algunas de las habitaciones de la casa, evocando recuerdos.

Doña Sol esperaba á su amante como siempre, con todo el afan de su amor inmenso.

Cruzaron palabras de ternura.

Por algunos minutos se olvidó don Juan de los espantosos peligros que á todos les amenazaban.

Cuando empezó á dominarse, dijo:

—Sol de mi vida, esta noche he de hacerte sufrir.

—¿Temes una nueva desgracia?

—No es nuevo mi temor.

—Nada me ocultes,—repuso la jóven,—porque es preciso que yo conozca la verdad. Tu semblante revela...

—Un gran sufrimiento.

—No estás tranquilo.

—No.

—¿Qué pasa?

—Se acerca el dia terrible.

Extremecióse la jóven.

Fijó en su amante una mirada profunda.

—Ya sabes que tengo valor,—dijo.

—Ahora lo necesitas más que nunca.

—¡Dios mio!...

—Y si el valor te falta, si pierdes la serenidad, nuestra situacion...

—Acaba, acaba.

—El doctor Olivares está en Madrid.

—¡Ah!...

—Ha ido á visitarme.

—¡Dios misericordioso!—exclamó doña Sol.

—Su viaje...

—Lo adivino todo.

—No.

—Sí, porque Olivares no puede haber venido sino para traer órdenes de Felipe II, y esas órdenes no pueden ser otras que...

Se interrumpió la infeliz.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Se oprimió el pecho.

Al cielo elevó una mirada de dolor mortal.

—¡Mi padre está perdido!—exclamó

—Y no te escuchará.

—¡Desdichada de mí!...

—Mañana empezará la justicia á cumplir sus deberes, interrogando á los criminales que están presos, escribiendo sus declaraciones, y...

—Basta, basta,—interrumpió la jóven.

Y la cabeza inclinó sobre el pecho.

—Valor, Sol de mi vida...

—Valor tengo; pero mis fuerzas...

—Te quedan las de la voluntad.

—Yo seré la causa de la desdicha y de la muerte de mi padre...

—No, no.

—Sí, porque esa desdicha se hubiera evitado si yo me sometiese á su voluntad.

—Pero...

—¿Te queda alguna esperanza?—preguntó vivamente doña Sol.—Respóndeme sin vacilar y terminantemente, y si es que alguna esperanza te queda, dime en qué se funda para que yo me convenza de que no es mi ilusion un delirio.

—Sí, alguna esperanza me queda, porque no es imposible que de repente cualquiera circunstancia...

—Los azares de la vida... Eso no es un recurso, porque no depende de nosotros.

—Cavilamos, buscamos un medio y confio...

—No,—replicó la hija de don Pedro,—no tienes esperanza ni yo tampoco, y por consiguiente desde ahora podemos decir cuál será nuestra suerte.

—Si tú te inclinas á ceder...

—Ya es tarde, y ni siquiera ese recurso espantoso me queda, pues aunque yo prometa casarme con tu hermano, la justicia cumplirá su deber, y mi padre irá á un calabozo para morir luego infamado á manos del verdugo.

—Pues si tampoco así puedes salvar á tu padre...

—Mañana declararán esos hombres, y es lo más probable que mañana mismo entre en esta casa la justicia.

—No tan pronto.

—Vendrá pasado mañana; pero esto no significa más sino que se prolonga algunas horas la agonía.

—Y yo, que sé cumplir mis deberes, y que de todo soy capaz con la fuerza de mi amor, vendré tambien y juro que salvaré á tu padre ó moriré en esta casa.

—Eso no es más que un acto de desesperacion.

—Si otra cosa no puedo hacer...

—Sacrificarás la vida inútilmente.

—Inútilmente no, porque así tranquilizaré mi conciencia.

—Yo no podré tranquilizar la mia.

—Tus escrúpulos exagerados...

—No hablemos de eso, porque mis sentimientos no han de cambiar. Esta noche nos vemos por última vez...

—¡Por última vez!...

—Sí, porque la desgracia horrenda de mi padre abrirá entre nosotros un abismo.

Dos centellas se escaparon de los ojos de don Juan.

—Ahora veremos quién de los dos tiene más valor y más calma,—le dijo la jóven.

—Te escucho.

—Mañana mismo muy temprano volveré á suplicar á mi padre que en salvo se ponga inmediatamente.

—¿Y si no te escucha?

—Entonces le rogaré que me permita buscar refugio en un convento, porque no quiero presenciar su desgracia.

—¿Y si tambien te niega esa peticion?

—Me resignaré y esperaré á que no pueda ponerme estorbos.

—Y yo...

—Tambien te resignarás.

—No.

—Si cumples tu propósito, que es una locura...

—Lo cumpliré.

—Así envidiaré tu suerte, porque morirás.

Como estaban profundamente trastornados no se les ocurrió pensar que cometian una imprudencia al levantar la voz para expresar más enérgicamente lo que sentian, y sucedió que aquel ruido interrumpió el sueño de la vieja, que ya sabemos tenia su cama en un aposento inmediato.

Los ojos abrió la señora Macrina, sorprendiéndose, no solamente porque vió alguna claridad, sino tambien porque oyó las voces.

Medio aturdida por el sueño no pudo al pronto comprender lo que sucedia, y dijo:

—Será preciso creer que mi señora ha perdido la razon, pues en vez de dormir se entretiene en hablar sola, y teniendo en cuenta su inexplicable alegría y su más inexplicable canto, me parece que debemos observar. No seria la primera mujer á quien el amor ha vuelto loca.

Se restregó la dueña los ojos.

Se incorporó y escuchó.

—Pues no me equivoco,—dijo.

Luego pensó que quizás su señora al hablar cuando creia que nadie la escuchaba, revelaria algun secreto que importase conocer.

El lecho dejó la dueña, sin producir ni el más leve ruido.

Atravesó el aposento.

Se acercó á una puerta que tenia cortina.

Se inclinó y quedó inmóvil.

Pocos momentos despues se extremeció.

Acababa de oir la voz de un hombre que contestaba á doña Sol.

Fácilmente pudo la señora Macrina mirar por la estrecha abertura que quedaba entre la cortina y el marco de la puerta.

Vió á don Juan, que entre sus manos tenia una de las mórbidas y admirablemente modeladas manos de la jóven.

Gran trabajo la costó á la señora Macrina contener un grito de terror.

Empezó á temblar hasta el punto de que sus dientes castañetearon.

Sintió como si se erizasen los pocos cabellos que en su cabeza quedaban.

Por algunos momentos no pudo respirar.

Estaba aturdida, y en verdad que la sorpresa no era para ménos.

¿Qué haria?

En aquellos momentos sus ideas eran confusas.

Al fin volvió á restregarse los ojos, porque dudó si aún dormia y soñaba.

La pesadilla hubiera sido horrible, pero era mucho más horrible la realidad.

Preguntóse cómo habia podido entrar el caballero, puesto que ella habia cerrado con llave lo mismo que todas las noches.

Le pareció indudable que su señora se habia apoderado de la llave para abrir.

Quiso convencerse.

Volvió al lecho.

Introdujo una mano entre los colchones.

La llave se encontraba allí.

¿Qué haria?

No se atrevió á presentarse á su señora y á don Juan, porque tuvo miedo á la cólera de éste.

Reflexionó en cuanto le era posible.

Decidió despertar á don Pedro, diciéndole lo que pasaba.

No debia perder un momento.

Se puso alguna ropa, pues en camisa no podia presentarse á su señor.

Tomó la llave.

Siempre con un silencio absoluto, fué hasta la puerta.

Abrió sin producir ningun ruido.

No pensó que necesitaba luz para atravesar pasillos y aposentos y entrar en el dormitorio del señor de Lainez.

Encontróse entre tinieblas.

Tuvo que detenerse.

En aquel tiempo no podia tenerse luz instantáneamente como ahora.

No le convenia perder tiempo, y además hubiera tenido que hacer ruido con el eslabon y el pedernal.

Avanzó á tientas.

Afortunadamente conocia bien el interior de la casa.

Sin embargo, tropezó con algun mueble.

Llegó al dormitorio de don Pedro.

Desde la puerta dijo:

—Señor, señor... Despertad... Levantaos.

Una y otra vez, y levantando gradualmente la voz, tuvo que repetir el llamamiento.

—¿Quién llama?—preguntó el caballero con voz soñolienta.

—Levantaos... Encended luz...

—¡Señora Macrina!...

—Y callad, señor...

—¿Qué sucede?

—¡Vírgen santísima!...

—¿Hay ladrones?

—El ladron de vuestra honra, don Juan de Manrique.

—¡Don Juan!...

—Levantaos y venid.

—Luz.

—No la tengo, ni puedo encenderla.

Don Pedro se sentó en la cama.

Estaba aún más aturdido que la dueña.

Quiso encender luz.

No acertaba á herir el pedernal con el eslabon y se pegaba en los dedos.

Por fin la luz se hizo y con la mecha de azufre encendió una bujía.

—Explicaos ahora,—le dijo á la dueña.

—He despertado... He oido voces, me he levantado y por entre la cortina he podido ver que don Juan de Manrique está al lado de mi señora...

—¡Por el infierno!—exclamó el señor de Lainez saltando del lecho sin pensar que no tenia más ropa que la camisa y que lo contemplaba una mujer honesta.

La señora Macrina se tapó los ojos con las manos y exclamó:

—¡Jesús bendito!

—¿Acabareis de explicaros?—dijo el caballero dando un paso hácia la dueña.

Esta le volvió la espalda mientras decia:

—Señor, recataos...

—¡Vive el cielo!...

—Don Juan está en el aposento de vuestra hija.

—¿Cómo ha entrado?

—No lo sé, porque yo cerré la puerta y la llave estaba entre mis colchones...

La ira trastornó á don Pedro.

Juraba y maldecia como un condenado, en tanto que medio se vestía.

—Tomad esa luz,—le dijo á la dueña,—y pedidle á Dios que el abuso no se haya cometido por vuestra torpeza.

—Señor, ese hombre debe haber entrado por una de las ventanas.

—Y yo tengo el derecho de matar al que á media noche se introduce en mi casa.

—¡Que Dios nos asista!

El primer impulso de don Pedro fué el de coger su espada; pero comprendió que si al caballero acometia, este se defenderia, en cuyo caso seria imposible que lo matase y muy probable que muriese.

¿Qué haria?

No podia quedar satisfecho si dejaba con vida á don Juan.

A pesar de su trastorno brotó en su mente una idea diabólica.

Si don Juan habia entrado por la ventana, por el mismo sitio tendria que salir, y esperándolo en el patio y cuando bajese precipitadamente, no seria difícil sorprenderlo y darle una puñalada antes de que pudiera defenderse.

Este plan era digno de don Pedro.

—Escuchad,—le dijo á la dueña.

—Mucho cuidado, señor.

—Ante todo hemos de ver si aun está ese hombre en el aposento de mi hija, y en este caso os colocareis á la puerta, despues de haber puesto la llave por el lado del

pasillo. Yo me iré y bajaré al patio, y cuando pasen algunos minutos, vos cerrareis, golpeareis la puerta, gritareis...

—Y don Juan se irá por la ventana.

—Eso es lo que deseo.

—Estoy temblando...

—Obedeced.

No se atrevió á replicar la señora Macrina.

Tomó su daga el caballero.

Se encaminaron hácia el aposento de la jóven.

No era imposible que el lance le costara la vida á don Juan.

CAPITULO CXLVII.

Siguen las sorpresas.

Debemos recordar que Andrés, mientras evocaba recuerdos, empezó á recorrer algunas de las habitaciones de la casa.

Iba de un lado para otro sin producir ni el más leve ruido, y con frecuencia se detenía, quedando absorto en sus tristes pensamientos.

Sin darse cuenta de lo que hacia llegó á una escalera y subió.

Siguió vagando.

De repente quedó inmóvil.

Se arrugó su entrecejo.

Cerró la linterna.

¿Qué le sucedia?

Creyó haber oido como un rumor confuso.

Encontrábase junto á una puerta.

Se inclinó y miró.

Difícilmente pudo contener un grito.

Acababa de ver á don Pedro, que empuñaba la daga y á la dueña que llevaba la luz.

El primer golpe de vista bastaba para comprender que estaban muy agitados.

¿Qué hacian á tales horas y recorriendo silenciosamente la casa?

Para adivinarlo no tuvo que cavilar mucho Andrés.

Era indudable que la vieja habia despertado y oido hablar á los dos amantes, y que fué á dar parte á su señor.

El arma que este llevaba era demasiado elocuente.

Todo lo crítico de aquella situacion lo apreció el sirviente en un instante.

¿Qué determinacion debia tomar?

Si acometia á su antiguo señor se produciria el escándalo, despertarian todos los criados y era lo más probable que llegase el caso de tener que matar ó morir.

Si se concretaba á observar era tambien posible que sucediese una desgracia.

Perplejo quedó Andrés.

Nunca habia vacilado; pero entonces no sabia qué hacer.

Miró ansiosamente.

Vió que don Pedro y la dueña llegaron á la puerta de la primera habitacion que habia que pasar para ir á la de doña Sol.

Entró el caballero.

Queria convencerse de que la señora Macrina no se habia equivocado.

Bien pronto tuvo la prueba.

Volvió á salir con el rostro lívido y descompuesto.

Apenas podia respirar.

Corrientes de fuego se escapaban de sus ojos.

Estaba trastornado por una de aquellas crísis espantosas de sus arrebatos de ira.

—Cumplid mis órdenes,—le dijo á la dueña.

—¡Ah!...

—La llave, la llave.

La vieja quitó la llave y la colocó por el lado opuesto en la cerradura.

—Esperareis algunos minutos,—le dijo don Pedro,—el tiempo preciso para que yo llegue al patio... No necesito luz, ni me conviene llevarla... ¡Oh!... ¡Cuando el criminal intente huir, le hundiré mi daga en el corazon!

Estas palabras fueron bastante para que el sirviente adivinase el plan del señor de Lainez.

Tambien relumbraron los ojos de Andrés.

La señora Macrina, sin producir ruido, cerró la puerta y echó la llave.

El caballero se alejó y entró por un pasillo, avanzando á tientas.

Andrés se separó del sitio donde estaba.

Abrió la linterna.

Con el auxilio de la luz pudo andar rápidamente.

Dejó atrás algunos aposentos.

Llegó á la cocina y bajó por la escalerilla que conocemos ya.

Cuando se encontró en el pasillo donde estaba la puerta que daba al patio, volvió á cerrar la linterna y quedó inmóvil.

Pocos minutos despues percibió el ruido de los pasos de don Pedro.

Luego pudo distinguirlo confusamente y ver que en el patio entraba.

Lo primero que hizo el señor de Lainez fué acercarse á la pared donde se encontraban las ventanas del dormitorio de su hija.

Encontró la escalera.

—Bien,—murmuró,—si me coloco allí, podré caer sobre el miserable en los momentos en que ponga los piés en los últimos travesaños, y descargaré el golpe antes que el amago sienta.

Pasaron algunos minutos de silencio.

De repente empezó á resonar la voz de la señora Macrina, que gritaba.

Resonaron tambien los golpes que daba en la puerta.

Y don Pedro pudo oir además un grito de terror, exhalado por su hija.

Habia llegado el momento crítico.

Debemos penetrar en la habitacion donde estaban los dos amantes.

Demasiado bien comprendian que los habian descubierto.

Como impulsados por un mismo resorte, se pusieron en pié.

—¡Huye!—le dijo doña Sol á don Juan.

—¡Que huya!—replicó el caballero.—¿Acaso soy un criminal?

Y levantó la cabeza con altivez, cruzó los brazos y

fijó la mirada en la puerta, esperando á que se presentasen sus perseguidores y enemigos.

—Despertarán todos los criados,—repuso la jóven con mortal angustia.

—¿Y qué me importa?

—Te verán y...

—Tranquilízate, Sol de mi vida, que esos villanos no pueden hacer nada contra mí.

—Pero mi honra...

—¡Oh!...

—Mi reputacion...

—Es verdad,—dijo tristemente el caballero.

—Vete... Aprovecha estos momentos... ¡Dios mio!...

Aún tuvo don Juan de Manrique serenidad bastante para despedirse tiernamente de la jóven.

En seguida, sin apresurarse, montó en la ventana, pasó al otro lado de la pared y colocó los piés en la escalera.

Fulgor siniestro se escapó de los ojos del señor de Lainez.

Su mano convulsa oprimió el mango de la daga.

Preparóse para caer sobre su víctima.

Empero Andrés, que observaba con atencion profunda, abrió la linterna, desenvainó la espada y entró en el patio.

Lo que sintió don Pedro no es posible concebirlo.

—Nada temais, señor,—dijo Andrés.

Y al mismo tiempo se colocó junto al señor de Lainez y exclamó con voz reconcentrada:

—Si dais un solo paso, os mataré.

Un grito destemplado lanzó el caballero.

Se agitó violentamente.

Pudo entonces verse su rostro lívido y desfigurado.

Estaban sus ojos inyectados en sangre.

Centellas se escapaban de sus pupilas.

Don Juan, que bajaba, se detuvo.

No necesitaba pedir explicaciones.

—Cobarde,—murmuró.

Acabó de bajar.

Se acercó á don Pedro, y le dijo:

—Queríais asesinarme cuando vengo á vuestra casa para salvaros... Verdad es que nada debeis agradecerme, porque no hago nada por vos, sino por vuestra hija.

—¡Oh!...

—Dejad esa daga, subid y mandad á vuestros criados que callen.

—Y si así no lo haceis, juro que os mataré,—dijo el criado.

Y dió un paso hácia don Pedro.

No podia éste entablar una lucha con aquellos dos hombres, porque hubiera sucumbido.

Estaba ciego, loco por la ira; pero no habia perdido el instinto de conservacion.

Dejó caer la daga.

Se convenció de que tenia que dejar libres á sus dos enemigos.

Don Juan, con una calma que en aquellos momentos era terrible, dijo:

—Caballero, tal vez mañana vendrá á buscaros la

justicia... Aprovechad las horas que de libertad os quedan, aprovechadlas y huid, pues solo así podreis libraros de morir á manos del verdugo. Vuestra hija os dará más explicaciones, y si aún os obstinais, peor para vos, porque todos nuestros esfuerzos serán inútiles para salvaros.

—Salid, salid,—dijo don Pedro con voz ronca.

—Más ó ménos tarde llega el dia de la justicia.

—¡Por el infierno!... Salid, porque no respondo de lo que haré.

—Vamos, Andrés,—dijo don Juan.

Este y el criado dieron media vuelta.

Salieron del patio y desaparecieron en el pasillo.

El señor de Lainez se arrojó al suelo, se golpeó la cabeza, se retorció los brazos y se entregó á todos los trasportes de la desesperacion.

Era imposible que recobrase la calma; pero debia perder las fuerzas.

Al fin se sintió rendido por la fatiga.

Quedó inmóvil por algunos minutos.

Su respiracion era trabajosa y desigual.

Se pasó las manos por la frente que inundada tenia en frio sudor.

En pié se puso.

Con pasos vacilantes volvió á las habitaciones y subió.

Habian despertado ya los demás criados, que acudieron para saber lo que sucedia.

—¿Qué haceis aquí, bellacos?—les preguntó don Pedro.

—Señor, hemos oido gritar á la dueña y...

—Volved á vuestros aposentos antes de que os castigue como mereceis por vuestra curiosidad.

—Creimos que habia ladrones, porque la señora Macrina pedia socorro...

—¡Silencio!

No se atrevieron los criados á replicar.

Se alejaron, pensando que su señor debia haber perdido el juicio.

Cuando solos estuvieron el señor de Lainez y la dueña, esta preguntó temerosamente:

—¿Lo habeis matado ya?

—¡Que el infierno me confunda!...

—¡Jesús!...

—Dentro de mi casa estaban los cómplices del criminal, y milagrosamente he quedado con vida.

—¡Horror!...

—Y vuestra es la culpa de todo lo que pasa, porque si vigiláseis lo mismo de noche que de dia...

—Señor, estaba durmiendo.

—No debeis dormir.

—¡Que la Vírgen Santísima me ampare!... No puedo sostenerme... Ya veis cómo tiemblo, y los huesos se me hielan... Este lance me costará la vida.

—Callad.

—Es que me muero...

—Nada perderá el mundo.

—¡Ay!...

—Apartaos, vieja torpe.

—Señor, me ultrajais injustamente...

—Digo que os aparteis.

La dueña obedeció.

Don Pedro abrió la puerta.

Entró y siguió hasta el aposento de su hija.

Esta habia conseguido reponerse.

Ya era otra vez la criatura de espíritu enérgico dispuesta á luchar y á sufrirlo todo.

Estaba pálida como un cadáver; pero la espresion de su semblante revelaba la tranquilidad del que tiene la conciencia pura.

¿Qué resultaria de aquella conferencia?

¿Se convenceria don Pedro?

Lo dudamos.

Se sentó frente á su hija.

Fijó en ella una mirada penetrante y terrible.

La jóven esperó sin moverse ni hablar.

La escena debia ser interesante.

CAPÍTULO CXLVIII.

El diablo sigue inspirando al señor de Lainez.

Forzosamente tenia que hablar doña Sol del gravísimo suceso que se preparaba, ó lo que es igual, del golpe horrendo que tan de cerca amenazaba á su padre.

No era aquella la ocasion más oportuna para tratar de semejante asunto, porque don Pedro estaba profundamente trastornado por la ira, y su trastorno no habia de permitirle escuchar razonamientos de ninguna clase. Además, lo que acababa de suceder le hacia mirar con mayor desconfianza á su hija, y con doble motivo habia de creer entonces que se proponian engañarlo infundiéndole terror para que cediese.

Toda su inteligencia y aun mucha más necesitaba la infeliz jóven en aquellos momentos.

Por de pronto dió una prueba de la gran energía de su espíritu, haciendo un esfuerzo, dominando su dolor y su trastorno y esperando con serenidad.

Ya habia aceptado la infeliz su horrible situacion y

no queria rebajarse exhalando quejas y lamentos indignos de la criatura que tiene valor y la conciencia tranquila.

Sentóse don Pedro, porque estaba muy fatigado.

Su respiracion era trabajosa.

Se pasó las manos por la frente, que inundada tenia en frio sudor.

Aun temblaba á impulsos de la ira.

Por algunos minutos guardó silencio.

No sabia cómo dar principio á la conversacion.

En vano buscaba palabras que espresasen con exactitud lo que sentia.

Por fin dijo con destemplada voz:

—Señora, vuestros abusos han llegado á tal extremo que ya es absolutamente imposible prolongar esta situacion.

—Por desgracia,—replicó la jóven,—dentro de algunas horas terminará.

—No solamente os habeis rebelado contra mi autoridad, dando ocasion para escándalos y conflictos los más graves, sino que hasta el pudor habeis olvidado y á media noche y en la soledad de vuestro aposento, recibís á un hombre sin que os detenga el peligro espantoso de la mancha que echais sobre vuestra honra. Y hay más, doña Sol, hay más: tampoco os ha detenido el temor de que vuestro padre pudiera verse en un conflicto que le costase la vida, á menos que pasase por una humillacion, teniendo que cruzarse de brazos y ver cómo tranquilamente salian de su casa los miserables que la habian invadido.

—Padre y señor, si me escucháseis, os evitaríais una gran parte de la molestia que habeis de tomar al reconvenirme partiendo de un error.

—¡Partiendo de un error!

—Sí.

—¿Acaso no es verdad que don Juan de Manrique ha estado con vos en este aposento?

—Verdad es.

—Pues entonces...

—¿No sabeis con qué fin ha venido?

—Para veros, para hablar con vos, para deshonraros,—dijo arrebatadamente el señor de Lainez.

—Para verme y para hablarme, sí.

—Pues si aquí se ha introducido ese hombre...

—Ha hecho el último sacrificio, el último esfuerzo; ha querido dar la última prueba de su generosidad sin límites, una generosidad que no podeis concebir.

—Señora, no he venido para escuchar necedades que me ofenden.

—Decid lo que bien os parezca y callaré. El dolor podrá quitarme la vida; pero siquiera tendré el consuelo de que tranquila quedará mi conciencia.

—Apelaré al último recurso.

—¿En qué consiste?

—Os encerraré en un convento.

—Gracias, padre mio,—dijo dulcemente doña Sol;—con encerrarme en un convento me amenazais precisamento cuando yo habia decidido pediros licencia para separarme del mundo y dedicarme á Dios.

—¡Señora!...

—Vuestras prohibiciones no han sido bastante para que yo deje de amar á don Juan de Manrique, y á despecho de todos los obstáculos, y á pesar de todos los peligros, he aspirado siempre á realizar mi dicha, siendo esposa de don Juan; pero las circunstancias han conseguido lo que para vos era imposible, y aunque á don Juan amo, y lo amaré mientras viva, renuncio á ser su esposa.

Con profunda sorpresa escuchó estas palabras don Pedro.

Todo debia esperarlo menos semejante determinacion.

Era inconcebible que la jóven renunciase á ser esposa de don Juan despues de haber luchado con tanto valor y tanta constancia y sin vacilar ni un momento ante ninguna consideracion ni peligro.

Miró el señor de Lainez á su hija y despues de algunos minutos exclamó:

—¡Que renunciais á ser esposa de don Juan!

—Eso he dicho.

—No lo entiendo.

—Y si esto es un triunfo para vos, ya habeis triunfado; si esto puede ser ocasion de regocijo, regocijaos, padre y señor.

—Necesito explicaciones.

—Os las daré ahora mismo y tan claras que no sea posible la duda; pero antes os advertiré que esta resolucion es tan firme como todas las mias.

Volvió don Pedro á pasarse las manos por la frente.

Estaba cada vez más aturdido.

¿Cómo habia de sospechar que así terminase aquella situacion?

¿Diria su hija la verdad?

Parecia que no le convenia mentir, siquiera porque la mentira no habia de serle provechosa entonces.

Su padre le amenazaba con encerrarla en un convento, y esta determinacion la aceptaba la jóven como lo más conforme á sus deseos.

—Os escucho,—dijo don Pedro,—y tened en cuenta que no habeis de engañarme, porque ya no me inspirais ninguna confianza.

—Mi conciencia me prohibe ser esposa de don Juan despues que á vos os cuesta la vida y la honra la lucha que habeis sostenido; pues aunque yo me he concretado á defenderme, como lo que vos llamais mi rebeldía no es otra cosa que el no haber querido someterme á lo que nadie tenia derecho á exigir de mí, resultará siempre que por consecuencia de estos sucesos vos habreis sufrido la desgracia más horrenda. En cuanto á don Leandro, tampoco seré su esposa, y para que todos pierdan la última esperanza y termine esa rivalidad entre dos hermanos, pronunciaré los sagrados votos que han de separarme para siempre del mundo.

—¿Quereis ser monja?

—Sí, quiero ser esposa de Jesucristo, haciendo así absolutamente imposible mi union con ningun hombre.

—Creí que al desear encerraros en un convento...

—No lo haré para cambiar de vida, para estar en distinto lugar, sino para ofrecerle á Dios el corazon que no puedo dedicar al hombre á quien amo.

—Todavía no entiendo bien.

—Sí entendeis, padre mio; pero dudais, sospechais que os tienda un lazo.

—Sí, pues ya he visto que sois capaz de todo.

—El engaño es imposible si al entrar en un convento pido que se me dispense el tiempo de noviciado, porque estoy decidida á profesar inmediatamente, apenas me lo permitan.

—Debo ser muy torpe, porque...

—Recordad bien lo que he dicho.

—Sí, que quereis ser monja, porque vuestra conciencia no os permite casaros con don Juan.

—No, no me lo permitirá despues que vos hayais sufrido el terrible golpe que os amenaza; y como esa inmensa desdicha está muy cercana, os suplico que no me pongais ningun estorbo para irme mañana mismo á una celda.

—¡Mañana mismo!...

—Y ha de ser temprano, padre mio, muy temprano.

—Pero...

—Esta es la última gracia que os pido y no me la negareis,—repuso doña Sol con tono de súplica conmovedora.—No os hago ningun mal, sino que por el contrario ha de complaceros el tener la seguridad de que ya es imposible mi union con don Juan de Manrique. He sufrido mucho, pero estoy dispuesta á todos los sacrificios para salvar á mi padre.

—¡Salvarme!

—Estais al borde del abismo.

—¡Vive el cielo!... No acabo de entender.

—¿No quereis que renuncie para siempre á don Juan?

—Sí.

—Pues bien, renunciaré, y para que ningun temor abrigueis en cuanto al cumplimiento de mi promesa, yo misma me obligaré, pronunciando los sagrados votos; pero en cambio de este sacrificio que solo Dios puede apreciar, huid, apenas salga el sol ó esta misma noche si es posible, porque no teneis más que un solo dia de plazo, entendedlo bien, un solo dia.

—¡Doña Sol!...

—Mañana vendrá la justicia á buscaros...

—¡La justicia!—murmuró don Pedro cuyo rostro se tornó lívido.

—Sí, porque mañana declararán los tres criminales que están en la cárcel, y los tres os acusan, refiriendo del mismo modo...

—Imposible, imposible.

—Más todavía, padre mio.

—Más aún...

—Uno de esos miserables, dice que os sirvió en otro tiempo, entendiéndose con uno de vuestros criados para asesinar á un hidalgo que en esta calle vivia...

—¡Por el infierno!...

—Quiero creer que mienten, porque sois mi padre,—repuso la jóven con exaltacion febril;—pero si los tres declaran lo mismo, la justicia os condenará.

El señor de Lainez se sintió anonadado.

—Antes de partir me dejareis en el convento, y si quereis que os acompañe os acompañaré, y hareis cuanto se os antoje sin que yo os ponga ningun estorbo, con

tal de que os libreis de una muerte afrentosa. Ya sé que es imposible que se salve nuestro honor; pero se salvará vuestra vida y yo no veré que mi padre entrega la cabeza al verdugo en presencia de un pueblo que lo desprecia y lo maldice.

—Calla, calla.

—Más no puedo ofreceros, ni más podeis pedirme... Disponed de mi vida; pero huid, salvaos,—dijo arrebatadamente doña Sol.

—¿Y si yo te exijo que te cases con don Leandro en vez de profesar?

—Padre mio...

—Dices que estás dispuesta á todos los sacrificios.

—Y no vacilaré para consumarlos.

—Pues bien, huiremos, iremos á donde quieras, y cuando ya no abrigues ningun temor, porque estaremos en tierra extraña, te casarás con don Leandro de Manrique.

—Don Leandro no ha de querer casarse con la infeliz cuyo nombre ha sido infamado, no ha de querer por esposa á la hija del asesino condenado á muerte.

—Es posible que te equivoques.

—Preguntádselo y saldreis de dudas.

—¡Que se lo pregunte!... Eso seria lo mismo que confesar que yo soy asesino y creo que la justicia puede condenarme.

—Aun dudais, y...

—Sí, dudo.

—Sabed que el doctor Olivares ha venido á Madrid.

—¡Ah!...

—Trae órdenes terminantes del rey para que la justicia cumpla su deber. Y el alcalde don Gaspar ha determinado que mañana mismo se escriban las declaraciones de los tres criminales. Para darme este aviso ha venido don Juan, y ya le he dicho que no seré su esposa, porque me lo prohibe mi conciencia, que está sobre mi corazon.

Don Pedro quedó silencioso.

Creia que se le tendia un lazo; pero al mismo tiempo no comprendia cómo podian engañarlo si doña Sol principiaba por renunciar á casarse con don Juan de Manrique.

Si ella estaba dispuesta á ser monja, ¿en qué consistia su engaño?

No era posible que el caballero adivinase lo que no existia.

Sin embargo pensó que don Juan y Andrés eran ingeniosos hasta lo inverosímil y que tal vez habian trazado un plan digno de su ingénio.

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

La jóven miraba ansiosamente á su padre y esperaba la resolucion.

Lo mismo que habia sucedido otras veces, tambien entonces el diablo inspiró á don Pedro.

De repente cambió la expresion de su semblante.

Con el fuego de la más viva alegría brillaron sus ojos.

—¡Ah!—exclamó.

Y desplegó una sonrisa maliciosa

¿Qué significaba semejante cambio?

Creyó haber adivinado el plan ingeniosísimo de los dos amantes.

—Bien,—dijo,—muy bien.

Su hija lo miró con asombro

El caballero volvió á sonreir y añadió:

—Si mi situacion es como la pintais, apenas me queda tiempo para huir, pues por mucho que tarde don Gaspar en interrogar á los criminales, no debo considerarme libre más que algunas horas de la mañana.

—Es lo más probable.

—No solamente tendré que huir, sino muy precipitadamente.

—Sí.

—Y será imposible que tú me acompañes, porque una mujer no puede montar á caballo, correr, hacer un largo viaje sin descansar, sin entrar en las poblaciones y quizás teniendo que pasar las noches al aire libre, pues solo así me burlaré de la justicia.

—Por eso he dicho que podeis dejarme en un convento.

—No me seria posible hacer otra cosa.

—Y en vuestra presencia solicitaré que se me dispense el tiempo de noviciado.

—Pero esa gracia no pueden concedértela en seguida, y por consiguiente no has de pronunciar los votos al entrar en el convento. Yo me iré, tú te quedarás; pasarán algunos dias, y así como á pesar de todas mis precauciones don Juan se ha introducido en esta casa,

se introducirá tambien en el convento, y tú te irás con él, y cuando yo comprenda el engaño... ·

—¡Padre mio!...

—Basta, doña Sol... Ya veis que he adivinado el plan.

—Os acompañaré en vuestro viaje, y...

—Sí, nos seguirá ese hombre, que nada respeta, y en cualquier sitio solitario...

—¡Dios mio!—exclamó la jóven con acento desgarrador.

—Podreis matarme, pero no os burlareis de mí.

—¡Ah!...

—Hemos concluido,—dijo don Pedro.

Y en pié se puso.

—Escuchad, padre mio.

—No.

—En nombre de...

—Silencio.

—Que morireis á manos del verdugo...

—¡Vive el cielo!... No provoqueis más mi enojo, porque no respondo de lo que haré.

Quiso doña Sol detener á su padre; pero este la rechazó con dureza y diciéndole:

—Apartaos.

Y salió de la cámara.

De hinojos cayó la infeliz jóven.

Las manos cruzó.

Elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

—¡Dios mio!—exclamó desesperadamente.

El señor de Lainez volvió á su dormitorio.

Se habia tranquilizado en cuanto al peligro que le amenazaba, y decia:

—A Dios le doy gracias, porque me ha inspirado... Ha faltado muy poco para que me engañen; pero no lo conseguirán... ¡Oh!... Estoy muy fatigado.

Volvió á desnudarse y se acostó.

CAPITULO CXLIX.

Sigue la obcecacion de don Pedro.

En vano intentó la jóven entregarse al reposo.

Sufria lo que apenas se concibe.

Trastornada por su dolor y por la escitacion febril, figurábase ya ver á su padre entre los corchetes para ser conducido á un calabozo.

Medio aletargada quedó alguna vez durante aquella noche; pero sufria mucho más con las horrorosas pesadillas que forjaba su imaginacion.

Empeñábase en encontrar razones para convencer á su padre; pero esto era ya imposible.

En cambio don Pedro fué recobrando la tranquilidad y acabó por dormir profundamente.

Llegó el nuevo dia.

El caballero se levantó más tarde que de costumbre.

Apenas se vistió preguntó si estaba preparado el almuerzo.

En el comedor se encontró con su hija.

Mortal palidez cubria el rostro de la infeliz.

Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto y la penosa vigilia.

Tristemente se inclinaba su cabeza sobre su pecho.

Grandes esfuerzos tenia que hacer para sostenerse.

No hizo más que probar el alimento y dejarlo.

Su padre no se dignó mirarla.

Permanecieron silenciosos.

Terminado el almuerzo volvió á su cámara el señor de Lainez.

Aquella mañana no se durmió, segun su costumbre.

Llamó á uno de sus criados y mandó que fuese inmediatamente en busca de un cerrajero.

Cuando este se presentó, le dijo don Pedro que inmediatamente habia de poner candados en las dos puertas de la casa, y barrotes cruzados en las ventanas del aposento de su hija.

Otras muchas precauciones habia pensado adoptar; pero por de pronto ponia en práctica las más urgentes.

Desistió de llevar á su hija á un convento, pues esto le parecia muy peligroso despues de creer que habia adivinado el plan de los dos amantes.

Sus órdenes fueron cumplidas con prontitud.

Se complació el señor de Lainez en contemplar la obra del cerrajero.

Ya era imposible que don Juan penetrase en la casa, aunque contase con el auxilio de algun criado traidor.

Así pasaron las horas de aquella mañana.

Al medio dia dijo el criminal:

—Tiempo sobrado ha tenido la justicia para venir á

buscarme, y sin embargo nadie me molesta, lo cual, discurriendo juiciosamente, prueba que se habian propuesto engañarme.

Cuando más tranquilo estaba don Pedro eran mayores los temores de su hija.

Estremecíase al oir el más leve ruido.

Llegó la hora de comer.

El señor de Lainez dió pruebas del mejor apetito.

Aunque el sueño empezó á cerrar sus ojos, dominóse, llamó á la dueña y le dijo:

—Voy á salir, y vos sereis responsable si mi hija vé á don Juan.

—No le permitiré salir de su cámara.

—Ni os separareis de su lado.

—Descuidad, mi noble señor, pues todavía no he conseguido recobrar la calma. Cada vez que recuerdo lo que anoche sucedió...

—Debe serviros de escarmiento.

Un penoso suspiro exhaló la vieja.

Don Pedro salió de su casa.

¿A dónde iba?

A pasearse para convencerse de que era verdad que estaba libre.

Tambien pensaba averiguar si era cierto que el doctor Olivares se encontraba en Madrid.

Recorrió varias calles.

Fué á parar á palacio.

Allí preguntó por el célebre médico.

—En el Escorial lo teneis,—le contestaron.

Respiró con más libertad el señor de Lainez.

Acababa de tener otra prueba de que su hija habia mentido.

Ya era imposible que abrigase ningun temor.

Desde palacio bajó por la Cuesta de la Vega con intencion de ir hasta la calle de Segovia y subir para volver á su casa.

Llegó á la orilla del rio y se detuvo porque estaba muy fatigado.

Miró distraidamente hácia el agua.

En aquel momento salió de entre un grupo de árboles el doctor Olivares.

Vió á don Pedro y se detuvo.

—Esta es buena ocasion,—dijo.

Dando un rodeo se dirigió rápidamente hácia la calle de Segovia.

Con la agilidad de que habia dado tantas pruebas subió, llegó á Puerta de Moros, tomó por la calle del Humilladero, y entró en la morada del señor de Lainez.

Desde luego preguntó por la jóven y dijo que iba á verla por órden del caballero.

Como los criados habian visto á su señora pálida, triste y sin apetito aquel dia, creyeron de buena fé que necesitaba el auxilio del médico.

La dueña no se atrevió á oponerse á que entrase el doctor.

Ignoraba la parte que este tenia en aquellas intrigas, y por consiguiente no podia mirarlo con desconfianza.

Bien pronto comprendió su error.

Olivares entró en la cámara y mientras saludaba á la jóven la miró fijamente.

—Vuestra salud no es completa,—le dijo.

—Doctor, el cielo os envía...

—He aprovechado una ocasion que me ha ofrecido la casualidad, y aquí me teneis para deciros lo que habeis de hacer, si es que quereis que se salve vuestra vida.

—¡Mi vida!—murmuró con tono de amargura la jóven.—¿Acaso la muerte no es para mí la única dicha posible?

—Otra os espera.

—¡Otra!... Si supiéseis...

—Vos me direis lo que ignoro, pues solo así podré adoptar con algun acierto la resolucion que convenga.

Olivares tenia la misma calma que siempre.

De la expresion de su semblante nada hubiera podido decirse.

En cambio en el de la jóven se veia pintado un mortal sufrimiento.

La dueña, alentada con las facultades que su señor le habia concedido, creyóse autorizada para tomar parte en la conversacion, y dijo:

—Doctor, todos los males de mi señora...

—Callad,—interrumpió ásperamente doña Sol.

—Me parece...

—Ahora yo hablo, y vos no teneis que hacer más que escuchar.

Olivares volvió la cabeza.

Fijó en la señora Macrina una mirada escudriñadora, y dijo como si hablase para sí:

—Hace cuatro ó cinco años que nos conocemos.

Luego se dirigió á la hija del señor de Lainez y añadió:

—No desconfieis aunque el apuro llegue al último extremo, pues tengo razones para creer que Dios nos ayudará. Calma, doña Sol, porque con los arrebatos del dolor se cometen muchas torpezas.

—Lo que estais diciendo...

—Mientras se sostiene la lucha, no debe perderse la esperanza de triunfar.

—Creo que vos la habeis perdido...

—Os equivocais, y la prueba la teneis en que todavía lucho. Cuando mi última esperanza se desvanezca, no me molestaré en hacer nada, porque yo no empleo el tiempo inútilmente.

—Me reanimais, mi buen amigo.

—Aún me quedan recursos.

—¡Doctor!...

—No os engaño para aliviar vuestro dolor, porque mi carácter, mis ideas, no me permiten consolar.

—Sin embargo...

—Os escucho... Supongo que anoche vísteis á don Juan de Manrique.

—Sí.

—Os daria á conocer la situacion.

—Perdonad,—dijo la dueña;—pero nombrais á una persona...

—Señora Macrina,—replicó friamente el médico,—tened cuidado, porque no seria imposible que yo hiciese con vos lo que hizo el honrado conde de la Laguna... Supongo que no habeis olvidado aquel suceso.

Se extremeció la vieja.

No se atrevió á replicar.

Habia comprendido demasiado bien la amenaza, que era terrible.

—Continuad,—le dijo Olivares á doña Sol.

—La noche ha sido terrible, porque cuando yo hablaba con don Juan, despertó esta mujer y dió aviso á mi padre. Se produjo el escándalo y milagrosamente no corrió la sangre. Don Juan salió con Andrés, y como mi padre me amenazó entonces con encerrarme en un convento, le contesté que esto era lo que yo deseaba, porque ya mi conciencia no me permitia ser esposa del hombre á quien amo, y sobre este punto le dí las explicaciones convenientes, le hice comprender el peligro y le supliqué que salvase la vida. En cambio yo le ofrecia renunciar para siempre á ser esposa de don Juan y pronunciar los sagrados votos que habían de separarme del mundo.

—Vos no teníais derecho á prometer tanto.

—¿Y por qué?

—Porque no se trata solamente de vuestra dicha, sino tambien de la de don Juan, y al sacrificaros lo sacrificábais.

—Doctor, yo no puedo ser su esposa, no puedo levantar el edificio de mi dicha sobre el cimiento de la desdicha más horrenda.

—¿Qué os respondió vuestro padre?

—Desconfió lo mismo que siempre, y creyó adivinar nuestros planes.

—Su desconfianza...

—Lo perderá.

—Es posible.

—Me dijo que yo me proponia obligarlo á huir precipitadamente, dejándome en un convento de donde me sacaria don Juan.

—Me maravilla el ingenio de vuestro padre.

—En vano supliqué, en vano me mostré dispuesta á consumar todos los sacrificios... En vano...

—Nada más me digais, porque no necesito más explicaciones. Vuestro padre desconfia más porque vé que el tiempo pasa sin que nadie lo moleste.

—Hoy esperaba...

—Sí; pero como lo han dejado en paz, se rie de todos los peligros.

—De todo esto resulta que si anoche dudaba...

—Sí, á estas horas debe estar profundamente convencido de que intentásteis engañarlo.

—No se convencerá sino en el momento terrible, y entonces...

—Doña Sol, cuando ese momento llegue apelaré al último recurso.

—¡El último recurso!... ¿Y en qué consiste?

—No me está permitido daros más explicaciones.

—Respeto vuestra reserva.

—Si teneis fé en mi amistad...

—¿Cómo no he de tenerla?... Muchas veces me habeis dado pruebas inequívocas del vivo interés con que mirais mi suerte, y...

—Cumplo lo que prometí á vuestra madre moribunda.

—¡Madre mia!—exclamó la jóven con voz ahogada.

Y el llanto se escapó de sus ojos.

—Llorad,—dijo el doctor;—pero tened calma, porque si la perdeis, todo se perderá tambien. La verdadera situacion yo la conozco y nadie más, absolutamente nadie, y por eso no podeis prever lo que sucederá. Vuestra salud puede quebrantarse gravemente, y esto seria una complicacion que produciría muy tristes consecuencias. Os diré lo que conviene que hagais, y si mis consejos no poneis en práctica...

—Sí, sí.

—Si os falta el valor, si no teneis serenidad...

—Valor tendré, si es que así ha de salvarse mi padre.

—Aunque llegue ese momento terrible que tanto os espanta...

—¡Dios mio!...

—Ni aun entonces debeis perder la esperanza, porque cuando os parezca más crítica la situacion, cambiará repentinamente y en virtud de sucesos los más extraños.

—Eso es incomprensible.

—Un misterio que no puedo revelar.

—Pues bien, yo moriré; pero os juro que tendré valor hasta el último instante.

—Es cuanto se necesita.

—¿Habeis visto á don Juan?

—Sí.

—Entonces debeis conocer sus propósitos.

—Ya he visto que la generosidad trastorna su razon y está dispuesto á cometer más de una locura.

—Si vos no le poneis obstáculos...

—Todo se arreglará.

—Mi padre ha adoptado nuevas precauciones y ya será imposible que yo vea al hombre á quien amo.

—Eso es lo de menos.

—Mi resolucion conoce y...

—No os fatigueis, doña Sol.

—¡Ah!...

La desdichada jóven inclinó sobre el pecho la cabeza.

Suspiros penosos se escapaban de su pecho.

Olivares la pulsó, y dijo:

—Cuidado, mucho cuidado... Os recuerdo que teneis el deber de conservar la vida.

En pié se puso el médico y añadió:

—No hay ningun inconveniente en que vuestro padre sepa que he venido y os he aconsejado.

—Yo nada he de decirle.

—Se lo dirá esta mujer.

—Esa es mi obligacion,—repuso la dueña.

—Cumplidla, que cuando cambie la situacion, tendreis lo que habeis merecido.

Volvió á temblar la señora Macrina.

Olivares dirigió las palabras más cariñosas á la hija de don Pedro.

Despidióse y salió sin que se hubiese alterado su tranquilidad.

—¡Jesús bendito!—exclamó la vieja.—Estoy aturdida porque...

—El doctor os acusa,—le dijo doña Sol,—y cuando

no os habeis atrevido á defenderos, no debe estar muy tranquila vuestra conciencia.

—Señora mia...

—No me conviene ahora ocuparme de vos; pero dia llegará en que el doctor Olivares me explique lo que significan sus palabras referentes al conde de la Laguna.

—Calumnias.

—Bien está.

—Os juro que...

—No es menester que jureis.

—Puedo justificar...

—Ese asunto no tiene ahora importancia para mí.

La dueña guardó silencio.

Interiormente maldecia al doctor, y además se preguntaba qué tenia este que ver en el asunto amoroso de su señora.

Media hora despues volvió don Pedro á su casa.

Ya nada temia, absolutamente nada.

La dueña se le presentó, diciéndole:

—Mi noble señor, siento mucho que no me hayais dado instrucciones completas, pues no era posible que yo adivinase que además de don Juan de Manrique, de vuestro antiguo criado y de su amigo el alférez, habia otras personas de quienes convenia guardarse.

—¡Otras personas!...

—El doctor Olivares.

—¡Olivares!—exclamó don Pedro con tono de terror profundo.

Y su rostro se cubrió de nerviosa palidez.

—Ha venido,—dijo la dueña.

—¡Que ha venido!... ¿Y para qué?

—Se presentó diciendo que vos lo enviábais para ver á mi señora.

—Miente, miente.

—Despues comprendí que mentia, pero ya era tarde.

—Es decir, que ha visto á mi hija.

—Sí, señor.

—Y que han hablado...

—Para callar no era menester que hubiese venido.

—¡Oh!...

—Y yo no he podido estorbar que digan cuanto han querido, porque...

—Deben haber nombrado á don Juan.

—Y por lo que he visto, el doctor quiere favorecer á ese hombre.

—Olivares es uno de mis enemigos.

—Si me lo hubiéseis dicho...

—¿Y para qué?

—Yo no hubiera permitido que entrase en la cámara de mi señora.

—¿Y cómo habríais de estorbarlo?... El doctor es un hombre muy temible y cometeríamos una imprudencia, una locura si provocásemos su enojo. No lo conoceis bien.

—Demasiado, señor.

—Repetid cuanto ha dicho.

—Estoy aturdida, porque no he acabado de entender la conversacion.

—Hablaria de mí.

—De no sé qué peligro que os amenaza, y decian que

vuestra desconfianza y vuestras dudas serian vuestra perdicion.

—Comprendo,—replicó el señor de Lainez, sonriendo irónicamente.—Han dicho todo eso en vuestra presencia para que llegue á mis oidos... ¡Oh!... Mucho discurren, pero inútilmente se calientan la cabeza, porque conozco el plan y no han de engañarme.

—El doctor ha consolado á mi señora, diciéndole que aún le quedan recursos y que no debe perder la esperanza.

—Yo los convenceré de que están en un error, y sus esperanzas se desvanecerán algun dia. No me conocen y por eso sostienen esta lucha.

—Segun parece el doctor ha visto á don Juan.

—Están en relaciones íntimas.

—Vos me direis lo que he de hacer si otro dia viene.

—Nada, porque al salir dejaré encerrada á mi hija y así no podrá verla el doctor. Lo que no entiendo es cómo ha podido venir cuando en palacio aseguran que Olivares se encuentra en el Escorial.

—Señor, quiero saber si me considerais responsable...

—No.

—Temo que quieran inutilizarme con la calumnia.

—No lo conseguirán.

—Como mis deberes cumplo con tanta exactitud, me consideran como un estorbo.

—Pues precisamente por eso no saldreis de mi casa.

—Y por lo mismo que sois tan desgraciado y tantos enemigos teneis, yo he de serviros con una fidelidad sin ejemplo.

—Y yo he de recompensaros como mereceis.

—Señor...

—Dejadme, porque necesito descansar mientras llega la hora de cenar. He paseado mucho y estoy bastante fatigado.

—Pues no os ocupeis de ningun asunto desagradable, porque la salud es antes que todo.

—Dios me dé fuerzas.

Se ocultaron los últimos rayos del sol.

Cerró la noche.

Don Pedro pidió la cena.

No es necesario decir que comió con muy buen apetito.

Algo más animada estaba doña Sol con lo que le habia dicho Olivares; pero no era posible que por completo recobrase la calma.

CAPITULO CXLX.

El doctor continúa poco á poco su obra.

Desde la morada de don Pedro fué Olivares á la de don Gaspar.

Este se encontraba muy preocupado.

Tampoco estaba tranquilo, ni era posible que lo estuviese mientras no terminase aquel endiablado asunto que tantos peligros ofrecia.

—He ido á buscaros,—le dijo el alcalde al médico, despues de saludarlo cariñosamente.

—No me habeis encontrado y me esperábais, ¿no es verdad?

—Sí, y á Dios le pido haber acertado.

—Pues tranquilizaos, caballero.

—Eso mismo me habeis dicho mil veces.

—Por vuestro bien.

—Y cada dia se presentan nuevos motivos para perder la tranquilidad.

—Todo tiene fin, y tambien ha de tenerlo esta situacion.

—Es verdad; pero bien puede suceder que el desenlace sea el peor para mí.

—Si cumplís vuestros deberes, si vuestra conciencia está tranquila...

—A Dios gracias.

—Pues así nada debeis temer.

—Sin embargo...

—Anoche faltó muy poco para que se complicase más todavía la situacion.

—¡Más aún!...

—Sí, porque don Juan de Manrique se introdujo en la casa de don Pedro, y este despertó y determinó matarlo sin darle lugar á la defensa.

—¡Oh!...

—Pero al fin no hubo que lamentar más que el escándalo y el disgusto.

—Don Juan es atrevido en demasía, y por el camino de las locuras...

—Lo extravía su propia nobleza.

—Es verdad.

—Yo he visto á doña Sol, que sufre lo que no es concebible.

—¿Conoce bien la situacion?

—Y espera que de un momento á otro entre en su casa la justicia para llevar á su padre á un calabozo y condenarlo á muerte afrentosa.

—¡Pobre mujer!

—Y es muy poco, poquísimo lo que podemos hacer por ella, á menos que se tuerza la justicia.

—Os lo diré con franqueza, doctor.

—Así debemos hablar nosotros.

—Soy el vasallo más leal de nuestro rey.

—Lo teneis probado.

—Siempre he cumplido sus órdenes con escrupulosa exactitud y estoy dispuesto á cumplirlas.

—Lo sé.

—Pero si su majestad me mandase hacer algo contrario abiertamente á la justicia...

—¿Cumpliríais sus órdenes?

—No,—dijo sin vacilar el alcalde.

—Pensad que el rey...

—Yo le devolveria la vara que en mis manos puso, pues no he de conservarla para torcerla, y despues otro haria lo que á mí no me permitiese hacer mi conciencia.

—Bien, don Gaspar, muy bien.

—El rey puede disponer de mi vida, pero de mi conciencia no.

—Hombres como vos son los que el rey necesita para que lo sirvan bien y para que en su nombre se haga justicia verdadera.

—Si he dejado que el tiempo pase sin adoptar ninguna determinacion en el grave asunto que á don Pedro se refiere, ha sido porque esto no afectaba en realidad á la justicia, no significaba dejar impune un crímen, sino dilatar el fallo, favoreciendo tal vez la verdadera justicia.

—Entendido.

—Pero, como habeis dicho antes, todo tiene su fin.

—Y ha llegado el dia de terminar este asunto, si bien

con mucha calma y despacio, porque de cuanto se haga dependen intereses que pudieran llamarse sagrados.

—No lo entiendo.

—Lo entendereis cuando convenga y vereis cosas que han de sorprenderos hasta el punto de aturdiros.

—Espero con calma.

—Supongo que habeis interrogado con todas las formalidades de la ley á los tres criminales que están encerrados.

—Sí.

—¿Y se han ratificado en sus primeras declaraciones?

—Completamente, y si quereis ver las declaraciones escritas...

—No es menester.

—Las declaraciones son terminantes; los tres presos dicen lo mismo, resultando conformidad completa hasta en los últimos detalles.

—Es decir, que don Pedro de Lainez...

—Es imposible su defensa en cuanto al intento de asesinar á don Juan de Manrique. Lo único que podria ponerse en duda, no porque sea dudoso, sino porque las pruebas no son completas, es lo referente al asesinato del hidalgo que vivia cerca de la casa de don Pedro.

—Sí, el señor Mateo.

—Pero basta uno de estos dos crímenes para condenarlo, y como no resulta ni una sola circunstancia atenuante, sino todas agravantes, escuso deciros la pena que merece.

—¿Falta algo más para proceder contra don Pedro?

—Ni tanto se necesita.

—¿No es menester cumplir préviamente ninguna otra formalidad?

—Ninguna.

—¿Qué es lo que en justicia debe hacerse ahora?

—Prender á don Pedro de Lainez.

—Lo hareis, don Gaspar.

—Y si su majestad me lo prohibiese, aunque se fundase en consideraciones de gran peso, yo dejaria de ser alcalde de Casa y Córte para que otro echase sobre su conciencia la responsabilidad que yo no acepto.

—¿Y si el rey se enojaba?

—Yo sufriria con resignacion los efectos de su enojo, y si la vida me costaba, no me quejaria, porque al dejar este mundo me ampararia la justicia infalible del Omnipotente.

—No ha de mandaros su majestad nada contrario á la justicia ni á vuestra conciencia.

—Me felicito.

—A don Pedro de Lainez prendereis.

—Sí.

—Pero en el momento oportuno, cuando ese suceso no haya de producir otros males.

—Doctor, debeis comprender que ya no es posible esperar mucho tiempo.

—Todo lo más algunos dias.

—Algunos dias...

—Sí.

—¡Oh!...

—Voy á deciros lo que nadie sabe, ni sospecha.

—No quisiera que me reveláseis secretos.

—Este no tiene importancia más que en un sentido.

—Os escucho.

—El rey volverá muy pronto á Madrid.

—En ese caso...

—Es muy probable que él mismo os dé la órden para prender á don Pedro.

—Y si á Madrid no viene su majestad...

—Yo os la daré en su nombre.

—Comprendo.

—Esperadme todos los dias y á todas horas: sed muy reservado y muy prudente y nada temais.

Don Gaspar quedó silencioso por algunos minutos.

Luego cambió de postura y le preguntó á Olivares:

—¿Creeis que deben aprovecharse estos dias para proceder contra don Juan?

—Teneis que principiar por buscarlo, puesto que no sabeis dónde se oculta.

—Eso es fácil.

—Pues bien, hacedlo; pero no olvideis que antes de prenderlo habeis de darme aviso para que yo os comunique las órdenes de su majestad.

El alcalde sonrió maliciosamente.

El médico añadió:

—Caballero, ya sabeis que todos los extremos son viciosos, y lo mismo podeis pecar por exceso de celo, que por falta.

—Entendido, doctor.

—Cuando conozcais lo que pudiéramos llamar las entrañas de este asunto...

—No quiero verlas.

—Lo que menos importancia tiene es el crímen de que fué víctima el señor Alonso Castillejo.

—¡Que no tiene importancia!...

—Mucha en absoluto; pero muy poca relativamente á lo demás.

—Doctor, temo que poco á poco me digais más de lo que quiero saber.

—Tanto me preguntais...

—Pues ya he concluido.

—Yo tambien.

El médico se despidió de don Gaspar, y salió para volver á su aposento.

Otra vez reinó la calma aparente y que era precursora de una gran borrasca.

Doña Sol, despues de haber oido á Olivares, pudo recobrar algun tanto la calma.

Le parecia imposible que aquella situacion terminase bien para ella; pero si su padre se salvaba se consideraria dichosa.

A pesar de la injusticia con que era tratada, su generosidad era siempre la misma.

Don Juan esperaba los sucesos.

No habia cambiado de resolucion y estaba dispuesto á cometer todas las locuras.

Andrés cavilaba, buscando soluciones que no habia de encontrar.

El alférez Castillejo callaba.

Y el doctor, como no tenia que hacer otra cosa, solo en su aposento, meditaba ó revisaba los papeles que deben considerarse como un tesoro.

Era indudable que Felipe II habia adoptado ya una resolucion; pero guardaba la más absoluta reserva.

Inútilmente se molestó don Juan en ir á la calle del Humilladero, pues á ninguna hora consiguió ver á su amada.

Llegó el nuevo dia.

Pasaron tranquilamente las horas.

Don Pedro se convenció más y más de que su hija habia querido engañarlo.

Cuando salió aquella tarde, quiso la casualidad que viese á don Juan, á su antiguo criado y al alférez, que estaban cerca del templo de San Andrés.

—Esto es un escándalo,—dijo el señor de Lainez.—No puedo creer que la justicia busque á don Juan, porque si así lo hiciese lo encontraria. Me parece que tengo derecho á quejarme.

El señor de Lainez volvió á su casa para recomendarle á la dueña que vigilase más cuidadosamente que nunca, puesto que por aquellos sitios andaba el atrevido galan.

—No saldrá mi señora de su aposento,—dijo la señora Macrina.

—Ni permitireis que nadie entre en él, ni siquiera los criados.

Don Pedro salió, empezando á discurrir así:

—Si me presento á don Gaspar y me trata lo mismo que siempre, no será posible la duda de que mi hija ha mentido y que es una farsa todo eso de las declaraciones de los tres criminales. Para hacerle una visita tengo un pretexto, el de reclamarle para que haga justicia, prendiendo á don Juan de Manrique.

No vaciló el caballero.

Sin embargo, cuando llegó á la puerta de la casa del alcalde, detúvose y se extremeció.

Su conciencia lo acusaba y no era posible que en aquellos momentos tuviese tranquilidad perfecta.

Era criminal y habia de infundirle miedo la justicia, aunque estuviese seguro de que no habia pruebas para acusarlo.

En realidad nada arriesgaba por ver al alcalde, puesto que de todas maneras seria igual el peligro.

Hizo un esfuerzo y recobró la calma.

Entró con la cabeza erguida y como quien nada tiene que temer.

Cuando lo vió el alcalde y mientras lo saludaba ceremoniosa y friamente, dijo para sí:

—Mentira parece que este hombre tenga valor para presentárseme.

—Supongo,—dijo don Pedro,—que no esperábais mi visita.

—No.

—Hace mucho tiempo que no nos hemos visto, y además tengo que hablaros de un asunto que me interesa y creo es tambien interesante para la justicia.

—Es decir,—replicó don Gaspar,—que no veñís á verme como amigo.

—Tambien, pues ya sabeis que os profeso particular estimacion.

—Gracias, caballero.

—Pues si quereis escucharme...

—Esa es mi obligacion.

—Me parece inútil recordar los antecedentes de mi situacion crítica, porque no es posible que los hayais olvidado, y me concretaré á deciros que cada dia estoy peor, porque mi hija se trastorna más y más y apela á medios inconcebibles para triunfar en la lucha tan insensata como criminal que ha entablado conmigo.

—Don Pedro,—dijo gravemente el alcalde,—deploro vuestras desgracias como las de todo el mundo; pero debeis comprender que no me está permitido tomar parte en asuntos interiores de la familia, ni quiero, porque, sobre respetar mucho la vida privada, no me conviene buscarme cavilaciones, disgustos y hasta responsabilidades.

—Todo eso está bien, pero...

—Vos quereis que vuestra hija se case con don Leandro de Manrique, y ella se empeña en ser esposa de don Juan. Haceis uso de vuestra autoridad de padre, y doña Sol no se somete, y como no teneis medios para obligarla, ni ella cede, vivís en perpétua lucha; sois los dos muy desgraciados y teneis que esperar á que las circunstancias cambien vuestra situacion; todo esto es muy desagradable, es horrible; pero la justicia no tiene que ver en semejante asunto y por eso os digo que como particular deploro la desgracia; pero que como juez no me es posible tomar el asunto en consideracion.

—Entendido.

—Si vos creeis que se desconocen por alguien vuestros derechos, acudid á los tribunales en debida forma, y os aseguro que se os hará justicia completa.

—Si los tribunales pueden obligar á mi hija para que cumpla mis mandatos...

—No, don Pedro.

—Pues entonces...

—Los tribunales os ampararán y no permitirán que doña Sol se case contra vuestra voluntad; pero no pueden obligarla á casarse á vuestro gusto, pues no hay fuerzas humanas que al pié del altar arranquen de sus lábios palabras que ella no quiera pronunciar. Decís que contra vuestra autoridad se rebela, que habeis agotado los medios para volverla al buen camino y que os considerais impotente.

—Sí, sí.

—Esa rebeldía constituye un delito, y por consiguiente, si á los tribunales acudís, la justicia procederá contra doña Sol, la encerrará en un convento y le impondrá el correctivo que merezca, por supuesto despues de probada la abierta rebelion contra la autoridad paternal.

—Si se niega á casarse con don Leandro...

—Eso no es rebeldía, no es un delito, ni siquiera es una falta.

—¡Don Gaspar!...

—Quizás las leyes son imperfectas, son malas, pero los tribunales no pueden hacer más que lo que disponen las leyes.

—Bien está.

—Entendeos con vuestra hija, y que Dios os ayude á todos.

El alcalde hablaba con grave y severo tono.

Don Pedro cambió de postura.

Sacó su pañuelo y se limpió el rostro.

Luego dijo:

—Prescindiendo de lo que pueda interesarme la situacion de don Juan de Manrique, resultará siempre que es un criminal.

—Es presunto reo del delito de resistencia á la autoridad.

—¡Presunto!...

—Caballero, aun despues de presentar todas las pruebas, á ningun hombre puede llamársele delincuente sino cuando los tribunales han pronunciado un fallo, declarándolo así.

—Es igual para el caso.

—A don Juan de Manrique lo busca la justicia.

—¿Y qué hará cuando lo encuentre?

—Lo que proceda.

—Don Gaspar, me parece que todo el mundo tiene derecho á decir dónde se encuentra un delincuente y á pedir que se le prenda.

—No solamente derecho, sino la obligacion de ayudar á la justicia.

—Buscais á don Juan.

—No he conseguido encontrarlo.

—Pues se pasea por la calles de Madrid y á la luz del dia.

—Es posible, pero si yo no lo veo, si no lo ven tampoco mis agentes ó no lo conocen...

—Por eso yo vengo á deciros dónde podeis encontrarlo.

—Así cumplís un deber.

—Y cuando lo sepais...

—Yo tambien cumpliré el mio.

—Que consiste en prender á don Juan.

—Caballero,—replicó severamente el alcalde,—tened entendido que no permitiré que me enseñeis á cumplir mis deberes, y que no es á vos, sino al rey á quien he de dar cuenta de mis acciones, sin perjuicio de darla tambien á Dios.

—Perdonad, pero...

—En lo que á vos os atañe, dentro de vuestra casa haceis lo que se os antoja bajo vuestra responsabilidad, y yo, como alcalde de casa y córte, hago lo que bien me parece y responderé ante mis superiores. Antes os he dicho que no quiero mezclarme en asuntos ajenos, y vos debeis hacer lo mismo.

—Me hablais con un tono...

—Con el que corresponde al asunto de que se trata.

—Nadie creeria que somos antiguos amigos.

—Tenemos que olvidar nuestras relaciones cuando hablamos de don Juan de Manrique, pues entonces no puedo ser más que el alcalde.

El señor de Lainez sentíase vivamente herido en su soberbia.

Era un personaje y creia merecer todas las consideraciones y todos los privilegios.

—No he querido daros lecciones,—dijo.

—Pues concretaos á darme á conocer el lugar donde se encuentra don Juan de Manrique.

—Tengo motivos para creer que se alberga en la morada del alférez Castillejo.

—Allí lo buscará la justicia, y si lo encuentra cumplirá su deber.

—En otro sitio puede seguramente encontrarlo.

—¿Dónde?

—En los alrededores de mi casa y casi siempre en compañía del señor Alonso Castillejo y del que fué mi criado.

—Dispondré que lo busquen en los alrededores de vuestra casa.

—Casi siempre que salgo, lo veo, y la justicia lo verá tambien, á no ser que esté ciega.

—Sí, ciega está, y por eso la pintan con los ojos vendados.

—Entonces...

—Pero está ciega para fallar, y tiene mirada de lince para buscar á los criminales.

—Me alegro.

—Dios os libre de tener un momento de locura y olvidar vuestros deberes, pues por mucho que os ocultáseis habria de descubriros la mirada de la justica.

Palideció el señor de Lainez.

Se extremeció y volvió á saçar su pañuelo.

—Me parece,—dijo,—que esas comparaciones...

—Lo mismo digo de vos que de cualquiera.

—Sin embargo...

—¿Acaso os considerais libre de cometer ninguna falta?

—No.

—Pues no debeis sorprenderos porque se suponga lo que dentro de lo posible está.

—Ello es que á Dios gracias, y hasta este momento, mi conciencia está tranquila.

—Os felicito.

—Y más aún, don Gaspar, pues he dado muchas pruebas de tolerancia, de bondad tal vez exajerada.

—No hay exajeracion en la bondad, pues por mucha que sea siempre es poca.

—Si yo fuese rencoroso, si yo me dejase llevar de los impulsos de la sed de venganza, la otra noche hubiera podido quedar completamente satisfecho, y sin embargo, fuí generoso.

—Eso os honra mucho.

—Don Juan de Manrique, con esa audacia de que ha dado tantas pruebas, con esa audacia con que se ha burlado de la justicia, se ha burlado de vos mismo...

—Perdonad,—interrumpió el alcalde.

—¿Me equivoco?

—Sí, porque don Juan de Manrique no se ha burlado de mí.

—Me parece que lo que ha hecho...

—Lo que vos haríais en su situacion: ha ido la justicia á prenderlo, y ha procurado salvarse. Esto, sobre ser el instinto de conservacion, puede tambien probar que su conciencia está tranquila y que considera injusta la persecucion; pero defenderse, huir y ocultarse, no es burlarse de la justicia, ni mucho ménos de mí, entedlo bien.

—Quiero decir...

—Señor de Lainez, nadie se ha burlado de don Gaspar Cabeza de Vaca, y vos, con ser quien sois, tampoco os burlaríais.

—Dios me libre de intentarlo.

—Y si lo intentáseis, os pesaria.

—Permitidme que continúe mi relato.

—Vuelvo á escuchar.

—Pues como os decia, con audacia inconcebible, con loca temeridad, ese hombre se introdujo la otra noche en mi casa.

—Eso es grave.

—No sé cómo pudo hacerlo; pero ello es que entró, fué á un patio y con el auxilio de una escalera de mano, se metió por las ventanas del aposento de mi hija.

—Eso es un abuso, y si presentais las pruebas, lo considerará la justicia como un delito.

—Lo acompañaba mi antiguo criado.

—Sí, el llamado Andrés.

—La dueña despertó, vió á don Juan al lado de mi hija y me llamó. Dejé apresuradamente el lecho y acudí antes de que el criminal se fuese.

—Os encontrábais en una situacion muy ventajosa.

—Don Gaspar, me parece que tengo derecho á matar á la persona que á media noche se introduzca en mi casa, pues lo mismo puede cometer el abuso para robar que para asesinarme.

—Es verdad.

—Y no es menor el delito de atentar contra el pudor de una doncella.

—Y ella tambien es delincuente.

—Al patio fuí para cortar la retirada al criminal, y pude matarlo sin darle lugar á la defensa.

—Supongo que se defendió, y como contaba con el auxilio de vuestro antiguo criado...

—Los dejé salir, dando así una prueba de generosidad.

—¡Que los dejásteis salir!... ¿Y por qué no los detuvísteis?

—Ya os lo he dicho: quise ser generoso.

—Don Pedro, podeis ser generoso; pero sin olvidar vuestros deberes.

—No los olvidé.

—¿No habíais conocido á don Juan de Manrique?

—Claro es que lo conocí.

—Pudísteis perdonadlo, porque dueño sois de vuestra casa.

—Y eso hice.

—Pero no ignorais que don Juan está perseguido por la justicia, y vuestra obligacion era detenerlo, y si no podiais, gritar, pedir socorro y hacer todo lo posible para que lo prendiesen.

No esperaba esta contestacion don Pedro, y dijo:

—Me hubieran matado.

—Cuando supísteis que dentro de vuestra casa estaba don Juan, en vez de ir al patio debísteis salir á la calle, cerrando bien las puertas y pidiendo auxilio.

—En aquellos momentos de trastorno no se me ocurrió hacer semejante cosa.

—Pero ahora que no estais trastornado, comprendereis que en eso consistia vuestra obligacion.

—Lo reconozco.

—De todo ello resulta que dejásteis salir al caballero porque no pudísteis hacer otra cosa, es decir, que fuísteis generoso, porque tuvísteis que serlo á la fuerza.

—Don Gaspar, lo que estais diciendo...

—Si sois tan generoso, ¿por qué venís á decirme dónde puede la justicia encontrar á don Juan?

—Parece que os complaceis en mortificarme.

—No.

—Amigo don Gaspar, dejemos los comentarios y hablemos de lo que es positivo.

—Sí, á don Juan de Manrique lo busca la justicia.

—Y yo os digo dónde puede encontrarlo.

—Pues bien, iré á prenderlo á los alrededores de vuestra casa y á la vivienda del alférez.

—No necesito más.

—Me alegro que esteis satisfecho.

—Cuando en un calabozo se encuentre ese hombre, mi hija perderá la última esperanza, se convencerá de que todos sus esfuerzos son inútiles y se someterá á la autoridad de su padre. Ahora dice que quiere ser monja.

—No teneis derecho para estorbárselo.

—A un convento la llevaré; pero despues que hayais encerrado á don Juan, evitando así que con su audacia sin límites se la lleve del convento.

—Sobre ese punto hareis lo que bien os parezca.

La conversacion habia terminado.

Don Pedro se despidió del alcalde y salió, mientras decia para sí:

—Si fuese verdad lo de las declaraciones de los tres criminales, no me hubiera dejado libre don Gaspar.

¿Qué más necesitaba para convencerse de que su hija habia querido engañarlo?

Ya estaba completamente convencido.

El buen alcalde, cuando solo se quedó, hizo un gesto de desesperacion y dijo:

—¡Y he tenido que dejarlo cuando aquí están las pruebas de sus horrendos crímenes!... Pero el rey lo manda y es preciso tener paciencia.

A la mañana siguiente muy temprano fué el alcalde á visitar al doctor, diciéndole lo que le habia sucedido con don Pedro.

Olivares desplegó una leve sonrisa, se encogió de hombros y respondió:

—Puesto que se empeña, lo conseguirá, porque todo se consigue con la constancia.

—Ahora necesito saber cómo he de arreglarme para cumplir las órdenes de su majestad, sin dar motivo para que don Pedro de Lainez diga que no cumplo mis deberes.

—Eso es muy fácil.

—Si voy á prender á don Juan de Manrique...

—No lo encontrareis y así todo quedará arreglado.

—Pero si lo encuentro...

—Ireis esta noche al toque de ánimas á la vivienda del alférez.

—Comprendo.

—Y hoy, recorrereis la calle del Humilladero y los alrededores de San Andrés.

—¿Y mañana?

—Hareis lo mismo, y don Pedro se convencerá de que buscais; pero no podrá decir que es vuestra la culpa si no encontrais al delincuente.

—Doctor, esta situacion es tan violenta que no puede prolongarse.

—Por eso terminará muy pronto.

—Dios lo quiera.

—Tranquilizaos, porque vos no habeis de sufrir nada.

Volvió á su casa don Gaspar.

El médico fué al arrabal de San Martin.

Habló muy detenidamente con don Juan de Manrique.

Quedaron de acuerdo para cuanto era conveniente hacer.

Dos horas despues vagaba por Puerta de Moros y la calle del Humilladro el alcalde.

Lo seguian cuatro corchetes.

Don Pedro lo vió al salir de su casa y lo saludó.

—Por aquí me teneis,—dijo don Gaspar;—pero dón Juan no se presenta.

—Si teneis constancia lo encontrareis.

—Cuando llegue la noche cercaré la vivienda de Castillejo y la registraré. Si quereis acompañarme...

—No, no,—respondió vivamente el señor de Lainez.

Tenia miedo de ir al sitio donde habia tratado con los criminales.

Alejóse hácia la Cava mientras decia para sí:

—Aunque á don Juan no encuentren, puedo ahora tener la seguridad de que no verá á mi hija. Si no lo prenden, por lo menos mi casa estará bien guardada.

El dia pasó.

Cuando aquella noche resonaban las campanas de las iglesias con el toque de ánimas, el alcalde, seguido por diez corchetes, llegó á la vivienda de Castillejo.

Dió las órdenes convenientes para que se vigilase

por el lado de la puerta y por el de la tapia del corral.

Luego llamó.

Abrió el alférez.

—En nombre del rey,—dijo don Gaspar.

—Entrad, señor alcalde.

—Por penoso que sea, tengo que cumplir mi deber.

—No he de poneros estorbos, porque soy un vasallo leal.

—Me han dicho que don Juan de Manrique se alberga en esta casa y vengo á buscarlo.

—Os han engañado.

—Es posible.

—Sin embargo, podeis convenceros.

—No lleveis á mal que registe vuestra casa.

—No me ofendeis.

Entró el alcalde con dos de los corchetes.

Recorrieron el interior del modesto edificio.

No hay que decir que no encontraron á don Juan ni al sirviente.

Así se cubrian las apariencias.

Hizo el alcalde al alférez algunas preguntas de pura fórmula, que fueron contestadas con respeto y brevedad.

Algunos vecinos observaron que la justicia andaba por allí.

Media hora despues se despidió el alcalde de Castillejo y le dijo á los corchetes:

—Hemos perdido el tiempo y el trabajo.

—Y nos hemos librado de un gran peligro, porque don Juan de Manrique no se hubiera dejado prender.

—Lo buscaremos en otra parte.

Se alejaron y desaparecieron.

Ya no podia el señor de Lainez decir que la justicia no cumplia su deber.

Al dia siguiente volvió el alcalde á los alrededores de la casa de don Pedro.

Y á las once de la mañana, sin prévio aviso y sin que lo sospechara nadie, Felipe II entraba en Madrid.

La noticia de este suceso cundió rápidamente.

Uno de los criados del señor de Lainez supo en la calle que habia vuelto el monarca, y se lo dijo á su señor.

—¡El rey en Madrid!—exclamó don Pedro.

Tenia que presentarse en palacio inmediatamente; pero antes quiso comer, porque decia que estaba desfallecido.

Al conocer la noticia de la llegada del rey, tembló doña Sol.

—Me alegro,—decia el señor de Lainez,—porque ahora sabré hasta qué punto está el monarca dispuesto á protejerme.

Apenas acabó de comer, se vistió convenientemente, salió de su casa y se encaminó á palacio.

Nosotros debemos ir antes para averiguar si Felipe II se ocupaba de don Pedro.

CAPÍTULO CLI.

Cómo hablaron el monarca y Olivares.

No se permitió descansar Felipe II.

Apenas entró en su cámara, mandó que llamasen al célebre médico.

Este se presentó á los pocos minutos con algunos papeles atados con una cinta negra.

Eran los mismos que le hemos visto examinar más de una vez con atencion profunda.

Ya sabemos que el grave monarca y Olivares se entendian perfectamente con muy pocas palabras.

En la mesa puso los papeles el doctor, quedando inmóvil y en aptitud respetuosa.

El rey, con la frialdad que siempre hablaba, le dijo:

—Os escucho, doctor.

—Se han cumplido con toda exactitud las órdenes de vuestra majestad, si bien don Gaspar Cabeza de Vaca está impaciente por hacer justicia y no acaba de tranquilizarse.

—¿Qué teme?

—Cometer una torpeza con la mejor buena fé y el mejor deseo.

—Es buen vasallo don Gaspar.

—Los tres criminales han declarado solemnemente, y escritas están sus declaraciones.

—¿Son claras y terminantes?

—Don Gaspar asegura que son claras y terminantes hasta el punto de no necesitarse más pruebas para condenar á don Pedro por el crímen de que fué víctima equivocadamente el alférez Castillejo.

—¿Y en cuanto á lo demás?

—Faltan pruebas, puesto que no hay más que la declaracion de ese bandido á quien llaman Gusarapo.

—Eso es poco.

—Bastante para indicio.

—¿Y don Juan?

—Le ha dado mucho que hacer el señor de Lainez, introduciéndose en su casa para ver á doña Sol. Ahora ya no puede hacerlo.

—¿Conoce bien la hija el peligro que le amenaza á su padre?

—Perfectamente, y con una generosidad inconcebible le aconsejó á su padre que huyese, prometiéndole renunciar á ser esposa de don Juan de Manrique y pronunciar los sagrados votos que la separasen para siempre del mundo.

—Es un gran sacrificio.

—Dice doña Sol que antes que su amor es su conciencia, que le manda salvar á toda costa á su padre.

—Tiene un alma muy noble.

—Don Pedro está obcecado, y en fuerza de desconfiar de todo el mundo, camina hácia el precipicio de donde quiere huir.

—Esa es la ceguedad de los que no tienen la conciencia tranquila.

—Ha creido que su hija lo engaña con el fin de alejarlo, quedándose ella en un convento para poder irse despues con don Juan, ó yendo á extraña tierra, donde tendria más libertad y la ventaja de que su amante no fuese perseguido por la justicia.

Una leve sonrisa desplegó el monarca, y dijo:

—Don Pedro debe estar envanecido por haber adivinado un plan tan ingenioso de su hija.

—Y como vé que pasan los dias y que lo dejan en paz, ha concluido por reirse de todos esos peligros que considera imaginarios.

—Comprendo.

—He podido averiguar que don Juan de Manrique tambien está casi loco y que su manía es la generosidad.

—Explicad eso.

—Jura que cuando llegue el caso de prender á don Pedro de Lainez, intentará salvarlo, aunque sea á viva fuerza y á pesar de que está convencido de que morirá en la demanda; pero antes quiere morir que dejar de cumplir lo que considera un deber.

—Buen caballero es don Juan.

—Y no es ménos noble don Leandro, pues aunque su pasion lo ciega, dice que á don Pedro castigaria si

tuviese las pruebas de que pagó asesinos para que á su hermano matasen, y que no se detendria para cumplir este deber ni ante la consideracion de que le seria preciso renunciar para siempre á ser esposo de la mujer á quien tanto ama.

—Es decir que tambien don Leandro pone su conciencia sobre su corazon.

—Sí, señor.

—Tenemos, pues, trés criaturas muy nobles.

—Y las tres muy desgraciadas.

—¿Encontrais algun medio para que sean felices?

—No lo encuentro, señor.

—Yo tampoco.

—Porque no existe.

—Lo siento; pero hay que someterse á las circuntancias, que son superiores á nuestros deseos y nuestra voluntad.

—De esas tres nobles criaturas, una por lo menos, ha de ser muy desgraciada.

—Sí.

—En cuanto al alférez Castillejo nada tengo qué decir, porque su conducta es la más prudente y la más noble.

—No me sorprende.

—Bien merece la estimacion de vuestra majestad, porque es un hombre que en todos sentidos vale mucho.

—¿Y el criado?

—No tiene más que un deseo, una idea fija á la que todo lo sacrificará.

—Sí, la dicha de doña Sol.

—La ama como puede amar un padre.

—Ese puede ser feliz cuando lo sea su señora.

—Indudablemente.

—Doctor, quiero examinar estos documentos y meditar para no cometer ninguna ligereza.

—Aquí están todos, señor.

—Tomó Felipe II los papeles y empezó á revisarlos, leyendo con atencion profunda algunos de aquellos documentos.

Además de los referentes á la muerte y sustitucion del hijo del señor de Manrique, estaba allí la declaracion firmada por Blas.

De vez en cuando desplegaba el rey una muy leve sonrisa.

El doctor permaneció inmóvil.

Y así trascurrió media hora.

Cuando terminó la lectura, el monarca dijo:

—Ya conoceis mis deseos.

—Sí, señor, porque vuestra majestad me ha honrado con su confianza.

—Para conseguir el resultado conveniente se necesita hacer una combinacion muy minuciosa, pues si un solo detalle se olvida, todos los esfuerzos serian inútiles.

—Esa es mi opinion.

—Yo tengo que ocuparme en gravísimos asuntos de Estado, y por consiguiente vos hareis cuanto sea menester, tomando mi nombre en caso de necesidad.

—Si vuestra majestad lo dispone así...

—¿Os desagrada esta resolucion?

—No es posible que me desagrade nada que esté

dispuesto por vuestra majestad; pero tengo miedo.

—¡Miedo vos!

—Y mucho, lo confieso.

—Es extraño.

—La combinacion presenta muchas dificultades, pues aun despues de hecha con toda perfeccion, dependerá el resultado de que los unos ó los otros se muevan más ó menos aprisa y se presenten con la oportunidad necesaria.

Esto era incomprensible para quien escuchase la conversacion; pero Felipe II lo comprendió perfectamente, y dijo:

—Doctor, habeis hecho cosas más difíciles.

—Señor...

—Tengo la seguridad de que triunfareis.

—Estoy dispuesto á probar fortuna.

—Pues llevaos estos papeles y no me hableis más del asunto sino en caso de absoluta necesidad.

El médico guardó los papeles.

No hizo más observaciones porque sabia muy bien que hubiera desagradado al monarca.

Parecia imposible que aquellos dos hombres se hubiesen entendido y estuviesen de acuerdo.

¿En qué consistian los deseos de Felipe II?

No hubiera sido posible adivinarlo.

Algunas palabras respetuosas dijo Olivares y salió de la cámara.

En uno de los salones encontró á don Pedro, que lo detuvo para saludarlo, y le dijo:

—Aquí me teneis para cumplir el deber de presentarme á su majestad.

—Bien hecho,—contestó Olivares.

—¿Habeis visto al rey?

—Soy su médico y he tenido que preguntarle si su salud era completa.

—¿Creeis que me hará esperar mucho?

—No lo sé.

—Doctor, supe que la otra tarde estuvísteis en mi casa...

—Sí, con el mismo fin que la noche anterior estuvo don Juan; pero ya sé que no os habeis convencido, y por consiguiente es inútil que hablemos de este asunto.

—Entre lo que mi hija me dice y lo que está sucediendo...

—Os ateneis á los hechos, ¿no es verdad?

—Como en mi lugar haríais vos.

—Don Pedro,—dijo friamente Olivares,—en fuerza de desconfiar de todo el mundo, os perdereis.

—Pero...

—No puedo detenerme, ni hay necesidad de que hablemos. Os han dado á conocer la situacion, y vos determinareis lo que mejor os parezca. Aun teneis un plazo, y si no lo aprovechais, peor para vos.

Al decir esto el médico dió media vuelta y se alejó.

El señor de Lainez quedó muy pensativo.

Diez minutos pasaron.

Un gentil hombre se le acercó para decirle:

—Su majestad os aguarda.

Segun su costumbre, don Pedro sacó el pañuelo y se limpió el rostro.

No estaba completamente tranquilo.

Haciendo profundas reverencias entró en la cámara real.

—Bien venido, caballero,—le dijo Felipe II.

—Señor, por casualidad he sabido que vuestra majestad habia vuelto.

—Determiné repentinamente mi regreso á Madrid.

—A Dios le doy gracias, porque vuestra majestad goza de perfecta salud.

—¿Y vuestra hija?

Don Pedro hizo un gesto de disgusto y suspiró penosamente.

—Lo mismo,—respondió,—siempre lo mismo, rebelde y tenaz, porque no pierde la esperanza ni ha de perderla mientras que de libertad disfrute el hombre que la ha trastornado.

—La justicia lo busca.

—Pero en esta ocasion, y dicho sea sin ofender á nadie, la justicia es torpe ó desgraciada. Al delincuente veo todos los dias en los alrededores de mi casa, y hasta en el interior de mi casa lo encontré la otra noche, y sin embargo, la justicia no lo vé.

—¿Por qué no se lo habeis dicho á don Gaspar?

—Ya lo hice.

—¿Y qué ha determinado?

—Recorrer los sitios donde don Juan se presenta descaradamente; pero es el caso que cuando allí vá la justicia, no vá ese hombre, y cuando voy yo, se me pone delante y se burla de mí.

—Veo que os encontrais en la misma situacion que cuando me fuí al Escorial.

—Peor, porque ya me faltan las fuerzas para luchar y sufrir.

—Vuestra hija no cede.

—Ni cederá.

—Vos tampoco.

—Señor, no puedo ceder, porque tengo que cumplir la promesa que hice á don Leandro.

—Pues me parece que al fin tendreis que adoptar otra determinacion, poner en práctica otro sistema.

—¿Y qué he de hacer?

—¿Por qué no llevais á doña Sol á un convento?

—Eso es lo que ahora quiere mi hija.

—¿Y se lo habeis negado?

—Sí, señor, porque en un convento no es posible que tan bien guardada esté como en mi casa, y don Juan se la llevaria.

—Eso es difícil.

—Pero no imposible.

—Exajerados son vuestros temores.

—Señor, mi única esperanza consiste en que vuestra majestad quiera favorecerme.

—¿Qué puedo hacer?

—Que desaparezca don Juan, que lo encierren en un calabozo, que la justicia cumpla su deber, puesto que se trata de un criminal.

Felipe II miró á don Pedro.

Despues de algunos minutos, y con fria calma, le dijo:

—Os prometo que en un plazo breve, muy breve, se

hará justicia, sin tener en cuenta ninguna consideracion, y justicia severa, terrible.

—Gracias, señor.

—Ya sabeis que yo cumplo lo que prometo. No tendreis que esperar más que dos ó tres dias y os convencereis de que soy justiciero ante todo. Que tiemble el desdichado que haya delinquido, porque no seré clemente; pero despues no os quejeis, caballero.

—¡Quejarme porque consigo lo que deseo!...

—Sí, porque es posible que os parezca que se hace justicia con demasiada severidad.

—Eso es lo que necesito.

—Hay en Madrid un criminal que libremente se pasea entre los demás hombres honrados.

—Esa es la verdad, señor.

—Pues no he de contentarme con que á ese criminal se le encierre, y os aseguro que con la vida pagará sus extravíos.

Un relámpago de alegría diabólica brilló en los ojos de don Pedro, porque creia firmemente que el monarca se referia al amante de doña Sol.

—Señor,—dijo,—no deseo el mal de nadie, pero la justicia...

—Sobre todo.

—Eso es.

—Y que se resigne el que caiga.

—Señor, tanto me favorece vuestra majestad...

—Os equivocais, porque no hago nada por vos, sino por la justicia.

—Sin embargo...

—Caballero, decidle á vuestra hija que siempre guardo de ella un recuerdo agradable, y pedidle á Dios que ilumine á los que se han extraviado.

Ya no podia continuar don Pedro la conversacion.

Despidióse y salió de la cámara.

Pintábase en su rostro la más viva alegría.

Cuando salió del alcázar exclamó:

—¡Dos ó tres dias no más!... Y dice que no se contenta con encerrar al delincuente, sino que le hará pagar con la vida su crímen... ¡Ah!... ¿Qué más puedo pedir á la fortuna?

El caballero fué á pasearse.

Una y otra vez repetia las palabras de Felipe II.

Volvió á su casa cuando el sol se habia ocultado.

Aquella noche debia cenar con mejor apetito que nunca.

CAPITULO CLII.

El doctor hace los preparativos.

El doctor tenia ya combinado y bien meditado su plan, y por consiguiente, no tuvo que perder tiempo.

Salió de palacio y se fué á la vivienda de don Leandro de Manrique, preguntándole al criado que se le presentó:

—¿Y vuestro señor?

—Acaba de comer.

—¿Me conoceis?

—¿Y quién no os conoce?

—Pues decidle á vuestro señor que tengo necesidad de verlo para hablarle de un asunto de mucho interés.

Grande fué la sorpresa del caballero cuando le anunciaron la visita.

—¡El doctor Olivares!—murmuró.—¿Para qué quiere verme?

Mandó que entrase el médico y lo recibió ceremoniosamente.

—Don Leandro,—dijo Olivares,—era forzoso que

llegase el dia en que conmigo tuviéseis que tratar de un asunto muy grave, y aunque lo siento, no puedo excusarme, porque tengo que cumplir deberes sagrados.

—No adivino lo que quereis, y espero que vuestras explicaciones...

—Quizás no sean tan claras como deseais; pero bien sabeis que todo lo que es verdad no puede decirse y respetareis mi reserva, que en último caso no os perjudica.

—Os escucho,—dijo gravemente don Leandro.

—Nadie ignora que los asesinos que hirieron al honrado alférez Alonso Castillejo, esperaban á vuestro hermano para quitarle la vida.

Se arrugó el entrecejo de don Leandro, que respondió:

—Eso es lo que se dice, pero la verdad Dios la sabe.

—Y vos tambien estais convencido de que los criminales no querian herir á Castillejo, sino á don Juan, y así lo prueba el empeño con que habeis intentado averiguar quién pagaba á los bandidos.

—Mucho sabeis, doctor.

—Y no quiero que me digais si me equivoco, porque demasiado bien sé á qué atenerme.

—Continuad.

—Esta conversacion os desagrada; pero la culpa no es mia, sino de los pícaras circunstancias que me han obligado á meterme en este enredo. No me pregunteis el por qué doy este paso, pues no he de decíroslo hasta que llegue el momento en que me sea posible hablar sin peligro para nadie.

—No os entiendo.

—Sin embargo, continuaré,—repuso el médico con su inalterable calma.

—Y yo seguiré escuchando.

—Sé que deseais conocer al que pagó asesinos para que á don Juan quitasen la vida.

—Doctor, ese asunto...

—Perdonad, caballero; pero es preciso que tratemos de este asunto.

—Es demasiado desagradable.

—La situacion toca á su fin y no quiero que os encontreis comprometido.

—Eso es imposible, porque no he cometido ningun abuso, ni he olvidado lo que exije mi honor.

—Es verdad.

—Doctor, deberíais decirme con qué derecho os mezclais en este negocio.

—Ya os he dicho que tengo que cumplir un deber.

—Si no me dais mas explicaciones...

—Caballero, he venido solamente para preguntaros si quereis saber quién dispuso que á don Juan se le quitase la vida.

—¡Que si quiero saberlo!...

—Sí, eso he dicho.

—Pues bien, dadme á conocer al criminal, presentadme las pruebas, y...

—Despues hareis lo que os permitan las circunstancias.

—Lo que me manda mi conciencia,—replicó arrebatadamente don Leandro.—Mi hermano es mi rival; pero es mi hermano. Yo puedo disputarle el corazon de doña

Sol; pero no quiero mi dicha á costa de un crímen.

—Bien, muy bien.

—Pronunciad el nombre de ese miserable, presentadme las pruebas...

—Ese nombre lo pronunciaré, y las pruebas serán tales que no darán lugar á duda.

—Pues cuando lo hayais hecho consideraré que sois el mejor de mis amigos.

—Pero en cambio de este servicio...

—¿Qué quereis?

—Una promesa y nada más.

—¡Una promesa!...

—Sí.

—¡Vive el cielo!... No os pareceis á ningun hombre.

Sabemos ya que don Leandro no se molestaba en dominarse y se dejaba fácilmente arrebatar.

—No quiero dinero,—dijo el doctor,—ni que me favorezcais con vuestra influencia, ni que hagais nada que pueda serme provechoso, ni que os perjudique, ni que sea contrario á vuestro honor ó á vuestra conciencia.

—¿Pues qué deseais?

—Que espereis sin impacientaros dos ó tres dias lo más.

—Aunque no quiera, esperaré, si ahora mismo vos no me dais á conocer el criminal.

—Habeis de prometerme seguirme sin hacerme ninguna pregunta el dia que yo os diga: «Venid.»

—¿Y á dónde me llevareis?

—Lo vereis entonces.

—¿Y si me niego á seguiros?

—No conocereis el secreto, ni sabreis cómo en un solo instante puede desaparecer la rivalidad que os separa de vuestro hermano.

Una mirada de sorpresa y asombro fijó el caballero en Olivares.

Este desplegó una sonrisa y dijo:

—Si prometeis seguirme cuando yo os lo mande, dejareis de ser rivales vos y don Juan, y al mismo tiempo conocereis al asesino.

—Hacer promesas cuyo alcance no se comprende...

—Algo habeis de arriesgar para ganar mucho.

—Ciertamente; pero...

—Nunca tuvísteis miedo y seria muy extraño que ahora os detuviese el temor de una desgracia.

—¡Miedo!—murmuró don Leandro de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Y si os engaño, os quedará siempre el desahogo de la venganza.

Silencioso quedó el caballero.

Estaba aturdido.

El doctor era entonces tan incomprensible como Felipe II.

En vano caviló el noble Manrique.

Lo que le ofrecian era muy seductor.

Consideraba como la mayor fortuna que término tuviese la rivalidad con su hermano.

Despues de algunos minutos dijo:

—Doctor, no me atrevo á contestaros sin reflexionar muy detenidamente.

—Podeis hacerlo.

—Os veré mañana...

—Esta tarde ó esta noche en palacio.

—¡En palacio!...

—Os advierto que el rey está en Madrid.

—¿Cuándo ha venido?

—Aun no hace dos horas.

—Yo lo ignoraba.

—Y como supongo que habeis de presentaros á su majestad...

—Sí, sí.

—En el alcázar he dejado al señor de Lainez, que tambien ha ido para cumplir ese deber.

Muy poco más hablaron.

Cuando solo estuvo el caballero se pasó las manos por la frente.

—Estoy aturdido,—murmuró.

Acababa de convencerse de que para él mismo era un misterio su situacion.

Preguntábase lo que significaba el proceder extraño de Olivares.

¿Qué papel representaba éste en aquella intriga?

No era posible que lo adivinase.

De todas maneras don Leandro deseaba que cuanto antes, se pusiese término á la lucha que estaba sosteniendo sin conseguir la más leve ventaja.

Por mucho que le hiciese sufrir la realidad eran peores las dudas que lo atormentaban y la constante agitacion en que vivía.

—Quiero de una vez la vida ó la muerte,—dijo.

Reflexionó sobre cuanto le habia dicho el célebre médico.

Tuvo al fin que convencerse de que era inútil cavilar, y exclamó:

—¡Vive el cielo!... Puesto que me ofrece acabar de una vez, no quiero detenerme ante ninguna consideracion.

Aquella tarde fué á palacio.

El monarca lo recibió con palabras agradables, y le dijo:

—Vuestro semblante revela malestar y deploraré que vuestra salud se haya quebrantado.

—Señor,—respondió el caballero,—mi salud es perfecta; pero empiezan á faltarle las fuerzas á mi espíritu. Creo que vuestra majestad conoce bien mi situacion.

—Sí.

—Y es tan violenta...

—Por lo mismo terminará pronto.

—Dios lo quiera.

—¿Teneis esperanza de que doña Sol ceda?

—Ninguna, señor.

—¿Y vos no os sentís inclinado á ceder, á transigir?

—Si he decir la verdad, yo mismo no lo sé.

—Es extraño.

—Señor, tanto sufro, que ya estoy aturdido, y no es imposible que se perturbe mi razon. Momentos hay en que mis ideas son confusas. En todo lo que pasa hay un misterio.

—Tened calma, don Leandro.

—He tenido más de la que permite mi carácter.

—¿Qué es lo que os parece misterioso?

—La conducta de don Pedro, la de mi hermano, y...

Se interrumpió el caballero.

—Acabad,—le dijo el rey.

—Hay cosas que no me atrevo á decir.

—Ahora nadie nos escucha.

—Pues bien; desde que quisieron asesinar á mi hermano, no entiendo nada de lo que sucede. La justicia consiguió apoderarse de los criminales, y sin embargo este asunto continúa como envuelto en las tinieblas. ¿No han declarado esos hombres? Supongo que sí, y en caso contrario, ¿por qué no se les obliga á declarar? ¿Qué han dicho? ¿No han dado ninguna luz? Es cosa indudable que no cometieron el crímen por su propia cuenta, sino que eran instrumentos que obedecian á quien les pagaba, y por torpe que sea la justicia, que no lo es mucho, parece imposible que no haya llegado á descubrir la verdad, ó siquiera ponerse en camino de descubrirla.

—Os equivocais.

—Pasan los dias; esos hombres están encerrados y no se adopta ninguna determinacion.

—Mostrais gran empeño en que se castigue al autor del crímen.

—Señor, mi hermano es mi rival; pero es mi hermano. Yo puedo disputarle el corazon de una mujer; pero no he de dejar de cumplir sagrados deberes.

—Si fuese un extraño...

—Lo mismo sucedería.

—No, porque si á don Juan no os uniesen los lazos de

la sangre, poco os importaría que un enemigo suyo hubiera querido asesinarlo.

—Si un extraño fuese, yo le hubiera disputado con la espada y frente á frente el corazon de doña Sol; pero al mismo tiempo lo hubiera defendido si le asestaran un golpe alevoso.

—Eso es muy noble.

—Además, señor, yo tengo necesidad absoluta de que todo el mundo se convenza de que no he querido quitarme el estorbo de un rival por medios ruines y criminales.

—No es posible que nadie ponga en duda vuestra honradez.

—Y por mucho que ódie yo á quien me ponga estorbos para realizar mi dicha, ódio más, mucho más al cobarde asesino. Señor,—añadió arrebatadamente don Leandro,—es tan profunda mi indignacion, que á trueque de descubrir al autor de ese crímen, renunciaría para siempre á la mano de doña Sol.

—Caballero, mucho me complace oiros hablar así. Bien mereceis ser dichoso; pero desgraciadamente no depende de mí vuestra felicidad. Quizás os esperan grandes sufrimientos; pero no olvideis que los que más padecen en esta vida son los que más han de gozar en el mundo eterno.

—No lo olvido, señor.

—Os prometo que muy pronto se hará justicia.

—Dios lo quiera.

—Y en claro se pondrá lo que os parece un misterio, y efectivamente lo es.

—Sí, quiero que pronto termine esta situacion.

—Tened fé en la misericordia y la justicia divina.

Las palabras del rey parecian justificar las del doctor Olivares.

De la cámara salió don Leandro con una esperanza que en su situacion era risueña: la esperanza de que muy pronto concluyese aquella lucha.

En busca fué del doctor.

Este le dijo:

—No os esperaba tan pronto.

—Ya he reflexionado y he determinado.

—¿Y qué hareis?

—Todos los dias y á todas horas estaré á vuestra disposicion.

—Muy bien.

—Os seguiré cuando me digais que os siga, y ni siquiera os preguntaré á dónde me llevais.

—Eso es lo que os conviene.

—Y como ciego instrumento y sin vacilar me vereis hacer cuanto dispongais.

—Estamos de acuerdo.

—Pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que esta lucha, esta intriga horrible ha de terminar pronto, muy pronto, poniéndose en claro el misterio que no consigo penetrar.

—¿Os parece mucho el plazo de tres dias?

—Sí.

—Fijemos dos, sin contar el de hoy.

—¡Dos dias aún!...

—Tengo mucho que hacer.

—Pues bien, desde este momento hasta pasado mañana en todo el dia...

—Concluiremos.

—Y si por cualquier razon no cumplís lo que ahora me prometeis...

—Lo cumpliré.

—Doctor,—repuso don Leandro, cuya mirada se tornó sombría,—tened presente que estoy desesperado.

—Lo sé, y tampoco ignoro que de la desesperacion á la locura no hay más que un paso.

—Eso es.

—Y en un momento de trastorno, de delirio engendrado por la desesperacion, me matariais, sin tener en cuenta quién soy, ni pensar en las consecuencias, ni en nada.

—Y por mi honor os juro...

—No es menester que jureis, pues estoy convencido de que si yo no cumpliese lo que acabo de prometeros, me matariais.

—Me alegro que no dudeis.

—Ahora esforzaos para tener toda la calma posible.

—La tendré.

—Esperareis en vuestra casa á todas horas, lo mismo de dia que de noche, y nada intentareis, porque seria posible que cometiéseis alguna torpeza que me pusiese estorbos, en cuyo caso me consideraria libre de todo compromiso.

—A mis criados daré las órdenes convenientes, y nadie más que vos me verá.

—Así no habrá peligro.

—Pues que Dios nos proteja á todos.

Separáronse.

Don Leandro volvió á su casa, y les dijo á sus criados:

—A cualquiera hora que venga mañana ó pasado mañana el doctor Olivares, lo dejareis entrar, aunque yo esté durmiendo; pero á cualquiera otra persona, aunque sea el mejor de mis amigos, aunque sea mi hermano, le direis que no me encuentro en casa, y tened entendido que no perdonaré al que con toda exactitud no cumpla esta órden.

Bien estaba probando el caballero que habia llegado al último punto de la desesperacion.

Quizás lo que ya le importaba ménos era casarse con doña Sol.

Por lo mismo que no tenia la costumbre de imponerse contrariedades, sufria más y queria de una vez quedar dentro ó fuera.

En realidad era preferible todo á semejante situacion.

Aquella noche volvió á visitar Olivares á don Juan de Manrique.

A la mañana siguiente conferenció con el alcalde.

Luego habló con el monarca, y le dijo:

—Señor, para mañana quedará todo preparado.

—Siento que no nos sea posible favorecer á don Leandro.

—La causa de su desdicha son los extravíos de su padre.

—Dios lo ha dispuesto así... tengamos paciencia.

Aquella noche pasó con aparente calma.

Doña Sol apenas pudo conciliar el sueño.

No sabia lo que pasaba, ni tenia medios de averiguarlo, y por lo mismo la atormentaban las dudas y los temores.

En cambio su padre, completamente tranquilo, se entregó al más profundo sueño.

El rey le habia dicho que en un breve plazo se haria justicia, se castigaria terriblemente al criminal, y el señor de Lainez creia firmemente que estas palabras se referian á don Juan de Manrique.

El desengaño debia ser espantoso.

A la mañana siguiente, muy temprano, se puso en movimiento el doctor Olivares.

CAPITULO CLIII.

La última conferencia.

A la mañana siguiente se levantó don Pedro á la hora de costumbre.

Llamó á la dueña y le preguntó si habia novedad.

—Hemos pasado muy tranquilamente la noche,—respondió la vieja.

—Mentira me parece que me permitan algun reposo.

—Mi señora acaba de vestirse. Está pálida y ojerosa; pero asegura que su salud es perfecta.

—Se convencerá al fin.

—Es posible que ahora cambie de sistema, aparentando que su salud se quebranta.

—Nada conseguirá, pues antes que verla casada con don Juan de Manrique, prefiero verla muerta.

—Dios nos protegerá.

—Decid que preparen el almuerzo, porque estoy desfallecido.

Cuando la infeliz jóven se presentó á su padre, no

pronunció más palabras que las absolutamente precisas para saludarlo respetuosamente.

—¿Habeis dormido bien?—le preguntó el caballero.

—Lo mismo que todas las noches.

—Vos misma, con vuestra tenacidad, perjudicareis vuestra salud; pero tened entendido que de ninguna manera cambiaré de resolucion.

—Yo tampoco.

—Bien está... No hablemos ahora de asuntos desagradables, porque necesitamos reponer las fuerzas.

Poco alimento tomó la jóven.

En cambio su padre comió como nunca.

Se fué á su cámara cuando terminó el almuerzo.

Acomodóse en un sillon, se restregó los ojos y dijo:

—Tengo la cabeza pesada; pero mi cuerpo está bien. Me han hecho cavilar mucho y no es extraño que ahora me resienta. He dormido bastante, y sin embargo el sueño me domina. Dormiré un poco y luego pasearé.

Cerráronse sus ojos.

A los pocos minutos dormia profundamente y roncaba.

Entre tanto doña Sol decia para sí:

—¿Qué sucede? ¿Cuándo y cómo terminará esta situacion horrible?... Nada sé, y esta calma engañosa me asusta. A pesar de lo que me dijo el doctor, no estoy tranquila. Presiento una desgracia horrenda.

La infeliz quiso distraerse y se puso á bordar; pero bien pronto dejó la labor y tomó un libro.

Inútiles eran todos sus esfuerzos para fijar la atencion en lo que leia.

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cerráronse sus ojos.

Su imaginacion vehemente remontó el vuelo.

¡Qué tristes, qué desconsoladoras fueron sus ideas!

Así trascurrió más de una hora.

Aquel dia era el último del plazo que fijó el médico.

¿Cumpliria su promesa?

Lo veremos muy pronto.

Cuando entregada á sus pensamientos dolorosos estaba la infeliz doña Sol, y su padre entregado al sueño más dulce y profundo, presentóse el doctor Olivares.

Preguntó por el señor de Lainez.

—Almorzó, se retiró á su cámara y no ha salido,—le respondieron.

—Decidle que tengo necesidad de verlo.

Un criado se acercó temerosamente al caballero, lo miró y le dijo:

—Señor, señor...

Extremecióse don Pedro.

Abrió los ojos.

—Dejadme,—dijo con voz soñolienta.

—Quiere hablaros el doctor Olivares.

El nombre del médico produjo un efecto mágico.

—¡Ah!—exclamó el señor de Lainez.

Volvió á extremecerse.

Cambió de postura, se restregó los ojos, se pasó las manos por la frente, y dijo:

—¡El doctor!...

—Está esperando...

—No quiere dejarme en paz.

—Dice que tiene necesidad de veros.

—Y yo quisiera no verlo nunca... ¡Siempre ese hombre!... Que entre, que entre.

Esforzóse el señor de Lainez para acabar de sacudir el sueño.

No esperaba nada agradable del doctor.

Este entró en la cámara.

Su rostro tenia la misma expresion que siempre, el de la tranquilidad más perfecta.

—He interrumpido vuestro sueño,—dijo;—pero me era imposible evitaros la molestia, porque he de cumplir las órdenes de su majestad.

—¡Ordenes del rey!—exclamó don Pedro.

—Sí.

—No adivino...

—Son muy sencillas.

—Explicaos, doctor.

—Ya sabeis que su majestad se interesa mucho por la salud de vuestra hija, y ha recordado que ayer le dijísteis que no estaba del todo bien doña Sol.

—Yo juraria que no he pronunciado tales palabras.

—Teneis mala memoria.

—No.

—Cuando el rey lo asegura...

—Debe ser verdad.

—Pues bien; su majestad me ha mandado venir para ver á doña Sol; y tened entendido que esta visita es simplemente la del médico.

—Y me parece que yo podré estar presente...

—Sí.

—Cúmplase lo que el rey manda.

—No podeis hacer otra cosa.

—Tanto interés por la salud de mi hija...

—¿Os sorprende?

—Sí.

Olivares se encogió de hombros.

—La llamaré,—dijo el señor de Lainez.

Mandó que un criado diese aviso á la jóven.

Esta se presentó y saludó cariñosamente al médico.

Su padre le dijo:

—El rey, de cuya bondad tenemos tantas pruebas, ha dispuesto que venga el doctor para saber si disfrutais de perfecta salud.

—Mucho tengo que agradecerle á su majestad,—respondió la jóven.

Y sentándose y dirigiéndose al médico, le dijo:

—Mi enfermedad la conoceis.

—Creo que sí.

—No está en el cuerpo, sino en el alma.

—Y mientras la causa subsista, serán los mismos los efectos.

—Decidle á su majestad que yo me consideraria la más feliz de las criaturas si una enfermedad del cuerpo pusiese fin á mi existencia en pocos momentos y sin darme tiempo más que para cumplir los deberes religiosos, pues así me libraría del sufrimiento que me espera.

—Eso quiere decir que habeis perdido la última esperanza.

—Sí, la he perdido; y cuando ninguna esperanza nos

alienta, la vida es imposible ó es un tormento el más espantoso.

—Señora,—dijo severamente don Pedro,—olvidais que el doctor ha venido para apreciar el estado de vuestra salud, la salud de vuestro cuerpo, pues lo que se refiere al alma no tiene nada que ver con la medicina.

—Como su majestad desea saber lo que siento, lo digo.

—Lo que desea saber es si estais enferma.

—Lo estoy.

—¿En qué consiste vuestra enfermedad? ¿Qué os duele? ¿Qué sentís? Esto es lo que habeis de decirle al médico, pues lo demás no le importa.

—Siento el alma llena de amargura.

—¡Doña Sol!...

—Mi enfermedad tiene un nombre, se llama desesperacion.

—Sí, porque no podeis realizar vuestros deseos.

—Doctor,—repuso la jóven,—decidle de mi parte al rey que no sois vos, sino él quien puede curarme.

—Si del rey dependiera vuestra dicha...

—Sí.

—No lo entiendo.

—Que perdone á mi padre y que se me autorice para encerrarme en un convento y consumir allí mi triste vida; que perdone á mi padre para que se salve nuestro honor y su vida, y me consideraré feliz.

No era posible que don Pedro oyese estas palabras con tranquilidad.

Movióse con impaciencia.

Sacó su pañuelo y se limpió el sudor que empezaba á correr por su frente.

—Basta,—dijo.

—Sí, basta,—repuso Olivares.—No es menester que vuestra hija se moleste en decir más; pero yo tengo que contestarle.

—Hacedlo, aunque sé que no habeis de decir nada que me agrade.

—Desagradable será lo que yo diga; pero muy conveniente, muy provechoso para vos.

—Tal vez.

—Escuchad bien, don Pedro, porque la hora terrible está muy cerca.

—Doctor...

—Escuchad, caballero, — dijo enérgicamente Olivares.

Palideció el señor de Lainez.

Su mirada se fijó temerosamente en el médico.

Este, con una calma espantosa, dijo:

—Inmediatamente, entendedlo bien, inmediatamente saldreis de Madrid, llevando cuanto dinero tengais.

—¡Por Dios vivo!...

—Vuestra hija puede acompañaros ó quedarse en un convento. Por si esto último os parece mejor, podeis llevarla ahora mismo á Santo Domingo el Real, donde será recibida desde luego, y donde estará vigilada como exige su honor.

—Creí que ya habíais desistido...

—No, porque quiero que mi conciencia quede tranquila.

—Doctor, vuestro intento...

—Es más noble de lo que mereceis; pero esto y más haria por vuestra hija.

—Siempre amenazándome, y á pesar de todo vuestro talento no habeis pensado que habia de reirme de las amenazas cuando viera que no se cumplian.

—No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, y el dia de hoy es el último.

No pudo doña Sol contener un grito.

—Recordad mis palabras,—le dijo el médico.

—¡Dios mio!...

—Si no teneis fé en mi amistad, si dudais de mi sinceridad...

—No, no.

—El último esfuerzo, doña Sol, el último...

—¡Pobre alma mia!...

—Al rey le pedís el perdon para vuestro padre, sin pensar que el rey, aunque tenga que destrozarse el corazon, ha de cumplir sus deberes, tiene que hacer justicia sin detenerse ante ninguna consideracion, porque su responsabilidad es muy grande. Como hombre nada os negaria; pero como rey nada puede concederos. Quizás con mengua de la justicia ha hecho por vos lo que no haria por nadie, y ha dejado que pase el tiempo con la esperanza de que el criminal...

—¡Doctor!—interrumpió el señor de Lainez,—la palabra criminal...

—Está bien pronunciada.

—Si habeis venido para ultrajarme...

—Vos mismo os habeis ultrajado al olvidar vuestros

deberes, al entregaros á todos los extravíos de satánicas pasiones. Ya sabeis que tengo las pruebas de vuestros crímenes, y...

—No os escucharé.

—Podeis disponer de algunas horas, no más que de algunas horas, porque antes de que el sol se oculte, entrará en esta casa la justicia.

—Pues bien, que venga la justicia, que venga el mismo rey. Me acusarán, pediré las pruebas...

—Os las presentarán.

—Si vos olvidais la promesa que me hicísteis...

—No; pero en poder de la justicia están las declaraciones de los miserables que os han servido para cometer el último crímen, y no es menester que yo tome parte en el asunto.

Empezó el señor de Lainez á sentirse muy agitado; pero su obcecacion habia llegado hasta el punto de que seguia creyendo que todo aquello era una farsa para obligarlo á salir de la córte y dejar á su hija en un convento, facilitando así la realizacion de los planes del atrevido don Juan.

Horrorizábase al pensar que su hija pudiera casarse con el hombre á quien amaba, pues esto mortificaba su soberbia y lo trastornaba profundamente.

Cuando se lucha, llega un momento en que se prefiere morir á declararse vencido, porque la razon se perturba, porque se anula completamente el juicio.

Don Pedro, cuyos arrebatos de ira conocemos ya, se puso en pié.

Se iluminaron sus ojos.

Su rostro enrojeció como si la sangre fuese á brotar.

Violentamente se contrajeron sus lábios.

Apretó los puños con toda la fuerza de su desesperacion.

—Moriré, pero no cederé,—dijo con voz reconcentrada.—Esta es mi última determinacion. No me deis consejos, porque no os escucharé; no me supliqueis... Decís que ha llegado el dia y que no faltan más que algunas horas para que se cumpla el plazo... Pues bien, me alegro. Cuando me acusen me defenderé; y si los tribunales me condenan, paciencia tendré. Cuidaos de vuestra conciencia y dejad la mia.

—Estais ciego.

—Y para que no quede duda de la firmeza de mi resolucion, no os escucharé más. Vos, señora, volved á vuestra cámara... Soy vuestro padre... Obedeced... Y vos, doctor, idos ó quedaos, pero no me hableis de mis crímenes, ni de don Juan, porque os volveré la espalda.

En pié se puso la jóven.

Palidez cadavérica cubria su semblante.

Apenas podia respirar.

Elevó al cielo una mirada, y dijo:

—Dios justiciero, vos penetrais en el fondo de mi alma... Acepto mis desdichas, me resigno y os bendigo.

Se oprimió el pecho.

Humedeciéronse sus ojos.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Madre mia, madre de mi alma!—exclamó.—Ruega á Dios por tu pobre hija.

La infeliz salió del aposento con pasos vacilantes.

El caballero quedó inmóvil y con la mirada sombría.

Olivares, como si hablase para sí, murmuró:

—No se ha equivocado el rey.

Se levantó, fijó una mirada de desden profundo en el señor de Lainez, y le dijo:

—Pronto vereis al hijo de Marta, al hijo de vuestro crímen, y pronto tambien os juzgará el Omnipotente.

Sordo rugido resonó en el interior del pecho del señor de Lainez.

El médico salió.

—¡Por el infierno!—exclamó don Pedro.—Me quitarán la vida; pero no han de verme temblar.

Se sentó.

Se pasó las manos por la frente.

—El hijo de Marta,—murmuró.—No es posible... ¡Oh!... Puesto que faltan pocas horas, esperemos.

Determinó salir y pasearse con la esperanza de que así se despejase su cabeza.

Entre tanto su pobre hija elevaba á Dios súplicas desgarradoras.

A la hora de comer volvió á su casa don Pedro.

—No me siento bien,—decia,—porque he tenido que gastar las fuerzas... Con el alimento las recobraré.

Pocas veces habia comido con tanto apetito, con tanta ansiedad como aquel dia.

Todos los manjares le parecieron muy delicados.

Tambien bebió más vino que de costumbre.

A medida que tomaba el alimento experimentaba un bienestar inexplicable.

Así se convencia más y más de que lo que antes

sentia era efecto de la debilidad por haber gastado las fuerzas demasiado.

Gradualmente enrojecia su rostro y hubo momentos en que se amorataba.

Sus ojos tenian un ligero tinte sanguinolento.

Hablaba mucho; pero con alguna torpeza, lo cual no era extraño, pues bebia con exceso.

No le dirigió á su hija la palabra; pero á los criados que lo sirvieron, les dijo:

—Si Dios no nos hubiese dado la necesidad de comer, estaríamos privados de un gran goce. Dichoso me consideraré si conservo el apetito hasta el último momento de mi vida.

¿Quién hubiera creido que el caballero se encontraba en la más horrible situacion?

Con asombro lo miraba su hija.

La comida terminó.

Rezaron.

Se oscurecia la voz de don Pedro.

—Ahora quiero descansar,—dijo.

A su cámara fué.

Recostóse en un sillon.

Cruzó las manos y las apoyó sobre su abultado vientre.

—Veremos si ahora quieren dejarme descansar,—dijo.

Cerráronse sus ojos.

Se quedó dormido.

En aquellos momentos era la más dichosa de las criaturas.

Su hija estaba en su aposento.

Esperaba que de un momento á otro se presentase la justicia.

Para tener fuerzas y valor recordaba las últimas palabras de Olivares.

La dueña, segun costumbre, se habia dormido con el rosario en la diestra.

El silencio era profundo en toda la casa.

Brillaba el sol en un horizonte purísimo, y sin embargo á la infeliz jóven le parecia que la luz era opaca.

Muy pronto tendria que dar una prueba de la rara energía de su espíritu, y muy pronto tambien sentiria destrozado el corazon.

Muy cerca de dos horas pasaron.

¿Y don Juan?

Lo buscaremos para averiguar si conocia bien la situacion.

CAPÍTULO CLIV.

Los últimos preparativos.

A la misma hora en que don Pedro se entregaba al reposo con el más completo descuido, el doctor Olivares llegaba al arrabal y entraba en la vivienda del alférez.

Allí se encontraban tambien don Juan y el criado.

Los tres estaban silenciosos.

No era menester más que mirarlos para conocer su preocupacion y su sufrimiento.

Miraron ansiosamente á Olivares.

Este, sin cuidarse de saludar, le dijo al caballero:

—Supongo que estais dispuesto á cumplir con toda exactitud lo que me habeis prometido.

—Sí,—respondió don Juan,—lo cumpliré; pero con las condiciones...

—No las he olvidado.

—¿Ha llegado la hora?

—Está muy cerca.

—Pues decidme lo que he de hacer.

—Ireis á Puerta de Moros.

—¿Ha de venir nuestro amigo Castillejo?

—Puede acompañaros, aunque ha de ser testigo mudo de lo que suceda.

—¿Aun no podeis dar más explicaciones?

—No, don Juan.

—Esperaré.

—Ya no necesitais mucha paciencia,—dijo el médico.

Y añadió, dirigiéndose á Andrés:

—En estos momentos bullen en vuestra cabeza los recuerdos de aquella época inolvidable.

—Sí.

—Ha llegado el dia de la justicia.

—Yo tambien os he hecho una promesa, y no es menester que me pregunteis si estoy dispuesto á cumplirla.

—Si aun os quedan fuerzas para dominaros...

—Me sobran, doctor.

—Pues que Dios nos proteja.

—¿Ya os vais?

—Tengo mucho que hacer en muy poco tiempo.

—Que el cielo os acompañe.

Ni una palabra más pronunciaron.

Salió de la casa el médico.

A buen paso se encaminó á la morada de don Leandro.

Este habia cumplido su promesa con la más escrupulosa exactitud, y ni habia salido de su casa, ni habia recibido á ninguno de sus amigos.

Con creciente impaciencia contaba las horas, que siglos le parecian.

Como ninguna distraccion tuvo, habíase entregado

á las reflexiones á que daba lugar aquella situacion extraña.

No hubiera acertado el caballero á dar explicaciones sobre su estado moral y tampoco hubiera podido decir con certeza si su mayor tormento consistia en las contrariedades que sufria su amor.

Quizás sobre este punto empezaba ó operarse un cambio en sus sentimientos.

Aunque no lo confesase, en el fondo de su conciencia reconocia que su hermano tenia derecho incontestable á la mano de doña Sol, puesto que la amaba y era correspondido mucho antes de que el señor de Lainez adoptara ninguna determinacion sobre este punto.

En realidad don Leandro sostuvo tan tenazmente aquella lucha impulsado particularmente por su dignidad, y por los impetus de la soberbia que lo caracterizaba.

Empero los sucesos últimos lo habian impresionado muy vivamente y despertaron en su alma los sentimientos más nobles.

Su trastorno fué más y más profundo á medida que se le presentaba más impenetrable el misterio de la conducta de los unos y de los otros, y especialmente la del doctor Olivares.

Ya don Leandro, ante todo y sobre todo queria salir de dudas en todo lo referente á don Pedro de Lainez.

Por primera vez en su vida tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominar sus impulsos.

Le anunciaron la visita del médico.

—¡Ah!—exclamó.

Brillaron sus ojos.

—¡Gracias á Dios!—dijo al ver á Olivares.

—Vuestra impaciencia la comprendo bien.

—¿Ha llegado la hora?

—Tan cerca está, que bien puede decirse que ha llegado.

—Dispuesto me teneis.

—Escuchad lo que voy á deciros.

—Sed breve, doctor.

—Vais á conocer un secreto de gran importancia; vais á ver cómo se rompe el velo misterioso que hasta hoy no os ha permitido conocer vuestra situacion; pero os aguardan tambien sufrimientos muy grandes.

—Valor me sobra para aceptarlo todo.

—No quiero que os entregueis á ilusiones, porque el desengaño seria muy doloroso.

—No abrigo ninguna esperanza de felicidad.

—Sabed que es imposible que llegueis á ser esposo de doña Sol.

Don Leandro quedó inmóvil y con la mirada fija en el médico.

Este añadió con su fria y terrible calma:

—Imposible en absoluto, pues vos mismo habeis de rechazarla.

—¡Rechazarla yo!...

—Sí.

—Doctor, lo que estais diciendo...

—Ese es el misterio que vais á penetrar.

—Si mi razon no se trastorna...

—Calma, don Leandro.

—Acabad.

—Cuando termine esta situacion determinareis lo que mejor os parezca; pero cualquiera que sea vuestra resolucion no habeis de encontrar la dicha donde la habeis buscado. Quizás vuestra suerte es muy triste; pero siempre os quedará la satisfaccion incomparable de la tranquilidad de vuestra conciencia; y si teneis fé, Dios os consolará.

—No os comprendo.

—Esperadlo todo para que no os sorprenda nada, y preparaos para sufrir como pocas criaturas sufren.

—Mis desdichas aceptaré sin exhalar una queja.

—He concluido, caballero.

—¿Y ahora?...

—Venid.

Se extremeció don Leandro; pero no pronunció una palabra.

Pocos minutos despues salia de su casa con el doctor.

Silenciosamente dejaron atrás calles y calles.

Llegaron á Puerta de Moros.

—Mirad,—dijo Olivares, señando hácia San Andrés.

—¡Mi hermano!

—Sí.

—Y los dos hombres que lo acompañan...

—El uno es el alférez Castillejo, y el otro el antiguo criado de don Pedro de Lainez.

Efectivamente, allí se encontraban don Juan, el señor Alonso y Andrés.

Esperaban los avisos del doctor.

Este le dijo á don Leandro:

—Con vuestro hermano os quedareis, diciéndole que yo lo he dispuesto así, y evitareis toda clase de explicaciones sobre el grave asunto que nos ocupa.

—Descuidad.

—Cuando entre don Juan en la vivienda de don Pedro, vos entrareis tambien.

—Entendido.

—Pues que Dios os dé fuerzas para cumplir vuestros deberes y resignaros.

Dió media vuelta el doctor, metiéndose por la Cava Baja.

Don Leandro se acercó á don Juan y le dijo:

—Dios os guarde, hermano mio.

—Bien venido seais.

—A vuestro lado me quedo, porque así lo ha dispuesto el doctor Olivares, y yo le habia prometido obedecerlo ciegamente.

—Yo tambien.

—Ya me ha dicho quiénes son estas dos personas que os acompañan.

—Mis mejores amigos, á los que les debo más que la vida.

—Sobre nuestra situacion nada os digo, porque en estos momentos...

—Debemes esperar, hermano mio.

—Vá á decidirse la suerte de todos.

—El desenlace ha de ser triste, por bueno que sea.

—No espero otra cosa.

—Que Dios perdone al que es causa de nuestras desdichas.

—Quizás yo no tenga bastante virtud para perdonarlo.

—Yo estoy decidido á cumplir mis deberes.

—Yo tambien; pero...

—Don Leandro,—interrumpió don Juan,—á pesar de todas nuestras rivalidades...

—Os juro que siempre he sido de corazon vuestro hermano. Rivales no somos ya, porque estoy convencido de que un abismo me separa de doña Sol, y si he de deciros lo que siento, os aseguro que no sé si todavía la amo como la amaba hace algunos meses.

—¡Caballero!...

—Esto no lo comprendeis, parece absurdo, y sin embargo es verdad.

Mientras así hablaban, el médico fué á la vivienda del severo alcalde.

Este lo esperaba tambien con alguna impaciencia, y apenas lo vió le preguntó:

—¿Ya es hora?

—Sí.

—A Dios le pido que me proteja.

—Don Gaspar, vá á concluir este asunto que tanto os ha dado que hacer.

—Y si termina felizmente...

—Para vos.

—No puedo ser indiferente á las desgracias de doña Sol, porque ha dado tantas pruebas de nobleza de alma...

—Un gran sufrimiento tiene reservado la infeliz.

—Cuando á su padre vea en un calabozo...

—Si estais decidido á prenderlo...

—¡Que si estoy decidido!—replicó el alcalde.—¿Es posible que lo pongais en duda?

—No; pero las circunstancias...

—Ya me ha dejado el rey en libertad completa para que cumpla mi deber.

—Sí.

—Pues por nada torceré la vara de la justicia.

—Conozco demasiado bien vuestra rectitud.

—Mucho me interesa la suerte de doña Sol, pero antes que todo es para mí el cumplimiento de mi deber. Con la conciencia tranquila he vivido, y con la conciencia tranquila he de morir.

—No os pediré que hagais nada contrario al cumplimiento de vuestros deberes.

—Y aunque me lo pidiéseis yo no lo haría.

—Pero bien podeis cumplir vuestro deber con calma, sin dejaros llevar de impresiones de ninguna clase, y así lo haré.

—Pues cuando á bien lo tengais, venid.

Don Gaspar tomó la vara que de su autoridad era signo.

Cuatro corchetes estaban preparados.

—En nombre de Dios...—dijo.

Mandó á los corchetes que lo siguieran.

En compañía del médico salió.

Nunca habia sido tan grave el aspecto del juez.

Iba á cumplir deberes muy penosos; pero no vacilaría.

Al llegar á Puerta de Moros se detuvieron.

El doctor dijo:

—Ya sabeis que contra don Juan de Manrique no podeis adoptar ninguna determinacion, sin que antes os autorice su majestad.

—No lo olvido.

—Allí lo teneis junto á San Andrés.

—Tambien está don Leandro.

—Y el alférez Castillejo y Andrés.

—¿Y qué hacen ahí?

—Viéndolo estais: esperan.

—Doctor, no comprendo á qué puede conducir que esos hombres sean testigos de la desdicha de don Pedro.

—Así es preciso.

—¿Y para qué?

—Ahora no me está permitido daros explicaciones.

—Ni yo las quiero.

—Ningun estorbo se os pondrá para el cumplimiento de vuestros deberes.

—Lo que deseo es concluir cuanto antes.

—Pues concluyamos.

—¿Vos me acompañareis?

—Sí, porque mis servicios pueden ser necesarios, y porque así lo ha dispuesto su majestad.

—Me alegro, pues el golpe ha de trastornar á la infeliz doña Sol.

—Y Dios quiera que el trastorno no le cueste la vida, porque su salud está quebrantada.

El buen alcalde hizo un gesto de disgusto.

En la casa entraron y subieron.

Don Gaspar le dijo gravemente al criado que se les presentó:

—Llevadnos donde esté don Pedro de Lainez.

—A su cámara se retiró despues de comer, y es posible que duerma.

—Guiad.

—Entretanto,—dijo el médico,—entraré en el aposento de doña Sol para preparar su ánimo.

Separóse del alcalde, y tomó por un pasillo.

A la puerta de la cámara se colocaron los corchetes, quedando inmóviles.

Aun dormia el señor de Lainez.

Se le acercó don Gaspar, y le tocó en un hombro.

Se extremeció el caballero.

—Despertad.

Abrió los ojos don Pedro.

¿Qué debió sentir?

Ni él mismo hubiera podido explicarlo.

Debió parecerle don Gaspar un fantasma aterrador.

Exhaló el criminal un grito.

Abriéronse sus ojos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Muy pesado era su sueño; pero lo sacudió instantáneamente.

En pié se puso.

Su mirada se fijó en el alcalde.

Este dijo con grave tono:

—¡En nombre del rey!

Parecia que el señor de Lainez se habia petrificado.

No hizo el más leve movimiento.

No articuló una sílaba.

Respiraba con dificultad.

Habia palidecido; pero su rostro volvió á enrojecer.

Antes de decir cómo terminó aquella escena, tenemos que ver á doña Sol.

¿Qué haria Olivares para evitar que aquel tremendo golpe pusiese fin á la existencia de la infeliz?

Era dudoso que tuviera fuerzas para resistir.

Ya habia sufrido mucho, y por consiguiente sus fuerzas habian menguado mucho tambien.

Bien puede decirse que aquellos últimos dias la sostuvo su voluntad, la rara energía de su espíritu privilegiado.

Iremos á su habitacion.

CAPITULO CLV.

Principia el desenlace.

Llegó el médico á la puerta de la cámara de la jóven, levantó la cortina y entró sin pedir licencia.

No pudo doña Sol contener un grito, que lo mismo era de sorpresa que de terror, pues comprendió instintivamente que habia llegado el momento terrible.

El grito despertó á la dueña, que dormitaba, segun su costumbre, y con gran sorpresa tambien miró á Olivares.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la jóven con desgarrador acento.

Y mortal palidez cubrió su rostro.

—El último esfuerzo,—le dijo dulcemente el doctor, —porque este es tambien el último dolor.

—¡Ah!...

—Esta es la última prueba.

—Explicaos, mi buen amigo... ¿Qué vá á suceder? ¿Qué debo esperar?... Salvad á mi padre, salvadlo.

—Aunque veais que la justicia entra en vuestra casa...

—¡La justicia!...

—Vuestro padre no irá á un calabozo.

—Aunque aquí lo dejen preso, lo condenarán, lo entregarán al verdugo, y nuestro nombre, nuestro honor...

—¿Creeis que puedo mentir cuando hablo con vos?

—No.

—¿Creeis que es posible que yo os engañe?

—No lo creo; pero con la noble intencion de consolarme...

—En estos momentos solemnes, por horrible que sea la verdad, tengo que decírosla.

Doña Sol se pasó las manos por la frente y se oprimió el pecho.

—Quizás me falten las fuerzas, pero el valor me sobra. Sí, mi buen amigo, quiero conocer la verdad.

—Pues bien, sabed que vuestro padre no morirá á manos del verdugo.

—Pero cuando los tribunales declaren que es un asesino...

—Tampoco sucederá eso.

—¡Qué no sucederá!...

—Os lo aseguro.

—Doctor, en nombre de Dios Omnipotente...

—Os digo la verdad.

—Por la memoria de mi virtuosa madre, de cuya agonía fuísteis testigo...

—Cumpliré lo que le prometí.

—Gracias, mi buen amigo... Que Dios os bendiga...

—Cumplo mi deber.

—Pero si la justicia entra en esta casa, si tiene las pruebas terribles...

—A pesar de todo eso, vuestro padre no morirá á manos del verdugo.

—Decís que tampoco lo condenarán los tribunales...

—Sus crímenes serán un secreto que nadie conocerá.

—Entonces...

—Algun dia, y no sabemos cuándo, os quedareis sin padre, lo mismo que sin madre os quedásteis.

—¿Qué quereis decir?—preguntó la jóven fijando una mirada profunda en el médico.

—Que más ó ménos pronto habeis de sufrir el dolor por la muerte de vuestro padre, salvo que Dios disponga antes de vuestra vida, aunque esto no es lo probable.

—Pero si muere en su lecho y honrado...

—Sí.

—Jurad que no me engañais.

—Os lo juro por la salvacion de mi alma.

—¡Ah!...

—Temiais que á vuestro padre se le quitase la vida disimuladamente; pero os habeis equivocado.

—Vuestro juramento me tranquiliza.

—Pues ya lo sabeis, doña Sol: á la justicia vereis en vuestra casa y resuelta á cumplir sus deberes sin ninguna consideracion; pero no hagais caso de tales apariencias.

—En vos fio.

—Otra sorpresa os aguarda; pero sobre este punto no puedo daros explicaciones.

—¿Y don Juan?

—Lo vereis muy pronto, y si lo amais como siempre, sereis su esposa.

—¡Su esposa!...

—Doña Sol, venid, porque ya está en vuestra casa la justicia.

Un grito exhaló la jóven.

—No olvideis lo que os he dicho,—repuso el doctor,—no olvideis mi juramento, y pensad que en estos momentos tan solemnes como terribles, depende de vos la dicha del hombre á quien amais y que os ama con delirio.

—Vamos,—dijo enérgicamente doña Sol.

La dueña estaba aturdida.

No acababa de comprender lo que veia.

Tembló al oir que de la justicia hablaba Olivares.

Este y doña Sol salieron de la cámara y se dirigieron á la del señor de Lainez.

Entraron cuando este, empezando á desaturdirse, se pasaba las manos por la frente.

—¡Padre mio!—exclamó la jóven, corriendo hácia el autor de sus dias para abrazarlo.

Empero el criminal, cuya perturbacion debia haber llegado al último punto, y como si quisiese dar la última prueba de que no tenia corazon, fijó en su hija una mirada terriblemente amenazadora, y le dijo con voz reconcentrada:

—Apartaos, señora... No os acerqueis á mí, no me ultrajeis con demostraciones de falso amor, porque os ahogaria entre mis manos.

La desdichada sintió como si se helara su sangre.

Detúvose.

Para no caer tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

Elevó al cielo una mirada de dolor mortal y de amargura desgarradora.

No quiso ó no pudo articular una sílaba.

Quizás su padre le habia hecho un gran beneficio al tratarla tan injusta y duramente, porque así ella tendria que concretarse á ser mero testigo de aquella escena.

El doctor Olivares se acercó á la jóven y en voz muy baja la dijo:

—Valor... Es la última prueba.

Parecia que el señor de Lainez se habia desaturdido y recobrado además el valor de que tanto necesitaba en aquellos momentos.

De piés á cabeza miró á don Gaspar y le dijo:

—No he olvidado, ni puedo olvidar quién soy, y creo que vos tampoco lo olvidareis.

—Precisamente porque sé quién sois he venido.

Volvió á sentarse don Pedro.

Irguió la cabeza soberbiamente.

—Sin mi licencia habeis penetrado aquí,—dijo,—y habeis interrumpido mi reposo.

—El rey nuestro señor puede entrar en todas partes sin pedir licencia, y yo represento al rey.

—¿Y qué es lo que quereis en mi casa?

—Deciros que os deis á prision,—respondió el alcalde, presentando la vara de la justicia y golpeando con ella en el suelo.

Iba á replicar el señor de Lainez; pero en la cámara entraron don Juan, don Leandro y Andrés.

Este último se acercó á su señora, la miró ansiosamente, la cogió las manos, se las estrechó y la obligó á sentarse.

La primera mirada de don Juan fué para doña Sol, mirada ardiente y profunda, una mirada más expresiva que cuanto hubieran podido decir los lábios.

En seguida se colocó entre don Pedro y el alcalde, diciéndole á este:

—Aquí estais en nombre de su majestad, y habeis venido en busca de un delincuente.

—Sí.

—Criminal es el que os ponga estorbos para cumplir vuestros deberes; pero yo, aunque lo reconozco así, aunque soy amante de la justicia y me considero obligado á respetarla, escucho la voz de otros deberes y vengo con la firme resolucion de morir ó de librar á este hombre de la suerte horrible que le espera.

—¡Don Juan!—exclamó el alcalde.

—Y vos,—añadió el caballero, dirigiéndose al señor de Lainez,—escuchadme. Me habeis ofendido, habeis destrozado el alma de la mujer que es objeto de mi ternura y habeis querido asesinarme; pero no puedo olvidar que sois el padre de esa mujer... Una y otra vez os he dado prudentes avisos para que en salvo os pusiéseis... Ya no es posible que dudeis... Salid... Vuestro criado os guiará, os ocultará, y si alguien nos pone estorbos, yo abriré paso con mi espada... No vacileis, don Pedro.

—¡Por Dios vivo!—exclamó don Leandro, de cuyos

ojos se escaparon corrientes de fuego.—Ni este hombre se irá, ni se lo llevará la justicia, porque yo lo castigaré ahora mismo... Señor de Lainez, sois un miserable... Recordad que os dije que no perdonaria al que intentó asesinar á mi hermano, y lo que prometo lo cumplo... Renuncio á ser esposo de vuestra hija, renuncio á todo, porque antes que mi dicha es mi deber, es mi conciencia.

La situacion de don Leandro acrecentaba por instantes.

A impulsos de la ira temblaban sus manos.

Su rostro se habia tornado lívido, se contraia y se desfiguraba.

Brillaban sus pupilas con siniestro fulgor.

Nunca se habia encendido tanto su cólera terrible.

¿Quién podia detener los ímpetus de su iracundo arrebato?

Un paso dió y su mirada ardiente y dominadora se fijó en don Gaspar, diciéndole:

—Ni al mismo rey respetaria si estuviese en vuestro lugar... A vos, á los que os acompañan, á mi hermano, á todo el mundo arrollaré... Habeis venido para hacer justicia... ¡Vive Dios!... Testigo vais á ser de que la justicia se cumple, y luego llevadme á un calabozo y condenadme á morir por haber cometido el crímen de cumplir un deber sagrado, de obedecer lo que me mandaba mi conciencia... ¡Apartaos!... Yo soy el instrumento de la justicia divina.

Con el acento del delirio pronunció estas palabras don Leandro, y al pronunciarlas, desnudó el acero.

Un grito exhaló la jóven.

—¿Qué intentais?—dijo don Juan.

—Castigar á vuestro asesino.

—Yo he venido para salvarlo y lo salvaré.

—Hermano mio, dejadme.

—Antes que á mi asesino, tendreis que matarme á mí, porque yo tambien quiero morir cumpliendo mis deberes, porque para mí es mi conciencia antes que todo.

Y tambien don Juan llevó la diestra á la empuñadura de la espada.

Muy grave era el conflicto.

Don Gaspar pensó que con el auxilio de dos pobres corchetes no podria hacer entrar en razon á los dos caballeros.

Andrés se colocó junto á don Juan, dispuesto á secundarlo, y el entrecejo arrugó mientras decia:

—Con sangre acabaremos.

Los dos corchetes pusieron tambien la diestra en las empuñaduras de sus espadas.

Don Pedro volvió á sentirse aturdido.

—Uno quiere matarme y salvarme el otro,—murmuró,—y además la justicia... ¡Oh!...

Ya no podia dudar de que su perdicion era cierta.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

Enrojecia más y más su rostro, que cambiaba de expresion.

Quizás el terror se apoderaba ya de su espíritu.

¿Cómo se resolverian las dificultades de aquella situacion?

Don Juan no estaba dispuesto á ceder.

Don Leandro tampoco, porque su razon habia llegado á trastornarse.

Quizás los dos hermanos, que se habian respetado hasta entonces, á pesar de ser rivales, entablarian una lucha.

El buen alcalde cavilaba y buscaba un medio que siquiera dejase á salvo el prestigio de su autoridad.

La vacilacion de los unos y los otros, la quietud no duró más que algunos momentos, porque don Leandro, dirigiéndose al señor de Lainez, gritó:

—¡Asesino!

Iba á lanzarse sobre el criminal; pero el doctor se puso delante de este, cruzó los brazos y dijo con grave y reposado tono:

—Primero me matareis á mí.

—Doctor, que estoy ciego, que estoy loco...

—Yo curaré vuestra locura.

—Si os empeñais, os mataré.

—No podeis poner las manos sobre este hombre, porque su persona es sagrada para vos.

—¡Sagrada la persona de un asesino!...

—Cumplid lo que me prometísteis, caballero.

—Y vos...

—Aún no habeis penetrado el misterio, y...

—Acabad, doctor, acabad, porque no respondo de lo que haré en el trastorno de mi desesperacion.

—En nombre del rey, escuchadme todos,—dijo Olivares.

Y como si su voz ejerciese mágica influencia, todos quedaron inmóviles y mudos y todas las miradas se fijaron anhelantes en él.

Siempre con su fria, con su inalterable calma, Olivares sacó unos papeles, y dijo:

—Aquí están las pruebas legales de lo que vais á oir, y la explicacion la encontrareis en una historia tristísima y horrible que os referiré.

Volvióse el médico, miró al señor de Lainez, y arrugó el entrecejo.

Luego, como si hablase para sí, murmuró:

—Dios resuelve lo que para los hombres no tiene sosolucion... Don Pedro, vuestras ideas son algo confusas ahora, pero me entendeis.

El sudor frio seguia brotando de la frente del criminal.

Otra vez sus ojos tomaban un tinte sanguinolento.

Sus pupilas empezaban á dilatarse.

—Caballero,—le dijo el médico á don Leandro,—no solamente no podeis castigar á don Pedro de Lainez, sino que teneis que defenderlo, porque es vuestro padre.

—¡Mi padre!—exclamó el caballero, fijando una mirada de estupor en Olivares.

Lo que éste acababa de decir lo comprendió sin más explicaciones Andrés.

—¡Mi hijo!—exclamó don Pedro con voz oscurecida.

Y en pié se puso como si una mano misteriosa lo impulsase.

—Sí, vuestro hijo, el hijo de la pobre Marta.

—¡Mi hijo!—volvió á decir don Pedro.

—El hermano de don Juan fué devorado por un lobo, y el marido de su nodriza, para poner á salvo su responsabilidad, se apoderó del hijo de Marta... No, don

Leandro, no sois hermano de don Juan de Manrique, porque vuestra existencia es el fruto de un extravío, de un crímen horrendo de este hombre... Sois hermano de doña Sol, su hermano, entendedlo bien.

Resonó un grito.

La espada se escapó de la diestra de don Leandro.

Doña Sol se puso en pié; pero vaciló un momento y cayó sin sentido.

—¡Dios mio, salvadla!—exclamó Andrés.

Y levantándola en sus brazos, la sacó de la cámara para llevarla á su lecho y socorrerla.

Don Gaspar estaba aturdido y miraba á los unos y á los otros.

Como don Juan, porque se la habia referido Andrés, conocia la historia de Marta, no necesitó más explicaciones.

Don Leandro no hubiera acertado á decir lo que sentia.

Permaneció inmóvil y mudo.

—Aquí están las pruebas,—volvió á decir el doctor.

—¡Mi hijo!—murmuró con voz ronca el señor de Lainez.

Y cayó pesadamente en el sillon.

Su respiracion era muy trabajosa.

Parecia que se ahogaba.

Abriéronse sus ojos como si á saltar fuesen de sus órbitas.

—Luz,—dijo.—¿Por qué cierran las ventanas?... ¡Luz!

Se habian dilatado más sus pupilas.

Quedó como una estátua.

—¡Ah!—exclamó don Juan,—para mí sereis siempre mi hermano... A mis brazos venid...

—¡Alma noble!...

El amante de doña Sol abrazó á don Leandro, pronunciando palabras que no pudieron entenderse.

—Estoy aturdido,—dijo al fin el alcalde.

El médico guardó los papeles, se acercó á don Gaspar y le dijo en grave tono:

—La justicia de Dios ha entrado en esta casa, y por consiguiente no hace ninguna falta la justicia de los hombres.

—Doctor, he venido para cumplir mis deberes... Pensad que nada tienen que ver los crímenes de don Pedro con sus asuntos de familia.

—Miradlo.

—Sí, está anonadado.

—Está á los bordes de la sepultura. Tiene una congestion...

—¡Oh!...

—Ahora es el médico el que ha de cumplir sus deberes. A este hombre no puede sacársele de aquí, porque está muriéndose.

—Horror...

—Idos, don Gaspar.

—Pero...

—Os lo mando en nombre del rey.

—Basta.

—Los crímenes de don Pedro han de ser un secreto para todo el mundo, entendedlo bien. Don Leandro, venid al lado de vuestro padre... Y vos, don Juan,

llamad á los criados y que traigan agua caliente... Intentaré salvarlo; pero no abrigo esperanza.

Pulsó el médico al señor de Lainez.

Sacó una bolsa donde habia lancetas y otros instrumentos.

Instantáneamente se produjo en la casa gran confusion.

Los criados corrian de un lado para otro.

Por todas partes se oian exclamaciones de sorpresa y de asombro.

Preguntaban, pidiendo explicaciones, y nadie sabia responder.

Don Juan tambien iba y venia.

Y entretanto la dueña, como no tenia la conciencia tranquila, temerosa de que el médico pensase en ella, aprovechóse de la confusion y salió de la casa.

El alférez Castillejo, perdiendo la paciencia, entró sin ningun miramiento.

No era posible que le diesen explicaciones, aunque se las pidió á don Juan.

Pocos minutos despues el doctor sangraba al señor de Lainez.

Al lado de este se habia colocado su hijo con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Su mirada era sombría.

Su rostro estaba violentamente contraido y desfigurado.

¡Qué amargos debian ser sus pensamientos!

Digno era de compasion.

Poco á poco fué restableciéndose la calma.

Don Pedro de Lainez recobró el conocimiento; pero no pudo pronunciar más que algunas palabras incoherentes.

Lo llevaron á su lecho.

Olivares recetó, diciendo lo que era preciso hacer.

Don Gaspar salió de la casa con los corchetes y se alejó muy preocupado.

Don Leandro se sentó junto al lecho y volvió á inclinar la cabeza.

—Continuemos,—dijo Olivares.

Fué á la cámara de doña Sol.

A esta la habian socorrido la doncella y Andrés.

Tambien acudió don Juan.

La jóven recobró el conocimiento.

El llanto se escapó de sus ojos.

—¿Y mi padre?—preguntó.

—Está enfermo,—le respondió Olivares.

—Quiero verlo...

—Despues.

—¿Y mi hermano?

—Cumpliendo su deber al lado de su padre.

—¡Dios misericordioso!

—Doña Sol, ya habeis pasado por la última prueba... Tal vez Dios os tiene reservado el último dolor, el de ver morir á vuestro padre; pero os resignareis, porque así cumplireis vuestro deber... Ahora es preciso que recobreis la calma, porque si cometeis una locura dejándoos llevar de los nobles impulsos de vuestro corazon, vuestra salud se quebrantaria gravemente y quizás moriríais antes que vuestro padre. Habeis hecho más de lo que teneis obligacion de hacer y vuestra concien-

cia puede estar tranquila... He cumplido lo que os prometí; me sois deudora de un gran beneficio...

—Sí, sí.

—Pues bien, pagádmelo escuchando mis consejos.

—Pero me permitireis ver á mi padre.

—Sí, lo vereis.

—Y quiero estar á su lado...

—No os pondré ningun estorbo cuando hayan pasado dos ó tres horas.

—Gracias, mi buen amigo.

Acercóse el médico al fiel criado, le estrechó la diestra, y le dijo:

—Ya hemos concluido nuestra obra.

Dejó el lecho doña Sol.

La pulsó el médico y escribió una receta.

Al lado de su amada se sentó don Juan.

Entonces Olivares le dijo al alférez:

—Voy á palacio y convendria que vos me acompañáseis... En el camino os daré explicaciones... El rey desea veros.

—Vamos, pues.

Despidiéronse, prometiendo volver aquella tarde.

Salieron de la casa el doctor y Castillejo.

—No acabo de desaturdirme,—dijo éste.

—A todos les sucede lo mismo, porque el desenlace ha sido el que ménos esperaban.

—Segun lo que he podido entender, don Leandro no es hermano de don Juan.

—No, puesto que es hijo de don Pedro de Lainez.

—Y aspiraba á ser esposo de su hermana...

—Esas son las consecuencias de los extravíos de las pasiones.

—¡Oh!...

—Ya conoceis la triste historia de Marta.

—Sí.

—Pues bien; lo demás se explica muy sencillamente.

—Sí, el hijo de aquella mujer...

—Sirvió para sustituir al de don Alfonso de Manrique, que por un descuido de la nodriza habia sido devorado por un lobo.

—Pero todo eso...

—Necesita justificacion, y yo la tengo.

—Entonces la situacion de don Leandro...

—Es la más triste.

—Los bienes que está poseyendo...

—Le pertenecen á don Juan.

—Y los de don Pedro de Lainez...

—Debe heredarlos su hija doña Sol, pues aunque reconozca como hijo suyo á don Leandro, éste no puede ser heredero de su padre.

—Es verdad, puesto que don Pedro estaba casado cuando ese hijo tuvo.

—De todo esto resulta que el infeliz don Leandro, que es inocente, debe quedar sumido en la pobreza.

Así hablando llegaron á la morada real.

Dieron aviso á Felipe II, y éste mandó que entrasen en su cámara el doctor y el alférez.

CAPITULO CLVI

Conclusion

Cundió rápidamente la noticia de la grave enfermedad de don Pedro de Lainez.

Todos sus amigos acudieron mostrando gran interés y haciendo lo posible para consolar á doña Sol.

Esta no quiso separarse del autor de sus dias, y al lado de la cama permaneció tambien don Leandro.

Muy poco hablaron aquellas dos nobles criaturas, pues se entendian perfectamente con las miradas.

Don Juan iba con mucha frecuencia á la morada de don Pedro. Se hubiera instalado allí; pero no se lo permitia el decoro de doña Sol.

Andrés no quiso salir ya de la casa, porque todos sus deberes estaban allí, y los cumplió como él sabia hacerlo.

La repentina enfermedad del señor de Lainez tenia para todo el mundo una explicacion muy clara en su complexion apoplética; pero ni remotamente sospechó

nadie la verdad en cuanto á la causa determinante de aquel trastorno.

Al dia siguiente don Gaspar, despues de haber conferenciado con Felipe II, se encerró en su despacho.

El rostro del alcalde revelaba la preocupacion más profunda.

Se sentó, apoyó los brazos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil.

Recordó uno por uno todos los sucesos que habian tenido lugar desde que se vió obligado á entender en aquel desagradable asunto.

Era inútil que se molestase en reflexionar, pues ya el rey habia adoptado una determinacion y era preciso cumplirla.

Una hora despues levantó la cabeza don Gaspar.

Se pasó las manos por la frente.

—Acabemos,—murmuró.

Tomó unos papeles que sobre la mesa habia.

Los revisó y desplegó una sonrisa amarga.

Acercóse despues á un brasero que habia cerca de una ventana, abriendo esta de par en par.

Tomó la yesca, el eslabon y el pedernal, encendió una mecha de azufre, y con esta una bujía, y dijo:

—Dios sabe que no puedo hacer otra cosa. La responsabilidad no es mia, puesto que tengo que someterme á lo que disponga otra voluntad.

Tomó los papeles, arrancando una hoja, prendiéndole fuego y colocándole sobre la ceniza del brasero.

Levantóse una llamarada.

El humo se elevaba en espiral, salia por la ventana, se esparcia y se disipaba.

Esta operacion la repitió muchas veces.

Quemó la última hoja.

Deshizo las pavesas.

Exhaló un suspiro penoso.

—Todo ha desaparecido,—murmuró.

Los papeles que acababa de quemar eran el sumario de la causa instruida á consecuencia del crímen de que fué víctima el alférez Castillejo.

Cuando el humo se hubo disipado, cerró la ventana.

Tomó su capa y su sombrero el buen alcalde, empuñó la vara de la justicia, salió de su casa y á la cárcel fué.

No habia llevado ningun acompañamiento.

Mandó abrir el calabozo donde se encontraban los tres criminales y entró.

Pusiéronse en pié aquellos miserables y saludaron respetuosamente á don Gaspar.

Este dijo gravemente:

—Dios os ha protegido, y sereis tan torpes como ingratos si no sabeis aprovechar el beneficio.

—Yo no me quejo,—dijo Gusarapo,—pues aunque no tengo libertad y aquí me aburro, me tratan muy bien.

—Yo tampoco tengo motivos para quejarme de vuestra señoría,—dijo el tabernero;—sin embargo, vuestra señoría debe considerar que cuando salga de aquí, si es que salgo, mi ruina será cosa cierta, pues mi casa habrá perdido su crédito y Dios sabe si me aguarda la miseria.

—A pesar de todo eso sois muy afortunados, puesto que merecíais morir en la horca, y vais á quedar libres; pero tened entendido que no siempre han de favoreceros las circunstancias extraordinarias, como ha sucedido en esta ocasion y que si otra vez caeis en manos de la justicia pagareis todas vuestras deudas. Por vuestro bien os aconsejo que seais honrados, y si así no lo haceis, vuestra será la culpa de lo que os suceda, y no tendreis derecho para quejaros.

—¿Y don Pedro de Lainez?—preguntó Gusarapo.

—Enfermo tan gravemente que quizás deje de existir hoy mismo.

—¡Rayos!

—Dios le ha castigado antes de que puedan castigarlo los hombres.

—Pero nosotros...

—Estais libres.

Con juramentos y maldiciones manifestaron su alegría los criminales.

Don Gaspar les aconsejó otra vez, aunque sabia que se molestaba inútilmente, y luego les dijo:

—Venid.

Lo siguieron los bandidos.

Salieron del calabozo y luego del edificio.

Una vez en la calle, les dijo el juez:

—Que Dios os inspire.

Y les volvió la espalda y se alejó.

—¡Libres!—exclamaron.

—¡Por el infierno!...

—¿Y qué haremos ahora?...

—Yo vuelvo á mi casa.

—Te acompañaremos y trataremos de lo que nos convenga.

—Os daré vino, si es que los corchetes han dejad alguno en mi bodega.

—Ya hace mucho tiempo que no hemos bebido.

—Vamos.

No tenemos para qué seguirlos, ni ocuparnos otra vez de ellos, pues basta decir que no escarmentaron, y olvidando los consejos prudentes de don Gaspar, volvieron á ser lo que siempre habian sido, y acabaron despues de algun tiempo por morir en la horca.

Aquel dia pasó.

Los recursos de la ciencia fueron inútiles para salvar á don Pedro de Lainez.

Al amanecer del dia siguiente, el criminal exhaló el último suspiro.

Doña Sol quedaba huérfana.

En realidad nada perdia; pero sus sentimientos filiales estaban sobre sus conveniencias, y se consideró la más desdichada de las criaturas.

Sin embargo, tenia el consuelo de que su padre hubiese muerto en su casa y honrado.

Don Juan, Andrés y el doctor hicieron cuanto es imaginable para consolarla.

Don Leandro continuó silencioso y sombrío.

Se arrodilló junto al cadáver y oró fervorosamente.

Luego abrazó á su hermana.

Ni una sola palabra le dijo; pero fueron demasiado elocuentes dos lágrimas que se escaparon de sus ojos.

Aquella escena muda no podia ser más conmovedora.

El dolor habia sublimado las almas de aquellas nobles criaturas.

Otro dia llegó.

Con gran pompa se dió sepultura al cadáver de don Pedro.

Don Gaspar tuvo que entender nuevamente en los asuntos de aquella familia para nombrar un tutor á la jóven.

Entonces don Leandro volvió á su casa, rogando que lo dejasen algunos dias para rocobrar la calma del espíritu.

Era justo respetarlo.

¿Qué determinaria?

Sobre este punto no quisieron hacerle ninguna pregunta.

Pasaron los primeros arrebatos del dolor, entrando este en el período de la calma.

Don Juan, comprendiendo la situacion y probando más y más su delicadeza, iba diariamente á visitar á doña Sol, y siempre lo acompañaban el doctor y el alférez.

Tambien iba á la morada de don Leandro, pero no lo veia.

Así trascurrió una semana.

Por fin el desdichado hijo de don Pedro dijo que necesitaba hablar con su hermana, don Juan, el doctor, Andrés y el alférez, y que les rogaba fuesen al otro dia á la casa que habia sido morada de don Pedro de Lainez.

A la hora fijada acudieron todos con exactitud.

El semblante del doctor, lo mismo que siempre, revelaba la tranquilidad y hasta la indiferencia, pero los demás estaban pálidos.

Cruzaron algunas palabras graves y tristes.

Todas las miradas fijáronse en don Leandro.

Este dijo con grave y melancólica voz:

—No necesito recordar nuestras desdichas.

—No es menester,—le respondió Olivares.

—He meditado, examinando y apreciando mis sentimientos.

—Seguro estoy de que habeis adoptado una resolucion digna de la nobleza de vuestra alma.

—Mi resolucion consiste en evitar escándalos y murmuraciones, y en proporcionar á mi espíritu la paz que necesita. Ya no hay en este mundo dicha posible para mí, y lo único que me halaga es la tranquilidad. He sufrido mucho y los sufrimientos me han convencido de que la existencia es una lucha incesante y que nuestros deseos y nuestras pasiones nos impulsan tras un fantasma que jamás conseguimos alcanzar. Cualquiera que sea nuestra situacion y nuestro proceder, por cualquier camino que tomemos, vamos siempre á parar al mismo punto, á la sepultura, porque allí terminan todos los senderos de nuestra existencia, y allí acaban nuestros goces y nuestros sufrimientos, nuestras esperanzas y nuestras ilusiones, allí acaba todo, acaba la mentira y principia la verdad.

Inclináronse todas las cabezas.

Don Leandro desplegó una leve y amarga sonrisa.

—No influyen en mí los arrebatos de la desesperacion,—dijo,—y pocas veces el hombre adoptará resoluciones con tanta calma, con tan profunda conviccion como la mia.

—No os equivocais,—dijo el médico,—vuestra calma es perfecta.

—Y la considero como el mayor de los beneficios que Dios me ha podido hacer.

—Es verdad.

—Doctor, teneis documentos que prueban evidentemente que yo debo mi existencia á una debilidad de don Pedro de Lainez, á quien ya el Omnipotente ha juzgado.

—Sí, documentos que bastan para que fallen los tribunales. Los pondré á vuestra disposicion, porque los he traido con este fin.

—Ni los necesito, ni los quiero.

—Entonces...

—Los tribunales dispondrian que los bienes que poseo pasasen á su dueño legítimo, que es don Juan de Manrique.

—No los aceptaré, y por consiguiente...

—Perdonad,—interrumpió don Leandro;—pero digo lo que mandarian los tribunales.

—Yo puedo hacer de mis bienes lo que se me antoje.

—Y yo tambien, y en esto fundo mi resolucion.

—Continuad.

—Para el mundo y mientras otra cosa no se pruebe, yo soy el hijo mayor del noble don Alfonso de Manrique, que en el cielo esté.

—Eso es indudable.

—Y yo, por motivos de que no tengo obligacion de dar cuenta á nadie, y en uso de mis derechos, he determinado cambiar de vida, separándome del mundo y encerrándome en un claustro para dedicarme exclusivamente á Dios.

—¡Fraile!—exclamó don Juan.

—¿Qué estais diciendo?—replicó la jóven.

—Bien, muy bien,—dijo el médico.

—No esperaba semejante resolucion.

—Seguid escuchando, os lo suplico.

—Pero...

—Al dejar el mundo, dejo mis bienes tambien, y con todos mis derechos de primogenitura los cedo á mi hermano don Juan.

—No, no.

—Y si mi hermano no los acepta, abandonados quedarán para que la mano les ponga el fisco, sin que para nadie resulte ningun bien. Así se hace lo que es justo y se evita el escándalo, quedando para el mundo ocultas las faltas que mi padre cometió.

—Cuando haya pasado el arrebato de vuestro dolor...

—Ya he dicho que mi calma es completa.

—Hermano mio...

—No he de amar á ninguna mujer, no he de buscar ningun goce, y como lo único que me halaga es la paz, el mundo dejaré. Mi resolucion es firme, irrevocable. Inmediatamente me iré á un convento, y si vosotros quereis producir el escándalo, lo hareis bajo vuestra responsabilidad y os entendereis con vuestra conciencia y con Dios.

Estas palabras las pronunció don Leandro con un acento que no daba lugar á dudas sobre la firmeza de su resolucion.

No podia haber adoptado otra con más acierto.

¿Qué esperaba en el mundo?

Nada.

¿Qué conseguiria con hacer público el secreto terrible de los extravíos de su padre?

—Hermana mia,—le dijo á doña Sol,—emplead vuestra influencia para convencer al que será vuestro esposo.

—¡Ah!...

—Pensad que estamos obligados á honrar la memoria de nuestro padre.

La jóven abrazó á don Leandro.

Don Juan lo estrechó tambien contra su pecho.

Pronunciáronse palabras de mucha ternura.

Corrió el llanto.

El doctor contemplaba aquel cuadro interesante y sonreia con satisfaccion.

Pasó muy cerca de una hora antes de que pudieran reponerse.

Cuando la calma recobraron cuanto era posible, trataron del asunto, poniéndose de acuerdo en todo.

Ya nadie intentó disuadir á don Leandro, pues se convencieron de que no habian de conseguirlo.

Aquel mismo dia el hijo de Marta hizo la cesion de sus bienes y derechos en favor del que aún llamaba su hermano don Juan.

Este suceso produjo gran conmocion en la córte.

¡Fraile don Leandro de Manrique!

Nadie lo hubiera creido.

Empero por más que pareciese inverosímil era verdad.

Tres dias despues el caballero que habia vivido con tanta ostentacion, entró como novicio en el monasterio de San Martin y pidió que le permitiesen profesar cuanto antes fuese posible.

Allí debia terminar su existencia tranquilamente, allí debia vivir para Dios y para sus recuerdos.

Ya no habria ningun obstáculo para la felicidad de los dos amantes.

Los documentos referentes á don Leandro, fueron ambien reducidos á cenizas en presencia de Felipe II.

Este habia hecho un acto de justicia despues de haber realizado otro de venganza.

Todo habia concluido.

Un año pasó.

Don Leandro habia pronunciado ya los sagrados votos y era un modelo de austeridad.

Doña Sol y don Juan se unieron con lazo indisoluble.

El tiempo habia devuelto la calma á sus espíritus y ya podian ser las criaturas más dichosas.

Andrés no quiso separarse de ellos, y en la casa quedó, pero no como un criado, sino como un amigo.

El alférez Castillejo los visitaba diariamente y paseaba con su amigo Andrés.

El doctor continuaba cumpliendo sus deberes como médico y sirviendo como cortesano á Felipe II.

Debe recordar el lector al comendador Maldonado, que murió de repente despues de haber conferenciado con la reina doña Isabel. El secreto que el comendador conocia sobre la existencia del marqués de Poza, no pudo ser conocido de doña Sol, y por consiguiente, ésta tampoco pudo hacer nada en favor de la amiga infeliz á quien hemos nombrado, y de la que ya dijimos que se encontraba en el Monasterio de las Huelgas de Búrgos.

Este asunto es el de otra obra que tenemos escrita y publicada, y que el público ya conoce, con el título de *La Capa del Diablo*, relacionada íntimamente con *El Diablo en Palacio*. A estos dos libros tiene que acudir el lector si quiere conocer el indicado asunto, pues en el presente no hemos hecho ni podiamos hacer más que referir los sucesos que aún no habíamos dado á conocer.

FIN.

ÍNDICE.

Capítulos.	Págs.
LXXXI.—De la gravísima conversacion que tuvieron el rey y Olivares	5
LXXXII.—De cómo por una vez en su vida habló con alguna claridad Olivares	17
LXXXIII.—Cómo llegó don Juan á Madrid	35
LXXXIV.—Locuras	47
LXXXV.—Donde se verá cómo el rey curaba las locuras	67
LXXXVI.—Cómo don Juan recibió el aviso y una visita muy desagradable	75
LXXXVII.—Cómo terminó la escena	87
LXXXVIII.—A dónde fué á parar el caballero	102
LXXXIX.—Lo que determinó el rey	114
XC.—Lo que hablaron don Juan y Andrés	139
XCI.—De cómo el Sr. Antonio vió, corrió y escuchó con asombro á Olivares	150
XCII.—El Sr. Alonso Castillejo	162
XCIII.—Cómo trabajó el hidalgo	173
XCIV.—Proposiciones y convenios	190
XCV.—Cómo arreglaba los negocios Andrés	208
XCVI.—Cómo el hidalgo cumplió lo prometido	221
XCVII.—Lo que prometió el hidalgo á don Pedro	232
XCVIII.—Cómo se vengó el hidalgo	242
XCIX.—Se arregla el negocio, y Andrés hace algo	256
C.—Lo que pudo averiguar Andrés	266
CI.—De la interesante conferencia que tuvieron don Juan, Andrés y el alférez	276
CII.—Cómo salió de su casa Andrés y el alférez de la suya	291
CIII.—Cómo dió al fin el golpe	299
CIV.—Lo que hizo Andrés	309
CV.—Cómo discurrió el alcalde y lo que dispuso el rey	319
CVI.—La opinion de Olivares y lo que hizo don Gaspar	330
CVII.—Cómo dió la noticia al caballero	344
CVIII.—Do cómo doña Sol se empeñó en conseguir dos cosas contrarias	354
CIX.—Lo que consiguió doña Sol	364
CX.—Dónde se refugió don Juan	375
CXI.—Sustos y confusion	383
CXII.—Una escena interesante	396
CXIII.—El triste resultado de aquella escena	407
CXIV.—Andrés busca luz y encuentra tinieblas	418
CXV.—De cómo Andrés dió otro paso muy atrevido	432

Capítulos.	Págs.
CXVI.—Olivares es siempre el mismo	455
CXVII.—Intentos inútiles	469
CXVIII.—Cómo trataron el alcalde y el asesino	479
CXIX.—La declaracion	496
CXX.—Lo que dispuso el rey	505
CXXI.—Don Gaspar sigue cumpliendo las órdenes del rey	512
CXXII.—Más declaraciones	520
CXXIII.—Un suceso inesperado	529
CXXIV.—Asoma otra desgracia	538
CXXV.—Lo que opinaron los médicos y la atrevida resolucion de Olivares	550
CXXVI.—Lo que opinaba don Juan	560
CXXVII.—Cómo fué interrogado el Sr. Alonso	574
CXXVIII.—Cómo volvieron á conferenciar Olivares y la doncella.	591
CXXIX.—La fatalidad	598
CXXX.—Empiezan á cambiar las ideas de don Leandro	605
CXXXI.—Lo que hizo don Leandro	622
CXXXII.—Cómo hablaron los dos hermanos	631
CXXXIII.—La opinion y el plan de Castillejo	641
CXXXIV.—Cómo doña Sol pudo apreciar el peligro y cómo se encontraba la reina	652
CXXXV.—En qué sentido tomó el caballero los consejos de su hija	665
CXXXVI.—Tambien aconseja el doctor	673
CXXXVII.—Todos esperan	690
CXXXVIII.—La muerte de la reina	703
CXXXIX.—Cómo se despidió el rey de don Pedro	715
CXL.—Las precauciones que adoptó don Pedro	723
CXLI.—Andrés empieza á trazar planes	732
CXLII.—Lo que nuestros amigos hicieron para entregar la carta	740
CXLIII.—Cómo los dos amantes consiguieron verse	749
CXLIV.—Las órdenes del rey y los consejos de Olivares	761
CXLV.—De la visita que Olivares hizo á don Juan	768
CXLVI.—Se prepara una borrasca	777
CXLVII.—Siguen las sorpresas	793
CXLVIII.—El Diablo sigue inspirando al Sr. de Lainez	802
CXLIX.—Sigue la obcecacion de don Pedro	814
CL.—El doctor continúa poco á poco su obra	828
CLI.—Cómo hablaron el monarca y Olivares	850
CLII.—El doctor hace los preparativos	866
CLIII.—La última conferencia	874
CLIV.—Los últimos preparativos	887
CLV.—Principia el desenlace	898
CLVI.—Conclusion	914

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

TOMO I.

	Págs.
PORTADA.	
Levantó la cortina y dió un paso entrando en la cámara.....	22
—¡Poder de Dios!—dijo el médico para sí...—¡Y todo esto tengo que ver y que aguantar!.....	159
El señor Mateo tomó en brazos á su hija, llevándola á su lecho mientras decía.....	352
Y clavó su puñal en la espalda del señor Mateo.....	390
Con un cuidado que parecia maternal tomó en sus brazos al niño.	487
—Mira,—dijo con voz ahogada por los sollozos.....	653
—La verdad quiere saber el rey, y la verdad le digo.....	750
—Hé aquí un tesoro,—dijo el miserable.....	847
—¡Villanos!... corred todos... el preso... ¡se ha ido!.....	929
—Aquí me teneis,—dijo el capitan.....	948

TOMO II.

—¿Y por qué persiguen al hombre á quien amo?.....	22
Y el chischás de los aceros seguia resonando.....	93
—Mal aposento teneis; pero seguro.....	112
Luego llevó la diestra á uno de los bolsillos del criado, etc.....	269
—Comendador, los vasallos saludan á su rey.....	408
Volvió la cabeza para mirar á la única puerta, etc.....	602

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL

R: 95
a Exp 107